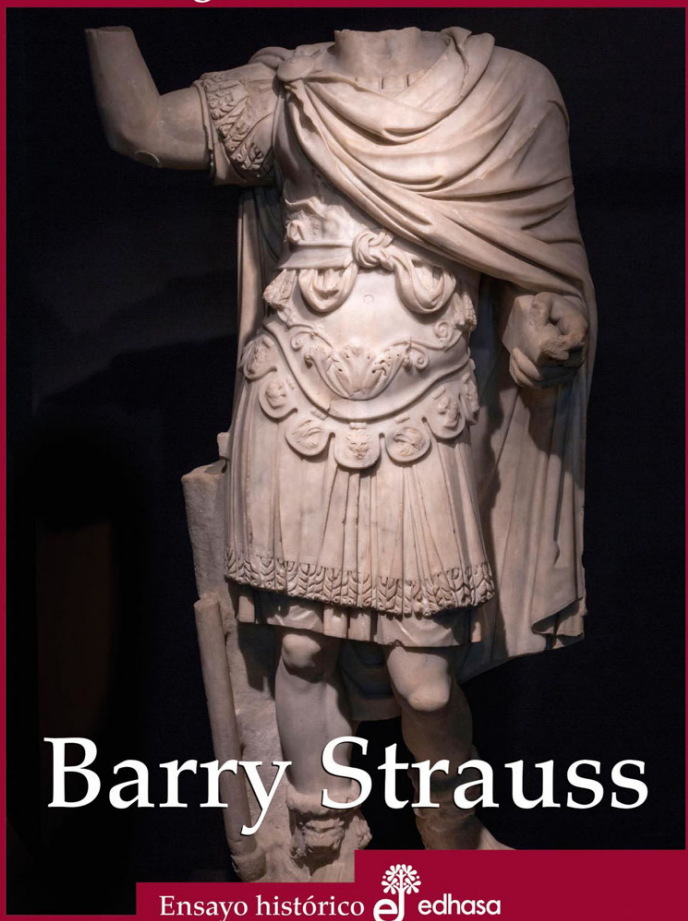
Diez Césares

Los emperadores romanos de Augusto a Constantino



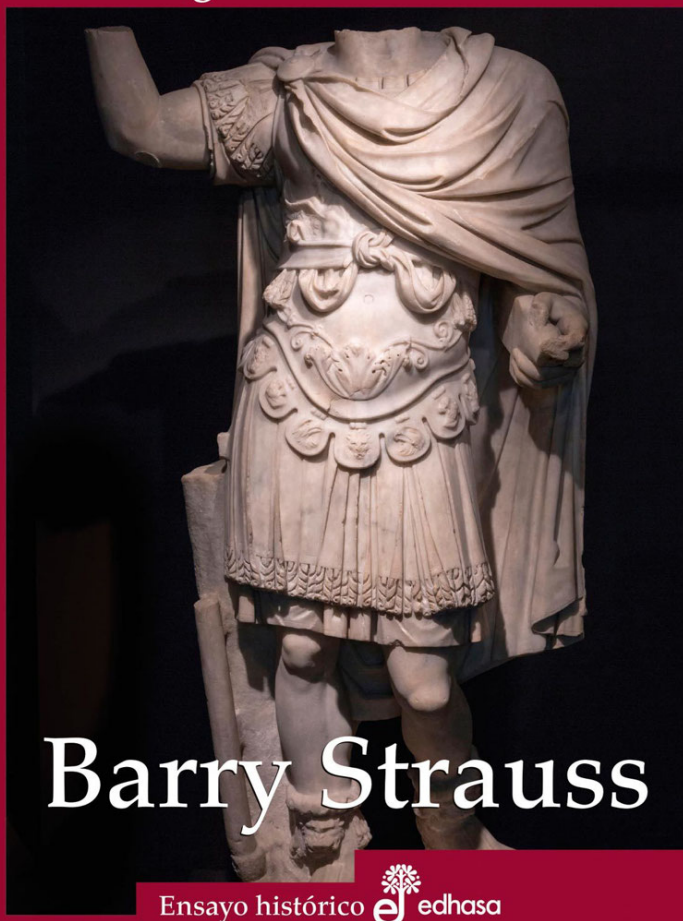
Barry Strauss

Ensayo histórico

edhasa

Diez Césares

Los emperadores romanos de Augusto a Constantino



Barry Strauss

Ensayo histórico

edhasa

DIEZ CÉSARES

BARRY STRAUSS

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: Ten Caesars

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Jordi Sàbat

Ilustración de la cubierta: Estatua sin cabeza de un emperador romano,

Museo Nacional de Roma,

Palazzo Massimo Alle Terme, Roma, Italia.

© B.O'Kane / Alamy Foto de stock

Primera edición impresa: septiembre de 2020

Primera edición en e-book: junio de 2021

© 2019 by Barry Strauss

All rights reserved. Published by arrangements with the original publisher,

Simon & Schuster, Inc.

© de la traducción: Tomás Fernández Aúz, 2020

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4788-3

Producido en España

A mis alumnos

Nota del autor

Por regla general, la ortografía de los nombres antiguos se ajusta a los cánones estilísticos de la obra de referencia estándar en este terreno: The Oxford Classical Dictionary, cuarta edición, Oxford, Oxford University Press, 2012.*

Las traducciones del griego o del latín son mías, a menos que se indique lo contrario.

Salvo que se señale otra cosa, todas las fechas son posteriores al nacimiento de Cristo.

*Hemos ajustado dicha normativa al español estándar (N. del. E.)

Cronología de los emperadores

PERÍODOS DE REINADO

Todas las fechas son posteriores al nacimiento de Cristo, excepto en los casos en que se especifique otra cosa.

Augusto 27 a. C. - 14 d. C.

Tiberio 14 - 37

Nerón 54 - 68

Vespasiano 69 - 79

Trajano 98 - 117

Adriano 117 - 138

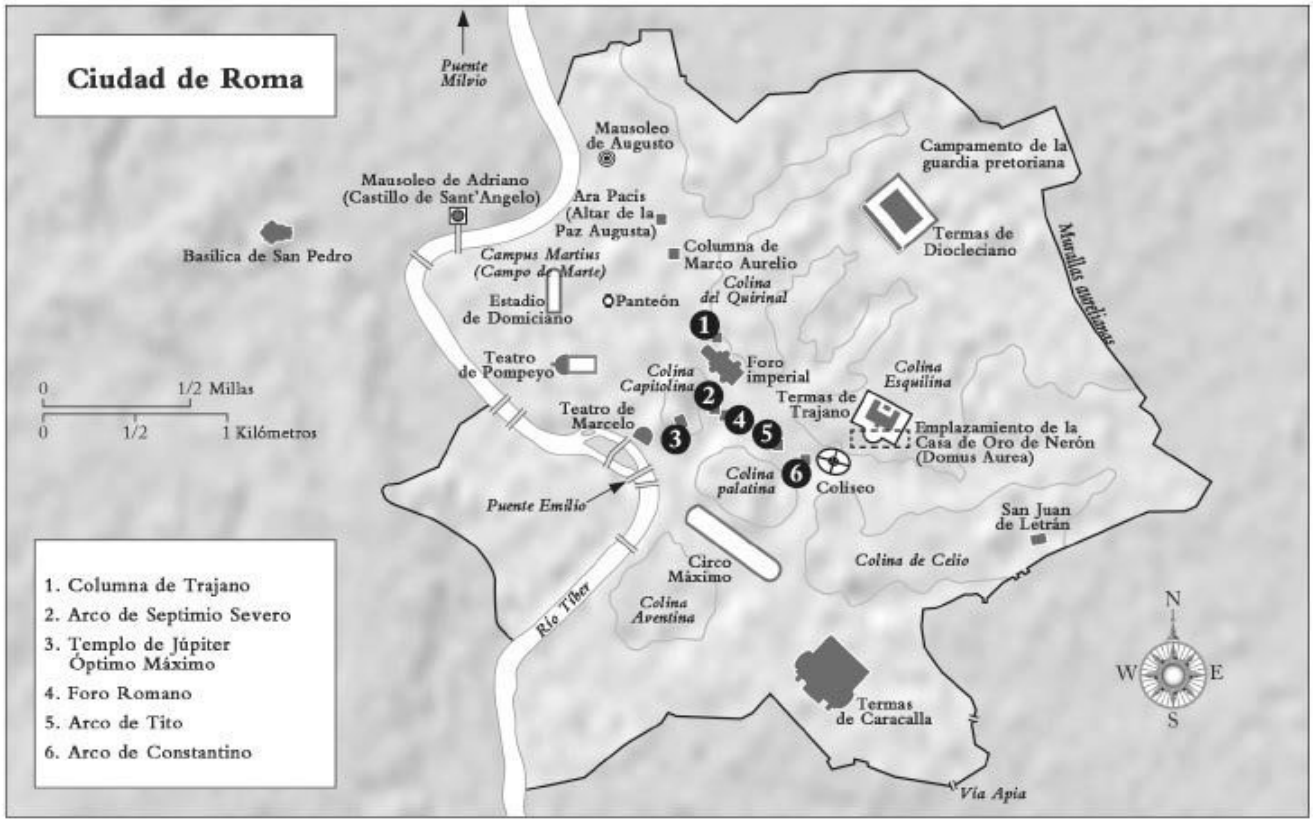
Marco Aurelio 161 - 180

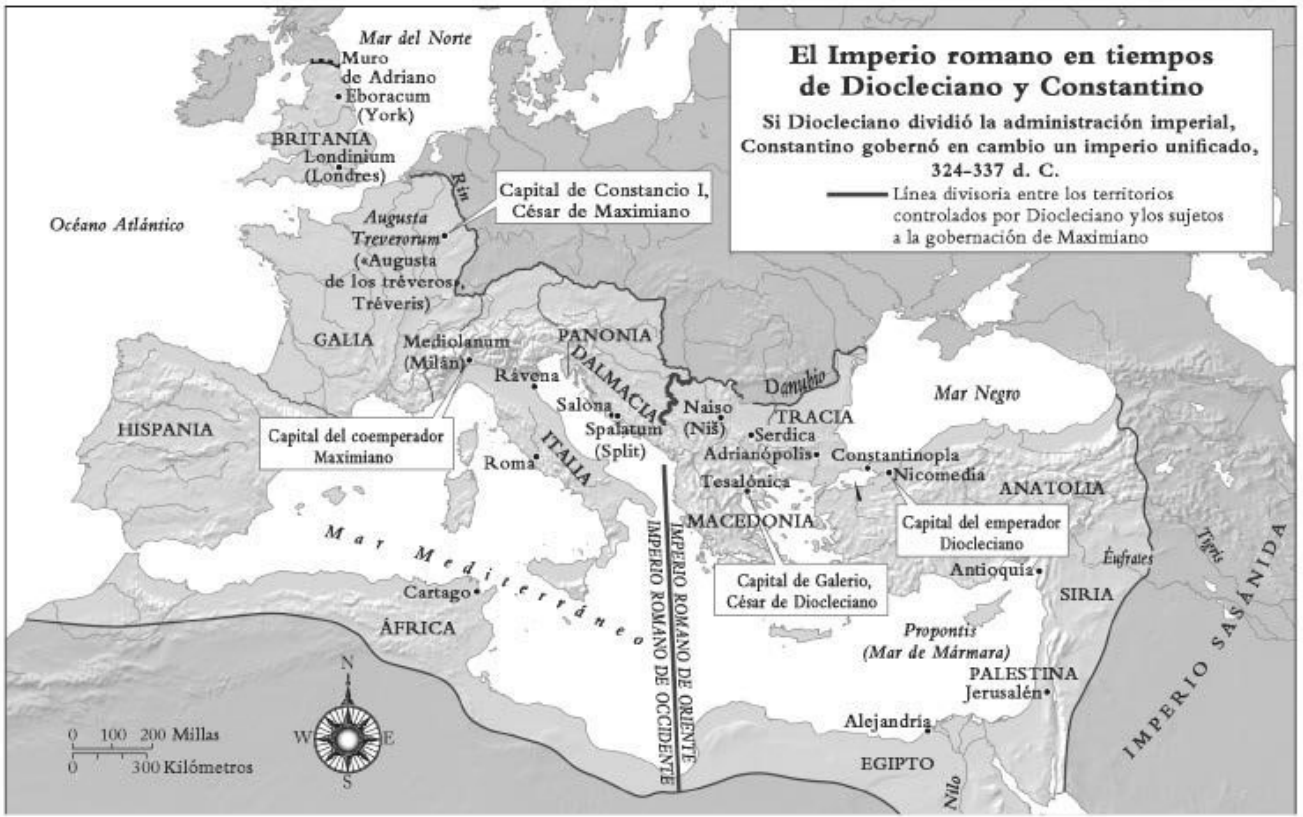
Septimio Severo 193 - 211

Diocleciano 284 - 305

Constantino 306 - 337

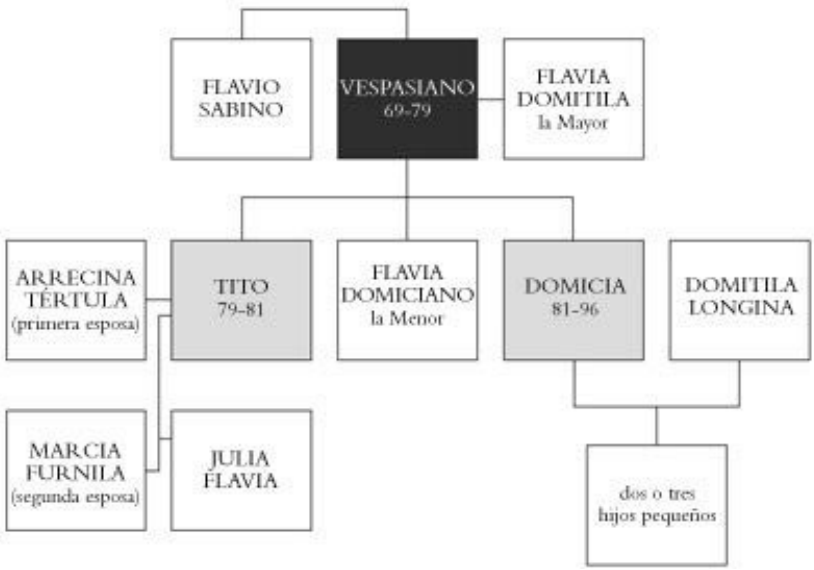
El Alto Imperio romano
El Imperio romano a la muerte de Augusto, 14 d. C.
Territorios romanos anexionados hasta el fallecimiento de Adriano, 138 d. C.
Territorios partos conquistados por Trajano y perdidos con posterioridad, 114-117 d. C.
Imperio parto
Principales batalla
Mar del Norte
Muro de Adriano
Eboracum (York)
BRITANIA
GERMANIA INFERIOR
Bosque de Teutoburgo 9 a. C.
Londinium (Londres)
OCÉANO ATLÁNTICO
GALIA BELGICA
Colonia Claudia Agrippensis (Colonia)
GERMANIA
Mogantiacum
Lutetia Parisiorum (París)
GERMANIA SUPERIOR
Vindobona (Viena)
GALIA
RETIA Carnuntum
Lugdunum (Lyon)
NÓRICO
PANONIA
Aquincum (Budapest)
DACIA
Mediolanum (Milán)
Cremona 69 d. C.
Nemausus (Nimes)
DALMACIA
Singidunum (Belgrado)
REINO DEL BÓSFORO
Mar Caspio
Cordillera del Cáucaso
Mar Negro
BITINIA Y PONTO
HISPANIA
Masilia (Marsella)
ITALIA
Mar Adriático
MOESIA
TRACIA
ARMENIA
LUSITANIA
Emerita Augusta (Mérida)
Ostia
Roma
Monte Vesubio
Pompeya
Bizancio (Estambul)
CAPADOCIA
Corduba (Córdoba)
BÉTICA
Islas Baleares
Cerdeña
Brundisium
MACEDONIA
EPIRO
Batalla de Accio, 31 a. C.
Corinto
Atenas
Pérgamo
Éfeso
Tarso
CILICIA
Antioquía
SIRIA
MESOPOTAMIA
Tigris
Éufrates
Ctesifonte
Seleucia
Mar Mediterráneo
Sicilia
Siracusa
Cartago
MAURITANIA
ACAYA
Rodas
LICIA
Chipre
Creta
Damasco
JUDEA
Jerusalén
NUMIDIA
AFRICA PROCONSULARIS
Leptis Magna
Cirene
Alejandría
Petra
ÁFRICA SEPTENTRIONAL
CIRENAICA
EGIPTO
ARABIA
DESIERTO ARÁBIGO
0 100 200 Millas
0 100 200 300 Kilómetros
SÁHARA
Nilo
Mar Rojo
N
W
E
S


Ciudad de Roma
Puente Milvio
Mausoleo de Augusto
Campamento de la guardia pretoriana
Mausoleo de Adriano (Castillo de Sant'Angelo)
Ara Pacis (Altar de la Paz Augusta)
Basílica de San Pedro
Campus Martius (Campo de Marte)
Columna de Marco Aurelio
Termas de Diocleciano
Murallas aurelianas
Estadio de Domiciano
Panteón
Colina del Quirinal
Teatro de Pompeyo
Foro imperial
Colina Capitolina
Colina Esquilina
Termas de Trajano
Teatro de Marcelo
Emplazamiento de la Casa de Oro de Nerón (Domus Aurea)
Coliseo
Colina palatina
Puente Emilio
San Juan de Letrán
Circo Máximo
Colina de Celio
Río Tíber
Colina Aventina
Termas de Caracalla
Vía Apia
0 1/2 Millas
0 1/2 1 Kilómetros
N
W
E
S
1. Columna de Trajano
2. Arco de Septimio Severo
3. Templo de Júpiter Óptimo Máximo
4. Foro Romano
5. Arco de Tito
6. Arco de Constantino

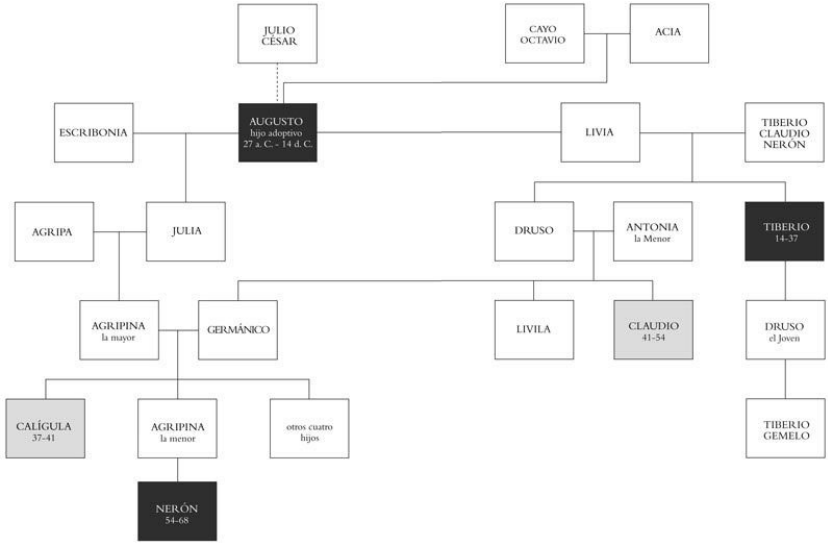

El Imperio romano en tiempos de Diocleciano y Constantino
Si Diocleciano dividió la administración imperial, Constantino gobernó en cambio un imperio unificado, 324-337 d. C.
Línea divisoria entre los territorios controlados por Diocleciano y los sujetos a la gobernación de Maximiano
Mar del Norte
Muro de Adriano
Eboracum (York)
BRITANIA
Londinium (Londres)
Océano Atlántico
Rin
Capital de Constancio I, César de Maximiano
Augusta Treverorum («Augusta de los tréveros», Tréveris)
GALIA
Mediolanum (Milán)
PANONIA
DALMACIA
Danubio
Mar Negro
Rávena
Salona
Spalatum (Split)
Naiso (Niš)
TRACIA
Serdica
Adrianópolis
Constantinopla
Nicomedia
ANATOLIA
HISPANIA
Capital del coemperador Maximiano
ITALIA
Roma
Tesalónica
MACEDONIA
Capital del emperador Diocleciano
Mar Mediterráneo
IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE
IMPERIO ROMANO DE ORIENTE
Capital de Galerio, César de Diocleciano
Antioquía
Éufrates
Tigris
SIRIA
Cartago
ÁFRICA
Propontis (Mar de Mármara)
PALESTINA
Jerusalén
IMPERIO SASÁNIDA
Alejandría
EGIPTO
Nilo
N
W
E
S
0 100 200 Millas
0 300 Kilómetros

Árboles genealógicos de las familias imperiales

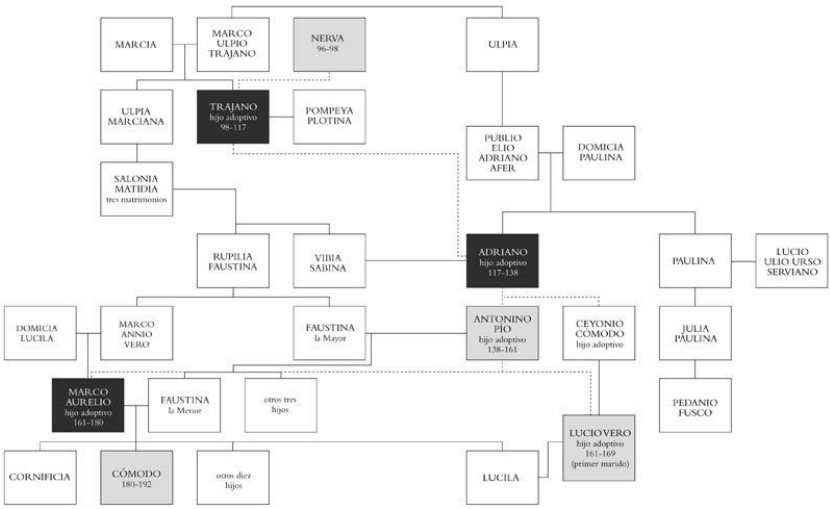
ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA DINASTÍA FLAVIA



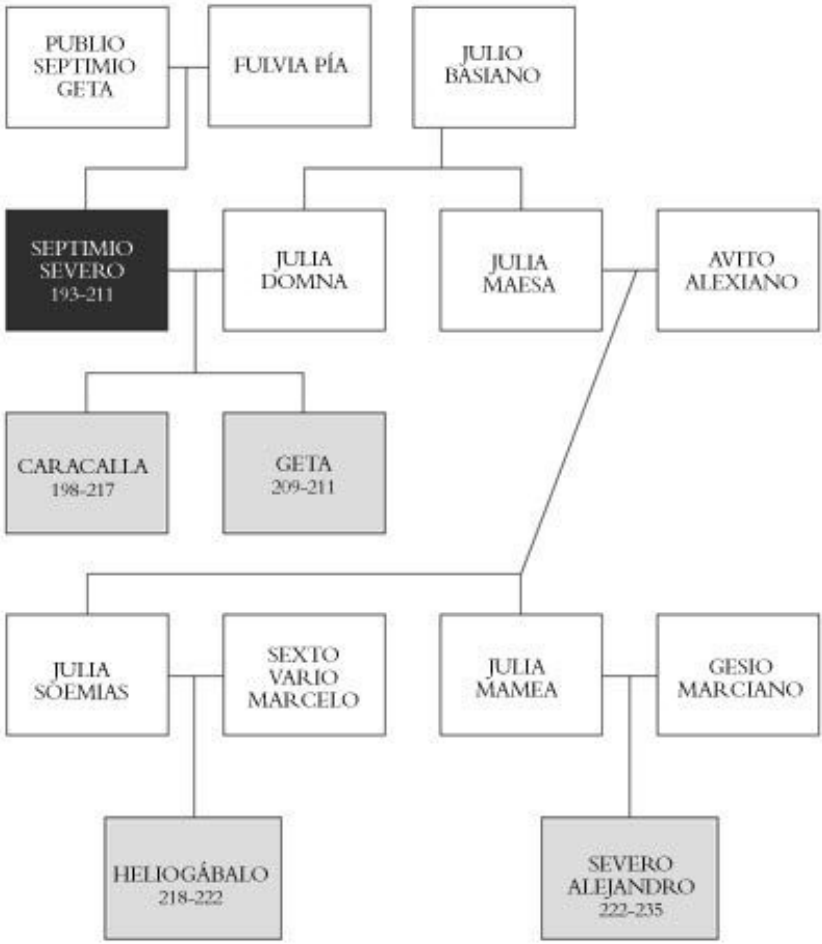
LA FAMILIA DE AUGUSTO Y LA DINASTÍA JULIO-CLAUDIA



LA FAMILIA DE TRAJANO Y ADRIANO - LOS CINCO EMPERADORES BUENOS

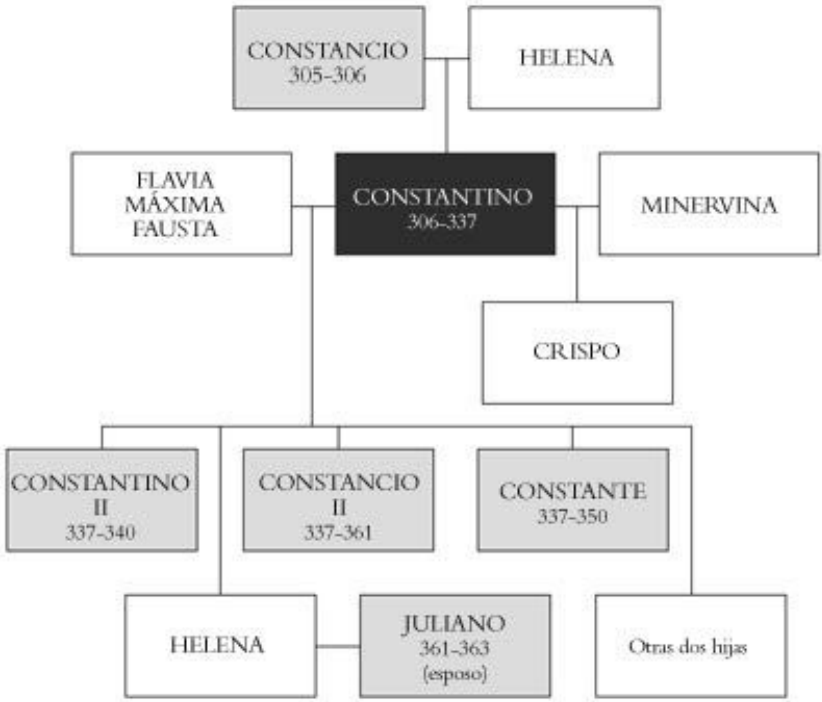


LA DINASTÍA DE LOS SEVEROS



LA PRIMERA TETRARQUÍA

LA FAMILIA DE CONSTANTINO



DIEZ CÉSARES

Prólogo

Una noche en el palatino

La oscuridad nocturna envuelve el monte Palatino, una de las siete colinas históricas que se elevan en el corazón de Roma. Imagínese en esa elevación, solo, después de que los turistas se hayan marchado y los guardas procedido a cerrar las verjas. El Palatino es un lugar sumamente tranquilo, aun durante el día, sobre todo en comparación con los abarrotados monumentos y enclaves de obligada visita de los valles que se extienden a sus pies. ¿No le parece por tanto que, a la luz de la luna, y durante un solitario paseo por esos espacios desiertos, podrían despertarse los espectros del Imperio?

A primera vista, podría tenerse la impresión de que lo más acertado sería responder con una negativa. La frondosa cima de la colina, abierta a los cuatro vientos, carece de la majestuosidad de las columnas y arcos del contiguo Foro romano, y tampoco puede competir con la espectacularidad del Coliseo y sus galerías manchadas de sangre. Las ruinas del Palatino parecen una confusa y desordenada masa de ladrillo, cemento y otras materias poco apropiadas a la idea del Imperio. Lo que se ha dado en llamar el Hipódromo –en realidad un estadio de forma ovalada–, por ejemplo, es de facto un jardín hundido, y la «casa de Livia» no perteneció jamás a esa gran dama.

Pero fijémonos con mayor atención, optemos por dar vuelo a la imaginación, y comprenderemos por qué el monte Palatino nos ha legado la palabra palacio. Fue justamente aquí, en el Palatino, donde el primer emperador de Roma dio en plantar el estandarte del poder, y desde aquí vinieron a regir también la mayor parte de sus sucesores, con mano firme y durante siglos, los destinos de cincuenta o sesenta millones de personas. En sus inicios apenas era

otra cosa que un modesto complejo para el gobernante y su familia, con un templo anejo para los dioses lares de la cabeza visible del Imperio. Con el tiempo iría convirtiéndose en una serie de domus, o «casas», de dimensiones cada vez mayores. Se trataba en realidad de un conjunto de estancias palaciegas que no solo se utilizaban como domicilios, sino también a modo de salas de audiencia en las que dar curso a los asuntos imperiales, celebrar consejos, reunir embajadas, proceder a los actos de salutación matutina, dedicar veladas al arte del banquete, orear pasiones amatorias, entregarse a los ritos religiosos –viejos o nuevos– y cultivar las tradiciones conspiratorias o la trama de asesinatos.

En sus días de esplendor, todo el lugar traslucía magnificencia. Los muros de sus edificios aparecían recubiertos de mármoles de vivos colores traídos de los cuatro ángulos del Imperio. En sus columnas relucía el amarillo de Numidia, el púrpura de Frigia, el granito de Egipto, el gris de Grecia y el blanco de Italia. Techos dorados cubrían sus altos ventanales y sus suelos provistos de calefacción radiante. Mientras en una de sus salas de banquetes se limpiaba y disponía todo para el próximo festejo, en otra mil comensales se sentaban a la mesa. El agua manaba, reluciente, en fuentes y albercas alimentadas por un acueducto específicamente diseñado para abastecer las necesidades del Palatino. Y algunas de sus estancias dominaban el valle y se asomaban al Circo Máximo,* permitiendo a sus moradores contemplar el espectáculo de las carreras de carros y actuando así a modo de lujoso y privilegiado palco de altura.

La persona que visite actualmente el Palatino tal vez alcance a imaginar sin excesivo esfuerzo los acontecimientos de una célebre cena en la que el emperador agasajó a sus invitados y en cuyo transcurso uno de ellos afirmó tener la impresión de hallarse en el cielo, en compañía del mismísimo Júpiter. O tal vez prefiera rememorar otro banquete, bastante menos grato, en el que el emperador ordenó pintar de negro las paredes del recinto y disponer los triclinios a la manera de otras tantas tumbas, lo que paralizó de terror a los convidados, que temían haber llegado al fin de sus días, aunque en último término lograran conservar la vida. También puede acudir a la mente del viajero el rumor de que otro emperador decidió convertir el palacio en un burdel, relato salaz al

que sin embargo no ha de concederse demasiado crédito. Podemos representarnos asimismo las escalinatas del palacio, en cuyas gradas se vitoreó por primera vez a un emperador y a las que otro se encaramó como a un podio desde el que anunciar su abdicación. Habrá quien prefiera evocar la entrada principal de la mansión, en cuyos umbrales se proclamó, resuelta a no ceder al señuelo de la corrupción, la nueva esposa de uno de los emperadores que la habitaron, y habrá quien opte en cambio por figurarse su acceso posterior, por el que otro máximo mandatario hubo de colarse apresuradamente en su propia casa para salvar de ese modo la vida in extremis, tras estallar una revuelta en el Foro como consecuencia de la falta de alimentos. O tal vez nos agrade más escrutar entre las sombras de la memoria los contornos de una sesión del Senado, celebrada en uno de los vastos salones de palacio, mientras la madre del emperador en el poder contemplaba las maniobras políticas, oculta tras unos cortinajes. Y aun habrá quien vibre con la visión del recóndito pasadizo en el que un enjambre de conspiradores dio muerte a un joven tirano. Y es que el Palatino fue escenario de todos esos hechos.

Desde esta altura, los emperadores regían lo que ellos mismos daban en denominar «el mundo»; es decir, un vastísimo reino que, en su período de máximo esplendor, se extendía desde lo que hoy es Gran Bretaña hasta el actual Irak. O sería mejor decir que intentaban gobernarlo, ya que fueron muy pocos los que destacaron positivamente en el ejercicio de tan extenuante labor. La administración imperial lograba gestionar adecuadamente los asuntos cotidianos, pero las crisis constituían un verdadero reto. Fueron muchos los emperadores que revelaron no estar a la altura de las circunstancias. No obstante, unos cuantos se desenvolvieron extremadamente bien, ya que acertaron a dosificar, en igual medida, la ambición, la astucia y la crueldad.

Los emperadores romanos también dedicaban sus desvelos a la familia, pues no en vano dirigieron uno de los negocios familiares de mayor éxito de cuantos haya conocido la historia, y uno de los más paradójicos. Para concentrar el poder en manos dignas de confianza, el linaje imperial echaba mano de todos sus miembros, incluidas las mujeres. Estas, en consecuencia –fueran madres, esposas, hijas, hermanas o amantes–, disfrutaban de un grado de

control e intervención en los asuntos políticos que podría sorprender a más de uno. No obstante, se trataba a veces de familias muy mal avenidas, en las que abundaban los matrimonios forzosos y en las que difícilmente cabría juzgar de excepcionales las luchas intestinas o los asesinatos. En este caso, además, la definición de «familia» era por regla general tan vaga como flexible. Fueron más los emperadores que accedieron al trono como resultado de una adopción que los que lo ocuparon por haberlo heredado de sus padres, y en más de un caso arrebataron su posición a otro, tras vencerlo en una guerra civil. Tanto la gloria como la maldición del Imperio se debieron justamente al hecho de que la sucesión fuese muy a menudo una circunstancia puesta en tela de juicio, dado que ese impulso de impugnación fue un vector abierto al talento y a la violencia.

El primer emperador, Augusto, fue quien sentó las bases de cuanto habría de suceder después. Había sido adoptado por Julio César, el fundador de la fortuna familiar, que además de ser el último dictador de Roma era también su tío abuelo. Sin embargo, para prevalecer y alzarse a una posición de dominio, Augusto tuvo que librar una guerra civil. De hecho, su esposa, Livia, a la que en último término cabría considerar quizá la mujer más poderosa de toda la historia de Roma, fue en su momento una de las muchas refugiadas afectadas por los choques armados, hasta el punto de tener que huir del hombre con el que acabaría casándose.

Las páginas que siguen narran las peripecias de diez emperadores que acertaron a ejercer el mando con firmeza. Fueron los líderes de mayor capacidad y éxito que jamás haya conocido Roma (o bien se cuentan, como ocurre en el caso de Nerón, entre los que más fascinación han suscitado nunca; y, de hecho, hasta ese denostado emperador pirómano exhibió las virtudes propias de los grandes promotores de las obras públicas). En la Roma antigua, la definición del éxito variaba en función de las circunstancias y el talento, pero el denominador común que reagrupa a todos los emperadores incluye algunos elementos invariables, ya que todos deseaban controlar la política interior, proyectar al exterior su poderío militar, capitanear la prosperidad de la nación, levantar la imponente arquitectura de Roma y mantener buenas relaciones con los dioses. Además, todos cuantos ocuparon el trono anhelaron

también morir sin violencia en su propia cama y ceder los trastos del poder a un heredero de su elección.

Comenzaremos nuestro relato con Augusto, el fundador de la dinastía imperial, y la concluiremos, cerca de trescientos cincuenta años más tarde, con el autor de su segunda instauración, Constantino, que se convirtió al cristianismo y estableció una nueva capital en Oriente, llamada en su día Constantinopla, y a la que hoy denominamos Estambul, en Turquía. Entre ambos emperadores, en un punto cronológico aproximadamente equidistante de uno y otro, se sitúa Adriano, que no solo se consideraba a sí mismo un segundo Augusto, sino que fue uno de los gobernantes romanos que más contribuyó a apaciguar el Imperio y a permitir que los individuos de trayectoria independiente y linaje no específicamente ligado al círculo imperial accedieran a posiciones de élite. Por desgracia, Adriano fue también un tirano y un asesino, características que desde luego no lo convirtieron en un gobernante insólito.

Desde el arranque del Imperio hasta su desplome final, todos cuantos rigieron sus destinos recurrieron a la fuerza. Rara vez los veremos titubear cuando les convenga ordenar la muerte de rivales o disidentes. Dependieron siempre del ejército, pues no en vano era este el encargado de materializar las conquistas del Imperio, asegurar su defensa y sofocar implacablemente las revueltas. Hasta el mismo Marco Aurelio, un emperador-filósofo que no solo prefería volcarse en el arte de la paz, sino que en el momento de acceder al poder carecía de experiencia militar, acabaría dedicando la mayor parte de su reinado a combatir en los confines de sus dominios.

No menos importante es el hecho de que el ejército fuera también la institución capaz de elevar y destituir a los emperadores. No había emperador que pudiera gobernar sin la aquiescencia de la soldadesca. La relevancia de las tropas superaba incluso a la del mismísimo Senado romano, cuyos miembros, escogidos entre la élite, asumían como clase el rol de líderes, al menos en los primeros tiempos del Imperio, dado que, andando el tiempo, los emperadores empezarían a confiar cada vez más las cuestiones administrativas a figuras ajenas a la casta senatorial, llegando en ocasiones al extremo de apoyarse en antiguos esclavos. Los emperadores también tenían en cuenta al pueblo romano, pero conseguían

comprar su docilidad proporcionándole subsidios alimentarios y diversiones (aunque esto no debe inducirnos a pensar que los pobres, que constituían la inmensa mayoría de la población imperial, llevaran una vida holgada, ya que nunca fue así). Y no olvidemos, por último, que también los dioses desempeñaban un papel en el orden de las cosas. Todos los emperadores establecieron pactos de no agresión con los dioses, y más de uno y de dos entronizó a nuevas deidades en el panteón sin necesidad de rechazar a las antiguas. Lo que hizo de Constantino un emperador distinto a los demás no fue el hecho de que adorara a un dios inédito, sino la circunstancia de que diera la espalda a las divinidades ancestrales de Roma.

Ahora bien, la religión hunde profundamente sus raíces en el sustrato cultural de una sociedad, y desde luego el carácter de la cultura romana experimentó un cambio inmenso con la llegada de la monarquía. Con su esfuerzo combinado, Augusto y su sucesor, Tiberio, lograron una hazaña verdaderamente digna de los trabajos de Hércules. Reorientaron el rumbo del Imperio y consiguieron que este dejara de centrarse en las conquistas para volcarse en la administración. Despojaron de buena parte de su poder a la aristocracia, henchida de soberbia y marcada por sus tendencias militaristas y su propensión a las disputas banderizas, y comenzaron a ponerlo en manos de los burócratas, cuyos integrantes procedían de un conjunto de clases sociales menos prestigiado que el de la nobleza. Y también procedieron a desplazar de su posición central a la ciudad de Roma a fin de favorecer primero a Italia, y más tarde a las provincias.

Los sucesores de Augusto recurrieron a sus fuerzas armadas para anexar dos nuevas regiones al Imperio, pero, aun así, las ganancias territoriales que propiciaron no pasaron de ser simples reajustes de fronteras si comparamos estas conquistas con las efectuadas en los dos siglos anteriores, en los que Roma se adueñó por entero del Mediterráneo y del noroeste de Europa. Las élites conquistadoras tienden invariablemente a caer en la decadencia y terminan interesándose más en el dinero y en el placer que en la expansión. Sin embargo, en el plano de la conservación de los territorios invadidos, hay que reconocer que los romanos sobresalieron de la forma más notable.

Tras una fachada retórica de suntuosa extravagancia latía un corazón pragmático: tal era la auténtica médula de Roma. Ahora bien, quien se lance a la búsqueda de esa Roma real deberá apartarse de las recurrentes máximas de Cicerón o de la pulida prosa de Publio Cornelio Tácito para centrarse en cambio en el hecho de que Tiberio abandonase Germania sin dignarse siquiera a volver la vista atrás para contemplarla por última vez, o en la circunstancia de que el emperador Vespasiano justificara la imposición de un gravamen a los urinarios públicos con la chusca salida de que «el dinero carece de olor». Para lograr la supervivencia del Imperio los romanos estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario, ya se tratara de introducir savia nueva en la administración, de tomar arduas decisiones o de emprender retiradas estratégicas.

Al final, Roma acabaría perdiendo su papel capitalino. El emperador de Occidente aseguraba la gobernación instalado en el norte de Italia o en Germania, y con el tiempo terminaría desdoblándose el ejercicio del poder, al instaurarse un emperador de Occidente y otro de Oriente. El predecesor de Constantino, Diocleciano, comprendió que el Imperio era excesivamente vasto y que, por consiguiente, resultaba imposible que un solo hombre alcanzara a embridar los problemas que planteaba. Constantino, que consiguió echarse sobre los hombros tan ciclópea carga, fue en realidad una excepción.

A Roma todo se le quedaba rápidamente pequeño, pero esa fue justamente una de las razones de su éxito. La mutación era un elemento inherentemente asociado a los mimbres del sistema mismo, aunque eso no significa que se alumbrara con facilidad o sin derramamiento de sangre. Siempre había hombres de nuevo cuño que lograban auparse a la cúspide. Los dos emperadores que ocupan la zona media del libro, cronológicamente hablando –Trajano y Adriano–, nacieron en Hispania, la actual España. Dos generaciones más tarde, vemos acceder al trono a Lucio Septimio Severo, de origen norteafricano. Severo descendía de inmigrantes italianos, y es posible que también tuviera una ascendencia mixta, con antepasados procedentes tanto de África como del Oriente Próximo (a diferencia de lo que sucede por ejemplo con Diocleciano y Constantino, que provenían ambos de los Balcanes y carecían de

sangre italiana). Pero en la cima política también se renovaba el perfil de las mujeres: la esposa de Severo era originaria de Siria, y la madre de Constantino había venido al mundo en el Asia Menor, es decir, en lo que hoy es Turquía.

Con el paso del tiempo, la diversidad de procedencia y carácter de los grandes señores y las damas ilustres que animaron las dependencias del Palatino conseguiría superar las expectativas del fundador del Imperio, por muy desmesurada que hubiera sido su imaginación. Su voz se apagó hace mucho tiempo y buena parte de sus nombres han caído en el olvido. Y, si en unos casos las estatuas que se les erigieron se han perdido, en otros los habitantes del mundo antiguo decidieron o bien derribarlas tras una revolución u optaron por borrar su imagen de las representaciones pictóricas en que aparecían o por raspar los bajorrelieves en piedra con los que se pretendió inmortalizarlos. Pese a todo, todavía podemos convocar su espectro, basándonos en los textos literarios, en las inscripciones epigráficas, en las obras de arte, en los restos arqueológicos y en el estudio científico de toda clase de materiales, desde naves naufragadas a sistemas de alcantarillado.

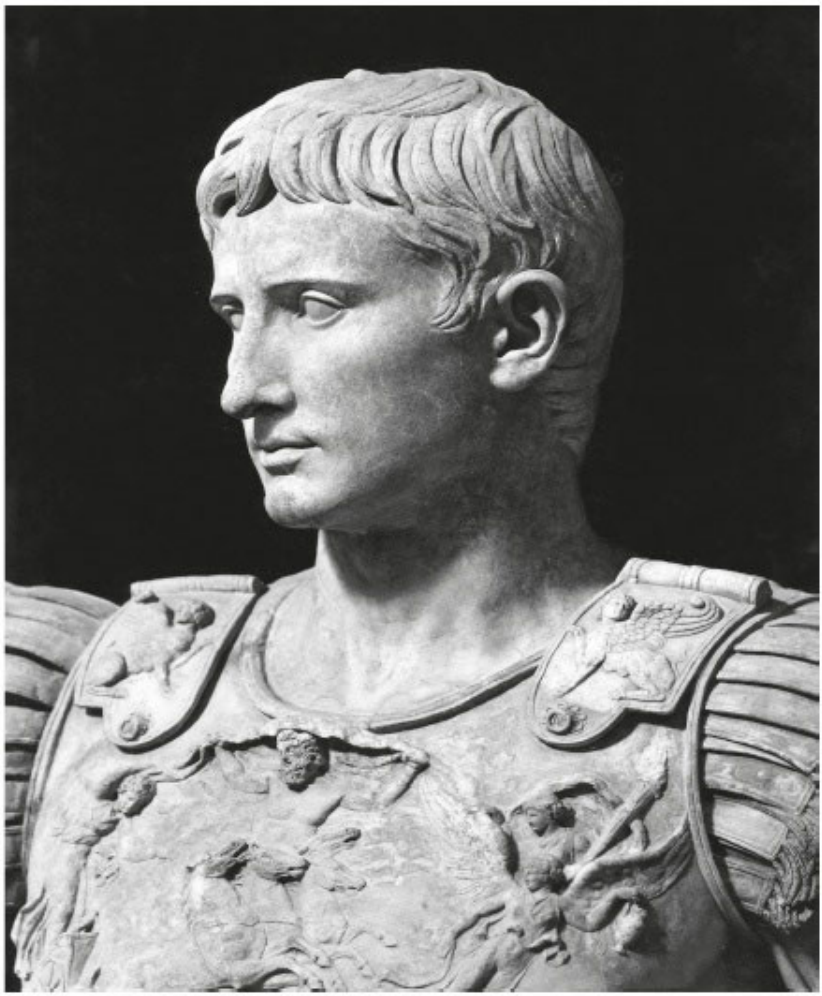
Los romanos siguen vivos. Y no solo en la imaginación de un viajero que se aventure a pasar la noche en el Palatino.

* Los circos romanos eran estadios de forma prácticamente rectangular (aunque con un extremo redondeado). Se utilizaban para acoger las carreras de caballos y de carros, además de otros acontecimientos. La denominación de «Máximo» indica en este caso que se trata del mayor de los que existían en la ciudad.

Capítulo 1

Augusto

EL FUNDADOR



Augusto, detalle de la estatua de la Prima Porta. © Alinari/Art Resource, Nueva York.

Augusto es un icono por derecho propio. Pocas biografías históricas ilustran mejor que la figura de este emperador lo que es salir vencedor de todos los lances y avatares de la vida. No solo puso fin a un siglo de revoluciones, sino que acabó también con el período republicano de la Roma antigua, erigiendo en su lugar los cimientos del Imperio que él mismo sería el primero en dirigir. Sin embargo, el personaje de Augusto se halla asimismo envuelto en el misterio. Tras perder a su padre a la edad de cuatro años, logró convertirse

con tan solo diecinueve en uno de los actores políticos más destacados de Roma. ¿Cómo pudo materializar semejante hazaña? ¿Y qué fue lo que le permitió alcanzar otras muchas metas, igualmente elevadas?

Así, ¿cuál fue la clave que lo llevó a superar la oposición de la más deslumbrante y renombrada pareja de la historia, la formada por Cleopatra y Marco Antonio? ¿Qué elementos hicieron posible que un muchacho tan frágil como él terminara transformándose en un jefe militar de enorme éxito? ¿Y qué determinó que, andando el tiempo, se le reconociera como a uno de los más célebres promotores de la paz que jamás haya llegado a conocer la historia? ¿Cómo se las ingenió para encontrar a su perfecta mano derecha, es decir, a un compañero leal, dispuesto a servirlo como general y administrador sin metamorfosearse en una potencial amenaza de usurpación del poder? ¿Cómo acertó a concertar con una mujer de tan brillante talento y astucia como Livia uno de los matrimonios más fructíferos y arduos de la historia? ¿Y qué factores le dieron ocasión de fundar una dinastía llamada a perdurar cien años y un imperio imbuido de una longevidad de siglos?

El propio Augusto respondería a varios de estos interrogantes al final de su larga vida, ya que mandó inscribir en las columnas de bronce que flanquean la entrada de su mausoleo de Roma una descripción detallada de su peripecia vital en la que puede leerse la siguiente afirmación: «Una vez que hube extinguido las llamas de la guerra civil, y tras recibir, por universal consenso, el control absoluto de los asuntos políticos, transferí el control de la República al Senado y al pueblo romano, a cuya voluntad quedó sujeta. Y, en reconocimiento de este servicio mío, el Senado me otorgó, por medio de un decreto, el título de Augusto».

Esa era desde luego la versión oficial, pero ¿responde a la verdad? Para saberlo, sigamos los pasos del muchachito que acabaría confiando este mensaje a la posteridad y examinemos su andadura personal.

EL HIJO DE ACIA

Nuestro protagonista vino al mundo el 23 de septiembre del año 63 a. C. La historia lo conoce como Augusto, pero es habitual llamarlo Octaviano cuando se alude a los treinta y cinco primeros años de su vida, dado que solo a partir de entonces adoptó el nombre de «Augusto».

Su padre, Cayo Octavio, pertenecía a una familia de carácter esforzado y luchador oriunda de una pequeña población al sur de Roma. Octavio, que poseía una importante fortuna, tenía asimismo grandes aspiraciones políticas, pero carecía del noble linaje que la mayoría de los romanos, pobres o ricos, esperaban hallar en sus dirigentes. Entre los romanos, la «nobleza» constituía un grupo verdaderamente reducido, ya que se circunscribía a los hijos y descendientes de los cónsules, es decir, de los dos máximos magistrados que se elegían anualmente para la gobernación de Roma. Octavio logró formar parte de ese restringido círculo aristocrático al contraer matrimonio con una sobrina de Julio César, hija de Julia la Menor, hermana del futuro dictador. Este casamiento abrió a Octavio y a su hijo pequeño las puertas del poder. El nombre de la autora del prodigio era Acia.

Los recién casados iniciaron el camino con buen pie, ya que se trasladaron a Roma y al poco Octavio consiguió auparse a las primeras filas de la política. Cayo Octavio parecía llamado a llamado a desempeñar la alta responsabilidad del consulado, pero la muerte le sorprendió repentinamente en el 58 a. C., en el camino de regreso a casa, tras un viaje que le había llevado al extranjero para ejercer tan breve como exitosamente la gobernación provincial. Acia quedó por tanto viuda y con dos criaturas a su cargo: Octaviano y su hermana mayor, Octavia.

Como si el destino quisiera colmar de desdichas al chiquillo huérfano, su herencia quedó desbaratada como consecuencia de la mala gestión de al menos uno de sus tutores (y hasta es posible que en realidad se apropiara de ella). Pese a todo, el muchacho no solo consiguió sobrevivir, sino prosperar de forma sorprendente. Tres cosas constituían su mejor activo: su madre, su familia y su propia resiliencia.

Acia es una de esas heroínas cuya biografía olvida referir la historia. Y es que, en efecto, no la vemos intervenir en la partida. No sabemos qué aspecto tenía, ya que, al parecer, no ha llegado hasta nosotros una sola moneda con su imagen ni conocemos ninguna escultura suya. Es probable que, en las Memorias de Augusto, hoy perdidas, se trazaran precisamente los rasgos del retrato que habría de sobrevivir en la literatura tardorromana, cuyas páginas pintan a una mujer casta y chapada a la antigua que, además de mantener a sus hijos bajo una estricta disciplina, dio en vigilar muy de cerca la educación de Octaviano. Las fuentes nos hablan por tanto de una mujer sagaz, pragmática y diplomática, centrada por añadidura en impulsar sin descanso el ascenso social de su hijo.

A las madres romanas no les quedaba más remedio que dedicar sus energías a esa promoción filial. Era bastante frecuente que la muerte se llevara tempranamente a sus maridos, de modo que el deber de luchar por los hijos recaía sobre ellas. La historia de la antigua Roma está repleta de madres-coraje consagradas a la tarea de sacar adelante a su descendencia. La literatura latina ofrece el ejemplo de la diosa Venus, cuya decidida intervención espolea a su hijo, Eneas, y lo anima a cumplir el destino al que está llamado por los dioses, consistente nada menos que en fundar Roma. Teniendo esto en cuenta, no es de extrañar que los varones romanos reverenciaran por regla general a sus madres.

Poco después de enviudar, Acia volvía a casarse. En esta ocasión, el marido, que era otro destacado personaje público,[1] revelaría ser también un individuo escurridizo, ya que se las ingenió para auparse a la cúspide política pese a no adherirse a ninguno de los bandos que entraron en liza durante la segunda guerra civil de la República romana (años 49 a 45 a. C.). El joven Octaviano debió de aprender sin duda de su padrastro más de un buen truco del arte de la simulación. No obstante, Acia confió el cuidado del muchacho a su abuela Julia –madre de la propia Acia–, así que fue esta quien se encargó de criar al chico bajo su techo y de orientarlo en sus años de formación. Julio César, hermano de Julia, se encontraba por entonces en la Galia, enfrascado en la conquista de este antiguo territorio, cuya superficie se extendía por la región que actualmente ocupan Francia y Bélgica, proceso que lo llevaría a convertirse finalmente en el hombre más importante de Roma. No hay duda de

que Julia debió de escribir a su poderoso hermano para referirle las cualidades del brillante y ambicioso jovencito que cobijaba bajo sus alas y que era el orgullo de la familia.

Al fallecer Julia, en torno al año 51 a. C., Octaviano se trasladó al domicilio de su madre y su padrastro, pero su mente continuó centrada en las hazañas de su célebre tío abuelo. Se dice que en el 46 a. C., Octaviano anhelaba con todas sus fuerzas unirse a César en el frente de combate, pero que Acia se negó a dejarlo partir, preocupada por la salud del joven.

En la época en que Octaviano crecía y completaba su educación, César se dedicaba por su parte a revolucionar Roma, transformada ahora en una república ufana de sí misma y de su autogobierno. El pueblo y las élites compartían el poder por medio de un elaborado conjunto de instituciones formado por asambleas, tribunales, magistrados electos y senadores. Esa era al menos la teoría. En la práctica, la República se veía impotente, incapaz de resistir el empuje de un general tan laureado como César, que contaba con el respaldo de varias decenas de miles de soldados, todos ellos ferozmente leales a su persona.

En el año 49 a. C., al regresar César de la Galia y cruzar el río Rubicón para penetrar en Italia, su transgresión[2] desató una terrible guerra civil. Esta resultó particularmente demoledora, ya que se abatía sobre un país que ya llevaba sufriendo, si bien de forma intermitente, nada menos que cinco décadas de un conflicto civil cuyas raíces nacían a su vez de una crisis surgida dos generaciones antes. Todo parecía indicar que Roma se encontraba atrapada en una tupida malla de atolladeros políticos, militares, sociales, económicos, culturales y administrativos.

Solo un individuo capaz de dominar simultáneamente la ciudad de Roma y su Imperio se hallaría en condiciones de propiciar la paz, el orden y la estabilidad de la nación. Sin embargo, César no era la persona indicada. Sus cualidades se ceñían a la conquista y no eran aptas para la lenta construcción de lo que ha de persistir. Ahora bien, si César no poseía las dotes que exigía la situación, ¿a quién podía recurrirse?

Julio César no tenía hijos legítimos, aunque es probable que

concibiera extramaritalmente a Cesarión, un príncipe extranjero cuya madre era Cleopatra. Por consiguiente, César tenía que elegir como heredero a alguno de sus parientes. Entre sus sobrinos y sobrinos nietos romanos había varios con aspiraciones legítimas, pero fue Octaviano el que acabó encabezando la lista de candidatos.

Poseído por una ardiente ambición, Octaviano había empezado a revelarse dotado de todas las cualidades innatas que requiere la política, ya que, además de inteligente, seductor y extrovertido, era un joven muy atractivo. A pesar de que entre sus virtudes naturales no figurara el genio militar, sabía apoyarse en la tenacidad, la astucia y la valentía. Tenía una voluntad de hierro. Y tenía también a Acia, que sin duda lo ensalzaba constantemente y a la menor oportunidad ante César. Hasta es posible que hiciera circular la fábula de que el padre de tan excelente hijo no era realmente Cayo Octavio, sino el mismísimo dios Apolo, quien, adoptando la forma de una serpiente, la había visitado en un templo e impreso en su cuerpo una marca indeleble tras dejarla embarazada. Desde luego, solo los más simples podían dar crédito a semejante historia, pero César conocía perfectamente el carácter crédulo de las masas, así que es posible que prestara oídos al rumor.

César siguió por tanto ascendiendo a su sobrino nieto. En torno al 51 a. C., cuando Octaviano contaba apenas once años de edad, se le confió la misión de pronunciar, encaramado al estrado que el Foro romano reservaba a los oradores, la oración fúnebre de las exequias de su abuela Julia. Poco después de cumplir los catorce años, y a petición de César, Octaviano obtuvo un importante cargo de carácter religioso. A los diecisiete, el joven marchaba ya por las calles de Roma acompañando a César en la celebración de sus triunfos; es decir, en los desfiles de la victoria que organizó tras haber conquistado la Galia y vencido en la guerra civil. Corría el año 46 a. C., y el honor que César acordaba a Octaviano con ese gesto solo era equiparable al que concedería normalmente a su propio hijo un general de éxito.

Un muchacho tan descollante como Octaviano se hallaba lógicamente rodeado de un gran número de amigos y seguidores, y, de hecho, uno de ellos terminaría apoyándolo durante toda su vida y convirtiéndose en su mano derecha. Este hombre de confianza

respondía al nombre de Marco Vipsanio Agripa. Al igual que Octaviano, también Agripa procedía de una acaudalada familia italiana, aunque carente de vínculos de sangre con la nobleza romana. Sin embargo, lo que Agripa poseía era un enorme sentido práctico.

Resaltaba asimismo por su coraje, por su temple enérgico y, sobre todo, por su lealtad. Desde luego, está claro que Octaviano tenía el don de lograr que los hombres lo siguieran. En el caso de Agripa, el futuro Augusto decidió acudir a su tío abuelo para conseguir que liberara al hermano de Agripa, pese a que este hubiera combatido contra César en la guerra civil. Evidentemente, Agripa le quedó eternamente agradecido.

En el año 45 a. C., Octaviano cayó enfermo y, según se dice, César tuvo incluso la deferencia de visitarlo, en su lecho de convalecencia antes de partir a Hispania para sofocar una rebelión surgida en esa provincia. Octaviano padeció una larga serie de dolencias crónicas y hubo de superar varios brotes patológicos graves a lo largo de su existencia, pero lo cierto es que, hasta el último momento, se las arregló siempre para salir airoso de todos esos envites. En el caso que nos ocupa, el joven se restableció rápidamente y partió al frente sin demora. En el reducido séquito que lo acompañó es muy probable que se encontrara Agripa, pero no Acia. Pese a que su madre deseaba unirse a ellos, Octaviano rechazó la idea.

Cuando el sobrino nieto de Julio César llegó a Hispania ya era demasiado tarde para intervenir en combate, pero no hay que olvidar que, para alcanzar al ilustre general, había tenido que realizar un peligroso viaje a través de territorio hostil. Esto suscitó la admiración de su tío, un sentimiento que estaba llamado a crecer paulatinamente en el transcurso de los largos meses que César pasó en compañía del ambicioso y joven talento. Octaviano sabía que las circunstancias le ofrecían la ocasión de brillar con luz propia, y las aprovechó a conciencia. Poco después, al regresar a Italia, César hizo de Octaviano su primer y más importante heredero, y se comprometió además a convertirlo en hijo adoptivo tras su fallecimiento.

Si César eligió como sucesor a Octaviano fue sin duda por haber visto en él signos de grandeza. Sin embargo, al difundirse la noticia

de la decisión de César hubo quien juzgó difícil de creer que el hecho de que un muchachito de diecisiete años se las hubiera ingeniado para convencer al hombre más poderoso del mundo de que se le designara para tan encumbrado futuro pudiera haberse producido sin que mediara la turbia estratagema de los favores sexuales. Andando el tiempo, el rival de Octaviano, Marco Antonio, lanzaría sobre el adolescente la acusación de haber tenido una aventura amorosa con César durante su estancia en Hispania. Por un lado, ese tipo de calumnias pertenecían exactamente al grupo de las que causaban fruición entre los políticos romanos, pero, por otro, lo único que igualaba la significada belleza de Octaviano era su inmensa ambición, y corría el rumor de que, en su adolescencia, el propio César se había acostado con un poderoso hombre maduro. No obstante, tanto César como Augusto eran donjuanes que solo tenían ojos para las mujeres, así que es posible que se tratara simplemente de una hablilla falsa.

Al volver a pisar las calles de Roma, Octaviano decidió instalarse al fin por su cuenta, aunque optó por residir cerca de su madre y su padrastro, así que se tiende a suponer que pasaba la mayor parte del tiempo en su compañía. También continuó perfeccionando su educación, ya que se entregó al estudio de la oratoria, la filosofía y la literatura, tanto en latín como en griego, saberes que constituían el currículo académico predilecto de las élites romanas. Pese a que una sucesión de guerras y revoluciones vendría a interrumpir la formación de Octaviano, él seguiría leyendo y adquiriendo práctica política, consagrándose, entre otras cosas, a pronunciar discursos a diario. Se asegura que, al cumplir los dieciocho años, Octaviano renunció al sexo durante todo un año, ya que había llegado a la convicción de que esa medida le permitiría conservar un timbre de voz firme y sólido. Y es posible que así fuera, puesto que, en sus años de madurez, habría en su voz un acento suave y característico, muy distinto a los agudos y penetrantes tonos del habla de César.

Este último planeaba dedicar ahora los tres años siguientes a una guerra de conquista en Oriente. Concedió a Octaviano un papel extremadamente destacado en la materialización de ese proyecto, dado que lo nombró, con tan solo dieciocho años, jefe de caballería, lo que lo convertía en su segundo al mando. Pese a que se tratara en cierto modo de un cargo de índole ceremonial, lo cierto es que la

asunción de esa responsabilidad no solo determinó que todo el mundo percibiera el ascendiente de Octaviano, sino que brindó al joven la ocasión de crear una amplia red de contactos. De acuerdo con lo programado, la expedición debía iniciarse en marzo del 44 a. C. En diciembre del 45, aproximadamente, César ordenó a Octaviano partir de Roma, de modo que este cruzó el Adriático, acompañado por Agripa, a fin de instalarse en el cuartel general de César, situado en la actual Albania. Una vez llegado a su destino, Octaviano trabó relación con los comandantes de la legión, cosa que no tardaría en revelarse de un valor inestimable.

Sin embargo, los idus de marzo[3] trastocaron todas las previsiones, ya que el 15 de ese mes del 44 a. C., un grupo de conjurados, integrado por más de sesenta romanos de elevada posición y encabezados por Marco Junio Bruto, Cayo Casio Longino y Décimo Junio Bruto, asesinó a César durante una sesión plenaria del Senado.

De la noche a la mañana, los estrechos vínculos que Octaviano mantenía con César lo convirtieron en un objetivo que perseguir. Acia se encontraba en Roma, y se encargó de organizar el funeral del magnate, ya que así había quedado establecido en su testamento, pero su prioridad absoluta se centró en salvar a Octaviano. Envió inmediatamente a un mensajero al otro lado del Adriático a fin de contactar con él. Octaviano estaba sopesando la posibilidad de liderar una sublevación armada desde el cuartel general en el que se encontraba. Sin embargo, Acia se mostró rotundamente contraria a tal proyecto, ya que era consciente de que la llave que permitiría controlar la situación estaba en Roma, así que instó a su hijo a regresar a la mayor brevedad a la capital. En una carta resalta con urgencia: «Debes comportarte ahora como un hombre, ponderar prudentemente los pasos que has de dar y darlos ateniéndote a los giros de la fortuna y a las oportunidades que se presenten». Tras consultar con sus amigos y consejeros, Octaviano acabó por compartir el parecer de Acia y largó velas para regresar a Italia.

La muerte de César fue una pérdida terrible para el joven Octaviano. Habían asesinado al hombre que se había ofrecido a adoptarlo como hijo y que se había desvivido para hacerle cobrar

conciencia de su potencial grandeza. Octaviano se dejó crecer la barba, un gesto de duelo tradicional entre los romanos. Pero el dolor no era la única emoción que lo embargaba. También le atenazaban el miedo, la ira y el deseo de venganza. Con todo, la desaparición de César no solo suponía un mazazo, también constituía una oportunidad. Octaviano había pasado a ser el cabeza de familia, por no mencionar el hecho de que el magnicidio lo había transformado en heredero del dictador. Ahora bien, si quería tomar las riendas de ese legado, iba a tener que luchar.

CÉSAR ES MI NOMBRE

Noviembre de 44 a. C.

En el Foro de Roma, cuya plaza era el centro cívico de la ciudad.

Octaviano pronunció entonces un discurso que más tarde ordenaría divulgar con gran orgullo. La alocución fue uno de los momentos decisivos de su vida: alargó el brazo, lo dejó reposar en actitud amistosa sobre una estatua de Julio César y juró lealtad a Roma, poniendo como prenda de su buena fe la esperanza que albergaba de alcanzar algún día los altísimos honores que tanto brillo habían otorgado a su padre adoptivo. Acababa de cumplir diecinueve años, pero eso no le impidió reclamar para sí, como derecho vitalicio, todo el poder y la gloria del antiguo dictador. Por menos que eso había terminado recluido más de un hombre en las frías dependencias de un sanatorio mental.

Puede que se tratara de un brote de megalomanía, pero lo cierto es que, tras seis meses de dura brega, Octaviano empezó a progresar en la consecución de sus objetivos. Siguiendo el prudente consejo de Acia, se había apresurado a regresar a Italia. Su carácter era lo suficientemente precavido y obediente como para no azorarse ante la idea de consultar las cuestiones difíciles con su madre y su segundo marido, aunque la ambición también lo aguijoneaba

demasiado como para aceptar sus recomendaciones, que lo instaban a proceder lentamente y con pasos muy medidos. Y ni que decir tiene que hizo caso omiso de lo que supuestamente le sugirió su padrastro: nada menos que renunciar a la herencia de César para retirarse a continuación de la vida pública, pese a que apenas hubiera empezado a internarse en dicha senda.

Muchos eran los enemigos que acechaban a Octaviano en Roma. El cónsul Marco Antonio se hallaba al frente de la ciudad, y, tras superar unos cuantos reveses pasajeros, los asesinos de César habían comenzado a reagruparse. Octaviano era un estorbo y carecía de utilidad para sus planes. Y lo mismo opinaba Marco Antonio. A sus treinta y nueve años de edad, Marco Antonio se encontraba en la flor de la vida. Hijo de una noble familia romana, este adversario de Octaviano había revelado ser un magnífico general, con actitudes de político furtivo y circunspecto, y había hecho gala de una espléndida oratoria. Fuerte y atractivo, Marco Antonio se adhirió a Hércules y se confió a él como deidad protectora (y no olvidemos que Hércules era un símbolo de responsabilidad, justicia y dotes militares). Marco Antonio despreciaba a Octaviano. Por otra parte, siendo como era un pariente lejano del dictador asesinado, además de un viejo colaborador suyo, Marco Antonio se consideraba el legítimo sucesor del desaparecido César.

No obstante, Octaviano demostró una gran determinación. Anhelaba cubrirse de gloria y honores y estaba dispuesto a conseguirlos a cualquier precio. Estaba perfectamente dispuesto a luchar. No iba a limitarse a llorar por César, sino todo contrario: había resuelto vengar su muerte. O mejor aún: iba a suplantarlo, a enfundarse su personalidad y su aureola; iba a ser el mismo César. Inició el proceso necesario para culminar la adopción que su tío abuelo le ofrecía en el testamento. Y, pese a que en este libro sigamos llamándole Octaviano, él empezó a darse a sí mismo el nombre de «César». Hizo suya esa denominación con tanta soltura que parecía que se la hubieran impuesto al nacer. Y no solo eso, ya que Octaviano utilizó ese nombre a la manera de un talismán capaz de asegurarle el poder, como si se tratara de un título refrendado por el peso de los siglos. Su madre fue la primera persona que pronunció la palabra «César» para dirigirse a él, pero no habría de ser la última.

Octaviano era audaz, pero no impetuoso, y violento sin llegar a la brutalidad. Tras sus primeros titubeos, dudas e indecisiones, y con la tranquilidad de espíritu que le proporcionaba el hecho de haberse mostrado respetuosa con la postura de su marido, Acia cambió de parecer y decidió apoyar sin ambages las ambiciones de Octaviano. Pese a todo, continuó aconsejándole que se valiera de la astucia y la paciencia, y Octaviano se manifestó claramente inclinado a seguir esa fórmula. Comenzó a actuar en función de una estudiada estrategia y a no mostrar a la gente otro rostro que aquel con el que deseaba ser reconocido en cada momento. Se comportaba de forma misteriosa, así que parece muy apropiado al caso que en este período de su carrera optara por sellar sus documentos con la imagen de una esfinge, aunque con el tiempo acabara sustituyéndola por su propia efigie. (Más tarde, otro emperador calificará a Augusto diciendo que era un «camaleón».) Las fuentes clásicas aseguran que fue Acia la que dio a Octaviano el sello con los rasgos de la esfinge, lo que nos devuelve al relato del dios Apolo, su presunto genitor divino, ya que los romanos asociaban los poderes de la esfinge con los de esa deidad.

La «esfinge» sabía cómo tentar a la gente, y efectuó su primer experimento de seducción con un hombre que vivía cerca de la villa que su padrastro poseía en la campiña, asomada a la bahía de Nápoles. Se trataba nada menos que de Marco Tulio Cicerón, el estadista vivo más renombrado de Roma. De todos los habitantes del mundo antiguo, Cicerón es el que nos habla con mayor y más inteligible fuerza. Sus argumentos poseen el vigor persuasivo de una inigualable elocuencia. Sus manos se atareaban sin cesar en la escritura, y su corazón latía con vehemente pasión por la República, en cuyas últimas décadas había desarrollado su andadura pública. Sus discursos todavía resultan chispeantes, sus cartas ponen al descubierto los manejos administrativos de la época, y sus obras filosóficas son prácticamente las que alumbran el pensamiento político latino.

Como político, el éxito de Cicerón fue un tanto matizado. En el período en que ocupó el consulado consiguió aplacar una revuelta, pero al precio de ejecutar a cinco ciudadanos romanos, a los que ni siquiera concedió el beneficio de un juicio justo, una medida que más tarde le obligaría a partir temporalmente al exilio. Al terminar

la guerra civil, y a pesar de que en su transcurso Cicerón se había mostrado muy vacilante, César le concedió el perdón, dedicando incluso grandes elogios a su producción literaria. Sin embargo, también le cerró la puerta del poder en las narices. Después de los idus de marzo, el orador abandonó su retiro y apoyó a los asesinos. Por ello, Octaviano lo convenció de que él, pese a aspirar al legado de César, era la persona más indicada para restaurar la libertad que César había puesto en entredicho.

A primera vista podría parecer una situación lastrada por la ingenuidad. A fin de cuentas, Cicerón deseaba evitar que la República cayera en manos de otro dictador militar como César, mientras que Octaviano anhelaba auparse justamente a ese mismo cargo dictatorial. ¿Había empezado a chochear el hombre? En absoluto, pero, pese a ser consciente de que apostar por Octaviano implicaba correr un gran riesgo, también tenía la clara impresión de que valía la pena asumirlo. Cicerón consideraba que Marco Antonio, por su edad, era un hombre más correoso y experimentado, y por consiguiente más peligroso que el joven Octaviano. Además, cayó rápidamente en la cuenta de que el ambicioso muchacho no temía a nadie. Esto explica que Cicerón y Octaviano trabaran esa alianza de conveniencia, lo cual nos lleva a comprender a su vez que la verdadera cuestión que quedaba por dirimir era la de quién habría de ser el primero en deshacerse de su pretendido aliado y en encaramarse a la cima del poder.

La juventud de Octaviano resultó ser una ventaja, ya que, al no haberse implicado verdaderamente a fondo con el antiguo régimen, había muy pocas cosas que lo frenaran en la tarea de transformarlo por completo.

Octaviano estaba decidido a llevar a sus últimas consecuencias el contencioso que lo oponía a Marco Antonio. Tras tomar la precaución de ocultarle a su madre los planes que realmente se proponía llevar a la práctica, el joven se trasladó al sur de Italia y comenzó a maniobrar y a presionar para granjearse apoyos entre los soldados que habían servido a las órdenes de Julio César. Logró convencer a tres mil veteranos de guerra y consiguió que abandonaran su condición de reservistas y le ofrecieran su respaldo. La constitución de un ejército privado de semejante índole era un

acto ilegal, pero, con el paso del tiempo, Augusto no tendría inconveniente en alardear públicamente de haber dado ese paso, presentándolo a los ojos de todos como una acción concebida para salvar la República: «A la edad de diecinueve años, por propia iniciativa y sufragándolo de mi peculio personal, recluté un ejército, y con él liberé a la República, que se hallaba oprimida por la tiranía de una facción».

El grueso de aquellas tropas estaba formado por dos legiones de veteranos a los que los agentes de Octaviano habían apartado del contingente de Marco Antonio con la deslumbrante promesa de mejor paga y menor disciplina. De la noche a la mañana, esas dos legiones otorgaron a Octaviano la facultad de competir en los sangrientos pugilatos y maquinaciones que se avecinaban. Y no solo eso: también consiguieron captar la atención del Senado.

Al comprender que el enfrentamiento armado con los hombres de Marco Antonio era inminente, el Senado se puso de parte de Octaviano y sus legiones. Las reivindicaciones de lealtad a la República que este último había puesto sobre la mesa tenían muy escasa credibilidad, pero su propia juventud logró que los senadores le tuvieran por un contrincante menos peligroso que Marco Antonio. En abril del año 43 a. C., los bandos en liza midieron sus fuerzas en dos encontronazos sucesivos, ambos dirimidos en el norte de Italia. Marco Antonio, que era un curtido militar, tachó de cobarde a Octaviano, dado que este jamás había entrado en combate. Sin embargo, pese a no ser un soldado nato, Octaviano era perfectamente capaz de actuar con arrojo. En la segunda batalla del 43 a. C., por ejemplo, el joven aspirante se echó heroicamente a las espaldas el águila de la legión al observar que el que portaba la insignia había resultado gravemente herido. En la guerra, como en todas las demás circunstancias de su vida, Octaviano dio siempre muestras de un gran dominio de sí mismo. Para ilustrar esta última afirmación, basta pensar que, pese a encontrarse en compañía de una aguerrida soldadesca, jamás acompañó la cena con más de tres vasos de vino; esto, a su vez, probablemente equivale a unos prudentes doscientos cincuenta mililitros.

Los ejércitos con los que se había alineado el Senado se alzaron con la victoria y obligaron a Marco Antonio a emprender la retirada.

Este buscó refugio en la Galia, pero Octaviano prefirió no ordenar a sus tropas que lo persiguieran, pese a que ese fuera justamente el deseo del Senado. Octaviano era demasiado inteligente como para confiar en los senadores. Aunque Octaviano se encolerizara al enterarse de que Cicerón había dicho, en referencia a su persona: «Debería honrarse y elevarse al joven a una posición que lo deje satisfecho y fuera de juego», lo más probable es que no se sorprendiera. Entretanto, Marco Antonio conseguía reagrupar a sus legiones y ganarse además el respaldo de las tropas acantonadas en la Galia. Sin embargo, para entonces Octaviano ya había cambiado de táctica y optado por apoyar a su antiguo rival.

El Senado no había sido más que un aliado temporal, un puntal útil para conferir legitimidad a sus aspiraciones que, sin embargo, se oponía a sus aspiraciones de poder, cifradas nada menos que en alcanzar una posición de predominio equiparable a la de César. Marco Antonio era un socio más conveniente, dado que, a diferencia del Senado, no tenía el menor apego a las instituciones de la República. Además, los nuevos contingentes que había acertado a reunir su enemigo lo habían convertido en un adversario demasiado fuerte, y Octaviano sabía que no podría derrotarlo. Así las cosas, y una vez contemplada la nueva situación, Octaviano decidió recurrir a Marco Antonio.

En el verano del 43 a. C., Octaviano envió al Senado a un centurión (es decir, a uno de sus capitanes) para solicitar que los magistrados lo nombraran cónsul, el cargo más alto del escalafón estatal (que sin embargo estaba tradicionalmente vedado a quien no hubiese cumplido aún los cuarenta años). Estaba claro que a Octaviano no le arredraba en absoluto contrariar las costumbres. En un primer momento, aunque a regañadientes, los senadores aceptaron la componenda, pero después se retractaron, ya que tenían la vana esperanza de ver reforzada su postura con nuevas tropas venidas del extranjero. Los miembros del Senado intentaron tomar como rehenes a Acia y a Octavia, la hermana mayor de Octaviano, ya que ambas se encontraban en la ciudad. Sin embargo, las dos mujeres buscaron amparo entre las vírgenes vestales. Las vestales eran un grupo de seis sacerdotisas responsables de la perpetuación de un importante culto estatal y residían en un edificio oficial[4] situado junto al Foro. Movido en parte por la imperiosa necesidad de

protegerlas, Octaviano, que siempre defendió devotamente a su familia, se apresuró a presentarse en Roma en compañía de sus legiones. De este modo, el 19 de agosto del 43 a. C., el ambicioso joven se apoderaba de la capital. Al verse libres de abandonar el refugio de las vestales, la madre y la hermana de Octaviano se echaron en sus brazos.

Por desgracia, la reunión familiar resultó muy breve, ya que Acia falleció poco después, en una fecha indeterminada situada entre los meses de agosto y noviembre de ese mismo año. Es probable que su marido también pasara a mejor vida en torno a esa época. Octaviano convenció al Senado de que le convenía dignificar a Acia con unas exequias públicas (suponiendo que el verbo «convencer» sea el indicado para describir los designios de un político que acababa de hacerse con el consulado por la vía militar). La celebración pública de unas honras fúnebres constituía una distinción sumamente rara. De hecho, hasta donde nos es dado saber, Acia fue la primera mujer de la historia romana a la que se concedió tal honor. Se encargó a un poeta la redacción del epitafio de la noble dama desaparecida. Los versos rezaban como sigue:

«Aquí, oh extranjero, reposan las cenizas de Acia, aquí descansa la madre de César. / Así lo han ordenado los padres de Roma, es decir, el Senado».

Acia había sido indispensable como figura materna de Octaviano y fundamental como defensora y consejera en las primeras crisis políticas que hubo de capear el futuro Augusto. De hecho, continuaría ejerciendo cierta influencia aun después de su muerte, ya que las obras literarias no olvidaron sus cualidades. Por consiguiente, su recuerdo siguió manteniendo presente en la memoria popular la aspiración de su hijo a la condición aristocrática.

Además, en la antigua Roma la venganza formaba parte de las virtudes más honorables, pues, si por un lado los romanos temían sus consecuencias, por otro admiraban la tenacidad y el temple que

precisaba quien deseara llevarla a cabo. Inmediatamente después de los idus de marzo, el Senado consiguió sacar adelante, no sin grandes esfuerzos, un acuerdo destinado a conceder una amnistía a los asesinos de César. Sin embargo, una vez elevado a la dignidad consular, Octaviano convirtió el pacto en papel mojado. Acto seguido se encargó asimismo promulgar una ley que le permitiera crear un tribunal especial que rápidamente condenó a la pena capital a los conjurados. Como buen hijo que era, el jovencísimo cónsul se tomó el magnicidio de su padre adoptivo como un agravio personal.

Octaviano animó a Marco Antonio a regresar a Italia y a hacer las paces. En octubre se reunieron al fin ambos hombres, acompañados por un tercero –Marco Emilio Lépido, un viejo aliado de Julio César–, constituyendo de ese modo una comisión tripartita dotada de poderes dictatoriales y de un mandato de cinco años de duración (que más tarde sería renovado por espacio de otro lustro). Entre los tres disponían de más de cuarenta legiones. Se repartieron la porción occidental del Imperio, dejando que Bruto y Casio, que habían huido de Roma tras el apuñalamiento de Julio César, llevaran las riendas de la parte oriental. En realidad, el movimiento de los triunviros fue un verdadero golpe de estado.

Desde que regresara a Italia y en menos de veinticuatro meses, Octaviano no solo había conseguido concebir una estrategia con la que abrirse camino tanto en la esfera política como en el ámbito bélico, sino que se las había ingeniado para superar en astucia a sus adversarios y convertirse en uno de los tres hombres más poderosos del imperio romano. Y todo ello con apenas veinte años.

Al conquistar Roma, Julio César había recurrido a la clemencia y optado por perdonar a sus enemigos. Sin embargo, su asesinato constituía una clara indicación de que la indulgencia no resultaba nada aconsejable. Por este motivo, los triunviros prefirieron echar mano de la proscripción, purgando así de oponentes el territorio sometido a su dominio. Emitieron decretos en los que se condenaba a muerte a unos dos mil miembros de la élite romana y a muchos compatriotas acaudalados, dictando asimismo la confiscación de sus tierras. La mayoría de los así señalados se dieron a la fuga, aunque es probable que se liquidara también a unos trescientos. De todos

los ajusticiados, Cicerón fue sin duda el de mayor renombre. Marco Antonio quería que ese archienemigo suyo fuera arrojado a la tumba. Más tarde, Octaviano aseguraría haber tratado de salvar al orador, pero, aun suponiendo que esa afirmación merezca algún crédito, lo cierto es que no debió de esforzarse demasiado.

Uno de los elementos contemplados en la reciente alianza que había establecido con Marco Antonio obligaba a Octaviano a contraer matrimonio con Claudia, la joven hijastra de su colega triunviro. Fulvia, la madre de la muchacha y esposa de Marco Antonio, era una mujer formidable que ya había sobrevivido a dos maridos, ambos dedicados a la política y muertos de forma violenta.

El primero de enero del 42 a. C., Octaviano decidió dar una vuelta de tuerca más a la devoción que profesaba a la memoria de su padre adoptivo y ordenó al Senado que elevara a César a la condición divina, cosa que le permitía a él mismo presentarse ante el mundo como hijo de una deidad. Se promulgó una ley para autorizar la construcción de un templo y se instituyó oficialmente el culto al divinizado Julio César. Cuatro años después, en el 38 a. C., las tropas proclamaban imperator a Octaviano, es decir, general victorioso, mediante un acto de aclamación. De ese modo pasó a ser conocido con los títulos de «general triunfador y César, hijo de un dios».

A la edad de veinticuatro años, Octaviano había logrado grandes cosas. Seguía alimentando una ambición sin límites, poseía una aguda inteligencia y un juicio seguro y aplomado; era hombre aferrado a la filosofía de trabajar sin descanso y contaba con unas invencibles dotes de persuasión. Como a todos los jóvenes, le zarandeaban las emociones –y la predominante era la cólera que todavía le inspiraba el asesinato de su padre adoptivo–, pero se había revelado como un maestro en el arte de transformar el dolor en soluciones estratégicas. No tardaría en quedar claro que esas dotes tácticas constituían el particular sello de identidad de Octaviano. Su pensamiento se adelantaba siempre a los acontecimientos. Y desde luego iba a necesitar echar mano de esa especial cualidad suya, ya que le aguardaban pruebas extremadamente duras.

ANTONIO Y CLEOPATRA

El choque con Bruto y Casio se produjo a las afueras de la ciudad griega de Filipos en el año 42 a. C. Octaviano combatió apoyado por Marco Antonio, que se significó brillantemente en las dos batallas que les permitieron alcanzar la victoria. Octaviano, por el contrario, hubo de enfrentarse a una segunda tanda de acusaciones de cobardía, ya que, en el primer enfrentamiento, al irrumpir el enemigo en su campamento y tomarlo, él ya había huido del lugar. Más tarde, él mismo explicaría que se encontraba enfermo y que durante su convalecencia había tenido una visión que le advertía del peligro. Este argumento es probablemente cierto, ya que era habitual que Octaviano se viera obligado a capear distintos problemas médicos. No obstante, se recuperó rápidamente y dio la sanguinaria orden de cercenar la cabeza de Bruto para enviarla a Roma y colocarla a los pies de la estatua de Julio César en señal de venganza.

Pese a que la victoria de Filipos tuviera una repercusión enormemente positiva para Marco Antonio y Octaviano, los dos triunviros todavía no habían conseguido someter al conjunto del mundo romano. Haciendo a un lado a Lépido, Octaviano y Marco Antonio se repartieron el Imperio. Antonio asumió el control de Oriente y estableció su capital en Atenas, y Octaviano se encargó de gobernar Occidente, asentado en Roma.

Esta situación hizo que Octaviano se viera obligado a echarse a la espalda la impopular tarea de confiscar las tierras de la población civil de Italia para entregársela a sus veteranos de guerra. La esposa de Marco Antonio, Fulvia, y su hermano Lucio Antonio, aprovecharon la ocasión para elevar cargos contra él. Fulvia se presentó ante las tropas en compañía de los hijos de Marco Antonio y de la madre de este a fin de conservar la lealtad de la soldadesca. (Octaviano se había divorciado poco antes de Claudia –que era hija de Fulvia, como recordaremos–, asegurando bajo juramento que el matrimonio no había llegado a consumarse, lo que indudablemente había provocado las iras de la que fuera su suegra). Octaviano se vio de pronto en la obligación de someter a Fulvia. Utilizó sus tropas para cercar a la esposa de Marco Antonio, así como a su

hermano Lucio Antonio y al ejército que los protegía, inmovilizándolos en la población de Perusa (la actual Perugia), situada en el centro de la península itálica. Fulvia tuvo no obstante el dudoso consuelo de ver su nombre inscrito en los proyectiles de las hondas de su enemigo, aunque rodeado de referencias obscenas a ciertas partes de su anatomía. Fulvia envió notas de auxilio a los generales de Marco Antonio que se encontraban en la Galia, solicitándoles que se apresuraran a cruzar los Alpes para acudir en su ayuda, pero ya era demasiado tarde. Las fuerzas de Octaviano ganaron la partida. Suponiendo que la información que ha llegado hasta nosotros sea efectivamente fiel a los hechos, y no mera propaganda, una vez que se supo vencedor, Octaviano procedió a masacrar en el altar consagrado al recién deificado Julio César –y precisamente en los idus de marzo– a buena parte de los cabecillas que se habían rebelado contra él. Según se dice, despachó todas las solicitudes de clemencia que se le hicieron llegar con un gélido: «Es hora de morir». Sin embargo, permitió que Fulvia y Lucio recobraran la libertad.

Entretanto, Marco Antonio consiguió embridar la situación en que se encontraba la zona oriental del Imperio, ya que Bruto y Casio habían dejado el territorio a merced de los agitadores. No obstante, si por algo se recuerda el período que Marco Antonio pasó en Oriente es por una circunstancia totalmente diferente: la vinculada con la relación que mantuvo con Cleopatra, ya que el idilio que vivieron no fue únicamente una pasión romántica, sino también un cálculo tan beneficioso para la espada como para la bolsa.

Cleopatra era la mujer más poderosa, opulenta y seductora de la época. No solo ceñía la corona de Egipto, sino que también gobernaba un país próspero en un universo de hombres. Pese a regir los destinos de Egipto, Cleopatra era griega (o, para ser más exactos, macedónica), como todos los reyes pertenecientes a la tricentenaria dinastía ptolemaica que la habían precedido. Se trataba de una mujer inteligente, astuta, culta y dotada de un encanto inigualable. La presencia y el porte físico de Cleopatra eran imponentes. Siendo de corta estatura, su vigor resultaba sorprendente. Sabía montar perfectamente a caballo y conocía y practicaba el arte de la caza. También prestaba una atención extremadamente esmerada a la imagen pública que proyectaba. Las

esculturas grecorromanas que nos la muestran indican que poseía una notable elegancia, y el perfil de su rostro, fijado en las monedas de su tiempo, le prestan un aire regio que en ocasiones llega a resultar incluso ligeramente masculino.

Cleopatra poseía un carisma tremendo, y Alejandría, la capital de Egipto, en la que residía, era en su tiempo una maravilla arquitectónica y un polo de atracción para toda clase de actividades culturales. Cualquier hombre que consiguiera encandilar a Cleopatra lograría acceder al mismo tiempo a las fabulosas riquezas del país del Nilo y abismarse en la vaporosa mística que la reina sabía crear en su alcoba. Octaviano podía vanagloriarse de llevar el nombre de César, pero Marco Antonio iba a tener ocasión de jactarse de haber hecho suya a la amante del gran Julio. En el año 41 a. C., Marco Antonio y Cleopatra iniciaron unos amoríos llamados a traer al mundo a dos gemelos.[5] No obstante, Marco Antonio contrajo matrimonio con otra mujer, ya que Fulvia había fallecido como consecuencia de una súbita enfermedad. Su nueva esposa fue nada menos que Octavia, la hermana de Octaviano. Justamente, la joven, que acababa de enviudar, comprendió a la perfección el objeto de aquel juego, dado que el propósito de aquella unión nada tenía que ver con el amor, sino con algo totalmente distinto: los intereses políticos. Con todo, parece que Octavia no era ajena a los encantos de Marco Antonio. Tuvieron dos hijas, y ella se dedicó a criarlos en su casa de Atenas, junto con los otros tres chiquillos nacidos de los matrimonios anteriores de ambos. Da la impresión de que a nadie le preocuparon lo más mínimo los lazos que Marco Antonio hubiera podido establecer con Cleopatra.

DONDE OCTAVIANO SE ENTREGA AL AMOR Y A LA GUERRA

Mediada la veintena, Octaviano hubo de hacer frente a las mayores crisis de su breve pero intensa biografía. Combatió en la que habría de ser, con mucho, la campaña militar más peligrosa de cuantas había librado y conoció al amor de su vida, una mujer que lo cambió por completo y lo transformó en un hombre mejor.

Por entonces, Octaviano no había logrado consolidar todavía su poder en Occidente. Aún tenía que derrotar a Sexto Pompeyo Magno, el último hijo vivo de Pompeyo el Grande, el gran rival de Julio César. Sexto Pompeyo controlaba las aguas que rodean la península itálica gracias a una poderosa flota cuya base de operaciones se encontraba en Sicilia. Sexto era un individuo astuto y seductor que defendía la República y ofrecía asilo a las víctimas del edicto de proscripción de Octaviano. Pese a que interceptara los navíos cargados de grano que abastecían a Roma, provocando una importante penuria de alimentos en la ciudad, Sexto gozaba de una gran popularidad entre los habitantes de la capital, que ya empezaban a cansarse de las purgas y las confiscaciones de tierras. Octaviano y Marco Antonio se vieron obligados a hacer las paces con Pompeyo y a reconocer oficialmente sus dominios. Además, Octaviano decidió honrar el poderío de Pompeyo contrayendo matrimonio con una tía política de éste llamada Escribonia. Su nueva esposa era una mujer fuerte y severa, aproximadamente diez años mayor que él.

Poco después, en el 39 a. C., Octaviano conoció a Livia. Se vivía un momento de la máxima tensión. A sus veinticuatro años, Octaviano acababa de afeitarse la barba que había lucido durante un lustro entero en señal de duelo por la muerte de Julio César. Livia Drusila, pues tal era su nombre completo, tenía por entonces diecinueve años y era una muchacha aristocrática, brillante y bella. Octaviano también poseía un notable atractivo físico, amén de unas inmensas riquezas. Es verdad que, apenas tres años antes, Octaviano había forzado la huida de Livia, que había debido abandonar Italia con las tropas de su futuro esposo pisándole los talones, por haber respaldado a Fulvia y a Lucio, sus enemigos en la guerra de Perusa. No obstante, al final había podido regresar sana y salva a casa. Al igual que el propio Octaviano, Livia estaba casada. De hecho, esperaba incluso un hijo (y también Escribonia). Sin embargo, el amor supera todas las barreras y transgrede todas las normas, así que la pasión que surgió entre ambos se reveló irresistible.

Para Livia, el hecho de conquistar el corazón de Octaviano a la temprana edad de diecinueve años representó un golpe de suerte tan decisivo como lo fuera en su día para el futuro Augusto lograr la aprobación de César con tan solo diecisiete. Como habría de

demostrar la posterior sucesión de los acontecimientos, Livia era el alma gemela de Octaviano, pues no solo lo igualaba en inteligencia sino también en ambición. Sin embargo, Octaviano era un hombre consagrado a la política, así que no todo se reducía al enlace de dos mentes complementarias. La unión con Livia le permitía incrementar aún más el respeto que ya inspiraba en todos sus compatriotas, dado que la joven procedía de la más intachable y encumbrada familia aristocrática. Pese a que sus antepasados pertenecían a la élite romana, igual que los de Escribonia, lo cierto es que se habían desenvuelto en esferas más elevadas que las de los parientes de la segunda esposa de Octaviano. Además, los predecesores de Livia habían desempeñado las más altas funciones de Roma, ya que descollaron en muy distintos campos, unas veces como estadistas y otras como generales, oradores o políticos reformistas. El linaje de Escribonia no podía considerarse tan ilustre. Y, para colmo, Escribonia empezó a irritar a Octaviano, abrumándolo con quejas a causa de su adulterio. Sin embargo, lo que puso la puntilla a su relación fue el hecho de que su utilidad política comenzara a menguar, dado que los lazos con Sexto Pompeyo habían empezado a agriarse.

El 14 de enero del 38 a. C., Escribonia dio a luz a una hija, a la que puso el nombre de Julia. Ese mismo día, Octaviano se divorciaba de ella. Por esa época, el marido de Livia también rompía oficialmente los vínculos matrimoniales que le unían a ella. Con esta doble disolución, el camino de Octaviano y Livia quedó allanado, de modo que la boda se celebró el 17 de enero.

En la fecha del enlace, Livia estaba embarazada de seis meses. Un trimestre después, residiendo ya en el domicilio de Octaviano, traía al mundo a un bebé, Druso, que vino a hacer compañía a su hermano mayor, Tiberio, que ya había cumplido los tres años de edad. La gente comenzó a murmurar, y tanto se oía decir por todas partes que «las personas afortunadas tienen hijos en tan solo tres meses», que la frase acabó convirtiéndose en una especie de proverbio. En último término, los rumores resultaron particularmente crueles, dado que Livia no lograría dar hijos a Octaviano, a excepción de uno que sin embargo nació muerto. Pese a todo, el matrimonio se mantuvo unido por espacio de cincuenta y dos años, lo que indica que Octaviano supo separar las razones que

le unían a Livia del gran deseo incumplido de engendrar una dinastía con ella.

Octaviano podría haber optado por divorciarse también de Livia, pero hacerlo habría resultado peligroso, ya que era muy probable que ella hubiese contraído nuevas nupcias y hecho surgir con ello un centro de poder capaz de rivalizar con el suyo. También podría haberla liquidado, pero semejante orden habría manchado su reputación. O puede incluso que Octaviano permaneciera junto a Livia porque la amaba y le profesaba admiración. Es posible que ella demostrara ser, desde el principio, una importante fuente de sabios consejos y que le procurara un valioso respaldo. Con el tiempo, Livia habría de convertirse en una de las políticas más sagaces de toda Roma. Como dejará escrito el historiador Suetonio: «[Octaviano] la quiso y apreció hasta el fin, y ella jamás tuvo rival en su corazón».

Los acuerdos de paz establecidos con Sexto Pompeyo fueron de corta duración. Octaviano consideraba que su taimado y agresivo oponente era un hombre excesivamente peligroso y que por consiguiente resultaba imposible coexistir en buenos términos con él, así que volvió a declararle la guerra. Para armar una inmensa flota dotada de nuevos buques y pertrechos, Octaviano no solo tuvo que someter a una dura prueba a la economía italiana, sino que se vio obligado a coquetear incluso con la impopularidad. Una vez logrado su propósito, entró en batalla y, de no haber sido por su buena fortuna, habría podido perder la vida en más de una ocasión. Sin embargo, Agripa, su viejo camarada de armas, acudió al rescate y asumió el cargo de almirante de su armada. Agripa era un hábil estratega y se comportaba con gran arrojo en las refriegas, pero si por algo destacaba era fundamentalmente por sus magníficas dotes de organizador. De este modo, en el 36 a. C., y gracias a que Agripa ejerció el mando con brillantez, la flota de Octaviano consiguió infligir finalmente a Sexto una decisiva derrota naval. El hijo de Pompeyo logró escapar, pero no tardaría en ser capturado y muerto.

EL CHOQUE CON MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, Marco Antonio trazaba los planes para la invasión de Partia, el imperio que rivalizaba con Roma en los territorios que hoy configuran Irán e Irak. Marco Antonio quería que Octaviano le proporcionara dinero y hombres para la empresa, pero este todavía se encontraba enzarzado en la lucha contra Sexto. Por consiguiente, en el 37 a. C., Marco Antonio decidió solicitar la ayuda de Cleopatra, que de ese modo pasó a convertirse en su fuente de suministros bélicos y a aceptarlo nuevamente como amante (de hecho, no tardaría en darle un tercer hijo). Durante un breve y asombroso período de tiempo, el Imperio romano dio la impresión de ser un títere de las pasiones amorosas, al quedar gobernado, en ambos extremos del Mediterráneo, por sendas parejas de enamorados: de un lado Marco Antonio y Cleopatra, del otro Octaviano y Livia. Por si fuera poco, y en un perverso giro de los acontecimientos, perfectamente característico del enrarecido ambiente que reinaba entre las élites de Roma, Marco Antonio seguía todavía casado con Octavia, la hermana de Octaviano.

Pero las cosas aun habrían de adquirir un cariz más avieso, dado que ambas parejas acabaron por constituirse en adalides de dos aspiraciones opuestas al legado de Julio César. De acuerdo con el derecho romano, Octaviano era legalmente hijo adoptivo de César. Llevaba el nombre de César y vivía en Roma. Sin embargo, Marco Antonio no solo era el lugarteniente vivo que más estrechamente había colaborado con César, sino que había conquistado el corazón de Cleopatra, la antigua amante del dictador asesinado, y residía en Alejandría, una ciudad sometida por su célebre predecesor. Y, para terminar de rematar el enredo, Cleopatra, que era la madre de los hijos de Marco Antonio, tenía también un hijo natural probablemente engendrado por César que en ese momento ocupaba ya el trono de Egipto con el nombre de Ptolomeo XV, aunque todos lo conocieran por el apodo de Cesarión. Roma y Alejandría, César y Cesarión: ¿qué bando lograría alzarse en último término con la victoria?

La guerra –y no el amor– fue la encargada de responder a ese interrogante. Entre los años 36 y 32 a. C., la situación se fue volviendo cada vez más tensa. En primer lugar, la invasión de los territorios partos que Marco Antonio había organizado se saldó con

un completo desastre militar. Mediante una segunda campaña consiguió apoderarse de las tierras de Armenia, pero esa región no constituía más que un premio de consolación para un hombre de sus aspiraciones. En cambio, Octaviano mantenía bajo un férreo control tanto la península itálica como el conjunto del Occidente romano. Marco Antonio repartió con Cleopatra y sus hijos parte de los territorios que Roma poseía en Oriente. También reconoció a Cesarión como hijo de Julio César, lo que suponía una verdadera bofetada en el rostro para Octaviano. En el año 32 a. C., Marco Antonio rompía definitivamente con su homólogo de Occidente al divorciarse de su hermana Octavia. No sabemos con seguridad si terminó casándose formalmente o no con Cleopatra.

Pese a todo, Octaviano demostró ser el más competente en cuanto al manejo de la propaganda, sobre todo tras apoderarse del testamento de Marco Antonio, depositado en la Casa de las Vestales. El documento daba fe de que Marco Antonio había expresado el deseo de ser enterrado en Alejandría, junto a Cleopatra. Octaviano lo acusó de traición, y argumentó que tenía la pretensión de trasladar a Egipto la sede oficial del Imperio romano.

Pero ¿existía realmente semejante posibilidad? La porción oriental de los dominios de Roma no solo contaba con una solvencia económica superior a la de su sección occidental, sino que también disponía de una población más amplia y de una mayor densidad de enclaves urbanos; y, por otra parte, tenía prácticamente al alcance de la mano las tierras que un día se hallaran sujetas a la gobernación de Alejandro Magno, de modo que sus horizontes se extendían nada menos que hasta la India. De hecho, en vida de Julio César se había difundido el rumor de que el general tenía planeado prescindir de Roma como capital para instalarla en Troya (en la costa occidental de la actual Turquía).

No obstante, la estratagema de descrédito de Marco Antonio que Octaviano había puesto en marcha dejó escépticos a muchos y muy eminentes senadores. Y es que, pese a todos sus defectos, Marco Antonio pertenecía a su misma clase –en tanto que miembro de la aristocracia romana–, circunstancia de la que no podía vanagloriarse en cambio Octaviano. Aunque muchos senadores se pasaron al bando de Marco Antonio, el resto se opuso a sus

propósitos y se lanzó a la guerra. Ahora bien, las espadas apuntaban a Cleopatra, no a Marco Antonio. Haciendo gala, una vez más, de gran perspicacia, Octaviano presentó la ofensiva a la luz de un choque con una potencia extranjera y no como un conflicto civil. Así lo expresaría él mismo, en efecto: «Pobre Antonio, una reina extraña y ajena ha conseguido acobardarlo».

Así pues, las legiones romanas se aprestaron al combate, convirtiendo a Grecia en el escenario principal de sus acciones. A pesar de que Marco Antonio disponía de unos recursos inmensos y de que contaba con la ventaja de su enorme experiencia militar, los enfrentamientos con Sexto Pompeyo habían endurecido a Octaviano, a quien enardecía además el respaldo de Livia. La armada de Octaviano, capitaneada con gran talento por el fiel Agripa, fue consiguiendo estrangular poco a poco las líneas de suministro del enemigo. Cuando finalmente llegó el momento de plantar cara a las naves de Octaviano, frente a las costas de la península de Accio, en la fachada noroccidental de Grecia, la flota de Marco Antonio y Cleopatra llevaba ya algún tiempo sometida a una gran presión. La jornada decisiva se produjo el 2 de septiembre del 31 a. C. La batalla de Accio es uno de los puntos de inflexión de la historia. De acuerdo con una de las reconstrucciones más plausibles del choque, Marco Antonio y Cleopatra lo apostaron todo a un golpe maestro, pero la jugada les salió mal. Al ver que todo estaba perdido, ambos salieron huyendo, dejando que el grueso de su flota se las arreglara como pudiese.

Octaviano (aunque de hecho habría que decir Agripa) obtuvo una fantástica victoria, y su buena estrella continuaría asistiéndolo, ya que un año más tarde invadía Egipto y conseguía que la resistencia armada que se había organizado en la región se derrumbara. En el año 30 a. C., Marco Antonio y Cleopatra se suicidaban en Alejandría.

La antorcha se había apagado. El mundo ganó en tranquilidad, pero perdió brillantez. Apolo, protector de Octaviano y dios de la razón y la lógica, había derrotado a Hércules, la deidad que simbolizaba el poder y a la que siempre se había se remitido Marco Antonio. Octaviano era ya el único contrincante que quedaba en pie, transformado en dueño y señor del Imperio romano. Y

perfectamente romano iba a ser, de hecho, ya que la contienda que acababa de librarse en Accio consiguió que Roma continuara siendo el centro de gravedad del Imperio, una condición que habría de conservar por espacio de otros tres siglos.

Cleopatra era un genio de la estrategia, pero había apostado por el amor para mover el mundo. Había seducido, uno tras otro, a dos de los hombres más poderosos de Roma y engendrado hijos con ellos. Había estado a punto de derribar al mayor imperio del mundo. Pero había encontrado en Octaviano a la horma de su zapato.

Octaviano entró triunfalmente en Alejandría. Aunque lo hacía como su nuevo gobernante, su comportamiento fue más el de un líder político que el de un conquistador, ya que priorizó el establecimiento de pactos con las fuerzas vivas de la región a demostrarles que podía aplastarlos.

El vencedor recorrió las calles de la ciudad en un carruaje, pero no se hizo acompañar por uno de sus feroces legionarios, sino por su profesor y consejero, que justamente había nacido en Alejandría. Octaviano penetró en el más bello de todos los edificios de la urbe, el gimnasio, verdadero emblema de la cultura griega. Desde allí, subido a un estrado, se dirigió al pueblo; y no lo hizo en latín, sino en griego. Explicó que tres motivos animaban su propósito de permitirles continuar con sus quehaceres: la memoria de Alejandro Magno, el tamaño y la magnificencia de la ciudad y el hecho de que él mismo deseara complacer a su tutor. Esta actitud a medio camino entre la conducta regia, la exhibición de cultura y el amiguismo, era totalmente característica de Octaviano. ¡Y esa muestra de indulgencia con una urbe que por entonces contaba probablemente con medio millón de personas le parecía un gesto de importancia secundaria! Con todo, la clemencia de Octaviano se detuvo en la ciudad, ya que no alcanzó a su rey, al que ordenó ejecutar. Como habría de señalar más tarde el pedagogo de Octaviano: «No es bueno que haya demasiados césares».

Octaviano se reservó una intervención estelar. Tras acudir a contemplar el cuerpo momificado de Alejandro Magno, rechazó la propuesta de los solícitos próceres locales, que insistían en mostrarle las momias de los gobernantes de la dinastía ptolemaica. «Mi deseo era visitar a un rey, no pasar revista a un hatajo de

cadáveres», les espetó el triunfador de Accio. Esta salida también era muy propia de Octaviano: una afilada ironía acompañada de un destello de majestad.

Egipto había pasado a ser una provincia romana y Octaviano adquirido la condición de faraón. El prestigio de la ciudad que un día rigieran Alejandro y César, además de Cleopatra, resplandecía ahora sobre él. Octaviano había demostrado ser digno hijo de César con la fuerza de las armas y el poder de la persuasión.

Pero todavía quedaba por consumarse otra ejecución. Por orden de Octaviano se procedió a ajusticiar en Atenas a un individuo llamado Casio de Parma: un poeta que contaba entre otras acreditaciones para esa pena de muerte la de ser el último de los implicados en el asesinato de Julio César que todavía permanecía con vida. El hijo adoptivo del desaparecido dictador había apurado al fin hasta las heces la copa de la venganza. Sin embargo, el precio de su costoso resarcimiento había recaído sobre el conjunto del universo romano.

ME LLAMO AUGUSTO

Tras derrotar a Marco Antonio y a Cleopatra, Octaviano se encontró casi inmediatamente frente a un nuevo y vasto desafío: el de estabilizar el sistema político de Roma, maltrecho por un siglo de guerras y revoluciones. Y sabía que debía lograrlo por medios que, además de permitirle permanecer en el poder, le ahorraran el peligro de las dagas que habían derribado a César. Y la primera piedra de ese sutil edificio iba a ser la adopción de un nuevo nombre; o mejor dicho, la asunción de un título desconocido hasta entonces.

La denominación de «Augusto» era totalmente inédita, ya que de hecho se había inventado ex profeso para la ocasión, aunque en cierto modo evocaba algunas tradiciones romanas. El 16 de enero del 27 a. C., el Senado romano aprobó por votación que, en lo sucesivo, todo el mundo debería dirigirse a Octaviano con el nombre de «Augusto» o, en circunstancias más formales, con el de

«César Augusto».

Tres días antes, el 13 de enero, Octaviano había anunciado que se disponía a abandonar el poder, pero nadie se llamó a engaño, pues era cosa sabida que se trataba de una simple estratagema. Tenía apenas treinta y cinco años y toda una vida de gobernación por delante. Sin embargo, esta minuciosa puesta en escena nos proporciona una pista para entender el método que eligió Augusto, como nosotros mismos habremos de identificarlo en lo sucesivo, para quebrar las inercias creadas por el largo ciclo de batallas y actos violentos.

Augusto no tardaría en aparecer dotado del don de la ubicuidad. Resultaba imposible cruzar una calle, acudir a una cena con invitados, penetrar en un templo o manejar una moneda sin escuchar su nombre o contemplar su rostro (incluso el de su bella esposa o sus adorables hijos). Hasta entonces, Octaviano había sido un hombre, un político; ahora se había convertido en una marca, en una suerte de sello distintivo.

Augusto utilizó su propia imagen para promover la estabilidad que perseguía. Las monedas acuñadas entre los años 27 y 26 a. C., por ejemplo, llevan estampado el ya familiar perfil de su persona, pero orlado ahora por los nombres de Augusto y de César. Son piezas numismáticas concebidas para resaltar algunos de los símbolos de la paz y la abundancia, dado que en ellas aparecen, por ejemplo, coronas de laurel, espigas de trigo y cornucopias. El dinero remitía de ese modo a los dioses Apolo y Júpiter, y cubría de elogios a Augusto, al que presentaba como salvador de la vida de los ciudadanos.

Si Augusto estaba ahora en todas partes, las mujeres de su entorno familiar quedaron igualmente dotadas de la misma omnipresencia. Sus efigies comenzaron a figurar en estatuas, bajorrelieves, joyas y monedas, aunque esto último resultara bastante menos habitual. Se construyeron edificios en su honor. Se las honró asimismo con plegarias y sacrificios. Y se adquirió la costumbre de celebrar sus cumpleaños.

Augusto estaba persuadido de que Roma tenía que asentarse, y no solo en los aspectos políticos, sino también en el plano personal. La

decadencia personal de los individuos que constituían la élite le causaba una gran preocupación. (Dado que él mismo había sido un jovencito díscolo y mal criado, sabía perfectamente de lo que estaba hablando). También le inquietaba el doble hecho de que los índices de natalidad de Roma estuviesen menguando y de que el coste humano que se habían cobrado los años de guerra civil hubiera mermado las cifras demográficas de la ciudad.

Por todo ello, Augusto decidió impulsar una serie de reformas morales. Promulgó una ambiciosa batería de normas jurídicas destinadas a promover la natalidad y penalizó a las parejas sin hijos y a los hombres y mujeres que optaran por no casarse, limitando para ello su capacidad para recibir herencias. Y es que, en efecto, los romanos tenían que abonar una sanción económica si conservaban la condición de célibes. También debían pagar una multa si cometían adulterio, ya que Augusto dictaminó que el hecho de mantener relaciones sexuales con una mujer casada (distinta de la propia esposa), viuda o soltera constituía una práctica delictiva. Antes de las leyes de Augusto, todas estas cuestiones se resolvían o zanjaban de manera informal en la esfera familiar. No obstante, es preciso señalar que no se consideraba infracción que un marido tuviera una relación extramarital con una esclava, una liberta (es decir, una exesclava) o una prostituta. Augusto se tomó muy en serio su programa de reformas, así que aplicó las nuevas leyes con rigor. Sin embargo, esa misma coherencia generó un movimiento de oposición, puesto que las clases altas de Roma querían seguir disfrutando libremente de sus pasiones. Al final, la imposición de este tipo de restricciones se volvería contra el César, causándole un gran perjuicio.

LA PAZ AUGUSTA

Las guerras civiles que asolaban Roma obedecían a una monótona pauta, ya que a los derramamientos de sangre seguía siempre un período de calma. No obstante, resultaba bastante más sencillo ganar una contienda que forjar lentamente la paz, dado que eran muy pocos los generales de espléndidas aptitudes bélicas que

revelaran poseer un talento comparable para la concordia. Augusto fue precisamente una de esas excepciones. El frío matarife capaz de aplastar al enemigo se creció ante su nueva tarea y supo poner fin a un siglo de constantes pugnas intestinas y sentar las bases que habrían de permitir el inicio de un período de doscientos años de paz y prosperidad: la célebre Pax Romana. La Paz Augusta fue testigo de un claro florecimiento del comercio. La forma más económica de transportar mercancías consistía en enviarlas por vía marítima. Y ahora, gracias a las victorias de Agripa, Roma se había enseñoreado de los mares, con lo que la piratería desapareció casi por completo. Roma representaba un mercado inmenso para las importaciones de grano, pero también constituía un foco para el intercambio de otros muchos artículos. Por un lado, la estabilidad y seguridad que proporcionaba el derecho romano estimulaba la actividad crediticia, y por otro la disminución del gasto militar permitió rebajar la presión fiscal que gravitaba sobre los ciudadanos. En resumen: se dieron de pronto todas las condiciones necesarias para un estallido de la prosperidad.

Augusto también había conseguido cubrir todos los puntos del ambicioso plan de acción que se había propuesto llevar a cabo a la edad de diecinueve años. Tenía en sus manos todo el poder y la gloria de Julio César. Sin embargo, había tardado quince años en lograrlo, y con un elevadísimo coste en sangre y fondos públicos. A pesar de todo, disponía al menos del consuelo de haber aprendido algo extremadamente importante por el camino: a poner los cimientos de una paz estable y duradera, una meta que César se había revelado incapaz de alcanzar. Puede que César fuera el amo de los campos de batalla, pero, en el terreno de la política, parece claro que el hijo había superado al padre.

¿Pero cómo se las ingenió Augusto para materializar ese objetivo? ¿Qué elementos, aparte de la adopción de un título sonoro y novedoso, permiten explicar semejante éxito?

Augusto gobernó durante un largo período. Una vez que hubo derrotado a los rivales que le plantaron cara en Accio en el 31 a. C., cuando aún no había cumplido él mismo los treinta y dos años, Augusto quedó al frente del Imperio por espacio de otros treinta y cinco, ya que fallecería en el 14 de la era cristiana, rebasados los

setenta y seis. Nadie habría de regir más tiempo que él los destinos del Imperio romano. Además, Augusto no solo contó con la ventaja de aprender de sus predecesores, sino también con la sabiduría precisa para no incurrir en sus mismas equivocaciones. En el transcurso de su largo gobierno, Augusto no se limitaría a asumir el riesgo de experimentar con diversas formas de administración, también acertaría a poner en práctica un gran número de cambios y a proceder a un sinfín de ajustes. Si alguna cualidad poseía era la de la flexibilidad.

Augusto era también inmensamente rico, ya que, además de haber heredado una fortuna de César, sus constantes conquistas le habían dado ocasión de acumular un patrimonio todavía mayor. La producción agrícola y los recursos minerales de Egipto habían convertido a la región en uno de los territorios más prósperos del planeta, y Augusto lo controlaba al modo de una propiedad privada.

Otro de los factores del éxito de Augusto pasa por el hecho de que tuviera siempre el buen tino de elegir con acierto a sus consejeros. Y nadie habría de esforzarse más que su viejo amigo Agripa en materializar sus planes de futuro. Tanto en el ámbito de la ciudad de Roma como en sus más alejados dominios, Agripa supo resolver invariablemente los problemas que acuciaban a su jefe y actuar al mismo tiempo como gestor y urbanista, roles a los que, llegado el caso, añadiría también el de riguroso agente de la ley. Agripa no solo se encargaría de negociar con senadores y reyes, también se ocuparía de patrocinar los más descollantes programas de construcción de infraestructuras del reinado de Augusto, tanto en la capital como en las provincias. Con todo, no puede decirse que Agripa careciera de ambiciones personales, pero siempre consideró que la lealtad a su patrón era su primera y más relevante prioridad. El poeta Horacio calificaría a Agripa con una expresión muy significativa al compararlo con «un astuto zorro que imita al noble león», en una diáfana referencia a la mañosa sagacidad con la que había logrado ascender socialmente. El propio Augusto elogiaría a Agripa en más de una ocasión, pues sabía que se trataba de un hombre de virtudes públicamente reconocidas por todos.

Augusto supo concebir políticas maquiavélicas quince siglos antes que el autor de El príncipe, quien aconsejaba a los usurpadores que

iniciaran su reinado llevando a efecto todas las medidas de carácter cruel que juzgaran imprescindibles y que en su posterior gobernación manejaran en cambio las riendas del poder con la vista puesta en tranquilizar y enriquecer al pueblo, a fin de ganarse el favor de sus súbditos. Proceder a la inversa (es decir, comenzar con lenidad para incrementar después los excesos) resultaría fatal.

Desde luego, está claro que, en sus inicios, a Augusto no le tembló el pulso en ningún momento. Entre los años 43 y 30 a. C., Augusto se dedicó a guerrear, mentir, estafar y pisotear las leyes. Se cree que ordenó la muerte de más de un centenar de senadores. Después, una vez vencidos todos los enemigos internos, Augusto se entregó a la tarea de pacificar Roma y comenzó a restringir las acciones de expansión militar que obligaban a las legiones a combatir a los adversarios extranjeros; y jamás luchó contra otros romanos. Sin embargo, por más benigno que hubiera podido volverse, Augusto recordaría siempre que su poder dependía de la lealtad de sus tropas.

Para contentar a sus soldados, entregó tierras, dinero (o ambas cosas) a varios cientos de miles de veteranos, y también les permitió instalarse en colonias repartidas tanto por la península itálica como más allá de sus costas. Este género de recompensas resultaba extremadamente oneroso y, para sufragarlas, Augusto echó mano –al menos al principio– del botín que obtenía en las guerras. Más tarde, vencido el año 6 de la era cristiana, optó por cobrar impuestos a los ricos. Vigiló muy de cerca al ejército, atento siempre a la eventual aparición de comandantes renegados, ya que podían aspirar a convertirse en nuevos césares, por así decirlo. Redujo las dimensiones de las fuerzas armadas, que de ese modo pasaron de contar con más de sesenta legiones a disponer únicamente de veintiocho, con lo que los efectivos humanos del contingente militar romano quedaron fijados en unos trescientos mil hombres (incluyendo la infantería ligera y la caballería). Esto redujo las necesidades fiscales del Imperio, pero también determinó que le resultara más difícil ensanchar sus fronteras. No es de extrañar por tanto que Augusto prefiriera negociar un acuerdo de paz con Partia a reanudar los choques con ese poderoso adversario.

Sin embargo, tampoco estaba dispuesto a detener, ni mucho menos,

el proceso de expansión de Roma. Los romanos esperaban que sus líderes conquistaran nuevos territorios, dado que eso demostraba que contaban con el favor de los dioses. Augusto llevó a cabo esa responsabilidad con gran entusiasmo. Como dejara dicho Virgilio, su poeta favorito, Roma tenía el deber de materializar «un imperio sin fin». Así las cosas, Augusto obtuvo nuevos territorios en Hispania, el norte de los Balcanes y Germania (sin olvidar la anexión de Egipto). Además, las riquezas logradas por medio de estas conquistas lo ayudaron a costear nuevos proyectos en la propia Roma.

Pese a que nunca fuera un general de dotes innatas, Augusto libró campañas militares siempre que tuvo ocasión. En sus últimos años dejaría el mando militar supremo en manos de terceras personas, preferiblemente en las de los miembros más fiables de la familia. Puede que fuera por esa época cuando comenzara a adquirir el hábito de enviar notas de precaución a sus generales, a los que dirá cosas como esta: «Apúrate despacio».

Augusto quería avanzar hacia el este y conquistar Germania hasta llegar al río Elba. Sin embargo, iba a pasarlo terriblemente mal en el año 9 d. C., fecha en la que Publio Quintilio Varo perdió tres legiones –lo que equivale aproximadamente a unos quince mil hombres– en el bosque de Teutoburgo, situado en una región que hoy forma parte del norte de Alemania. El desastre redujo el número de legiones, que de este modo dejaron de ser veintiocho para quedar en veinticinco por espacio de una generación. No obstante, lo que habría de revelarse más importante a largo plazo sería el hecho de que la aplastante derrota estuviera llamada a determinar que Roma perdiera prácticamente por entero el control que había venido ejerciendo hasta entonces en gran parte de Germania. Se dice que, al enterarse de la noticia, Augusto exclamó: «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!»; y según parece no se trató de una imprecación puntual, sino de un lamento recurrente que estuvo profiriendo en repetidas ocasiones durante varios meses. Volvió a dejarse crecer la barba en señal de duelo, aunque en esta ocasión acabó afeitándosela tras quince o veinte semanas.

RESTAURAR O RENOVAR LA REPÚBLICA, HE AHÍ EL DILEMA

Una de las cosas que Augusto había aprendido de Julio César era que el poder brotaba del filo de la espada. No obstante, también había alcanzado a comprender que, de no blandirla un largo y fornido brazo, dirigido por un corazón audaz, ese poder corría el riesgo de desvanecerse con el relumbre de una daga. Y, de hecho, también César había sido su maestro en eso.

Un dilatado proceso de prueba y error permitió a Augusto encontrar la forma de adaptar los tradicionales procedimientos constitucionales romanos a las nuevas circunstancias. Poco importa que, al hacerlo, transformara por completo la significación que habían tenido hasta entonces. El método que aplicó supuso en realidad una solución pragmática al problema de la gobernación unipersonal; y desde luego se trató de una medida característicamente romana. Como les ocurre a todos los pueblos, también los romanos sucumbían de cuando en cuando al envite de las crisis, pero al final mostraron siempre el talento y la disposición necesarios para cambiar de rumbo. Y Augusto era la encarnación misma de esta maleabilidad de la nación romana.

Augusto solicitó al Senado que le concediera las potestades propias de un tribuno de la plebe; es decir, la facultad de proponer textos legislativos y de vetar las iniciativas que juzgara lesivas para la población. Había en esa época diez tribunos de la plebe, y todos ellos tenían la misión de representar los intereses de los ciudadanos de a pie. Una vez que el César hubo conseguido su propósito, y a pesar de que continuaran existiendo, lo cierto es que, en lo sucesivo, los tribunos de la plebe acabaron por transferir de facto su influencia a Augusto y a sus sucesores. Augusto también pidió a los senadores que le asignaran la suprema comandancia de los asuntos militares, tanto en Roma como en las provincias. El Senado accedió y, aunque es indudable que no tenía más remedio que aceptar los deseos del César, su aquiescencia sentó las bases legales del gobierno de Augusto.

Con todo, el ascendiente del que disfrutaba Augusto en Roma no radicaba únicamente en sus atribuciones jurídicas. Era asimismo una emanación funcional de su misma autoridad, a la que los romanos denominaban auctoritas, voz que no era un término que

equivaliera sin más a nuestro concepto de «autoridad», dado que llevaba aparejada una aureola de prestigio y respeto cuyo corolario se concretaba en la capacidad de inspirar una suerte de temor reverencial.

Con una sensibilidad típicamente romana, Augusto sabía perfectamente cómo manejar el poder. Era plenamente consciente de que, para evolucionar con éxito, un régimen político no debe obsesionarse con aplastar a la oposición, sino que ha de saber incorporar a sus filas a sus adversarios. Y esa fue precisamente la razón de que permitiera que los senadores disfrutaran de un cierto grado de influencia y recibieran algunos honores.

Sin embargo, Augusto no tenía la menor intención de que el Senado recuperara su antiguo ascendiente. Como habrá de señalar el historiador Cayo Cornelio Tácito, durante el reinado de Augusto el Senado se convirtió en una institución de facultades muy menguadas, dotada únicamente de una «cierta apariencia de República». Valga como ejemplo el hecho de que carecía ya de las atribuciones necesarias para regir la política exterior, la actividad económica o la guerra. En tiempos de la República, los senadores habían llegado a gobernar provincias enteras y, pese a que ahora continuaran haciéndolo, su radio de acción se circunscribía exclusivamente, por regla general, a las de menor relevancia. Augusto se reservó el control de las provincias clave, es decir, el de aquellas en cuyas fronteras se concentraban en gran número los ejércitos, y también conservó en exclusiva la gobernación de Egipto. En esas regiones, la autoridad local no la ejercían los senadores, sino los caballeros romanos. Estos hidalgos procedían de un grupo hombres inmensamente ricos repartidos por todo el Imperio. Sus riquezas igualaban prácticamente a las de los senadores, pero en conjunto formaban un cuerpo mucho más numeroso. Para ocuparse de la administración, Augusto y sus sucesores habrían de recurrir cada vez más a los caballeros y a los oficiales del ejército, para terrible consternación de los senadores. Acobardados por el recuerdo de los colegas que habían perecido en las guerras civiles, o aun de los que habían sufrido el desahucio durante las purgas políticas, todos los senadores proclamaban públicamente apoyar al emperador, pero en privado eran muchos los que añoraban los viejos tiempos.

Augusto jamás cometió el error de confundir el Imperio romano con la ciudad de Roma. Él mismo carecía de raíces profundas en la rancia aristocracia romana, algo que sus oponentes no le permitirían olvidar en ningún momento, lo que en cierto sentido le llevó a considerar que su primer respaldo no procedía de las más ilustres familias de Roma, sino de las élites de la península itálica. Además, también tenía la vista puesta en confines muy alejados de la capital del Imperio. De hecho, tras regresar de la guerra civil en el año 28 a. C., Augusto aún habría de pasar una década más lejos de la península, embarcado en la culminación de una larga serie de periplos políticos y militares por todo el Imperio, lo que significa que estuvo en el extranjero más tiempo que cualquier otro emperador, al menos hasta el ascenso de Adriano, que ejerció el poder entre los años 117 y 138.

Como ya hiciera su predecesor Julio César, Augusto hizo bascular el eje del poder, reduciendo el de la ciudad de Roma e incrementando el de las provincias. Él fue quien sentó las bases y preparó el terreno de lo que habría de convertirse, ya en época de sus continuadores, en una clase dirigente internacional. Dicha situación, que hoy nos resulta familiar, era sin embargo totalmente nueva para los romanos. Es lo que actualmente denominamos globalización.

De un extremo a otro del Imperio, de Gran Bretaña a Irak, el pueblo compartía una misma cultura. En este caso, por «pueblo» ha de entenderse una diminuta élite de ricos tan privilegiados como cultos. Todos compartían una educación muy similar, defendían valores comunes y alimentaban ambiciones comparables. Vestían además ropas idénticas, citaban a los mismos clásicos literarios, hacían gala de parejas habilidades retóricas, se jactaban de calcarse unos a otros los modales en la mesa y se proponían descollar en carreras afines. Tal y como sucede hoy con los pudientes miembros del «Foro de Davos», los integrantes de ese «pueblo» formaban parte de un selecto club de alcance global. Es frecuente observar en nuestros días que la cosmovisión del director ejecutivo de una firma tecnológica radicada en el Silicon Valley californiano tiene más puntos en común con la de un colega empresario de Bombay de los que pudiera compartir con cualquiera de los granjeros que se dedican al cultivo del ajo en los alrededores de la ciudad de Gilroy,[6] en el también californiano condado de Santa Clara. Del mismo

modo, en la antigüedad, un hacendado romano asentado en la Galia también coincidía mucho más en gustos, aficiones e ideas con otro terrateniente de Siria que con el campesino que vivía en las inmediaciones de su finca.

En esas circunstancias, los grandes perdedores habían sido las gentes de la ciudad de Roma, ya se tratara de la vieja nobleza, que había tenido que ceder el monopolio del poder político, o de los plebeyos comunes y corrientes –es decir, el pueblo llano–, que habían perdido el derecho a participar en las elecciones. Eso significó el fin de las fórmulas políticas que habían dado sentido a la República, el cese de una acción gubernativa caótica, vehemente, malhumorada y estrecha de miras, pero invariablemente libre, pese a que en ocasiones degenerara en violencia. El orden, la internacionalización y el control acabaron por sustituir así a los toscos y espontáneos métodos anteriores, suplantados, en definitiva, por la voluntad del emperador y sus colaboradores. Al mismo tiempo, y por idénticas razones, la sociedad del Imperio quedó escindida en dos: a un lado el minúsculo grupo gobernante, y a otro la masa inmensa de la gente corriente.

En teoría, Roma seguía siendo una república. Nominalmente, Augusto no era más que un funcionario público dotado de la capacidad de ejercer una serie de poderes especiales a requerimiento del SPQR (siglas de Senatus Populusque Romanus, es decir, el Senado y el Pueblo Romano). En la práctica, sin embargo, Augusto era un auténtico monarca, aunque él mismo, como fundador del Imperio, jamás se atribuyera el título de rey, y mucho menos el de emperador, al menos no en Roma. Era demasiado cauteloso para dar semejante paso en falso. Lo que sí hizo en cambio fue otorgarse otra serie de denominaciones, de entre las cuales cabe destacar, por su importancia, las de César, Augusto, imperator[7] y príncipe (es decir, primer ciudadano).

La palabra «emperador» que hoy utilizamos procede no obstante de la voz latina imperator, que significaba «general victorioso». Augusto sabía que el espíritu de la libertad republicana –cuyos principios habían sido el elemento impulsor de los asesinos de Julio César– seguía vivo. Por consiguiente, una vez alcanzado el poder supremo, se consagró a enmascararlo. En Oriente, donde la lengua

dominante era el griego, la gente se refería habitualmente a Augusto con la palabra «rey», pero ese uso jamás se aplicó en Roma.

Augusto vivía en Roma, en una residencia situada en el monte Palatino. Sus sucesores habrían de construir espléndidos palacios en esa misma colina. Puede decirse que, en comparación con ellos, Augusto llevaba una existencia relativamente modesta, pero esto podría resultar algo engañoso, dado que en los terrenos de su mansión se erigía un templo dedicado al dios Apolo. El Palatino, que poco antes había sido una zona residencial para familias acomodadas, llevaba ya camino de convertirse en privilegio de los emperadores, pues estaba destinada a ser la sede exclusiva de la vivienda del César y sus cortesanos. Sin embargo, pese a su encumbrada posición, cuando Augusto descendía del Palatino para acudir al Foro y asistir a las reuniones del Senado, ponía buen cuidado en saludar por su nombre de pila a todos los miembros de la institución, sin necesidad de ningún apuntador, y tampoco los obligaba a levantarse de sus asientos en su presencia. Y desde luego no aceptaba que la gente lo llamase «excelencia» o «ilustrísimo señor»; y, de hecho, tendrían que pasar trescientos años para que uno de sus sucesores se decidiera a envolverse en tales títulos.

Para introducir cambios en el Imperio, Augusto no recurrió al lenguaje de la revolución sino al de la reforma y la renovación. En el año 27 a. C. proclamó «la transferencia de la potestad del Estado, y la libre disposición de sus poderes, al Senado y al pueblo romano». Lo que hacía con este tipo de fórmulas era emplear expresiones capaces de sugerir que acababa de restaurar la República, aunque también podían entenderse como una prueba, bien de que lo restituido era simplemente el gobierno constitucional, bien de que había reverdecido la República (y no como una indicación de que hubiese vuelto a encauzar el sistema por la misma senda en que transitaba en tiempos de Julio César).

LA CIUDAD DE MÁRMOL

Augusto también transformó al pueblo llano de Roma, que bajo su

influencia dejaría de ser un conjunto de actores políticos tan apasionados como pendencieros para metamorfosearse en una consentida masa de espectadores. Y también transmutó la ciudad misma, ya que, si antes de su ascenso al poder presentaba, como tal urbe, el enjuto, envilecido y combativo rostro de una compleja maquinaria de guerra, tras su ejercicio del poder pasó a constituir el espectacular escenario de una capital imperial digna de tal nombre.

Si Julio César ya se había encargado de dotar a Roma de un foro nuevo, Augusto aumentó la apuesta, ya que prácticamente renovó de arriba abajo el paisaje urbano de Roma, en el que por todas partes imprimió su sello y el de su familia, proclamando su nombre a los cuatro vientos. A finales de la década del 30 a. C., pese a que aún no hubiera cumplido los treinta y cinco años, Augusto ordenó que se iniciara la construcción de su mausoleo. Esta grandiosa tumba dinástica, concebida para ser su última morada y la de toda su familia, acabaría siendo el edificio más alto de toda la ciudad. Se elevaba sobre una colina artificial sustentada en cimientos de mármol blanco y, además de hallarse cubierta de plantas de hoja perenne, la remataba en su cúspide una estatua de bronce del propio Augusto. En el exterior, los elementos decorativos procedían de los actos de pillaje posteriores a las batallas en las que Roma había salido victoriosa, de modo que, además de cumplir las funciones de un sepulcro, el panteón servía también de monumento conmemorativo y de trofeo de guerra. Las inmensas ruinas de la edificación todavía pueden verse en el Campo Marzio, situado en el centro de la actual Roma.

En el 29 a. C., Augusto dedicó un templo al deificado Julio César. El santuario se encontraba ubicado en un flanco del Foro romano, en el lugar mismo en el que se había procedido a la cremación de su gran mentor. No contento con eso, Augusto también embelleció Roma con un nuevo espacio público, el completísimo Foro de Augusto, en el que no solo puede contemplarse el Templo de Marte Vengador (vengador de Julio César, claro está), sino una galería de estatuas con la efigie de los más célebres romanos de la época. Augusto sufragó los gastos de esa gran plaza con lo que había rapiñado en las guerras, una circunstancia que, a ojos de los romanos, revestía al proyecto de un prestigio todavía mayor. El joven César también levantó un arco de la victoria, un reloj de sol y

un pasmoso y flamante altar de la paz. Los miembros de su familia contribuyeron al remozamiento arquitectónico de la ciudad mediante la construcción o renovación de toda una serie de templos, acueductos, termas, teatros, parques y pórticos cubiertos. En su lecho de muerte, Augusto exclamó: «Encontré una Roma de ladrillo, y yo de mármol os la dejo». Se trataba de una metáfora destinada a ponderar la fortaleza que había adquirido el Imperio, pero también era literalmente cierto de gran parte del trazado urbano de la capital.

Los poetas y los historiadores de la época de Augusto acuñaron la idea de una Roma entendida como «Ciudad Eterna». También esta expresión pretendía operar al modo de una vívida alegoría del duradero poder que Augusto esperaba haber infundido al nuevo régimen que él mismo había instaurado. Y lo cierto es que, por más que el Imperio haya desaparecido hace mucho tiempo, esa calificación de la ciudad ha persistido.

Augusto se ocupó también con gran atención de los habitantes más desfavorecidos de Roma, ya que en el pasado habían promovido algaradas y revoluciones. Incrementó la eficacia del sistema de distribución de trigo a los pobres e instituyó distintos programas de obras públicas. Además, para mantener el orden en las calles, creó la primera fuerza policial de Roma y reforzó todavía más la seguridad urbana, disponiendo que los miembros de su propia escolta personal quedaran acantonados a las puertas de la ciudad. Este cuerpo de vigilancia –compuesto por los pretorianos y englobado bajo la denominación de «guardia pretoriana» (el nombre que se aplicaba a la cohorte que guardaba las espaldas de un general)– estaba llamado a desempeñar un papel crucial en la futura política imperial.

Con todo, no debe pensarse que Augusto se dedicaba únicamente al palo sin pensar en la zanahoria, ya que supo convertir los festejos y celebraciones en uno de los temas centrales de su régimen, basándose indudablemente en el principio de que si la gente se comportaba como una masa feliz acabaría por creerse efectivamente dichosa. En el año 29 a. C., a su regreso de Egipto, Augusto ofreció un magnífico triunfo con el objetivo de teatralizar con gran pompa el fin de la larga serie de guerras civiles. Y es preciso saber que, en

tanto que empresario y promotor de esa puesta en escena, Augusto superó a todos los líderes romanos que lo habían precedido, dado que los juegos y espectáculos que organizó aventajaron por su magnitud, su calidad y su frecuencia a todo cuanto se había visto y vivido anteriormente. En el 17 a. C., sus juegos «seculares», o de la Nueva Era, permitieron a los ciudadanos de Roma disfrutar de dos semanas de certámenes deportivos del máximo nivel, seguidos de representaciones dramáticas, espectáculos para melómanos, sacrificios de animales y grandes banquetes abundantemente regados con bebidas alcohólicas. Además, cada vez que acudía a presenciar un juego o una exhibición, el propio Augusto se cercioraba de que la muchedumbre congregada tuviera ocasión de verlo absorto en la atenta contemplación de los actos, ya que su meta pasaba por conseguir que la gente cobrara conciencia de que al César le encantaba asistir a una buena función. Augusto trataba siempre de presentar el aspecto que se supone han de tener los líderes cuando se dejaba ver en público. Buen ejemplo de ello es el hecho de que adquiriera la costumbre, al no alcanzar más que la estatura media del varón romano de la época –ya que medía un metro setenta–, de colocarse alzas en los zapatos a fin de parecer más alto.

MITAD ESTRELLA DEL ROCK Y MITAD SANTO

Para difundir y promover su régimen, Augusto optó por poner la religión al su servicio. No le bastaba con la conquista material de haciendas y personas, quería dominar también el alma de sus súbditos. Esto lo indujo a traer a Roma la forma y el aparato de la monarquía sagrada, para lo cual hubo de tomar en préstamo las ideas fundamentales de los grandes reinos griegos de Oriente, en los que hacía ya mucho tiempo que se venía adorando, con diferentes ritos, a Cleopatra y a otros gobernantes de talla comparable. Sin embargo, en una nueva muestra de perspicacia política, Augusto confirió a los gestos de la realeza griega los acentos y modales del romano.

Augusto fue el iniciador del culto al emperador, dado que consiguió

que se le tuviera por hijo de una deidad (Julio César) en Roma y por un ser divino en el resto de sus dominios. En el mundo antiguo, todo aquel que quedara investido de la condición de dios adquiría una posición similar a la que adornaría hoy a quien se situara a medio camino entre el héroe del rock y el santo. Los griegos y los galos no tenían inconveniente alguno en conceder a Augusto esa aureola, pero en la capital imperial semejante estatuto contradecía insultantemente las nociones republicanas de igualdad, así que, en Roma, el César se contentó con coquetear simplemente con la aceptación de honores divinos sin llegar a recibirlos de facto. Hizo erigir una colosal estatua de su «espíritu tutelar» (o Genius Augusti) en el nuevo foro que había mandado construir, pero puso buen cuidado en que el rostro de la divinidad se pareciera al suyo sin ser tampoco su imagen exacta. Sin embargo, instituyó al mismo tiempo, en Oriente, un culto popular a Roma y a Augusto, y transformó la Galia y la Germania en centros de adoración al emperador.

En muchas de las ciudades de la parte occidental del Imperio comenzaron a surgir organizaciones de base dedicadas a difundir la palabra de Augusto y a honrar su nombre. En su inmensa mayoría, las personas que integraban dichos grupos eran libertos, es decir, antiguos esclavos, lo que indica que el mensaje del emperador había trascendido con mucho los límites de la clase social de los ciudadanos. Por otra parte, los hombres que habían conseguido medrar en su carrera gracias a los buenos oficios del César –que les había proporcionado ayuda con independencia de su rango–, empezaron a utilizar en sus tumbas y lápidas los temas artísticos y arquitectónicos propios del estilo que fomentaba el emperador.

Al final, incluso la propia Roma aceptó que había en Augusto un destello divino. Tras reorganizar la ciudad en 265 barrios diferentes, el César pagó de su bolsillo la colocación de un nuevo santuario en las encrucijadas de todos esos distritos, con lo que consiguió que en dichos templetes se lo adorara junto con el resto de los dioses. De hecho, una de las iniciativas locales llevaría a las gentes de Roma a instituir el hábito de verter vino, como signo de ofrenda al emperador, en todos los banquetes, ya que fuesen públicos o privados.

Entre los romanos, el padre no solo atendía a los deberes propios de

una casa, también ejercía funciones religiosas y de cabeza de familia. Sobre él pesaba la responsabilidad de lograr que las relaciones que la esposa, los hijos y los parientes mantenían con los dioses fuesen las adecuadas. En su calidad de sumo sacerdote, o pontifex maximus, el emperador se encargaba de esas mismas tareas, aunque aplicadas en su caso al conjunto de los súbditos de Roma. Y fue precisamente Augusto quien marcó la pauta, al establecer que la religión era incumbencia del César y, desde luego, muchos de sus sucesores habrían de emprender importantes reformas religiosas.

El reinado de Augusto constituye uno de los períodos clásicos de la historia del mundo. Y es que se trató, en efecto, de una de las eras más creativas y duraderas de la peripecia política de Occidente. Entre otras particularidades, cabe destacar que en el transcurso de la misma se acuñaron algunos de los conceptos fundamentales de la crónica occidental, como, por ejemplo, «emperador», «príncipe» o «palacio». La propia expresión «Era de Augusto» es sinónimo de una edad presidida por la paz, la prosperidad y el florecimiento cultural, y todo ello propiciado por el amparo de un tutor político metódico y progresista. Es una época en la que no solo descuellan grandes literatos –como los poetas Virgilio, Horacio y Ovidio–, sino también un historiador de la talla de Tito Livio. Augusto era un hombre cultivado, que sabía valorar el trabajo de los hombres de letras.

EL NEGOCIO FAMILIAR

Augusto dirigía la gobernación de su Imperio como si se tratara de un negocio familiar. Además de envolverse en un estrecho y hermético círculo, concertó siempre todos sus asuntos con un reducido grupo de hombres y mujeres de confianza unidos a él por lazos consanguíneos o matrimoniales. El hecho de que el buen nombre de la familia estuviese asociado con las políticas e iniciativas que se tomaban también contribuía a humanizar los procesos de comunicación con el mundo exterior. A todo el mundo le gustan los melodramas familiares, pero es poca la gente que se apasiona con los detalles de la construcción de calzadas o la

obtención de grano.

No obstante, el hecho de que la familia desempeñara un destacado papel en la política romana no constituía ninguna novedad. La actividad gubernativa y la administración de Roma siempre había estado dominada, en todas las fases de la República, por un puñado de orgullosos clanes aristocráticos. Lo que sí se reveló inédito, en cambio, fue el hecho de que, en lo sucesivo, la gobernación quedara exclusivamente en manos de una única casa, la del linaje de los Julios.[8] Se trataba evidentemente de una tarea monumental para una familia, así que resulta perfectamente lógico que Augusto ampliara su plantilla, a la que incorporó tanto a hombres como a mujeres. Convirtió a Agripa, su más fiel lugarteniente, en un miembro más de la tribu al casarlo con su hija Julia. Con el tiempo, Augusto adoptaría a los tres hijos varones de la pareja, y también aumentaría enormemente el poder de Agripa, hasta el punto de convertirlo en su representante y heredero potencial.

En ese negocio familiar de Augusto, las mujeres ejercían una notable influencia. Por el escenario de la última etapa de la República pasaron algunas de las mujeres más poderosas del mundo antiguo. Y de entre ellas destacó Livia, sin duda la que más autoridad tuvo de todas, pese a no ser persona de relumbre ni dada a la lascivia, al menos no después de los diecinueve años, cuando, embarazada, abandonó a su esposo para unirse a Octaviano. A partir de ese momento, y durante el resto de su vida, Livia habría de permanecer oculta bajo una máscara de modestia y sencillez con la que además de igualar el talante del hombre con el que acababa de casarse logró hacer efectiva su voluntad tras las bambalinas.

La nueva Livia se esforzó en presentarse ante los ojos del mundo con los perfiles de la perfecta esposa y madre romana, convertida en la viva imagen de la vida doméstica. Jamás se inmiscuyó abiertamente en las cuestiones políticas ni intervino en los asuntos públicos que ocupaban a su marido. Sin embargo, desempeñó un importante papel en el permanente empeño con el que el régimen trató siempre de marcar diferencias con el tramo final de la República y alejarse de sus excesos.

Con todo, Livia fue una mujer de extraordinario ascendiente, ya que, de hecho, la única persona capaz de rivalizar con ella fue

Octavia, la hermana de Augusto. El César ordenó que las dos mujeres adquirieran la condición de inviolables (es decir, sacrosantas), tal y como sucedía con los tribunos de la plebe, lo que las liberó de toda tutela masculina y permitió que se las honrara con la colocación de estatuas. Ambas controlaban inmensas riquezas y dirigían enormes mansiones, y tanto Livia como Octavia llegaron incluso a patrocinar la construcción de edificios públicos. Pese a estas similitudes, Livia no solo mantuvo una relación mucho más estrecha con Augusto, sino que también vivió muchos más años que Octavia, que falleció en el 11 a. C.

Varios siglos después, ya en plena Edad Media, unos señalados amoríos habrían de dar testimonio del imperecedero prestigio de Livia. En 1115, el teólogo francés Pedro Abelardo sedujo a su alumna más brillante, Eloísa d'Argenteuil. Pese a que el romance tuvo un gran coste para ambos, la joven estudiante no se arrepintió de su amor. Y, en una ocasión, Eloísa envió a Abelardo una desafiante nota en la que le aseguraba que prefería ser su concubina a llevar la vida de la emperatriz de Augusto. Eloísa no había elegido al azar el nombre de la figura que mejor simbolizaba una existencia repleta de privilegios conyugales.

El emperador Calígula, bisnieto de Livia, la llamaba «Ulises con estola», subrayando con esta expresión que la bisabuela envolvía su modélica astucia en la amplia y larga vestidura tradicional que llevaban las mujeres romanas y era, por tanto, la imagen misma de la modestia. Livia y Augusto –que también era, como sabemos, un magnífico estratega, digamos un Carl von Clausewitz con toga– formaban así una pareja incomparable.

Uno de los secretos del éxito de Augusto residía en el hecho de que su aspecto resultase un tanto andrógino. O eso es al menos lo que cree percibir el observador moderno al contemplar las numerosas estatuas en las que aparece representado en plena juventud, aunque de una edad indefinida debido al rostro lampiño, que le confiere una cierta ambigüedad, aun con la heroica coraza del militar romano. Augusto fue a un tiempo un hombre estimado por sus compañeros masculinos y el mejor amigo que jamás pudieran haber soñado tener las mujeres de las élites romanas. Hay ocasiones en las que casi se diría que las relaciones que el emperador mantenía con

ellas eran las mismas que cultivaría en nuestros días un político moderno con su electorado. Como es bien sabido, a ninguna mujer de la antigua Roma se le reconoció nunca el derecho al voto, pero las que pertenecían a las capas más encumbradas y aristocráticas de la sociedad disponían de facto de unas riquezas enormes, y llegaron a contar incluso con un considerable poder político.

Livia era una de las consejeras en que más confiaba Augusto. De hecho, lo acompañó en todos los viajes que lo llevaron a recorrer el Imperio, pese a que, hasta entonces, la práctica de los varones romanos consistía en dejar indefectiblemente en casa a la esposa cuando partían al extranjero para resolver cualquier asunto. De este modo, otras mujeres de clase alta empezarían a transitar también por las calzadas junto a sus maridos cada vez que ellos salían a las provincias por algún negocio; y en ocasiones hasta intervenían en sus decisiones. Al tratar con Livia ciertos problemas de peso, Augusto tomaba la precaución de redactar previamente un memorando para tenerlo después a mano en una gavilla de anotaciones a fin de precisar con exactitud todos los extremos de la cuestión. Por su parte, Livia adquirió el hábito de conservar las cartas de su esposo, que después guardaba en una hornacina para esgrimirlas más tarde a conveniencia tras el fallecimiento del César.

Hubo desde luego una tradición literaria, tan hostil a Livia como ocasionalmente brillante, que se empeñó en pintar a la mujer de Augusto con los rasgos de una bruja. Según dicha corriente, Livia habría sido una envenenadora empecinada en liquidar, uno a uno, a todos los varones del linaje de Augusto –así como a su propio nieto, y en último término al mismísimo César–, a fin de que Tiberio, el hijo que había tenido con su anterior cónyuge, pudiese heredar el Imperio, cosa que le habría dado a ella ocasión de manejar los hilos del poder tras los cortinajes de la sala del trono. Pese a que este planteamiento haya ofrecido argumentos deliciosamente novelescos a la literatura y constituido la base de magníficas series de televisión, ha de tenerse presente que se trata de un mito. La presencia de mujeres de sólido fuste era parte de la cultura romana, pero lo mismo cabe decir de la misoginia. Las acciones de una mujer poderosa excitaban muy a menudo a las malas lenguas, y desde luego nunca hubo en toda Roma una fémina más calumniada que Livia.

La esposa de Augusto se hallaba subordinada a él, pero a pesar de todo supo hacerse un hueco en el ámbito público. Si comparamos su imagen con la del emperador, constataremos inmediatamente que, a los ojos de la opinión pública, la figura de Livia se hallaba en un segundo plano y aparecía extremadamente difuminada, pero, con todo y con eso, ella se las arregló para sacar el máximo partido. Un especialista en historia del arte ha señalado que Livia fue «la primera mujer de la crónica histórica de Occidente en aparecer sistemáticamente representada en los retratos oficiales». Livia imitó y puso de moda el nuevo tipo de peinado que su cuñada Octavia había sido la primera en lucir, conocido como nodus: una especie de copete de cabellos con el que se coronaba la frente. Livia contribuiría a lograr que la popularidad de ese nuevo tocado en el mundo romano acabara superando a la lisa y trenzada melena de Cleopatra.

Está claro que Livia sabía cómo valerse de la publicidad, y uno de los mejores ejemplos es quizá el hecho de que hiciera pública la ocurrencia de un milagro supuestamente sobrevenido poco antes de su matrimonio con Octaviano. Cuando se dirigía de regreso a la finca que poseía al norte de Roma, un águila habría dejado caer en su regazo una gallina blanca con una ramita de laurel en el pico. Convencida de que aquello constituía un espléndido augurio, Livia decidió criar al ave y plantar el brote. El animal tuvo tantos pollitos que acabó dándose a la villa el sobrenombre de «El Gallinero». El laurel floreció, y Augusto inició la práctica, llamada a perpetuarse a través de sus sucesores, de llevar una rama de esa planta, cogida del bosquecillo en el que había crecido la original, cada vez que celebraba un triunfo.

Livia inmortalizaría el prodigio en el famoso Jardín Pintado con el que cubrió las paredes de una de las cámaras semisubterráneas de la villa de las gallinas blancas. Se trataba probablemente de un triclinio, es decir, de una sala utilizada para cenar apaciblemente en los calurosos atardeceres estivales. Como mujer poderosa que era, podría darse perfectamente el caso de que Livia explotara el pretendido fenómeno con el fin de aumentar la autoridad que ya ejercía. En la antigua Roma hubo al menos un historiador, Dion Casio, que así lo creyó, dado que afirma en uno de sus escritos: «Livia estaba incluso destinada a acoger en su regazo el poder del

César, al que dominaba en todo».

SE INICIAN LOS PLANES SUCESORIOS

Como todo buen hombre de negocios sabedor de que ha de dar continuidad a la empresa familiar, Augusto previó con muchísima antelación su propia sucesión. La experiencia que él mismo había vivido en su condición de sucesor de Julio César incrementó todavía más la necesidad de pensar de ese modo. Augusto elaboró su proyecto, pero no tardó en descubrir que resultaba bastante más difícil levantar una dinastía que derrotar al más fiero enemigo o al peor y más astuto de sus enemigos políticos.

Livia no pudo dar a Augusto más que un chiquillo que nació muerto. Los dos hijos que había tenido ella de su primer matrimonio, Tiberio y Druso, terminarían convirtiéndose en dos excelentes soldados, pero, a pesar de que Augusto aprovechara a conciencia sus habilidades, la cuestión era que los planes de su sucesión marchaban por otros derroteros.

Cuando una familia es al mismo tiempo un negocio, sus componentes han de dejar a un lado sus anhelos y deseos personales para permitir que la empresa siga adelante. Este tipo de situaciones se cobran indefectiblemente sus víctimas, y desde luego las necesidades dinásticas de Augusto iban a dejar más de una cicatriz. Con todo, Julia, la única hija biológica del emperador, fue la que hubo de pagar el precio más alto. Su misma existencia había ido acompañada de un divorcio, ya que su padre se separó de su madre, Escribonia, el día en que Julia vino al mundo. Escribonia no volvería a casarse, así que Julia creció en casa de su padre y su madrastra, Livia.

A pesar de unos comienzos tan difíciles, Julia se convertiría, con el paso del tiempo, en una joven de inteligencia deslumbrante y agudo ingenio. Gozaba además de una gran popularidad entre los ciudadanos de Roma, que percibían y valoraban su gentileza y agradable talante. No obstante, también se mostraba algo engreída

a causa del orgullo que le producía su especial y singularísima condición de único pariente consanguíneo de Augusto. Sin embargo, y para su desgracia, Augusto apenas iba a ver en ella otra cosa que una fuente de futuros sucesores.

Como primera medida, Augusto casó a Julia con el ambicioso y todavía bisoño hijo de su hermana Octavia.[9] Sin embargo, al fallecer el muchacho sin haber dejado descendencia, Augusto concertó rápidamente un nuevo enlace, en esta ocasión con Agripa (a quien primero obligó a divorciarse de su esposa), pese a la gran diferencia de edad que los separaba, ya que Julia tenía dieciocho años y su fiel asesor cuarenta y dos. Del matrimonio de Agripa y Julia nacieron tres chicos y dos chicas. En el 17 a. C., Augusto, que se las prometía muy felices, adoptó como propios a los dos hijos mayores de la pareja, es decir, a sus nietos Cayo, de tres años, y Lucio, que todavía era un bebé. Poco después inició el proceso de educarlos adecuadamente, a fin de transformarlos en sus sucesores.

Transcurrida aproximadamente una década, Augusto exhibió a su familia, altivamente representada, en el Ara Pacis Augustae, es decir, el «altar de la paz augusta». Se trataba de una estructura de mármol blanco que, en su origen, se hallaba pintada de vivos colores (y vale la pena señalar que también es, de hecho, uno de los monumentos más célebres y hermosos del mundo antiguo). El altar quedó consagrado en el año 9 a. C., y en él no solo aparecen labrados con exquisito gusto una serie de relieves con escenas de fertilidad y actos sacrificiales, sino que destaca particularmente el grupo de la casa imperial, que marcha en solemne procesión hacia su destino. Esta magnífica obra de arte muestra a la primera familia de Roma tal y como Augusto quería que se la viera y recordara, es decir, imbuida de patriotismo y dignidad, unida en un desfile que hacía de ella un símbolo viviente de la paz, la prosperidad y la devoción. Sin embargo, la realidad era muy distinta.

Agripa figura entre los demás miembros de la familia, pese a que había fallecido en el 12 a. C., a la edad de cincuenta y un años. Es más, para honrarlo de la mejor manera posible, Augusto no se había contentado con pronunciar personalmente el discurso fúnebre, también había mandado enterrar sus cenizas en su propio mausoleo. Con todo, la nueva situación había vuelto a dejar viuda a Julia.

Augusto dispuso ahora que se casara con Tiberio, el hijo de Livia. Sin embargo, el matrimonio se fue a pique, así que Tiberio se autoimpuso partir al exilio a la isla griega de Rodas. Julia se dedicó a viajar en compañía de un grupito de personas elegantes y tuvo una larga serie de amantes, cosa que no hacía por primera vez, según parece. Al hablar Augusto con su hija y quejarse de que pasaba demasiado tiempo revoloteando en torno a distintos jovencitos, se dice que Julia le contestó que no se preocupara, que ya se encargaría ella de hacerlos envejecer a toda prisa. En otra ocasión, al preguntársele cómo se las arreglaba para vivir amoríos y tener hijos que sin embargo guardaban un gran parecido con su padre oficial, Julia replicó (de hacer caso a las malas lenguas) que solo aceptaba pasajeros cuando el barco se encontraba a plena carga, es decir, una vez que ya se sabía embarazada de su marido.

En nuestros días podríamos juzgar que esa conducta constituía una respuesta a la tremenda presión a la que la sometía su padre, que ansiaba disponer de un heredero por encima de todo. Augusto, en cambio, consideraba que el comportamiento de su hija resultaba muy embarazoso; pero lo peor estaba aún por llegar.

AUGUSTO COMO PADRE DE LA NACIÓN Y DE JULIA

En el año 2 a. C., el Senado y el pueblo romano votaron en favor de la concesión de un nuevo título a Augusto: el de padre de la nación. Acababa de cumplir los sesenta años, y desde luego se trataba de un gran honor, que anteriormente solo se le había otorgado a Julio César y, de manera más informal, a Cicerón. Con ello culminaba el plan consistente en convertir a la familia Julia en el eje del Estado romano. No obstante, el reconocimiento también vino acompañado de una amarga ironía, ya que más tarde, ese mismo año, Augusto se vio obligado a contemplar de frente las pruebas de la traición de su hija.

Julia y su corte de jovencitos dañaban políticamente a Augusto. Son varias las fuentes que sostienen que Julia se comportaba de forma escandalosa en público con sus amantes, pero no puede confiarse

demasiado en ese tipo de manifestaciones, ya que su carácter es tan chismoso como misógino. Lo que sí sabemos con seguridad es que uno de sus enamorados era Julo Antonio, uno de los hijos aún vivos de Marco Antonio y Fulvia. La idea de que Julia pudiera divorciarse de Tiberio y casarse con un descendiente de Marco Antonio amenazaba con dar una victoria póstuma al viejo rival de Augusto.

Este respondió con la acerada determinación de un padre de familia y la frialdad de un potentado. Ordenó que se enviara al exilio a la mayoría de los amantes de Julia. Forzó, mediante condena ad hoc, el suicidio de Julo Antonio. Para castigar a Julia, Augusto se arrogó la potestad de actuar en nombre de Tiberio con el fin de divorciarla brutalmente de él (sin hacer ninguna consulta previa con su marido) y la mandó, proscrita, a una diminuta y desolada isla situada frente a las costas italianas, que hoy, para mayor sarcasmo, es un conocido complejo turístico.[10] Su madre, Escribonia, que había estado casada con Augusto, como sabemos, siguió lealmente a Julia al destierro. Ahora que Julia le había dado hijos (adoptivos) con los que barajar las posibilidades de la sucesión, Augusto podía mostrarse abiertamente cruel: Julia se había vuelto prescindible.

Cinco años más tarde, en el 3 d. C., Augusto permitiría que Julia regresara a la península itálica, pero solo la autorizó a residir en una apartada población del sur. Pero la tragedia iba a ensañarse con ella. En el año 2 d. C., su hijo Lucio falleció a causa de una enfermedad, y dos años después moría también su otro hijo, Cayo, de las secuelas de una herida de guerra. Esta doble desaparición privó a Augusto de los dos sucesores que tenía planeado elevar al poder. Y, en cuanto a Julia, hay que decir que, si bien no se procedió oficialmente al borrado de cuanto pudiera recordar o enaltecer su memoria –como tantas veces ocurría con los romanos que caían en desgracia–, resulta obvio que los escultores y retratistas del Imperio captaron a la perfección el mensaje que el emperador había transmitido respecto a la posición que ahora correspondía a su hija. De hecho, hasta el año 2 d. C., el que marca precisamente el momento de su exclusión, los artistas habían venido honrando a Julia con un gran número de estatuas e inscripciones, pero después de esa fecha la iconografía se detiene en seco. Cabría decir que este absoluto silencio sobre la persona de Julia constituye en cierto modo una medida de doble filo, ya que viene a ser una

especie de equívoco contrapunto al tratamiento que se reservaba al grueso de las mujeres romanas, a cuya individualidad no se prestó prácticamente la menor atención hasta el fin de la República, al menos no al margen de su rol en el domicilio.

En el transcurso de su vida, Augusto tuvo ocasión de conocer a muchas mujeres de notabilísima talla, pero las tres con las que mantuvo una relación más estrecha fueron su madre, Acia, que fue la encargada de criarlo y educarlo; su esposa, Livia, que le proporcionó siempre inspiración; y su hija, Julia, que lo traicionó.

SE BAJA EL TELÓN

Pese a esa sucesión de reveses, Augusto consiguió rehacerse, y en el 4 d. C., adoptó a otros dos hijos. Uno fue Agripa Póstumo, que por entonces contaba dieciséis años y era hijo del antiguo consejero del emperador y de su hija Julia. Augusto no había considerado preciso adoptarlo hasta entonces, y por esa razón había permitido que el joven llevara el apellido de su padre. Ahora, sin embargo, lo necesitaba, así que Póstumo pasó a apellidarse César.[11] La otra persona a la que adoptó fue al único hijo varón de Livia que quedaba con vida, Tiberio, que acababa de regresar a Roma tras su exilio voluntario en Rodas. El otro hijo de Livia, Druso, tres años más joven que Tiberio, había fallecido tiempo antes en Germania, víctima de un accidente. Tiberio era un hombre hecho y derecho de cuarenta y cinco años, mientras que Póstumo se encontraba todavía en la adolescencia. No obstante, al final quedaría claro que tampoco en Póstumo iban a poder ponerse las esperanzas del Imperio. Era fuerte en el plano físico, pero débil desde el punto de vista psicológico. Cuando lo que estaba en juego era la supervivencia de su régimen, Augusto era capaz de mostrarse glacial. Por consiguiente, y a pesar de que su nieto Póstumo fuese de su misma sangre, Augusto anuló la adopción y envió al muchacho al exilio, tal y como había hecho con su madre, Julia. Esto convertía a Tiberio en el único candidato a la sucesión. No había ningún lazo biológico que uniera a Tiberio con Augusto, pero se trataba de un hombre competente y experimentado que podía mantener el avance de la

dinastía.

Mucho tiempo atrás, al adoptar Julio César a Octaviano, el general no solo había sentado sin proponérselo un precedente, también había puesto inadvertidamente los cimientos destinados a garantizar el futuro éxito del Imperio. Los romanos mostraron siempre una actitud relativamente laxa respecto de la adopción –al menos si comparamos su conducta con la de nuestros propios contemporáneos–, así que no es de extrañar que recurrieran con frecuencia a ella como forma de dar continuidad a un apellido familiar. A pesar de que preferían adoptar a un pariente consanguíneo, y de que lo hacían de mejor grado cuando se trataba de un adulto que en el caso de un niño, lo cierto es que tampoco insistían demasiado en que el elegido poseyera tales condiciones. De este modo, al disponer de libertad para adoptar a un hijo en lugar de hallarse obligado a ceder el poder a su propia progenie, el emperador podía operar con flexibilidad para elegir a un sucesor. Y la consecuencia última de esa adaptabilidad era que la plaza del trono quedaba abierta a los hombres de talento.

Augusto tenía sesenta y seis años en el momento en que tomó la decisión de enviar a Póstumo al exilio. Sería en esta época cuando empezara a elaborar en serio el proyecto de la transición imperial. Al adoptar a Tiberio, Augusto le transmitió también una parte de sus atribuciones jurídicas. Además, lo utilizó tal y como en su día se valiera de Agripa, es decir, como general de sus ejércitos. Augusto envió a Tiberio a Europa Central y a los Balcanes a fin de que sofocara los violentos encontronazos que se estaban produciendo en esas fronteras, así que el sucesor electo pasó parte del período comprendido entre los años 6 y 12 d. C. enfrascado en librar la larga serie de guerras y enconados combates en que hubo de intervenir para cercenar las revueltas.

El emperador solo podía estar en un sitio a la vez, pero necesitaba personarse en todas partes. En una era marcada por unas tecnologías y unos sistemas de comunicación tan primitivos, la gobernación de un vasto imperio planteaba un gran número de dificultades prácticas. Habría resultado indudablemente más seguro mantener en Roma al heredero al trono, pero Augusto no podía prescindir de sus servicios, ya que Tiberio no solo era un general

con experiencia, sino también el único hombre en el que confiaba. Tiberio consiguió regresar al fin a la capital en el año 12. Tras celebrar el correspondiente triunfo, obtuvo el poder necesario para regir las provincias en colaboración con Augusto. De este modo, Tiberio pasó a ser casi un igual del princeps.

Augusto dedicó esos años a dar los últimos toques a su legado. Redactó un testamento y un conjunto de instrucciones para su funeral. Dejó también dispuesto que, a su muerte, se inscribiera en unas columnas de bronce instaladas frente a su mausoleo un registro pormenorizado de sus logros. Hace mucho que desaparecieron los fustes originales, pero también se habrían distribuido por el Imperio varias copias en latín y griego, sin olvidar que ha llegado asimismo hasta nosotros una versión íntegra que se conserva en Ankara, la capital de Turquía.

El título latino que encabeza el texto de los monumentos que perduran en esa ciudad turca encaja a la perfección con el ideal heroico de los romanos, ya que dice: Res Gestae Divi Augusti, o «Hazañas del divino Augusto». No había nada en Augusto que contrariara el perfil de un héroe. Tal y como había ocurrido anteriormente en el caso de Julio César, Augusto fue póstumamente elevado a la condición divina. En su arranque, la inscripción de las columnas señala: «Relación de las gestas militares con las que el deificado Augusto sometió al mundo entero para que lo gobernase el pueblo romano».

El tema clave de la inscripción es la victoria, ya que en dicho texto Augusto sostiene haber sofocado la hoguera de la guerra civil, librado de piratas los mares y llevado la paz a las provincias. Otra de las cuestiones relacionadas con esa suerte de manifiesto autolaudatorio es la clemencia, puesto que Augusto también señala en él que respetó la vida de todos aquellos ciudadanos que imploraron su perdón.

No obstante, el testimonio del César deja deliberadamente muchas cosas en el tintero, como por ejemplo los asesinatos, las traiciones, los actos fraudulentos y las decisiones crueles, por no hablar de los excesos de la corte imperial. De hecho, Augusto no menciona en ningún momento que puso fin a las instituciones libres de la República romana y las sustituyó por el benevolente despotismo de

los césares. Cabe destacar por último que, en consonancia con el talante masculino que impregna un escrito que en realidad es una relación de gestas militares, Augusto no habla de ninguna mujer en su mensaje a la posteridad (aunque sí hace referencia a varias diosas). En resumen, la versión oficial que Augusto elabora de sus propios logros no pasa de ser un panfleto propagandístico que no duda en retorcer y tergiversar la verdad. Con todo, una cosa sí que dejan clara estas Res Gestae Divi Augusti: que no se trata de un texto dirigido exclusivamente a Roma, sino concebido para ser leído y consumido en todo el Imperio.

Resulta perfectamente pertinente que el final de la carrera política de Augusto tuviese lugar lejos de Roma, durante el cumplimiento de una misión relevante para el Imperio, ya que en realidad también había comenzado fuera de la capital. En el año 44 a. C., al conocer la noticia del asesinato de Julio César, Octaviano se encontraba justo al otro lado del Adriático, frente al último puesto avanzado de la Vía Apia, la calzada que partía de Roma y avanzaba en dirección sur. En la fecha de su fallecimiento, sobrevenida cincuenta y ocho años más tarde, Augusto seguía con la vista puesta en Oriente. A su avanzada edad, habiendo dejado ya muy atrás sus mejores tiempos de aguerrido combatiente, el emperador continuaba considerando que su tarea prioritaria consistía en trabajar por el Imperio. Había partido de Roma como escolta de su hijo y heredero, Tiberio, y se había internado en la Vía Apia para encaminarse al Adriático, un brazo de mar que su inminente sucesor se proponía cruzar a fin de embridar la última crisis surgida en la zona, sometida a constantes conflictos. Y tal y como solía hacer siempre que podía en sus viajes, Augusto se había llevado consigo a Livia.

Con esta expedición, el emperador compaginaba el trabajo con el ocio, y lo hacía además en uno de sus lugares predilectos: la isla de Capreae (la actual Capri). Ya en esos paradisíacos paisajes isleños empezó Augusto a sentirse algo indispuesto. Tras regresar al continente y participar en una ceremonia en Nápoles, el César acompañó a Tiberio en una incursión que los llevó a ambos a penetrar en regiones aún más meridionales por espacio de unos cuatro días. Poco después se vio obligado a dar media vuelta, y se sintió entonces tan desmejorado que tuvo que hacer un alto en la ciudad de Nola, en la que se alojó en la villa de su familia. Se envió

un mensaje a Tiberio para indicarle que debía regresar a toda prisa. De acuerdo con una de las versiones de lo sucedido, el designado como nuevo César consiguió llegar junto a su padre adoptivo con el tiempo suficiente para celebrar una última reunión con el anciano.

Augusto murió en Nola el 19 de agosto del 14 d. C., faltándole poco más de un mes para cumplir los setenta y siete años. Los detalles públicos de lo sucedido el último día de vida de Augusto han sido obviamente hermoseados, ya que no hay duda de que los especialistas en crear mitos imperiales se afanaron en dejar su impronta en el relato de los acontecimientos.

No obstante, y teniendo esta cautela en mente, lo que las fuentes apuntan es que sus amigos se presentaron junto al lecho en el que yacía el emperador moribundo. Augusto les preguntó: «¿He representado bien mi papel en la comedia de la vida?», frase que remedaba la que solían emplear los actores de las farsas al final de una función. Y a continuación añadió: «Si algún mérito ha tenido la obra, batid palmas y a todos honradnos con alegría». Después los despidió para besar y abrazar a Livia. Según se afirma, sus últimas palabras fueron: «Livia, recuerda nuestro matrimonio...; adiós».

Al partir de este mundo, el estampido de un trueno saludó al hombre que lo había transformado. Si hemos de dar crédito a todos estos relatos, parece claro que Augusto puso punto final a su vida de un modo tranquilo y modesto, con pleno uso de su ingenio. Además, el político que había sabido acabar con las guerras de la República y fundar después el Imperio romano y la paz augusta también reconoció antes de expirar la gran deuda de gratitud que tenía con su compañera. Conservando la sangre fría hasta el final, Augusto se despojó de su omnipotencia con gestos de humildad.

La gente captó enseguida el toque de ironía que encerraba el hecho de que Augusto falleciera en la misma habitación en la que había muerto mucho tiempo atrás Cayo Octavio, su padre biológico. Ahora bien, si los pensamientos de Augusto se centraron efectivamente en alguien en el momento definitivo, debió de ser con toda probabilidad en Julio César.

César y Augusto fueron las dos caras de la moneda del genio romano. César fue un dios de la guerra que derramaría además su

talento y explayaría su ego en dos clásicos literarios. A Augusto le correspondió en cambio el papel del estadista maquiavélico decidido a forjar su poder a sangre y fuego para después proseguir su labor y construir una estructura que, basada en la paz y la prosperidad, se revelaría destinada a sobrevivirlo por espacio de doscientos años. César era un pavo real; Augusto, una esfinge. César cayó en el Senado, abatido por una afilada lluvia de puñales; Augusto murió en la cama, con un último beso de su esposa. Augusto inició su andadura embutido en la piel de un joven criminal y la terminó convertido en el padre de la patria. Si los responsables de semejante comienzo fueron su madre Acia y su tío abuelo Julio César, la autoría de los logros de madurez de Augusto hay que atribuírsela a dos personas en particular: a su amigo Agripa y a su mujer Livia.

Augusto fue el inventor de la noción de princeps, que nosotros traducimos por emperador. Sus sucesores verían en él un modelo que seguir. Augusto fue conquistador, legislador, constructor de urbes y sumo sacerdote.

Pese a ejercer el poder supremo, acertó a disimular esa fuerza tras el velo de otras funciones ya existentes, ocultándola bajo la máscara de una serie de títulos engañosos, de invocaciones a la República, del carisma de su autoridad y de un comportamiento parcialmente deferente hacia el Senado.

La desaparición de Julio César dejó a Roma sumida en una serie de conflictos civiles durante una generación. ¿Lograría Augusto transmitir un legado de paz tras su fallecimiento? Lo cierto era que las preocupaciones nacionales iban en aumento. En sus últimos años, Augusto había planificado con sumo cuidado el proceso por el que habría de transferir el poder, pero ¿qué garantía podía tenerse de que su sucesor o sus rivales obedecieran a un hombre que ya no estaba en este mundo? ¿Estaría Tiberio, su hijo adoptivo y heredero al trono, verdaderamente a la altura de la responsabilidad que se le encomendaba? ¿Se zafarían Agripa Póstumo o Julia de las penas que se les habían impuesto y se convertirían en foco de un eventual movimiento de oposición? ¿Volverían a aflorar con fuerza en el Senado los sentimientos republicanos?

Es más que probable que estas interrogantes causaran inquietud a

muchos romanos, y más que a nadie al más sagaz de los actores políticos del momento: Livia. En público, la viuda de Augusto se entregó a las tradicionales muestras de pesar y desconsuelo. Tras procederse a la cremación de Augusto en Roma, por ejemplo, Livia permaneció in situ por espacio de cinco días, acompañada por una guardia de honor formada por los más distinguidos caballeros de la capital. Después ordenó que se recogieran sus cenizas y se depositaran en la tumba.

No obstante, es evidente que, en privado, al iniciar el año de duelo oficial por el esposo desaparecido, Livia se dedicó a trabajar incansablemente entre bastidores. ¿Qué maquinaciones, qué discursos y qué derramamientos de sangre habrían de necesitarse para allanar el camino del nuevo gobernante de Roma (es decir, de su hijo)?

Capítulo 2

Tiberio

EL TIRANO

Tiberio, estatua sedente de mármol. © Cromagnon/Shutterstock

El 17 de septiembre del año 14, en el Senado, Tiberio Julio César, hijo adoptivo y heredero de Augusto, se levantó de su escaño y se

dirigió a la asamblea. Hacía ya un mes que se había producido el fallecimiento de su padre adoptivo. Tras la emotiva celebración de un funeral público, el Senado había votado en favor de lo que en la Roma de la época se denominaba una «consagración», es decir, se había tomado la decisión de declarar dios a Augusto. Sin embargo, abordar las cuestiones relativas al legado celestial del César era lo más sencillo. Los asuntos terrenales eran bastante más complicados.

Nosotros le damos el nombre de «emperador», pero entre sus contemporáneos era simplemente el princeps, es decir, el primer ciudadano, lo que no dejaba de constituir una condición tan imprecisa como inestable. No había nada que garantizase que el sistema que había establecido no fuera a desmoronarse al desaparecer su autor. A fin de cuentas, Roma no disponía de una constitución escrita. Había senadores que soñaban con recuperar la antigua gloria y el enorme poder de que habían disfrutado en los tiempos anteriores a Julio César, y otros deseaban poner al frente del Estado a un dirigente distinto a Tiberio.

No obstante, los miembros del Senado, en su gran mayoría, querían pedir a Tiberio que asumiese la totalidad de los poderes que había ejercido Augusto. Y si, para ellos, lo esencial consistía en no parecer excesivamente serviles, en el caso de Tiberio el quid de la cuestión pasaba por aceptar el mandato sin dar la impresión de anhelarlo demasiado. Y esto último no tenía por qué revelarse difícil, ya que, pese al ambicioso destino que Livia ansiaba ofrecer a su hijo, el propio Tiberio, en cambio, no tenía la aspiración de hacerse con el poder político supremo.

Tiberio era militar de profesión, así que es posible que añorara la sencillez de la vida castrense y el clima de franqueza y campechanía reinante en los campamentos. Puede que recordara la ocasión, ocurrida unos diez años antes en la frontera septentrional de Roma, en que Augusto le había mandado regresar al frente tras una larga ausencia. Según lo que nos refiere una de las fuentes de la época, los veteranos que habían servido largo tiempo a las órdenes de Tiberio se mostraron sumamente emocionados y conmovidos al saber que volvían a contar con él. De acuerdo con el testimonio de este autor clásico, a los hombres se les saltaban las lágrimas al ver a Tiberio, y muchos pugnaban por tocarlo como queriendo

cerciorarse de su presencia. Todos conservaban en la memoria los años de servicio que habían pasado junto a él en diversas campañas y distintos teatros bélicos. Y se les escuchaba proferir frases como «¿Eres realmente tú, general, quien se presenta a nuestros ojos?» o «¿Te hemos acogido bien a tu regreso?».

Sin embargo, por más que Tiberio pudiera tener las miras puestas en una carrera estrictamente militar, el umbral que se abría ante él en ese momento no solo le ofrecía el puesto político más arduo y complejo de la época, sino la posibilidad de convertirse en un dios. Y aunque ese futuro no respondiera a los deseos del propio Tiberio, la responsabilidad del Imperio era incumbencia suya, y desde luego si algo caracterizaba a Tiberio era su ilimitada entrega al cumplimiento del deber. Así las cosas, el designado se puso en pie y se dirigió a los senadores congregados a su alrededor.

En su alocución, Tiberio dijo que la tarea que Augusto se había echado a las espaldas era demasiado grande y ardua para todo el que no fuera él, y que se hacía por tanto preciso dividir el cometido en tres secciones diferentes: por un lado, Roma y la península itálica, y por otro las legiones y las provincias. No lo decía en serio, como es obvio, pero un enardecido senador, llevado por su exceso de entusiasmo, se reveló incapaz de comprender la faceta puramente retórica de tal afirmación. El imprudente político señaló que le parecía una buena idea y preguntó a Tiberio de cuál de las tres partes preferiría encargarse. Tiberio, aparentando serenidad, aunque en realidad es muy probable que se sintiera desconcertado, respondió con elegante aplomo. Se le daba muy bien ocultar sus emociones si llegaba el caso. Señaló que no debía ser el mismo hombre quien se encargara de dividir y de escoger. El senador plegó velas, pero ya era demasiado tarde. (Tiberio no olvidó el desaire de aquel espontáneo y se cobró venganza, años más tarde, arrojándolo en prisión y haciéndolo morir de hambre.) Tras el intercambio, la mayoría de los senadores rogaron a Tiberio que asumiera plenos poderes.

Al final, y solo tras un rato de dubitativas cavilaciones, Tiberio aceptó lo que se le proponía. Además, se dejó una puerta abierta, ya que prometió permanecer en el cargo, según dijo, «hasta que llegue el momento en que consideréis justo concederme un ligero respiro

en la edad provecta». Y, si tenemos en cuenta que ya había cumplido los cincuenta y cinco años, es evidente que sabía que la vejez no estaba demasiado lejos. Otra de las razones que le habían inducido a vacilar había sido la clara conciencia de los peligros que encerraba el puesto. Por lo menos así lo había dado a entender al explicar que era como «sujetar por las orejas a un lobo». Con todo, por más reticente que se mostrara, Tiberio asumió el poder y continuó gobernando Roma de un modo aproximadamente similar al que Augusto había establecido. Y eso mismo, por sí solo, constituía ya un logro de notabilísima envergadura.

El papel que tenía que desempeñar Tiberio no era en modo alguno fácil. No solo tenía que permanecer atento a las expectativas de cuantos iban a compararlo con su gran predecesor, sino que debía enfrentarse a ese reto sabiendo perfectamente que no había sido ni mucho menos la primera persona a la que Augusto había considerado su posible sucesor. Además, lo que le había confiado el César era una tarea poco menos que imposible. Tiberio continuó la labor de Augusto tal y como John Adams prosiguió la obra de George Washington, o como Tim Cook sigue actualmente los pasos de Steve Jobs. En todos estos casos, el segundo, el seguidor, destaca más por su eficacia que por su popularidad o su carisma.

Además de conquistador y de hombre capaz de asentar la paz, el emperador destacaba también en sus funciones de arquitecto y jefe de todo equipo de demolición; de benefactor y de juez; de cabeza de familia y de padre de la patria; de tribuno de la plebe y de primero entre los senadores; de máxima autoridad de los romanos y de campeón de las provincias; de gestor y líder hipnótico; de promotor y símbolo de severidad; de sacerdote y comandante; de guía y sacrosanto magistrado en Roma y de rey en Oriente (y de dios, incluso, para el creyente). Todos los emperadores tuvieron que llegar a algún tipo de componenda con las élites relevantes de cada sector social, es decir, con el ejército, con el Senado, con los miembros de la corte imperial y con los notables de las provincias.

Los plebeyos de la ciudad de Roma también tenían su importancia, pero su poder era muy inferior al que un día tuvieran durante la República. Augusto se las había ingeniado para arrebatarles esa influencia, pero al precio de una guerra civil, de un dilatado

proceso político de prueba y error, y de un reinado excepcionalmente largo. Y desde luego no había sido una tarea fácil, ni siquiera para un hombre del virtuosismo diplomático de Augusto.

Sus sucesores se vieron en grandes apuros para compaginar las diversas y contradictorias exigencias que pesaban sobre el titular del Imperio. Y, como sabemos, ninguno de ellos tendría ocasión de gobernar tanto tiempo como Augusto, que logró ejercer el poder, sin un solo rival en todo el orbe romano, por espacio de cuarenta y cinco años.

Si a Augusto le encantaba valerse, para la gobernación, y poco menos que a partes iguales, de la fuerza y la estratagema, Tiberio tendía por el contrario a proceder más como un gestor y un hombre pragmático propenso a simplificar los problemas para sacar sus asuntos adelante, aunque esa forma de operar lo obligara a asumir los costes de una acción represiva en el ámbito interno y a un atrincheramiento en el plano de la política exterior.

Por mucho que Augusto haya querido identificarse con la esfinge, fue Tiberio quien más verdaderamente se envolvió en el misterio. Su reservada personalidad confundió en más de una ocasión a sus contemporáneos, y hay veces en que todavía desorienta y ofusca a los historiadores actuales. Sin embargo, el reinado de Tiberio fue sumamente relevante y, de hecho, él mismo demostraría ser un líder dotado de una auténtica capacidad transformadora. Si, por un lado, consolidó y estabilizó definitivamente el régimen monárquico que Augusto había instaurado, ha de tenerse en cuenta, por otro, que no hizo lo mismo con la diplomacia externa de su predecesor. Tras varios siglos de expansión ininterrumpida, Tiberio aplicó el freno. Y, en otro orden de cosas, Tiberio será siempre el emperador que más perjuicios haya causado, al menos en tiempo de paz, a la vieja aristocracia romana. El hombre que en los inicios de su andadura como máxima autoridad política parecía inclinado a mantener una actitud amistosa con el Senado, acabó siendo un tirano a los ojos de sus integrantes.

LOS COMIENZOS DE SU CARRERA

Tiberio nació en Roma el 16 de noviembre del 42 a. C. Era hijo de Tiberio Claudio Nerón y Livia Drusila. Ambos transmitieron al muchacho una hereditaria pasión por la República romana. Sin embargo, la gobernación electiva del Senado y el pueblo romano estaba agonizando, aplastada por los invencibles ejércitos de Octaviano y Marco Antonio. En el año 42 a. C., nadie habría acertado a vaticinar, ni por lo más remoto, que Octaviano –transmutado posteriormente en Augusto– estaba llamado a desempeñar un papel clave en la vida de Tiberio, ya que se trataba de dos hombres procedentes de linajes familiares muy distintos.

Los vínculos de Augusto con la aristocracia romana se ceñían exclusivamente a una de las ramas de su árbol genealógico. Tiberio, en cambio, procedía de una cepa cuyas raíces se hundían por entero en la nobleza. Tanto su padre como su madre descendían de la inmemorial casa patricia de los Claudios, cuyos miembros llevaban siglos asumiendo los más altos cargos políticos de Roma (desde los mismos inicios de la República, de hecho). También habían sido los impulsores de la construcción de la Vía Apia, la primera gran calzada romana. Los Claudios se hallaban imbuidos de un notable sentido del deber, aunque también alimentaban la impresión de tener todos los derechos y de hallarse destinados a los más encumbrados títulos, lo que los volvía propensos a la arrogancia.

Tanto el padre como el abuelo de Tiberio habían luchado contra Octaviano en distintas ocasiones. Firme partidario de la República, el abuelo de Tiberio se suicidó tras combatir en la batalla de Filipos en el bando perdedor. Los principios del padre de Tiberio, por el contrario, eran más flexibles. Sirvió primero a César en la guerra civil, pero después empezó a darse cuenta de que los procedimientos monárquicos del gran general le resultaban insoportables. Tras el asesinato de César, votó en favor de una moción por la que el Senado habría tenido que honrar a los magnicidas. (La institución declinó la propuesta.) Después, tras luchar contra Octaviano, huyó primero de Italia y luego de Sicilia para acabar buscando refugio en Grecia. En esa época, Tiberio hijo no era más que un chiquillo de poco más de un año, pero, a pesar de todo, tanto el niño como la madre, Livia, siguieron al padre en la

fuga. Con el paso del tiempo, la familia regresaría sana y salva y, como sabemos, Livia terminaría casándose con Octaviano.

Octaviano era uno de los hombres más poderosos del mundo. Por más que el padre de Tiberio se opusiera a que el futuro Augusto le birlara la esposa, lo cierto es que no estaba en situación de detenerlo. Por consiguiente, en enero del 38 a. C., fecha en la que Livia y Octaviano contrajeron matrimonio, el padre del Tiberio no solo acudió como invitado a la boda, sino que entregó a Octaviano la mano de Livia, «tal y como habría hecho un padre con su hija». En el momento de los esponsales, Livia estaba embarazada, así que poco después daba a luz a Druso, el hermano pequeño de Tiberio. De hecho, el padre de los dos hijos de Livia dedicaría los siguientes cinco años a criarlos y educarlos; y no hay duda de que los formó en las altivas tradiciones del clan de los Claudios. Los Claudios, adalides de la aristocracia romana, consideraban que la importancia del pueblo de Roma quedaba en un distante segundo plano. Poco antes de fallecer, en el año 33 a. C., el padre de Tiberio nombró a Octaviano tutor de sus dos hijos, cuya educación pasó de este modo a ser incumbencia del César y su esposa Livia. Pese a que solo tuviese nueve años, Tiberio fue el encargado de pronunciar el elogio fúnebre en el funeral de su padre, aunque presumiblemente debió de redactarlo otra persona.

Tiberio y Druso crecieron en casa de su padrastro y bajo el mismo techo que su hermanastra Julia, hija de Augusto. Este formó a los tres chiquillos con la vista puesta en asignarles un futuro papel en su régimen, pero concedió preferencia y lugar de honor a Julia y sus hijos, es decir, a sus parientes consanguíneos. Pero, al mismo tiempo, Livia, que siempre actuó a la manera de un verdadero poder en la sombra, trabajaba para materializar algún día las altas expectativas que había puesto en sus dos chicos.

A toda mujer romana que se propusiera ejercer el poder político no le quedaba más remedio que operar a través de un hombre. Se podía influir en un marido, y también en los amantes, los padres y los hermanos, pero, en Roma, el más sólido lazo emocional que podía mediar entre los sexos era el que unía a la madre con sus hijos varones. Y Livia procedió en consecuencia, ya que promovió con toda asiduidad y paciencia el ascenso de sus muchachitos. Al

ser ella misma una mujer dura e inflexible, Livia educó a Tiberio y a Druso con el objetivo de convertirlos en hombres correosos, cosa que, si por un lado les resultó muy útil en las circunstancias adversas de la vida, por otro les granjeó muy pocas simpatías entre la gente.

Los dos hermanos mantuvieron toda su vida un contacto muy estrecho. En cambio, la relación entre Julia y Tiberio fue mucho más complicada. Él se mostraba obediente y cumplidor, pero ella reveló ser desastrada y rebelde. Además, el muchacho se sentía incómodo en el trato con su padrastro Augusto, mientras que ella era la niña de sus ojos (al menos al principio). Criados como hermanastros que eran, la vida terminaría echándoseles encima y se verían obligados a reelaborar su relación a toda prisa, partiendo prácticamente de cero, al convertirse en adultos.

La influencia de Julia y Livia tuvo una gran repercusión en la biografía de Tiberio. Y lo mismo cabe decir, irónicamente, de las otras tres mujeres que estuvieron unidas a Augusto, ya fuera por lazos consanguíneos o matrimoniales. Pese a ser lo que pudiéramos llamar un hombre de pelo en pecho, además de uno de los más recientes vástagos de un orgulloso linaje aristocrático, Tiberio descubrió muy pronto que buena parte de su carrera iba a girar en torno a las mujeres de la familia de su padrastro. Si tenemos en cuenta que también era un hombre convencido de que no debía permitirse que las mujeres se elevaran a excesiva altura, parece obvio que esa circunstancia tuvo que resultarle desagradable. Tal y como nos ha transmitido el historiador romano Tácito, Tiberio pensaba que el hecho de que «una mujer disfrutara de una posición o un rango preeminentes disminuía su propia talla».

No obstante, y a pesar de haber sido educado para la vida militar y las tareas propias del estadista, Tiberio recibió asimismo una sólida formación en literatura clásica griega y latina. Reveló ser un hábil orador y un notable poeta, además de un gran entendido en vinos. Por otro lado, dominaba el derecho romano, le interesaba la filosofía y sentía auténtica pasión por la astrología. En resumen, Tiberio era un soldado culto y muy leído.

Se dice que sobresalía por su llamativa estatura y fortaleza. Tanto las monedas como las descripciones de las fuentes literarias nos

ofrecen la imagen de un hombre atractivo, pero se supone que su carácter resultaba tan rígido y severo que acababa por dar la impresión de ser un individuo desagradable o arrogante. Se asegura que Augusto bromeó en su mismísimo lecho de muerte, asegurando que Tiberio no tardaría en plantar en Roma las fauces para inmovilizarla a continuación con sus recias y contumaces quijadas.

No obstante, es muy posible que bajo esa coriácea corteza se ocultara más de una cicatriz psicológica. Al huir de Augusto, Tiberio no solo había conocido en su más tierna edad la suerte del refugiado, también había vivido en un hogar desgarrado, sufrido el desconcierto de quien se ve obligado a mudar de casa, soportado la pérdida del padre, aguantado a un padrastro que juzgaba que otros jóvenes eran más prometedores que él y capeado las imposiciones de una madre dominante; un cuadro, como vemos, que nos indica que su infancia estuvo sembrada de no pocos infortunios y dificultades. Tiberio tuvo toda su vida fama de persona insincera y, sin embargo, es posible que considerara necesario ocultar sus verdaderos sentimientos para sobrevivir.

EL ASCENSO AL PODER

Tiberio recorrió un largo y glorioso camino para acceder al trono, un camino sembrado pese a todo de muchas amarguras. Puede decirse que su vida pública comenzó prácticamente en el mismo momento en el que vistió la toga de adulto,[12] a la edad de quince años, corriendo el 27 a. C. Tras desempeñar sus primeros cargos militares y políticos, contrajo matrimonio con Vipsania, hija de Agripa, yerno y mano derecha de Augusto, como ya hemos visto. Si las clasificamos en función de su importancia, Vipsania fue la tercera mujer más relevante de la biografía de Tiberio, con quien mantendría siempre un estrecho contacto. No procedía de ninguna antigua familia noble, pero Tiberio la amaba, y ambos formaron un hogar agradable en el que acertaron a llevar una existencia dichosa en compañía de su hijo, Druso el Joven (entiéndase en las temporadas en que Tiberio paraba en casa, lo que no era frecuente).

Después de desempeñar las funciones de pretor, es decir, de magistrado responsable de la administración de justicia, en el año 16 a. C., Tiberio dedicó la década inmediatamente posterior a realizar constantes campañas militares en el norte de Italia. El objetivo de esas expediciones consistía en tratar de expandir las fronteras de Roma hasta el Danubio y el Elba. Esto obligó a Tiberio a luchar en las regiones más lóbregas, frías, deprimidas e insípidas del Imperio, en las zonas que hoy ocupan Suiza, Alemania, Austria, Serbia y Hungría. Entre los años 12 y 9 a. C., Tiberio fue el cabecilla que estuvo al frente de los duros combates que exigió la conquista de Panonia, esto es, de las tierras situadas al sur y al oeste del Danubio. Tiberio no solo demostró ser un general muy apreciado por sus hombres y un jefe tan capaz de beber hasta tumbar al más pintado como de eludir en lo posible la asunción de riesgos, también se reveló lo suficientemente diestro como para ampliar poco a poco los límites del Imperio romano. Y, mientras él se ocupaba de esos menesteres, Druso conducía a los ejércitos que avanzaban por Germania hasta llegar a las mismas orillas del Elba.

Fue entonces cuando la biografía personal de Tiberio experimentó un vuelco completo. Al fallecer Agripa en el año 12 a. C., Augusto se vio en la necesidad de encontrar a un sustituto capaz de ejercer las labores de administrador y de tutelar los intereses de los jóvenes príncipes Cayo y Lucio César, sus dos hijos adoptivos. En vista de la situación, el emperador optó por recurrir a un hombre maduro y responsable: Tiberio. Es muy probable que Livia respaldara la decisión de Augusto, ya que no era persona dispuesta a dejar que los sentimientos personales se interpusieran en el camino de una buena promoción profesional, y desde luego debió de sonreír para sus adentros al conocer la noticia. Augusto forzó a Tiberio a poner fin a su feliz matrimonio con Vipsania, de la que tuvo que divorciarse para casarse con Julia, su hermanastra.

Al principio, Tiberio y Julia parecieron llevarse razonablemente bien. A pesar de que amaba a su primera esposa, la boda con Julia implicaba ascender de forma muy notable dentro de la familia imperial. Además, Julia no solo era atractiva, ocurrente y servicial, también se trataba de una persona a la que conocía perfectamente bien. Después del enlace, la joven[13] se trasladó al norte de Italia para poder estar cerca de Tiberio, que seguía teniendo que combatir

al otro lado de los Alpes. No tardaría en darle un hijo.

Sin embargo, el niño murió al poco de nacer, y los intereses de los padres comenzaron a discurrir por caminos divergentes. Julia quería dar un impulso a las carreras de los hijos que había tenido con Agripa, mientras que a Tiberio, que deseaba promover sus ambiciones personales, le preocupaba allanar el futuro de su propio hijo: Druso el Joven. Tiberio se consideraba un adalid de la aristocracia romana, y es probable que Julia manifestara en cambio tendencias populistas. Y lo que es más importante: Tiberio no tenía en gran consideración el papel que pudieran desempeñar las mujeres en la política, y desde luego Julia no abrigaba la menor intención de permanecer encerrada en casa. Para colmo, Tiberio echaba de menos a Vipsania. Se cuenta que, en una ocasión, quedó tan descompuesto al ver a su exmujer por las calles de Roma que ordenó que se tomaran las disposiciones necesarias para que no volvieran a cruzarse en público.

En el año 9 a. C., el hermano de Tiberio sufrió una grave herida en Germania como consecuencia de un accidente ecuestre, así que Tiberio abandonó Panonia y emprendió el largo viaje que lo separaba de Druso el Mayor para acudir a su lado. Llegó justo antes de que expirara. Después, Tiberio acompañó hasta Roma al cadáver de su hermano, aunque tuvo que hacer todo el camino a pie. Pese a que el gesto constituyese un acto de reconocimiento de los valores familiares que tanto fomentaba Augusto, es muy probable que también fuese la expresión del sincero dolor que sentía Tiberio por la pérdida del último vínculo que todavía le unía a su padre biológico. Se otorgó póstumamente a Druso el nombre de «Germánico» –es decir, conquistador de la Germania–, denominación que en lo sucesivo habría de transmitirse a sus descendientes.

En el año 6 a. C., Augusto decidió enviar a Tiberio a cumplir una nueva misión en los territorios del este. Sin embargo, Tiberio lo dejó completamente desconcertado, ya que anunció que no tenía intención de aceptar el encargo, ya que planeaba retirarse a Rodas, una bella isla griega, alejada de todos los centros de poder. Argumentó que estaba agotado, que necesitaba descansar y que no quería interponerse en el camino de los nietos de Augusto –e hijos

de Julia–, Cayo y Lucio, que además de estar a punto de alcanzar la mayoría de edad continuaban recibiendo la formación precisa para suceder a Augusto. No obstante, hay autores que sostienen que Tiberio quería mantenerse lo más lejos posible de Julia, aunque no debemos olvidar que el desagrado que le producía esta iba más allá de una simple antipatía personal. Es muy posible que Tiberio temiera que Cayo y Lucio acabaran por ordenar su ejecución. Desde luego, Cayo no tardaría en exhibir un comportamiento de clara hostilidad hacia él, y es posible que este le hubiera visto venir. Sin embargo, los rumores de la época van más allá y añaden una razón más a la lista de motivos que pudieron haber incentivado ese retiro a Rodas, ya que hay fuentes que suponen que lo que en realidad deseaba era entregarse a una disoluta vida sexual, cosa que no podía hacer en igual medida en Roma, como si Rodas fuera una suerte de Las Vegas de la antigüedad.

A Tiberio le encantó su estancia en Rodas. Y no solo le fascinaron sus magníficos paisajes, también disfrutó de la compañía de un erudito griego, experto en astrología, al que conoció en la isla (y es posible que parte de ese deleite se debiera al goce de placeres ilícitos). Al final, Tiberio volvió a sentir deseos de regresar a la capital del Imperio. Sin embargo, Augusto lo obligaría a aguardar hasta el año 2 d. C., fecha en la que recibió autorización para establecerse en una tranquila residencia del casco urbano. Y, al volver, trajo consigo al estudioso y astrólogo griego que tanto le había deslumbrado en Rodas, convirtiéndolo en ciudadano romano.[14]

DE NUEVO EN ROMA

En el año 6 a. C., al partir a su retiro en Rodas, el porvenir de Tiberio no parecía excesivamente brillante. Sin embargo, apenas diez años después era nombrado sucesor de Augusto. ¿Qué había sucedido? Julia se había cansado de esperar la ocasión de ejercer algún poder. Había mantenido repetidamente relaciones adúlteras y llegado incluso a confabularse en contra de su padre, pero su juego había quedado al descubierto. En el 2 a. C., Julia hubo de

enfrentarse a su caída en desgracia y al exilio, tras lo cual Augusto exigió a Tiberio que se divorciara de ella. Sus hijos continuaron disfrutando del favor imperial, pero en el año 4 la muerte se había llevado a ambos. Como de costumbre, las malas lenguas culparon a Livia y aseguraron que había tomado las disposiciones necesarias para envenenar a Cayo y a Lucio a fin de que Tiberio volviese a acceder a una posición preeminente. Sin embargo, los dos fallecieron mientras cumplían una misión en el extranjero, muy lejos de Roma, el centro de poder desde el que operaba Livia. Lucio sucumbió a los efectos de una enfermedad, y Cayo fue víctima de las lentas pero tenaces consecuencias de una herida de guerra. En la antigüedad era frecuente que las condiciones de vida dejaran a las personas en situación de fragilidad y expuestas a numerosos riesgos; una certeza que solo puede inducirnos al desconcierto, dado que se hace difícil comprender qué pudo inducir a Augusto a poner en peligro la vida de sus sucesores en potencia enviándolos a las provincias. Por otro lado, es muy probable que a Livia no le apenara precisamente el hecho de ver que los obstáculos que se oponían al encumbramiento de su hijo desaparecían uno tras otro.

Para resolver la crisis sucesoria que se desató con la muerte de Cayo y Lucio, Augusto decidió adoptar a Tiberio. Este no era ni mucho menos su primera opción como futuro emperador, ni siquiera como eventual segundo o tercer candidato, pero Augusto siempre se mostró realista. Y, por otra parte, como veremos claramente a continuación, Augusto se aseguró de que el regalo contuviera algún veneno.

Pese a los pasados desacuerdos que habían provocado divergencias entre el ahora elegido y el César, Tiberio era sin duda el general más experimentado de Roma. Augusto también otorgó a Tiberio facultades tribunicias, junto con el disfrute de la autoridad suprema (imperium maius). Augusto aseguró que adoptaba a Tiberio por el bien de la República, un comentario cuyo objetivo consistía probablemente más en tratar de consolidar la posición de Tiberio que en lanzarle un dardo insultante. Pese a que Augusto adoptara también a Agripa Póstumo, su nieto más joven, el muchacho apenas tenía dieciséis años en ese momento y no constituía ninguna amenaza para Tiberio, que era un estadista de peso que ya había cumplido los cuarenta y seis. Augusto no tenía más nietos a los que

recurrir.

Poco después, el emperador volvía a enviar a Tiberio al frente septentrional. Una de las fuentes de este período, completamente favorable a Tiberio, lo cubre de elogios y sostiene que se trataba de un hombre sensato, prudente y de autoridad muy acreditada. Como general se dice que era moderado y que tenía en gran consideración la vida de sus hombres. De lo que no hay duda es de que Tiberio era un militar de éxito. Realizó su primera campaña en Germania, región en la que consiguió igualar las hazañas de su hermano al plantarse a orillas del río Elba con los ejércitos de Roma. Más tarde, en el año 6 d. C., regresó precipitadamente a Panonia, donde se estaba gestando una revuelta de notable envergadura, y en esta segunda incursión logró anexionar al Imperio los territorios vecinos de la Dalmacia (una zona equivalente, grosso modo, a la que ocupa actualmente el litoral de Croacia).

En tres años de duros combates, Tiberio sofocó uno de los más graves levantamientos que jamás hubiese tenido que yugular Roma. Demostró ser un frío maestro de la adopción práctica de lo que hoy denominaríamos medidas antiinsurreccionales. Su tarea consistió fundamentalmente en llevar a cabo un esfuerzo de pacificación, cosa que sus efectivos materializaron mediante el doble expediente de cercenar por un lado las vías de suministro de víveres y pertrechos del enemigo y de plantarle cara, por otro, en el campo de batalla.

Más tarde, en el 9 d. C., se produjo en Germania el desastre del general Publio Quintilio Varo, con la consiguiente pérdida de tres legiones romanas. Augusto envió una vez más a Tiberio a Germania, donde su futuro sucesor tuvo que pasar los dos años siguientes enfrascado en la lenta, paciente y nada gloriosa labor de reorganizar las legiones que todavía permanecían en pie y de castigar a los enemigos de Roma, refugiados al otro lado del Rin.

Tras regresar a Roma en el año 12, Tiberio celebró el triunfo que tanto tiempo llevaba posponiendo por la reconquista de Panonia. Se ampliaron sus poderes hasta el punto de igualarse a los de Augusto. Una moneda acuñada en el año 13 muestra a Augusto en una de sus caras y a Tiberio en la otra, como si el mundo romano se estuviera preparando para la inevitable transferencia del mando.

LA SUCESIÓN

En cierto modo puede decirse que Augusto se las ingenió para diseñar la más suave y pacífica de todas las transiciones imaginables. Tiberio tuvo la buena fortuna de hallarse a la cabecera de su cama en el momento de su fallecimiento, o al menos la suerte de dejarse ver con la suficiente prontitud como para que la gente pudiese decir que no había abandonado al César. Es probable que fuera el propio Augusto quien le diese la fría orden de mandar ejecutar a Agripa Póstumo en cuanto él mismo dejara el mundo de los vivos, ya que solo así lograría el nuevo gobernante eliminar la amenaza de un claro rival en potencia. A fin de cuentas, Augusto ya había dejado sentado mucho tiempo atrás el principio de que «no es bueno que haya demasiados césares».

Si en este sentido, Augusto quiso dejar que Tiberio tuviese el camino libre, en otras cuestiones se cercioró de atarle bien las manos. Livia ya había rebasado la barrera de los setenta años, pero seguía conservándose en plena forma, así que Augusto le otorgó un conjunto de sólidas herramientas. ¡Garantizó la elevada posición de Livia disponiendo en su testamento que fuera adoptada como hija!, lo que convirtió a su esposa en miembro del linaje de los Julios. Tras su muerte, el Senado aprobó la adopción. Hasta donde nos es dado saber, nadie preguntó si Livia había pasado a ser ahora hermana adoptiva de su hijo Tiberio, al que Augusto también había adoptado en otra época.

Y lo que no es menos importante, el César fallecido determinó asimismo que se cambiara el nombre de Livia por el de Julia Augusta. Esto suponía una distinción sin precedentes, aunque nadie sabía con exactitud cuál podía ser su significado. Sería la propia Livia, junto con Tiberio y el Senado, quienes tuvieran que ocuparse de averiguarlo. Sea como fuere, lo que está claro es que Augusto quería que su mujer conservase una autoridad considerable. El prestigioso título de Julia Augusta la integraba en el seno de la más destacada familia de Roma y la situaba a solo dos letras de distancia (cambiando la a de Augusta por el us Augustus) de la posición más

preeminente del Estado. Y es que se trataba, en efecto, tanto de una forma de prolongar el poder de Augusto más allá de la muerte como de una vía para serenar los eventuales ímpetus políticos de Tiberio.

Pero los poderes de Livia no se circunscribían a esta esfera, dado que también era la suma sacerdotisa del culto al deificado Augusto. Esta función no resultaba en modo alguno desdeñable, ya que no había en Roma una sola mujer capaz de operar en los más altos peldaños del escalafón sacerdotal (si hacemos abstracción de las vírgenes vestales). El nuevo cargo religioso de Livia le confería al mismo tiempo el derecho de ir acompañada de un cuerpo de guardia siempre que tuviera que llevar a efecto sus recién adquiridos deberes piadosos (lo que venía a constituir una señal más de su relevancia personal). Esa encumbrada posición cultual llevaba también aparejadas otro gran número de distinciones, ya se tratara de la ocupación en el teatro de un asiento situado junto a las vestales o de la seguridad de ver que se otorgaba su nombre a diferentes ciudades. En Oriente, una provincia erigió un templo en honor de Tiberio, Livia y el Senado. Tanto las esculturas como las inscripciones conmemorativas empezaron a vincular a Livia con Ceres, la diosa de la fertilidad y la abundancia, una asociación de ideas que en tiempos de Augusto apenas había llegado a insinuarse.

Livia era una de las personas más acaudaladas del Imperio, y a diferencia de lo que le sucedía a la mayoría de las mujeres romanas, se le concedió la capacidad de controlar íntegramente sus propiedades. Augusto legó a Livia la tercera parte de sus bienes, ya que los dos tercios restantes fueron a parar a manos de Tiberio. Livia poseía fincas en la península itálica y en varias provincias, tanto de Oriente como de Occidente. Debido a su condición de mujer, no le estaba permitido aspirar a un puesto en el Senado, pero eso no le impedía recibir a los senadores en su hogar, donde una verdadera legión de domésticos se encargaba de atenderlos. Si sumamos a todos sus criados, constataremos que Livia tenía a su servicio a más de mil personas.

La cuestión es que, en ocasiones, el mero hecho de pasar una temporada en compañía de Livia se convertía más adelante en una ventaja. Uno de sus mayordomos terminaría haciéndose con el mando de la guardia pretoriana en época de un emperador

posterior. Y entre los favoritos de su corte había un individuo que, andando el tiempo, lograría convertirse en el primer emperador romano ajeno al círculo dinástico, es decir, en el primero que no descendía directamente de Augusto ni de su mujer.

Livia actuó como un puente tendido entre el reinado de su marido y el de su hijo. No hay duda de que Tiberio valoraba y lamentaba a un tiempo la acción de ese factor de continuidad. Aunque permitió que su madre acumulara toda clase de honores y ejerciera ciertos poderes, la verdad es que también le impuso algunos límites. Por ejemplo, en los años iniciales de su reinado, el Senado quiso conceder a Livia el inusitado título de «Madre de la patria», pero Tiberio vetó esa moción junto con otras de las sugerencias del Senado, como la de darle oficialmente a él la denominación de «Hijo de Julia Augusta» o la de cambiar el nombre del mes de octubre por el de «livio». Tiberio prefería que se le conociera por el título de descendiente de uno de los dioses, prerrogativa que le correspondía precisamente en virtud de la deificación de Augusto.

Para comprender a Tiberio es necesario entender primero a Livia. No ha habido jamás una sola mujer romana que haya logrado igualar las riquezas y elevados honores que ella alcanzó. No solo era un vínculo viviente con el fundador de la dinastía, también era de facto la primera dama, dado que Tiberio se había divorciado y carecía de amantes. Por si fuera poco, también podía envanecerse de ser la más veterana y bien informada política de toda Roma. Esto explica que, para el orgulloso Tiberio, su presencia constituyera un cotidiano recordatorio de que existían personas cuyo rol político superaba con creces lo que a su juicio debía ser el papel propiamente femenino. Cabe por tanto imaginar que, si en algún momento alguien daba en referirse a él con el nombre de «Hijo de Augusta», lo más probable es que recibiera la interpelación con una mueca de dolor; y, sin embargo, es muy posible que en todas las ocasiones en que se viera frente a algún problema político particularmente espinoso, Tiberio juzgara que lo más sensato era solicitar el consejo de su madre.

De cuando en cuando, Livia dejaba notar en la vida pública romana el notable peso político de que disfrutaba, ya fuese promocionando la carrera de un amigo, concediendo una serie de privilegios

especiales a un aliado, consagrando estatuas a su persona y a la de Tiberio o invitando a los senadores a acudir a una recepción en su domicilio. Por regla general, Tiberio no solo aceptaba todas esas iniciativas, sino que trabajaba incluso entre bastidores para transmitir de puertas afuera la impresión de que el poder operaba como un frente unido. Es preciso señalar, no obstante, que Tiberio observó ese comportamiento sobre todo en la primera parte de su reinado, ya que, a medida que fuese avanzando el tiempo, iría perdiendo cada vez más la paciencia con su madre.

Una de las personas a las que Tiberio no tenía costumbre de consultar era a su exesposa Julia. Augusto acababa de conmutar la pena de exilio que la había mantenido confinada en una isla situada frente a las costas de Italia por una reclusión más suave en la ciudad de Regium,[15] al sur de la península, aunque seguía sometida a un régimen de control equivalente al arresto domiciliario de nuestros días. Julia falleció a causa de la desnutrición cuando aún no habían transcurrido seis meses desde que Tiberio se elevara al rango de emperador, en el año 14 d. C. Se dijo que Julia se había dado por vencida y que se había entregado voluntariamente a una muerte por inanición, posiblemente abrumada por el dolor que le había provocado la ejecución de su hijo Agripa Póstumo, o movida quizá por la simple desesperación de ver que su anterior marido se había hecho con el poder.

En el momento de adquirir la condición de princeps, Tiberio era ya un hombre maduro, y en cierto modo uno de los emperadores mejor preparados que jamás haya tomado las riendas de Roma. Sin embargo, no era desde luego el más joven. A sus cincuenta y cinco años, Tiberio había dado por terminada su etapa de jefe militar y clausurado sus viajes a tierras lejanas. Pese a que en este aspecto estuviera siguiendo los pasos de Augusto –también su predecesor se había aquietado a esa edad–, lo cierto es que Tiberio fue blanco de una larga serie de críticas injustas que le achacaban una presunta falta de coraje e iniciativa.

TIBERIO Y EL SENADO

Podría decirse que, en lo fundamental, Tiberio era un oligarca. A diferencia de Augusto, que se recreaba cultivando la popularidad y la admiración del pueblo llano de Roma, el nuevo emperador era un hombre distante y circunspecto. Le costaba mucho encontrar un momento para ocuparse de la financiación de obras públicas, y el tiempo que dedicaba a dejarse ver en los juegos era aún menor.

A pesar de que Tiberio no hubiera conocido los usos y costumbres de la antigua República, su excepcional legado familiar le concedía la posibilidad de intervenir en el Senado, y en los primeros años de su reinado se mostró respetuoso con la institución. Solía acudir con regularidad a los plenos de la cámara y valoraba la libertad de expresión de los senadores, a los que escuchaba con urbanidad y cortesía, tratando al mismo tiempo de mostrarse discreto al inyectar su particular parecer en las deliberaciones. Rechazó títulos como los de «adalid de la Nación» o «padre de la Patria». «Soy señor de mis esclavos, emperador de los soldados y príncipe de los demás ciudadanos», solía afirmar con frecuencia. En una ocasión le dijo al Senado que no solo se tenía por su servidor, sino persona que se preocupaba por el bienestar de sus miembros, a los que consideraba «buenos, justos y benévolos dueños».

Sin embargo, eran muy pocos los que daban crédito a esas palabras. Para poder asegurar que se es únicamente el primer ciudadano cuando en realidad se ejerce el poder de un rey, como sucedió en el caso de Augusto, es preciso ser un verdadero mago de la política. Augusto prestó atención al Senado y puso buen cuidado en halagar la vanidad de sus integrantes, pero en realidad siempre consiguió manipularlos.

Tiberio, por el contrario, no era ningún mago. Se limitó a dar libertad a los senadores, esperando recibir cooperación a cambio. Sin embargo, lo que obtuvo fue una buena dosis de servilismo aderezada de conspiraciones. La mayoría de los senadores carecían del arrojo necesario para hablar con claridad en su presencia. En una ocasión, en el arranque de su reinado, Tiberio prometió compartir el poder con el Senado y, al oírlo, uno de los magistrados le replicó con una lisonja: «¡La República es un organismo unitario y ha de ser regido por una sola mente!» (entiéndase la del primer ciudadano). Tiberio despreciaba ese tipo de manifestaciones. Se

dice que en un caso abandonó una sesión del pleno musitando en griego: «¡Qué hombres más propensos a la esclavitud!».

La personalidad del emperador tampoco contribuía a allanarle el camino. En el trato con sus amistades, Tiberio carecía del carácter afable y el aire pensativo que debía mostrar, de acuerdo con las expectativas de la época, todo aristócrata romano. Podría decirse, por ejemplo, que Julio César era un hombre al que le resultaba «fácil» agradar a sus amigos, mientras que la única soltura que se conocía a Tiberio era la que demostraba al hablar griego con toda fluidez.

Era además un hombre poco dado a la sinceridad y se comportaba a menudo de forma cruel, por no mencionar que solía juzgar equivocadamente a las personas, una característica que, en determinadas circunstancias, podía convertirlo en un individuo peligroso. Llevaba la austeridad hasta extremos próximos al mal gusto. Buen ejemplo de ello puede ser el hecho de que prefiriese asistir a las sesiones del Senado a visitar a su hijo agonizante o a llevar después luto por su fallecimiento. Tiberio desdeñaba a tal punto los honores que muchas veces lograba que la gente se sintiera nerviosa y desconcertada al no saber exactamente como tratarlo.

Con todo, Tiberio era también una persona dotada de un gran número de virtudes. Era un gobernante realista, prudente, moderado, sobrio y frugal. Dio muestras de modestia al echar por tierra una petición con la que se pretendía erigir un templo destinado a enaltecerlo, a él y a su madre, asegurando en su justificación que los únicos santuarios realmente auténticos eran los que esperaba hacer brotar en el corazón del pueblo. Insistió en cambio en levantar en el monte Palatino una residencia mayor y más espléndida que aquella en la que había morado Augusto. Sin embargo, la naturaleza ahorrativa de Tiberio le permitiría dejar a su muerte un superávit en las arcas del Estado.

Tras divorciarse de Julia, Tiberio no volvería a casarse, y, que sepamos, tampoco tuvo ninguna amante que durara el tiempo suficiente como para adquirir notoriedad. Es fácil imaginarlo como un hombre solitario, una especie de ciudadano Kane del Imperio romano. Sin embargo, no debe creerse que Tiberio fuese una persona simple. Andando el tiempo, un historiador romano lo

retrataría con gran acierto: «Tiberio [...] poseía tantas virtudes como vicios, y se servía de ambos como si fueran únicos».

Tras gobernar con relativa calma media docena de años, Tiberio permitió que se llevara a juicio a sus enemigos por el delito de laesa maiestas, un crimen equivalente al de traición que cometía todo aquel que socavara la grandeza y autoridad (maiestas) del pueblo romano, el emperador o su familia. Era una acusación a un tiempo ambigua y peligrosa en la que el reo tenía prácticamente garantizado el trato arbitrario. Los senadores se acusaban periódica y mutuamente de esa clase de intrigas. Sin embargo, esa alegación de cargos solo se producía en raras ocasiones en tiempos de Augusto, ya que este se ocupó siempre muy de cerca del Senado, pero Tiberio prefirió dejar que sus integrantes se enfrentaran entre sí.

Pese a que el juicio tuviera lugar en la sede del propio Senado, la verdad es que a los acusados no les hacía ninguna gracia tener que exhibirse en ese escenario. A diferencia de lo que sucedía en los tribunales de justicia ordinarios, el Senado apenas disponía de normativas capaces de procurar amparo a quien se sentara en el banquillo. En último término, los senadores se verían sometidos por decenas a este tipo de procesos, y muchos de ellos fueron condenados a la pena capital. Como es obvio, a fuerza de asistir a tan siniestros desenlaces, los cientos de senadores que lograron eludir los litigios refrenaron más que notablemente sus ansias de libertad de acción. De hecho, la mayoría de los miembros del Senado llegaron a la conclusión de que Tiberio era un gobernante deshonesto y cruel.

No obstante, hemos de tener en cuenta que si Tiberio se condujo de manera tan tiránica fue como consecuencia de un conjunto de provocaciones (lo que no significa que justifiquemos su respuesta). Bajo la superficie, aparentemente en calma, de las aguas de la aristocracia bulleron siempre las turbulencias de la animadversión, y esa hostilidad brotaba recurrentemente al exterior. A finales del año 22, por ejemplo, una anciana viuda perteneciente a la nobleza expondría a las claras la opinión que le merecía Tiberio al excluirlo de su testamento tras su muerte, un gesto que muy poca gente de su misma clase social se atrevería a imitar. Tiberio dejó pasar la ofensa

y su reacción se limitó a una única imposición: se negó a permitir que la familia de la fallecida paseara las máscaras de cera de su difunto esposo y su hermanastro en el cortejo fúnebre en el que aparecían representados los antepasados más descollantes del clan. Se trataba de la viuda de Casio y de la hermanastra de Bruto, dos de los cabecillas de la conspiración que en el 44 a. C. había dado muerte a Julio César, abuelo adoptivo de Tiberio. Pese a que ya hubieran transcurrido nada menos que sesenta y seis años, ciertas heridas todavía seguían sin cicatrizar.

LA CASA DE AUGUSTO

Tiberio reveló poseer dotes de buen gestor, pero lo que Augusto había deseado iba mucho más allá: quería que fuese un héroe. Logró encontrarlo en uno de los sobrinos de Tiberio, el deslumbrante y carismático general Germánico (15 a. C. - 19 d. C.), hijo de Druso, el desaparecido hermano del emperador. En la época en que Germánico comenzó a sobresalir, Tiberio era padre de un muchacho, Druso el Joven, pero Germánico se antepuso a él en la línea sucesoria. Y dado que Germánico estaba casado con la nieta de Augusto,[16] el hecho de que Tiberio lo adoptara constituía una garantía de que el linaje consanguíneo de Augusto terminara por retornar al poder. Por fortuna para Livia, Germánico era también su nieto, con lo que su sangre continuaría igualmente al frente de la nación, dado que su hijo Tiberio había sido el iniciador de esa rama dinástica. Sin embargo, el desabrido emperador y su hipnótico sobrino no se llevaban nada bien (y para la familia imperial, las consecuencias de ese desencuentro iban a revelarse desastrosas).

Germánico fue uno de los iconos más sobresalientes de los primeros años del reinado de Tiberio. Con tan solo veintiocho años había tomado el mando de los ejércitos del Rin. Augusto lo había enviado a esa región en el año 13, poniendo a su cargo ocho legiones romanas. El pueblo de Roma adoraba a Germánico, a su esposa Agripina la Mayor, nieta del divino Augusto, y a los seis hijos que habían conseguido sacar adelante (ya que otros tres habían muerto a temprana edad). Las fuentes de que disponemos sostienen que

Germánico era un hombre de trato sencillo, accesible, modesto y encantador, cualidades que le granjearon un gran número de apoyos y seguidores, tanto entre los senadores como entre la gente corriente de Roma y las provincias. Las monedas y los bustos que han llegado hasta nosotros nos muestran a un joven atractivo, de nariz aguileña, barbilla prominente y abundante y rizado cabello. Era un hombre tan culto como aguerrido, ya que, si por un lado era capaz de acabar con el enemigo en un combate cuerpo a cuerpo, por otro dedicaba el tiempo libre a escribir poemas en griego. Los retratos de su pareja, Agripina la Mayor, dan fe de que se trataba de una mujer seria de perfil clásico y larga melena trenzada.

Al fallecer Augusto en el 14 d. C., las legiones de Germania se amotinaron y manifestaron que preferían que el Imperio quedara en manos de Germánico antes que en las de Tiberio. Con la ayuda de su competente esposa, Germánico consiguió sofocar el levantamiento y que la soldadesca aceptara mostrarse leal a Tiberio. Poco después, corriendo el año 16, Tiberio solicitó a Germánico que regresara a Roma y dejara los territorios del Rin, entre otras cosas porque, a pesar de su nombre (Germánico significa «conquistador de Germania») y de haber ganado muchas batallas, el general no había logrado extender las fronteras del Imperio en la región. Su éxito más destacado había consistido en recuperar los estandartes que Publio Quintilio Varo había perdido en Teutoburgo y en enterrar los huesos de los romanos muertos en el desastre, que todavía permanecían desperdigados por el escenario de los hechos.

Una vez en Roma, Germánico celebró un triunfo en el que se exageraron sus hazañas, lo que acrecentó todavía más la adulación con la que lo trataban las masas. Al desfilar erguido en su carro, en compañía de sus cinco hijos, toda Roma tenía los ojos puestos en él. Sus amigos y seguidores estaban permanentemente dispuestos a pulir y redorar su imagen. Hasta se compuso un poema épico para vocear a los cuatro vientos la audacia que había demostrado Germánico en su anterior expedición al mar del Norte.

Cumplidos los ceremoniales, Tiberio envió a Germánico a Oriente, encargándole una importante serie de asuntos. Sin embargo, el joven lo presionaba cada vez más, preso de una creciente ansia de poder. Una vez en el este, Agripina y él chocaron con el gobernador

de Siria, Cneo Calpurnio Pisón, y su esposa Munacia Plancina, que se habían sumado a la misión que el emperador había encomendado a Germánico. Tanto Pisón como Plancina pertenecían a la alta aristocracia, así que no se dejaban intimidar fácilmente.

Poco después, Germánico partía rumbo a Egipto y visitaba la región sin el permiso de Tiberio, pese a que ningún senador tenía derecho a acceder a esa provincia sin su autorización explícita. En Alejandría, Germánico fue recibido como un auténtico héroe. Su popularidad se debía en cierta medida al linaje del que procedía, ya que, por parte de su madre, Antonia la Menor, Germánico era nieto de Marco Antonio (y Octavia). Su generosidad también había contribuido a convertirlo en blanco de la aclamación general, puesto que, al poner a la venta el grano de los silos estatales, Germánico había ayudado al pueblo en una época en que lo estaba pasando mal a causa de una penuria de trigo. Los vítores que se le prodigaron en Egipto resultaron tan clamorosos que el propio Germánico hubo de pedir a los alejandrinos que moderaran su entusiasmo. Les dijo que solo Tiberio y Livia eran acreedores de semejante glorificación.

Tras viajar a Siria, Germánico cayó enfermo y atribuyó la causa de su malestar a un veneno. Según se dijo, sospechaba que le había sido administrado por orden de Pisón y Plancina. Falleció el 10 de octubre del 19, a la edad de treinta y tres años. Estalló entonces un escándalo tremendo y se exigió la presencia de Pisón en Roma, donde se le obligó a comparecer en juicio ante el Senado. Y, pese a que no fuera declarado culpable de asesinato, sino de una serie de delitos de menor gravedad, el reo se suicidó antes de escuchar la sentencia. Plancina también se vio forzada a desplazarse a Roma, pero consiguió salvarse gracias al poderoso amparo de Livia, que se las ingenió para que Tiberio intercediese en su favor y concertara su absolución. En la capital del Imperio, hubo mucha gente que consideró que la verdadera causa de la muerte de Germánico se encontraba en los celos que su popularidad había provocado en Tiberio, y se dio por sentado que Livia había respaldado la trama. El carácter distante y elitista de la madre y el hijo los impedía competir con Germánico por el aprecio de la plebe. Parece bastante probable que esa situación los irritara –a fin de cuentas eran seres humanos normales y corrientes–, pero de ahí a llegar al asesinato

hay un abismo. Y tal vez convenga señalar, siquiera sea de pasada, que, al sobrevivir a Livia (que se apagó en el año 29), Plancina perdió su protección, así que acabó suicidándose, tal y como había hecho su marido.

Sin embargo, aun después de muerto, Germánico siguió siendo el ídolo del pueblo. Las fuentes aseguran que las muestras de dolor que se produjeron fueron a un tiempo abrumadoras y universales, como si todo el mundo hubiera tenido la impresión de haber perdido a un ser querido. Un poeta de la época escribió: «Yo, Hades, declaro: "Germánico no es mío; pertenece a las estrellas"».

La escena que se produjo el día en que sus cenizas quedaron depositadas en el mausoleo de Augusto estuvo iluminada por las antorchas que rodeaban el monumento y, por una vez, la ruidosa ciudad de Roma permaneció sumida en el silencio, roto únicamente por los llantos y las exclamaciones de pesar.

La muerte de Germánico dejó a Roma sin héroe y a Tiberio sin sucesor. Cumplidos ya los sesenta, no hay duda de que empezaba a presionársele para que designara al siguiente emperador. Germánico tenía tres hijos, pero todavía eran demasiado jóvenes. Druso, el hijo de Tiberio, contaba ya treinta y dos años y era un militar con experiencia y visión de estadista, pero también se comportaba como un donjuán. Además, Augusto había dejado claro que deseaba que el timón de la nave romana quedara en manos de Germánico y sus descendientes. En vista de la situación, Tiberio nombró heredero al trono a Druso el Joven, en el bien entendido de que, andando el tiempo, debería ceder el mando a uno de los hijos de Germánico. Por desgracia, el hecho de que entonces se instaurara una enconada enemistad familiar, unido a las artimañas de un ambicioso intruso que se aprovechó de las debilidades de un anciano, se alzó como un obstáculo insalvable en los planes del emperador.

Pero antes de pasar a ocuparnos de la tempestad política y el derramamiento de sangre que pusieron fin al reinado de Tiberio hemos de examinar, siquiera sea brevemente, el enfoque con el que el sucesor de Augusto abordó la política exterior romana, cambiándola para siempre. Y es que ese habría de ser justamente el legado de los mejores años de Tiberio.

LA FAMILIA IMPERIAL

Con una biografía similar a la de los generales George Washington o Dwight D. Eisenhower, Tiberio prefirió mantener enfundada la espada al acceder a la jefatura del Estado pese a llevar la vida militar en el tuétano de los huesos. Partiendo de las bases que Augusto había establecido, Tiberio supo modificar con acierto y gran empuje el servicio militar, asignando al ejército la tarea llamada a concentrar en lo sucesivo sus mejores y más permanentes esfuerzos: la defensa de la paz romana.

El ejército era la mayor institución del Imperio, pero no se trataba de un simple dispositivo bélico. Para la mayoría de la gente representaba también la única manera de ascender en la escala social. Y no debemos olvidar que operaba asimismo como un instrumento de asimilación sumamente eficaz. El ejército hacía que los súbditos provinciales se transformaran en ciudadanos romanos y constituía un crisol en el que se mezclaban gentes venidas de los cuatro extremos del Mediterráneo y de los territorios comprendidos entre lo que hoy es Gran Bretaña e Irak. Si he empleado aquí la palabra «gentes» en lugar de la de «hombres», ha sido con toda intención, dado que tanto en los campamentos militares como en las comunidades que surgían en sus alrededores había mujeres y niños que recibían, junto con los varones alistados y los civiles, la poderosa influencia de las formaciones militares romanas. Y ese troquelado se producía aun a pesar de que la ley no permitiera que los soldados romanos contrajeran matrimonio, una circunstancia que era motivo de gran descontento. En cualquier caso, lo cierto es que muchos de los enrolados formaban parejas de hecho.

En tiempos de Tiberio, el ejército imperial romano contaba aproximadamente con unos trescientos mil hombres, y más tarde crecería hasta alcanzar poco más o menos los quinientos mil efectivos en el período de su máximo apogeo, que se produjo en el siglo II. Este vasto ejército profesional y bien remunerado, que contaba asimismo con un buen equipamiento, fue siempre muy disciplinado.

El ejército estaba dividido en tres secciones principales: las dos primeras, es decir, las legiones y los auxiliares, eran las más importantes, estando constituida la tercera por una variopinta miscelánea de unidades integrada fundamentalmente por remeros y marineros, por las formaciones tribales de los límites del imperio y por la guardia de la ciudad de Roma, sus fuerzas paramilitares y sus brigadas contraincendios.

Los legionarios –soldados del cuerpo de infantería pesada– eran el orgullo del ejército romano. Prestaban servicio por espacio de veinticinco años. Además de recibir un salario anual, sus miembros obtenían una prima en efectivo al llegar el momento del retiro. Además, también se esperaba que los emperadores les concedieran de cuando en cuando alguna otra cantidad en metálico; debían hacerlo si querían conservar la seguridad de su posición. A fin de cuentas, si el ejército sentaba a los césares en el trono, también era quien podía desalojarlos de él.

Por regla general, los legionarios eran ciudadanos romanos, pero no solo resultaba raro que procedieran de la propia capital, sino que tampoco solían ser originarios de la península itálica. Los italianos habían ido perdiendo paulatinamente todo interés en el servicio militar, dado que no solo se habían convertido en granjeros de notable éxito, sino que disfrutaban ahora de un largo período de paz y prosperidad. Los soldados venían de otras regiones, como el sur de la Galia, Hispania y las provincias bañadas por el Danubio.

En época de Tiberio, el ejército contaba con veinticinco legiones, tres menos de las que tenía antes de la desastrosa derrota que había sufrido en el año 9 Quintilio Varo en Germania. Poco tiempo después del reinado de Tiberio, el número de legiones volvería a ascender a veintiocho, y más tarde, en el transcurso del siguiente siglo y medio, alcanzaría las treinta para llegar finalmente a un máximo de treinta y tres. El número total de legionarios enrolados osciló en ese período entre los ciento treinta mil y los ciento setenta mil individuos.

Los cuerpos auxiliares, que combatían junto con las legiones, estaban integrados por hombres que no poseían la condición de ciudadanos. Recibían una paga inferior y no solo tendían a ser de extracción más humilde y a tener menos estudios, sino que,

hablando claramente, tenían también bastantes más probabilidades de entrar en combate y de perder la vida en el fragor de la batalla. Prestaban sus servicios en unidades reclutadas in situ, y tanto sus pertrechos como su instrucción respondían a las costumbres de su lugar de origen. A partir del año 50 se empezó a conceder la ciudadanía a los auxiliares que permanecieran veinticinco años en el ejército. Y como prueba de ese valioso servicio y de su nueva condición se les entregaba una tablilla plegable de bronce a la que se daba el nombre de «diploma».[17]

Las fuerzas especiales operaban exclusivamente en Roma. La guardia pretoriana, integrada aproximadamente por un millar de hombres, operaba a la manera de una unidad de élite y su misión consistía en respaldar y proteger al emperador. Para atender a las labores policiales se desplegó en la ciudad otro cuerpo, de unos mil quinientos soldados más o menos. La lucha contra los incendios estaba encomendada a una formación compuesta, grosso modo, por unos tres mil reclutas más. Y, a diferencia de lo que sucedía en el resto del ejército, los soldados que servían en Roma procedían fundamentalmente de la península itálica.

La armada disponía de dos bases navales en la península itálica: una en la bahía de Nápoles y otra en el Adriático. Pero el Imperio también contaba con naves de guerra en el Rin y el Danubio.

El último sector del ejército romano estaba compuesto por los hombres de las tribus asentadas a ambos lados de la frontera que marcaba los límites del Imperio. Estos efectivos servían en unidades de carácter parcialmente irregular.

Por impresionante que pudiera resultar el ejército romano, lo cierto es que pocos de sus integrantes llegaban a pisar jamás las calles de la capital. Esa circunstancia no impedía que la soldadesca contara con una sólida conciencia de la relevancia su misión, pero tendía a determinar que la paga y las condiciones del servicio ocuparan un lugar aún más importante entre sus preocupaciones. A fin de cuentas, si su motivación para el combate no radicaba en la defensa de un hogar y un domicilio, no les quedaba más remedio que encontrarla en el dinero.

Otro problema radicaba en conservar el empuje combativo del

ejército. Resulta más fácil arengar a las tropas que marchan a la guerra que enardecer a las que languidecen cumpliendo su deber en una guarnición. Para el ejército imperial, el mantenimiento de la disciplina fue siempre una cuestión de creciente relevancia, solo equiparable a las dificultades que conllevaba el conseguirla (y que también iban en aumento).

Aunque todavía perdido en un futuro muy lejano, llegaría el día en que el reblandecido y acomodado ejército que la paz había acabado por dar a Roma se convertiría en un blanco sumamente tentador para los encallecidos hombres del otro lado de la frontera. Pero desde luego no era cosa que fuera a ocurrir en tiempos de Tiberio.

«UN PRÍNCIPE SIN CUIDADO DE EXPANDIR EL IMPERIO»

Germánico quería recuperar el control de las regiones de Germania situadas al este del Rin, pero Tiberio, que era un hombre realista, se mostró contrario al proyecto. Por más que en el reinado de Augusto se hubiera hablado de un «imperio sin fin», Tiberio sabía que eso era imposible. Como sostiene Tácito en la cita que encabeza este apartado, Tiberio no tenía interés en proseguir la ampliación territorial, o al menos no en forma de progresión armada. La renovación de la política exterior que impulsó el sucesor de Augusto supuso un cambio radical. Durante cerca de trescientos años, los hombres que habían consagrado su existencia a la conquista de nuevas tierras habían sido al mismo tiempo los dominadores de la política romana. Pero eso se había acabado (o así cabía pensarlo en caso de que Tiberio consiguiera imponer sus reformas). Y las razones que parecían indicar que el emperador terminaría por sacar adelante su plan no solo eran muchas, sino también muy prudentes y sensatas.

Las tropas de que disponía Roma alcanzaban justo para asegurar las labores de patrulla de las fronteras, ya que a eso se dedicaban en esencia los trescientos mil hombres de su ejército. Esta institución representaba la mayor partida de gasto del Estado, ya que por lo general se llevaba más de la mitad de su presupuesto anual, según

aseguran las estimaciones de los especialistas, por lo demás muy aproximadas. Un estado moderno, incluso una potencia militar del calibre de Estados Unidos, dedica habitualmente una parte bastante menor a su ejército e incrementa en cambio los fondos destinados a la asistencia social.

Si la comparamos con la de otros imperios posteriores, la economía de Roma no solo se revela relativamente limitada, sino también carente de flexibilidad. Tenía una escasa capacidad para soportar mayores cargas militares de las ya asumidas. Además, Germania tampoco contaba con unas riquezas susceptibles de espejear en los ojos de un hipotético conquistador. Y pese a que ofrecieran perspectivas de gloria, las regiones centroeuropeas solo presentaban una frontera defendible –la formada por la divisoria de los ríos Elba y Danubio–, y desde luego el cauto y ponderado Tiberio había acumulado ya toda la gloria que necesitaba. Entre los miembros de las élites romanas eran muchos los que pensaban que Roma no solo había conquistado ya gran parte del mundo, sino que es posible que juzgaran también que tal vez no mereciera la pena esforzarse en someter lo que aún faltara.

Embarcarse en nuevas conquistas significaba incrementar el número de soldados. Y eso no solo iba a resultar extremadamente caro, sino también muy peligroso, dado que el aumento de hombres conllevaba un crecimiento proporcional de las posibilidades de rebelión. Además, el reclutamiento no era un sistema que gozara precisamente de gran popularidad. ¿Y quién se podría al frente de una eventual nueva invasión? Los emperadores no querían que ninguno de sus generales dorara su imagen con el prestigio de una vasta conquista.

La gente no lo comprendió en su momento, pero el año 16 supuso un punto de inflexión en la historia del Imperio. Al instar a Germánico a regresar a Roma, Tiberio puso fin al último intento serio de reapropiarse de las tierras situadas entre el Rin y el Elba. La última excepción fue la región de Renania, la estrecha franja de terreno que se extiende al este del Rin y que Roma mantuvo bajo su control durante siglos.

Los largos años que había pasado librando duros combates en el norte de Europa habían hecho ver a Tiberio la amarga verdad que

se oculta tras las guerras de conquista. Desde luego, él se hallaba libre del ansia que empujaba a Augusto de dominar el mundo. Con su astucia habitual, Tiberio indicó al Senado que, en el lecho de muerte, su predecesor le había pedido que no continuara la expansión del Imperio. Es obvio que un cambio de política de semejante envergadura debía presentarse envuelto en la prestigiosa aureola de Augusto, y es igualmente claro que Tiberio fue lo suficientemente avispado como para invocar su nombre, pero resulta más que dudoso que su padre adoptivo le pidiera realmente tal cosa. De haber sido así, y si Tiberio alcanzó verdaderamente a entrevistarse con él antes de que el anciano expirara, tuvo que tratarse por fuerza de una de esas conversiones que a veces ocurren a las puertas de la muerte. Todo cuanto hizo Augusto en el transcurso de su reinado muestra que fue siempre un imperialista en toda regla. Debe reconocérsele a Tiberio, pues el doble mérito de haber ideado una política de nuevo cuño y de haber sabido llevarla a efecto.

Tiberio era un hombre pragmático, y no era el único que discurría en términos de realismo político. Sin embargo, en lo más recóndito del corazón romano seguiría latiendo el deseo de la gloria militar. Esto explica que algunos emperadores posteriores continuaran emprendiendo guerras de conquista, sobre todo entre el reducido grupo de los que, además de poseer una notable competencia para la jefatura militar, se encontraran todavía (a diferencia de Tiberio) en una edad lo suficientemente juvenil como para embarcarse en una ardua serie de campañas. Esos hombres decidirían librar grandes guerras, y con ellas conseguirían añadir al Imperio las nuevas provincias de Britania y Dacia. También iniciarían una larga e infructuosa pugna, llamada a prolongarse por espacio de varias generaciones, con los partos y sus sucesores, los sasánidas. Sin embargo, todos ellos fueron la excepción, no la regla, ya que la mayor parte de los emperadores romanos se atuvieron a la nueva política imperial que acababa de concebir Tiberio.

Sería difícil exagerar la repercusión que tuvo la transformación de Tiberio. Es verdad que edificó sus proyectos sobre las bases que Augusto y Julio César habían dejado previamente cimentadas, pero no lo es menos que supo llevar esos fundamentos a sus últimas consecuencias, pese a que en ocasiones el resultado se revelara

difícil de digerir; y desde luego no puede decirse que después se esforzara demasiado en dorar la píldora a nadie, ya que nunca ocultó la cruda realidad de la situación. Y lo que ese proceder operó fue una transformación radical del carácter de Roma. Los romanos seguirían sometiendo a debate las medidas políticas, y en ciertos casos surgirían discrepancias, pero los cambios que se verificaron en su Imperio se centraron en los extremos que detallamos a continuación.

Un imperio que parte en busca de nuevas tierras que conquistar necesita disponer en primer lugar de generales ambiciosos capaces de liderar las campañas militares que el empeño habrá de requerir, y contar, en segundo lugar, con políticos ágiles que puedan orientar adecuadamente la acción diplomática. Tiene que abrir asimismo procesos de debate libres y abiertos con el fin de establecer, mediante duras negociaciones, las estrategias que observar. Y debe recurrir además a la habilidad de una serie de oradores dotados de la elocuencia que requiere convencer a la gente de que su interés reside en adherirse al proyecto y servir en el ejército. Un imperio ya asentado, por el contrario, ha de dotar de buenos comandantes en sus puestos de guarnición, apoyarse en jefes militares susceptibles de mantener la disciplina y de suprimir las revueltas, y culminar la tarea con buenos funcionarios, gestores competentes y sagaces recaudadores de impuestos. Lo que no precisa en cambio es que el pueblo de Roma desempeñe el más mínimo papel en la vida cívica, ni siquiera para nutrir de soldados al ejército, dado que los hombres de la península itálica y las provincias no solo eran más que suficientes para cubrir esa necesidad, sino que estaban deseosos de ocuparse de esas labores militares.

Roma tampoco requería los servicios de los senadores, al menos no como líderes del sistema político. En el mejor de los casos, la nueva Roma convirtió a esa clase de magistrados en meros asesores del emperador; y en el peor, en disidentes a los que resultaba imperativo silenciar. Si Augusto ya había reducido la razón de ser de las élites senatoriales, Tiberio recortó todavía más sus funciones y objetivos. De hecho, algunos senadores se rebelaron contra ese estado de cosas y lo pagaron con su vida, lo que permite entender sin dificultad que la mayoría prefiriera adoptar una postura totalmente dócil. Enfrentados a esos límites en su acción externa,

muchos optaron por escudriñar en su interior y buscaron consuelo en la filosofía o en los placeres.

UNA GOBERNACIÓN BASADA EN LA GUARDIA PRETORIANA

Tiberio comenzó su reinado dando muestras de un cálido acercamiento al Senado, pero lo terminó con claros signos de hostilidad hacia la institución. En cualquier caso, ese giro de los acontecimientos parecía prácticamente inevitable, máxime teniendo en cuenta la nueva realidad del poder, el hecho de que los orgullosos aristócratas romanos no estuvieran dispuestos a ceder sin presentar batalla y a la personalidad del emperador, simultáneamente brusca y poco proclive a las contemplaciones. Durante gran parte de su reinado, y muy particularmente entre los años 26 y 31, su principal consejero y camarada en el combate que estaba librando con la nobleza romana fue Lucio Elio Sejano. Tácito asegura que Sejano era audaz, malvado y artero, y lo culpa de haber sacado lo peor de Tiberio. Sin embargo, la verdad de lo que sucedió continúa oculta a nuestros ojos, y hasta es posible que Sejano se limitara a cumplir las órdenes que le daba su señor.

Al igual que Agripa, el hombre que había sido la mano derecha de Augusto, Sejano procedía de una destacada familia de la clase ecuestre que poseía vínculos con varios senadores. Tal y como también vimos que ocurría en el caso de Agripa, Sejano era un hombre capaz y ambicioso que acabó revelándose indispensable para el emperador al que servía. Y de modo nuevamente similar al de Agripa, también Sejano quería disfrutar de una parte del poder del amo del Imperio. Sejano había prosperado en tiempos de Augusto, y con Tiberio pasó a ser el primer comandante de la guardia pretoriana en pie de igualdad con un segundo jefe de ese cuerpo, que más tarde dirigiría en solitario, ostentando entonces un cargo conocido con el nombre de prefecto del pretorio.

Sejano se valdría de esa responsabilidad para alcanzar las más altas cotas de poder. En la época en que Tiberio accedió al trono, Sejano, que todavía no había cumplido los cuarenta, se las arregló para

ganarse la confianza del emperador. Uno por uno, el resto de los asesores de Tiberio fueron desapareciendo, dejando a Sejano en una situación envidiable, sin ningún rival capaz de hacerle sombra. En el año 23, la súbita e inesperada muerte de su hijo, Druso el Joven, significó un duro golpe para Tiberio. Como ya antes le ocurriera a Augusto, también el nuevo emperador se veía forzado a contemplar el desmoronamiento de los planes que había concebido para su sucesión.

A los ojos de las damas de la aristocracia romana, Sejano era un seductor. Una de sus conquistas fue nada menos que la nuera de Tiberio, Livila, que rápidamente se convirtió en su amante. Andando el tiempo, la desengañada esposa de Sejano afirmaría que Livila había envenenado a su marido, Druso el Joven, a petición de Sejano. Existían además pruebas que confirmaban la acusación, pero se habían obtenido por medio de torturas. Pese a que los romanos aceptaran los testimonios de los supliciados, nosotros no podemos concederles ningún valor. Sea como fuere, lo cierto es que en la época en la que se hizo pública esa información, Sejano ya había dejado este mundo, así que ya nada podía alegar en su defensa.

Tiempo antes, en los años en que su estrella seguía un curso ascendente, Sejano había convencido a Tiberio de que debía ordenar la construcción de un cuartel para la guardia pretoriana a las afueras de Roma. El imponente complejo resultante se extendía por una superficie de más de dieciséis hectáreas. Su forma respondía al habitual perfil rectangular de los campamentos del ejército romano, pero estaba dotado de un conjunto de fortificaciones de solidez superior a lo normal. El recinto se hallaba rodeado por un elevado parapeto de argamasa y ladrillo, coronado por un camino de ronda y perforado a intervalos regulares por grandes portones de acceso provistos de otras tantas torres para los vigías. Todavía hoy puede verse en Roma buena parte de su estructura, no lejos de la estación central de trenes.

El lugar pasó a conocerse con el nombre de «campamento del pretorio». La guardia pretoriana constituía una unidad de élite, integrada por varios miles de hombres, y su misión consistía en garantizar la seguridad del emperador. Se trataba de soldados

profesionales muy bien pagados. Augusto había sido el creador del cuerpo, pero, con la inteligencia política que siempre lo caracterizó, mantuvo a sus miembros fuera de la ciudad de Roma, acantonados en pequeñas poblaciones cercanas a la capital, para evitar que el Senado se sintiera ofendido o amenazado. Tiberio acabó con la farsa. Su primera medida consistió en llevar a la guardia al interior de la urbe, alojándola en distintos puntos. Y más tarde, como acabamos de ver, comenzó la edificación de un campamento permanente.

El hecho de reunir a la guardia en un mismo emplazamiento estratégico facilitaba por sí solo la imposición de la disciplina, permitiendo al mismo tiempo que la organización resultara más capaz de intimidar a cualquier opositor. Resulta indudable que también contribuía a fomentar el espíritu corporativo y la camaradería entre los guardias, y es muy posible que ese fuera el momento elegido por sus miembros para adoptar el célebre símbolo del escorpión. El signo zodiacal de Tiberio era precisamente Escorpio, y además el emperador era un gran aficionado a la astrología. Esto, unido a la letal potencia ponzoñosa de la picadura del arácnido, debió de bastar para sugerir el emblema y el despiadado poderío de la guardia.

Sin embargo, a medida que fuera creciendo la eficiencia de la guardia pretoriana iría disminuyendo en idéntica proporción la libertad del pueblo de Roma. Y otro tanto podría decirse del poder de Sejano, cuya elevación corrió pareja al declive de las libertades políticas. En el año 26, un golpe de suerte vendría a aumentar todavía más el valor táctico de la posición de Sejano. Tiberio poseía una villa parcialmente construida en el interior de una cueva (aunque sus dependencias rebasaban ampliamente los límites de la gruta) situada en un pintoresco punto de la costa meridional de Roma. Se hallaba cenando tranquilamente bajo la bóveda de la caverna, cuando, de pronto, se escuchó un estrépito y se comprobó que, en la entrada de la abertura natural, la caída de unas grandes piedras había aplastado a unos cuantos comensales. Se produjo un estallido de pánico, pero Sejano, que había sabido conservar la sangre fría, protegió con su propio cuerpo la integridad física del emperador. Tras aquel episodio, Tiberio pasó a confiar más que nunca en el jefe de su guardia personal y quedó convencido de que

se trataba de un asesor desinteresado.

La cueva todavía puede verse en el actual pueblecito de Sperlonga, y ofrece al viajero numerosos vestigios del antiguo lujo en el que estuvo envuelta, ya que hay restos de los estanques de peces de que disponía, así como de algunos de sus salones, por no mencionar la magnífica colección de estatuas que se conserva. Si tenemos en cuenta el importante número de ejecuciones que ordenaron Sejano y Tiberio, el visitante actual podría muy bien llegar a la conclusión de que la cueva es en realidad la cuna de la tiranía.

Poco después de este incidente, Tiberio se alejó definitivamente de Roma. La isla de Capreae (la actual Capri, como ya hemos visto), en plena bahía de Nápoles, había sido el espacio predilecto para las escapadas de ocio de Augusto. Tiberio aumentó la apuesta y convirtió el lugar en su domicilio privado. En el año 26, cumplidos ya los sesenta y ocho de edad, el emperador se retiró a vivir en su nuevo hogar. Pese a que buena parte de su poder estuviera empezando a pasar a manos de Sejano, Tiberio seguía siendo la máxima figura del Imperio. Continuó tomando decisiones y ordenando ajusticiamientos, de modo que lo único a lo que renunció fue a residir en Roma. De hecho, pasaría prácticamente la totalidad de sus últimos diez años de vida en la suntuosa mansión que se alzaba en la isla, a unos 275 kilómetros de la capital imperial, y que, al estar dedicada a Júpiter, recibía el explícito nombre de Villa Iovis.

Este cambio de domicilio causó en su momento una honda conmoción, pero vino a mostrar que el posterior dicho de que «Roma tiene su sede allí donde el emperador se encuentre» daba claramente en el blanco. Esta afirmación alude a un gobernante que rigió los destinos del Imperio ciento cincuenta años más tarde, pero ya era cierto en época de Tiberio.[18]

Con todo, si la decisión del emperador resultó chocante se debió también al hecho de que venía a confirmar que Tiberio había dado por terminada su anterior política, basada en respetar la relevancia del Senado. Si optaba por no permanecer en Roma, era evidente que tampoco iba a poder asistir a las reuniones de la cámara. Tras haber intentado reinstaurar el poder del Senado, el emperador acaba de declarar de facto que el experimento había fracasado.

Por otra parte, sin embargo, el hecho de que Tiberio se apartara de Roma tampoco despertó un excesivo asombro, ya que la iniciativa calcaba los pasos de sus predecesores. En los azarosos quince últimos años de su existencia, Julio César pasó únicamente breves períodos de tiempo en Roma (menos de un año, en total). Augusto también vivió gran parte de su reinado lejos de la capital del Imperio. Es cierto que ambos habían tenido que partir al extranjero para llevar a cabo tareas esenciales, ya se tratara de librar una guerra, de dirigir la diplomacia o de inspeccionar las provincias. Pese a todo, tanto Julio César como Augusto se dotaron de cauces fiables para permanecer informados de lo que sucedía en el corazón del poder. Tiberio, en cambio, no tuvo tanta suerte. Sejano controlaba el flujo de la información que llegaba a la isla y decidía qué cosas debía o no debía saber Tiberio. El guardia acabó adjudicándose el rol de responsable político.

Parece poco probable que el factor que motivara la partida de Tiberio de Roma radicara en su deseo de huir de la influencia de su madre, Livia, como ha dejado dicho algún autor, aunque es posible que estuviese efectivamente harto de aguantar su fuerte personalidad. En una ocasión se pelearon a causa de la reiterada insistencia de Livia, empeñada en que su hijo entregara un prestigioso puesto en un jurado a un individuo incompetente. Tiberio acabó por dar su brazo a torcer, pero criticó en público la conducta de su madre. Livia optó entonces por llevar al Tiberio al límite y sacó de un escondrijo oculto en un santuario un manojo de viejas cartas de Augusto que había tenido la precaución de conservar a buen recaudo y en las que el anterior emperador calificaba a Tiberio de persona esquiva y testaruda. El aludido, que era un hombre demasiado disciplinado para permitirse una respuesta emocional a semejante golpe bajo, prefirió esperar y cobrarse en frío la venganza.

Livia falleció en el 29, es decir, tres años después de que Tiberio se hubiera recluido en Capreae. El emperador no regresó a Roma para asistir a su funeral y posterior entierro en el mausoleo de Augusto. Esta conducta contrasta llamativamente tanto con la que había observado tiempo atrás al recorrer precipitadamente buena parte del norte de Europa para llegar junto a su hermano, mortalmente herido, como con la mostrada en el año 22, fecha en la que también

había retornado rápidamente a Roma al enterarse de que su madre había caído enferma. Por otro lado, Tiberio no declaró diosa a Livia tras su desaparición, contrariando así los deseos de ella y el decreto que el Senado había emitido a tal efecto. Livia terminaría consiguiendo su objetivo, pero tendría que esperar a los dictámenes de un gobernante posterior. El Senado votó asimismo que debía honrarse a Livia con la construcción de un arco de triunfo, que habría sido el primero jamás construido en memoria de una mujer, pero Tiberio se aseguró de que no llegara a materializarse.

Con todo, nadie se atrevería a negar la importancia del papel que desempeñó Livia. Si sus restos recibieron reposo eterno, el monumental carácter de sus logros permanece todavía vivo. Ochenta y siete años antes, en la época de su nacimiento, los orgullosos aristócratas del Senado todavía se sentían con derecho de sostener las riendas de la nación. Al morir, en cambio, era ella quien guiaba a la nobleza en nombre del Imperio. Podía considerarse con todo merecimiento autora del nuevo orden instaurado. Fue una mujer que trabajó por su patria, primero como esposa y luego como madre del principal ciudadano; fue un miembro destacado del clan de los Claudios, pero también se ganó el nombre de Julia Augusta; y fue también una política que, si bien impulsó la renovación de la República, terminó por enterrarla. Roma ya había conocido antes a mujeres poderosas, pero jamás había visto a ninguna capaz de equipararse a Livia.

Tiberio, que pasaba ya de los setenta, siguió ocupándose de algunos asuntos públicos, en particular de la administración provincial. En una ocasión en que un grupo de gobernadores le escribió para solicitar que se incrementaran las cargas fiscales de los súbditos a su cargo, el emperador les contestó: «El buen pastor esquila su ganado, no lo despelleja». Sin embargo, en todo lo tocante a la política capitalina, y más aún en las cuestiones relativas a la familia imperial, Tiberio acabó por fiarse en exceso de Sejano.

El astrólogo de Tiberio lo acompañó a Capreae. El historiador Suetonio nos ha dejado un gran número de jugosos relatos sobre los desvaríos sexuales a los que Tiberio se entregó en la isla. Se dice que la gente daba en llamarlo algo así como «el viejo chivo»,[19] y se afirma que se abalanzaba tanto sobre las mujeres como sobre los

niños y niñas de su antojo. Se supone que sus degeneradas pasiones lo llevaron participar en orgías, tríos y relaciones pedófilas, sin olvidar que llegó, presuntamente, a asesinar a alguno de los que se negaron a acceder a sus anhelos. Se mantiene asimismo que «instruía a chiquillos de tierna edad, a los que llamaba "pececillos", para que se movieran y jugaran entre sus muslos mientras nadaba, excitándolo poco a poco con la lengua y con mordiscos». Es muy posible que este tipo de crónicas contribuyeran a la mala fama que Tiberio tenía entre las gentes de la capital, pero la historia de Roma está repleta de rumores salaces, y es preciso leerlos con escepticismo. En realidad, es probable que lo más audaz y subido de tono que Tiberio se animara a hacer en la isla fuese la simple contemplación de las estrellas y la asistencia a sesiones de adivinación. Pero entretanto, la situación de Roma había empezado a echar humo.

El ritmo de los juicios por traición a que eran sometidos regularmente los enemigos de Tiberio comenzó a acelerarse. No sabríamos distinguir bien en qué medida han de imputarse las consecuencias que esto produjo en Tiberio y en qué grado fueron responsabilidad de Sejano. A modo de ejemplo, valga señalar que un historiador fue objeto de una dura querella por haber mantenido que Bruto y Casio habían sido «los últimos romanos». El escritor, acerbo enemigo de Sejano, sería finalmente obligado a suicidarse.

Sejano convenció a Tiberio de que la orgullosa y enérgica Agripina la Mayor, viuda de Germánico, estaba implicada en una conjura contra él. Y hasta es posible que la acusación fuese cierta, dado que la nieta de Augusto –que por otra parte era la cuarta persona de la familia Julio-Claudia que influía fuertemente en la vida de Tiberio– odiaba profundamente al emperador. Según escribe Tácito, era una mujer «incapaz de moderarse y ansiosa de poder, [que] se había liberado de los defectos femeninos gracias a sus viriles ocupaciones». Arrogante y popular entre la plebe, Agripina consideraba que Tiberio no era más que un intruso que se había interpuesto en el camino de los auténticos herederos al trono. Así las cosas, las malas relaciones que ya mediaban entre ellos solo podían empeorar.

Poco después se enfrentaron a causa del proceso al que estaba

siendo sometida una prima de Agripina que contaba además con su amistad.[20] Furiosa, Agripina acusó a Tiberio de andar urdiendo veladamente un ataque contra su persona, y él la reprendió citando un verso griego que le sirvió para preguntarle si se sentía con derecho a reinar. No mucho después, Agripina pidió autorización a Tiberio para volver a contraer matrimonio. El emperador guardó silencio, lo que en realidad equivalía a negarle el permiso. Andando el tiempo, la acusaría de cometer adulterio. El último episodio de este largo desencuentro se produciría durante una cena con invitados en la que Agripina se sentó junto a Tiberio. En el transcurso de la fiesta, Agripina se negó a probar siquiera unas manzanas que acababan de ofrecerle, como si quisiera insinuar que el emperador pretendía envenenarla. Tiberio se volvió entonces hacia Livia, que también participaba en el banquete, y se quejó de ese proceder.[21] Como es obvio, nunca más volvería a invitar a Agripina a ninguna cena.

En el año 29, como colofón final y poco después de la muerte de Livia, Tiberio acusó a Agripina de haber planeado refugiarse en la estatua de Augusto y entre las filas del ejército. Ordenó que se la arrestara y consiguió que el Senado la condenara al exilio en una isla situada frente a las costas de Italia (la misma en la que Augusto había mantenido desterrada a la infeliz Julia). Cuatro años más tarde expiraba la pobre Agripina. El relato oficial de su fallecimiento afirma que había emprendido una huelga de hambre, pero también corrió el rumor de que se la había hecho morir de inanición de forma totalmente deliberada. Al igual que Julia, también por sus venas corría la sangre de Augusto; y, sin embargo, el destino quiso que tuviese un fin terrible por haberse puesto en contra del hombre que lo había sucedido.

Sus hijos tampoco lograrían medrar bajo el reinado de Tiberio. En lugar de traspasar el poder a uno de sus tres jóvenes varones, como se había planeado en un principio, el emperador mandó encarcelar a los dos mayores. Ninguno de los dos conseguiría sobrevivir. Solo se dejó en paz al hermano menor, Cayo Julio César, que apenas superaba los diecisiete años.

El poder de Sejano continuó creciendo, y en torno al año 31, acabó convenciendo a Tiberio de que equiparara su autoridad jurídica a la

suya propia. Entretanto, el septuagenario emperador comenzó a prestar cada vez menos atención a las cuestiones que se dirimían en Roma. Se dice que en una ocasión exclamó, en referencia a la escasa popularidad que tenía entre los senadores: «¡Que me odien, con tal de que me teman!».

El emperador abandonó después su inveterada oposición al matrimonio entre Sejano y Livila, viuda del hijo de Tiberio. Todo parecía al fin dispuesto para que el envejecido César nombrara heredero al trono a Sejano. Desembarazado de Agripina y de sus dos hijos mayores, este se preparaba ya para salir de la sombra y auparse definitivamente en el poder. Sin embargo, el destino eligió ese preciso momento para irrumpir en escena.

Si hemos de dar crédito a lo que nos refieren las fuentes, fue entonces cuando hizo su aparición una última mujer de la familia de Augusto, encargada en este caso de salvar a Tiberio: su cuñada, Antonia la Menor. Antonia era una mujer con raíces imperiales por los cuatro costados. Era hija de Octavia y Marco Antonio, sobrina de Augusto, viuda de Druso –el hermano de Tiberio–, madre de Germánico y abuela de los hijos de este y Agripina. Se decía que igualaba en belleza a la mismísima Venus y que su gentileza y cortesía eran tales que ni siquiera sabía escupir. Se la tenía asimismo por un modelo de fidelidad conyugal. En el año 9 a. C., al morir su esposo, Antonia decidió permanecer viuda y optó por vivir en casa de su suegra, Livia. De este modo, Antonia crio a sus tres hijos bajo el mismo techo que la enérgica madre de Tiberio y, tras el fallecimiento de esta, educó también a sus nietos. Actuaría además como tutora y anfitriona de un reducido círculo de jóvenes príncipes extranjeros que se hallaban en Roma en calidad de rehenes. También contribuyó a administrar las extensas fincas y propiedades rústicas de Livia. Y no contenta con ello se mantuvo durante todo ese tiempo al tanto de la situación política, en la que intervino de cuando en cuando.

En el año 31, Antonia efectuó el que iba a ser su movimiento político más audaz. Asumió el riesgo de escribir una carta a Tiberio para informarle de que Sejano estaba ultimando los detalles de una conspiración contra él. La misiva consiguió convencer al emperador de que Sejano tenía intención de liquidar al único hijo varón de

Agripina y Germánico que todavía permanecía con vida. Hecho esto, el plan de Sejano consistía, según explicaba la nota, en colocar en el trono al joven nieto de Tiberio[22] para poder manejar de ese modo, entre bastidores, los hilos del poder en Roma.

Aquello colmó la paciencia de Tiberio. Hacía tiempo que alimentaba sospechas respecto de la lealtad de su todopoderoso ministro, así que la carta selló su suerte. El 18 de octubre del 31, el emperador mandó dar lectura en el Senado de otra carta, en presencia de Sejano. El escrito contenía una feroz denuncia sobre Sejano, redactada por el propio Tiberio. A pesar de su gran astucia, el propio implicado no había visto venir el letal peligro que se cernía sobre su cabeza. Aturdido y cogido por sorpresa, aún tendría tiempo de cometer un último y fatal error: subestimar a Tiberio. Entretanto, los senadores, con sobresalto, se apresuraron a obedecer la voz de su amo. Ordenaron que Sejano fuera inmediatamente apresado y ejecutado, pena que también se abatió sobre sus hijos. No se le concedió el beneficio de un juicio, y ni siquiera se presentaron formalmente cargos contra él, privándosele por tanto de los derechos de cualquier ciudadano romano. Su cadáver fue mutilado y arrojado a las aguas del Tíber. Las autoridades condujeron a sus partidarios directamente ante un tribunal. Y todo ello se debió a que una mujer de la casa imperial había puesto en marcha el mecanismo de alerta.

El nombre de Sejano desapareció de los registros oficiales y se destruyeron todas las imágenes de su persona. Y es preciso señalar que los encargados de borrar su memoria actuaron tan eficazmente que no ha llegado hasta nosotros una sola figura susceptible de ser identificada con certeza, pese a tratarse de un hombre al que en su día aureoló una celebridad enorme. Cuando el Senado declaraba que un hombre era enemigo del Estado era habitual que se eliminara todo vestigio de su existencia, aunque los detalles difieren en función de los casos. Pese a que en ocasiones se dé a este castigo el nombre de damnatio memoriae, o «condena de la memoria», lo cierto es que no se trata de una expresión antigua, sino de una denominación inventada con posterioridad.

En cualquier caso, antes de acabar con Sejano, Tiberio tuvo la precaución de ponerse de acuerdo con Quinto Sutorio Macrón, el

jefe de la brigada contraincendios de la ciudad de Roma (que era una organización militar). Una vez eliminado Sejano, Tiberio lo convirtió en el nuevo comandante de la guardia pretoriana. Sin embargo, el nombramiento no alivió en nada las tensiones que atemorizaban al Senado. De hecho, el número de juicios por traición que puso en marcha el jefe recién designado superó incluso al de los que había iniciado Sejano. Tiberio ordenó la ejecución de todos los individuos que hubieran sido encarcelados bajo sospecha de haber respaldado en algún momento a su antiguo consejero. Como escarmiento ejemplar y póstuma humillación, se dejaba que los cadáveres de los ejecutados se pudrieran antes de ser lanzados al Tíber. El emperador y sus dos prefectos del pretorio demolieron así la poca independencia que aún pudiera conservar la antigua aristocracia de Roma.

Aunque lograra sobrevivir de este modo, Tiberio pagó un alto precio por dicho privilegio. No solo tuvo que reconocer que Sejano lo había engañado, también hubo de asumir otra realidad aún peor: que había confiado en el hombre que muy posiblemente había dado la orden de asesinar a su propio hijo. No es de extrañar que el emperador pasara sus últimos años sumido en la amargura.

LA VENGANZA DE GERMÁNICO

Sobre las espaldas de Tiberio pesaba asimismo la responsabilidad de la muerte de los dos hijos mayores de Agripina y Germánico, pero consiguió salvar al tercer chico de la pareja, Cayo, al que llevó consigo a Capreae. El hijo biológico del emperador, Druso el Joven, le había dado un nieto, así que Tiberio optó por dejar la puerta abierta y permitir que ambos muchachos aspirasen a la sucesión. Es muy probable que las preferencias de Tiberio se orientaran hacia su nieto, pero Cayo tenía la popularidad de Germánico y la sangre de Augusto.

Las fuentes aseguran que Tiberio percibió muy pronto el malvado carácter de Cayo, aunque añaden que llegó a gustarle incluso que tuviera esa forma de ser, dado que de ese modo él conseguiría

parecer bueno a los ojos de la posteridad, por no mencionar que además resultaría nefasto para sus enemigos, que todavía buscaban revancha en el Senado. Se decía que Tiberio atribuía a Cayo la naturaleza de una víbora. De hecho, se atribuye al César esta frase: «Cuando yo muera, que el fuego consuma la tierra». Son sin duda relatos muy estimulantes, pero es preciso considerarlos con escepticismo.

No obstante, todo el que sienta interés por el estudio de la historia cederá a la tentación de detenerse a ponderar la idea de un anciano y cínico emperador escoltado por un joven príncipe corrupto con el que disfruta, en estrecha compañía, de los paisajes de una hermosa isla del Mediterráneo. Mientras se entretenían en tejer con sus propias manos el destino del mundo, es muy posible que ambos compartieran las lecciones de realismo político que uno y otro habían tenido ocasión de aprender en el regazo de Livia (madre de Tiberio y bisabuela de Cayo). Tras la muerte de Agripina la Mayor, Livia había criado a Cayo en su propia casa. Es posible que por esa época Tiberio empezara a percatarse de que no solo había desaparecido Livia, sino también casi todas las mujeres de la amplia familia de Augusto que tanto habían influido en su misma biografía: la bella e intrigante Julia, la leal Vipsania y la vengativa Agripina. La intrépida y generosa Antonia seguía viva, pero falleció menos de siete semanas después que el propio Tiberio. Parecía claro que, a todos los efectos, la familia imperial había quedado reducida a un chivo viejo y una joven víbora.

El 16 de marzo del año 37, fecha en la que Cayo tenía veinticuatro y su tío abuelo Tiberio setenta y ocho, fallecía finalmente el anciano jefe del Imperio. Hubo quien dijo que Cayo había ordenado envenenar a Tiberio o que se había desembarazado de él privándole de alimentos o asfixiándole con una almohada. Otros autores, en cambio, atribuyen la muerte del César a las maniobras de Macrón, el hombre al mando de la guardia pretoriana. Las tropas proclamaron emperador a Cayo, y dos días después el Senado daba el visto bueno a la medida. En la actualidad, conocemos fundamentalmente a Cayo por su apodo infantil de Calígula, que significa «botitas», dado que, siendo un chiquillo, sus padres adquirieron la costumbre de vestirlo con el uniforme de los legionarios durante el tiempo que pasaron en un campamento

militar de Germania[23] Calígula era hijo de Germánico y biznieto del divino Augusto. Como también era descendiente de Marco Antonio, es evidente que a Calígula le sobraba magnificencia genealógica por todas partes. Podría decirse así, que, al final, Germánico había conseguido vengarse en cierto modo de Tiberio.

Desde luego, nadie recordó al emperador muerto con afecto. La gente de Roma se sintió tan dichosa al conocer la noticia de su desaparición que se echó a la calle gritando: «¡Al Tíber con Tiberio!». Calígula rechazó la idea de deificar a su predecesor, con lo que convirtió a Tiberio en uno de los pocos emperadores de los dos primeros siglos del principado romano[24] al que se le negó ese honor.

Sin embargo, si nos limitamos a juzgarlo en función de los resultados de su política, Tiberio es sin duda uno de los emperadores romanos que mayores éxitos logró. En el exterior consolidó las fronteras del Imperio, y en el interior consagró la subordinación del Senado y la transformó en permanente. Invirtió la orientación imperialista de la gobernación de Augusto y frenó toda seria oposición doméstica al ejercicio de su poder como César. También supo dar continuidad a las condiciones de organización susceptibles de promover la actividad comercial y la prosperidad. Y, sobre todo, Tiberio se aseguró de que el régimen del principado prosiguiera su marcha. Los césares seguirían gobernando Roma. Aunque no, desde luego, sin hacer frente a los problemas que se les avecinaban.

Augusto, que había comenzado su reinado de forma violenta, supo culminarlo por medio de la persuasión y la benevolencia. Esto significa que se atuvo a la norma más importante que Maquiavelo aconseja al príncipe que desea salir airoso de su misión. Tiberio en cambio hizo exactamente lo contrario, dado que empezó con suavidad y acabó actuando con mano dura y tomando medidas severas.

Tácito pinta el retrato de Tiberio con los tonos propios de un tirano tan siniestro como taimado, pero, en nuestros días, la mayoría de los académicos consideran que ese dictamen carga en exceso las tintas. Desde luego, hace abstracción de las numerosas cualidades positivas de Tiberio. No obstante, resulta tan imposible obviar que

atacó con gran fiereza a la aristocracia romana como innegable la presencia de ese cuartel de la guardia pretoriana con la que se ahormaban ahora las nuevas hechuras políticas de Roma. Con ellas lograría Tiberio «remachar los grilletes de su país», por emplear las palabras que escribiera en el siglo xviii el historiador británico Edward Gibbon. Existen elementos que permiten defender a Tiberio y presentarlo como una suerte de déspota ilustrado, ya que es muy probable que su personalidad y temperamento fuesen bastante más complejos de lo que Tácito nos induce a suponer. Sin embargo, tampoco puede retirársele la etiqueta de tirano a un hombre que perseguía a sus adversarios políticos basándose simplemente en una serie de imprecisas acusaciones de traición con las que llevarlos al patíbulo.

Este rostro bifronte dio a Tiberio ocasión de levantar el velo con el que Augusto había ocultado la naturaleza monárquica del nuevo régimen romano. Todo cuanto se necesitaba ahora para convertir a Roma en una autocracia desentendida de toda atenuación ilustrada era un megalómano. Y hete aquí que la historia lo hace despuntar inmediatamente por el horizonte y, de hecho, como si no bastara con uno, también veremos asomar la silueta de otro. Muy pronto, la mayor prueba que iba a alzarse ante el sistema político erigido por Augusto consistiría en averiguar si el régimen podía sacudirse o no de encima a un mal emperador sin abismarse en el caos.

Tiberio se consideraba fuerte y varonil, y desde luego contaba con un soberbio currículo militar para demostrarlo. Sin embargo, las mujeres desempeñaron un papel sumamente relevante en su carrera, desde su salvadora, Antonia la Menor, hasta Julia, la esposa y hermanastra a la que repudió, pasando por Agripina la Mayor, su rival y nuera adoptiva; sin olvidar, claro está, a la más determinante: su madre, Livia. Esta última fue la mujer más poderosa que jamás alcanzara a conocer Roma. Una sola vez en la vida se sintió Tiberio enamorado –de su primera esposa, Vipsania–, pero este gobernante, reservado y comedido hasta el extremo, no nos ha dejado la menor crónica de su enlace y relación.

Los choques que enfrentaron a Tiberio, por un lado, con Livia, Julia y Agripina por otro, representan la encarnación misma del inmenso cambio que estaba produciéndose en la vida de Roma. La enérgica

afirmación de la masculinidad, respaldada en el ámbito interno por las mujeres, permitió a los romanos conquistar un imperio. Sin embargo, lo que ahora se imponía era la defensa del Imperio, no su expansión. La fuerza y el valor comenzaron a perder importancia frente a la inteligencia y el cálculo. En estas condiciones, los únicos elementos que impidieron que las mujeres compitieran con los hombres en pie de igualdad fueron los prejuicios sociales y los rigores del parto.

Con todo, esa situación hizo que los hombres sintiesen la necesidad de redefinirse. Es posible que Tiberio creyera haber resuelto el problema de tener que contar con un liderazgo heroico para mantener el Imperio, y también es probable que pensara haberlo consolidado dándole una razón de ser, pero en realidad solo había conseguido que esas preocupaciones adquirieran una forma inédita. Después de Tiberio, la rueda de la historia volvió a girar en busca del carisma. Por eso, durante las tres generaciones de emperadores inmediatamente posteriores a su reinado, la gobernación de Roma orbitó en torno al linaje de Germánico: primero en su versión autocrática (personificada en su hijo Calígula); más tarde en su variante melodramática (la de su hermano Claudio), y finalmente en su faceta propensa a la bacanal (encarnada en su nieto Nerón). En último término, Roma volvería a exigir el mando de un segundo Tiberio, como si dijéramos; esto es, de un soldado capaz de elevarse a la dignidad de emperador, pero en esta ocasión el encargado de desempeñar ese papel sería un hombre con mucho más tirón popular: Vespasiano, conocido sobre todo por haber construido el Coliseo.

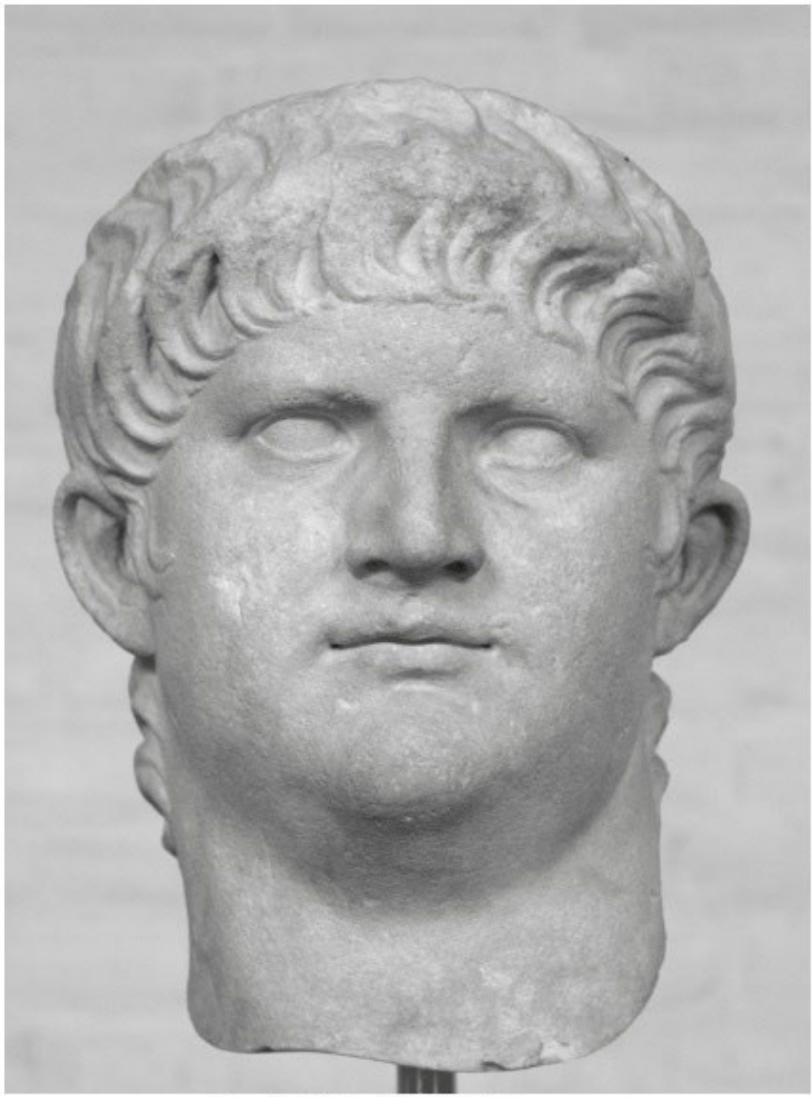
El avance de los emperadores en la tarea de erigir un imperio centrado en la consecución de un desarrollo pacífico iría acompañado de una disminución paralela de la acometividad y peligro del ejército romano. Y cuanto más autocrática resultara ser la gobernación imperial de Roma, menos fuertes, enérgicos y eficaces habrían de volverse también los romanos, y muy especialmente los pertenecientes a la élite de la nación. Ya se había visto claramente que una república constituida por un amplio número de césares potenciales era inviable, pero faltaba por comprobar que un sistema habitado por individuos de carácter borreguil y voluptuoso estaba abocado a la indefensión.

Pese a ser un líder que promovió un gran número de transformaciones, Tiberio carecía de carisma. Resulta por tanto extremadamente irónico que la mayor revolución de la historia de Occidente se iniciara justamente durante su reinado. Me refiero al mensaje de Jesucristo. Tras predicar el Evangelio en Galilea, moría crucificado en Jerusalén, en torno al año 30, Jesús de Nazaret. Sus seguidores lo aclamaron como «Mesías», palabra que en griego significa «el Cristo»[25]. Estos adeptos creían en su resurrección, y terminaron por considerar que la misión que Él había anunciado llevaba aparejada el arranque de una nueva religión: el cristianismo. Evidentemente, Tiberio no tuvo conocimiento de nada de esto, ya que permaneció todo el tiempo recluido en la villa que había dedicado a Júpiter en la lejana Capreae.

Capítulo 3

Nerón

EL ARTISTA



Busto de Nerón. © Wikimedia Commons.

En la noche del 18 al 19 de julio del año 64, transcurrido ya medio siglo exacto desde que falleciera Augusto, Roma se despertó asediada por las llamas. El incendio se había iniciado en las tiendas situadas en uno de los extremos del Circo Máximo. El viento hizo que se propagara a lo largo de esa estructura dedicada a las carreras de carros y que el fuego avanzara después por los valles contiguos,

hasta encaramarse a las colinas que rodean la capital. Los habitantes huyeron despavoridos, y muchos de ellos lo perdieron todo; a lo que hay que añadir el agravante de las bandas de oportunistas que rápidamente comenzaron a merodear por las calles para entregarse al pillaje.

En Roma estallaban frecuentes incendios, y resultaba sumamente difícil extinguirlos. La ciudad era una trampa extremadamente vulnerable a este tipo de desastres, ya que no solo estaba recorrida por un enorme número de estrechas y retorcidas callejuelas, sino que contaba con una mayoría de casas de adobe sostenidas por vigas de madera o provistas de estructuras y celosías inflamables recubiertas de arcilla. El uso de ladrillos de tierra cocida o planchas y bloques de mármol como materiales de construcción era la excepción, no la regla. A menudo, los hogares se apoyaban en paredes medianeras, y eran muy pocos los propietarios que se preocupaban de tener a mano algún accesorio contraincendios. La fuerte canícula romana y los frecuentes períodos de sequía facilitaban el descontrol de los incendios. Augusto fue el primero en organizar en Roma una brigada específicamente concebida para combatirlos, pero se trataba de una unidad pequeña que únicamente contaba con cubos que era preciso rellenar en los acueductos. Durante el verano, el sistema de traída de agua aportaba a menudo flujos muy reducidos, debido a que había desaprensivos acaudalados que desviaban el líquido para emplearlo a profusión en sus magníficas casas solariegas. De modo que la mejor forma de apagar un gran incendio consistía en derribar los edificios para abrir un cortafuegos.

En esta ocasión, el infierno desatado iba a ser el peor de la historia de la capital, hasta el punto de que lo arrasó todo sin descanso durante cinco días enteros. Hubo que esperar al sexto día para que los equipos que luchaban contra las llamas lograran demoler el número de edificios necesario para detener su avance, pero justo entonces se inició un nuevo foco en otro punto de la ciudad. Cuando finalmente se consiguió dominar el fuego, el terrible incendio ya había arrasado hasta los cimientos tres de los catorce distritos de Roma, y dejado únicamente unos cuantos edificios muy dañados en otros siete. Solo cuatro barrios se salvaron de las llamas. La pérdida de vidas fue muy considerable.

Al iniciarse el incendio, el emperador Nerón se encontraba en la villa que tenía junto al mar, al sur de Roma. A diferencia de los anteriores gobernantes que habían tenido que hacer frente a una tragedia, Nerón no se apresuró a regresar a la capital. De hecho, no se preocupó de regresar sino en el mismo momento en que su propia mansión se vio amenazada por las llamas. El vasto y recién construido Palacio Transitorio, pues así había llamado a la residencia, cruzaba de lado a lado un valle y unía dos de las colinas de Roma. La parte del edificio que se elevaba sobre uno de los montes se quemó, pero la otra se mantuvo en pie. La zona intacta sirvió a Nerón para establecer en ella el puesto de mando desde el que ocuparse de la atormentada urbe.

A continuación, se produjo una de las escenas más famosas de toda la antigüedad. El historiador Tácito nos la explica: «Había corrido el rumor de que, en el mismo momento en que la ciudad estaba en llamas, él había subido a un escenario en su propia casa y había cantado la caída de Troya, comparando los males presentes con las catástrofes del pasado».

Este es, evidentemente, el fundamento de ese dicho que a veces se escucha en nuestros días en los países de habla inglesa: «Y Nerón tocaba el violín mientras Roma se consumía en llamas».

No debe entenderse que Nerón tocara literalmente ese instrumento, dado que su invención hubo de esperar a la Edad Media. El nuevo emperador era un apasionado del canto, sobre todo con acompañamiento de una especie de arpa en miniatura denominada «lira»,[26] cuya utilización estaba entonces tan característicamente asociada a los griegos como la guitarra clásica pueda estarlo hoy a la música española. A sus veintiséis años, Nerón ya había dado recitales públicos en Roma, para gran consternación de los conservadores, que juzgaban que esos espectáculos rebajaban su imperial persona a un plano incompatible con la dignidad de los aristócratas romanos. Por consiguiente, y pese a que no dispongamos de pruebas que lo corroboren, cabe considerar perfectamente verosímil el apunte que sostiene que se había estado entreteniendo en actuar y declamar canciones mientras el fuego arrasaba la ciudad.

El hecho de que la letra de su balada hablara presuntamente del

incendio de Troya añade aún más chispa al relato, puesto que los romanos creían que la fundación de su ciudad había sido obra de un grupo de nobles troyanos que habían dado en refugiarse entre esas siete colinas del Lacio tras la caída de su capital. Además, tanto Nerón como su antepasado Augusto afirmaban que el origen de su linaje arrancaba en Eneas, el célebre líder de Troya, cuya particular peripecia aparece narrada en una de las cumbres de la literatura latina: el poema épico que Virgilio tituló la Eneida, basado a su vez en otros modelos griegos, la Ilíada y la Odisea de Homero. Por todo ello, el solo hecho de entonar una melodía rasgando las cuerdas de una lira y de cantar de ese modo las gestas y desdichas de Troya nos habla de la pasión que llevaba a los aristócratas de la época a adorar las grandes gestas vinculadas con la antigua Grecia. Y de ser cierto que la sangre de Nerón llevaba nutriendo desde el principio los alientos de Roma, tal vez alguien diera en pensar que sus letrillas podían anunciar su acabamiento.

Ahora bien, ¿podría entenderse en otro sentido ese «violín» que supuestamente esgrimía Nerón? En otras palabras, ¿ha pasado al imaginario popular la idea de que simplemente permaneció de brazos cruzados mientras Roma se abrasaba? Desde luego, cabe achacarle la irresponsabilidad de no haber decidido su regreso a la postrada capital mientras no vio en peligro sus intereses personales. Más tarde trataría de enmendar su error ordenando que se abrieran las puertas de los edificios públicos y los parques para acoger al pueblo desarrapado y fugitivo, trayendo víveres de las poblaciones vecinas y rebajando drásticamente el precio del trigo. Pese a todo, el rumor de que se había dedicado a tararear mientras sus compatriotas se achicharraban preponderó en algunas mentes y anuló el efecto de aquellos gestos. De hecho, la cólera popular se acrecentó todavía más tras el incendio, al saberse que Nerón había decidido confiscar gran parte del centro de Roma para levantar en sus terrenos un gigantesco nuevo palacio. Por lo tanto, los habitantes de Roma no solo quedaron persuadidos de que Nerón se había estado divirtiendo mientras la urbe desaparecía en una inmensa pira, sino también de que había sacado un provecho personal de la catástrofe. Puede incluso que esa convicción diera pie a otras murmuraciones sobre Nerón, más letales aun que las anteriores: las de que no solo se había desentendido del incendio, sino que, de hecho, había sido su causante, movido por el ansia de

materializar sus propios proyectos privados.

La duración del Gran Incendio de Roma apenas iba a ocupar una semana de los largos años que Nerón logró mantenerse en el poder, pero acabaría por definir su reinado, tanto en términos simbólicos como reales. Las llamas allanaron el camino para la construcción de una ciudad nueva e inauguraron una era igualmente inédita en la arquitectura de Roma, una etapa llamada a dejar su impronta tanto en la cultura romana como en la historia de la civilización universal. De hecho, el mismo Nerón fue también una especie de quema general que arrasó las prebendas de la vieja élite senatorial y desbrozó la senda por la que habría de irrumpir en Roma una nueva clase gobernante venida de las provincias.

Nerón reveló ser un consumado maestro en el arte de la manipulación de un símbolo tan poderoso como el fuego, de modo que no deja de tener sentido que la historia le preste tanta atención. Sin embargo, también hay algo en ese interés que resulta desconcertante. Antes del incendio, Nerón gozaba de una inmensa popularidad entre los habitantes de Roma. Tras el desastre, la población quedó sumamente dubitativa, pero el emperador se esforzó al máximo en volver a ganarse su aprecio. El terrible incendio fue un mal espectáculo. Nerón era plenamente consciente de su pobre actuación, dado que vivió y murió entregado a la teatralidad. Y, en vista de ello, al extinguirse el incendio, se empeñó en poner en cartel una nueva función, tan extravagante como espantosa, que lo llevó a convertir a los prisioneros en antorchas humanas; tendrá más éxito en taquilla, debió de pensar sin duda.

El balance del reinado Nerón es paradójico. Puede decirse, en cierto sentido, que fue el peor de los emperadores: cruel, sanguinario, inmoral y ajeno a la vida militar, por no mencionar que, en último término, resultó tóxico para la mayoría de las provincias. Sin embargo, en otros aspectos, fue un gobernante de éxito, ya que no solo consiguió ser amado por el pueblo, sino que levantó un gran número de edificios en Roma, actuó como benefactor, pacificó el Imperio y divirtió a la gente. Nerón reveló ser a un tiempo un autócrata desquiciado y un brillante populista.

Pocos emperadores han sido tan infames como él o gozado de mayor celebridad. Ningún máximo gobernante romano ha tenido

nunca una biografía tan colmada de mitos y percepciones engañosas. Y, sin embargo, el examen desapasionado de su vida nos coloca ante un tipo de dirigente que habría horrorizado a su tatarabuelo Augusto. La dominación de Nerón suscitaría una interrogante: la consistente en saber si el sistema monárquico que Augusto había fundado, pulido más tarde por Tiberio, resultaba en último término sostenible.

¿Cómo había podido llegarse a semejante encrucijada? Para responder a esta pregunta debemos analizar la vida y la actuación de los dos emperadores que siguieron a Tiberio y precedieron a Nerón.

LA CASA DE GERMÁNICO

La llegada de Calígula al poder, en sustitución de Tiberio, suscitó muchas esperanzas. Era joven, hijo del idolatrado Germánico y biznieto del divino Augusto. Había pasado parte de su corta vida en casa de su bisabuela Livia, indudablemente la mejor maestra que pudiera desear cualquiera que tuviese que iniciarse en el arte de la gobernación. El chico se había encargado incluso de pronunciar su oración fúnebre al fallecer la anciana en el año 29. Calígula tenía entonces diecisiete años.

Por desgracia, Calígula no tardó en decepcionar a quienes aguardaban grandes cosas de él. Habría sido necesario disponer de una capacidad de autocontrol verdaderamente épica para salir bien equilibrado de una educación como la suya, y desde luego Calígula no era ningún héroe. Había heredado el carácter astuto y despiadado de Livia, pero carecía de su contención y su decoro. Demostró rápidamente que sabía comportarse de forma autocrática, cínica y sanguinaria con los rivales de las élites aristocráticas que osaran interponerse en su camino.

La decadencia de Calígula resulta hoy tan legendaria como exquisita para cualquier narrador, pero, lamentablemente para quien se interese por la exactitud histórica, es fruto de la enorme

exageración a que se entregarían los autores de épocas más tardías, hostiles a su figura. Los chismes que lo acusan de haberse unido brevemente en matrimonio con una de sus hermanas y de haber caído en el incesto con las demás, o aun las que aseguran que no solo dio a su caballo favorito un establo de mármol y un pesebre de marfil, sino que llegó a planear incluso otorgarle un consulado, son probablemente falsas.

Con todo, Calígula, que era un hombre inteligente, usaba de su ingenio con tanta brutalidad como desenvoltura. Por consiguiente, es posible que se jactara ante su espantada y aristocrática abuela Antonia la Menor de que podía tratar a todo el mundo como le viniera en gana. Quizá también diera en compendiar todas las excentricidades de su corte repitiendo que «convenía que el hombre fuera frugal o César». Y tal vez sea cierto –solo tal vez– que en una ocasión en que la muchedumbre que asistía a las carreras comenzó a aplaudir a un equipo, contrariando sus deseos, él exclamó: «¡Ojalá el pueblo romano tuviera una sola cabeza!».

Pisamos en cambio terreno más seguro si afirmamos que Calígula consiguió gozar de gran popularidad entre la plebe mediante la promoción de juegos y espectáculos de entretenimiento, en claro contraste con el ahorrativo Tiberio. Mientras tanto, aprovechando que el pueblo estaba distraído, se dedicó a ejecutar a un gran número de senadores. Según parece se consideraba un monarca absoluto y se atrevió a solicitar que se le deificase en vida. Uno de los signos que ponen de manifiesto su deseo de convertirse en dios es el hecho de que construyera un nuevo palacio, aún más vasto y suntuoso que los anteriores, y que lo uniera con el Capitolio «tendiendo un puente por encima del templo del divino Augusto».[27]

Calígula amasó tal poder que sus acciones acabaron por provocar el surgimiento de varias conjuras contra él, hasta que, al final, una de ellas se verificó con éxito, ya que, en el año 41, una conspiración formada por senadores y miembros de la guardia pretoriana ponía fin a su vida. Aquello retrotrajo a Roma a los tiempos del asesinato de Julio César, perpetrado ochenta y cinco años antes, aunque no sin imprimir un nuevo sesgo a los acontecimientos, puesto que, si los confabulados que habían apuñalado a César habían decidido respetar la vida de su esposa, los magnicidas que acabaron con

Calígula optaron por degollar también a la mujer y la hija del emperador. El más destacado integrante de la conspiración era un oficial de la guardia. Se decía que Calígula había adquirido la costumbre de someter a ese militar a una serie de vejaciones sexuales y que lo obligaba a besarle la mano mostrándole el dedo medio en actitud insultante. Da la impresión de que, al final, el tribuno de la cohorte pretoriana se había cansado de aguantar sus desprecios. El reinado de Calígula había durado menos de tres años. Tras su muerte se procedió al derribo de sus imágenes y su nombre fue borrado de las inscripciones.

Su sucesor, Claudio (cuyo nombre completo era Tiberio Claudio Nerón Germánico), gobernó entre los años 41 y 54. Era el hermano pequeño de Germánico y por lo tanto sobrino-nieto de Augusto. Sin embargo, resultaba altamente improbable que Claudio terminara convirtiéndose en emperador. Había venido al mundo con una cojera congénita, padecía temblores y mostraba un defecto al hablar, debido posiblemente a una parálisis cerebral. Tanto Augusto como Tiberio habían omitido incluirlo en sus listas de candidatos a puestos de relevancia política, así que le permitieron dedicarse al estudio de la historia. Al final, Calígula, que había accedido a nombrarlo cónsul al inicio de su reinado, se pasaría el resto de su estancia en el trono insultándolo y humillándolo.

El día que se produjo el asesinato de Calígula, uno de los pretorios encontró a Claudio en los aposentos de palacio y se lo llevó al cuartel de sus camaradas. Una vez allí, los soldados lo aclamaron como emperador, mientras el Senado debatía si se debía restaurar o no la República. Sin embargo, al enterarse de lo que había ocurrido en el campamento de la guardia, los senadores dieron marcha atrás rápidamente y aprobaron el nombramiento de Claudio, que de este modo se convirtió en el primer emperador en acceder al poder por elección de los pretorianos (aunque de ningún modo habría de ser el último). Quedó patentemente claro que las conversaciones relacionadas con la reinstauración de la República habían sido simplemente eso: una forma de hablar por hablar. Entretanto, la guardia pretoriana volvió a poner de manifiesto que, detrás de los muros de ladrillo y argamasa de su particular fortaleza, dormitaba un poder capaz de competir con el del Senado, por más que este se cobijara en salones enmarcados por columnas de mármol.

Claudio demostró ser un buen emperador, al menos en lo tocante a abrir las puertas a las élites provinciales. Concedió la ciudadanía a muchos hombres de las provincias y convenció al Senado de que permitiera acceder a sus filas a un mayor número de personas de la alta sociedad gala. Se apartó de la política pacificadora de Tiberio y ordenó a sus generales que conquistaran Britania, una región que César había invadido pero en la que no había tenido tiempo de asentarse.

Claudio tenía muy poco interés en compartir el poder con el Senado. En el tiempo en que se mantuvo al frente del Imperio, la gobernación quedó enteramente en manos de las instancias palaciegas; o, para ser más exactos, sometida a los designios de las dos poderosas mujeres del César y los deseos de sus no menos influyentes libertos. El recién elegido emperador había cumplido ya los cincuenta años y, si tenía poca experiencia de gobierno, desde luego en el terreno militar era completamente neófito. No obstante, se había pasado la vida entera en las estancias de palacio, y además siempre había puesto buen cuidado en observarlo todo minuciosamente. El palacio era un lugar sumamente importante, dado que, como todos los monarcas, el emperador era el epicentro de la corte. Eran muchas las personas que hallaban ocasión de hablar directamente con el emperador o que conseguían que les prestara oídos en privado, ya se tratara de sus esposas o de las de otros altos dignatarios, de sus mismos guardaespaldas, del enjambre de aduladores que lo acompañaba o aun de la creciente cantidad de libertos, e incluso esclavos, que accedían a su círculo de confianza. Los senadores, en cambio, rara vez podían decir lo mismo. De hecho, hubo senadores que solo alcanzaron a conocer el interior del palacio al obligárseles a comparecer en él para ser sometidos a juicio a puerta cerrada.

Para administrar el Imperio, Claudio recurrió a la colaboración de un conjunto de libertos provistos de un notable poder. Los senadores se quejarían amargamente de que la gobernación hubiera sido puesta en manos de individuos que habían sido esclavos –y griegos, para mayor escarnio–, pero a los emperadores les parecían absolutamente indispensables como personal administrativo. En la actualidad es muy probable que veamos con muy buenos ojos el hecho de que Claudio hiciera bascular el poder, disminuyendo el de

los romanos más privilegiados para confiárselo a un puñado de griegos emprendedores que habían sabido librarse del peso de la esclavitud. Esto, unido al aumento de la autoridad de las mujeres próximas al núcleo imperial, podría asemejarse a la noción de loable diversidad que hoy cultivamos. Y también es preciso resaltar que, si los emperadores eran aves de paso, los funcionarios y administradores ofrecían en cambio continuidad al sistema. Sin embargo, los romanos veían las cosas de un modo muy distinto, sobre todo los senadores procedentes de las esferas más elitistas (que además eran los que se encargaban de redactar después los libros de historia).

Al comienzo de su reinado, Claudio estaba casado con su tercera esposa, una mujer de la nobleza llamada Mesalina, que ya le había dado una hija y que menos de tres semanas después de acceder al poder habría de dar a luz a un varón. Una de las estatuas que nos permiten conocer su aspecto nos la muestra formalmente ataviada con una toga y luciendo un peinado escrupulosamente elaborado. El rostro aparece sereno, y en el brazo izquierdo sostiene a su hijo Británico, que alarga la mano con ánimo de acariciarla. Dista mucho de la impresión que pretende transmitirnos el gran número de obras de arte realizadas en época muy posterior y que la pintan con los rasgos de una mujer dominante, infiel, cruel y sanguinaria. No obstante, es cierto que al final traicionó a Claudio y se casó sin que él lo supiera con uno de sus rivales.

Las fuentes están repletas de relatos sobre la sexualidad de Mesalina. Juvenal la llamaba meretrix Augusta o «Augusta la ramera» –cuyo presunto nombre de guerra como profesional del ramo era «Lobita»–, y no solo trabajaba muchas noches secretamente en un burdel, según cuenta, sino que, en una ocasión, superó incluso a una prostituta experimentada en una suerte de concurso sexual que había durado del crepúsculo al alba. Ninguna de estas habladurías es creíble. Lo más probable es que todas ellas surgieran al calor de la propaganda elaborada por la facción victoriosa que reemplazó a la mujer del César tras la caída de esta en desgracia. Mesalina era dura de pelar, pero no se trataba de ningún monstruo. Si decidió engañar a su marido con otro hombre fue porque ya no confiaba en que Claudio continuara dispuesto a poner por encima de todo la felicidad de sus hijos y la buena

marcha de su vida en común. Sin embargo, Mesalina cometió el error de no actuar con la suficiente rapidez. Un día, un rival descubrió que había cometido adulterio y se lo dijo a Claudio, y este ordenó su ejecución. Después se borró su imagen de todos los monumentos en que figuraba y su nombre desapareció de las inscripciones.

Con la eliminación de Mesalina en el año 48, el emperador quedó viudo, así que necesitaba una nueva esposa, lo que dio pie a la entrada en escena de Nerón y su madre.

LA JUVENTUD DE NERÓN

La madre de Nerón, Agripina la Menor (a la que en lo sucesivo denominaremos simplemente Agripina), era una de las mujeres casaderas más deseadas de la nobleza romana. La aureolaba el hechizo asociado con el renombre de su padre, Germánico, y el hecho de ser descendiente directa del divino Augusto por parte de madre (Agripina la Mayor). Entre sus antepasados se contaban asimismo Livia y Marco Antonio. Tan rutilante linaje convenció a Claudio de que debía casarse con ella, pese a que fuese su sobrina, un detalle que técnicamente convertía el enlace en una unión incestuosa. El Senado tuvo que emitir un decreto especial para permitirlo.

Ha llegado hasta nosotros una estatua que nos da ocasión de contemplar los delicados rasgos femeninos de Agripina. Tenía la boca pequeña, la nariz un tanto respingona y el mentón bien marcado. El cabello aparece primorosamente dispuesto en varias hileras de tirabuzones, según la moda de la época. La efigie nos la muestra en su papel de sacerdotisa, y por esa razón lleva un velo sobre la cabeza. En otras representaciones y perfiles numismáticos se asocia a Agripina con las diosas de la fertilidad (incluso de un modo aún más explícito que en el caso de Livia). Sin embargo, Agripina no era ninguna santa, ya que se trataba, muy al contrario, de una dama más que correosa. Para empezar, fue testigo de la aniquilación prácticamente total de su familia. Y más tarde asistió

al súbito triunfo de su hermano Calígula, seguido de su tiránico ejercicio del poder. Finalmente sería enviada al exilio tras verse implicada en una conjura contra Calígula (en la que es muy posible que Agripina cometiera adulterio). Al terminar su castigo, y nada más regresar, la joven se rehízo y fraguó un plan con el que, por medio de Claudio, aspiraba a culminar sus ambiciones, consistentes en elevar a su hijo al trono y en manejar después ella misma los hilos del poder entre bastidores. Publicó también un libro de memorias, hoy perdido, que probablemente sea la fuente que nos ha permitido conocer el detalle de que tenía un canino supernumerario en el maxilar superior derecho, circunstancia que entre los romanos era considerado un signo de buena fortuna pero que sin duda simbolizaba también un temperamento más agresivo de lo normal.

Las fuentes literarias de la antigüedad tratan con notable hostilidad a Agripina, como solía suceder con todas las mujeres que intervenían en política. Ofrecen el retrato de una persona intrigante, sedienta de poder y tan proclive al incesto como al asesinato. Pero, por otro lado, las imágenes de las monedas, las esculturas y los camafeos presentan a una mujer digna y atractiva que encarna emblemáticamente la maternidad y el aplomo dinástico. Lo más probable es que la realidad se situara a medio camino entre uno y otro extremo.

Agripina competía fieramente en la arena política y no dudaba un instante en ordenar la ejecución de sus rivales. No obstante, es preciso tener en cuenta que los romanos más destacados de la época se comportaban del mismo modo. Desde luego, al preocuparse de elevar al poder a su hijo Nerón, la conducta de Agripina puede calificarse de egoísta, pero hizo cosas que también muestran que le interesaba el bien público. Sabía que Nerón era la única oportunidad que le quedaba a la familia de dar continuidad a la casa de Augusto y Germánico, y estaba convencida de que las mejores esperanzas del Roma y el Imperio coincidían punto por punto con el mantenimiento de la dinastía.

Al contraer matrimonio con Claudio, Agripina no se contentó con actuar simplemente como esposa, sino que se consideró asimismo cogobernante del Imperio. Fue distinguida con el nombre de «Augusta», un título que las mujeres de los emperadores jamás

habían ostentado antes, al menos no durante el reinado de sus maridos. De vez en cuando acompañaba a Claudio mientras este despachaba los asuntos públicos y además presidía un tribunal independiente, lo que evidenciaba una articulación del poder que causó conmoción en la época. Agripina se rodeó de amigos y acertó a alejar a todos sus enemigos. Sin embargo, su tarea más importante consistió en allanar el camino del trono a su hijo.

Nerón era fruto del primer matrimonio de Agripina. Nació el 15 de diciembre del año 37, en una población costera al sur de Roma. En origen, su nombre completo era Lucio Domicio Enobarbo (palabra esta última que significa «barba de bronce»), ya que su padre era Gneo Domicio Enobarbo. La familia era radicalmente partidaria de la República y procedía de una estirpe aristocrática con varios siglos de antigüedad. Eran célebres por sus grandes aptitudes para el generalato, pero también por su arrogancia, su crueldad y su pericia en las carreras de carros; por no mencionar la fama que les había granjeado su afición al patrocinio de toda una serie de obras teatrales de carácter indecente. Suetonio asegura que, al venir Nerón al mundo, su padre había afirmado ante sus amigos que «no había podido nacer nada de él y de Agripina que no fuera detestable y nocivo para el Estado».

Sin embargo, no tendría ocasión de comprobarlo, ya que falleció poco después, cuando Nerón tenía apenas tres años. Como ya le ocurriera a Augusto, Nerón perdió a su padre a una edad muy temprana y fue educado por su madre (salvo por los pocos meses que pasó con su tía paterna). Y, tal y como ya hiciera en su momento Acia, la madre de Augusto, Agripina también trabajó sin descanso para promover la carrera de Nerón, aunque en su caso tendría que pagar un alto precio por su éxito.

Nerón tenía once años cuando su madre se casó con Claudio. Menos de doce meses después, Agripina lograba convencer a su nuevo esposo de que adoptara a Nerón, de modo que este abandonó su antiguo nombre y pasó a ser conocido como Nerón Claudio César Druso Germánico. Nerón era mayor que el propio hijo de Claudio, así que se convirtió en el primer varón de la línea sucesoria. Claudio también prometió a su hija Octavia con Nerón y decidió confirmar la preeminencia del hijo de Agripina, postergando a Británico.

Por entonces Claudio rondaba ya los sesenta. ¿Se trataba simplemente de un hombre maduro que se dejaba engatusar por su nueva y joven esposa? Podría ser. Pero también es posible que pensara que su linaje tendría mejores perspectivas de supervivencia dinástica si abría la sucesión a los descendientes de su hija y de Nerón –cuyos antepasados eran nada menos que Germánico, el divino Augusto y Marco Antonio– que si la circunscribía simplemente al hijo que había tenido con una mujer caída en desgracia como Mesalina. Sea como fuere, Agripina no se contentó con eso. Comenzó a acumular y a reagrupar amigos y se deshizo de todos cuantos se le opusieron. La medida más importante de cuantas adoptó fue la de persuadir a Claudio de que recurriera a los servicios de un prefecto del pretorio firmemente atrincherando en el bando que ella misma dirigía. Se trataba de Sexto Afranio Burro,[28] un caballero romano nacido en la Galia que en otro tiempo había trabajado en la casa de Livia. Burro no fue el único defensor leal de Agripina, también la apoyaban muchos de los oficiales que se hallaban a su mando, ya que ella misma los había seleccionado.

Otro de los hombres que escogió Agripina, en este caso como tutor de Nerón, fue Lucio Anneo Séneca. Este procedía de una acaudalada familia de la Hispania romana, que era además influyente y extremadamente culta. Su padre era un célebre escritor de obras de retórica e historia, y su madre había estudiado filosofía. Séneca viajó a Roma y comenzó a destacar en el mundo de la jurisprudencia y la política, demostrando ser al mismo tiempo un brillante hombre de letras. Era orador, filósofo, ensayista y dramaturgo. Sin embargo, esa misma condición le granjeó un gran número de enemigos.

Calígula había calificado a Séneca diciendo que era «arena sin cal» o, en otras palabras, una masa incapaz de adquirir consistencia, y estuvo a punto de mandar que lo ejecutaran. Tras la muerte del joven tirano, Séneca le devolvería el favor señalando por escrito que la finalidad que Calígula había perseguido durante toda su vida había consistido en transformar un Estado libre en un gobierno lastrado por un despotismo persa. Séneca consideraba que Calígula era un hombre sediento de sangre.

A Mesalina tampoco le cayó en gracia Séneca, y quizá por eso lo

acusó de cometer adulterio con la hermana menor de Calígula. Los dos amantes fueron condenados y enviados al exilio, pero solo Séneca lograría regresar con vida del destierro, ya que Agripina, tras dejarlo macerar ocho años en la isla de Córcega, lejos de la península itálica, juzgó necesario atraerlo de nuevo a la capital.

En el 54, cinco años después de haber contraído matrimonio con Agripina, Claudio decidió promover la carrera de Británico, su hijo biológico, que acababa de cumplir los trece. De repente, antes de que pudiese tomar medida alguna, Claudio falleció sorpresivamente. Como es lógico, la gente sospechó que Agripina lo había envenenado, pero lo cierto es que hoy resulta imposible conocer la verdad sobre su desaparición. Podría haber muerto a consecuencia de la ingestión de unas setas venenosas (no incluidas deliberadamente en su menú) o por causas naturales. Sea como fuere, Agripina estaba totalmente resuelta a colocar a su hijo en el centro del escenario político. Los miembros de la guardia pretoriana proclamaron emperador a Nerón, y él los recompensó entregándoles una importante paga extraordinaria en metálico. Dando muestras de su docilidad, el Senado votó que se otorgaran a Nerón las facultades necesarias para acceder al poder y colmó de honores a Agripina. La nueva era acaba de empezar.

NERÓN EN EL PAPEL DE HÉROE BONDADOSO

Al principio, Roma acogió gustosa la entronización del nuevo y atractivo emperador. Tras los años vividos bajo el envejecido y renqueante Claudio, la gente veía al fin un poco de juventud y vigor. Además, la sangre de Nerón era todavía más azul que la de su predecesor. Con él regresaba al poder la dinastía de Augusto. ¡Si alguna vez gozó Nerón de popularidad, desde luego fue en esa época!

Tenía los ojos de un brillante azul grisáceo, el cabello rubio claro y un rostro de rasgos correctos que, sin embargo, no resultaban particularmente agradables (o eso es al menos lo que indican las fuentes). Evidentemente, faltándole aún dos meses para cumplir los

diecisiete años, era muy joven, quizá demasiado para el cargo, pero en ocasiones los líderes de corta edad lograban salir bien parados del reto de la gobernación. Augusto tenía solo diecinueve al iniciarse en el mundo de la política y a pesar de ello ascendió meteóricamente a los primeros puestos; y cuando Alejandro Magno subió al trono apenas había cumplido los veinte. Un gobernante que demostrara inteligencia y talento, que dispusiera de buenos asesores y que se apoyara en un buen temperamento, pertinentemente moldeado por una educación superior, podía vencer las dificultades a pesar de su juventud. Nerón contaba con unos mentores excelentes. Nadie conocía mejor que Agripina los entresijos de la corte, y Burro le garantizaba el respaldo de la guardia pretoriana. El tutor de Nerón, Séneca, asumió un nuevo papel y se convirtió en el consejero del emperador, al que explicó que la clementia debía convertirse en el sello distintivo de su reinado. Si Burro le ofrecía el modelo de comportamiento propio de un adusto hombre de armas, Séneca contribuiría a proporcionarle elocuencia y dignidad.

En un discurso pronunciado ante el Senado, el nuevo César prometió frenar los abusos que había estado sufriendo la institución en épocas pasadas y devolverle su antiguo poder. Se trataba más de una modesta concesión que de un cambio sustancial, pero hablaba en serio. Durante los cinco primeros años de su reinado, poco más o menos, guiado por Séneca y Burro, y convencido en sus determinaciones por Agripina, Nerón acertó a cumplir sus promesas y compartió el poder con los senadores. Abolió la celebración de juicios a puerta cerrada y limitó el poder de los libertos en la corte.

De momento todo iba sobre ruedas, pero la situación resultaba intrínsecamente problemática. Y el primer escollo iba a ser precisamente el carácter de Nerón. Se trataba de un joven inseguro y vanidoso. Quería gozar de notoriedad y no toleraba la presencia de ningún rival. Así lo asegura una de nuestras fuentes: «Se dejaba llevar sobre todo por el afán de popularidad, emulando a todos los que de un modo u otro se ganaban la voluntad del vulgo».

Si el nuevo emperador no conseguía salirse con la suya, desataba su venganza y arremetía contra todo y contra todos. Habiendo crecido sin padre y en un clima enrarecido por las conspiraciones y los derramamientos de sangre de una madre empeñada en actuar como

maestra de ceremonias, no es de extrañar que el nuevo César tuviera algunas cicatrices psicológicas. Se había criado en una de las familias más disfuncionales de la historia. Y ahora toda Roma iba a pagar las consecuencias.

Agripina estaba decidida a ejercer el poder. En los primeros tiempos del reinado de su hijo, ella no solo se rodeó de una guardia personal propia, integrada por soldados germanos, también contaba con la protección de una unidad de la guardia pretoriana específicamente encargada de su seguridad y disponía de dos funcionarios que la acompañaban en todas sus apariciones públicas a modo de escolta (a Livia solo se le había asignado uno). Al principio, el joven Nerón aceptó todas estas exigencias. En una ocasión, el santo y seña que dio a los pretorianos fue precisamente «la mejor madre del mundo» (optima mater), en indudable referencia positiva a Agripina. Nerón se avino también a celebrar en palacio algunas de las reuniones del Senado (una práctica que sin embargo no carecía de precedentes), ya que de ese modo Agripina podía asistir a las deliberaciones oculta tras unos cortinajes (algo que sí era absolutamente novedoso). En las monedas su rostro aparece justo enfrente del Nerón, como si se tratara de un cogobernante. Sin embargo, Agripina no tardaría en topar con los primeros impedimentos. La opinión pública romana no estaba dispuesta a tolerar que una mujer ejerciese abiertamente un poder excesivo. Por otra parte, el adolescente Nerón detestaba que su madre lo criticase por despilfarrar sin medida. Para tomarse la revancha, impidió en público que Agripina lo acompañara a un tribunal para recibir a un embajador extranjero y oírle exponer la causa de su pueblo. El rechazo se produjo con tacto, y Nerón contó con la ayuda de Séneca para concretar el gesto, pero un desaire siempre es un desaire. Se dice que Agripina se puso furiosa: acababa de comprobar que podía poner en bandeja a su hijo la gobernación del Imperio, pero no soportar que lo dirigiera.

Si por algo se conoció el período en el que floreció la Roma de Nerón fue por el cultivo del ingenio. La chispa y la inventiva comenzaron a notarse inmediatamente después de la muerte de Claudio. Séneca, por ejemplo, no hablaba de la «deificación» del predecesor de su pupilo, sino de su «calabacificación»,[29] un oscuro juego de palabras presente en una despiadada sátira (que Dion

Casio atribuye al tutor de Nerón) en la que se atacaba al difunto emperador. Al hilo de esta burla, el hermano de Séneca, Lucio Junio Galión, afirmará que Claudio había sido «elevado a los cielos con un gancho», para comparar ese divino tránsito a lo que acostumbraban a hacer los verdugos romanos en las ejecuciones públicas, tras las cuales cogían con largos garfios los cadáveres de los ejecutados con el fin de arrastrarlos hasta el Tíber. Y para rematar la chanza, según refiere Dion Casio, Nerón asegurará que las setas debían de figurar a buen seguro en el menú de los dioses, dado que, para convertirse en uno de ellos, Claudio había tenido que morir por efecto de los hongos. Seguramente a Agripina no debía de hacerle ninguna gracia que se ridiculizara de ese modo a su difunto esposo.

El matrimonio de Nerón con la hija de Claudio se fue rápidamente a pique. El nuevo César se enamoró de una liberta del Asia Menor y quedó locamente encaprichado de la joven, hasta el punto de considerar la idea de casarse con ella. Agripina, horrorizada, hizo saber a su hijo el espanto que le producían esos devaneos, pero él no cambió de actitud, más bien todo lo contrario, ya que fortaleció su posición apartando de su entorno más inmediato a un poderoso liberto, sabedor de que era uno de los mayores aliados que tenía Agripina en la corte.

Según se dice, Agripina respondió planteando una amenaza a Nerón. Le señaló que en Roma había otros muchos descendientes del divino Augusto, por no mencionar la presencia del propio hijo de Claudio. No obstante, es sumamente improbable que sopesara en serio la posibilidad de expulsar del trono a Nerón. Tras estas insinuaciones fallecía Británico, en el año 55, poco después de sentirse súbitamente indispuesto durante un banquete celebrado en la corte. Las pruebas de que disponemos sugieren que la muerte se debió a causas naturales, pero en la época fueron muchos los que quedaron convencidos de que había sido envenenado por orden de Nerón.

En el transcurso de los cuatro años siguientes, Agripina se vio alejada del poder, aunque desde luego ella intentó recuperarlo por todos los medios. En ese tiempo, Nerón adquirió el hábito de realizar escapadas nocturnas por las calles de Roma en compañía de sus amigos. Apoyado por su pequeño grupo, el emperador se dedicó

a visitar las tabernas y los burdeles con ánimo de divertirse y buscar jaleo; cosa que conseguía provocando peleas e irrumpiendo con violencia en los establecimientos que elegía como blanco de sus bravatas. Para evitar que se le reconociera, el César se envolvía en las ropas que solían vestir los esclavos y se encasquetaba una peluca. Por desagradable que resultara, lo cierto es que ese tipo de conducta no constituía ninguna novedad, ya que era muy frecuente entre los jóvenes aristócratas romanos, con lo que la mayoría de la gente estaba perfectamente dispuesta a considerarla con indulgente complicidad. Sin embargo, el público se mostraría menos inclinado a la benevolencia cuando Nerón comenzara a jalear el estallido de reyertas en el teatro, ya que para restaurar el orden no solo fue preciso prohibir la presencia de actores en la ciudad, sino que hubo que recurrir a la soldadesca.

En el 59, habiendo cumplido ya los veintiún años, Nerón parecía estar a punto de sentar la cabeza, pero decidió que primero tenía que librarse de su madre. Entre los factores que le impulsaron al matricidio se cuentan el amor, el ansia de poder y la voluntad de someterlo todo a su control. Es posible que Agripina jugueteara con fuego al coquetear con Nerón de un modo verdaderamente inapropiado. Menos creíble resulta en cambio la idea de que madre e hijo cayeran en el incesto –como sostenían los rumores de la época–, aunque tampoco cabe descartarlo por completo. Lo que sí está claro es que Agripina había vuelto a desaprobar explícitamente la vida amorosa de su hijo, incómoda ahora por su nuevo antojo.

Popea Sabina era una mujer digna de la realeza. No solo poseía grandes riquezas, también gozaba de una notable inteligencia que, en su caso, estaba al servicio de una ambición no menos significativa. Los miembros de su familia eran originarios de Pompeya, donde poseían al menos cinco casas, dos de ellas auténticas mansiones. Es probable que Popea hubiera nacido en dicha ciudad. Ella misma era propietaria de una fábrica de ladrillos en las inmediaciones de la urbe y de una elegante villa junto al mar.

En tiempos de Tiberio, el padre de Popea, un caballero romano llamado Tito Olio que se hallaba en plena ascensión en el organigrama gubernamental de Roma, acabó ejecutado tras la caída de Sejano por haber apoyado al depuesto intrigante. Después de

aquel mazazo, Popea adoptó el nombre de su abuelo materno, Cayo Popeo Sabino, que además de elevarse a la dignidad de cónsul había gobernado hábilmente varias provincias. Gracias al cambio de nombre, Popea consiguió evitar que se la metiera en el mismo saco que a su padre.

Popea tuvo dos maridos. Con el primero, que era un prefecto del pretorio, tuvo un hijo. Tras divorciarse de él, contrajo matrimonio con Marco Salvio Otón, miembro de la clase elegante de Roma e hijo de un cónsul. Cuando Nerón se encaprichó de Popea, y a pesar de que Otón apenas tenía por entonces veintiséis años y carecía de experiencia política, el emperador recurrió al pretexto de nombrarlo gobernador de Lusitania (cuyo territorio se correspondía poco más o menos con el del Portugal de nuestros días) como fórmula para enviarlo al exilio.

Popea tenía la mente lo suficientemente abierta como para interesarse en el judaísmo, aunque no mostró interés en convertirse. Sea como fuere, lo cierto es que no favoreció precisamente a los judíos, ya que presionó a las autoridades imperiales a fin de conseguir que se designara gobernador de Judea a Gesio Floro, marido de una de sus amigas. En el 66, la mala gestión de Floro terminaría provocando la gran revuelta judía, es decir, la primera guerra judeo-romana. Se tardarían varios años en volver a llevar la paz a la región de Judea, y aun así con gran derramamiento de sangre y pérdidas materiales para ambos bandos.

Popea era una de las mujeres más bellas de su época. No es de extrañar por tanto que la hayan encarnado en el cine actrices como Claudette Colbert y Brigitte Bardot. De hecho, Nerón dedicaría un poema a los ambarinos cabellos de Popea. Se dice que utilizaba todos los días la leche de quinientas burras para bañarse y conservar la piel suave y marfileña. Llegaría incluso a inspirar en su momento la creación de una línea de cosméticos que llevaba su nombre.[30] Popea era seis años mayor que Nerón y se encontraba ya casada, pero daba igual porque él también tenía esposa. El emperador estaba profundamente prendado de ella. Hay autores que afirman que fue Popea la que lo animó a matar a Agripina.

No obstante, dejando totalmente al margen los sentimientos amorosos del César, es muy posible que Nerón temiera la influencia

que su madre seguía ejerciendo en la guardia pretoriana, aunque desde luego no puede utilizarse ese argumento para justificar el asesinato. Lo cierto es que si Nerón optó por liquidar a su madre fue de una forma tan consciente como deliberada.

El empleo de un veneno quedó inmediatamente descartado, ya que, tras la súbita muerte de Claudio y su hijo Británico, su uso despertaría demasiadas sospechas. Además, Agripina tomaba un gran número de antídotos, así que era probablemente inmune a la mayoría de las ponzoñas conocidas. Y, como tampoco se podía confiar en la guardia pretoriana, Nerón recurrió a los servicios de uno de los aliados con que contaba en la armada imperial. Una noche de primavera, la bahía de Nápoles fue testigo de la puesta en práctica de la conjura urdida. Como primera medida, Nerón invitó a su madre a un banquete en la villa que poseía en la ensenada. La excusa que adujo fue su deseo de zanjar sus pasadas diferencias y de limar cualquier aspereza que pudiera haber quedado. Sin embargo, lo que tenía planeado era ahogarla en un barco especialmente concebido para irse a pique. Eso es al menos lo que se asegura, aunque lo más probable es que un buque de guerra se empotrara a propósito contra la nave en la que viajaba Agripina. Sea como fuere, la tentativa hizo caer al agua, herida, a la madre de Nerón, que sin embargo logró salvar la vida y ser conducida de nuevo a tierra firme.

Aterrado ante la perspectiva de la venganza que Agripina iba a cobrarse, Nerón solicitó la ayuda de Burro, pero este se negó a apoyarlo. Le contestó que la guardia pretoriana no estaba dispuesta a agredir a la hija de Germánico. Así las cosas, Nerón volvió a echar mano de la flota y envió a un destacamento de infantes de marina tras la pista de Agripina. En esta ocasión, la excusa fue que acababa de descubrir que su madre se proponía asesinarlo.

Al presentarse las tropas ante ella y anunciarle que venían a ejecutarla por orden de Nerón, Agripina se negó a dar crédito a sus palabras. Su hijo jamás haría semejante cosa, insistió. Sin embargo, al caer los golpes sobre ella comprendió la verdad. Los relatos que han llegado hasta nosotros sostienen que la desdichada exhibió el vientre desnudo, señaló el útero en el que había llevado a Nerón y dijo a los matarifes que hundieran allí la espada. De ser

efectivamente cierto que Agripina dijo tal cosa, parece muy poco probable que admitiera sus fallos como madre y comprendiera la parte de responsabilidad que ella misma tenía en la transformación de Nerón en el demonio en el que se había convertido.

El hombre que se encargó de asestar el golpe de gracia a Agripina fue el liberto que se hallaba al frente de la más importante base naval de las inmediaciones y que acompañaba habitualmente a Nerón. Consumado el magnicidio, Nerón aseguró que ese día había podido asir al fin las riendas del Imperio. Sin embargo, andando el tiempo terminaría por odiar al autor material del crimen, dado que, como dice el historiador Tácito, «cuando se mira a los intermediarios de los actos malvados, parece como si nos los estuvieran echando en cara». Como primera medida para librarse de aquel cómplice, Nerón decidió utilizarlo para que prestara falso testimonio en otro asunto y enviarlo después a un exilio muy confortable en la isla de Cerdeña.

Años después, al representar él mismo algunos papeles de las tragedias griegas, Nerón incluirá en su repertorio tanto el rol de un hombre que se había acostado con su madre como el de un individuo que había perpetrado matricidio. Esta circunstancia podría indicar –y así lo afirman las fuentes clásicas– que el César sentía remordimientos por el crimen cometido. De ser cierto, parece obvio que no lo dejó traslucir en su momento, ya que se limitó a anunciar que había conseguido frustrar una confabulación planeada por su madre destinada a poner fin a su vida. Séneca llegará incluso a enviar una carta al Senado para respaldar esa coartada. Con independencia de lo que realmente pudiesen pensar en su fuero interno, lo cierto es que la mayor parte de la gente dio por buena la excusa. El Senado decretó la realización de acciones de gracia a los dioses por haber permitido que el emperador estuviera sano y salvo, y también se efectuaron sacrificios para propiciar que Nerón regresara sin contratiempos a Roma tras los acontecimientos de la bahía de Nápoles.

NERÓN EN SU FACETA ARTÍSTICA

Los hombres que lo habían precedido habían sido emperadores, pero él se consideraba una estrella. Y el hecho de convertirse en una celebridad, el permitirle quebrantar todas las normas, terminaría por concederle la inmortalidad.

Nerón se tomaba muy en serio el asunto de la gobernación. Sin embargo, él se veía principal y fundamentalmente como un artista. El canto era lo que mejor se le daba, pero sus intereses eran muy amplios. En primer lugar, algunas de las monedas que mandó acuñar se cuentan entre las más exquisitamente diseñadas de la historia numismática de la Roma antigua. Patrocinó asimismo la construcción de un gran número de edificios de gran belleza. La literatura latina floreció durante su reinado, aunque puede discutirse si debe atribuírsele o no alguna contribución a ese hecho. Séneca, por ejemplo, escribió en esta época sus cartas y diálogos filosóficos, además de sus tragedias. Su sobrino Marco Anneo Lucano escribió un poema épico titulado Farsalia en el que narra los pormenores de la guerra civil que enfrentó a Cneo Pompeyo el Grande con Julio César. Y el escritor Petronio, por su parte, publicó el Satiricón, una novela de carácter cómico sobre la decadencia de las élites romanas.

Augusto había comprendido rápidamente que uno de los numerosos empeños en que debía ocuparse el César consistía en entretener al pueblo, pero en el caso de Nerón esa responsabilidad pasó a convertirse en la tarea por antonomasia. De haber vivido en nuestra época se le tendría por un genio de las relaciones públicas, por un gigante de la comunicación.

Para el emperador, la organización y la promoción de los juegos era un asunto muy serio. No solo era algo que entraba en la órbita de sus propios intereses, también venía a reflejar sus prioridades políticas. Todo emperador sabía que una parte de su cometido pasaba por servir al pueblo de Roma. Para ello, la fórmula que empleó Nerón fue la de procurarle entretenimiento y diversión a lo grande. Sin embargo, también juzgaba que las distracciones debían tener una faceta didáctica. Desde su punto de vista, lo que hacía con los espectáculos que sufragaba era elevar la educación y los conocimientos de la sociedad romana, mediante la introducción de aquellos elementos de la cultura griega que la plebe podía asimilar

sin dificultad, como las canciones, las representaciones teatrales y los ejercicios gimnásticos.

Además, Nerón no limitó nunca su prodigalidad y benevolencia al mero fomento de juegos y espectáculos. Además de hacer grandes esfuerzos para mejorar la distribución del trigo, también adquirió la costumbre de entregar dádivas en metálico a la gente. Con todo, los juegos eran una forma muy eficiente de llegar al corazón del pueblo. Sumadas sus localidades, el Circo Máximo, en el que se celebraban trepidantes carreras de carros, el anfiteatro y los tres grandes teatros de la capital tenían capacidad para acomodar a más de doscientas mil personas, lo que equivalía a la quinta parte de la población total de la ciudad.

Tanto los juegos como las carreras y las funciones dramáticas eran ocasiones especiales caracterizadas por el empleo de normas y ritos propios. Los espectadores se sentaban en diferentes secciones de las gradas, siempre en función de su posición social, con lo que los senadores y los caballeros ocupaban invariablemente las primeras filas. Estos acontecimientos eran los únicos momentos en los que la población de Roma tenía permitido expresar libremente la opinión que le merecía el emperador, algo que desde luego tampoco se hubiera tolerado en ningún otro espacio público romano. Los juegos inspiraban en las élites romanas sentimientos encontrados, ya que, si por un lado los consideraban inmorales y propicios a los tumultos y los alzamientos colectivos, por otro les parecían absolutamente irresistibles. Pese a las sanciones con las que se insistía en disuadirlos, los senadores y los caballeros comenzaron a actuar en público. Nerón fue el primer emperador que siguió su ejemplo, y el hecho de que se aficionara a participar en las carreras de carros haría que su extravagancia resultara aún más insólita, ya que no era esta una prueba en la que acostumbraran a intervenir los aristócratas romanos. Si algunos nobles juzgaron que la conducta del César resultaba simplemente abominable y otros la vieron con aprobación, lo cierto es que el pueblo llano no solo lo vitoreó con enorme júbilo, sino que no dudó en aplaudir al emperador transformado en hombre-espectáculo. Dado que no estaba dispuesto a conceder oportunidades al azar, Nerón se encargó de organizar un grupo de seguidores propio integrado por miles de varones jóvenes entregados a su causa a fin de conseguir que el público de todo el

estadio prorrumpiera en aplausos.

Los juegos y espectáculos que promovió Nerón acabarían superando todo cuanto se hubiera visto previamente en Roma, tanto por su número y su novedad como por los valores que inspiraban su puesta en escena. Concedió subsidios para el reparto de refrescos y ordenó que se distribuyeran regalos a los asistentes; obsequios que en ocasiones podían resultar sumamente extravagantes, ya que entre ellos había joyas, caballos, esclavos y casas (cosa que convierte a Nerón, como mínimo, en el precursor de todos los modernos presentadores de concursos televisivos). La mayor innovación que introdujo el emperador consistió no obstante en promover en Roma la celebración de los juegos griegos. Las carreras de carros, los combates de gladiadores y las veladas de boxeo eran temas más que habituales en las exhibiciones romanas, pero Nerón quería más. Como otros muchos romanos pertenecientes a la élite, el emperador había sido educado en la cultura griega. Sin embargo, lo que le distinguía era la insólita y amplia admiración que le inspiraba todo lo griego. Sabía que en los juegos griegos se incluían pruebas de velocidad, lucha, salto de longitud o lanzamiento de disco y jabalina, junto a los enfrentamientos de púgiles y las competiciones ecuestres. Además, muchos de los que intervenían en esos espectáculos actuaban desnudos. Y, como remate, había asimismo concursos musicales. En los nuevos juegos ideados por Nerón, que tenían lugar cada cinco años, se mezclaron por tanto los certámenes de música con los desafíos hípicos. ¿Y con qué nombre iba conocérselos? Pues Neronia, o juegos neronianos, ¿cómo si no?

A Nerón le apasionaba cantar, y él mismo acompañaba sus baladas con la lira. Su otra gran afición eran las carreras de carros. Practicaba la lucha libre y es posible que tuviera planeado competir en alguna prueba. ¿Era Nerón un buen cantante? Desde luego no carecía de talento creativo. Algunas copias de sus poemas, escritos de su puño y letra y repletos de tachaduras y correcciones, perdurarían varias décadas después de su muerte, lo que dio ocasión a que un observador de épocas posteriores los juzgara bastante buenos. Por lo que respecta a su voz, hemos de decir que las fuentes no parecen ponerse de acuerdo, pero probablemente pueda afirmarse sin demasiado riesgo que sus limitadas dotes fueron mejorando con la práctica. Y, en cuanto a sus cualidades

como auriga de carreras, era sin duda animoso y audaz. Por otro lado, además de cantar y tocar la lira, Nerón adoraba actuar en las tragedias. De hecho, los papeles que solía representar abarcaban tipos muy distintos: desde Hércules a Edipo, pasando por una parturienta. En la caracterización de este último rol, el emperador se puso una máscara que reproducía los rasgos del rostro de su difunta esposa.[31] En los años finales de su reinado también se dedicó a actuar como bailarín en un tipo de comedias en las que el protagonista encarnaba la totalidad de los papeles de la obra (un género al que los romanos denominaban «pantomima»).

Nerón también se hizo famoso por las complejas celebraciones que acostumbraba a ofrecer al pueblo con ocasión de los festejos anuales de las Saturnales, un festival de invierno organizado en el mes de diciembre. Entre otros acontecimientos, las fiestas iban acompañadas de banquetes de disfraces, con la particularidad de que estos tenían lugar a bordo de las embarcaciones que se fletaban en los lagos artificiales que se construían al efecto en la ciudad de Roma. Además de las representaciones teatrales en las que intervenía el emperador, también participaban en las fiestas un sinfín aristócratas de ambos sexos. Y otra de las características era la amplia distribución de rosas, y con tal profusión que solo el número de prostitutas podía aspirar a igualar su número.

Antes de la muerte de Agripina, Nerón acostumbraba a cantar y a conducir los carros de competición en sesiones privadas. Sin embargo, en el año 59, justo después de la desaparición de su madre, el César empezó a actuar y a competir ante un mayor número de personas, en una serie de funciones que en realidad eran acontecimientos a los que técnicamente solo se podía acudir con invitación. Y, por último, en el 64 pasó a mostrar sus aptitudes de forma totalmente pública, primero en Nápoles y después en Roma.

En el 66, Nerón viajó a la región de Acaya, es decir, a la provincia romana de Grecia. Lo hacía con la intención de participar en los cinco grandes juegos que se celebraban entre Accio y Olimpia. Por regla general, las competiciones se celebraban en años diferentes, pero Nerón ordenó que en esa ocasión se agruparan todas las pruebas a fin de dar sentido a su visita. En sus ochocientos años de historia, era la primera vez que los Juegos Olímpicos iban a tener

lugar en una fecha no programada. Nerón intervino en cuatro tipos de desafíos distintos: cantó y tocó la lira; actuó en varias tragedias; condujo carros de carreras y se unió al concurso de los heraldos en la declamación del pregón previo al inicio de los juegos.[32] A nadie sorprendió, desde luego, que el emperador fuese declarado vencedor en todos los torneos en los que participó. Uno de los retos que afrontó fue el de conducir un carro tirado por diez caballos, un ejercicio muy exigente y peligroso en el que el César cayó al suelo y estuvo a punto de ser arrollado por sus perseguidores. Sin embargo, volvió a incorporarse a la pugna y la ganó.

A diferencia de Augusto, que había encabezado ejércitos y recorrido muchas veces las provincias, este habría de ser el único viaje que llevara a Nerón lejos de Italia. La visita a la Acaya fue un insólito producto de la inagotable autocomplacencia del César. No obstante, dado que se consideraba un gran actor, era lógico que Nerón centrara sus mejores esfuerzos en los escenarios. Y qué teatro podía tener mayores resonancias que la misma Roma... Por consiguiente, como habría hecho sin duda una de esas grandes estrellas de la vieja escuela hollywoodiense que jamás abandonaban California, Nerón permaneció siempre en las inmediaciones de su palacio. Salvo la de Acaya, todas las demás provincias habrían de resentirse de esta indiferencia, ya que el emperador se limitaba a utilizarlas como si se tratara de un banco del que sacar fondos cada vez que necesitaba liquidez, de modo que al final acabaron por sublevarse.

En el año 66 estalló en Judea una gran revuelta que coincidió con las fechas en que Nerón se encontraba en la Acaya. Al enterarse de la noticia, el emperador envió a la zona a uno de los pocos generales en los que todavía podía confiar y le encargó que sofocara la insurrección. La elección había sido acertada, pero la verdad es que, de haber designado como gobernador de la provincia a un individuo más capaz, Nerón podría haberse ahorrado el levantamiento. Tanto en Judea como en otros muchos lugares, Nerón llevaba tiempo nombrando gobernadores a un gran número de ineptos. Además de este alzamiento que uno de ellos acababa de provocar en Judea, ya antes había causado otro una agitación similar en Britania. Por fortuna, los generales de Nerón habían conseguido suprimir la revuelta británica. Más tarde, tras prestar atención a los acontecimientos en Oriente, los militares también

obtuvieron un compromiso de paz con Partia, pactando así la nueva situación de Armenia, un antiguo Estado cliente de Roma; y Nerón, en un gesto no exento de inteligencia política, afirmó que el acuerdo constituía una gran victoria.

Sin embargo, al regresar a Roma, el emperador tuvo que enfrentarse a un creciente conjunto de problemas. Dedicaba demasiado tiempo a sus actuaciones y muy poco a la gobernación. El Senado empezó a concebir conjuras y en Occidente se desató una importante revuelta contra él. Y, por toda respuesta, Nerón se limitó a consultar a su profesor de canto. Todos los esfuerzos que hizo por recuperar el control de la situación se revelaron tan débiles como fútiles. Nerón no se había puesto a tocar el violín mientras las llamas consumían Roma, pero desde luego concedió mayor prioridad a sus tarareos que al gobierno del Imperio.

NERÓN MUESTRA SU ROSTRO TIRÁNICO

Séneca y Burro deseaban que Nerón gobernara a la manera de un Civilis Princeps; es decir, de un príncipe cortés susceptible de ponerse al frente de un principado civil. Para ello debía mostrar respeto al Senado y atenerse, aunque solo fuera de boquilla, a las antiguas fórmulas constitucionales de la República. Nadie debe extraer de ello la conclusión de que ambos hombres fuesen republicanos, ya que no era ese el caso. En uno de sus escritos, Séneca había afirmado, por ejemplo, que solo la bondad del gobernante podía dar amparo a las libertades, pues el Senado carecía ya de esa potestad. Sin embargo, tras la muerte de Agripina, la presunta benevolencia de Nerón dejó de darse por sentada. Tanto Séneca como Burro fueron perdiendo influencia poco a poco. Además, Burro falleció en el 62, probablemente por causas naturales, y Séneca se retiró algo más tarde.

Ese mismo año se produjo un punto de inflexión en el reinado de Nerón. Se acababa de nombrar a un nuevo prefecto del pretorio, pero no tardó en comprobarse que solo servía para excitar los peores impulsos del emperador (y según parece con el respaldo de

Popea). Poco tiempo después de la designación del jefe de la guardia, Nerón empezó a tomar decisiones estrafalarias, como la de enviar al exilio a un hombre de elevada posición social por el mero hecho de observar que en su árbol genealógico figuraba uno de los asesinos de Julio César. Y Nerón habría de mostrarse todavía menos tolerante con todos aquellos que manifestaran críticas dirigidas contra su persona, ya fuese de viva voz o por escrito. Reactivó el uso de las acusaciones de traición, pese a que había prometido no volver a recurrir a ellas. En el 62 dictó la primera ejecución de los enemigos que había descubierto en el Senado. Más adelante, el prefecto del pretorio convenció a Nerón de que ordenara la ejecución de dos hombres de noble linaje, y se dijo que el emperador se había permitido el lujo de bromear al contemplar las cabezas cercenadas de los ajusticiados. Una de ellas, aseguró, había encanecido prematuramente. Y al ver al otro muerto que le habían traído, exclamó: «¿Por qué, Nerón, has tenido miedo de un hombre tan narigudo?».

Ese mismo año, el César se divorciaba de la hija de Claudio. Había aguardado a verse libre de un puñado de destacados oponentes políticos antes de atreverse a un enfrentamiento con una figura a la que el pueblo estimaba tanto como a Claudia Octavia. Vertió sobre su esposa una falsa acusación de adulterio, la proscribió, enviándola a una desolada isla situada frente a las costas meridionales de la península itálica, y finalmente ordenó que se la ejecutara. Como habría de comentar más tarde el historiador Tácito, el día de su boda había sido también el de su propio funeral.

Poco después, el emperador contraía finalmente matrimonio con Popea. Al fallecer en la infancia la hija que Popea iba a darle, Nerón consiguió conservar la calma, pero en el año 65 el emperador perdía definitivamente los nervios y se enfurecía con Popea. Se dice que la emprendió a patadas con ella, a pesar de que estaba embarazada de nuevo. Popea moría poco después, a consecuencia de los golpes. Se contaba que la esposa del César solía encomendarse a los dioses solicitándoles la gracia de morir joven, antes de perder la belleza, y da la impresión de que le concedieron su deseo.

Resulta difícil creer que Nerón tuviera realmente la intención de

matarla con tan brutal comportamiento. Fiel a su costumbre, el emperador montó una comedia. Ofreció a Popea un funeral público y se aseguró de que en la ceremonia se quemaran inmensas cantidades de incienso traído de Arabia. El cadáver fue rellenado de especias, embalsamado y depositado en el mausoleo de Augusto. Fue deificada y se erigió un santuario dedicado a su culto. Todo esto supuso un dispendio nada desdeñable para el Estado romano. Sin embargo, no habiendo transcurrido todavía un año desde la muerte de Popea, Nerón optaba por casarse de nuevo, en esta ocasión con una aristócrata romana. El César había tenido que obligar al marido a suicidarse, y para ello había esgrimido contra él, que ejercía el cargo de cónsul, una acusación de conspiración, inventada, como tantas otras veces.

A medida que se agravaban las tendencias de Nerón al abuso, el maltrato y la conducta despiadada irían fermentando también los gérmenes de una rebelión contra el tirano. Un año después del gran incendio de Roma, en el 65, Nerón detectó las raíces de una importante conspiración pensada para destronarlo y poner a otro emperador en su lugar. El cabecilla de la maquinación era un destacado senador. Que sepamos, en la confabulación se habían concertado al menos cuarenta personas, diecinueve de las cuales eran miembros del Senado. No obstante, eran muy pocos los senadores que deseaban que se aboliera la monarquía. Simplemente se proponían suavizar sus peores aristas. La idea de volver al sistema republicano no agradaba a muchos magistrados. Lo que querían era volver a instaurar la primacía del derecho, recuperar la libertad de expresión, aumentar el poder y la dignidad del Senado y conceder mayor libertad de acción a los jueces, pero todo ello bajo la gobernación de un príncipe ilustrado.

Al principio, el Senado se había sentido perfectamente cómodo y contento de trabajar a la sombra de Nerón, pero al final casi todos sus miembros acabaron comprendiendo que resultaba imposible cooperar con él. Una cosa era que un senador, o cualquier otro romano, renunciara a su independencia a cambio de un régimen de paz y seguridad, como había sucedido en tiempos de Tiberio, y otra muy distinta poner el honor y la respetabilidad al servicio de una conducta vergonzosa. Es muy probable que uno de los conspiradores, un oficial de la guardia pretoriana, estuviera

trasladando la opinión de muchos ciudadanos al señalar a Nerón: «No tuviste ningún soldado más fiel durante el tiempo en que mereciste ser amado. Comencé a odiarte cuando te hiciste asesino de tu madre y de tu esposa, auriga, actor e incendiario».

La más célebre víctima del contrataque que organizó Nerón para vengarse de los conspiradores sería precisamente Séneca, su antiguo mentor. Pese a que muy probablemente no hubiera intervenido en la conjura, el filósofo recibió la orden de suicidarse. El escritor se abrió las venas, eligiendo así la forma en que habitualmente se quitaban la vida los romanos. La sangre, sin embargo, corría con demasiada lentitud, y su pérdida le empezó a provocar fuertes dolores. Por ello, tras una larga conversación con sus amigos, Séneca optó por provocar su asfixia con el vapor de un baño hirviente. Como ya le sucediera a Agripina, cayó abatido por el monstruo que él mismo había contribuido a engendrar.

Los romanos veían la cuestión del suicidio con sentimientos encontrados. Aprobaban su práctica si se trataba de un gesto deliberado, como sucedía cuando se realizaba en respuesta a una deshonra o cuando constituía un sacrificio personal. Pero lo condenaban si se trataba de un movimiento puramente impulsivo. También juzgaban el valor del suicidio en función del método elegido para llevarlo a cabo. Tenían por censurable que alguien se diera muerte por ahorcamiento o saltando desde una gran altura, por ejemplo, ya que les parecía una actitud propia de cobardes, pero admiraban en cambio a quien renunciaba a la existencia valiéndose de un arma; y, por esta razón, la mayoría de la gente vio con respeto la solución de Séneca.

Una cosa sí compartía Séneca con los conspiradores, ya que, al igual que casi todos ellos, también él seguía las enseñanzas de la filosofía estoica. La antiquísima escuela de pensamiento griego concretada en el estoicismo se había convertido en la filosofía predilecta de las élites romanas. Por un lado, se trataba de un conjunto de planteamientos de carácter pragmático e imbuidos de una notable vocación de servicio público, y por otro congeniaba estupendamente con los valores más antiguos de los romanos. Los estoicos resaltaban la relevancia de cuatro virtudes cardinales: la justicia, el coraje, la templanza y el sentido común. Los estoicos

cultivaban asimismo la austeridad y el autocontrol. Si tenemos en cuenta que, por su tradición, los romanos se enorgullecían por lo general de su seriedad, su sencillez y su severidad; que valoraban la voluntad de servicio público y los conocimientos prácticos, y que estimaban por encima de todo el honor y el fomento de la valentía física, resulta lógico que juzgaran que el estoicismo se correspondía con su modo de ser.

Pese a que algunos estoicos quisieran recuperar los principios de la antigua República, la mayoría de ellos aceptaban sin grandes problemas la monarquía. Sin embargo, insistían en que el gobernante debía ser moderado y prudente, además de respetuoso con la ley y amable con el pueblo. No querían saber nada de la tiranía. Y, como es natural, se enfrentaron a Nerón.

En el año 65, el estoico más influyente de la época, Cayo Musonio Rufo, se las ingenió para no sufrir más condena que la de un simple exilio, lo que sin duda le dio motivos para considerarse muy afortunado, dado que otros perdieron la vida. Fue sin embargo el segundo destierro que hubo de encajar Musonio en tiempos de Nerón, y aún le quedaría superar un tercero, con otro emperador,[33] antes de poder regresar definitivamente a Roma. Pese a que nada de lo que escribiera haya llegado hasta nosotros, sus conferencias y diálogos gozaron de una fama más que notable, así que otros pensadores los recopilaron y otros muchos darían en citarlos con frecuencia. Su ingenio y honda sabiduría terminarían por granjearle el título de «Sócrates romano». Solía decir, por ejemplo, que los aplausos eran buenos para los flautistas, no para los filósofos. A su juicio, el filósofo más admirable era aquel cuyas charlas suscitaban el silencio, no un flujo de palabras. La influencia de Musonio es enorme, y su figura serviría de inspiración para varias generaciones de políticos, filósofos y jefes militares del Imperio, todos ellos de la más alta preeminencia.

Nerón, por su parte, aún no había terminado de derramar la sangre de cuantos se interpusieran en su camino. En el año 67, ordenaba la muerte de su mejor general, Cneo Domicio Corbulón. Como se trataba de un hombre de talento que por otra parte gozaba de una gran popularidad, Nerón lo miraba con desconfianza. Además, el yerno de Corbulón había participado en una conspiración contra

Nerón. Por consiguiente, el militar «cayó» sobre su espada (en obediencia a un mandato del César). Con su último aliento, Corbulón exclamó en griego: «Axios!» («¡Bien merecido lo tienes!», una expresión habitualmente utilizada en las pruebas atléticas para aclamar al vencedor). La fórmula parece encerrar una amarga ironía, y de hecho hay quien piensa que Corbulón quiso dar a entender que se consideraba un insensato por no haber acabado con Nerón en cualquiera de las ocasiones en que hubiera podido hacerlo.

Si Nerón creía haber aumentado su seguridad con la muerte de Corbulón, se equivocaba lastimosamente. La eliminación del general envió a los demás jefes del ejército el mensaje de que ellos mismos podrían ser los siguientes de la lista. Y lo cierto es que el emperador también exigió la ejecución de dos hermanos que habían comandado hábilmente las tropas de la frontera germana. Todo era ya cuestión de tiempo, puesto que, antes o después, estaba claro que alguno de los generales del César iba a tomar la decisión de ser el primero en asestar el golpe.

NERÓN COMO VERDUGO DE LOS CRISTIANOS

Tras el gran incendio de Roma, Nerón ofreció una representación privada en uno de sus jardines. Y, para desviar la atención de quienes lo culpaban de haber prendido él mismo las llamas, atribuyó la responsabilidad del desastre a los integrantes de una secta relativamente nueva y todavía muy impopular: la de los cristianos.

El cristianismo tenía por entonces unos treinta y cinco años de vida, aproximadamente. Se había iniciado en las regiones de Judea y Galilea como consecuencia de la vida y muerte de Jesús de Nazaret. En Galilea, las enseñanzas de Jesús habían captado a un gran número de adeptos debido a que en ellas se predicaban valores como la bondad, la humildad y la caridad, así como la práctica de la oración. Jesús había galvanizado a las masas al transmitir la idea de un Reino de Dios, por el que muchos rezaban, cuya instauración

ya estaba próxima. Al final, Jesús se trasladó a Jerusalén, ciudad en la que sus seguidores, convertidos ya en una masa de entusiastas, provocaron la alarma de las autoridades, tanto judías como romanas. Murió ejecutado en la cruz en torno al año 30, durante el reinado de Tiberio.

Enormemente estimulados por la convicción de que Jesús había resucitado de entre los muertos, sus discípulos y partidarios comenzaron a difundir la nueva fe, primero en Palestina, y más tarde por todo el mundo Mediterráneo. Las primeras iglesias eran comunidades de fe y caridad, remansos de paz en un universo en el que a menudo predominaba la hostilidad. Y gracias a la labor de apostolado de esos tempranos prosélitos comenzó a desarrollarse asimismo una pequeña comunidad cristiana en la propia Roma.

Los jefes civiles observaban con desdén los movimientos de los cristianos, aunque es posible que también los temiesen. Los romanos no eran precisamente amigos de las novedades, y el hecho de que la gente se congregara con fines que los administradores ignoraban y no alcanzaban a controlar despertaba sus peores recelos. Andando el tiempo, los autores procedentes de la élite social, cuya actividad habría de prolongarse por espacio de varias generaciones, describirían a los primeros cristianos diciendo que se trataba de «una agrupación de individuos peculiar, que se entregaba a una superstición nueva y maléfica», o aun de una clase a la que «el vulgo odiaba por sus maldades». Es posible que cerca del punto en el que se inició el Gran Incendio de la capital romana se hallara una de aquellas comunidades cristianas. Puede incluso que hubiera cristianos que, tras la catástrofe, dieran en afirmar abiertamente que Dios había castigado a Roma por sus pecados. Por consiguiente, los miembros de la nueva secta eran un chivo expiatorio perfecto al que atribuir un delito en el que sin duda nada habían tenido que ver.

De acuerdo con lo que refiere Tácito, si Nerón castigó a los que fueron hallados culpables no solo se debió al hecho de que hubieran iniciado la tragedia –un crimen que supuestamente habrían terminado confesando–, sino también a la más simple circunstancia de que «odiaran al género humano». Absorto como siempre en su papel de promotor teatral, Nerón convirtió su ejecución en un

espectáculo verdaderamente espantoso. Según parece, el escenario en el que se consumó el linchamiento estaba situado en una finca privada que el emperador poseía al otro lado del Tíber, en unos terrenos que hoy ocupa el Vaticano y en los que entonces había un circo. A los romanos les encantaba representar pasajes extraídos de la mitología, y es probable que esa fuera la razón de que algunas de las víctimas hubiesen sido «cubiertas con pieles de fieras para hacerles perecer después despedazadas por perros», en lo que sin duda es una figuración del mito de Acteón, un cazador al que Diana, furiosa porque el joven la había descubierto desnuda, transformó en ciervo y luego mató enviando tras él a su iracunda jauría de perros.[34] Otros cristianos murieron «clavados en cruces» o fueron «preparados para ser quemados, y se les ponía fuego cuando faltaba la luz del día para que sirviesen de iluminación nocturna», como auténticas antorchas vivientes. El propio Nerón participó en el ajusticiamiento, ya que se «mezcló entre la plebe [...] vestido de auriga». Tácito comenta despreciativamente que su presencia acabó inspirando compasión hacia las víctimas. Según la tradición cristiana, dos de los apóstoles o primeros misioneros de esa reciente congregación –los santos Pedro y Pablo– se cuentan entre los que perdieron la vida a causa de la persecución inmediatamente posterior al Gran Incendio de Roma. Sin embargo, no es posible probar este extremo.

¿Qué fue lo que impulsó a Nerón a perseguir a los cristianos? Desde luego constituían un blanco sumamente propicio, y por otro lado resultaba muy fácil echarles el guante, ya que además de pacíficos eran muy poco apreciados por el pueblo. Sin embargo, es posible que en cierto sentido Nerón viera en ellos una amenaza de mayor envergadura. En concurrencia con su propia persona, los discípulos de Cristo también constituían una enérgica respuesta al período de crisis que atravesaba la cultura romana. En tiempos de Nerón, la monarquía parecía estar embotando el filo de la hombría romana. En la República, la libertad y el militarismo tenían una enorme presencia en las actitudes culturales de Roma, pero, ahora, tanto las elecciones libres como la espontánea intervención de conquistadores independientes eran cosas del pasado. Privados en gran medida de las anteriores oportunidades públicas que les ofrecían el Foro y el campo de batalla, los romanos habían comenzado a hacer introspección. Los escritos de Séneca son un

testimonio más que elocuente de esta evolución de la psicología romana. La Roma de Nerón era rica, y de hecho nadie lo sabía mejor él mismo. Sin embargo, bajo la opulencia se ocultaba un inmenso vacío. Séneca y los estoicos comprendieron que la solución residía en alcanzar la paz interior.

Como es obvio, la respuesta que Nerón había encontrado a ese problema era muy distinta. Se embarcó en la organización de espectáculos y distracciones cada vez más abundantes, pasmosos, espeluznantes y monstruosos. Sin embargo, los festines, la bebida y el sexo eran incapaces de atender las necesidades del alma, algo a lo que en cambio sí podía aspirar la religión. Es posible que Nerón entendiera que los cristianos planteaban un reto que no estaba en su mano contrarrestar, y que por eso se propusiera aniquilarlos.

EL INVENTO DEL HORMIGÓN

Si quisiéramos resumir el reinado de Nerón nos vendría a la cabeza un puñado de palabras como «arte», «lujo», «irresponsabilidad» o «tiranía». Sin embargo, conviene añadir otro término, sin duda menos llamativo, pero igualmente revelador: el de «hormigón». Su invención iba a convertirse en un legado crucial.

El hormigón romano se elaboraba con una mezcla de cenizas volcánicas, cal y cascotes de diferentes clases del tamaño de un puño (por lo general piedras o trozos de ladrillo). Este material reveló ser sumamente versátil, moldeable y barato. Pese a su aspecto inerte y poroso, el hormigón fue la varita mágica que permitió la revolución arquitectónica romana. Ofreció al Imperio la posibilidad de prescindir de los postes y dinteles de los edificios de inspiración griega a fin de crear algo con personalidad propia. El hormigón posibilitó la aparición de las bóvedas que acabarían convirtiéndose en el emblema mismo de la arquitectura imperial romana. Las cúpulas de hormigón supusieron para Roma lo que las columnas de mármol habían representado para Grecia.

Y la metamorfosis no se circunscribió exclusivamente a la capital.

Con el tiempo, las imponentes y señoriales cúpulas de Roma se convertirían en símbolos de poder y de gloria en todas partes, y así ha venido siendo desde entonces, ya sea en edificios laicos o en templos religiosos, pese a que periódicamente se hayan ideado cambios y mejoras para esa solución arquitectónica. De Roma, la cúpula pasó a Bizancio, y ese imperio de Oriente la transmitiría después a la cristiandad occidental, lo que explica alguna de sus aplicaciones más seculares, como la que puede verse en el Capitolio de Estados Unidos. Además, la cúpula bizantina, junto con la persa, también acabaría ejerciendo su influencia en la arquitectura islámica. Y todo ello se remonta a la época de Nerón.

El más consumado ejemplo del uso del hormigón por parte del hijo de Agripina se encuentra en una pequeña y refinada habitación. En la actualidad, esa cámara yace enterrada bajo una de las colinas de Roma, pero en su día se abría a cielo abierto en la falda de ese mismo monte, y desde luego todavía constituye un monumento digno de los mejores logros de la arquitectura. Se trataba de una sala octogonal coronada por un techo abovedado provisto de una abertura en forma de «ojo de buey» que permitía la entrada de la luz. Unida a la larga serie de aposentos que la rodeaban, la distribución de este espacio supuso una auténtica revolución arquitectónica. Fue sencillamente la joya de la corona del nuevo programa urbanístico emprendido por Nerón tras la extinción del Gran Incendio de Roma. Ese plan de renovación incluía todo un conjunto de disposiciones que, además de ensanchar las calles, ilegalizaron la construcción de paredes medianeras y crearon un sistema para vigilar el nivel de la traída de agua de los acueductos, por no mencionar más que algunos de sus aspectos.

Como primera medida, Nerón ordenó desbrozar cien hectáreas de terreno de la mejor calidad en pleno centro de Roma con el fin de construirse un palacio nuevo. Dio a la mansión el nombre de Domus Aurea, o Casa de Oro, pero en realidad se trataba de un complejo mosaico de estructuras. Nerón trabajó con los mejores arquitectos e ingenieros para alumbrar un edificio simultáneamente elegante, opulento y radical, llamado a ejercer una notable influencia en muchas de las construcciones posteriores. Y, por señalar un extremo algo más pedestre, vale la pena tener presente que las cúpulas de hormigón que él hizo surgir por toda la ciudad eran mucho más

resistentes al fuego que las techumbres de madera.

La Casa de Oro ascendía por la ladera de las colinas que dominan el valle en el que hoy se alza el Coliseo (cuya construcción es posterior). Entre sus características más sobresalientes destaca tanto la presencia de un lago artificial en la cuenca formada al pie de los montes como la existencia de un enorme vestíbulo en la loma situada al oeste del punto en el que se encuentra actualmente el Coliseo. Dicha entrada tenía unas dimensiones ciclópeas, ya que daba cabida a una estatua de bronce de Nerón de más de 36 metros de altura. Completaban la residencia, entre otras cosas, la espléndida fuente del montículo que se eleva al sureste, un palacio y, probablemente, un nuevo conjunto de termas públicas en el cerro noroccidental. El conjunto palaciego era una exhibición de soluciones arquitectónicas innovadoras y estaba decorado con frescos y mosaicos extremadamente refinados. Resultaba tan impresionante como el más grandioso de los estudios cinematográficos, con magníficas vistas al valle y a los montes circundantes. Y uno de sus salones era precisamente el abovedado aposento octogonal del que hemos hablado antes.

Al erigir la Casa de Oro, Nerón estaba proclamando al mundo que ahora se disponía a vivir al fin como un ser humano. Es más que probable que tuviese planeado compartir su nuevo estilo de vida con los habitantes de la ciudad, invitándolos de vez cuando en cuando a disfrutar de algún espectáculo en el lago o animándolos a pasear por el parque. Según refiere Tácito, haciendo tal vez referencia al palacio, Nerón consideraba que la ciudad entera le pertenecía, y por esa razón la usaba íntegramente como si se tratara de un domicilio particular.

LA MUERTE DE NERÓN

Los últimos años del emperador estuvieron marcados por la decadencia y las más extravagantes fantasías. Pese a que muchos lo consideraran una deshonra, el herido pundonor de la capital no fue lo que acabó con su reinado, ya que si los romanos decidieron que

ya había llegado el momento de pasar a la acción fue solo después de comprobar que Nerón había comenzado a convertirse en una amenaza para su vida y sus bienes. Los proyectos arquitectónicos de Nerón, sumados a sus fastuosos juegos y a las generosas dádivas que entregaba a la plebe y a la tropa, constituían una partida de gasto realmente onerosa, y lo mismo cabía decir del coste de la reconstrucción de la ciudad tras el paso del incendio o de las guerras que se estaban librando en Armenia, Britania y Judea. Para atender a las dificultades económicas que todo esto planteaba, Nerón optó por provocar una inflación monetaria. El contenido en plata de las monedas romanas disminuyó en un diez por ciento, aproximadamente, pero la medida se reveló insuficiente. Alguien tenía que pagar los platos rotos. Aunque, en general, el pueblo llano de Roma adoraba a Nerón –aun después del pavoroso incendio sufrido–, el viaje que le había mantenido en la región de Acaya durante un año y medio (tiempo que el emperador había dedicado fundamentalmente a su gira artística) constituyó un gesto inadecuado, ya que demostraba tanta fanfarronería como incompetencia (sobre todo teniendo en cuenta que en el momento en que lo realizó el descontento empezaba ya a fermentar alarmantemente entre las élites más influyentes del Imperio). Como si con eso no bastara, el emperador aun encontró la forma de hacer algo capaz de indignar más a sus oponentes. Mientras continuaba fingiendo mantener luto por Popea, Nerón se encaprichó de un joven liberto que guardaba cierto parecido con ella, así que obligó al muchacho a vestirse igual que su difunta su esposa. Después ordenó que se le castrara y, finalmente, durante su recorrido por Grecia, decidió contraer matrimonio con el efebo. Mucho antes, con ocasión de un festival celebrado en Roma, Nerón ya se había casado con otro liberto. En términos modernos, el emperador era básicamente heterosexual, y además es preciso recordar que mientras duraron estos escarceos homosexuales, Nerón permaneció unido a su tercera esposa.[35] Es probable que uno de esos dos matrimonios con libertos respondiera a una simple parodia (o tal vez lo fueran ambos). No obstante, el público quedó conmocionado al conocer la noticia.

En sus últimos años, Nerón rechazó una propuesta por la que se pretendía construir en Roma un templo a su persona, que por consiguiente tendría que ser divinizada. En su negativa, el

emperador señaló que la idea de adorar al César como a una divinidad, estando todavía vivo, no solo constituía un atentado a las formas de la buena usanza, sino que era de mal augurio. Sin embargo, le encantó el proyecto de cambiar el nombre de abril por el de neroniano, y tenía decidido transformar el de Roma en Nerópolis, lo que suponía un triple insulto para los tradicionalistas romanos, ya que no solo era un extranjerismo, al tratarse de una denominación en lengua griega, sino que borraba la memoria de Rómulo –la figura legendaria que habría fundado la ciudad en el año 753 a. C., según la creencia romana–, y sustituía tan nobilísimo origen por otro que honraba la arrogancia y poseía una aureola revolucionaria.

Por esta época, Nerón, el emperador que todavía no se consideraba totalmente divino, había empezado a experimentar ya los efectos de un prematuro deterioro físico. Su cuello era excesivamente grueso y su vientre muy prominente. Tenía las piernas demasiado delgadas y además el sobrepeso general acentuaba la desventaja de esa flaqueza. Nerón había dejado de ser el joven príncipe que un día fuera.

Al final de su reinado, Nerón perdió el apoyo de las altas esferas y cúpulas jerárquicas de Roma. La provincia de Judea seguía con ánimo levantisco. Y otras regiones del Imperio se mostraban más que irritadas por tener que pagar los extravagantes despilfarros de Nerón. Los generales del ejército habían dejado de confiar en un emperador que recompensaba sus éxitos con el patíbulo. Y, cuando los generales sienten miedo, los soldados parten a la carga. En la primavera del 68 llegaron malas noticias de las comarcas occidentales: había estallado una rebelión entre los pueblos gálicos encabezada por un noble que había servido a Roma como gobernador de la Galia Lugdunense (que comprendía los territorios del centro y el oeste de la actual Francia). Pese a que las tropas leales de Germania consiguieron sofocar la revuelta, no tardarían en asomar nuevos problemas por el horizonte. Las tropas acababan de proclamar emperador al gobernador de la Hispania Tarraconense (grosso modo, la España mediterránea, aunque en realidad llegaba hasta Galicia). Dando muestras de prudencia, el interesado dejó que fuese el Senado el que zanjara la cuestión. Se trataba de Servio Sulpicio Galba, un eminente y acaudalado aristócrata romano.

Galba, que era un hombre muy bien relacionado, contaba asimismo con una gran reputación; por no mencionar que también mandaba las tropas necesarias para una rebelión en toda regla. Tiempo atrás había sido también, entre otras cosas, uno de los favoritos de la corte de Livia.

Parece que, al final de su vida, Nerón optó por refugiarse en sus propias fantasías. Hablaba de presentarse en la Galia y recuperar el control de la zona cantando a las tropas. Después comenzó a asegurar a todo el mundo que iba a trasladarse a Alejandría para convertirse en cantante profesional. El 8 de junio del 68, el Senado lo declaraba enemigo público de Roma, y la guardia pretoriana le daba la espalda.

Nerón huyó entonces de la capital. Al día siguiente, 9 de junio, abandonado por todos salvo por sus más acérrimos defensores, Nerón se suicidaba justo a las puertas de la ciudad. En el momento en el que ya se disponía a quitarse la vida, el hombre que un día supervisara la reconstrucción de Roma ordenó a los pocos compañeros que todavía permanecían a su lado que prepararan una pira funeraria y «abrieran en su presencia una fosa adaptada a la medida de su cuerpo» para enterrar sus cenizas. Según refiere Suetonio, una de sus últimas frases fue: «¡Qué gran artista perece conmigo!». De ser efectivamente cierto que pronunció esas palabras, hay que tener presente que su significado podría no ser el que parece, ya que la voz latina con la que se designaba al «artista» era la misma que la empleada para denominar al «artesano». Existe por tanto la posibilidad de que lo que realmente quisiera decir Nerón no fuese que seguía siendo un gran creador, sino más bien que tuviera que rebajarse ahora, habiendo sido en su día tan magnífico autor, a dar instrucciones a sus criados.

De haber sido esa su intención, no tenía verdaderos motivos para preocuparse, ya que sus fieles «nodrizas Egloge y Alejandría y su concubina Acte» depositaron sus restos en un lugar más digno, aunque desde luego no el que hubiera deseado un emperador. Nerón fue el primer y único miembro del linaje imperial al que se le negó sepultura en el mausoleo de Augusto. Tras la incineración, sus cenizas acabaron en una tumba de la cripta de la familia de su padre biológico, situada en el monte Pincio, extramuros de la

ciudad. Nerón, que había accedido al trono entre grandes vítores y aclamaciones, dejó el mundo como un apestado al que ni siquiera se daba acogida en el sepulcro dinástico que le hubiera correspondido.

Entretanto, Galba, que acababa de enterarse de la muerte de Nerón y de que tanto el Senado como la guardia pretoriana lo habían proclamado emperador, emprendió la marcha para presentarse en Roma. Sin embargo, su reinado iba a durar apenas siete meses.

LA CAÍDA DE LA CASA DE CÉSAR

A pesar de sus muchos vicios y defectos, Nerón había desempeñado bastante bien algunos de los cometidos propios de su cargo. Consiguió el respaldo del pueblo llano. Desarrolló notablemente la arquitectura de la capital. Fue un extraordinario promotor teatral. Impulsó un auténtico renacimiento de la cultura romana. Amaba todo cuanto procedía de Grecia y obtuvo el apoyo del Oriente grecolatino. Y también debería recordarse que en los cinco primeros años en que ejerció el poder contó asimismo con el favor del Senado.

¿En qué falló entonces Nerón como político? Al nombrar gobernador a un incompetente provocó una gran revuelta en Judea. Al confiscar las propiedades de los ciudadanos desató un levantamiento en las provincias occidentales. Y finalmente atizó el surgimiento de conspiraciones y motines tanto al perseguir y ejecutar a los enemigos que se había ganado entre las élites como al desacreditarse con su conducta personal ante los integrantes de esas altas esferas.

Nerón, que fue a un tiempo el emperador más culto y cruel que jamás haya conocido Roma, destaca también por haber sido uno de los últimos miembros de la antigua nobleza romana en acceder al trono. Si exceptuamos el breve reinado de Galba, tras su desaparición habrían de transcurrir cerca de doscientos años para ver ascender al poder a otro emperador perteneciente a esa rancia aristocracia romana.

Los predecesores de Nerón, todos ellos aristócratas, tuvieron un carácter mucho más marcial, y en ocasiones hasta más desquiciado, pero ninguno de ellos alcanzó su magnificencia. Y desde luego nadie pudo igualar su exhibicionismo.

El suicidio de Nerón puso en peligro el futuro de la monarquía romana. Para salvar Roma, Augusto la había sometido al yugo de un único gobernante. Desde entonces, todos los emperadores habían sido descendientes biológicos directos de Augusto, parientes de sangre como su sobrino-nieto Claudio o hijos adoptivos de aquel gran iniciador dinástico. Augusto lo había apostado todo al honor de la familia. La suerte del principado, su triunfo o su desmoronamiento dependían de los valores familiares, y Augusto confiaba en que su obra perdurara. Pero se había dejado llevar por un exceso de optimismo.

A diferencia de Nerón, Galba no era pariente de Augusto, pero tampoco quedaba ya ningún varón que fuese descendiente del fundador del Imperio. Consciente de que él mismo no tenía herederos directos, y atemorizado ante la amenaza de sus potenciales rivales, Nerón los había matado a todos.

Ninguno de los miembros del linaje de Augusto había conseguido igualar su éxito. A Tiberio no solo le faltaba carisma, tampoco sabía seducir a sus colaboradores, por no mencionar que también carecía de tacto. Germánico, sobrino y heredero de Augusto, poseía todas esas cualidades, pero no el sólido sentido común de Tiberio, y además había muerto antes de poder aspirar realmente al poder, como sabemos. Los tres miembros de la familia de Germánico que siguieron los pasos de Tiberio en el trono no estaban preparados para ejercer el mando de un Imperio, ya que, en el momento de su encumbramiento, tanto Calígula como Claudio y Nerón se hallaban desprovistos de toda experiencia administrativa y tampoco se habían puesto nunca al frente de un ejército. Las presiones de la vida dinástica los convertirían en individuos megalómanos, despilfarradores y asesinos, con el agravante de que el grueso de las personas que liquidaron formaba parte de la nobleza, con lo que también aceleraron el declive del Senado.

El cadáver de Nerón yacía en su tumba, pero su espíritu iba a continuar presente en los siglos de la Roma imperial. En el pasado,

Augusto no solo había logrado dominar a la vieja y belicosa República, sino reorientar también sus esfuerzos en la doble causa del Imperio y la paz. Sin embargo, había dejado sin responder una pregunta crucial: la de qué hacer con el incansable ánimo conquistador de Roma. Y fue Nerón quien encontró una respuesta: era preciso encauzar esa energía por la senda del placer. Sin embargo, este emperador de vocación artística, al ser un hombre carente de sentido práctico y dominado por anhelos excesivamente apremiantes, se reveló tan incapaz de ver los límites de su poder como de preocuparse por quien habría de pagar el precio de sus dislates. Tampoco se percató de que la llamada del honor seguía latiendo con fuerza en el corazón de los romanos. Las élites no estaban dispuestas a tolerar en modo alguno que los gobernara un auriga con ribetes de actor y pasiones de incendiario, máxime si además había asesinado a su madre y a su esposa.

Pocos sucesores de Nerón se atreverían a someter la paciencia de sus contemporáneos a las duras pruebas que Nerón había planteado a los suyos y, en los casos en que se animaron a hacerlo, su veleidad daría rápidamente un resultado fatal. No obstante, en todo lo relativo a conceder una creciente importancia a los espectáculos y las diversiones, hemos de reconocer que en todos los futuros emperadores de Roma pervivió siempre parte del ímpetu de Nerón.

Roma se encontraba ante un problema que exigía una solución urgente: ¿podría el Imperio proseguir su marcha sin la casa de César? Una Roma sin César... Transcurrido un siglo de paz desde que se librara la batalla de Accio, la ciudad se estremecía ante la sola idea de lo que podía ocurrir.

Capítulo 4

Vespasiano

EL PLEBEYO

Perfil de Vespasiano en un denario de plata. © nevio/Shutterstock

El año 67, el ejército romano se hallaba enfrascado en los duros combates que debía librar si quería reconquistar la provincia rebelde de Judea. Al frente de las legiones se hallaba uno de los generales más experimentados del imperio, Tito Flavio Vespasiano, que además había sido uno de los conquistadores de Britania. Vespasiano, como le conocemos actualmente, era un militar de pura cepa que caracoleaba a lomos de su montura entre los integrantes de las columnas de caballería del ejército cuando este emprendía la marcha, mezclándose con los hombres y poniendo buen cuidado en

garantizar todo posible su seguridad y su bienestar cuando ordenaba avanzar. En una ocasión en que uno de los defensores de las murallas de una ciudad de Galilea le alcanzó con una flecha en la planta del pie, las legiones contuvieron la respiración. Sin embargo, al ser simplemente una herida superficial, el general, que ya había cumplido los cincuenta y siete años, se puso en pie para mostrar a sus hombres que se encontraba bien, y su gesto los animó a luchar aun con más denuedo. Era un hombre pausado, constante e imperturbable. Según uno de los autores que nos informan de su vida, estaba en todo a la misma altura que los grandes generales de los viejos tiempos, salvo por su avaricia. Aunque, como veremos, es posible que esa crítica se debiera sencillamente a un afán de mofa aristocrático.

En noviembre del 67, Vespasiano, que había penetrado en Gamala –una pequeña población fortificada de los insurrectos que dominaba el mar de Galilea desde una abrupta escarpadura– se vio súbitamente sometido al asalto de las tropas judías. Los romanos habían irrumpido a viva fuerza en la plaza, pero casi inmediatamente chocaron con el escollo de un terreno desconocido y traicionero, pereciendo sepultados por las casas en que se refugiaban, que acabaron viniéndose abajo debido al peso de los muchos legionarios que se atrincheraron en ellas. Como general al mando, Vespasiano participó en las peores embestidas. Ordenó a sus hombres que unieran los escudos para armar el testudo, formación que les permitía protegerse. Gracias a esa estrategia, los soldados y su comandante consiguieron retirarse sin mayores contratiempos, retrocediendo de cara al enemigo y sin volverle la espalda hasta no llegar a lugar seguro, extramuros del baluarte. Después Vespasiano procedió a reagrupar a sus hombres, cosa que, días después, le daría finalmente ocasión de tomar la ciudad. Así era el robusto y correoso militar al que Nerón había confiado su ejército.

En el verano del 68, cuando Vespasiano lo tenía todo dispuesto para iniciar el asedio de Jerusalén, llegó de pronto la noticia de la muerte de Nerón. Por consiguiente, el general interrumpió todas las operaciones en curso en espera de recibir instrucciones del nuevo gobierno. Sin embargo, antes de que pudiera volver a ponerse en marcha la pesada maquinaria de guerra romana, el mundo dio varias vueltas sobre su propio eje y, cuando las convulsiones se

detuvieron al fin, Vespasiano se vio elevado a la cima.

Si Nerón se había visto abocado al suicidio había sido a causa de la desafiante actitud del Senado y de la agitación del ejército, cada vez más decidido a amotinarse. Todo el mundo coincidía en que era necesario un cambio de política, pero respecto a la identidad de la persona que pudiera venir a ocupar eventualmente el trono –o incluso en lo tocante a la idea de si Roma debía regirse o no por medio de un emperador– el único consenso giraba en torno a la convicción de que debía dejarse que la espada tuviera la última palabra.

Transcurrido un siglo desde que se instaurara la Paz Augusta, el silencio de las armas había llegado a su fin. La nueva realidad hablaba en términos bélicos, así que la guerra se extendió con furia de la Galia a Judea, pasando por Germania y la mismísima península itálica. Fue un período de batallas campales, saqueos, asedios y combates urbanos. Dos de los santuarios más venerados del Imperio –el Segundo Templo judío de Jerusalén y, ya en Roma, el templo de Júpiter Óptimo Máximo, o templo de Júpiter Capitolino– quedaron reducidos a escombros. Y, como si de algún modo se hubiera querido señalar con un punto de exclamación tan convulsa era, poco después de que se consiguiera restaurar la paz, Italia quedaba marcada por el más pavoroso desastre natural de toda su historia.

El año 69 se conoce como el de los cuatro emperadores. Tras el suicidio de Nerón, ocurrido el 9 de junio del 68, como acabamos de ver, cuatro hombres habrían de ocupar sucesivamente el trono. Los tres primeros desaparecieron tan rápidamente como habían llegado: Servio Sulpicio Galba (que reinó entre el 24 de diciembre del 68 y el 15 de enero del 69), Marco Salvio Otón (15 de enero al 16 de abril del 69) y Aulo Vitelio Germánico (16 de abril al 22 de diciembre de ese mismo año). Únicamente el cuarto, Vespasiano, conseguiría prolongar su estancia en el poder. Y, de hecho, fue el fundador de una nueva dinastía.

Y desde luego, este cuádruple ascenso a la máxima jerarquía del estado estuvo plagado de novedades, al menos según lo que por entonces era habitual entre los romanos. Si el nombramiento de todos los emperadores precedentes había tenido lugar en Roma, tres

de los cuatro recién llegados alcanzarían la cumbre en las provincias: Galba en Hispania, Vitelio en Germania y Vespasiano en Egipto. Fueron también los primeros emperadores que salieron elegidos por aclamación de sus legiones. Según cuenta el historiador Tácito, al decidir las legiones de Hispania que las riendas del Imperio debían quedar en manos de Galba, «se hizo del dominio público que podía elegirse emperador en un lugar distinto de Roma, cosa que hasta entonces se había mantenido en secreto».

Los romanos esperaban que sus gobernantes gozaran del prestigio derivado de una noble cuna. Y así fue en todos los casos, fuera cual fuese la vía que les hubiera permitido alcanzar la condición de aristócratas, hasta la llegada de Vespasiano. Fue el primer dominador de Roma no enraizado en la nobleza. El primer plebeyo en residir en el monte Palatino. El primer emperador del pueblo llano. Las fuentes clásicas están repletas de relatos sobre su eminente carácter pedestre y práctico. Según refiere una de esas anécdotas, en una ocasión, al acudir a entrevistarse con él el comandante de una unidad de caballería empapado en perfume, el emperador lo rechazó con esta frase: «Habría preferido que hubiera olido a ajo»; dicho de otro modo, a Vespasiano le agradaba más que sus oficiales fuesen viriles y toscos que blandos y cultivados.

En el árbol genealógico de Vespasiano no figuraba ningún antepasado directo que hubiera pertenecido al Senado. Era lo que los romanos denominaban un «hombre nuevo» (novus homo), y hemos de tener en cuenta que, para ellos, a diferencia de lo ocurre en el Occidente actual, la expresión «de última generación, y por consiguiente mejor», constituía una contradicción en los términos. Juzgaban mucho más acertada la noción de «viejo y, por tanto, evidentemente capaz de superar la prueba del tiempo». El camino de palacio podía resultar sumamente arduo para uno de esos recién llegados, pero, a pesar de todo, Vespasiano decidió internarse por esa difícil senda.

UN HOMBRE VENIDO DEL PAÍS DE LOS SABINOS

Los ríos de la región de los montes Sabinos, situada al noreste de Roma, recorren una exuberante y verde campiña tachonada de bosques frondosos. Estas corrientes fluviales se vierten en el Tíber, y en los tiempos antiguos contribuían a las crecidas que solían inundar, en la primavera y el otoño, las zonas bajas de la capital, un azote que los modernos diques han conseguido yugular. Nadie tenía forma de saber a ciencia cierta lo que podía bajar por el cauce del río desde las elevaciones sabinas, pero el 17 de noviembre del año 9 lo que trajeron las aguas fue a un chiquillo destinado a convertirse en emperador.

Se le había impuesto al nacer el nombre de Tito Flavio Vespasiano, y había venido al mundo en una aldea próxima a la ciudad sabina de Reate (hoy Rieti). Las raíces de Vespasiano lo unieron siempre al suelo de la Italia rural y le imbuyeron de su plácido buen sentido. La tierra de los sabinos estaba surcada por carretas de mulas y arados movidos por yuntas de bueyes; una región mecida por el tintineo de las campanillas de las cabras y el abrumador chirrido de las cigarras, un lugar de tórridas tardes veraniegas y helados manantiales de primavera. La comarca resumía a tal punto la quintaesencia de cuanto consideramos italiano que el lago de Cutilias,[36] no lejos de Reate, era tenido entonces por «el ombligo de Italia».

De acuerdo con la tradición, los sabinos se cuentan entre los primeros rivales de Roma, aunque no tardaron en convertirse en fieles aliados. La leyenda habla del «rapto de las sabinas» y explica que los primitivos romanos –un grupo esencialmente integrado por varones que necesitaban esposas para no extinguirse– secuestraron a las mujeres de la tribu de los sabinos. Estos, ultrajados por la acción, se pusieron en pie de guerra, pero en el momento en que iba a librarse la batalla final, las sabinas, ya casadas con los romanos, se interpusieron entre los contendientes y lograron la paz argumentando que, si la victoria de los unos las obligaría a perder a sus padres y hermanos, el triunfo de los otros supondría la muerte de sus maridos e hijos. También Vespasiano acabaría siendo un promotor de la paz, aunque de un tipo muy distinto.

La familia de Vespasiano, a la que se conocía con el nombre de los Flavios, estaba formada por un grupo con notable capacidad para

ascender en la escala social. Uno de sus primeros y más señalados logros consistió en amasar una gran fortuna durante las guerras civiles del último período republicano. Su padre fue recaudador de impuestos en el Asia Menor y más tarde prestamista en la Galia. Vespasiano heredó el interés de su padre por la economía, cosa que, andando el tiempo, le resultaría extremadamente útil como emperador. No obstante, parece que fueron las mujeres de la familia las que insuflaron grandes ambiciones a Vespasiano y a su hermano mayor, Flavio Sabino (en latín, su nombre –Flavius Sabinus– significa literalmente «Flavio el Sabino»).

Teniendo en cuenta que los romanos concedían un gran valor a la relación que mantenían con sus madres y abuelas, es posible que Vespasiano hiciera más hincapié de lo normal en esta faceta de la psicología latina (al menos en público). Por ejemplo, siendo ya emperador, ponía gran cuidado en hacer periódicamente visitas a la finca de sus abuelos. Y, según se dice, su abuela había sido la encargada de criarlo en su juventud, durante el tiempo que su padre había debido pasar en la Anatolia.

Se asegura también que su madre, Vespasia, fue una de las figuras clave de su adolescencia. Era hija de un caballero romano que había hecho carrera como oficial del ejército. Más importante resultaba aún que su hermano fuese senador y que deseara que los dos hijos de Vespasia siguieran sus pasos. Su primogénito, Flavio Sabino, no se hizo de rogar y se elevó al rango de cuestor, con lo que automáticamente conseguía acceder también al Senado. Sin embargo, su hermano Vespasiano se mostraba mucho menos dispuesto a aceptar ese porvenir. Su primer intento consistió en dedicarse a las finanzas, como su padre, pero acabó cambiando de opinión. Las fuentes indican a continuación que, para vencer sus reticencias, Vespasia lo azuzaba más a fuerza de reproches que interesándose en sus preferencias, razón por la que lo llamaba a menudo anteambulo[37] de su hermano, es decir, «lacayo», según una expresión acuñada por asociación de ideas con el esclavo que precedía a su amo para abrirle paso entre la gente.

Ya fuera a causa de los insultos de su madre o por alguna otra razón, lo cierto es que Vespasiano decidió finalmente seguir la misma senda que su hermano. En torno al año 35, a los veinticinco

de su edad, también Vespasiano salió elegido cuestor, iniciando así su carrera como senador de Roma. Una vez definido el rumbo, Vespasiano continuó progresando con la inflexible determinación de un mulero de la Sabinia obligado a arrear a su bestia de carga por la empinada y angosta trocha de un paso de montaña. Era un joven fuerte y sano, de buena complexión y notable vigor, pero sin particular atractivo. De carácter directo y sencillo, nuestro fornido plebeyo asomaba al mundo con el semblante de un perro de presa y los modales de un soldado.

Corrían los últimos años del reinado de Tiberio y, como hombre de estrella ascendente en la Roma imperial, Vespasiano no dudaría un solo instante en hacer cuanto fuera preciso para subir los peldaños de la escala social. Aduló sin paliativos al tiránico Calígula y se puso de su lado en sus enfrentamientos con el Senado. No se quejó cuando Calígula ordenó a sus soldados que cubrieran de lodo los pliegues de su toga pretexta (y es posible que en este caso la palabra «lodo» sea un eufemismo de algo peor) por «no haberse preocupado de que barrieran las calles», pese a ser precisamente una de sus responsabilidades como funcionario público.[38]

En el año 39, Vespasiano convenció al Senado de que le negara sepultura a un hombre que había sido condenado por conspirar contra Calígula. Con este gesto, Vespasiano consiguió que el emperador lo invitara a cenar, aunque el banquete iba a tener un alto coste para él, ya que le granjeó el imperecedero odio de Agripina la Menor. Pese a ser hermana de Calígula, Agripina no solo había participado en la conjura, sino que era probablemente amante del convicto.

EL ESCLAVO QUE ME AMÓ

Vespasiano contrajo matrimonio con una mujer sin especial relieve, quizá porque el enlace se produjo en la época en que seguía pensando en hacer carrera en las finanzas, dado que lo normal era que los senadores consiguieran casarse con los mejores partidos y acrecentar con ello su rango social. Su esposa, Flavia Domitila,

había sido abandonada al nacer. Quienes la recogieron la educaron como esclava. Sin embargo, al cabo de un tiempo, su padre biológico consiguió elevar con éxito una demanda en su favor y obtener de ese modo su libertad. Vespasiano tuvo con ella dos hijos, Tito (que vino al mundo en el 39) y Domiciano (nacido en el 51); y una hija, que también recibió el nombre de Flavia Domitila (cuyo nacimiento se produjo en torno al año 45).

Entretanto, Vespasiano dio un clarividente paso en su carrera al hacer buenas migas con Antonia Cénide, una de las mujeres más poderosas de la corte imperial. Lo más probable es que su relación comenzara en torno al año 35, en una época en la que Vespasiano rondaba los veintiocho o veintinueve y en la que Cénide debía de tener como mínimo treinta o treinta y uno. La joven no pertenecía en modo alguno a la familia del emperador, y de hecho había iniciado su andadura política como esclava de la corte. Su nombre parece indicar que era de origen griego, y es posible que procediera de la ciudad de Histria, situada en la costa occidental del Ponto Euxino (es decir, el actual mar Negro), ya que sabemos que visitó la zona en una ocasión. No ha llegado hasta nosotros una sola descripción del aspecto que podía tener, pero el brillo de su inteligencia y ambición sí que ha perdurado. Era una mujer de gran talento, que poseía a un tiempo agudeza y audacia, además de una memoria que hoy calificaríamos de fotográfica. Puede que la estatua sedente de Agripina la Menor, que se encuentra en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles, se inspire en parte en nuestra protagonista. La cabeza de la imagen, labrada evidentemente en el período flaviano, a juzgar por el modo en que lleva recogido el cabello, nos muestra a una mujer de penetrante mirada y rodeada por un halo de grave dignidad.

Cénide lograría llamar la atención de una de las mujeres con más poder de toda Roma: Antonia la Menor, hija de Octavia y Marco Antonio, esposa del hermano del emperador Tiberio, madre del gran Germánico y de Claudio y abuela de Calígula. En los últimos años de su vida, esta Antonia se haría acreedora del honroso título de Augusta. Cénide fue su secretaria personal. Si lo que afirman las tradiciones posteriores es exacto, Antonia confió a Cénide la arriesgadísima misión de revelar al emperador Tiberio la conspiración que Sejano estaba organizando contra él. Antonia y

Cénide salieron airosas de ese envite y Tiberio consiguió descabezar la conjura. Por esa labor, Cénide recibió una merecida recompensa: al fallecer Antonia, el primero de mayo del año 37 (o quizá antes), se le concedió la libertad (por disposición de la propia Antonia), convirtiéndose así en lo que los romanos denominaban una «liberta».

Pese a que Vespasiano terminara por zanjar su aventura amorosa con Cénide, es probable que ella continuara promoviendo su carrera, ya que contaba con amigos en posiciones sumamente encumbradas, casi todos ellos vinculados con Antonia y Claudio. Uno de esos amigos era Lucio Vitelio el Mayor, padre del futuro emperador Aulo Vitelio Germánico (anterior a Vespasiano). A su condición de diplomático y general de éxito, este Vitelio añadía la de consumado maestro del arte de la supervivencia, ya que no solo se las arregló para actuar como poder en la sombra en tiempos de tres emperadores, sino que logró asimismo la nada desdeñable hazaña de morir por causas naturales y de recibir un funeral de Estado. Y aun cabe señalar un detalle más a la biografía de Vitelio, ya que fue él quien se encargó de destituir a Poncio Pilato, el conocido gobernador de Judea que condenó a Jesús y que era detestado por la población. En el caso de Vespasiano, los buenos oficios de Vitelio contribuirían a que se le otorgara el cargo de cónsul en el año 51.

En el año 41, al acceder al trono Claudio, hijo de Antonia, como acabamos de comentar, Vespasiano vio cómo se le abrían nuevas puertas en la corte. Entre otras cosas, el secretario personal de Claudio, que también era un liberto como Cénide, pasó que ser uno de los hombres más influyentes del Imperio. Este liberto favoreció a Vespasiano, así que surge inmediatamente la pregunta de si Cénide no los habría presentado. Sea como fuere, el secretario del emperador consiguió que se le concediera a Vespasiano el mando de una legión, un cargo que además llegaba en un momento perfecto para el ambicioso y joven Vespasiano, ya que Claudio estaba a punto de embarcarse en una expedición destinada a conquistar Britania. Al final, se tardarían décadas en dominar la isla, en un proceso jalonado por un gran número de reveses, pero Claudio logró unos cuantos éxitos claros. Y lo mismo cabe decir de Vespasiano, que se distinguió en la campaña del 43, junto con los

otros tres comandantes de las legiones romanas.

Vespasiano se zambulló de este modo en el universo de las legiones. Se trataba de un mundo regido por las jerarquías, la severidad, una disciplina implacable y un empuje terriblemente enérgico que lo impregnaba todo, ya fuera en el praetorium (es decir, la tienda del campamento en la que tenía su residencia el general durante una campaña), en el campo de batalla, en las murallas enemigas o entre las ruinas de las ciudades vencidas. El aire vibraba con el grave alarido de las trompas y el aullido de los soldados; el sordo impacto de los picos y las palas con las que se abrían las trincheras puntuaba el día a día, acompañado por la apagada resonancia de los cascos de los caballos, el rítmico martilleo de las tropas que marchaban en columnas de seis en fondo, hombro con hombro, el estruendo del entrechocar de lanzas y escudos, el fragor metálico de las espadas y el siniestro silbido de las flechas. Todo ello aderezado por el febril disparo de las catapultas, los alaridos de dolor y los gemidos de quienes caían aplastados por las enormes piedras que lanzaban y los rugidos y las ovaciones que señalaban la victoria, coronada por muestras de elocuencia y diversos tipos de alegato, entre nubes de moscas y el desapacible chirriar de los hambrientos buitres que se abalanzaban sobre los cadáveres tras los enfrentamientos.

En los cuatro años que duraron las operaciones que dirigió, Vespasiano conquistó buena parte del suroeste de Britania, aunque para ello hubo de avanzar por regiones de colinas onduladas cortadas por los profundos barrizales de unos valles saturados de niebla y cubiertos de una densa vegetación. Libró treinta batallas, en algunas de las cuales tuvo que organizar campañas mixtas por tierra y por mar, se apoderó de veinte fortines encaramados en lo alto de los cerros y sometió a dos tribus. «Fue el principio de lo que los hados iban a depararle», escribirá el historiador Tácito, que concluye con esta reflexión: «Vespasiano se dio conocer a su destino».

Más aún: también se dio a conocer en Roma. Aunque solo se permitía celebrar un triunfo a los miembros de la familia imperial, Vespasiano consiguió un honor casi equiparable, cuya importancia cedía únicamente ante esa solemne entrada en Roma reservada en exclusiva a los emperadores y su linaje, ya que se le concedieron

«honores triunfales»; es decir, el privilegio de llevar vestimentas triunfales en público y de que se le erigiera una estatua de bronce en el Foro de Augusto y otra en su propio domicilio. Obtuvo asimismo dos sacerdocios y, como ya hemos dicho, el consulado del año 51.

Entretanto, el hermano de Vespasiano, Flavio Sabino, obtenía éxitos todavía más resonantes. Tras prestar también él servicio como comandante de los ejércitos enviados a Britania, acabó en los Balcanes, convertido en gobernador provincial. Poco después era nombrado prefecto de la ciudad de Roma, un puesto que habría de conservar por espacio de once años y que lo convertiría en el orgullo de la familia. Vespasiano tendría que esperar hasta el año 63 para obtener la gobernación de una provincia, en el norte de África, pero después hubo de regresar a casa. Y, aunque volvió aureolado de la clara reputación de hombre honesto, lo cierto es también estaba sin blanca. Hubo rumores de que se dedicó al negocio del transporte, en el que hubo de movilizar a las mulas que tanta fama habían dado a su localidad natal de Reate. Se trataba de una actividad muy rentable, pero desde luego estaba muy por debajo de la dignidad de un senador.

Es posible que la suerte de Vespasiano se resintiera debido al hecho de haber respaldado en las altas esferas al hombre equivocado y convencido al Senado de negar sepultura a aquel convicto que había sido amante de Agripina la Menor. En tiempos del reinado de Claudio, Vespasiano había gozado de una notable influencia, tanta como para conseguir que su hijo Tito se educara en palacio, en compañía de Británico, el hijo del emperador. Tito y Británico estudiaban las mismas materias y tenían los mismos preceptores.

Sin embargo, Claudio se casó en segundas nupcias con Agripina, con lo que la posición de Tito comenzó a resultar peligrosa, debido al rencor que esta guardaba a Vespasiano. Durante la comida que resultaría ser la última de Británico, Tito se encontraba reclinado sobre un diván, justo al lado del hijo del emperador, que fallecía poco tiempo después del banquete. Se murmuró que la causa de la muerte había sido la administración de un veneno y que Tito también había ingerido parte del tóxico y se había puesto enfermo, pero se trata de un rumor que no hay forma de verificar. Es

evidente que Tito sobrevivió.[39]

Sin embargo, Vespasiano era un político demasiado inteligente y valioso como para dejar que se le mantuviera mucho tiempo apartado del poder.

LA REVUELTA DE JUDEA

Los últimos años del reinado de Nerón habían supuesto un baño de sangre para la aristocracia romana. El descubrimiento de una larga serie de conspiraciones había dado pie a las correspondientes ejecuciones y forzado el suicidio de un gran número de políticos, generales e intelectuales de renombre. Sin embargo, Vespasiano y su familia consiguieron prosperar. Agripina había desaparecido, asesinada por orden de Nerón, de modo que ya no se interponía en el camino de Vespasiano. Andando el tiempo, este aseguraría haberse opuesto a la tiranía de Nerón. Divulgó la idea, por ejemplo, de que el emperador se había negado a admitirlo en su presencia tras comprobar que se había quedado dormido durante una de sus actuaciones. Pero no debemos olvidar que Vespasiano era demasiado ambicioso para arriesgarse a plantear una verdadera oposición. Lo que sí hizo en cambio fue cortar toda relación con los senadores que se oponían a Nerón. Por esa misma época, el hijo de Vespasiano, Tito, se divorciaba de Marcia Furnila, su segunda esposa, que era sobrina de un anciano senador que acababa de ser acusado de traicionar a Nerón y obligado a quitarse la vida.

Nerón recompensó esas muestras de lealtad. En el año 66, al levantarse en armas la provincia de Judea, el emperador nombró a Vespasiano comandante de las tres legiones enviadas a sofocar la rebelión. También le dio permiso para entregar el mando de uno de esos contingentes al joven Tito, que por entonces contaba veintiséis años de edad, a pesar de que el rango militar de Tito fuese todavía muy modesto y de que esos binomios padre-hijo resultasen extremadamente raros. El hecho de que a un general ambicioso y de notable éxito pudiera ocurrírsele la idea de marchar contra Roma era un elemento que debería haber preocupado a Nerón, pero el

artista que ocupaba el trono consideró que Vespasiano no habría de plantearle ningún quebradero de cabeza, dado que aquel arriero de la Sabinia carecía del linaje preciso para optar a la dignidad de emperador.

Judea llevaba ya varias décadas soportando el yugo de la opresión romana, que no solo imponía a la provincia fuertes gravámenes y derechos de aduana, sino que la ahormaba con el doble instrumento de un ejército de guarnición acantonado en Jerusalén y de una política centrada en favorecer sistemáticamente a las comunidades no hebreas de la región. Además, los diferentes ultrajes que los romanos habían infligido al Templo de Jerusalén confirmaron entre los judíos la impresión de que Roma era un «reino de arrogancia».[40] Los judíos más pobres estaban muy irritados con las clases altas de su propia sociedad, ya que estas eran favorables a los romanos, así que entre la población de Judea había más de un Robin Hood esperando el momento más propicio para intervenir.

La hora llegó al fin al constatarse que el gobernador romano se había apropiado de una gran cantidad de plata perteneciente al Templo, probablemente para cubrir el importe de los impuestos pendientes. Los descontentos se amotinaron. Dejaron de ofrecer sacrificios destinados a propiciar la prosperidad del pueblo de Roma y del emperador, aplastaron a la guarnición romana destacada en Jerusalén, derrotaron al contingente de refuerzo que acudió a la zona por orden del gobernador de Siria y declararon la independencia de Judea. La zona quedó sumida en el caos como consecuencia de los enfrentamientos entre judíos y no judíos. Fue entonces cuando Nerón decidió enviar a Vespasiano para frenar tal agitación.

Valiéndose de la experiencia que había acumulado en Britania, el comandante comenzó a capturar metódicamente todas las ciudades fortificadas que jalonaban las escarpadas extensiones de Galilea. Dedicó a esa tarea parte del año 67, y al siguiente inició el asalto de Jerusalén, conquistando para ello, uno tras otro, los baluartes que rodeaban la plaza. Así comenzaba también la durísima campaña militar con la que arrancábamos este capítulo y se empezaba a recorrer el camino conducente a Jerusalén, hasta que el suicidio de Nerón frenó en seco los ímpetus de Roma.

Entre las decenas de miles de prisioneros que tomó Vespasiano en Galilea se encontraba Yosef ben Mattityahu,[41] el gobernador judío de la provincia, designado por los propios rebeldes. Su destino era sombrío, ya que debía ser trasladado a Roma para su ejecución, pero él encontró la manera de esquivar la muerte. Profetizó que Vespasiano acabaría siendo emperador. Poco después, al aclamar las legiones al general y elevarlo efectivamente al trono, Yosef se vio libre de las cadenas. Pese a que algunos romanos continuaran convencidos de que el antiguo preso iba a actuar como espía de los judíos, Vespasiano y Tito lo juzgaron útil. Al terminar la guerra, Yosef acabó en Roma, alojado en palacio y protegido por el César y su hijo. Adquirió la ciudadanía romana, adoptó el nombre de Flavio Josefo y escribió una detallada crónica de la rebelión; historia que, por suerte, ha llegado hasta nosotros.

AÑO 69: VESPASIANO INICIA EL CAMINO AL TRONO

Nerón se suicidó en junio del 68, y Galba, el nuevo emperador, se presentó en Roma en octubre de ese mismo año. Sin embargo, Galba no tardaría en incomodar prácticamente a todo el mundo. Rondaba ya los setenta, así que era un aristócrata de avanzada edad cuya competencia como político resultaba casi tan reducida como elevado su linaje. Ofendió rápidamente al Senado, se mostró tacaño con los soldados y el pueblo, y se equivocó tanto al escoger a sus amigos como al señalar a sus enemigos. «En opinión de todos», sentencia agriamente Tácito, Galba «era perfectamente capaz de desempeñar la dignidad imperial, o eso se habría pensado si no la hubiera conseguido de hecho».

El 2 de enero del 69, las legiones del Bajo Rin (es decir, del sur de Holanda y del norte de la Renania alemana) se rebelaron y nombraron emperador a su comandante, Vitelio, hijo de ese romano que, según hemos visto anteriormente, había conseguido actuar como poder en la sombra en tiempos de tres emperadores. Había sido justamente Galba quien lo había designado. Poco después, amanecía el 15 de enero de ese año: un día llamado a revelarse particularmente agitado para la capital del Imperio. La guardia

pretoriana elevó a la dignidad imperial a Otón, Galba pereció asesinado en el Foro y el Senado confirmó el nuevo título de Otón, todo ello concentrado en una misma jornada. Tres meses después, el 14 de abril, las tropas que lideraban los aliados de Vitelio derrotaban al ejército de Otón en el norte de Italia. Otón se suicidó y, acto seguido, a mediados de julio, Vitelio entraba victorioso en Roma. Y a todo esto, Vespasiano permanecía a la espera, ocupado en preparar su jugada.

A pesar de haber jurado lealtad a Galba, Vespasiano había dejado de confiar en él al constatar que había apartado a su hermano Flavio Sabino del cargo de prefecto de Roma. En diciembre del 68, Vespasiano instó a Tito a presentarse rápidamente en la capital para zanjar el asunto, pese a que el viaje lo obligara a efectuar una peligrosa travesía marítima en pleno invierno. Entonces, apenas unas semanas después, encontrándose todavía en Corinto, de camino a Roma, llegó a oídos de Tito la noticia de la muerte de Galba. Celebró un consejo con sus amigos y la pequeña asamblea decidió regresar a Judea, de modo que Tito se reunió con su padre en el mes de febrero. Fue entonces cuando Vespasiano decidió hacerse con el trono.

A juicio de los romanos, el maduro general carecía de autoridad, de reputación y de magnificencia. No siquiera podía considerársele el miembro más distinguido de su propia familia, un honor que correspondía naturalmente a su hermano. Sin embargo, parece claro que Vespasiano creía en sus posibilidades. Tal vez se hubiera tomado al pie de la letra los diferentes augurios que había creído percibir y los sueños premonitorios que había tenido, o quizás hubiese cedido al influjo de las profecías que le aseguraban, tanto a través de Josefo como de otros autores, que estaba destinado a gobernar. Además, Vespasiano no era hombre que dejara que el sentimentalismo de la fidelidad a vínculos pasados le atara indebidamente las manos. No tuvo por tanto inconveniente en rechazar la designación de Vitelio como emperador, aunque eso lo obligara a combatir contra el hijo de su antiguo jefe. Sin embargo, a diferencia de Vespasiano, Vitelio no contaba con el respaldo de tres encallecidas legiones acostumbradas a acumular victorias en Judea. Puede que Vespasiano no fuera el hombre de más alta cuna del Imperio, pero su ejército podía convertirlo en el hombre más

poderoso de Roma.

La propaganda de la dinastía Flavia aseguró que habían sido los soldados de Vespasiano quienes habían concebido la idea de nombrarlo emperador; y es más, según esa versión de los hechos, también lo habrían forzado a aceptar tan alta designación. No obstante, la verdad era muy distinta, dado que había sido el propio Vespasiano, secundado por un puñado de aliados poderosos –entre los que figuraban los comandantes de sus legiones–, quien había establecido el orden de prioridades, lo que significa que las tropas se limitaron a cumplir las órdenes que recibieron. Como buen militar, Vespasiano no olvidó jamás la ayuda que le había prestado el ejército, y lo recompensó generosamente. Sin embargo, también se ocupó de mantenerse al tanto de lo que sucedía en Roma. Flavio Sabino, al que Otón había vuelto a confiar el cargo de prefecto capitalino (y que también había logrado conservarlo al sucederlo Vitelio), supuso en este sentido una fuente de información vital. Parece claro asimismo que Cénide debía de seguir atenta a los más sutiles movimientos que pudieran producirse en la capital, y sin duda transmitía todos esos detalles a Vespasiano. Además de su colaboración y la de su hijo Tito, los más destacados partidarios de Vespasiano fueron un homosexual, un delincuente de guante blanco y una familia de judíos romanizados. No obstante, la figura que más descuella de entre todos sus defensores es la de la más encantadora y poderosa reina que hubiera conocido Oriente desde la época de Cleopatra.

MUCIANO

El gay al que me refiero[42] era Cayo Licinio Muciano, el gobernador de Siria. Al igual que Vespasiano, Muciano también tenía tras de sí una eminente carrera pública. Tácito sostiene que Vespasiano era un militar nato, pero avaricioso, mientras que Muciano, por el contrario, había recibido elogios por su condición de hombre generoso, siendo además un soberbio orador y un político sumamente astuto, aunque añade que también se le criticaba por «la depravación de su vida privada». Este comentario es probablemente

una forma educada de señalar que Muciano no solo era homosexual –cosa que los romanos toleraban–, sino que adoptaba además el rol pasivo, circunstancia que no veían en absoluto con buenos ojos. En una conversación privada con un amigo, Vespasiano llegaría en una ocasión a despreciar a Muciano con una mordaz observación sobre su «notoria impudicia», alusión que certificaría además con esta coletilla: «Yo al menos soy un hombre».

Pese a todas estas injurias, Muciano podría haberse presentado incluso como candidato al trono. A fin de cuentas, ya era gobernador de Siria y controlaba cuatro legiones, mientras que Vespasiano solo disponía de tres. Sin embargo, prefirió respaldar a Vespasiano, que no en vano era el general más experimentado del ejército romano, había sido distinguido con los honores triunfales por los éxitos obtenidos en Britania y llevaba fama de ser un hombre que, además de no bajar nunca la guardia, sabía mostrarse frugal y actuar con buen juicio. El propio Muciano insistiría en todos estos extremos al pronunciar un discurso que Tácito le atribuye. Además, en ese mismo momento, Vespasiano se hallaba al frente de un ejército que combatía a diario en Judea y que además conseguía victorias igualmente cotidianas. De hecho, esa campaña en Oriente estaba acrecentando aún más su reputación de hombre de probada valentía y virilidad, según la forma en que los romanos entendían ambos conceptos. Sin embargo, lo más importante era que sus tropas lo adoraban, y no solo porque saliera siempre victorioso, sino también porque les ofrecía una buena paga y tendía a proponerles rápidamente un ascenso. A Muciano no le disgustaba contentarse con ejercer un enorme poder entre bambalinas. O tal vez nunca deseara de veras la pesada carga del trono, con su largo séquito de peligros. En opinión de Tácito, Muciano «era persona más fácilmente dispuesta a procurar el poder para otros que a conquistarlo para sí mismo».

Pero tampoco debemos olvidar a Tito, que desempeñó varios papeles clave, tanto entre el público de Roma como ante Muciano. Al igual que Vespasiano, Tito era un buen comandante y supo granjearse el afecto de sus soldados. Sin embargo, el joven poseía también la distinción de la que carecía su padre, dado que se había educado en la corte imperial. Pese a su corta estatura y su prominente panza, Tito era un hombre atractivo, fuerte e

inteligente, por no mencionar que tenía también un gran don de lenguas e incluso cualidades aceptablemente buenas de poeta y de cantante. Tito contaba asimismo con la rara habilidad de lograr el afecto de casi todo el mundo. Pese a ser un apasionado amante de las mujeres, siempre mantuvo a su alrededor a todo un corrillo de bellos muchachos y eunucos –al menos durante un tiempo en Roma–, circunstancia que no dejaría de provocar más de una expresión de pasmo. En este caso, sin embargo, los recelos no tenían ninguna importancia, dado que, según comenta Suetonio en su biografía, Tito fue llamado «amor y delicias del género humano». En una palabra, era lo que podría llamarse el hombre del momento.

Al colocar a Tito como figura más visible y prominente de toda la operación de conquista del trono –y hacer que Domiciano, su otro hijo (once años más joven que Tito), aguardara entre bastidores–, Vespasiano logró resaltar sus mejores y más sólidas bazas, minimizando al mismo tiempo una flaqueza: su edad, pues ya había cumplido los sesenta y un años. Se trataba de una circunstancia susceptible de causar preocupación en un Imperio harto de soportar reinados de corta duración. Lo que Vespasiano propuso a Roma fue una suerte de pacto global, por así decirlo: «Aceptadme como emperador y disfrutaréis de la estabilidad de una dinastía». Lo cierto era que ninguno de los emperadores romanos que lo habían precedido había conseguido dejar en el trono a su hijo biológico.

Tito actuó como mediador entre Vespasiano y Muciano. «Por su carácter y su modo de vida, Tito llegó incluso a atraer a un hombre con los hábitos de Muciano», escribe Tácito. «Sería absurdo no ceder el paso al Imperio», añadirá en otro momento Muciano, «a aquel a cuyo hijo yo mismo, si fuera emperador, adoptaría como sucesor mío»; y, de hecho Tito no tardaría demasiado en ocupar el trono de Vespasiano.[43]

UNA FAMILIA DE JUDÍOS ROMANIZADOS[44]

Pero también hemos hablado de que Vespasiano contó con el apoyo de una familia de judíos romanizados. A primera vista podría

resultar sorprendente que Vespasiano y Tito, precisamente, dispusieran del respaldo de un destacado linaje judío. A fin de cuentas, ambos habían aplastado juntos la rebelión de Judea, saqueado Jerusalén, destruido el Templo, y esclavizado, desterrado y liquidado a un enorme número de judíos. Las fuentes rabínicas recuerdan a Tito con estas palabras: «Era un hombre malo, hijo de otro malvado». Sin embargo, también eran muchos los judíos que se habían opuesto al levantamiento. Odiaban a Roma, pero estaban convencidos de que la insurrección estaba condenada al fracaso, así que lo último que querían era formar parte en ella. Y otros judíos, sobre todo los pertenecientes a las clases altas, temían a sus correligionarios pobres más aun que a las legiones, de modo que favorecían a los romanos. Tito gozaba además de la amistad de los judíos que ya habían mantenido buenas relaciones con su padre, ya que algunos de ellos lo conocían desde los tiempos de Claudio y Antonia.

Uno de esos hebreos romanizados era Tiberio Julio Alejandro, un ciudadano romano miembro de una prominente familia judía de Alejandría. Tuvo una distinguida carrera militar y política, en la que destaca el breve período que pasó como gobernador de Judea. A partir del año 66 se le encomendó la gobernación de Egipto, de modo que tuvo en sus manos el control de la provincia más rica del Imperio (que además era también su principal granero). Los cargamentos de trigo que llegaban anualmente del fértil valle del Nilo alimentaban a Roma. Tiberio Alejandro tenía dos legiones a su disposición. Al igual que Muciano, también él manejaba unos hilos potencialmente capaces de garantizar el trono a un soberano. Y hasta podría decirse que su peso político era todavía mayor, ya que contaba con el influyente respaldo de su antigua cuñada, Julia Berenice, y del hermano de esta, Marco Julio Agripa, que también eran, como el propio Tiberio Alejandro, destacados judíos convertidos en ciudadanos romanos.

Tanto Berenice como Julio Agripa eran bisnietos del infame rey Herodes. Este antepasado, que había sido monarca de Judea, había asistido no obstante a la anexión de su reino al Imperio y a su conversión en provincia romana. Julio Agripa tuvo que conformarse con un reino de menor tamaño, situado en las tierras que hoy forman el norte de Israel y el Líbano, y con poseer jurisdicción

reconocida sobre el Templo de Jerusalén. Sin embargo, trabó amistad con Tito y lo acompañó cuando este se hizo a la mar en pleno invierno para presentar sus respetos a Galba, a caballo de los años 68 y 69. No obstante, el papel de su hermana Julia Berenice no tardaría en revelarse de mayor importancia aún.

Berenice había estado casada durante un breve espacio de tiempo con el hermano de Tiberio Alejandro, pero su marido había fallecido poco después del enlace. Pese a que Berenice siguiera con su vida –se casó con dos reyes de Oriente, y las dos veces enviudó–, su familia y la de su primer esposo no perdieron el contacto. Al final, Berenice tomaría parte activa en la gobernación de su hermano soltero, el rey Julio Agripa. Este regaló a Berenice un soberbio diamante, en un gesto que no solo llamó poderosamente la atención de sus contemporáneos, sino que alimentó los maliciosos rumores que habían empezado a circular sobre un posible incesto.

Berenice era ambiciosa y estaba dotada de una notable inteligencia política. También abrigaba un fuerte sentimiento patriótico como judía, aunque siempre se mostró pragmática. En el año 66 presenció personalmente las atrocidades que perpetraron los romanos en Jerusalén y trató de detenerlos, lo que la obligó a asumir un gran riesgo. Pese a todo, tanto ella como su hermano Julio Agripa estaban firmemente decididos a luchar contra la revuelta que pretendía oponerse a la invencible Roma. Ambos intentaron disuadir a la población judía y se esforzaron en lograr que desistieran del empeño. Para ello, Julio Agripa pronunció un discurso, y tanto él como Berenice se deshicieron en llanto para mostrar su preocupación. Pero todo fue en vano. La muchedumbre se abalanzó sobre sus palacios y los entregó a las llamas, apoderándose asimismo de una (pequeña) parte de sus caudales. En vista de la situación, Julio Agripa y Berenice recurrieron a Roma, y más específicamente al comandante de las legiones imperiales destacadas en Judea y a su hijo.

Berenice y Tito se conocieron probablemente en el año 67, es decir, en la época en la que él y su padre Vespasiano se hallaban atareados con el reagrupamiento de sus hombres. Tanto Julio Agripa como otros tres reyes de la región, que también eran clientes de Roma, suministraron tropas al Imperio para ayudar a las

legiones. Si la belleza y el encanto de Berenice cautivaron el corazón de Tito, sus riquezas, estratégicamente empleadas, suscitaron la gratitud de Vespasiano. Ella era aproximadamente once años mayor que Tito, pero esa diferencia no arredró los ímpetus del romano. De hecho, pese a que tuviera cerca de treinta y nueve años en la época en la que se reunió por primera vez con Tito, Berenice se hallaba, según afirma Tácito, «en pleno esplendor de edad y belleza», con lo que encendió el juvenil ardor de Tito, que apenas tenía veintiocho.

EGIPTO

A principios del 69 se comprendió claramente que Judea no era el único territorio que Vespasiano podía gobernar ayudado por el señalado talento de su hijo: la mismísima Roma parecía hacerles señas en el horizonte. Por consiguiente, Julio Agripa y Berenice apoyaron sin reservas la candidatura de Vespasiano al trono, y otro tanto haría también el antiguo cuñado de Berenice, Tiberio Alejandro. Así las cosas, el primero de julio del 69, el gobernador de Egipto ordenaba que las legiones del país del Nilo hicieran juramento de lealtad a Vespasiano.

Aquella fue la primera señal evidente de que se estaba gestando una rebelión contra Vitelio; pero la iniciativa iba mucho más allá, ya que se trataba de una verdadera revolución en el sistema de elección fáctico de los emperadores. El hijo de un recaudador de impuestos procedente de las colinas de la Sabinia estaba siendo aclamado como dominador del mundo; el sucesor de Augusto recibía los instrumentos de su proclamación en la ciudad que un día rigieran Marco Antonio y Cleopatra; los gritos de los soldados de Alejandría, embutidos en sus mantos de lana roja, sustituían con ventaja a la metódica ponderación de los senadores de togas ribeteadas de púrpura que deliberaban en Roma... Pocos días después, las legiones de Judea y Siria seguían el ejemplo de sus conmilitones de Egipto. Aún tendrían que pasar cinco meses más, hasta diciembre, para que el Senado reconociera que Vespasiano había adquirido efectivamente la condición de emperador, de modo

que, en años venideros, los romanos más quisquillosos se verían obligados a tragarse el rigorismo al comprobar que el propio interesado señalaba el día primero de julio como fecha del inicio de su reinado.

No obstante, una cosa era reclamar el derecho al Imperio y otra muy distinta arrancárselo de facto a Vitelio, y esa iba a ser ahora la tarea de Vespasiano. El maduro general declaró que deseaba salir vencedor del desafío sin derramamiento de sangre y, para lograrlo, decidió cerrar el grifo del suministro de grano y apretar de ese modo las tuercas a Roma. Sea como fuere, lo cierto es que también envió un ejército a la península. Sin embargo, pese a su gran destreza militar, Vespasiano juzgó que en esta ocasión lo más oportuno sería no marchar con sus hombres y permanecer en Egipto. Al mismo tiempo, confió a Tito la misión de poner fin a la guerra contra los rebeldes de Judea.

La región de Egipto no solo poseía una enorme importancia estratégica, también resultaba muy segura, dado que se hallaba muy lejos de las luchas que se dirimían en la península itálica. Resguardado en el país del Nilo, Vespasiano aguardó hasta que se presentara el momento oportuno y demostró poseer un carisma regio que nadie le había descubierto hasta entonces. Se dijo que, estando en Alejandría, durante la presidencia de un juicio, el aspirante al trono había sanado a dos personas de la plebe: un ciego y un cojo, señal inequívoca de los dones divinos que acababa de adquirir. Esta clase de acontecimientos, junto con los augurios y portentos que, según se afirmaba, estaban siendo observados en Italia, Grecia y Judea, constituían una magnífica propaganda.

La decisión de permanecer en Egipto también se corresponde a la perfección con el modo de ser de Vespasiano. Pese a su aparente tosquedad y falta de refinamiento, la verdad es que era un acabado maestro de la manipulación. Cabe imaginar que se trataba de uno de esos líderes que prefieren ser subestimados, y desde luego él era consciente de que esa circunstancia lo convertía en un adversario aún más peligroso. De hecho, Vespasiano poseía el temple de un estratega de la talla de Ulises, el astuto héroe de la Odisea de Homero.

En su camino hacia la cima, Vespasiano ya había revelado poseer

tantas dotes como el que más cuando lo que procedía era halagar los oídos de sus superiores. Y, pese a que tuviese todo el aspecto de ser un hombre accidentalmente elevado por la fortuna, lo cierto es que le consumía la ambición. Es posible que no llevara toda la vida planeando conquistar la dignidad de emperador, pero, al ver que se le presentaba la oportunidad de serlo, dejó claro que estaba más que preparado para aprovecharla. Al igual que Augusto, Vespasiano disponía de un talento especial para conseguir que los demás trabajasen a su favor. Cénide, Muciano, Flavio Sabino, Tiberio Alejandro, Julio Agripa, Berenice... Su intervención obedece en todos los casos a una misma pauta. Y desde luego la conducta de Tito se halla igualmente cortada por ese patrón. Podría tenerse la impresión de que si Vespasiano trataba de hacerse con el trono era únicamente para impulsar la carrera política de su hijo, pero no debemos olvidar que fue Vespasiano quien se hizo en último término con las riendas del poder. Los esfuerzos de Tito también contribuyeron a materializar la meta de su padre.

MARCO ANTONIO PRIMO. DELINCUENTE Y CONQUISTADOR

Desde su cuartel general en Egipto, Vespasiano envió a Muciano al oeste, al frente de las legiones sirias. El vasto contingente constituía una formidable maza destinada a aplastar a Vitelio y a sus efectivos, pero al final no sería Muciano quien asestara el golpe, ya que Marco Antonio Primo le ganó la partida.

Primo tenía por entonces cerca de cincuenta años y era natural de la ciudad de Tolosa (la actual Toulouse), en la Galia. Había ido ascendiendo poco a poco los peldaños del escalafón político romano, pero en el año 61 fue condenado por falsificar un testamento y acabó expulsado del Senado. Tiempo después, en el 68, Primo apoyaba a Galba, un respaldo que le valdría, como recompensa, que se le devolviera la condición de senador y se le confiara el mando de una legión en Panonia. Primo era un hombre resuelto y audaz, así que, en el 69, el antiguo delincuente y convicto se pasó con armas y bagajes al bando de Vespasiano. Tácito nos ha dejado una descripción memorable de su persona:

«Era un hombre valiente en la batalla, hábil orador y de gran inteligencia, diestro en sembrar el odio entre los hombres, poderoso en tiempos turbulentos, pero codicioso, extravagante y vil durante la paz; no era un enemigo al que se debiera subestimar».

Sin contar prácticamente con otra ayuda que la que pudiera proporcionarle su propia habilidad, Primo consiguió convencer a las legiones del Danubio de que les sería más útil apoyar a Vespasiano. Estas emprendieron intrépidamente la marcha sobre la península, y se apoderaron de la ciudad clave de Aquileya. Poco después, los hombres de Primo aplastaban a las tropas de Vitelio en una batalla decisiva, librada a las afueras de Cremona, ciudad que arrasaron. Fue el inicio de cuatro días de caótico vandalismo durante los cuales los soldados romanos se entregaron con tal saña a la matanza de sus compatriotas civiles que el Imperio quedó conmocionado por el deshonor y el ultraje.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, Flavio Sabino se dedicaba a negociar en Roma un acuerdo destinado a lograr que Vitelio abdicara. Parecía que la paz estaba al alcance de la mano, pero una parte de las tropas de Vitelio se negaron a aceptar el pacto. Su rechazo obligó a Sabino a buscar refugio, junto con su hijo y sus nietos, en la colina Capitolina, que domina el Foro romano. Domiciano, el hijo menor de Vespasiano, también se encontraba con ellos. Las fuerzas de Vitelio tomaron el cerro. Los familiares de Sabino, incluido Domiciano, consiguieron escapar, pero él fue capturado. Los soldados lo llevaron a rastras ante Vitelio, y después lo asesinaron de la forma más brutal. Durante los combates que acabaron con el apresamiento de Sabino, el templo de Júpiter Óptimo Máximo del Capitolino fue pasto de las llamas. Aquello suponía un mal presagio, y no solo debido a que el santuario era el epicentro religioso del Imperio, sino también a que el dios Júpiter se hallaba íntimamente unido a la figura del emperador.

Al día siguiente, 20 de diciembre, Primo y sus legiones entraban en Roma. Consiguieron apoderarse de la ciudad, aunque no sin desgastarse en una serie de fieros combates. Vitelio fue arrastrado por las calles, torturado y muerto.

VESPASIANO LLEGA A ROMA

Domiciano adoptó el título de César y se trasladó a palacio, pero en realidad el control de la capital se hallaba en manos de Primo. Al poco tiempo se presentaba también en Roma Muciano, que se puso inmediatamente al frente de las operaciones. No se atrevió a atacar directamente a Primo, sabedor de que este gozaba de una gran popularidad, pero si algo definía a Muciano era su capacidad para actuar de forma taimada. Alejó de la zona a las dos legiones más ligadas a Primo y sus aliados, convenció a este de que se encargara de la gobernación de Hispania y envió a Vespasiano una carta escrita con el objetivo de indisponerlo con Primo. Pasado un tiempo, Primo terminaría retirándose a su ciudad natal de la Tolosa gala.

Vespasiano aun habría de necesitar prácticamente un año para presentarse en Roma, adonde llegó finalmente en octubre del 70. Hasta entonces, el encargado de manejar los hilos del gobierno fue Muciano, cuyo comportamiento fue «más el de un colega» del emperador, según refiere Tácito, «que el de un agente suyo». Muciano continuó gozando de un gran reconocimiento y ejerciendo cargos muy relevantes –ya que no solo se le concedieron honores triunfales por el papel que había desempeñado en el transcurso de la guerra civil, sino que obtuvo dos consulados (en el 70 y en el 72)–, pero el poder pasó a manos de Vespasiano. El Senado otorgó a Vespasiano responsabilidades y títulos idénticos a los que habían adornado a sus predecesores: Imperator Caesar Augustus. Esta decisión hizo patente algo que los breves reinados de Galba, Otón y Vitelio ya habían acertado a sugerir –aunque ninguno de ellos encontrara ocasión de probarlo–: que el cargo de emperador era en realidad un puesto perfectamente transferible. El imperecedero espíritu práctico de los romanos zanjó de la forma más tajante el problema de la legitimación mediante el simple expediente de conferir el título imperial al hombre que exhibiera una posición de fuerza más acusada, con independencia de que poseyera o no vínculos de consanguinidad o adopción con el fundador del Imperio.

Sin embargo, también concedieron derecho a usar el apelativo de

«César» a Tito y a Domiciano. Era la primera vez que se empleaba la voz «César» para designar a un heredero al trono. Muciano, por el contrario, desaparece del registro histórico. Según parece, terminó apartándose de la vida política, dado que encontró tiempo para publicar sus cartas, discursos y memorias (en las que narra los acontecimientos que había tenido oportunidad de vivir en Oriente). Falleció en torno al año 75.

El orbe romano había estado sumido en un período de incertidumbre, jalonado por batallas, pillajes, devastaciones y revueltas, por espacio de dieciocho meses, desde la muerte de Nerón hasta la victoria de Vespasiano. La recomposición de su máxima jefatura había obligado a Roma a pagar un alto precio, pero en último término los perjuicios habían sido muy inferiores a los que había tenido que soportar en los quince años de guerras y revoluciones que habían propiciado el ascenso de Augusto al poder. Si Vespasiano conseguía restaurar la paz, podría llegar a decirse incluso que, pese a todos sus defectos, el sistema funcionaba.

Si hacemos una comparación con los gobernantes de otros vastos territorios, descubriremos que, en su gran mayoría, los emperadores romanos ocuparon el cargo solamente durante un breve lapso de tiempo. Pese a que esa situación diese origen a distintos momentos de inestabilidad, también permitía que los individuos de talento no pertenecientes a la familia gobernante accedieran a la cumbre. Si quería culminar con éxito su apuesta, todo nuevo emperador debía congraciarse con varios grupos sociales determinantes.

Vespasiano deseaba fundamentalmente tres cosas: consolidar su poder y transmitírselo después a sus hijos; restablecer la buena marcha del ejército y el tesoro tras años de lujos y guerras y disfrutar de la vida en compañía de la mujer que amaba. Sin embargo, antes de soñar siquiera con la materialización de esos proyectos, tenía que convencer al Senado y al pueblo de Roma de que él era el gobernante idóneo.

Desde luego, no iba a ser su aspecto lo que le permitiera conseguirlo. Rebasada la barrera de los sesenta, el emperador no solo mostraba una incipiente calvicie, sino que era propenso a sufrir ataques de gota. Su rostro era la viva imagen de un hombre de carácter resuelto, pero esa expresión decidida también podía

confundirse con una mueca de crispación, como si padeciera de estreñimiento, como habría de asegurar un chistoso de la corte.

Vespasiano tampoco contaba con el don de la elocuencia. No era ningún Cicerón, aunque sí mostraba un perverso sentido del humor, así como la perspicacia de un cómico profesional para detectar el momento más oportuno en el que provocar la risa. En una ocasión, por ejemplo, Lucio Mestrio Floro, un antiguo cónsul, lo corrigió diciéndole que el término que él pronunciaba plostra debía decirse plaustra, y al día siguiente, al saludar al gramático, Vespasiano lo llamó «Flauro». En griego, la voz phlauros significa «miserable» o «ignorante»; un juego de palabras que sin duda no pasó inadvertido a Floro, que era muy amigo de Plutarco, el eminente escritor heleno.

Vespasiano tampoco podía cifrar la clave de su éxito en el derecho divino. En las provincias, de Iberia a Armenia, el flamante emperador consiguió promover sistemáticamente la práctica de un culto divino a su persona, pero ni en Roma ni en toda la península nunca logró alzarse por encima de la condición humana. Esto limitaba su capacidad para utilizar la religión como elemento con el que añadir atractivo a su gobernación, al menos en la capital.

Por consiguiente, Vespasiano decidió proceder igual que Augusto para encandilar al Senado y al pueblo, es decir, valiéndose del esplendor y la arquitectura, sin descuidar, al mismo tiempo, el embellecimiento de su imagen y el relanzamiento de los ímpetus de Roma, siempre en nombre de su familia. Tal y como ya hiciera Augusto en su momento, Vespasiano negó que se hubiera producido una guerra civil, y tanto él como sus hijos se presentaron como conquistadores de un grupo de extranjeros enemigos del pueblo romano. Y lo más importante es que acertó al efectuar todos esos movimientos con un olfato para la comunicación política equiparable al de los mejores propagandistas de Roma.

Vespasiano tampoco abandonó el uso del boato y los espectáculos como fórmula para obtener el favor del pueblo, según la práctica que había iniciado Nerón. Todo lo contrario, ya que en realidad duplicó la dosis, aunque con una gran diferencia: Vespasiano se comportó siempre con dignidad y sencillez, y trató al Senado con bastante respeto. El emperador no se dedicaba a tañer la lira ni a

llevar las riendas de un carro de carreras en público (y tampoco se expuso a ninguna acusación de incendio deliberado o matricidio). Vespasiano fue mucho más íntegro que Nerón, pero la solución que ofreció para paliar la crisis anímica de los romanos no se reveló mejor que la que les propusiera en su día su predecesor.

Con todo, lo cierto es que Vespasiano sí que presentó a sus compatriotas una importante innovación. Este insigne hombre del pueblo elevó al poder a una nueva clase de ciudadanos, a un grupo de hombres tan pudientes y ambiciosos como él, llegados de distintas regiones de la península itálica o de las provincias. Vespasiano incrementó de forma muy notable el tamaño de la élite imperial, y las consecuencias de esa iniciativa se dejarían sentir mucho tiempo después de que él hubiera desaparecido.

LA PROMOCIÓN PROPAGANDÍSTICA DEL EMPERADOR

En la primavera del año 70, Tito puso cerco a Jerusalén. Los judíos habían encontrado en Simón bar Giora[45] a un jefe capaz de infundirles nuevos ímpetus y de combatir eficazmente contra los romanos. Bar Giora era un antiguo guerrillero que, andando el tiempo, había conseguido reunir un ejército. Además de prometer libertad a los esclavos había jurado ajustar las cuentas a los ricos. Su último gesto había consistido nada menos que en acuñar monedas con el mesiánico lema de REDENCIÓN DE SIÓN.

No obstante, a pesar de la feroz resistencia de bar Giora y sus combatientes, Jerusalén cayó en manos de Tito a finales del verano del 70. El líder judío, acompañado por un pequeño grupo de seguidores, intentó escapar por una red de túneles subterráneos, pero sus esfuerzos se revelarían vanos, pese a la ayuda de una partida de picapedreros. Al final, bar Giora se vio obligado a salir a la luz del día, y lo hizo justamente en la zona en la que en otra época se había levantado el Templo de Jerusalén. Un destacado oficial romano aceptó su rendición. En el momento de su detención, bar Giora vestía una túnica blanca y se cubría con el manto púrpura de un rey, como si se hubiera convertido, por tanto, en un mesías.

La única plaza que aún conservaban los rebeldes era la de la fortaleza de Masada, un baluarte situado en la aplanada cima de una árida, abrupta y lejana montaña. El reducto cayó finalmente en manos de los romanos en el año 73 o 74, tras un durísimo asedio a gran escala. Vespasiano comenzó a acuñar monedas en las que se representaba a la Judea vencida. En ellas, una mujer, claramente afligida –símbolo de la provincia– se condolía sentada bajo una palmera mientras un hombre de larga barba permanecía en pie a su lado, con las manos atadas a la espalda. En Roma, el nuevo emperador mandó cerrar las puertas del templo de Jano a fin de señalar el inicio de un período de paz, imitando con ello el gesto que ya hicieran Augusto, tras la batalla de Accio, y Nerón, después del acuerdo alcanzado con Partia sobre el futuro de Armenia.

En junio del año 71, una vez que Tito hubo regresado a Roma, Vespasiano y él celebraron conjuntamente un triunfo por la conquista de Judea. Al igual que los dirigentes de tiempos anteriores, también ellos sabían cómo organizar un buen espectáculo. De hecho, el que montaron ofreció a la multitud, apiñada y en pie, una exhibición magnífica, en la que padre e hijo, ataviados con togas de rojiza púrpura y tocados con sendas coronas de laurel, se presentaron victoriosos ante la plebe, bajo la mejor tradición de los generales conquistadores.

Vespasiano había dado comienzo a las actividades de la jornada dirigiendo un solemne saludo a sus soldados, en una nueva demostración de su capacidad para manejar a las masas. Pero remitámonos mejor a la crónica de Flavio Josefo:

Se había erigido delante de los pórticos una tribuna, en la que había sillas de marfil para los príncipes. Estos se acercaron y se sentaron en ellas. Enseguida el ejército los aclamó y todos dieron numerosos testimonios de su valor. Los príncipes no llevaban armas, estaban revestidos de seda y coronados de laurel. Vespasiano, después de recibir los vítores de sus súbditos, que aún querían manifestarle más, hizo una señal de silencio. Se produjo entonces en todos una profunda calma; él se levantó, se cubrió con el manto la mayor parte de la cabeza y pronunció las acostumbradas oraciones. Lo mismo hizo también Tito. Después del rezo, Vespasiano dirigió a

todos los congregados unas breves palabras y dejó ir a los soldados a tomar el banquete que se acostumbra a ofrecerles por obra y gracia de los emperadores.

En el desfile de la victoria pudieron verse, entre otras cosas, tablados y andamiajes en los que se ofrecía una vívida ilustración de las ciudades conquistadas, junto con los auténticos líderes enemigos (caso de haber sido capturados) que las habían defendido. En la procesión marchaban a un tiempo soldados y senadores, entremezclados con animales destinados al sacrificio y con cientos de prisioneros. Estos últimos eran todos de gran estatura y conservaban plenamente su vigor. Los cautivos más importantes eran Simón bar Giora y otro cabecilla clave de la revuelta y, mientras avanzaban en la comitiva, varios verdugos los colmaban de azotes. De entre todos los despojos expuestos destacaban por su valor «una mesa de oro, cuyo peso era de varios talentos, y un candelabro, también de oro». Vespasiano y Tito marchaban en sus respectivos carros, con el emperador a la cabeza y Domiciano montado en un espléndido corcel. Tras la ejecución de bar Giora (el otro hombre capturado fue condenado a la pena de prisión perpetua), se ofrecieron sacrificios en el monte Capitolino y se acabó banqueteando en toda la ciudad.

La primera orden que dio Vespasiano una vez que asumió de facto el poder fue la de restaurar el templo de Júpiter Capitolino, ya que había sido destruido durante los combates de diciembre del 69. Quería dejar claro que los dioses estaban de su parte. Por consiguiente, al llegar el momento de echar los cimientos de piedra del nuevo santuario, él mismo fue el primero en contribuir a despejar de escombros el solar. El emperador llevó personalmente sobre los hombros una espuerta de tierra de la obra.

La reconstrucción del templo constituyó un importante signo de renovación para la ciudad de Roma, pero lo que relumbraba con mayor fulgor en la mente de los Flavios no era el rayo de Júpiter, sino las cúpulas de Judea. Para conmemorar su victoria, la familia dinástica no se contentaría con erigir un arco de triunfo, sino que ordenaría levantar dos. De hecho, los bajorrelieves de uno de ellos, el Arco de Tito, todavía pueden verse en la actualidad. Uno de los

elementos más sobresalientes del revestimiento escultórico del monumento era la menorá, o candelabro de siete brazos, que representaba el que se había traído del Templo de Jerusalén. En el Arco de Tito que hoy vemos la menorá aparece totalmente descolorida. Sin embargo, los estudios científicos más recientes muestran que, en su origen, la figura estaba pintada de un brillante tono amarillo para transmitir la idea de que el candelabro estaba hecho de oro puro. El otro arco triunfal resultó destruido en la Edad Media, pero la inscripción que contenía, que se ha conservado gracias a haber sido consignada por escrito en su momento, dedica toda una serie de elogios a Tito por haber realizado la doble gesta de vencer a las tribus judías y de consumar la destrucción de Jerusalén, hazañas culminadas en ambos casos por orden de su padre. No hace mucho, los arqueólogos han conseguido descubrir los restos parciales de este segundo arco en Roma, en las inmediaciones del Circo Máximo.

Ahora bien, la idea de estampar en el espacio urbano de la capital del Imperio el sello de su victoria sobre los judíos apenas era un aperitivo del plan que habían concebido los Flavios para instalarse duraderamente en el poder. Otro de los mimbres de ese proyecto era la construcción del Templo de la Paz. Vespasiano no había escogido el nombre a la ligera. Al igual que Augusto, que había mandado erigir el Altar de la Paz, Vespasiano sabía por experiencia propia que solo la gracia divina había permitido que Roma hubiera alcanzado la paz, aunque a costa de grandes sufrimientos. Tal y como ya sucediera con los foros de César y de Augusto, el programa de urbanización de Vespasiano se materializaría en una plaza pública situada en el centro de Roma, rodeada de columnas por los cuatro costados y con un templo en uno de sus flancos. Estaba magníficamente decorada y exhibía una sabia mezcla de construcciones nuevas combinadas con sillares y obras de arte traídas de la Casa de Oro de Nerón. También custodiaba los utensilios de oro del Templo de Jerusalén, enseres que probablemente se llevara Alarico, rey de los visigodos, durante el pillaje de Roma, en el año 410. Pese a que las excavaciones más recientes hayan logrado sacar a la luz buena parte del complejo, lo cierto es que hoy resulta difícil apreciar en su justa medida el esplendor que tuvo ese espacio urbano en su momento, debido fundamentalmente a que buena parte de la obra yace actualmente

bajo el asfalto de la Via dei Fori Imperiali, la inmensa avenida que el primer ministro fascista Benito Mussolini mandó trazar en la década de 1930 en el corazón de la Roma antigua.

En cualquier caso, la parte más visible del programa urbanístico de Vespasiano es también el edificio más célebre de Roma: el Coliseo. Lo más probable es que entre los obreros que trabajaron en su construcción hubiera operarios especializados y peones sin formación particular, así como hombres libres y esclavos, sin olvidar que también es muy posible que intervinieran los judíos capturados en el transcurso de la última guerra. En dicho anfiteatro hay una inscripción que indica que el edificio se financió con «la parte de los despojos correspondiente al general», lo que con toda probabilidad alude a la guerra de los judíos. Como en el caso de Augusto, parece que también Vespasiano decidió sufragar los costes del gran programa urbanístico de Roma con lo sobrante de sus victorias, ya que eso incrementaba su proyección pública.

En la actualidad asociamos el Coliseo con todo aquello que se nos antoja característicamente romano, pero en la época en que se construyó constituía una verdadera innovación. Pese a que en la península itálica hubiera muchas ciudades que podían enorgullecerse de poseer un anfiteatro de piedra, Roma había preferido contentarse hasta entonces con levantar únicamente estructuras temporales de madera y celebrar en ellas las luchas entre gladiadores; una circunstancia que era en realidad un vestigio de la era republicana, en la que se temían los efectos de una excesiva aglomeración de las masas. Es verdad que hubo en un tiempo un pequeño anfiteatro parcialmente construido en piedra, pero se había venido abajo durante el gran incendio del año 64. Vespasiano ordenó sustituirlo con un monumento impresionante, capaz de acoger a unos cincuenta mil espectadores, lo que lo convierte en uno de los mayores anfiteatros jamás levantados por los romanos. Las obras comenzaron durante su reinado, pero no se completaron sino un año después de su muerte, fecha en la que se inauguró el recinto.

En la antigüedad, el Coliseo era conocido con el nombre de «Anfiteatro Flavio». La denominación de «Coliseo» se acuñaría en la Edad Media, en recuerdo de la colosal estatua de bronce de Nerón

que se elevaba junto a él (y cuya altura, según algunas estimaciones, superaba los treinta y cinco metros). La primera mención de ese nombre se encuentra en un dicho del siglo VIII: «Mientras el Coliseo siga en pie, Roma perdurará; cuando el Coliseo caiga, Roma se desmoronará con él; y, si Roma se hunde, el mundo se desplomará a su vez».

Coliseo o Anfiteatro Flavio..., ¿qué importa el nombre? En este caso mucho, puesto que, al llamar Anfiteatro Flavio al edificio, este adquiría una cualidad icónica tan personalizada como la que puede observarse en los casos de Alejandría (que debe su nombre a Alejandro Magno), el Foro de Julio César, el mausoleo de Augusto o, ya en época moderna, las cataratas Victoria, la Torre Eiffel o la presa Hoover. Además, el estadio quedó rápidamente inscrito en el imaginario mismo de los romanos debido a que no solo se trataba de un escenario para las competiciones deportivas, sino de una tribuna en la que airear también las controversias políticas. Como fórmula de comunicación pública, el nombre del anfiteatro resultaba tan revolucionario como puedan serlo actualmente Facebook o Twitter. Desde su apertura en el año 80, todo individuo que accediera al poder asistía indefectiblemente a cuantos juegos se celebraran en él, con el fundamental objetivo de ver y ser visto. En sus gradas, el público se disponía en función de su rango, de manera que el emperador, los senadores y los caballeros romanos ocupaban las primeras filas, mientras que el pueblo llano se situaba en las traseras. La multitud alternaba los vítores al emperador con la defensa a gritos de sus causas predilectas. En cierto modo, el Anfiteatro Flavio venía a rivalizar con el Foro o con la cámara del Senado; y por esa misma razón llevaba el nombre de la primera y más destacada familia del imperio, recién aupada a la cima.

En este contexto, resulta irónico que a Vespasiano no le gustaran los espectáculos de gladiadores, debido quizás a que ya había presenciado suficientes combates a lo largo de su vida. Sin embargo, era consciente de que al pueblo de Roma le encantaban los juegos. Vespasiano emplazó su anfiteatro en los mismos terrenos que Nerón se había apropiado tras el Gran Incendio de Roma con el fin de levantar en ellos su suntuosa Casa de Oro. El nuevo emperador ordenó demoler prácticamente la totalidad del complejo formado por el espléndido palacio neroniano. De este modo, el

Coliseo terminó alzándose en el espacio que un día ocupara el lago artificial de la Casa de Oro.

Pese a que Vespasiano cultivara y transmitiera una imagen de hombre sencillo y nada propenso a veleidades intelectuales, fue de hecho el primer emperador que creó cátedras de retórica en latín y griego. Sabía detectar perfectamente qué iniciativas podían conferirle prestigio, y no las desaprovechaba; y conocía asimismo el valor de contar con una clase dirigente culta. El primer titular de la cátedra en latín fue Marco Fabio Quintiliano, el estudioso de retórica más importante del orbe romano.[46] Entre sus numerosas máximas cabe destacar estas dos: «Nadie puede alcanzar la condición de buen orador sin ser al mismo tiempo una buena persona», y «La elocuencia por la mayor parte consiste en el fuego del ánimo». Quintiliano aconsejaba a todo aquel que aspirara a descollar en las artes oratorias el estudio de la historia, a fin de conocer los hechos y los precedentes del tema que se propusiera tratar, pero al mismo tiempo advertía que no era conveniente buscar en ella un modelo con el que convencer a jueces y jurados, dado que el propósito de la historia estriba en ofrecer un buen relato, no en probar un asunto. Dado que la influencia de Quintiliano habría de extenderse con el tiempo a figuras de talla universal, como san Agustín, el filósofo del cristianismo primitivo; Petrarca, el poeta del Renacimiento italiano; Martín Lutero, el líder de la Reforma protestante, y quizás incluso al insigne compositor Juan Sebastián Bach o al pensador liberal John Stuart Mill, parece claro que el mundo debe mucho al mecenazgo de Vespasiano.

DE TAL PALO, TAL ASTILLA

Vespasiano estipuló claramente desde el principio que sus hijos, y muy especialmente su primogénito Tito, iban a compartir la gobernación con él. Tito adoptó así el título de César, al igual que Domiciano, pero se trataba solo de un primer gesto al que habrían de seguirle otros muchos. Entre los muchos honores y oficios que llovieron sobre él, Tito compartió con su padre siete de los ocho consulados que este alcanzó durante su reinado.[47] Vespasiano

también nombró prefecto a Tito, designación que lo convertiría en una especie de director del FBI, aunque con mucha más libertad de acción aún. Tito se enorgullecía de su contrastada pericia como falsificador de documentos: una habilidad un tanto extraña para el jefe de la seguridad del Imperio, aunque sin duda extremadamente útil. Tito fue prácticamente un coemperador, y de hecho una de las tareas a las que más especialmente habría de dedicar sus esfuerzos sería la de hacer cumplir las disposiciones de su padre.

Tito se encargó de liquidar a los presuntos conspiradores que se iban detectando. En una ocasión, al sospecharse que dos destacados senadores, antiguos partidarios de Vespasiano, estaban tramando dar un golpe de mano, Tito lo mandó juzgar en el Senado, que los halló culpables. Tras dictarse la sentencia, un condenado se cortó la garganta con una navaja. Poco después, Tito ordenaba asesinar en palacio al otro conjurado, así que este encontró su fin nada más terminar una cena con Vespasiano.

También tendría que solucionar el problema de Elvidio Prisco. Según parece, Elvidio, que era un firme defensor del Senado, no veía con buenos ojos que se presentara a Tito como previsible sucesor de Tito. Según refiere una de nuestras fuentes, Elvidio hizo llorar a Vespasiano durante una de las sesiones del Senado, y al final el emperador abandonó la cámara diciendo: «O mi hijo me sucede, o no habrá sucesor alguno». Elvidio era un hombre peligroso, dado que pertenecía al círculo de los filósofos estoicos que se oponían, llevados de sus nobles ideales, al régimen imperial, que juzgaban tiránico. De hecho, Nerón ya lo había enviado en su día al exilio y obligado a su suegro a cortarse las venas. La mujer de Elvidio, Fannia, que apoyaba su marido, tuvo que seguirlo a un segundo exilio, esta vez impuesto por Vespasiano. Al final, el emperador mandaría ejecutar a Elvidio. Fannia logró salvar la vida, pero no olvidó ni perdonó la afrenta. Años más tarde, Fannia patrocinaría la elaboración de una biografía de Elvidio en la que se criticaba a Vespasiano. El precio fue sin embargo muy elevado, ya que Domiciano ordenaría liquidar al autor (que era miembro del Senado) y desterrar a Fannia.

Ha de tenerse en cuenta, no obstante, que estos grandes titulares sensacionalistas solo son los elementos que más llaman la atención,

dado que, en general, tanto Vespasiano como Tito mantuvieron buenas relaciones con el Senado. El emperador se mostró fundamentalmente respetuoso con la institución, ya que solía atender a las sesiones, bien en persona, bien por medio de alguno de sus hijos si la salud se lo impedía. Y lo que es aun más importante: Vespasiano elevó a la categoría de senadores tanto a algunos de los comandantes de sus legiones como a otros importantes partidarios de Oriente. De ese modo conseguiría, por un lado, que el organismo mostrase una disposición más favorable a su gobierno, y sumar, por otro, una nueva fuente de talentos a la que siempre había constituido la aristocracia romana, cuyos efectivos se habían visto muy mermados como consecuencia del lujo y la opresión. Con todo, su logro mayor alcance consistiría en la creación de una nueva élite romana (élite destinada además a perdurar en el tiempo). Los ciudadanos romanos de Hispania y el sur de la Galia empezaron a tener la posibilidad de convertirse en senadores, cónsules, gobernadores provinciales, sacerdotes y patricios (y sus hijos y nietos hallarían ocasión de elevarse a cumbres aún más elevadas).

Pensemos por ejemplo en uno de los lugartenientes que había tenido Vespasiano en Oriente. Marco Ulpio Trajano había nacido en Hispania, provincia a la que habían emigrado sus antepasados italianos varios siglos antes. Trajano, que era un hombre de notable ambición, había formado parte del Senado en tiempos de Claudio, y más tarde había dirigido una de las legiones de Vespasiano en Judea. Tras obtener el trono, Vespasiano ascendió a Trajano y le otorgó, entre otras responsabilidades de relieve, un consulado, la gobernación de varias provincias y los llamados ornamenta triumphalia, u honores triunfales, que eran, según hemos visto anteriormente, la mayor distinción militar que podía obtener todo aquel que no perteneciera a la familia imperial. Si efectuamos ahora un rápido avance cronológico hasta situarnos treinta años después del acceso al poder de Vespasiano, veremos vestir la púrpura de los emperadores al hijo de este mismo Trajano. Y dos de sus sucesores, Antonino Pío y Marco Aurelio, también procederían de linajes favorecidos por Vespasiano. Por consiguiente, lo que hizo el emperador venido de la Sabinia fue nada menos que abrir las puertas de la clase gobernante a los líderes de las provincias.

EL DINERO CARECE DE OLOR[48]

Si Nerón había drenado gravemente las arcas del tesoro, la posterior guerra civil acabó de vaciarlas, además de sembrarlo todo de destrucción y ruinas. Por consiguiente, y al margen de la fundación de una dinastía, la recuperación de la situación financiera de Roma iba a ser la tarea más urgente de Vespasiano. Era imprescindible subir los impuestos y recortar los gastos, y desde luego el nuevo emperador salió airoso de ambos desafíos. La gestión financiera era algo totalmente natural para él, dado que esa había sido justamente la carrera que había seguido su padre como recaudador de impuestos y prestamista, ascendencia que contrasta de forma más que llamativa con la de los predecesores de Vespasiano. Sin embargo, esa facilidad para la economía acabaría por granjearle reputación de hombre avaricioso. En su época, los chistes que corrían por las calles le pintaban con unos rasgos similares a los de una suerte de precursor de Jack Benny, el conocido personaje radiofónico estadounidense de mediados del siglo XX, famoso por su tacañería. Sin embargo, lo cierto es que Vespasiano fue simplemente un gestor prudente de la hacienda nacional. Dio siempre «más muestras de cordura que de cicatería», por citar la opinión de un historiador del siglo IV.

No obstante, lo único que podemos hacer para recomponer la variada secuencia de medidas económicas que puso en marcha Vespasiano es tratar de ordenar los retazos de información de que disponemos. De entre los detalles que han llegado hasta nosotros cabe destacar la renovación de los gravámenes que debían abonar los puertos de mar; la imposición de una tasa del cinco por ciento sobre el valor de los esclavos manumisos; el cobro del uno por ciento del montante de todas las ventas efectuadas en subasta; la creación de un impuesto de sucesiones del cinco por ciento a las herencias transferidas a personas no directamente emparentadas con el legatario; un canon del cuatro por ciento a las ventas de esclavos (cuya recaudación se empleaba en financiar a los vigilantes nocturnos que patrullaban la ciudad de Roma), y la aplicación de derechos arancelarios a todas las transacciones que se efectuaran

entre la Galia e Iberia. Vespasiano convirtió también la tributación anual que los judíos acostumbraban a enviar al Templo de Jerusalén en un fondo destinado a la reconstrucción y el mantenimiento del templo de Júpiter Capitolino (aunque al final se acabaran sufragando con ese dinero otras partidas). Además, también hizo extensiva esa exacción a las mujeres, los niños y los esclavos, ya que hasta entonces solo los hombres libres tenían obligación de satisfacerla. Fue un humillante impuesto de capitación para los judíos, cuyo cobro acabaría prolongándose por espacio de varios siglos. Además, Vespasiano tomó medidas enérgicas contra los ocupantes ilegales de los terrenos públicos, obligándolos a venderlos o a pagar por su utilización. También aumentó las contribuciones fiscales en todas las provincias. Además, tras vender las propiedades que el Imperio poseía en Alejandría y el Asia Menor, procedió a cobrar derechos catastrales a los compradores. La elaboración de nuevos censos fiscales, tanto en Italia como en las provincias, facilitó la labor de los recaudadores de impuestos. Por otra parte, Vespasiano se mostró muy moderado en el uso de los recursos económicos del Estado, y en este sentido cabe mencionar, por ejemplo, el hecho de que redujera el tamaño de las legaciones diplomáticas.

Desde luego, ninguna de estas medidas lograría incrementar su popularidad, pero, como de costumbre, Vespasiano intentó repartir el peso de la mala prensa. Muciano le prestó en este aspecto un gran servicio, ya que se ocupó de los temas relativos a la confiscación de propiedades y el cobro de gravámenes, impidiendo de ese modo que se atribuyera al emperador toda la culpa de esas disposiciones. Muciano se haría célebre por «declarar que el dinero era el nervio del gobierno».

La política fiscal de Vespasiano nos ha dejado una deliciosa anécdota. En una ocasión en la que Tito le echó en cara la imposición de un gravamen a las letrinas públicas diciéndole que se trataba de un ingreso indigno, el emperador le replicó, como ya vimos en el Prólogo, que «el dinero carece de olor».

«ESTE IMPERIO HA SALIDO ADELANTE CON OCHOCIENTOS AÑOS DE FORTUNA Y DISCIPLINA»

En el 68 y el 69, las legiones romanas y quienes las comandaban en la Galia, Germania, Judea, Siria, Egipto, los Balcanes e Italia habían violado sus respectivos juramentos al volver la espalda al emperador Nerón y a sus tres sucesores, dando así lugar al rápido encadenamiento de cuatro máximos gobernantes. Dichos generales habían librado grandes batallas en la Galia, Germania y la península itálica, saqueado Cremona y hecho reinar el terror en la capital del Imperio. En el Bajo Rin, las tribus que se habían levantado para luchar contra el yugo romano después del acceso al poder de Vespasiano no solo seguían activas, sino que contaban además con aliados en la Galia. En el pasado, el ejército romano había sacado adelante al Imperio valiéndose de «ochocientos años de fortuna y disciplina», como habría de afirmar uno de esos jefes militares al enfrentarse a los insurrectos. Sin embargo, en tan solo dos años de desgobierno, el ejército había conseguido destrozarlo prácticamente todo, así que Vespasiano tuvo que volver a recomponer el Imperio.

Las medidas que adoptó el nuevo emperador consistieron básicamente en acciones de represión seguidas de reformas, decretos de reorganización y fórmulas destinadas a la moderación de las conductas y la restricción del gasto. En el año 70, Vespasiano envió al Rin un inmenso ejército al mando de Quinto Petilio Cerial, su antiguo yerno (ya que había estado casado con la hija del emperador, Flavia Domitila la Menor, fallecida en torno al año 69). Petilio se hizo con las riendas de la situación y sofocó el levantamiento. En la provincia de Germania, en la que se habían producido fuertes enfrentamientos, se licenció a los integrantes de algunas legiones y se crearon otras nuevas con efectivos y capitanes de confianza de Vespasiano. También se establecieron tradiciones inéditas, concebidas para fomentar la lealtad de las tropas a la persona y la familia del emperador. En otros puntos de los dominios romanos se añadieron soldados de remplazo allí donde la necesidad lo reclamara, y se concedió el retiro y tierras en las que asentarse a los veteranos que se habían mantenido fieles a Vespasiano. Se procedió asimismo a la disolución de varios cuerpos auxiliares, sustituyéndolos por otros de refresco.

No obstante, lo más importante de este período está en lo que

Vespasiano se abstuvo de hacer. No expandió, por ejemplo, las dimensiones del ejército. Su volumen siguió, como en tiempos de Nerón, en torno a los trescientos mil hombres. Vespasiano tampoco conferiría al ejército un papel político, al menos no de forma habitual, pese a que hubieran sido precisamente las tropas las encargadas de elevarlo al trono. Volvió a circunscribir el radio de acción de las legiones al espacio ocupado por sus campamentos y dejó que el poder político quedara en manos de los civiles de Roma; es decir, de sus amigos, de su familia y del Senado. En pocas palabras, Vespasiano dejó fundamentalmente intacto el sistema político que estableciera en su día Augusto.

Una de las cosas que nos indican la determinación con la que Vespasiano quiso insistir en la disciplina militar es el hecho de que redujera el acostumbrado donativo (es decir, la paga que se concedía periódicamente como gracia especial a los soldados) a veinticinco denarios por cabeza. Hay en este sentido un suceso significativo. En un momento dado, al solicitar los soldados de la flota, cuya base se encontraba en la península, que el emperador pagara de su peculio el coste de las sandalias de cuero que necesitaban para efectuar las labores de correo entre la bahía de Nápoles y Roma, Vespasiano les contestó que, en lo sucesivo, se contentaran con hacer descalzos el recorrido. Con esa actitud quiso dejar claro que era él quien se hallaba al mando, no los soldados.

Vespasiano trasladó también unas cuantas unidades militares del interior y las envió a servir en las fronteras. Consciente del prestigio que llevaba aparejado el hecho de ampliar los límites del imperio, Vespasiano ordenó a sus generales que arañaran nuevos territorios en Britania y la cuenca del Rin. Sin embargo, de un hombre como él, consagrado a la consolidación del poderío romano, no podían esperarse grandes cambios en el tamaño de los dominios imperiales, y desde luego el reinado de Vespasiano no tuvo un carácter expansivo.

LA CONCUBINA DEL EMPERADOR

Tras la muerte de su esposa, Flavia Domitila la Mayor –en una fecha indeterminada, aunque anterior a su designación como emperador, ocurrida en el año 69–, Vespasiano reanudó su relación con Cénide. Esta debía de tener al menos sesenta y dos años en la fecha en la que su amante ascendió al trono, así que no se trató de ningún trofeo femenino del que Vespasiano quisiera alardear. Lo más probable es que el móvil de Vespasiano al decidir convivir con ella fuera el amor. La adoptó formalmente como concubina, es decir, como pareja de hecho, dado que, al ser miembro del orden senatorial, Vespasiano no podía contraer matrimonio con una liberta. La sociedad romana estaba muy acostumbrada a esta clase de vínculos consuetudinarios, ya que se recurría a ellos para sortear las diferentes prohibiciones y restricciones jurídicas de carácter clasista. Con todo, no debemos subestimar la enorme sorpresa que debió de causar en su día que el emperador romano se aviniera a vivir abiertamente en concubinato con una liberta a la que trataba como a una esposa y que, para colmo, era griega.

Fuera como fuese, Vespasiano quería a Cénide y la trató prácticamente como a una emperatriz. Lo irónico del caso es que lo más cerca que estuvo nunca Vespasiano de conocer el brillo de la Casa de César fuera su relación con la exesclava con la que dormía todas las noches y que había sido servidora de Antonia Augusta (hija de Marco Antonio y madre del emperador Claudio). Cénide se sentía tan cómodamente integrada en la familia imperial que, en una ocasión, al regresar a Roma tras una visita al extranjero, le presentó la mejilla a Domiciano, el hijo menor de Vespasiano, para que este la besara. Sin embargo, el arrogante joven la rechazó y se limitó a darle la mano.

Teniendo en cuenta la gran inteligencia de Cénide y lo bien que conocía los engranajes que permitían el funcionamiento de Roma, no sería extraño que Vespasiano hubiera obtenido de ella los consejos precisos para hacerse con el poder. Se dice que, una vez aupado al trono, Cénide se dedicó «a vender gobernaciones, a veces procuradurías, generalatos o sacerdocios, y hasta en ocasiones decisiones imperiales». En una palabra: era una intermediaria. No hay forma de comprobar si estos rumores responden o no a la verdad, pero lo cierto es que parecen muy factibles (tal y como ocurre, por lo demás, con la afirmación que sostiene que parte del

dinero que amasaba por ese medio acababa en manos de Vespasiano). Sea como fuere, de lo que no hay duda es de que Cénide se convirtió en una mujer sumamente rica.

La antigua esclava poseía ahora sus propios servidores, muchos de ellos carentes de libertad. No obstante, algunos de los que terminó por manumitir adoptaron su nombre. Poseía una vasta finca en la zona residencial próxima a Roma y una villa dotada de cañerías de agua corriente –lo que entonces era un lujo extremadamente raro– y de unos suntuosos baños.[49] Tras su muerte, la propiedad quedó dentro del patrimonio del emperador. Este acabó por abrir al público las Termas de Cénide, cuyo mantenimiento quedó a cargo de uno de los libertos del emperador.

Cénide falleció en torno al año 75, probablemente a la edad de sesenta y ocho años. Nadie lograría sustituirla en el corazón de Vespasiano. No obstante, él se entretuvo con una larga serie de amantes. El monumento funerario de Cénide, erigido en las inmediaciones de su villa, se ha conservado. No tiene nada de insólito topar con la lápida de un antiguo esclavo romano. De hecho, fueron los libertos quienes ordenaron la construcción de la mayor parte de las sepulturas de la Roma imperial que han llegado hasta nosotros. Las losas sepulcrales constituían un símbolo que denotaba la buena posición social del fallecido, ¿y quién podía tener más interés que un exesclavo en perpetuar, grabado en piedra, el mensaje de su triunfo? Desde luego, el panteón de Cénide lo proclama a las mil maravillas.

La impresionante lápida que cubre su tumba presenta la forma de un altar, un tipo de monumento funerario común entre los de carácter exclusivo. En la parte frontal de estas construcciones figuraba invariablemente una inscripción, aunque a veces exhibían también diferentes motivos decorativos en los costados y la parte trasera. El altar de Cénide es una obra pesada, inmensa, compleja y extremadamente lujosa, ya que se trata de un gran rectángulo tallado en un solo bloque de mármol de Carrara, el mismo material que habría de usarse tiempo después para levantar la Columna de Trajano, el Panteón de Agripa y, ya en el Renacimiento, el David de Miguel Ángel. El monumento tiene más de un metro y veinte centímetros de altura, y su base supera ligeramente los sesenta

centímetros de ancho por noventa de largo.

El epitafio que puede leerse en la porción delantera explica que la sepultura fue erigida, en nombre de la difunta y de sus tres hijos, por orden de un hombre llamado Aglaos, posiblemente el capataz encargado de las propiedades de Cénide. Aglaos dedica la tumba a la memoria de «Antonia Cénide, liberta de Augusta, que fue la mejor de las dueñas». Obsérvese que, pese a asociarse en la inscripción a Cénide con una de las mujeres más poderosas de Roma, se omite discretamente al mismo tiempo su condición de concubina de Vespasiano. No obstante, labrado en el mármol de los otros tres costados del altar, encontramos elementos que nos recuerdan que Cénide supo granjearse el amor de un emperador. De entre esos signos reveladores destaca la presencia de varios cupidos y cisnes (el ave que tiraba del carro de Venus), así como un conjunto de ramas de laurel (el símbolo de los emperadores). La voz latina con la que se denomina al «cisne» es cygnus, que recibe el nombre de kuknos en griego clásico, así que también podría estar haciéndose un juego de palabras con el nombre de «Cénide» (cuya ortografía griega es Kainis).

Aproximadamente en la misma época en que se produjo el fallecimiento de Cénide, la princesa Berenice de Judea acudió a Roma en compañía de su hermano, Julio Agripa. Este fue nombrado pretor y Berenice se trasladó a vivir a palacio con Tito. No tenemos forma de saber si Cénide se opuso o no a la presencia de la amante de Tito en la mansión imperial, pero lo que desde luego resulta notable es que los dos hombres que gobernaban en ese momento Roma, padre e hijo, vivieran ambos en la capital, unidos tanto el uno como el otro a una pareja de hecho venida de Oriente. Vespasiano y Tito se aventuraron a correr el riesgo de vivir con las mujeres que amaban, aunque con una diferencia, ya que, si el tosco Vespasiano prefirió verse con Cénide en su villa de las afueras, el culto y gentil Tito optó en cambio por la comodidad del lecho regio. No obstante, la conducta que siguieron los sitúa a años luz de Augusto y Livia.

Tito y Berenice estaban profundamente enamorados. La gente decía que ella abrigaba la esperanza de casarse con él, y se llegó a rumorear incluso que Tito le había prometido desposarla. En

cualquier caso, Berenice se comportaba a todos los efectos como su esposa, y no hay duda de que poseía una notable influencia. En una ocasión, Vespasiano la invitó a sentarse en el consejo imperial, ya que el caso que debía tratarse en la asamblea concernía a los intereses de la joven; y no conviene olvidar que el asesor jurídico que la acompañaba era nada menos que el gran Marco Fabio Quintiliano. En resumen: Berenice se movía en los círculos próximos a la cúspide del Imperio. Sin embargo, el pueblo romano no habría admitido la extravagancia de su matrimonio con Tito. Si unos la consideraban una nueva Cleopatra –es decir, una soberana de Oriente que había logrado hechizar a un varón de Roma–, otros la veían como la viva representación del enemigo judío que tanta sangre y caudales había costado a Roma con su levantamiento. Dos filósofos denunciaron a Tito y a Berenice en el teatro. El hijo de Vespasiano ordenó azotar a uno y decapitar a otro. Sin embargo, también se vio obligado a deshacerse de Berenice. Roma no habría de ser gobernada por los amantes.

«¡AY!, CREO QUE ME ESTOY VOLVIENDO DIOS»

En sus últimos, años Vespasiano mantuvo un metódico plan de vida. Se despertaba antes del amanecer y a continuación leía la correspondencia y los informes de sus secretarios sin abandonar la cama. Después se levantaba y saludaba a sus amigos, mientras él mismo se vestía y calzaba, dispensando de esa labor al «calzador» de la corte, un esclavo del que se servían la mayoría de los emperadores. A continuación, salía a dar un paseo a caballo y regresaba a casa a mediodía para acostarse con alguna de sus muchas concubinas. Por último, tomaba un baño y pasaba al triclinio, donde cenaba. Los libertos que se alojaban en palacio sabían que el momento en que el emperador se mostraba de mejor humor era precisamente a última hora del día, de modo que aguardaban hasta entonces para importunarlo con sus peticiones.

En la primavera del 79, durante un viaje por las regiones situadas al sur de Roma, Vespasiano se puso enfermo. Se trasladó por tanto a su retiro de verano favorito, situado a orillas de un lago de las

colinas de la Sabinia, al norte de la capital, cerca del lugar en el que había nacido, con la esperanza de recobrar la salud. Se decía que las aguas a las que se asomaba su residencia poseían virtudes curativas, pero, de ser cierto, lo que constatamos es que en este caso no surtieron efecto. Al comprender que se acercaba el fin, Vespasiano hizo dos observaciones realmente mordaces. La primera le llevó a exclamar: «¡Ay!, creo que me estoy volviendo dios», en referencia a la deificación post mortem que todo emperador de éxito esperaba conseguir en Italia. Más tarde, estando ya a punto de morir, se vio abrumado repentinamente por un terrible acceso diarreico. Haciendo un gran esfuerzo para levantarse, aseguró: «Un emperador debe morir de pie», antes de expirar en brazos de quienes lo sostenían. Corría el día 24 de junio del 79 y Vespasiano tenía en ese momento sesenta y nueve años de edad.

El funeral se desarrolló en Roma. Durante la ceremonia, un destacado actor de la época acertaría a idear un último chiste sobre la paradigmática tacañería y ordinariez que se atribuía a Vespasiano. En las pompas fúnebres de los aristócratas romanos era habitual que alguien saliera a la palestra para imitar los gestos, las palabras y hasta los andares del difunto, enfundado en sus vestiduras y cubierto por una máscara de cera que, hecha en vida del fallecido, reproducía con notable fidelidad sus rasgos. Un archimimo,[50] cuyo nombre artístico era Favor, se encargó de realizar esa labor durante el servicio funerario de Vespasiano. Al preguntar a los procuradores cuál era el coste del ritual, el actor fingió entender que le habían respondido con la astronómica cifra de diez millones de sestercios. Entonces, mostrando una gran expresión de pasmo y sin dejar de imitar a Vespasiano, Favor gritó: «¡Que me den cien mil sestercios y me arrojen después al Tíber!».

Transcurrido el llamativo plazo de seis meses –sin que sepamos por qué–, el Senado declaró divinizado a Vespasiano. De acuerdo con el criterio vigente en la Roma de la época, el padre de Tito merecía tan alto título. No habiendo sido, desde luego, el más célebre de los emperadores romanos, resulta fácil ceder a la tentación de desacreditarlo a causa de los toscos rasgos que presidían su rostro, de su basto sentido del humor e incluso del significado que ha terminado dándosele a su nombre en nuestros días, dado que en francés se utiliza la voz vespasienne, y en italiano la palabra

vespasiano, para denotar al «urinario público». Con todo, debe recordársele como a uno de los mejores emperadores que jamás haya tenido Roma. De todos los príncipes que lo precedieron, solo Vespasiano cambió a mejor tras acceder al trono, escribe Tácito. La vía que lo condujo al poder fue la de la rebelión, la violencia y la manipulación, y todo ello en el transcurso de un año que había sido sin duda el más terrible de cuantos hubiera tenido que vivir Roma en el último siglo. Las legiones lo habían elevado a la dignidad de emperador, no el Senado, y si lo habían elegido había sido por la habilidad que había demostrado como general. Y, sin embargo, este hombre ducho en la guerra fue quien trajo la paz a Roma. Vespasiano fue el más extraño de los gobernantes: un soldado convertido en estadista.

El logro de Vespasiano consistió nada menos que en mantener con vida el Imperio. Reveló que podían existir césares aunque por sus venas no corriese la sangre de cuantos se habían denominado césares a sí mismos (o descendiesen de la esposa de un César, como en el caso de Tiberio). Aunque Vespasiano no hubiese conseguido ninguna otra cosa, esa hazaña, por sí sola, ya habría bastado para distinguirlo. Pero lo cierto es que también acumuló otros éxitos: al reconstruir la ciudad, dio a Roma uno de sus monumentos más representativos y transformó las claves culturales de la vida política. Ofreció asimismo estabilidad a sus compatriotas, además de una economía saneada, lo cual constituyó un auténtico bálsamo tras los años de locos despilfarros vividos en tiempos de Nerón y la maldición de la guerra civil. Creó también una nueva clase dominante llamada a dirigir los destinos del Imperio en el transcurso del siglo inmediatamente posterior a él. Vespasiano abrió las puertas de la capital a los nuevos talentos, y desde luego él mismo fue el mejor ejemplo de ello, al ser simplemente el hijo de un recaudador rural de impuestos de la Sabinia.

Una vez más, Roma daba pruebas de su notable capacidad de recuperación. Pese a sus modestos y prudentes gestos, lo que Vespasiano acertó a poner en marcha fue una verdadera revolución, ya que permitió acentuar la continuidad del Imperio e introducir al mismo tiempo cambios tan espectaculares como el que terminaría plasmándose en los elementos que diferencian la Casa de Oro de Nerón del Anfiteatro Flavio que vino a sustituirla; o en los que

distinguen a una dama de tan elevada cuna aristocrática como Antonia Augusta de su antigua esclava, Cénide; o aun en los que median entre la sangre azul de Nerón de los toscos orígenes de un arriero de la Sabinia como Vespasiano.

El éxito de este emperador ilustra a las claras la flexibilidad de Roma, así como su capacidad de adaptación y su creatividad. Sin embargo, también demuestra la crueldad del Imperio. Su más renombrado edificio era un coso concebido para que los hombres se mataran entre sí con el único fin de entretener a decenas de miles de espectadores. Vespasiano se aupó al trono tras librar una guerra civil, pese a que la contienda viniera a poner un ruinoso y sangriento colofón a un año desastroso que había visto desfilar a cuatro emperadores. Por si fuera poco, a la muerte y la destrucción que había sembrado el conflicto fratricida hay que sumar igualmente las víctimas que se cobró Vespasiano en Britania y Judea (región en la que Tito se encargaría de rematar la faena). De acuerdo con lo que refiere Flavio Josefo, en el sitio de Jerusalén perdieron la vida un millón cien mil judíos, y, en el conjunto de las guerras judeo-romanas, el Imperio se llevó a Roma a un total de noventa y siete mil prisioneros. La primera cifra es una exageración colosal, pero hay grandes probabilidades de que la cantidad real resultara igual de espantosa si la conociéramos. El segundo guarismo es en cambio una aproximación posiblemente cercana a la verdad.

Además de a la construcción, los romanos también se dedicaban a la destrucción y, al incendiar el Templo de Jerusalén y saquear la capital judía, tanto Vespasiano como Tito participaron en uno de los más trascendentales actos de destrucción que haya alcanzado a conocer la historia. Fue un premeditado gesto de terror destinado a poner fin a la resistencia política de los judíos. No se trató ni de un genocidio ni de un empeño de carácter particularmente antisemita. Tras la masacre, los judíos que se dispersaron lejos de Israel (siguiendo un proceso que se conoce con el nombre de «diáspora») y se asentaron en Roma, entre otros lugares, no fueron objeto de ninguna persecución ni sufrieron daño alguno, salvo por la nueva exigencia del impuesto de capitación. La vida en comunidad de la población judía prosiguió sin mayores problemas en la Tierra de Israel,[51] aunque al margen de Jerusalén. Vespasiano en persona

permitió que los rabinos convirtieran la población de Yavne (en lo que hoy es el centro de Israel) en una encrucijada de carácter simultáneamente teológico y cultural. Sería en ella donde se echaran los cimientos de lo que andando el tiempo se transformaría en el moderno judaísmo. No obstante, la destrucción del Templo y de la propia ciudad de Jerusalén tendería a ensanchar el abismo que separaba a judeocristianos y gentiles. Después del año 70, la Iglesia primitiva comenzó a aumentar progresivamente la lejanía que ya la apartaba de sus orígenes judíos.

Con el fallecimiento de Vespasiano, Tito quedó convertido en emperador. Este emprendió entonces una ofensiva pensada para convencer a Roma de su encantadora personalidad, debido tal vez a que era consciente de que tenía fama de no haber sido hasta entonces más que un sicario de su padre. Sin embargo, no le bastaría con tratar de granjearse el favor del Senado prometiendo a sus integrantes que jamás habría de dictar la muerte de un solo senador, también se vería obligado a hacer una concesión adicional a la opinión pública. Dado que el pueblo odiaba a Berenice, Tito no tuvo más remedio que expulsar inmediatamente de Roma a su amada, «a pesar suyo y de ella», según relata Suetonio.

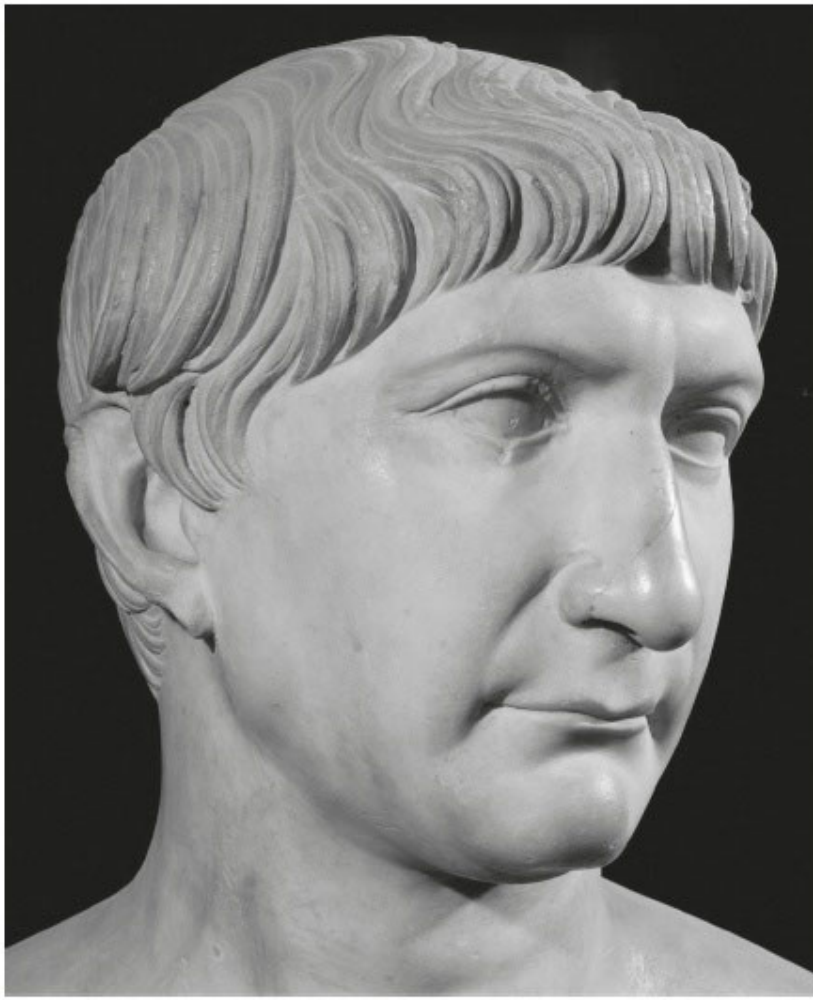
Así las cosas, Tito alcanzó la popularidad, pero a costa de quedarse solo. En cualquier caso, el período que pasó al frente del Imperio no iba a ser ni largo ni sencillo. En el transcurso de su reinado, la península itálica sufrió una serie de terribles desastres: un incendio en Roma, una epidemia de peste y la erupción del Vesubio, en octubre del 79, en la que acabarían destruidas las ciudades de Pompeya y Herculano. Fue la peor erupción volcánica que jamás se haya registrado en la historia de Italia. En una muestra de su inteligencia política, Tito convirtió todas esas calamidades en otras tantas ventajas gubernativas al aportar una rápida respuesta, tanto en términos discursivos como materiales. Después del incendio de la capital, Tito reaccionó con agilidad y eficacia, ya que dirigió adecuadamente las labores de reconstrucción. Y, al salir al paso de las consecuencias de la erupción, también proporcionó velozmente ayudas económicas a las zonas que se habían visto afectadas por las coladas de cenizas volcánicas. Falleció el 13 de septiembre del 81, tras una breve dolencia, poco antes de cumplir cuarenta y dos años.

El poder pasó entonces a manos de Domiciano, su hermano pequeño. También él pertenecía a la dinastía Flavia, pero, como veremos, no tardaría en apartarse de la senda de moderación que su padre había desbrozado.

Capítulo 5

Trajano

EL MEJOR PRÍNCIPE



Busto de Trajano. © Erich Lessing/Art Resource, Nueva York.

En la noche del 13 de diciembre del año 115, un terremoto sacudió la ciudad de Antioquía. Situada por entonces en lo que hoy es Siria, Antioquía era la tercera población de mayor tamaño del orbe romano, ya que se estima que su población alcanzaba aproximadamente el medio millón de almas. Únicamente Alejandría y Roma superaban sus dimensiones. El temblor de tierra, que se dejó sentir en todo el Oriente Próximo, provocó un maremoto que alcanzó la región de Judea. Sin embargo, la zona que el seísmo

golpeó con mayor fuerza fue la de Antioquía. En la ciudad, todo comenzó con una especie de bramido sordo. El suelo comenzó a moverse, los árboles y los edificios saltaron por los aires, para caer después con peligro de aplastar cuanto encontraran en su camino y levantaron con ello una nube de polvo poco menos que impenetrable. De una potencia que, según se cree, alcanzó valores terribles, próximos a los 7,3 o 7,5 en la escala de magnitud de momento,[52] el cataclismo destruyó gran parte de la urbe y provocó una importante pérdida de vidas; tal circunstancia se vio tanto más agravada cuanto que la ciudad había recibido recientemente una notable afluencia de soldados y civiles. Si la gente se había apiñado en Antioquía había sido porque la plaza se había convertido de forma temporal en capital de facto del Imperio, debido a que el dueño del trono se encontraba circunstancialmente en ella. Su nombre era «Imperator Caesar Nerva Traianus Divi Nervae filius Augustus»,[53] aunque nosotros lo conocemos por la más sencilla denominación de Trajano, y había elegido Antioquía como cuartel de invierno entre dos campañas militares.

El terremoto acabó con la vida de uno de los cónsules que también se encontraba en ese momento en la ciudad. Trajano, sin embargo, corrió mejor suerte, ya que se las arregló para escapar de un edificio afectado por los temblores, del que salió descolgándose por una ventana, así que únicamente sufrió heridas de poca consideración. En el transcurso de los días inmediatamente posteriores, Trajano se instaló al aire libre, en el hipódromo de la ciudad, a la espera de que cesara el rugido de las réplicas. Para un hombre que se comparaba a sí mismo con Hércules y Júpiter, aquel giro de los acontecimientos tenía mucho de humillación. Para poder encajar el golpe y disminuir su efecto, Trajano hizo circular el rumor de que un ser de estatura sobrehumana lo había llevado a lugar seguro. Pese a todo, la situación en que había quedado distaba mucho de parecerse a la que figuraba en las representaciones artísticas estatales, en las que podía verse cómo Júpiter ponía en manos de Trajano su emblemático rayo, señalándolo así como ministro suyo en la tierra.

No obstante, la tragedia no impediría que Trajano continuara añadiendo lustre a su imagen, ya que cualquier cosa que consiguiera convertirlo en el centro de todas las miradas le servía

para medrar. Pese a la inmensa devastación dejada, el terremoto había manifestado muchas de las características que le resultaban gratas a Trajano, ya que no solo se había revelado violento y constituido una muestra de la intervención divina, sino que le había brindado además la oportunidad de hacer alarde de su benevolencia y su condición de protector del pueblo. Por consiguiente, el fenómeno le había dado ocasión de manifestar su lado más humano en un mundo marcado por el sufrimiento, y eso a su vez había aumentado aun más la popularidad de que gozaba entre el pueblo llano, que lo adoraba. No en vano se vanagloriaba de ser el «Padre de la Patria», según el título que le había concedido el Senado. De hecho, Trajano puso en marcha las obras de reconstrucción de Antioquía casi inmediatamente después de que se dejaran de sentir los efectos del seísmo. Y no debemos olvidar que estaba llamado a ser uno de los emperadores romanos que más edificios y monumentos haya levantado jamás.

El relato que nos permite vislumbrar la silueta de Trajano en el trabajoso trance de extraerse de los escombros es verdaderamente valiosísimo, ya que no ha llegado hasta nosotros ninguna biografía suya escrita en la antigüedad. Dejando a un lado las breves referencias presentes en las obras anteriores a la Edad Media, lo único que tenemos son retazos de oratoria, piezas arquitectónicas y obras de arte; es decir, un conjunto de opiniones de carácter oficial que nos vedan el acceso a su verdadera condición, con la hermeticidad de esas formaciones en tortuga que adoptaban los legionarios al cubrir por entero su unidad con los escudos. Todas esas fuentes nos dicen muy poco acerca de la realidad personal de Trajano. Las facetas que nos muestran son justamente las que él mismo deseaba difundir. Y, al igual que la mayoría de los emperadores, lo que quería enseñar al público era solo la marmórea fachada que tanto se había esforzado en levantar en torno a su figura, no el entramado de ladrillo y argamasa en que se sustentaba.

Y el público no ponía objeción alguna a esa simulación. De hecho, tanto el Senado como el pueblo lo distinguieron llamándolo «el mejor príncipe», un título o recompensa que induce a pensar al lector moderno que se había concedido a Trajano una suerte de Óscar a la actuación estelar, en dura pugna con sus predecesores. Al echar la vista atrás, la tradición romana de épocas posteriores

consideraría que Trajano había sido uno de los emperadores más relevantes. Y, a mediados del siglo III, la plebe adquirió la costumbre de recibir a cada nuevo ocupante del trono deseándole que fuera «más afortunado que Augusto y mejor que Trajano».

No obstante, si examinamos las cosas más de cerca, veremos aflorar poco a poco la silueta del verdadero Trajano, definido a un tiempo por el talento y la paradoja. Se trataba de un hombre mucho más astuto y complejo de lo que nos muestra la imagen de chata perfección que él se empeñó en dejarnos. Pese a que se considerara el varón más encumbrado de la época, lo cierto es que dependió de las mujeres poderosas de su entorno dinástico tanto como cualquier otro emperador.

No pertenecía a la familia imperial por nacimiento, y tampoco se había hecho con las riendas del poder tras librar una guerra civil. Fue un militar independiente que consiguió abrirse camino y alcanzar las altas esferas, un general de gran perspicacia política que acertó a sobrevivir en unos tiempos dominados por la tiranía, y un dirigente que poco a poco y sin grandes alharacas logró convertirse en un individuo indispensable. La historia del ascenso al poder de Trajano comenzó en la época de su predecesor, Domiciano.

DOMICIANO

Tras el breve reinado de Tito, su hermano Domiciano lo sustituyó en el año 81. Tito tenía una hija de diecisiete años, Julia Flavia, pero a los romanos nunca se les pasó por la cabeza la idea de ser gobernados por una emperatriz.

Pese a ser un joven de talento que no temía trabajar con gran ahínco, Domiciano adolecía del grave defecto de la arrogancia. Además de darse aires de rey, se casó con una mujer elegante y sofisticada que no dejaba de apremiarlo. Los senadores, acostumbrados a la rudeza de Vespasiano y al encanto de Tito, encajaron muy mal los pavoneos del nuevo dueño del Imperio.

Según se dice, en una ocasión Domiciano tuvo la ocurrencia de encabezar una carta –que se emitía además en nombre de sus procuradores– con esta altanera afirmación: «Nuestro dios y señor ordena que se haga esto». Lejos de mostrar interés por lo que se dirimía en las reuniones del Senado, Domiciano solía despachar los asuntos públicos cómodamente instalado en la finca que poseía a las afueras de Roma. De este modo, los senadores acabaron por irritarse, y los informadores echaron aun más leña al fuego y surgieron conspiraciones que el emperador ordenó sofocar violentamente. Sabemos que se ejecutó a catorce senadores, y que entre ellos había de hecho doce antiguos cónsules. Domiciano también expulsó de Roma en dos ocasiones a distintos filósofos, incluidos muchos estoicos, con cuya corriente de pensamiento simpatizaba un gran número de senadores.

En último término, el Senado se cobraría su venganza embarrando la reputación de Domiciano en los libros de historia. Una de las abundantísimas anécdotas adversas a este emperador señala que se pasaba todos los días las horas muertas en su habitación, enfrascado «en cazar moscas para atravesarlas después con un punzón muy agudo». Según el autor que nos refiere este chisme, veremos a Domiciano pintado con los rasgos de un hombre aburrido, cruel, obsesivo o tiránico.

Lo irónico del caso es que Domiciano gobernó correctamente en muchos aspectos. En los quince años que duró su reinado demostró ser tan buen administrador de las arcas del Estado como imparcial en la dirección de las provincias o capaz en la gestión de las fronteras y la aplicación de medidas defensivas. Sus espectáculos, banquetes y procesos de cancelación de deudas le concederían bastante popularidad. En los combates de gladiadores que organizaba había espectáculos que encandilaban a las masas, como por ejemplo las peleas nocturnas celebradas a la luz de un gran número de antorchas, y luchas entre mujeres que también ejercían el oficio de gladiadoras.

También embelleció arquitectónicamente el Imperio, y de entre sus proyectos cabe destacar la creación de un nuevo hipódromo, cuyos contornos todavía pueden apreciarse en la plaza Navona de Roma. Domiciano también completó el Coliseo. Aunque ambas

construcciones resultaron atractivas para el público, lo cierto es que la mayor obra de Domiciano constituyó un monumento de gran calibre a su propio ego; tanto que podría rivalizar incluso con la mismísima Casa de Oro de Nerón: un inmenso palacio de nueva planta en el monte Palatino.

Suetonio nos dice que, en su juventud, Domiciano era un hombre «de elevada estatura [...], bien parecido y proporcionado». Sin embargo, con los años se convirtió en un individuo cuyo rostro abotargado hacía sobresalir aun más la prominente nariz que había heredado de su padre. Le envejecía asimismo el hecho de tener la frente surcada por profundas arrugas y el vientre abultado. Los bustos que nos muestran su aspecto lo representan con la cabeza completamente cubierta por una abundante cabellera ondulada, pero la verdad es que no solo era calvo, sino que se molestaba muchísimo si alguien se lo recordaba.

Su mujer, aunque despótica, poseía una rara belleza. Se llamaba Domicia Longina, y era la hija menor de Cneo Domicio Corbulón, un competente general de Nerón con el que los hados se habían mostrado adversos.[54] Domiciano quedó locamente enamorado de Domicia y la convenció de que se divorciara de su marido para casarse con él. Los torsos esculpidos que han llegado hasta nosotros nos muestran a una joven de sereno encanto y rostro de cutis muy terso coronado por una montañosa melena formada por un bosque de apretados rizos que se elevan hasta constituir un penacho llamativamente abombado. Sin embargo, el matrimonio tuvo muchos problemas. Domicia dio tres hijos al emperador, pero todos fallecieron enseguida. También tuvo una aventura con un actor, lo que provocó que Domiciano se separara de ella y mandara ejecutar al intérprete. Más tarde, Domiciano volvería a aceptarla, tras vivir un tiempo en compañía de su sobrina Julia Flavia. La gente murmuró que estaba viviendo un romance con ella, sobre todo después de que el emperador ordenara ejecutar al marido de Julia por traición. Pocos años más tarde, al fallecer Julia en el 91, corrió el rumor de que había perecido como consecuencia de un aborto practicado de forma chapucera y que Domiciano era el padre. Por su parte, él se limitó a mandar tranquilamente que se la deificara.

TRAJANO COMIENZA A DESCOLLAR

El padre de Trajano, Marco Ulpio Trajano, venido al mundo en Hispania, había servido como comandante de las legiones de Vespasiano. Con el tiempo, Trajano el Mayor lograría auparse a los más altos escalones de la vida pública romana. Es probable que la esposa de este Trajano –es decir, la madre del que llegaría a ser emperador– fuese una tal Marcia, nacida posiblemente en el seno de una destacada familia senatorial italiana. El matrimonio tuvo dos hijos, Trajano y su hermana, Ulpia Marciana. La familia residía en la rica región agrícola de Hispania, célebre por su producción de aceitunas, pero la vida de los caballeros que se dedicaban a la agricultura no atraía ni al padre ni al hijo. Para ellos, todo se reducía a Roma, pues al margen de la capital nada les interesaba. Y lo cierto es que la ciudad se mostró más que dispuesta a darles una oportunidad.

Uno de los puntos fuertes del Imperio era su capacidad para captar a las élites adineradas de las provincias. Lo primero que les ofrecía era la ciudadanía romana, si no la tenían, aunque esto era ocioso en el caso de los parientes de Trajano, dado que hacía ya tiempo que contaban con ella. Más tarde los seducía con un escaño en el Senado. Y finalmente podía llegar a convertirlos en emperadores. Trajano fue justamente el primer varón venido de las provincias que alcanzó la cúspide.

Nació en torno al año 53. Una de las cosas que podemos dar razonablemente por supuestas en el joven Trajano es que admiraba mucho a su padre. Tiempo después, siendo ya la máxima autoridad del Imperio, no dudaría en deificarlo, lo que sin duda constituía un honor excepcional. En el momento en el que Vespasiano accedió al trono, Trajano debía de tener unos dieciséis años. Por esa época es muy posible que el futuro emperador viviera ya en Roma, siguiendo a su ambicioso padre, que muy bien pudo abandonar su provincia de origen para que el hijo lograse culminar su educación en la ciudad imperial. Trajano nunca fue un gran estudiante, pero desde luego sabía cómo establecer redes de relaciones. En Roma había una comunidad hispánica, así que no hay por qué imaginar necesariamente que Trajano se sintiera solo en algún momento.

Cabe preguntarse si bajo el orgulloso continente externo que habría de mostrar más tarde el Trajano adulto no latía en último término el corazón de un muchacho de provincias ansioso por demostrar a los romanos que podía superarlos en todo, tanto en el ámbito doméstico como en la política exterior.

Trajano sirvió varios años en el ejército como tribuno militar (rango que podríamos asimilar al de los actuales coroneles). Una de las misiones que habría de realizar a lo largo de ese tiempo lo llevaría a Siria, a las órdenes de su padre, en torno al año 75, y más tarde actuaría también durante una temporada a orillas del Rin. El lapso de tiempo que pasó enfundado en el uniforme de tribuno militar fue más largo de lo habitual y, si hemos de dar crédito a lo que nos cuenta una fuente obsequiosamente rendida a sus pies, se entregó en cuerpo y alma a su labor. Es probable que el matrimonio de Trajano se celebrara poco después de desempeñar esas funciones, ya que los romanos pertenecientes a la élite solían casarse antes de los veinticinco o veintiséis años. Es muy posible que fuera su padre quien concertara la alianza con Pompeya Plotina.

Al igual que Trajano, Plotina también procedía de una familia provincial. Su patria chica se encontraba en el sur de la Galia, en la ciudad de Nemauso (hoy Nimes). No ha llegado hasta nosotros ningún detalle relativo a sus parientes, pero no cabe duda de que se trataba de una persona rica y eminente, puesto que Trajano no se habría conformado con menos. No sabemos la fecha de su nacimiento, pero, si tenemos en cuenta que las esposas de los integrantes de la élite romana acostumbraban a ser, por regla general, diez años más jóvenes que sus maridos, hemos de suponer que vino al mundo en torno al año 65. Plotina, que era una mujer perspicaz además de competente y culta, estaba llamada a desempeñar un papel de gran relevancia junto a su esposo, al que brindó un notable apoyo. Hay quien dice incluso que lo manipulaba.

En el año 89, estando Trajano al mando de una legión en la adormecida y aislada región del norte de Hispania, llegaron noticias de que acababa de estallar una rebelión contra el emperador Domiciano en la frontera de Germania. Aquella era la gran oportunidad de Trajano, así que emprendió rápidamente la marcha

para acudir en defensa de Domiciano. Pese a que la revuelta fracasara antes de que Trajano consiguiera llegar hasta allí, lo importante fue que su eficaz respuesta había conseguido impresionar al emperador, así que, para recompensarlo, le concedió un consulado ordinario y, probablemente, la gobernación de la Germania Superior y un puesto de mando de gran relevancia en el frente del Danubio, donde Trajano obtuvo una victoria.

El emperador se llevaba de maravilla con los militares del temple de Trajano. En la corte, rodeado de civiles, se dedicaba a alardear de su poder y a atormentar a sus enemigos. En el 95, tras ejecutar a su primo –a cuyos hijos había adoptado como sucesores–, nadie volvió a sentirse ya seguro. Pese a que no destacara precisamente por su ingenio, Domiciano pronunció algunas frases dignas de mención, de entre las que cabe mencionar la observación de que nadie da crédito al rumor de que se está fraguando una conspiración contra el emperador en tanto no compruebe que se ha materializado con éxito.

En su caso, hubo una que logró finalmente llegar a buen puerto. El 19 de septiembre del año 96, una pequeña partida de conjurados apuñalaba a Domiciano en su dormitorio. Los dos prefectos del pretorio estaban al tanto de la maquinación. La vieja aya que lo había cuidado en la infancia fue la encargada de proceder a la cremación de su cadáver, y después sus cenizas fueron enterradas en secreto en el Templo de los Flavios, en Roma. El Senado condenó su memoria, lo que provocó la destrucción de la mayor parte de sus estatuas y la desaparición de su nombre, que fue borrado de las inscripciones. Sin embargo, Domicia no lo olvidó. Vivió cerca de treinta y cinco años más que su marido, rodeada de grandes lujos y recordando a todos que era la antigua esposa de Domiciano. Esto arroja una sombra de duda sobre los comentarios que circularon en su momento y que aseguraban que había ayudado a los hombres que lo habían asesinado; a menos, claro está, que una vez perpetrado el magnicidio sus sentimientos hubieran cambiado.

NERVA

El Senado reaccionó con rapidez y nombró sucesor de Domiciano a uno de sus integrantes. Marco Coceyo Nerva era un político experimentado, nacido en el seno de una distinguida familia. Había sido cónsul en dos ocasiones y era un verdadero superviviente, ya que había acertado a llevarse bien con Nerón, Vespasiano y Domiciano. Parecía ser un colaborador fiable.

Nerva decidió congraciarse con el Senado liberando a los prisioneros, enmendando las sentencias emitidas en el pasado en ciertos juicios por traición y prohibiendo que se siguieran celebrando en el futuro. Se granjeó las simpatías del pueblo por medio de la distribución de grano y tierras y poniendo en marcha otros programas destinados al bienestar de la población. Según el historiador Tácito, Nerva se las arregló para compatibilizar dos elementos aparentemente irreconciliables: la libertad y el poder imperial.

Sin embargo, el ejército se había sentido muy a gusto con Domiciano, así que no se dejó engatusar. Al desaparecer el emperador, uno de los contingentes armados estuvo a punto de amotinarse, y otro quedó en manos de un gobernador provincial poco fiable. En el año 97, la guardia pretoriana decidió que ya era hora de vengar el magnicidio de Domiciano. Tras levantarse en armas, pusieron cerco al palacio en el que se encontraba Nerva y lo obligaron a entregar a los culpables, a los que ejecutaron, aunque no sin torturar a uno de ellos como primera medida. Después, forzaron también a Nerva a agradecerles públicamente el linchamiento.

Al comprender la debilidad de su posición, Nerva se reunió con su consejo de asesores y llegó a la conclusión de que no le convenía abdicar. Optó en cambio por elegir a un sucesor. Dado que tenía ya sesenta años, era viudo y carecía de hijos, recurrió a una persona independiente. Una vez resuelto a proceder de ese modo, Nerva se presentó en la tribuna de oradores del Foro romano y proclamó a los cuatro vientos: «Que la prosperidad sea con el Senado y el Pueblo de Roma, y conmigo mismo. Por la presente, adopto a Marco Ulpio Nerva Trajano».

El único candidato alternativo con posibilidades de alcanzar el trono pertenecía a una facción contraria a Nerva. Trajano, en

cambio, sintonizaba políticamente con este último, y además su padre era un hombre de gran fama al que aureolaba por añadidura una trayectoria personal realmente impresionante. Lo que terminó de despejar cualquier duda que pudiera persistir fue el hecho de que Trajano contara con un buen número de legiones dispuestas a marchar sobre Roma, atentas a una simple orden suya (esto significaba también que su elección contribuiría a preservar la paz).

La decisión de Nerva constituye un ejemplo del pragmatismo romano. Sin verse obligado a provocar ninguna conmoción o inquietud, consiguió romper nada menos que dos barreras. Era la primera vez que un emperador adoptaba como hijo a una persona que no guardaba relación directa con él, ya fuera por vía consanguínea o matrimonial. Y también tomó la iniciativa inédita de nombrar a un sucesor que no procedía de la península itálica.

No obstante, si nos fijamos bien, el nombramiento de Trajano contenía en el fondo un elemento de continuidad, dado que el verdadero impulsor del cambio seguía siendo el ejército. Como de costumbre, el ejército resultaba la fuerza más igualitaria e innovadora de la sociedad romana.

Como símbolo de la adopción, Nerva envió a Trajano un anillo de diamantes junto con una carta en la que le pedía, con elegantes y alambicados circunloquios, que se vengara de los pretorianos que lo habían humillado. También otorgó a Trajano los títulos de Caesar et Imperator, circunstancia que lo señalaba inequívocamente como al hombre que acababa de elegir como sucesor. Al mismo tiempo, Nerva convocaba una reunión del Senado para dotar a Trajano del poder y la autoridad propios de un emperador, consolidando así la posición constitucional de Trajano como inmediato candidato al trono.

En enero del 98, es decir, menos de tres o cuatro meses después de estas maniobras, se producía el fallecimiento de Nerva y la efectiva toma de posesión de Trajano como nuevo dominador del Imperio. No tardó en vengar a su predecesor, ordenando para ello la ejecución de los cabecillas de la guardia pretoriana que habían protagonizado el movimiento de rebelión contra Nerva. Poco importaba que ese amotinamiento hubiera sido el factor desencadenante de su encumbramiento: la condición de emperador

creaba vínculos cuasi familiares entre los eslabones que se sucedían al frente del Imperio y, tratándose de cuestiones de familia, el honor era la única regla. Por consiguiente, Trajano dio un escarmiento y reparó el agravio que había sufrido su padre adoptivo. Después mandó que se deificara a Nerva y se le diera sepultura en el mausoleo de Augusto, con lo que aquel se convirtió en el último emperador en disfrutar de tan alto honor.

TRAJANO MUESTRA EL TEMPLE DE UN BUEN EMPERADOR

Domiciano había sabido contentar al ejército, pero no al Senado. Nerva, que había acertado a complacer a los senadores, no agradó en cambio a los soldados. Trajano, por el contrario, reveló desde un principio que era un hombre capaz de satisfacer a ambas instituciones (y de hacer feliz al pueblo al mismo tiempo). Eso le permitió obtener un apoyo inmensamente amplio.

A fin de poder combatir a las tribus germánicas, Trajano permaneció en las regiones septentrionales del Imperio hasta finales del año 99, absorto en la acumulación de fuerzas militares en las fronteras del Rin y el Danubio. Cuando finalmente hizo su entrada en Roma, puso buen cuidado en dar al mismo tiempo una astuta exhibición de su buena mano para las relaciones públicas. En lugar de presentarse tendido en una litera o en posición de firmes sobre un carro, recorrió a pie las calles de la capital. Saludó calurosamente a los senadores y a los caballeros congregados a su paso y ofreció sacrificios a Júpiter en el Capitolino antes de ascender finalmente al monte Palatino para instalarse en la residencia imperial.

Plotina captó a la perfección el espíritu del nuevo régimen en el instante mismo de penetrar por primera vez en el palacio. Volviéndose hacia la multitud que la aclamaba, exclamó: «Esta mujer, que por este lugar entra, por aquí mismo habrá de partir, y sin variar de condición». No podría haber empleado un tono y unas palabras más alejadas de las que sin duda habría dado en pronunciar la altanera Domicia.

En el momento de ser nombrado emperador, Trajano se hallaba en la cuarentena, o lo que es lo mismo, en la flor de la vida, física y mentalmente en forma y rebosante de proyectos y energía. Los bustos que nos muestran su rostro –y son muchos los que han sobrevivido hasta nuestros días– nos permiten observar que tenía el resuelto semblante de un atleta en plena madurez. El cabello aparece pulcramente ordenado, con un estilo que recuerda al de Augusto. Sus facciones son regulares y cabría denominarlas de corte clásico, si no fuera por los labios, que son finos y forman una apretada mueca. Un detractor moderno de Trajano afirma que el nuevo emperador tenía pinta de estúpido y que sin embargo la gente confundió su expresión con la de un hombre honesto. Hay estatuas suyas en las que sí tiene un aire entre apagado y anodino, pero el perfil que figura en las monedas acuñadas con su efigie no da la impresión de ser el de un hombre menos perspicaz que otros emperadores.

La misión de Trajano era muy clara. Tenía que demostrar que se merecía ocupar la cúspide del poder y que poseía las buenas cualidades de Augusto y Vespasiano, sin los defectos de Nerón o Domiciano. Y lo cierto es que consiguió dejar patente que se trataba de un buen estadista, provisto además de las virtudes de un conquistador, un benefactor y un urbanista. Se presentó a todos como un emperador que gozaba del favor de los dioses, bendecido con una familia tan modélica como obediente. No tenía la menor intención de renunciar a un solo gramo del poder que ejerciera en su día Domiciano, y planeaba gobernar basándose en la zalamería y la liberalidad. En cualquier caso, Trajano no era partidario de la República. Según afirma un autor de la época, la máxima por la que se regía Trajano era la de que «Todo quede sujeto a la autoridad de un solo hombre».

Podría decirse que el calificativo que mejor resume la gobernación de Trajano es el de «paternalista». No fue el primer emperador que aceptó que el Senado le concediese el título de Padre de la Patria (Pater Patriae), pero sí que cabe incluirlo entre los gobernantes que más se esforzaron en compensar con gestos de benevolencia sus acciones más severas.

Pese a ser un hombre de armas, Trajano poseía las cualidades de

todo buen político. De carácter apacible, se mostraba siempre afable y no permitía que lo alteraran los ataques personales. Nunca perdió de vista que tenía que complacer a tres tipos de partidarios potenciales –el Senado, el pueblo y el ejército–, así que procuró cumplir con todos ellos. Pero vayamos por partes.

El Senado: al acceder al trono, Trajano envió al Senado una carta manuscrita en la que prometía a los magistrados no ejecutar ni privar de sus atribuciones a ningún hombre de probada valía y, tanto entonces como en períodos posteriores, siempre sostuvo sus afirmaciones en otros tantos juramentos. En este sentido, fue fiel a su palabra, así que no ordenó la muerte de ningún senador. Tampoco metió la mano en sus arcas personales. Trató a la institución con respeto y dignidad. No obstante, entre bastidores, Trajano se dedicaría a concentrar todo el poder en sus propias manos, pero lo hizo con tacto y buen tino. Un discurso en el que se le lisonjea sostiene que, a diferencia del tiránico Domiciano, Trajano preservó la libertad de expresión de los romanos, admitiendo incluso que se le criticara. Esto es indudablemente una exageración, pero podemos estar prácticamente seguros de que Trajano supo relajar el ambiente. Prohibió la intervención de los informadores profesionales, un tipo de agente que, en los últimos años de Domiciano, había sembrado el terror entre las élites.

Pese a que pretendiera presentarse como una divinidad, Trajano también sabía mostrarse afectuoso y accesible. Tenía la costumbre de viajar en compañía de otras tres personas en su carruaje, y llegaba incluso a penetrar en el domicilio de los ciudadanos sin ninguna guardia y con plena cercanía. En una ocasión en que sus amigos le reprocharon que fuera demasiado accesible, él les contestó que el comportamiento que observaba con los ciudadanos corrientes era el que él mismo habría deseado recibir de los emperadores anteriores. Trajano disfrutaba haciendo de anfitrión. Las fuentes nos dicen, por ejemplo, que tenía el hábito de invitar al consejo imperial a reunirse en la villa campestre que poseía al norte de Roma, a fin de celebrar en ella una serie de sesiones de trabajo, que el propio Trajano coronaba todas las noches con un agasajo especial. Uno de los senadores con los que se relacionó asegura que se sintió seducido tanto por la relativa informalidad y sencillez de las cenas de gala que solía dar el emperador, como por la belleza del entorno y el recitado de poemas y las conversaciones con que se

amenizaban las veladas.

El pueblo: la importancia del trato que dispensó a la plebe palidece en comparación con la «hospitalidad» que Trajano ofreció habitualmente a los pobres de la península itálica. El emperador expandió el sistema que había iniciado en su día Nerva, mediante el cual se concedían subsidios a los niños más desfavorecidos de las poblaciones peninsulares. De hecho, es probable que las ayudas económicas contribuyeran a paliar la precariedad de varios cientos de miles de chicos y chicas. Las medidas que se adoptaban eran complejas y limitadas, pero constituían una ayuda muy significativa. Por otra parte, también vienen a resaltar el hecho de que la península ocupaba una posición privilegiada en el seno del Imperio, dado que estos beneficios no se hacían extensivos a las provincias. De entre las disposiciones destinadas a aumentar el bienestar de la población cabe destacar asimismo la ampliación de la distribución de grano y el desembolso de importantes cantidades de dinero en efectivo tras la consecución de un importante botín de guerra. Trajano también reducía los impuestos cuando lograba llenar las arcas del Estado con los tesoros derivados del pillaje de las conquistas que efectuaba en el extranjero.

Trajano dedicó siempre generosos recursos a los juegos y las carreras. Tal y como observa un escritor de la antigüedad, el emperador sabía que al pueblo de Roma solo le interesaban dos cosas: «el trigo y los espectáculos». Se trata de una afirmación que no difiere demasiado de la queja del «pan y circo» de la que hablaba el poeta y que se halla también muy próxima a la observación de aquel orador que señaló que todo cuanto quería la gente era «pan en abundancia y un asiento en las carreras de carros».

El ejército: A Trajano le apasionaba la profesión militar. Adoraba la vida castrense o, por citar la descripción de uno de sus contemporáneos, le encantaban: «los campamentos, los clarines, las trompetas, el sudor, el polvo y el tórrido calor del sol». Se decía que Trajano era un soldado de la vieja escuela, aunque de comportamiento más prudente y trato más amable.

Trajano se preocupaba mucho de la tropa, a quienes llamaba «mis excelentes y muy leales compañeros de armas». Dictó la adopción de una serie de normas especiales destinadas a facilitar a los soldados la redacción de un testamento, y también fundó colonias

de veteranos tanto en las fronteras del Rin y el Danubio como en el norte de África. Intervenía personalmente en las campañas y prestaba una gran atención al estado de la soldadesca. Trajano comía habitualmente en el comedor de oficiales y compartía las penalidades que se veían obligados a soportar sus hombres, lo que significa que caminaba junto a ellos durante las marchas y que vadeaba los ríos confundido entre los soldados rasos. Se dice que en una ocasión en la que se acabaron los vendajes, en el transcurso de una de las batallas que libró, no tuvo inconveniente en ofrecer sus propias ropas como sustituto, así que estas se cortaron en tiras para cubrir las heridas de los combatientes. También honraba a los soldados que habían caído en un choque erigiéndoles un altar y celebrando anualmente una ceremonia conmemorativa.

Al igual que Augusto, Trajano tenía el don de hacer buenas migas con quien quería. Fue íntimo amigo de Lucio Licinio Sura, que vino a ser su particular Agripa. Sura era oriundo de Hispania, igual que el propio Trajano. Sura, que en tiempos de Domiciano había sido un importante hombre de Estado, además de un buen comandante del ejército, había respaldado a Trajano en su camino al trono. Más tarde, y a modo de recompensa, Sura no solo asumiría la responsabilidad de un alto cargo, sino que sería distinguido con el puesto de asesor de Trajano en tiempos de guerra. Gracias a sus riquezas, Sura halló ocasión de actuar como mecenas de las artes, construyendo por ejemplo un gimnasio público en Roma. Según parece, no ocultó en ningún momento la estrecha amistad que le unía al emperador, cosa que no dejaría de provocar envidias y maledicencias.

Una notable muestra del apoyo que prestaba a Sura es el hecho de que un buen día Trajano se presentara en el domicilio de su amigo sin ninguna invitación previa y sin la compañía de sus guardaespaldas. Permitió que el médico de Sura le aplicara ungüentos en los ojos y que su barbero lo rasurara, cuidados que su anfitrión remató con un baño y una cena. Al día siguiente, Trajano explicó a los miembros de su corte, que, roídos por los celos, calumniaban con sospechas infundadas a su amigo: «Si Sura hubiese querido matarme, podría haberlo hecho ayer mismo». Tras la muerte de Sura, ocurrida en torno al año 108, Trajano lo colmó de honores, ya que lo homenajeó con un funeral de Estado, mandó

erigir una estatua con su efigie y construyó unas termas públicas en su nombre.

El nuevo emperador no era ningún intelectual, pero no carecía de inteligencia. Dos de sus mayores pasiones eran el vino y los efebos, pero sabía beber y jamás forzó la complacencia de ningún amante. Las fuentes aseguran que tuvo amoríos con varios pajes del Imperio, además de con un actor y un bailarín. Y los chismorreos llegan a afirmar incluso que también mantuvo relaciones con Nerva y Sura. Sus otras dos grandes aficiones giraban en torno a la vanidad y la guerra, terrenos, en cambio, en los que nunca se mostró moderado.

TRAJANO Y LAS MUJERES DE LA FAMILIA IMPERIAL

Muy al estilo romano, Trajano presentó siempre a su familia como a la primera y más relevante del Imperio. Tal y como ya hicieran antes que él Vespasiano y Nerva, Trajano logró acceder al trono sin contar con ningún vínculo de consanguinidad con los emperadores anteriores. Esto significa que tuvo que esforzarse al máximo para transmitir a todos la sensación de que su título era legítimo. Y una de las formas de conseguirlo consistía precisamente en mostrar que su familia había recuperado el antiguo ideal romano de la sencillez y la obediencia. Estaba claro que los Flavios también habían hablado de restaurar los valores familiares tras las bacanales de Nerón, pero también habían confraternizado con mujeres como Cénide, Berenice y Domicia. Y, como Nerva era viudo, Trajano era quien podía hacer que en Roma se reinstaurara al fin la virtud de la casa imperial.

Al ascender al trono, en el año 98, Trajano no tenía hijos, pero en cualquier caso estaba arropado por un amplio grupo familiar. Pese a que pareciera constituir la encarnación misma de la masculinidad romana, su palacio era un espacio de atmósfera claramente femenina, ya que lo compartía con su esposa, Pompeya Plotina; su hermana viuda, Ulpia Marciana; la hija de esta, que también había enviudado, Salonia Matidia; y las hijas de Matidia, Mindia Matidia y Vibia Sabina. Trajano quería que el mundo entero las tuviera por

virtuosas, serviciales y obedientes, así que los propagandistas del Imperio se encargaron de materializar ese deseo.

Las obras de arte surgidas de los encargos oficiales pintan a las mujeres que rodeaban a Trajano con un porte de regia austeridad. Todas ellas exhiben un tocado elegante, aunque sin dejar en ningún momento que sus cabelleras adquieran dimensiones lujuriantes; todas tienen la boca contraída en un rictus de grave seriedad y todas comparten una misma fijeza en la mirada. Los bustos de Plotina hablan de una dama de carácter reposado, nobles rasgos e impecable peinado. Marciana, en cambio, parece rígida y autoritaria. Lleva el pelo cuidadosamente recogido en una larga serie de apretados rizos. Su semblante carece de ese brío y esa cabellera transformada en un mar de tirabuzones que vemos en los retratos de las mujeres de la dinastía Flavia, como Domicia; y en las imágenes de las monedas aparece con una expresión igualmente reticente. El tema dominante es el del mundo doméstico. Las representaciones de Plotina se encuentran rodeadas de símbolos de la casa, el hogar y la Castidad, diosa a la que la emperatriz mandó erigir un altar. Marciana se nos presenta en compañía de su hija y dos de sus nietas. Los diferentes bustos de Salonia Matidia son los de una majestuosa mujer de fisonomía imperturbable, nariz aguileña y mirada penetrante. El alargado óvalo de la cara, cuyas facciones resultan casi masculinas, guarda cierto parecido con el de su tío Trajano (y hasta es posible que ese fuera justamente el efecto que intentara lograr el artista).

Los discursos oficiales insisten en la misma idea, pero cargan todavía más las tintas. En el año 100, un cónsul recién nombrado que respondía al nombre de Cayo Plinio Cecilio Segundo, más conocido como Plinio el Joven, pronunció en el Senado un alegato repleto de elogios a Trajano, que acabó publicándolo. Este Panegírico del emperador Trajano, pues así se titula la obra, no escatima las alabanzas y, de hecho, los numerosos éxitos que habrían de jalonar en lo sucesivo la carrera de Plinio muestran que a Trajano le agradaron los halagos. Además de incorporarse al grupo de consejeros del emperador y de ser elegido augur, junto con otros altos personajes (los augures eran sacerdotes que practicaban la adivinación), Plinio alcanzó la dignidad de gobernador de la importante provincia de Bitinia y Ponto (en el

noroeste de Turquía).

Plinio menciona específicamente a las mujeres de la familia de Trajano en ese discurso de exaltación. El autor señala que la mala elección de la propia esposa, o la debilidad que les impide divorciarse tras la constatación del error, es uno de los factores que han entorpecido el avance de muchos hombres distinguidos, porque la gente tiende a pensar que ningún mal marido puede ser un buen ciudadano. Sin embargo, la mujer de Trajano es un modelo de castidad y un ejemplo de las más antiguas virtudes de Roma. Además de modesta y moderada, Plotina estaba también devotamente entregada a su marido. Al igual que Trajano, también ella prefería permanecer en silencio a que su comportamiento pudiera levantar la más mínima polvareda, razón por la que siguió el ejemplo de su esposo y se paseó muy a menudo a pie entre la gente, o al menos «tanto como se lo permitía su género». Y lo que la distingue por encima de todo es que cifrara su felicidad en no perseguir más gloria que la de la obediencia. Todo ello, afirma Plinio, da fe del sentido en el que Trajano había orientado la instrucción de Plotina.

Plinio también elogia a Marciana, en la que resalta tanto su condición de buena hermana como su conducta, caracterizada por la misma candidez y llaneza que la de Trajano. Tras anotar maliciosamente que entre las mujeres que viven en íntima cercanía surgen rivalidades, el escritor ensalza a la esposa y a la hermana de Trajano, las dos grandes damas del Imperio, por haber sabido convivir cordialmente, sin rencores ni desacuerdos. Aplaude asimismo su comedimiento, ya que una y otra habían rechazado el título de augustas que el Senado había querido concederles. En el fondo, el gesto de declinar ese reconocimiento venía a ser una forma más de marcar distancias respecto a Domicia y el régimen anterior.

Las obras de arte concebidas para transmitir la ideología oficial componen asimismo una escena de feliz armonía entre las dos cuñadas de la familia imperial. Ejemplo de ello es el hecho de que los nombres de Marciana y Plotina figuren inscritos en el arco erigido por Trajano en el puerto de la ciudad de Ancona, en la península itálica. Y otra posible muestra de ese empeño es la

circunstancia de que la decoración de la parte superior de dicho monumento incluyera en su día, además de una representación del emperador, las estatuas de ambas mujeres. Desde luego, es probable que la realidad fuera más complicada.

No debemos creer ni por un segundo que Plotina, Marciana o Matidia fuesen efectivamente tan sumisas y discretas como pretenden sugerir el texto de Plinio o la estética de las esculturas estatales. Si las Res Gestae de Augusto dibujaban ya el falso perfil de un régimen concebido a la manera de un club exclusivamente masculino, también la literatura halagüeña y las artes ornamentales oficialmente consagradas al ensalzamiento de Trajano infravaloran a las mujeres del linaje imperial. Todas ellas eran acaudaladas propietarias y poseían un gran número de esclavos y libertos. La más pudiente era probablemente Plotina, ya que poseía, entre otras cosas, una finca en el centro de la península itálica en la que regentaba una floreciente fábrica de ladrillos (¡una mujer al frente de semejante empresa era sin duda algo extraordinario en esa época!). Y entre los libertos que la servían se contaban algunos de los funcionarios del sistema burocrático del Imperio.

Además de disponer de recursos financieros propios, las mujeres del entorno imperial eran también personas de prestigio. Al final, todas ellas terminarían por aceptar el título de augustas: Plotina y Marciana lo hicieron en el año 105, y Matidia en el 112. Se hace muy difícil creer que jamás llegaran a ejercer ningún tipo de poder o que carecieran de influencia; y lo cierto es que las fuentes nos muestran que no dejaron de hacerlo. Plotina era una mujer culta que se interesaba por la literatura y la filosofía, y quizá también por la música y las matemáticas. Los escritores que alimentaban altas ambiciones deseaban ansiosamente que leyera sus obras y, según parece, un estudioso de la armonía musical y la aritmética le dedicó uno de sus libros. También sabemos que a Plotina le atraía personalmente la escuela filosófica de Atenas.

Hay algunas fuentes antiguas que sostienen que Plotina también intervino en política. Pese a que algunos académicos rechacen estas afirmaciones por considerar que se trata de simples habladurías, lo cierto es que, si efectivamente participó en la vida pública, tampoco puede decirse que se adentrara en un terreno que no hubiesen

hollado ya las mujeres de otros emperadores. Según esos autores de los que desconfían los eruditos, Plotina habría presionado a los senadores y al propio Trajano en favor de la comunidad judía de Alejandría, que se hallaba enfrentada con los habitantes griegos de la ciudad. Viajó al extranjero en compañía de Trajano, acompañándolo, en varias misiones importantes, incluso en tiempo de guerra, aunque, como es natural, ella misma se mantuviera alejada del frente. Plotina censuró asimismo a su marido por no haber sabido detectar las actividades de un puñado de administradores corruptos que se dedicaban a extorsionar dinero a los pobladores de las provincias mediante la divulgación de acusaciones falsas. Le advirtió incluso de que estaban dañando su reputación, de modo que el emperador frenó en seco sus abusos y devolvió las cantidades que habían sustraído. Tras aquel episodio, Trajano dio en comparar las arcas del Estado con el bazo, dado que, al aumentar de tamaño, su volumen también interfería con el buen funcionamiento de otros órganos institucionales. No obstante, el papel más relevante que estaba llamada a desempeñar Plotina –de auténtico protagonismo, como veremos– fue el que jugó al llegar el momento de elegir al sucesor de su esposo.

Cabría suponer sin dificultad que una de las referencias presentes en la obra de un político y orador griego de la época constituye en realidad una alusión al activo papel que jugó Plotina a lo largo de este período. Dion de Prusa, también conocido como Dion Crisóstomo (nacido en torno al año 40 y fallecido en una fecha indeterminada, pero en cualquier caso posterior al 115), escribió una serie de discursos reunidos en distintos grupos –uno de los cuales lleva el título colectivo de «Sobre la realeza»–, y es muy posible que pronunciara el tercero en presencia de Trajano en el año 104. Ambos hombres se hallaban unidos por una entrañable amistad, al menos según se apunta en una de las anécdotas relacionadas con este griego de notable inteligencia y el romo emperador. De acuerdo con este relato, tras una de las dilatadas reflexiones del autor, Trajano le habría espetado: «No entiendo una palabra de lo que estás diciendo, pero te aprecio tanto como a mi vida». En uno de los discursos que conforman el que versa sobre los reyes, el afable Dion sostiene que el buen soberano «no solo encuentra en su esposa a una compañera con la que compartir el lecho y el afecto, sino también un importante apoyo, dado que le

brinda consejo en la espera y ánimo en la acción, cosa que le aprovecha en realidad durante toda la vida». Si estas palabras apuntan efectivamente al rol de Plotina, queda claro que Dion le atribuye un papel mucho mayor que el que le reserva Plinio. Sea como fuere, Dion presenta aquí una descripción de Plotina que se opone, en evidente contrapunto, a la imagen de la esposa callada y dócil que introduce Plinio.

Al echar la vista atrás, las generaciones posteriores verán a Plotina con muy buenos ojos. Hasta un escritor que en ocasiones se muestra crítico con ella juzgará que la conducta que mantuvo a lo largo de todo el reinado de Trajano fue absolutamente irreprochable.

Al producirse el fallecimiento de su hermana Marciana, Trajano solicitó al Senado que se la deificara, y la institución aceptó su propuesta. No solo era la primera vez que se concedía semejante honor a la hermana de un emperador, también se trataba de una forma más de legitimar la dominación de Trajano; una forma potencialmente capaz de ampliar, además, su base de sustentación. Esto le permitía tocar la fibra de las mujeres del Imperio, como atestigua la lápida funeraria de una adinerada dama italiana.

Esta losa sepulcral, cuya estructura, notablemente elaborada, es parecida a la de un altar, quedó instalada en su día en una pequeña población italiana de montaña situada a unos 320 kilómetros al norte de Roma. Cetrania Severina vivía en el siglo II en el pueblecito de Sarsina, y era precisamente la sacerdotisa encargada del culto a la deificada Marciana. En esa época, las mujeres romanas, que no tenían derecho al voto ni a ejercer cargo político alguno, podían abrazar en cambio el sacerdocio; y lo cierto es que el hecho de desempeñar un papel primordial en uno de los cultos del Imperio dio a Cetrania la posibilidad de alcanzar uno de los más altos grados de la jerarquía sacerdotal. Su marido, que la sobrevivió y fue quien se ocupó de erigir el monumento, dice que era «una mujer de la máxima integridad moral», y utiliza para ello la misma voz (sanctissima, es decir, «absolutamente perfecta y libre de toda tacha») que emplea Plinio en una carta en la que enumera las cualidades de Plotina. Todo parece indicar que estamos ante uno de esos casos en los que una persona residente en un lugar retirado se esfuerza en hacer ver que, gracias a la imitación de las élites, ha

logrado alcanzar las más altas cotas de la corrección ética.

Cetrania vivió en una época en la que se reconocía a las mujeres el derecho de poseer y regir propiedades y, al igual que Plotina, también ella disponía de una holgada cantidad de bienes. Tan acomodada era su situación, que nuestra sacerdotisa se vio en condiciones de crear una fundación, y la inscripción de la lápida detalla en todos sus pormenores los términos de ese patronato. A cambio de una considerable donación anual de aceite de oliva (que recibían en los aniversarios de la sacerdotisa), los más importantes gremios artesanales de la población se comprometían a efectuar todos los años una serie de ritos en su memoria y en honor de la diosa Plotina. En la concertación del acuerdo, Cetrania se remite a la buena fe (o fides, en latín) de los artesanos y confía en que eso baste para que aquellos cumplan su parte del trato. La cuestión es que también se empleaba esa misma palabra para aludir a los lazos de lealtad que mantenían la cohesión de las élites en todo el Imperio. Comprobamos así que, al glorificar la figura de la hermana del emperador Trajano, una destacada mujer afincada en una pequeña localidad rural mostraba a cuantos visitantes acertaran a pasar por su tumba que la población guardaba fidelidad a Roma. Y no solo eso: también alcanzaba a resaltar el importante papel que podía desempeñar una mujer cada vez que se necesitara mantener la unidad del Imperio.

EL HOMBRE QUE SE COMPARABA CON HÉRCULES

Cuando se trataba de alimentar su imagen pública, Trajano no se detenía en sutilezas. Se presentaba a los ojos de todos poco menos que en forma y figura de semidiós, como si fuera el representante de los dioses en la tierra. Afirmaba haber recibido el encargo de realizar la divina misión de traer la victoria, la virtud y la benevolencia al mundo romano. Por arrogante que pueda parecer esa pretensión, la verdad es que su postura era al menos mejor que la de Domiciano, que se tenía por amo y señor del Imperio. De hecho, Trajano hizo suyo el objetivo que los filósofos habían tratado de inculcar en vano a los emperadores anteriores: el de ser un

monarca moderado. A diferencia de Domiciano y Vespasiano, él no habría de expulsar de Roma a los filósofos; antes al contrario, ya que Trajano buscó la amistad de los pensadores, tal y como había hecho también Nerva antes de su acceso al poder.

En el plano divino, los dos puntos de referencia de Trajano eran Hércules, el mayor héroe de la antigüedad, y Júpiter, rey de los dioses y padre del género humano. Trajano prestó poca atención a la diosa Minerva, a la que en cambio había rendido culto Domiciano. Eso le permitiría distanciarse de su predecesor y presentarse como un auténtico tipo duro, dispuesto a permanecer en una sempiterna órbita masculina, incluso en la esfera de los dioses.

En ocasiones, la mitología antigua pinta a Hércules con los rasgos de un granuja o un matón, pero lo más frecuente es que aparezca como símbolo de la virtud, es decir, con el aspecto de un individuo valiente y varonil capaz de esforzarse con audacia y altruismo por el bien común. Así lo veían muchos filósofos de la antigüedad. Por su parte, los romanos también se aficionaron a esa representación, y Trajano fue quien con más entusiasmo acogió la idea. Según la mitología romana, Hércules había pasado por Roma en su regreso a Grecia, procedente de Hispania, región en la que había completado su décimo trabajo, en una isla situada frente a las costas de dicho territorio. Al ser originario de Hispania y militar profesional, a Trajano le encantaba que se le comparara con el héroe. El personaje de Hércules gozaba de una gran popularidad en la población natal del emperador,[55] y desde luego, una vez tomadas las riendas del estado, Trajano ordenó representar muy a menudo al héroe en sus monedas. En el año 105, el recién creado contingente de tropa conocido con el nombre de Traiana Fortis, o Segunda Legión «trajana fuerte», adoptó como símbolo la figura de Hércules. Plinio asegura que, a semejanza de Hércules, también Trajano había venido de Hispania para efectuar una serie de intrépidas misiones destinadas a apuntalar en el poder a un hombre que, siendo de talla muy inferior a la suya, ceñía sin embargo corona de rey; monarca que, en el caso de Trajano, equivaldría a Domiciano. Acto seguido, el autor compara la fornida musculatura de Trajano con la de los hijos de los dioses.

Por otro lado, los romanos veían en Júpiter al soberano de todos los

dioses, razón por la que lo llamaban Óptimo Máximo. Trajano adquirió una posición simbólica similar, tal y como queda patente en la literatura y las artes plásticas.

En el apartado número 100 de su Panegírico del emperador Trajano, Plinio elogia al emperador por haber sabido administrar justicia con ponderación, al igual que los dioses. Inmediatamente después equipara a Trajano con Júpiter. El padre del universo no tiene ya que desvelarse con los asuntos de la tierra, dado que acaba de conceder a Trajano la facultad de actuar en su nombre como defensor del conjunto de los seres humanos. Uno de los bajorrelieves que adornan el arco de Trajano, en el centro de la península itálica, nos transmite prácticamente el mismo mensaje.[56] En él puede verse cómo Júpiter entrega su estruendoso rayo a Trajano, lo que equivale a decir que este regía el Imperio por efecto de la autoridad divina y con un poder poco menos que olímpico. Por otro lado, las monedas que Trajano mandó acuñar lo consagran como «el mejor príncipe» (Optimus Princeps).

Pese a que en un principio Trajano se negara a aceptar el título de Óptimo, lo cierto es que con el tiempo se avino a asumirlo. Júpiter y Hércules eran los dos puntos de apoyo en los que basaba su imagen pública. Y lo mismo cabe decir de Alejandro Magno como tercer símbolo de poder. Este célebre conquistador afirmaba descender del mismísimo Hércules y sostenía además que su padre era nada menos que el propio Júpiter. Trajano se equiparaba con Alejandro y explicaba que su propósito consistía en emular sus conquistas. No resulta fácil discernir si Trajano hacía esta comparación en serio o si lo único que deseaba era halagar a los griegos haciendo alusión a su famoso antepasado.

TRAJANO Y LOS CRISTIANOS

Plinio gobernó la rica y populosa provincia de Bitinia y Ponto, en el Asia Menor, entre los años 110 y 113. Más tarde haría pública la correspondencia que había mantenido con Trajano a lo largo de todo ese período. Esas cartas muestran el elevado grado de

descentralización que había alcanzado el gobierno romano, así como el importante margen de maniobra que se concedía a los gobernadores provinciales. De cuando en cuando, no obstante, el emperador tenía que hacer acto de presencia y tomar las riendas de la situación. Pensemos por ejemplo en la célebre conversación epistolar que mantienen Plinio y Trajano sobre el trato que es preciso dispensar a los cristianos.

El texto de Plinio nos permite contemplar la notable expansión que había logrado el cristianismo en el Oriente griego. El autor explica que se había visto obligado a bregar, por primera vez en su vida, con una vasta mayoría cristiana, que no solo medraba en las ciudades sino también en la campiña, atrayendo por igual a jóvenes y ancianos, a hombres y mujeres y, en general, a individuos de toda condición, fueran esclavos o personas libres. Tras recibir una serie de denuncias, algunas de ellas anónimas, Plinio no había tenido más remedio que abrir una investigación. La población romana, que en su abrumadora mayoría era pagana y llevaba largo tiempo recelando de los cristianos, a los que consideraba simples delincuentes, estaba harta, y la función de Plinio como gobernador pasaba justamente por calmar los ánimos. ¿Pero qué era exactamente lo que se esperaba de él? Pese a manejar toda clase de sospechas en relación con los cristianos, las autoridades gubernamentales de Roma no habían elaborado ningún plan de acción de carácter general con el que abordar el problema de su presencia, así que dejaban que el asunto se fuera resolviendo a base de iniciativas locales.

Desde el punto de vista romano, los cristianos constituían un peligro por un gran número de razones. Los romanos estaban convencidos de que la religión que ellos mismos profesaban –que no solo había superado la prueba del tiempo, sino que gozaba del patrocinio del Estado y efectuaba sus actos cultuales en público– era el fundamento mismo de su civilización. Al participar en los festivales y los sacrificios, todo el mundo contribuía a incrementar la seguridad y la prosperidad de Roma. Los cristianos, en cambio, rompían todas esas reglas. No adoraban a los dioses y no ofrecían sacrificios al emperador, y ese comportamiento los convertía en ateos a los ojos de los romanos. Un hombre que no se mostrara temeroso de dios no solo era un delincuente en potencia, también

amenazaba con dislocar el propio tejido social, dado que se convertía en un individuo potencialmente capaz de provocar la ira divina y de hacer que esa cólera afectase a toda la comunidad.

No obstante, también había gente que juzgaba que los cristianos eran «demasiado» religiosos, es decir, personas caracterizadas por manifestar un temor a los dioses a un tiempo excesivo y escasamente razonable, cosa que entre los romanos era sinónimo de superstición. De manera similar, también se juzgaba habitualmente que los judíos eran ateos, aunque en este caso los romanos los toleraban debido a la gran antigüedad de las tradiciones judaicas. El cristianismo, por el contrario, era relativamente reciente, y Roma recelaba siempre de las novedades. La voz latina con la que se designa a las revoluciones –res novae– lo revela a las claras, ya que significa «cosas nuevas».

Además, en esa época, los cristianos también se agrupaban en asociaciones privadas, y la historia había enseñado a los romanos que allí donde cuajaban las congregaciones medraba también la sedición. De hecho, siguiendo las instrucciones de Trajano, Plinio había prohibido las hermandades religiosas en su provincia.

Todos estos extremos respondían efectivamente a la realidad, pero también era cierto que, por regla general, los cristianos se comportaban de forma pacífica y se ocupaban únicamente de sus propios asuntos. Por este motivo, Plinio optó por proceder con pies de plomo. Según explica en sus cartas, interrogó al menos en tres ocasiones a los cristianos que habían sido denunciados. Si estos probaban su inocencia renunciando a Cristo y aceptando adorar una de las estatuas del emperador mediante oraciones, ofrendas de incienso y libaciones de vino, los dejaba en libertad. Si se negaban, mandaba que los ejecutaran. Como señala el propio escritor, al margen de que fueran cristianos, su obstinación y su arrogancia era merecedora de castigo.

No obstante, las cartas de Plinio muestran que la clase y la posición social eran factores que influían en el veredicto del gobernador. Si esos tercos cristianos eran ciudadanos romanos, Plinio no los ejecutaba. En vez de aplicarles la pena capital, prefería firmar la orden de que fueran trasladados a Roma, dado que, en su condición de ciudadanos del Imperio, tenían derecho a ser juzgados en sus

tribunales. Como es obvio, los esclavos se encontraban en el extremo opuesto de la escala social.

Plinio explica que, para averiguar lo que realmente ocurría en las reuniones de los cristianos, mandó torturar a dos esclavas «a las que ellos dan el nombre de diaconisas». No había dado crédito a lo que las jóvenes habían dicho en su defensa: que simplemente se limitaban a entonar himnos, a prestar juramento de honestidad y veracidad y a no robar ni a cometer adulterio, tras lo cual compartían una cena. Lo que Plinio esperaba era descubrir una conspiración destinada a perpetrar algún delito, pero todo cuanto averiguó fue sencillamente que padecían «una superstición excesiva y miserable». Evidentemente, Plinio se equivocaba. La dulzura de los rituales cristianos, unida a la amable socialización que permitían y al mutuo apoyo que se prestaban quienes asistían a ellas, estaba contribuyendo enormemente al éxito de la nueva religión.

En vista de la situación, Plinio escribió al nuevo emperador, como acostumbraba a hacer cada vez que se sentía invadido por la duda. ¿Había actuado correctamente en el caso de los cristianos? En su respuesta, Trajano elogiará a Plinio por haberse comportado exactamente tal y como convenía. El emperador abogó en favor de la adopción de unas medidas políticas de naturaleza más defensiva que agresiva. No debía perseguirse de manera sistemática a los cristianos, pero debía comprobarse, uno por uno, la inocuidad de todos cuantos fuesen denunciados. Cada caso era distinto. No existía un protocolo de actuación fijo. Es más, debía darse la oportunidad de arrepentirse a quienes «rindieran culto a nuestros dioses», ya que de ese modo podrían ganar el perdón. Y por último, los cargos acusatorios debían de llegar firmados de manos de las autoridades. No podía aceptarse ninguna acusación que se hiciera pública de forma anónima. Eso sentaba un precedente muy negativo y además «no es acorde con el espíritu de nuestra época», señalaba Trajano.

De acuerdo con los criterios que hoy manejamos, los romanos de los tiempos de Plinio y Trajano se dedicaban a acorralar a los cristianos. Sin embargo, si contemplamos las cosas desde la óptica de las normas romanas, observaremos que la sociedad de la época juzgaba que su conducta era muy humana. Trajano establecía en su carta las bases de un término medio con el que orientar en el futuro

el trato que debía dispensarse a los cristianos. Sin proponérselo, dio así pábulo al crecimiento del cristianismo.

LA CONQUISTA DE LA DACIA

Trajano pasó casi la mitad de su reinado lejos de Roma, al frente de sus campañas. Si tenemos en cuenta que amaba la guerra, es muy probable que no lo lamentara. Su mayor éxito habría de producirse en la región de la Dacia, cuyo territorio se corresponde, grosso modo, con el de la moderna Rumanía.

A lo largo de su historia, Roma habría de observar con invariable preocupación el desarrollo de las potenciales amenazas a su Imperio. Dacia, cuyo rey era un hombre belicoso y decidido, había forzado a Domiciano a aceptar una solución de compromiso. Las fuentes de que disponemos indican que el rey Decébalo había revelado ser un astuto combatiente, pues no solo era experto en el arte de tender emboscadas, sino que también dominaba las tácticas propias de las batallas campales, tenía un magistral sentido de la oportunidad y manejaba sagazmente tanto las victorias como las derrotas. Se trataba de un monarca desafiante y rico que se había embarcado en la organización de una red de aliados contrarios a los romanos, aunque con ello estaba violando el acuerdo al que había llegado con Domiciano. Trajano, que era ante todo militar, decidió atacarlo.

En el año 101 los romanos invadieron la Dacia, con su emperador al frente. Fue una gran expedición, ya que en ella debió de participar probablemente la tercera parte de los efectivos armados de Roma. La guerra no solo exigió librar duros combates, también hubo que realizar notables proezas de ingeniería, por no mencionar los prodigios de comunicación y las tácticas diplomáticas que hubo que emplear. En el breve plazo de un año, los romanos consiguieron destruir las aldeas dacias y derrotar al enemigo en el campo de batalla, así que Decébalo aceptó llegar a un acuerdo de paz. Con la esperanza de saber manejar la situación, Trajano permitió que el rey dacio conservara el trono. El emperador regresó a Roma,

celebró un triunfo y recibió el título de Dácico.

Al poco tiempo, sin embargo, el regocijo se reveló claramente prematuro, ya que Decébalo no tardó en volver a levantarse en armas. Por consiguiente, en el año 105 Trajano volvió a invadir la Dacia, aunque en esta ocasión reunió dos nuevas legiones para ese fin. Antes de poder conquistar la capital de Decébalo fue preciso pelear con denuedo en las montañas. El rey huyó, pero, al comprender que su captura era inminente, se quitó la vida. La cabeza del monarca vencido fue llevada ante Trajano, y este a su vez la exhibió entre los miembros del ejército antes de enviarla a Roma, donde se procedió a arrojarla pendiente abajo desde lo alto del monte Capitolino.

Pese a que Trajano tuviera la delicadeza de enviar periódicamente al Senado informes de lo que ocurría en el campo de batalla, tal y como habría hecho un general de la época republicana, siempre consideró que la victoria conseguida tras el largo año de guerra que había pasado en la Dacia había constituido un magnífico y glorioso logro personal. Son pocos los detalles que se han conservado en las fuentes documentales que manejamos, pero uno de esos autores resume en los siguientes términos la contienda: «En el transcurso de la campaña, él mismo llevó a cabo muchos actos valerosos y propios de un buen general, afrontando sus tropas muchos riesgos y ejecutando grandes proezas en su nombre».

Existe un altorrelieve que nos muestra al emperador en la actitud en la que le habría gustado que se le recordara: a caballo y en pleno fragor de la batalla.[57] Lo vemos completamente vestido en su armadura, con la capa flotando al viento y caracoleando intrépidamente entre la masa de enemigos, que combaten a pie. Lo que sin duda ocurrió de verdad fue que el emperador actuó protegido por su guardia personal, pero la imagen de tan espléndido combate se labró con el objetivo de que quedara impreso en la historia.

Si Domiciano se había visto obligado a aceptar un arreglo de compromiso en la Dacia, Trajano en cambio se lanzó en tromba a su conquista para aniquilar después a su clase dominante y abrir las puertas del país a la colonización, ofrecida fundamentalmente a los veteranos del ejército de Roma. La supresión de las élites dacias fue

tan absoluta que, a pesar de que la condición de provincia romana de la región se mantuviera únicamente por espacio de doscientos años, los rumanos actuales todavía hablan una lengua de raíz latina.

Los territorios de la Dacia eran sumamente ricos, así que la guerra permitió a Roma extraer inmensos beneficios. Trajano consiguió encontrar el tesoro que Decébalo había escondido, que, según se estima, contenía unas ciento sesenta toneladas de oro y otras trescientas treinta de plata. Además de ser una de las mayores fortunas de la antigüedad, no iba a ser lo único que se obtuviera, dado que la región contaba con minas de oro, y los romanos no iban a tardar en explotarlas en su provecho.

Trajano escribió una obra titulada Dácica en la que relataba el desarrollo de las guerras libradas en la zona. De ella solo ha llegado hasta nosotros una única frase, y tiene la pureza de la prosa de César: «Después de Berzobim avanzamos hasta Azi». Por el contrario, el fragmento carece de la egolatría propia del autor de La guerra de las Galias. Si César se refiere siempre a sí mismo en tercera persona del singular, es decir, utilizando su propio nombre, como si el narrador fuera otra persona, Trajano emplea en cambio el «nosotros», dando así cumplida muestra del compañerismo que lo unía a los soldados que lo rodeaban. En su condición de impenitente promotor de grandes espectáculos, es muy posible que César hubiera visto con aprobación los juegos de la victoria que Trajano organizó en Roma tras los éxitos obtenidos en la Dacia. Los fastos se prolongaron nada menos que por espacio de 123 días, en el transcurso de los cuales combatieron diez mil gladiadores y se sacrificaron once mil animales, tanto domésticos como salvajes.

Las semejanzas entre Trajano y César también se concretan en otro aspecto, ya que el de sucesor de Nerva fue el mayor conquistador que tuvo Roma después del célebre dictador asesinado. Ni Augusto, que se apoderó de Egipto, ni Claudio, que anexionó la Britania, habían sido verdaderos jefes militares. Tiberio y Vespasiano fueron grandes soldados, pero dejaron de serlo al subir al trono. Pese a los grandes discursos centrados en la expansión del Imperio, la mayoría de los emperadores juzgaron que la tarea de ensancharlo resultaba tan exorbitante como desestabilizadora. Trajano fue la excepción a esa regla.

Afortunadamente, y a diferencia de César, Trajano supo moderar su arrogancia y aplacar las inquietudes del Senado. Y también acertó a ganarse el favor de la población, ya que tuvo la visión de gastar los tesoros que había rapiñado en beneficio del pueblo de Roma.

TRAJANO COMO PROMOTOR DE LA GRANDEZA ARQUITECTÓNICA DEL IMPERIO

Trajano impulsó de forma muy notable la construcción de monumentos, hasta el punto de que, en cierto sentido, puede considerársele como el emperador romano de mayor empuje urbanístico. Uno de sus sucesores lo compararía con «las enredaderas, que medran en las paredes», debido a que su nombre aparecía inscrito en un gran número de edificios. Con esta afirmación dirige en parte una burla soterrada a Trajano, al que se acusa disimuladamente de atribuirse el mérito de un conjunto de proyectos iniciados por sus predecesores. No obstante, y a pesar de que la crítica no carezca de fundamento, el aludido podría rebatirla sin dificultad, ya que él mismo emprendió una enorme cantidad de obras de nueva planta. Patrocinó por ejemplo algunas impresionantes empresas de ingeniería, como la consistente en tender un vasto puente sobre el Danubio (en la actual Rumanía) cuya estructura estaba formada por un tablero de madera sostenido por veinte pilastras de mampostería (de hecho, gracias a él pudo atacar la Dacia). Redujo asimismo las distancias en la Vía Apia mediante la construcción de una calzada más corta en la parte meridional de Italia, razón por la que esa ruta lleva el nombre de Vía Trajana. Mandó edificar igualmente una serie de puertos nuevos en varias ciudades de la península itálica, incluida la propia Roma. Sin embargo, sus proyectos más conocidos son los que levantó en la capital misma. De entre ellos destacan particularmente tres: la Columna de Trajano, una torre de treinta metros de altura que no solo equivalía en la época a nuestros actuales rascacielos, sino que muestra además, en todo su contorno, la innovadora decoración de un relieve en espiral en el que se narran los pormenores de la conquista de la Dacia; las termas de Trajano, que además de inaugurar la nutrida serie de baños imperiales de la ciudad se

convertirían en el modelo que imitar por todos los establecimientos posteriores de esa misma índole; y el Foro de Trajano, en el que había incluso una basílica y que pasó a ser el más ambicioso y vasto de todos los foros imperiales. Este último espacio público se financió con los despojos de la guerra contra los dacios, así que Trajano se dotó con ello de un motivo más para fanfarronear.

Al igual que Augusto, también Trajano incrementó la presencia de edificaciones de mármol en Roma, utilizándolo, por ejemplo, en sus pavimentos y columnas. No obstante, en tiempos de Trajano, el ladrillo era el material de construcción más importante de la arquitectura romana, seguido de cerca por el hormigón. Las obras de albañilería aportaban grandes beneficios económicos, lo que permitiría hacer fortuna a un puñado de individuos y proporcionar empleo a un volumen de personas situado entre el cuatro y el seis por ciento de la población total de Roma (o esa es al menos la cifra que se registró en los años de expansión urbanística de los dos primeros siglos de la era cristiana).

En materia de construcción, el mejor colaborador de Trajano fue Apolodoro de Damasco. Tal y como indica su nombre y su lugar de nacimiento, se trata de un arquitecto perteneciente el mundo griego. En origen, Apolodoro era un ingeniero militar. Él fue precisamente el artífice del puente sobre el Danubio del que hemos hablado antes, y también escribió un libro en el que explicaba la forma de realizar un asedio. Sin embargo, lo que mayor celebridad habría de darle sería justamente la construcción del Foro de Trajano, aunque es posible que también fuese el encargado de levantar las conocidas termas del emperador.

Al trazarse los planos del Foro de Trajano se abandonó la habitual disposición rectangular con un templo en uno de sus costados, adoptándose en cambio una estructura prácticamente cuadrada, quizá con la intención de evocar la forma de los campamentos militares. Con él se estrena la insólita mezcla de la vasta plaza abierta y cuadrangular de estilo griego con la edificación pública provista de techo que conforma la basílica romana. En este foro también pueden encontrarse elementos arquitectónicos propios del Oriente Próximo. Esta variación en el diseño venía a constituir un símbolo de las inmensas dimensiones del Imperio, y lo mismo cabe

decir de la presencia de diferentes materiales, como el mármol de colores y las columnas de granito, traídos tanto de Oriente como de Occidente. La magnitud de la obra insiste en este mismo extremo: basta pensar, por ejemplo, en que solo el tamaño de la plaza descubierta venía a duplicar poco más o menos las medidas de un campo de fútbol americano, o en el hecho de que, para conferirle un aspecto lujoso, toda su superficie se hallaba recubierta de mármol blanco. Sobre la parte cubierta de la explanada podía admirarse la representación escultórica de los dacios cautivos, lo que transformaba el foro en una suerte de monumento conmemorativo de la victoria. El conjunto entero constituía un emblema de los éxitos de Trajano y una alegoría tanto del poder de Roma como de la omnipresente amenaza de enemigos extranjeros. Todo ello resultaba muy útil, ya que siempre era mejor llenar el ánimo de la gente de ese tipo de nociones que dejar que reflexionaran sobre cualquiera de los problemas internos del Imperio. En la parte posterior de la plaza cuadrada, la Columna de Trajano estaba flanqueada por tres arcos y dos bibliotecas. Y en el extremo septentrional del foro se elevaba un imponente templo.

Los proyectos arquitectónicos de Trajano tienen aproximadamente la misma sutileza que manifestó en su día Hércules al abrir una brecha, a golpe de maza, en la cordillera del Atlas, creando de ese modo el estrecho de Gibraltar, cuyos límites fijaban las Columnas de Hércules, según los antiguos.[58] Los ingenieros de Trajano también hicieron un tajo en una montaña, abriéndola parcialmente, para conseguir que una de las calzadas de acceso a Roma discurriera a menor distancia del mar. También echaron abajo una porción de la colina del Quirinal a fin de rematar el Foro de Trajano,[59] aunque después ese desmonte les obligara a levantar una nueva estructura formada por un gran número de gradas (que hoy configuran el complejo del Mercado de Trajano) al objeto de dar sustentación a la mutilada ladera. Para construir sus termas, Trajano ordenó rellenar de tierra la única sección de la Casa de Oro de Nerón que todavía se conservaba –en realidad una de las alas de la mansión, situada en el monte Esquilino–, y cimentó los muros del nuevo edificio en lo que un día fueran los espléndidos vestíbulos de la residencia. Fue un verdadero desperdicio, pero por otra parte el mensaje no podía ser más elocuente. No solo se afirmaba con ese gesto que Trajano era lo suficientemente rico para permitirse el lujo

de enterrar un palacio en perfecto estado de conservación, sino que también conseguía presentarse al emperador con los rasgos de un hombre desinteresado al que no le importaba prescindir de un suntuoso palacio si con ello alcanzaba a proporcionar un nuevo punto de esparcimiento al pueblo de Roma.

Las obras de Trajano contribuían a promocionar su buena imagen. Todas ellas llevaban su nombre, incluido el nuevo sistema de traída de aguas (denominado Aqua Traiana, o Acueducto de Trajano) construido para satisfacer la creciente demanda, que ya había empezado a acuciar a la capital tras la edificación de sus termas. Para acceder al Foro de Trajano, los romanos debían cruzar una monumental puerta que probablemente estaba coronada por una estatua del emperador al frente de un carro tirado por seis caballos. Ya dentro del foro mismo, podían verse, en cada una de las cuatro esquinas que formaba el cuadrilátero, una efigie ecuestre de Trajano acompañada de otras representaciones de su persona. Por otra parte, la Columna de Trajano narraba la historia de la conquista de la Dacia por medio de un friso en espiral integrado por 155 escenas en relieve. Esa crónica labrada ascendía serpenteando por el monolito como una especie de gigantesco rollo ilustrado. En la iconografía de la torre, Trajano aparece en más de sesenta ocasiones. Con todo, nada conseguiría promover tan marcadamente la fama de Trajano como la soberbia basílica que se alzaba en el extremo norte del complejo del foro. Lo más probable es que Trajano desistiera de dar su nombre al edificio al comenzar este a elevarse sobre sus cimientos, dado que los romanos no habrían tolerado que un emperador erigiera en vida un santuario dedicado a su propia divinidad. Sin embargo, eso era precisamente lo que estaba haciendo, ya que, tras su fallecimiento, el lugar quedó consagrado a su persona y adoptó el nombre de Templo del divino Trajano; en su interior campeaba una colosal estatua sedente del emperador, representado en forma de Zeus Olímpico o Júpiter. El foro entero era en realidad un ciclópeo acto propagandístico del poderío de Roma y de la gloria de quien la había dirigido desde el trono.

ORIENTE SE REVUELVE

Aproximadamente por la misma época en que se concretaba la conquista de la Dacia, Roma conseguía anexionarse la región que en esos tiempos se denominaba Arabia (un territorio que comprendía poco más o menos lo que hoy es Jordania, el triángulo del Sinaí y la porción noroccidental de la península arábiga). Con la anexión de estas dos nuevas provincias, el imperio romano alcanzó su máxima extensión geográfica. Sin embargo, Trajano quería más.

Debido tal vez a que deseaba emular a Alejandro, que se había adueñado de Irán, o movido acaso por la esperanza de superar a Julio César y a Marco Antonio –que habían fracasado en el intento de afianzar su mano en Oriente–, o quizás animado sin más por la constatación de que no asomaba por el horizonte un solo Estado capaz de rivalizar con Roma, Trajano decidió declarar la guerra a Partia. El pretexto de que se valió para salir en campaña fue el surgimiento de un desacuerdo relacionado con Armenia, que venía actuando desde hacía ya mucho tiempo a modo de zona de amortiguación entre ambos imperios. Roma reclamaba el derecho a ejercer su poder de veto sobre esa región, pero los partos habían puesto en entredicho tal prerrogativa al elegir al último rey armenio. Sin embargo, cuando los partos dieron marcha atrás, Trajano se negó a aceptar la componenda. Quería que la guerra se materializara, porque sabía que solo las armas le aportarían la gloria que ansiaba.

Así las cosas, Trajano organizó una gran expedición a Oriente. Plotina y Matidia lo acompañaron nada menos que hasta la ciudad de Antioquía, a la que llegaron en el año 114. Trajano y su ejército continuaron avanzando y se hicieron con las riendas de Armenia, y acto seguido conquistaron la totalidad de Mesopotamia (cuyo territorio se correspondía aproximadamente con el del actual Irak) hasta alcanzar el Golfo Pérsico. Los partos estaban muy ocupados tratando de sofocar una discordia civil. En cierto sentido podría decirse que la peor oposición a la que hubo de enfrentarse Trajano fue la del terremoto de Antioquía de diciembre del 115, con cuya descripción arrancaba el presente capítulo. Los romanos declararon que Armenia y Mesopotamia habían pasado a convertirse en provincias del Imperio.

Al llegar a las costas del golfo Pérsico, Trajano dirigió melancólicamente la vista al este, hacia la India y las más remotas conquistas de Alejandro. No tenía más remedio que admitir que era ya demasiado mayor para imitar a su héroe. Según las fuentes, estas fueron sus palabras: «Ciertamente habría cruzado también hasta la India, de haber sido aún joven». En cualquier caso, envió una carta al Senado para indicar a sus miembros que había llegado más lejos que Alejandro. Estos a su vez le concedieron el título de Pártico y le comunicaron que podía celebrar un triunfo por todas las naciones que le vinieran en gana, dado que en sus informes les había hablado de tal cantidad de victorias que se confesaban totalmente perdidos.

Sin embargo, los partos se reagruparon. Azuzaron a los habitantes de Mesopotamia y, tras animarlos a rebelarse, arremetieron contra las líneas de suministro que abastecían a los romanos, interceptándolas nada menos que hasta el norte de Armenia. Simultáneamente, las comunidades judías se alzaron en armas en las provincias orientales situadas en las inmediaciones de Judea y en territorio mesopotámico. Se trataba de una insurrección en toda regla, cuya virulencia, radicada en el descontento que había venido acumulándose por culpa de la intolerancia y los abusos fiscales, se había visto avivada como consecuencia del respaldo de los partos. En vista de la situación, Trajano tuvo que enviar tropas y generales bien curtidos a la zona con el fin de suprimir el levantamiento. Trajano se las ingenió para recuperar el control de Mesopotamia e inició el regreso. Sin embargo, la dominación romana de Oriente tenía los pies de barro.

En el camino de vuelta, que emprendió por el norte de la región, el emperador intentó lograr una última victoria y se propuso apoderarse al asalto de la rica ciudad caravanera de Hatra (situada en la parte septentrional de Irak). El propio Trajano participó en la carga de caballería con la que se atacó la plaza, y a punto estuvo de perder la vida en el empeño, como se explica en uno de los partes de guerra. Pese a haberse desembarazado de su manto de púrpura para no ser reconocido, «el enemigo, viendo su majestuosa cabeza gris y su augusto continente, sospechó de su identidad y le disparó, matando a un jinete de su escolta». Fue un esfuerzo mayúsculo para un hombre que rebasaba ya los sesenta, y una muestra de lo mucho que amaba Trajano medirse en combate con el enemigo.

No tardaría en comprobarse que a Roma iba a resultarle imposible conservar los territorios que acababa de anexionar. Cuando Trajano alcanzó de nuevo la ciudad de Antioquía, en el año 117, la totalidad de sus conquistas orientales habían vuelto ya a manos extranjeras. Partia se había hecho una vez más con el control de la región. Para Roma, la guerra de Oriente terminó siendo una empresa costosa, sangrienta e infructuosa. Tal y como salieron las cosas, la última gran conquista del imperio fue Dacia, no Partia.

¿PERO DE VERDAD HUBO ALGUNA VEZ CINCO EMPERADORES BUENOS?

Si nos dejamos distraer por el belicismo y el extraño complejo que llevaba a Trajano a equiparse con Júpiter, es muy posible que nos resulte difícil simpatizar con este emperador, pese a su generosidad y su sensatez política. Y, sin embargo, el enfoque con el que abordó la gobernación del Imperio se reveló realmente eficaz. Siguiendo los pasos de Nerva, dio un siglo de paz y prosperidad relativas. El 96, fecha del asesinato de Domiciano, marca el inicio de un período de cerca de cien años en el que no se registra ningún otro magnicidio. Y, tras el fallecimiento de Trajano, Roma tardaría cuatro décadas en volver a enzarzarse en otra guerra en el extranjero. Tan firme fue el pulso político de Trajano, tan honda su implicación en la mejora del bienestar del pueblo romano y tan impresionantes sus proyectos arquitectónicos, que, además de resultar comprensible que se le otorgara el título de Óptimo, parece igualmente lógico que se le viera con tan buenos ojos en los períodos históricos posteriores.

Trajano fue el segundo de una serie de gobernantes a la que se ha dado en conocer con el nombre de «los Cinco emperadores buenos». Después de Nerva (que reinó entre los años 96 y 98) y Trajano (emperador del 98 al 117), vinieron Adriano (117 a 138), Antonino Pío (138 a 161) y Marco Aurelio (161 a 180). Se acepta por regla general que este fue el período en el que el Imperio alcanzó su apogeo.

En su gran obra titulada Historia de la decadencia y ruina del

Imperio romano, el ensayista Edward Gibbon nos ha dejado un célebre comentario sobre esa época: «Si se le pidiera a un hombre que determinase en qué fase de la historia del mundo fue más feliz y más próspera la condición de la raza humana, el aludido mencionaría, sin dudarlo, el lapso de tiempo transcurrido entre la muerte de Domiciano y el acceso al trono de Cómodo».

Pese a que hoy en día no pueda sostenerse en modo alguno esta afirmación, si tenemos en cuenta que Gibbon escribió la frase en 1776, comprenderemos que en los años en que le tocó vivir tenía ciertamente motivos para pensar así. Se estima que, en el siglo II de nuestra era, tanto el producto interior bruto del Imperio como su PIB per cápita podían equipararse al de la Europa de 1600. Más impresionante resulta todavía el hecho de que las cifras económicas de la ciudad de Roma puedan compararse con las que mostraban algunas ciudades de los Países Bajos en el siglo XVII. A despecho de los numerosos problemas que plantea elaborar una buena compilación de datos estadísticos relativos al mundo antiguo, lo cierto es que estos guarismos suscitan un amplio consenso entre los estudiosos actuales.

Además, Roma también disfrutó de un clima favorable en ese tiempo. En el conjunto del mundo mediterráneo, el siglo II conoció un período dominado por un tiempo cálido, húmedo y estable al que los académicos denominan «óptimo climático romano». Estas condiciones resultaban ideales tanto para los agricultores y los ganaderos como para los propios consumidores.

El Imperio tenía organizado el intercambio de grano y tierras en forma de economía de mercado. Los bancos concedían créditos flexibles. Y, a pesar de que la esclavitud continuara floreciendo, el hecho de que se permitiera la emancipación determinaba que un gran número de esclavos se esforzaran por conseguir la libertad y la consiguieran. Este período no constituye únicamente el de mayor extensión territorial del Imperio, también señala el punto culminante de su demografía, ya que la población alcanzó sus cifras máximas, situadas entre los cincuenta y los setenta millones de personas. El siglo que termina con el reinado de Cómodo asistió también al crecimiento urbanístico más explosivo del Imperio y a una febril producción artística. La agricultura, la minería y las

manufacturas vivieron igualmente sus mayores cotas de prosperidad. Al mismo tiempo, la paz, las buenas calzadas y los puertos bien construidos contribuyeron a promover el comercio y las comunicaciones.

Sin embargo, no todo era de color de rosa. Los índices de mortalidad eran muy elevados, y la sanidad pública, notablemente deficiente. Los romanos padecían a causa de la mala nutrición y las enfermedades. En el caso de las mujeres, la posibilidad de morir durante el parto no era en modo alguno una circunstancia insólita. La esperanza de vida que tenían los niños venidos al mundo en el seno de la clase senatorial era de treinta años, mientras que la de los demás grupos sociales se situaba en veinticinco. La mortandad infantil era astronómica, ya que cerca de la tercera parte de los recién nacidos fallecían en torno a los veintiocho meses.

La riqueza estaba muy mal repartida. Solo había seiscientos senadores, y todos ellos eran inmensamente ricos. Se calcula que, en Roma, el número de caballeros (es decir, de équites, o integrantes de la clase ecuestre) se situaba alrededor de los dos mil, y que en el conjunto de Imperio eran treinta mil (invariablemente, pudientes). A continuación, figuraban otros dos grupos acomodados: el de los grandes terratenientes y concejales urbanos, y el de los tenderos, comerciantes, cambistas, artesanos, médicos, maestros y otros profesionales (colectivos a los que cabe añadir el de los funcionarios municipales de segundo rango). Al margen de un pequeño grupo de asalariados libres, la mayor parte de la gente pertenecía al campesinado, es decir, se trataba de granjeros y ganaderos no esclavizados, que sin embargo vivían en la pobreza. Es posible que los esclavos representaran aproximadamente entre el quince y el veinte por ciento de la población romana. Hasta finales del siglo III no existió ningún sistema fiscal progresivo, y hasta esa fecha tampoco hubo impuestos sobre la propiedad. Los ricos se hacían cada vez más ricos, el funcionamiento del Estado iba fundamentalmente enfocado a beneficiarlos, y a las masas desfavorecidas no les quedaba más remedio que resignarse a su suerte.

Los habitantes de la ciudad de Roma disfrutaban de algunos privilegios especiales, pero las condiciones que reinaban en la

capital los ponían muy a menudo en aprietos. Los romanos recibían trigo de forma gratuita, y con el tiempo también el aceite de oliva llegó a distribuirse sin coste. Existían asimismo subvenciones que abarataban el precio del vino. En las termas públicas, se hacía descuento a los ciudadanos romanos. Por otro lado, los ricos ofrecían sportulae –una suerte de prebendas en forma de «atenciones desinteresadas»– a las personas bien relacionadas que ocupaban los peldaños superiores de la escala social. Esos incentivos consistían, por ejemplo, en el pago de una cierta suma de dinero a los clientes a fin de que estos pudieran visitar cotidianamente a sus patronos. Los así patrocinados mostraban su respeto mediante esos encuentros, y también homenajeaban a sus protectores asistiendo a sus charlas públicas, ya que eso demostraba el prestigio del orador. Los pobres romanos también tenían la posibilidad de asistir a las funciones teatrales que se daban regularmente, así como a las carreras de carros, a los combates de gladiadores y a los espectáculos en los que se sacrificaban animales. Sin embargo, la ciudad de Roma padecía el gran problema del hacinamiento de la población en bloques de apartamentos –que podían llegar a una altura considerable–, y el amontonamiento favorecía la propagación de las enfermedades y agravaba las consecuencias de cualquier incendio.

Roma rebosaba de energía y sus costuras parecían querer reventar a causa de su pletórica demografía, dado que se estima que contaba con un millón de habitantes. La capital no recordaba ya prácticamente en nada a la pequeña y homogénea comunidad de los siglos anteriores. Había dejado de ser un espacio en el que todo el mundo hablaba el mismo idioma y adoraba a los mismos dioses. Pese a que el latín fuese la lengua oficial, cualquiera que se pasease por sus calles podría escuchar igualmente el arameo, el celta, el egipcio, el germano, el hebreo y, más que ningún otro, el griego.

En el siglo II, la vida urbana prosperó en todo el Imperio. De Londinium (Londres) a Berytus (Beirut, en el Líbano), las ciudades que Roma había fundado o refundado alcanzaron su plena madurez. Algunas de ellas habían sido en su origen simples colonias de veteranos; en otros casos se trataba de antiguos campamentos del ejército transformados en ciudades, y también había ocasiones en que las urbes habían revelado ser verdaderas encrucijadas

comerciales o centros religiosos por derecho propio. El plano de las ciudades seguía las pautas romanas, aunque a veces la distribución imperial se desarrollaba a escasa distancia de las fórmulas de construcción nativas. No era difícil para un romano encontrarse frente a un foro o una sede senatorial de aspecto familiar en la Galia o el Asia Menor ni recorrer tranquilamente la encrucijada, bordeada de columnas, del principal cruce de caminos de una población. Y si daba un pequeño rodeo llegaría hasta las serpenteantes callejuelas y los templos y edificios de estilo autóctono erigidos por la población local.

Fue un período dorado para las ciudades. Era muy habitual que las ambiciosas élites de las diferentes regiones y provincias del Imperio contaran con propiedades rústicas, aunque por regla general tuvieran su domicilio principal en una casa urbana, tal y como hacían sus homólogos de Roma. Su objetivo consistía en hallar colocación en el concejo municipal de su localidad, cuya estructura y funcionamiento calcaban los del Senado romano. Se esforzaban en conseguir la ciudadanía romana, privilegio que los emperadores habían empezado a conceder a un creciente número de personas de relieve de las provincias.

Disponemos de una abundantísima cantidad de material de la era de los cinco emperadores buenos, así que no es difícil hacerse una idea de cómo vivían por entonces los romanos corrientes. Ya se trate de las bien atadas sandalias de una sacerdotisa o de los zapatos de cuero crudo de un carpintero; de las manos encallecidas de un cazador o de las uñas perfectamente arregladas de una diosa; del puño de un poeta aferrado al rollo en el que atesora sus obras o de los dedos crispados del jinete que sujeta las riendas de su caballo; o aun del contraste entre la expresión de éxtasis de un bailarín y los derrotados ojos de unos padres que lloran la pérdida de un hijo, las obras de arte de la antigüedad nos ofrecen miles de vislumbres con los que entrever el desarrollo de la vida cotidiana en el Imperio romano. Podemos estudiar las muñecas infantiles, el escalpelo de los cirujanos, los cascos y los cuernos que se empleaban en las actividades cinegéticas, los espejos de metal pulido, los frasquitos de cristal que un día estuvieron repletos de perfumes, las argollas y maromas con que se ataba a los esclavos, los moldes destinados a fabricar botellas o a producir estampillas

con las que timbrar los ladrillos, las copas de vino, las tuberías de agua, los dados de los jugadores y los proyectiles de las hondas. Estos humildes restos nos recuerdan que los monumentos que Trajano elevó a sus victorias apenas nos revelan nada de la realidad del mundo que habitaron la mayoría de los romanos.

MUERTE EN TRAJANÓPOLIS

Abatido por la derrota que estaba sufriendo en Oriente, la salud del emperador comenzó a flaquear. Un busto de bronce, que según algunas opiniones podría ser el de Trajano en sus últimos años, nos muestra a un individuo de mejillas hundidas, nariz prominente y ceño fruncido, todo ello rematado por una suerte de mirada perdida, como la de un hombre que sabe que el fin se halla muy cerca. Según refieren las fuentes, en el año 117 sufrió un derrame cerebral que lo dejó parcialmente paralizado. Casi con toda seguridad, la causa guarda relación con su genética, o quizá con una vida de excesos, pero Trajano quedó convencido de que le habían administrado un veneno. No sería imposible, ni excesivamente extraño, que en las últimas fases de su vida se hubiera convertido en un hombre amargado, dado que le tocó asistir al desvanecimiento de las conquistas de Partia, que se le habían marchitado entre las manos como frágiles flores recién segadas. Pese a que la hipótesis de la sustancia tóxica no sirva para explicar el largo período de declive de Trajano, tampoco resulta impensable que alguien le diera a última hora un bebedizo con el objetivo de rematar al envejecido emperador.

Plotina y Matidia lo convencieron de que debía regresar a su residencia de Roma. Ninguno de sus predecesores había fallecido lejos de Italia, y nadie deseaba que Trajano fuera el primero en hacerlo. Por consiguiente, el emperador y su séquito largaron amarras y salieron del puerto de Antioquía. Sin embargo, transcurridos dos o tres días desde la partida, el estado de salud del Trajano empeoró tanto que hubo que atracar urgentemente en la ensenada más cercana, la de la ciudad de Selinus,[60] en una región notablemente accidentada a la que se conocía con el nombre de

«Cilicia Agreste» (situada a orillas del Mediterráneo, en la costa suroccidental de lo que hoy es Turquía). Un autor antiguo describe la zona con estas palabras: «La faja del litoral es estrecha y no ofrece prácticamente ningún espacio de terreno llano; además, se extiende a los pies de los montes Tauro, que no permiten más que un magro sustento». La circunstancia que más había contribuido a la fama de su ancladero había sido la de servir como cubil a los piratas.

No había gloria alguna que obtener en esa cala. No había palacios en los que reposar ni batallas que dirimir. Claramente incapacitado a causa de la parálisis y, como bien señala Dion Casio, de la hidropesía (una grave hinchazón de los tejidos blandos provocada por la retención de líquidos), el emperador fallecía en ese inhóspito lugar, a una edad aproximada de sesenta y tres años, el 8 de agosto de 117. El nombre de la pequeña población de Selinus se cambió por el de Trajanópolis, es decir, la ciudad de Trajano. La plaza se pobló así de una larga serie de edificios de nueva construcción, de entre los que destaca en particular un monumento de dos plantas, flanqueado por un templo dedicado al emperador desaparecido; sin embargo, jamás conseguiría elevarse a la altura de una ciudad digna de las grandiosas expectativas de Trajano.

Los restos mortales del emperador fueron devueltos a Antioquía para proceder a su cremación. Hecho esto, las cenizas realizaron el largo camino de regreso a Roma. Una vez en casa, y tras ser honradas con una parada triunfal por las calles de la ciudad, fueron colocadas en una urna situada en la base de la Columna de Trajano. Pese a que los enterramientos en los límites de la capital estuviesen prohibidos, en esta ocasión se hizo una excepción, ya que no en vano se trataba de un hombre al que el Senado había calificado como el mejor gobernante de Roma.

Y, si por un lado es posible que lo fuera, por otro podríamos encontrarnos tal vez ante un individuo magnífico, maquiavélicamente anacrónico, que se reveló efectivamente capaz de gobernar con sorprendente habilidad, al menos en los períodos en que no se dedicó a exhibir su vanagloria. Trajano, que fue un raro caso de emperador entregado a la conquista, no tenía en cambio ninguna inclinación intelectual, aunque compensó con

creces esa carencia a base de sentido práctico. Supo aunar la astucia con la moderación y concentró el poder en sus manos, pero restableció la dignidad de los senadores y evitó diezmarlos. Acertó a gratificar al pueblo sin olvidar la necesidad de compensar a las legiones por sus esfuerzos. Pese a que promoviera su imagen de patriarca –circunstancia que quizá supusiera un alivio, dadas las excentricidades de sus predecesores–, es probable que su esposa ejerciera un poder considerable. Y, aunque obtuviera elogios por las vastas obras públicas que realizó, también es verdad que sus proyectos no se limitaron a lustrar su ego, sino que beneficiaron a la gente. Promovió el comercio y las comunicaciones. Y, pese a ser un militar amante de la acción, fue justamente Trajano quien sentó las bases del mayor período de paz y prosperidad que haya conocido Roma.

No obstante, los réditos de ese florecimiento no se repartieron por igual. La mayor parte de la gente, lo que significa decenas de millones de personas, vivía en la pobreza, y varios millones más se hallaban esclavizados y cargados de cadenas. La población libre de la península itálica disfrutaba de unas condiciones algo mejores, y esa ventaja se notaba todavía más en Roma. No obstante, si tenemos en cuenta que la historia del mundo antiguo se revelaba muy a menudo terriblemente sangrienta, está claro que los habitantes del Imperio en general podían darse al menos por contentos de que reinara la paz.

Sin embargo, Trajano también liquidó a decenas de millares de personas en Dacia, y prácticamente laminó su lengua y su cultura. En Oriente, el emperador declaró deliberadamente una guerra de agresión contra los partos que acabó saldándose con un completo fracaso. Y todavía no hemos hablado del tema de la sucesión.

La filosofía con la que Trajano enfocó la gobernación se basó en la idea de que Roma no debía renunciar a nada. Se podía permitir el lujo de expandir el Imperio, de entregarse a una desenfrenada carrera de mejoras arquitectónicas e infraestructurales, de iniciar un nuevo programa de bienestar social en la península, de lograr la satisfacción del Senado, el pueblo y el ejército..., y todo ello de forma simultánea. Y, además, Roma tenía en sus manos la posibilidad llevar a cabo esas proezas sin necesidad de provocar la

quiebra del presupuesto o el agotamiento de sus recursos. Sin embargo, a su sucesor no le quedaría más remedio que revisar esas conclusiones.

¿Y quién iba a ser el siguiente gobernante de Roma? Pocos asuntos podían reclamar una decisión de tanta envergadura. Sin embargo, Trajano no la había tomado, aunque sí emprendido alguna iniciativa en tal sentido. Al final, se había visto obligado a zanjar la cuestión en su lecho de muerte. ¿O no...? La circunstancia de que ese extremo hubiera quedado sumido en la incertidumbre contribuiría a generar los brotes de violencia que habrían de embarrar desde su mismo arranque el reinado de su sucesor: otro romano de origen hispánico, primo lejano del propio Trajano.

Capítulo 6

Adriano

el griego

Busto de Adriano. © Jacek Wojnarowski/Shutterstock

Antes de expirar en la apartada Selinus, Trajano adoptó a un sobrino segundo.[61] Eso es al menos lo que cuentan las crónicas oficiales. No obstante, hay quien piensa que la pasada conducta del emperador arroja dudas sobre este parentesco. Trajano había estado ascendiendo durante años a Adriano, situándolo en puestos cada vez más elevados, y también le había permitido entroncar con la

familia imperial por vía de matrimonio. Sin embargo, hay asimismo una cierta vacilación en su comportamiento, debido quizás al surgimiento de diferencias políticas, y ejemplo de ello es el hecho de que no adoptara a Adriano ni le concediera los honores de que habían disfrutado los anteriores herederos al trono.

Hay autores que sostienen que Trajano no dijo nada sobre ninguna adopción en su lecho de muerte y que todo el asunto fue en realidad una puesta en escena orquestada por dos personas: Plotina, esposa y gran defensora de Adriano, y Publio Acilio Atiano, extutor de Adriano y prefecto del pretorio. Ambos se hallaban junto a Trajano en sus últimos momentos. Una de nuestras fuentes señala con recelo que fue la mano de Plotina la que rubricó las cartas que Trajano envió al Senado para nombrar a Adriano hijo y heredero suyo, incluso a pesar de que jamás hubiera firmado con anterioridad ninguna de las actas del emperador. Otra fuente afirma que Plotina ocultó a todo el mundo que Trajano ya había fallecido, introdujo clandestinamente a un actor en la cama del emperador a fin de suplantarlo y le ordenó declarar, con voz desfalleciente, que había decidido adoptar a Adriano.

Y no debemos olvidar tampoco este extraño detalle: el descubrimiento casual de una lápida muestra que, dos días después de la muerte de Trajano, perdía también la vida, a la edad de veintiocho años, su catador de vino (un joven liberto). Evidentemente, siempre es posible que falleciese por causas naturales –Trajano y él podrían haber sido víctimas de un mismo virus, por ejemplo–, pero también cabe preguntarse si la desaparición del criado no pudo deberse a un asesinato o a un suicidio y si su motivación última no guardaba relación con el hecho de que supiera demasiado. La circunstancia de que se tardaran doce años en llevar sus cenizas a Roma también despierta sospechas, ya que da la impresión de que alguien tenía gran interés en no agitar las aguas de su recuerdo.

¿Hay realmente algún fuego tras esta humareda o se trata simplemente de una coincidencia, de una nueva intromisión de los prejuicios que despertaban en Roma las mujeres fuertes y poderosas? Nunca tendremos ocasión de averiguarlo. Lo que está claro es que Roma contaba con un nuevo y vigoroso emperador,

rebosante de talento.

Adriano era un hombre en la fuerza de la edad, cuya notable estatura y sólida complexión se añadían a su buena forma física. Los bustos que lo representan nos muestran a una persona inteligente y autoritaria, de rostro ovalado, suaves y redondas mejillas, nariz aguileña y grandes orejas. Según un contemporáneo suyo, tenía «los ojos brillantes y una luminosa mirada». En esa época, Adriano lucía una poblada barba que cuidaba con todo esmero, y una abundante cabellera que también mantenía cuidadosamente rizada.

Las barbas de Adriano no eran únicamente una cuestión de moda, también constituían una suerte de afirmación cultural y política. Por regla general, los hombres de la élite romana iban perfectamente rasurados. Quienes se dejaban crecer la barba eran en cambio los griegos. Al no afeitarse, Adriano hacía patente el enorme aprecio que sentía por la civilización griega, una pasión que se reflejaría en sus medidas políticas, con las que siempre fomentó el avance de la porción oriental del Imperio, en la que se hablaba el griego.

Lo sorprendente es que lograra pasar el largo tiempo que debió de requerir la elaboración del gran número de imágenes de su persona que ha llegado hasta nosotros, ya que, de hecho, su cantidad supera a la de cualquier otro emperador. Según parece, Adriano se pasó toda la vida a lomos de su montura o a bordo de algún barco, puesto que no dejó nunca de trasladarse de un extremo al otro del Imperio, desde Britania hasta Siria; cosa que, además de permitirle visitar casi todas las regiones intermedias, lo convertiría en el emperador más viajero de la historia de Roma. Se enorgullecía de tratar con la gente corriente y se dedicaba a «estrechar manos a diestro y siniestro», por repetir aquí la expresión inglesa, comportándose en este sentido de un modo muy similar al de los actuales políticos democráticos. Fuera a donde fuese, se mezclaba invariablemente con la soldadesca y compartía la comida sencilla de la tropa, muchas veces al aire libre, como sus legionarios. Valga como ejemplo el hecho de que nunca llevara gorro, capucha o sombrero: «Ni con calor ni con frío; tanto bajo las nieves de Germania, como bajo el sol abrasador de Egipto, mantuvo siempre la cabeza descubierta». En una ocasión, recorrió más de treinta

kilómetros enfundado en una armadura para dar ánimo a sus soldados. Para divertirse solía poner a prueba sus habilidades con su pasatiempo favorito: la caza. Era tan diestro que en una ocasión consiguió la rara hazaña de matar a un jabalí de un solo golpe.

Adriano fue uno de los emperadores más relevantes y cautivadores de la historia de Roma. Nadie hizo nunca mayores esfuerzos en favor de la paz ni se opuso con tanta firmeza a la expansión del Imperio. Ninguno de sus colegas, anteriores o posteriores a él, prestó más atención a las provincias. No ha habido emperador que se haya internado más a fondo en el estudio de los clásicos o descollado a tanta altura como poeta o arquitecto; ninguno exhibió, para remate, sus cualidades de escultor ni sus dotes para la pintura. Y, sin embargo, tampoco ha existido nunca un gobernante capaz de reunir en su persona tantos rasgos paradójicos como Adriano. Según un escritor de la antigüedad: «Era, sin contradicción, austero y cordial, digno y alegre, lento y pronto en actuar, cicatero y generoso, falso y honrado, cruel y clemente, y siempre, en todas las cosas, tornadizo».

Era un romano que adoraba la civilización griega, pero donde más se le recuerda es en Italia y en Gran Bretaña, así como entre los judíos, ya que trató de aniquilar su cultura, lo que explica que los anales maldigan su memoria. Debió su éxito a las mujeres que lo amaron, pero su corazón pertenecía a un muchacho adolescente.

EL IRRESISTIBLE ASCENSO DE PUBLIO ELIO ADRIANO

Su peripecia arranca con un entrelazamiento de esperanzas y ambiciones. Adriano nació el 24 de enero del año 76. Se le puso el nombre de Publio Elio en honor a su padre, cuya carrera profesional había determinado que la familia, originaria de Hispania, se trasladara a Roma, donde vendría al mundo el futuro emperador. El pequeño grupo provenía de una ciudad que había prosperado gracias a la exportación de aceite de oliva. Se trataba de una casa relevante que contaba a un senador entre sus antiguos miembros y cuyas raíces se remontaban al período de la primitiva colonización

de la península ibérica, al asentarse en la Bética un soldado romano procedente de una ciudad situada en la costa nororiental de la península itálica a la que los latinos denominaban Hadria.[62] Y de ahí el nombre de Adriano.

La Roma de la época de Vespasiano, que era quien gobernaba el Imperio al nacer Adriano, estaba abriendo cada vez más sus puertas a los varones de talento de las élites provinciales, y el padre de Adriano cumplía todos los requisitos. Publio Elio Adriano Afer, que llegó a senador, había prestado servicio como pretor y posiblemente también como comandante de la legión. Había pertenecido al equipo de un gobernador provincial, y hasta es posible que él mismo se encargara en algún momento de alguna gobernación. La madre de Adriano, Domicia Paulina, también española, era originaria de un puerto del litoral atlántico más meridional de Hispania,[63] y había nacido en el seno de una familia cuyos antepasados eran probablemente colonos fenicios. Adriano tenía también una hermana llamada igual que la madre, aunque para distinguirla de esta se la conoce como Domicia Paulina la Menor o simplemente Paulina.

El padre de Adriano falleció cuando el futuro ocupante del trono tenía apenas diez años. Esto lo convirtió en huérfano, tal y como le había sucedido a Augusto. Dado que las mujeres romanas solían casarse con menos edad que los hombres, cabe pensar que Domicia seguía con vida. Y de ser así, hay que suponer que se ocupó de su hijo, igual que Acia atendió en su día al bienestar del joven Augusto. Sabemos con seguridad que todavía existe una semejanza más entre ambos hombres, puesto que, al igual que Augusto, Adriano también tendría ocasión de relacionarse con los individuos más poderosos de Roma. Lo instruyeron dos tutores, ambos vinculados con la región de Hispania de la que él mismo procedía. Uno de ellos fue Publio Acilio Atiano, un caballero romano que acabaría ejerciendo el cargo de jefe de la guardia pretoriana. El otro sería un primo carnal del padre de Adriano, un prometedor militar y estadista llamado a ocupar más tarde el trono: nada menos que Trajano. Dado que, durante la infancia de Adriano, Trajano se hallaba sumamente atareado con el cumplimiento de sus deberes de comandante, fue Atiano quien hubo de encargarse de la formación de Adriano. Salvo por los dos viajes que hizo a Hispania en su

adolescencia, a fin de inspeccionar las propiedades de la familia, Adriano se educó enteramente en Roma.

Gracias a su aguda inteligencia y su prodigiosa memoria, Adriano reveló ser un estudiante excepcional. La asignatura más importante de la instrucción de los jóvenes que pertenecían a la élite romana era la que los llevaba a conocer a los clásicos griegos y latinos. Adriano se entregó con pasión al aprendizaje de la lengua y la literatura griegas. No hay duda de que vivía prácticamente inmerso en la cultura helénica, dado que la Roma de su época contaba con una vastísima población griega. De hecho, en ese sentido Roma podía rivalizar con Alejandría, a la que disputaba la condición de mayor ciudad griega del mundo. El gusto de Adriano por todo lo griego se extendía incluso a los deportes, ya que le encantaba la caza, una actividad a la que solían aficionarse los integrantes de la élite griega, pero que no atraía demasiado a los romanos.

Estas inclinaciones le valdrían el apodo de Graeculus, o «grieguecillo». Y no se trataba de ningún piropo. Los romanos de las élites admiraban y detestaban a un tiempo la superioridad cultural de los griegos. Esto los animaría de cuando en cuando a compensar su complejo recordando a los griegos el poder que Roma ejercía sobre su región. Los prejuicios que inspiran el siguiente comentario del tutor de Adriano no eran en modo alguno insólitos: «A estos grieguitos les chiflan sus gimnasios...». También desaprobaba las aficiones cinegéticas de su pupilo.

Por fortuna para el futuro emperador, la esposa de Trajano, Plotina, tenía una opinión completamente distinta de Grecia. Al igual que Adriano, también ella era una helenista convencida. De hecho, Adriano y Plotina tenían mucho en común. Ambos eran inteligentes y cultos, a los dos los maravillaba el estudio de la filosofía, uno y otro brillaban con luz propia en la órbita de Trajano, y –por cínico que parezca– el amor de sí que Adriano se profesaba encontraba cumplido eco en Plotina, ya que, al margen de la nada desdeñable tendencia de Adriano a la autoadoración, Plotina se dejó siempre encandilar por el deslumbrante y joven discípulo de su marido.

Pese a que es muy posible que la edad de Plotina se hallara más próxima a la de Adriano que a la de Trajano, que era veintidós años mayor que su aprendiz, la mujer del emperador actuaría con su

futuro sucesor como una especie de madre de sustitución. No hay duda de que veló por sus intereses en las encrucijadas más importantes de su carrera, empezando por el vital asunto de su instrucción, ya que Plotina consiguió que Adriano estudiara con uno de los mejores maestros de Roma.

A Plotina la atraía mucho la filosofía epicúrea, un sistema de pensamiento surgido y desarrollado varios siglos antes en Atenas y que en tiempos de Adriano todavía contaba con una escuela activa en dicha ciudad. En nuestros días tiende a llamarse «epicúreo» a toda aquella persona que se entregue a los placeres de la vida, y más en particular a los goces asociados con la sensualidad y la opulencia, pero los epicúreos de la antigüedad creían por el contrario en la limitación de los deseos. Se trataba de personas que abrazaban el materialismo, que juzgaban que la religión era una mera creencia supersticiosa, y que consideraban que la razón era la mejor pauta que seguir. Preferían una buena compañía a la gastronomía sibarítica y concedían más valor al trabajo callado y discreto que a figurar en la primera línea de la vida pública. Su lema era «vive ocultamente», y su objetivo consistía en fraguar y atesorar una buena amistad. Muchos romanos de la élite eran epicúreos, incluidos los políticos, que encontraban reconfortante esa filosofía, pese a que rechazaran su quietismo.

Ni Plotina ni Adriano veían en «el amor a lo griego» una simple aquiescencia a la moda culta. Pese a que los romanos debieran su imperio al uso de la fuerza, Adriano comprendió que la pluma es más poderosa que la espada y que el más espléndido cálamo era el de los griegos. Y también se percató, igual que el poeta Horacio, de que «la conquistada Grecia cautivo mantenía al agreste triunfador romano, al iluminar con sus artes bellas la rusticidad del Lacio». Adriano estaba convencido de que Grecia todavía podía impartir lecciones de honda sabiduría al mundo. Según parece, le influyeron varias de las escuelas filosóficas griegas que permanecían activas en la época en que le tocó vivir. Y, además de destacar de entre ellas la ya mencionada del epicureísmo, cabe señalar que en una ocasión Adriano se entrevistó con Epicteto, el gran filósofo estoico.

Adriano se tomó la vida del espíritu mucho más en serio que cualquiera de los emperadores que lo habían precedido. Después de

Trajano, que se enorgullecía de no ser precisamente un intelectual, y de un plebeyo de agresiva impulsividad como Vespasiano, la actitud de Adriano suponía un cambio radical. El intelectualismo no solo contribuiría a afianzar la singular visión que Adriano iba a aportar al cometido de un emperador, sino que lo convertiría en el mayor valedor romano que Grecia haya tenido jamás.

Adriano se inició en la vida pública a la edad de dieciocho años y ascendió rápidamente. En un principio asumió responsabilidades de escasa importancia en la ciudad de Roma, después se le asignó un destino como oficial subalterno del ejército (tribuno militar), primero en Europa central y más tarde en los Balcanes. A finales del año 97, al llegarle la noticia de que el emperador Nerva había adoptado a Trajano como hijo y sucesor, Adriano se encontraba en una remota zona de esa última región, a orillas del Ponto Euxino. En ese mismo momento, Trajano se hallaba al frente de un contingente enviado a la Germania Superior, así que se llamó a Adriano y se le ordenó que se presentara ante su protector –convertido ahora en heredero al trono– y le ofreciera las felicitaciones de su ejército. Como recompensa, se decidió proporcionarle un puesto mejor al que había venido desempeñando hasta entonces en el lejano litoral del mar Negro, de modo que fue trasladado a un territorio más céntrico, situado junto al Rin, pese a conservar la condición de oficial subalterno. Al prestar servicio tres veces seguidas con ese mismo rango, en lugar de dos, como se exigía habitualmente a los individuos pertenecientes a la casta senatorial, Adriano acabaría logrando una gran experiencia militar.

Poco después, a principios del 98, se daba a conocer que Nerva había fallecido y que Trajano había sido declarado emperador. Adriano aprovechó la oportunidad y se apresuró a viajar al norte con el fin de informar personalmente a Trajano, aunque para ello tuviera que salvar una distancia de unos ciento ochenta kilómetros. En el camino, su carruaje sufrió una avería, pero él no renunció al empeño y prosiguió la marcha a pie, consiguiendo finalmente transmitir la buena nueva a Trajano. Así lo aseguran al menos las crónicas, que aun añaden el detalle de que el problema del carro de Adriano había sido consecuencia de un sabotaje, atribuido a un tal Serviano. No obstante, es preciso manejar estos relatos con escepticismo, dado que la aventura podría haber sido una invención

del propio Adriano que, andando el tiempo, acabaría llevándose a matar con ese Serviano. Lo más curioso del caso es que ambos hombres eran cuñados.

Lucio Julio Urso Serviano estaba casado con Paulina, la hermana de Adriano. El novio había concertado el matrimonio con la doble intención de ascender socialmente y de satisfacer sus ambiciones, dado que Paulina era prima de Trajano, así que el enlace debía permitir a Serviano formar parte del círculo de confianza de un hombre llamado a ocupar la más alta magistratura del Estado. En cualquier caso, Serviano ya era gobernador en el momento de la boda y, en años anteriores, había sido cónsul. No es de extrañar que dos hombres tan decididos con Serviano y Adriano terminaran chocando.

Adriano era el pariente masculino vivo más próximo de Trajano, así que en cuanto este vistió la púrpura imperial (y habida cuenta de que carecía de hijos), Adriano comprendió que tenía vía libre para sucederlo. No obstante, tampoco podía darlo por seguro. Ya se había comprobado con toda claridad –desde que Augusto pasara por alto a su nieto Agripa Póstumo y ofreciera el mando a su hijastro Tiberio– que incluso los parientes cercanos tenían que hacer méritos para ganarse un puesto tan encumbrado como el de emperador. Y desde luego Adriano lo conseguiría a pulso, ya que desplegó todas sus dotes de político, militar y buen administrador. Sin embargo, no iba a bastarle con eso.

El ascenso de Adriano supuso el triunfo de los modales cortesanos. Entre otras cosas, el futuro emperador consiguió engatusar a las mujeres del círculo imperial más próximo a Trajano y causar una gran impresión tanto en Atiano, su antiguo tutor –convertido ya en el nuevo prefecto del pretorio–, como en Licinio Sura, mano derecha del sucesor de Nerva.

Plotina, casada ahora con el emperador, fue siempre la mejor aliada de Adriano. Buen ejemplo de ello es el hecho de que se encargara de convencer a Trajano de que debía concederle la mano de Vibia Sabina. Este matrimonio estableció unos vínculos aún más estrechos entre Adriano y el emperador, dado que Sabina era nieta de Ulpia Marciana, hermana de Trajano, y por consiguiente sobrina-nieta del emperador. Por parte de padre, Sabina también pertenecía,

obviamente, a una familia rica e influyente. Poseía esclavos propios tanto en Hispania como en Roma y otras poblaciones de la península itálica. Su madre, Salonia Matidia, y su abuela, Marciana, vivían en el palacio imperial y se contaban entre los confidentes más íntimamente ligados a Trajano.

El prometedor Adriano y Sabina, también de muy buena posición social, contrajeron matrimonio en el año 100. Adriano adoraba a su suegra, Matidia. Adriano tenía veinticuatro años y Sabina era una muchachita de catorce o quince. El hecho de que el marido y la mujer se llevaran una década de diferencia era algo perfectamente normal en Roma. En el Imperio, la edad mínima para que una mujer pudiera casarse era de doce años, y en el caso de un hombre el límite estaba en catorce. Pese a que las mujeres tendieran a casarse poco antes de cumplir los veinte y los hombres a las puertas de la treintena, era frecuente que los miembros de la élite senatorial, y más aún los de la familia imperial, contrajeran matrimonio a edades más tempranas. Es indudable que un joven tan ambicioso como Adriano debía de estar deseando casarse con una mujer como Sabina, que era claramente un magnífico partido.

Es muy probable que Adriano encontrara en Sabina un gran número de rasgos de su agrado, tanto más cuanto fuera transformándose en una mujer hecha y derecha. Ya se sabe que las obras escultóricas realizadas para retratar a los integrantes del círculo imperial nos ofrecen una imagen idealizada y propagandística de sus modelos. No obstante, es poco plausible pensar que pudieran ofrecer representaciones puramente fantasiosas, dado que los inmortalizados en piedra querían que se les reconociese. Los diversos bustos y estatuas de cuerpo entero de Sabina nos muestran un rostro de contornos muy correctos y buena apariencia, un cuello delicado y una nariz clásica. De su silueta y su mirada se desprende un aire de dulzura y discreción. Sabina tenía una densa cabellera ondulada que peinaba hacia atrás, con raya en medio, lo que significa que seguía un estilo griego que sin duda debía de agradar mucho a Adriano, y posiblemente también a ella.

Sabina es una de las raras mujeres romanas que nos han dejado textos escritos. Hay que admitir que se trata de una obrita breve: un simple epílogo a cuatro cortos poemas compuestos por un

compañero de viaje. Sin embargo, la persona que la acompañaba era una mujer intelectual, lo que sugiere que Sabina compartía los intereses cultos de Adriano, o nos indica al menos que se esforzaba en hacerlo. El escrito también nos muestra que Sabina compartía el pundonor que ponía su marido en la elevación social y los grandes logros.

Pese a todo, la unión de Sabina y Adriano fue un enlace de conveniencia dinástica, no un matrimonio por amor, de modo que la pareja tuvo sus diferencias. Para empezar, no hubo descendencia. Adriano prefería a los efebos. Hay rumores que sostienen que Adriano y Sabina no congeniaban bien; que mantenían relaciones sexuales, pero que ella tomaba precauciones para no quedar embarazada; que Adriano la consideraba irritable e iracunda; y que a él le hubiera gustado ser un ciudadano corriente para poder divorciarse. No obstante, las murmuraciones son simplemente eso, habladurías, y no sería la primera vez que la esposa de un alto personaje político aceptara trabajar codo con codo con su marido por ingrata que resultara su relación física. Pese a la supuesta mala sangre que, según estos chismes, habría envenenado el matrimonio de Sabina y Adriano, hay también pruebas de cooperación y armonía entre ambos, y desde luego Adriano no tuvo inconveniente en colmar de honores a su esposa. Aun así, el papel que le tocó desempeñar a Sabina no debió de desarrollarse siempre en una balsa de aceite.

Entre los años 101 y 102, y nuevamente del 105 al 106, Adriano tuvo ocasión de progresar en su carrera gracias a su participación en las guerras de la Dacia emprendidas por Trajano. En la primera campaña, Trajano se llevó consigo a Adriano en calidad de miembro de alta graduación del Estado Mayor. Adriano pasó así un año en el frente, experiencia de la que únicamente ha llegado hasta nosotros un detalle: el de que acabó por compartir los hábitos de gran bebedor de vino del emperador, cosa por la que Trajano daría en recompensarlo.

Adriano volvió a servir a las órdenes de Trajano en la segunda campaña dacia, librada entre el 105 y el 106, aunque en esta ocasión como comandante de las legiones. Recibiría de hecho varias condecoraciones militares por ambas intervenciones. Pese a que

otros hombres hubiesen tenido un rol más importante en la consecución de la victoria romana, Adriano recibió un obsequio sumamente simbólico de Trajano: un diamante que el emperador había recibido de Nerva, su inmediato predecesor. Todo el mundo tuvo la impresión de que se trataba de un buen augurio, de una señal de éxito futuro, y Adriano concedía una gran relevancia a ese tipo de presagios. Pese a lo mucho que le atraía el estudio de la filosofía, Adriano se interesó toda la vida en la magia y la astrología.

Adriano continuó ascendiendo con notable rapidez durante el reinado de Trajano, aunque no con la velocidad que el ambicioso joven hubiera deseado. Entre los años 106 y 108 Adriano se encargaría de la gobernación de la Panonia Inferior.[64] En mayo del 108 se le nombró cónsul sufecto (es decir, sustituto del titular ordinario del cargo). Tenía en ese momento treinta y dos años, así que la designación se había producido a una edad bastante temprana, sobre todo en un caso como el de Adriano, que no pertenecía a la clase patricia. Se dice que fue en esta época cuando Adriano se enteró por boca de Licinio Sura, uno de los asesores más íntimamente vinculados a Trajano, de que el emperador se disponía a adoptarlo. Sin embargo, Sura falleció poco después, así que desconocemos si la afirmación responde o no a la verdad. Sea como fuere, Trajano no adoptó a Adriano, aunque sí le pidió que le escribiera los discursos.

Se trataba un puesto de mucha confianza, pero no permitía que Adriano permaneciera en Roma. Sabemos que, en el año 112, o quizás antes, Adriano vivía en Atenas, presumiblemente con la autorización de Trajano. Es posible que el emperador juzgara provechoso colocar a un joven de tan marcado talento en una posición que le diese ocasión de observar cuanto pudiera suceder en el Oriente griego, y hasta cabe pensar que resultara un alivio para él quitarse de encima a ese claro aspirante al poder. En comparación con Roma, Atenas era una ciudad pequeña, pero la alargada sombra de su legado cultural se dejaba sentir entonces tanto como ahora. Próximo al Partenón, rodeado de filósofos e impregnado de poesía, Adriano estaba encantado en su nuevo destino. La élite de la población lo invitó a convertirse en ciudadano ateniense, y poco después era elegido primer magistrado de la plaza.

Su estancia en Atenas señala con toda probabilidad el período en el que Adriano realizó su más célebre contribución a la moda romana: la barba. Con ella sentó un precedente; tanto es así que en el transcurso del siglo y medio inmediatamente posterior sería imitado por todos cuantos lo sucedieran al frente del Imperio.

Al pasar el emperador por Atenas, nuevamente dispuesto a librar una terrible guerra en Oriente, el aspecto de su barbado y joven pariente debió de causarle una gran sorpresa. De hecho, lo mismo debió de ocurrirle al grueso de la corte, que le acompañaba prácticamente al completo, junto con Plotina y Matidia.

Como ya hicieran antes que él Julio César y Marco Antonio, Trajano había puesto sus miras en el choque con Partia. En el capítulo anterior ya hemos relatado los pormenores de esa campaña. Baste añadir aquí una referencia a los informes que señalan que Plotina utilizó su influencia para conseguir que Adriano obtuviera un puesto en el Estado Mayor de Trajano mientras duraran los combates. Sin embargo, todo parece indicar que Adriano ejerció un poder muy escaso, al menos antes de convertirse en gobernador de Siria en el año 117, una responsabilidad que, según cuentan, debería una vez más a Plotina. Y se dice que el ascendiente de la esposa de Trajano fue también lo que le permitió hacerse con un segundo mandato consular en el año 118.

Por entonces, quienes conocían los entresijos del poder apostaban ya por Adriano como sucesor de Trajano, sobre todo al anunciarse que iba a reeditar el cargo de cónsul. Había rumores que decían que Adriano estaba sobornando a los libertos de Trajano y cortejando a los efebos más influyentes que este había tomado como amantes. Pese a todo, el emperador no solo no había adoptado a Trajano, sino que tampoco lo había honrado con el título de César ni investido de las facultades que Tiberio, Tito y él mismo habían disfrutado al ser designados herederos. Por si fuera poco, y pese a los largos años transcurridos desde que Adriano empezara a trabajar a su servicio, Trajano no había considerado oportuno incluirlo entre sus generales de mayor rango. Es posible que la razón de esta relativa indiferencia se encontrara en el hecho de que Adriano no mostrara ningún entusiasmo por las conquistas militares. A diferencia de Trajano, Adriano no deseaba expandir el Imperio, y

existe la posibilidad de que esa circunstancia hiciera dudar a Trajano, frenando su eventual intención de nombrarlo sucesor. También es muy verosímil pensar que los severos romanos de la élite, chapados a la antigua, desconfiaban de las pasiones helenistas de su antiguo pupilo.

Hubo también murmuraciones que afirmaban que Trajano planeaba nombrar heredero a otro individuo, o incluso que se proponía dejar que fuera el Senado quien tomara la decisión. Hubo quien llegó a sostener que el gran admirador de Alejandro tenía idea de poner la sucesión en manos «del más fuerte», tal y como había hecho el macedonio en el momento de su fallecimiento, en el año 323 a. C. Sin embargo, teniendo en cuenta que la decisión de Alejandro había dado lugar a medio siglo de guerras civiles, parece poco probable que Trajano quisiera seguir ese precedente. Pero justamente entonces estalló la crisis.

LA CRISIS SUCESORIA

Como ya hemos visto, hubo quien no dio crédito al informe que sostenía que Trajano había adoptado a Adriano en su lecho de muerte. Sin embargo, Adriano estaba en condiciones de responder con gran contundencia a cuantos así recelaban: las legiones de Oriente, cuyo respaldo había conseguido inmediatamente después de tomar la astuta medida de concederles una bonificación doble. Más tarde pidió disculpas al Senado por haberse apoderado del trono sin su consentimiento, pero el Estado, explicó, necesitaba un emperador. En cualquier caso, hizo lo mismo que Vespasiano –otro emperador que se había aupado al poder valiéndose de la fuerza–, es decir, señaló como fecha del comienzo de su reinado el día en que el ejército lo había aclamado como nueva cabeza visible del imperio: el 11 de agosto de 117.

Por otra parte, el nuevo emperador inició su período de gobernación con una serie de asesinatos al más puro estilo de las bandas mafiosas, ya que todos los mariscales de Trajano acabaron liquidados. En algunos casos se trataba de rivales en potencia en la

carrera por el poder, mientras que en otros eran simplemente individuos descontentos con las políticas militares de carácter defensivo que Adriano planeaba. En Roma, Atiano, el antiguo tutor de Adriano, afirmó haber descubierto una conspiración de cuatro hombres contra el nuevo emperador. Los conjurados eran hombres de muchísima relevancia pública, ya que no solo habían sido cónsules del Imperio, sino que uno de ellos se contaba además entre los más íntimos colaboradores de Trajano y otro había conseguido ganarse incluso la admiración de Plutarco. Fueron ejecutados sin juicio, y el Senado se vio obligado a aprobar el método. De hecho, fueron muchos los senadores que jamás perdonaron a su nuevo gobernante el comportamiento que había seguido en el «asunto de los cuatro excónsules», aunque muy pocos tendrían la imprudencia de perderle el miedo. Adriano ascendió en cambio a Atiano al rango de senador, de modo que este tuvo que abandonar su puesto de prefecto del pretorio, ya que ese cargo estaba reservado a los caballeros romanos.

Por mucho que amara la filosofía, las artes y la astrología, Adriano reveló ser un gobernante despiadado y violento al que no le temblaba el pulso ante la perpetración de ningún asesinato. No obstante, también tenía sentido político y sabía reparar los daños causados en una relación y hacer las paces. En Roma, Adriano distribuyó dinero entre los plebeyos, mandó quemar las actas en que se mantenían consignados los tributos atrasados, organizó magníficos espectáculos de gladiadores y puso en marcha un vasto programa de mejoras arquitectónicas.

No obstante, Adriano no creía en el gobierno constitucional. Gibbon resumen muy adecuadamente su personalidad en la siguiente frase: «Fue, alternativamente, un príncipe excelente, un ridículo sofista y un tirano celoso».

TIEMPO DE PAZ Y DE PROYECTOS URBANÍSTICOS

Pocos de los emperadores hasta entonces tenían tanta visión de futuro y tanta seguridad en sí mismos como Adriano. Se proponía

ser nada menos que un líder de impulso transformador. Aunque en un primer momento supo eludir esa tentación, acabaría considerándose un segundo Augusto. De hecho, andando el tiempo daría en llamarse Adriano Augusto, y preferiría utilizar ese título que su nombre completo: nada menos que emperador César Trajano Adriano Augusto. Estaba convencido de ser un nuevo fundador del Imperio.

Lo cierto, sin embargo, es que fue una reedición de Tiberio. Al invertir el sesgo expansivo de la política de Trajano, Adriano recuperó las estrategias de Tiberio, de carácter fundamentalmente defensivo. Aunque Adriano mostrara más rasgos de humanista que Tiberio, no por ello rehuiría el cuerpo a cuerpo con el Senado, con el que se querelló en más de una ocasión –igual que el sucesor de Augusto–, y de vez en cuando tampoco se privaría de ejercer sobre él su tiranía.

Al comienzo de su reinado, Adriano tuvo que hacer frente a varias revueltas, tanto en Oriente como en Occidente, ya que las hubo en la Dacia, a orillas del Danubio, en la Mauritania romana (es decir, en el actual Marruecos) y en Britania. En unas regiones respondió con firmeza, pero en otras se contuvo y optó por replegarse. Ordenó por ejemplo la inmediata retirada del pequeño territorio que todavía permanecía en poder de Roma tras las conquistas que Trajano había logrado en el Imperio parto, y llegó a un acuerdo de paz con el rey de los arsácidas, Osroes I. También abandonó la parte oriental de la Dacia. Como medida de precaución para evitar la penetración de eventuales invasores, Adriano mandó incluso desmantelar la superestructura del gran puente que Trajano había tendido sobre el Danubio.

Esta actitud basada en la entrega de territorios anteriormente dominados por el Imperio parecía impropia de Roma, así que muchos senadores se opusieron a ella con fiera determinación. De hecho, la verdadera razón de que los antiguos magistrados del «asunto de los cuatro excónsules» perdieran la vida debió de residir en esta discrepancia con la nueva política, y no en ninguna conspiración. Sin embargo, Adriano persistió en aplicar sus medidas de distensión. A su juicio, el Imperio había quedado exhausto tras las guerras de conquista de Trajano. Es más, hay elementos que

vienen a indicar que comprendió las ventajas militares, económicas y morales que presentaba esa táctica de rearme.

Pese a que el emperador tuviera que bregar con algunos oponentes, lo más probable es que la mayor parte de los miembros de las élites romanas coincidieran con el análisis de Adriano. La declaración de guerras expansivas destinadas a anexionar nuevos territorios al Imperio no presentaba ya los mismos incentivos que antes. De hecho, había factores que presionaban en sentido contrario, dado que los emperadores temían a los generales victoriosos, hasta el punto de ordenar de cuando en cuando su ejecución. Ya no era necesario forjarse una deslumbrante trayectoria militar para abrirse paso en la vida pública o acceder a un escaño en el Senado. En la siguiente frase, un autor de la época parece hablar por boca de muchos de sus contemporáneos: «En mi tiempo, el emperador Adriano [...], que llegó al más alto grado en la piedad hacia los dioses [...], hizo todo lo posible por la felicidad de cada uno de sus súbditos. Por propia iniciativa no emprendió ninguna guerra».

Desde el punto de vista de Trajano, Roma era una superpotencia y debía actuar como tal. Para Adriano, en cambio, el Imperio era una suerte de comunidad de naciones, una entidad más parecida a la Unión Europea que a Estados Unidos, Rusia o China. Adriano deseaba fundar un nuevo imperio, una realidad política en la que las élites de las provincias pudieran participar en la gobernación global, en pie de igualdad con Roma. Y, para conseguir que le fueran leales, Adriano hizo extensiva la ciudadanía romana a todos los concejales de las poblaciones del Imperio, un privilegio que anteriormente quedaba reservado a los magistrados locales.

A juicio de Adriano, esas élites deberían hablar latín en Occidente y griego en Oriente. Pero ¿qué hacer con el resto de las élites autóctonas del Imperio? ¿Cuál era el destino de los árabes, celtas, dacios, egipcios, judíos, mauritanos, númidas, fenicios, sirios, etcétera? No les quedaría más remedio que asimilarse o aceptar que se les excluyera. Y es que, en efecto, Adriano les espetó sin ambages: «No tenéis derecho a ser libres, sino derecho a ser romanos (o griegos)». El griego era el lenguaje que predominaba en la mitad oriental del Imperio. Sus acentos sonaban a música celestial en los oídos de Adriano, el «grieguecillo», y desde luego él

se proponía promover su uso.

Durante gran parte de su reinado, Adriano habría de centrar sus desvelos en esa porción este de los territorios romanos. No se trataba únicamente de un reflejo de sus preferencias personales, era también el corolario de las realidades del poder. Roma era la que poseía la fuerza militar y la que controlaba la organización política, pero Oriente disponía de mano de obra, de riquezas, de ciudades, de cultura y de hondura intelectual y religiosa. Al margen de la península itálica, el Occidente se hallaba relativamente subdesarrollado y presentaba un claro retraso, ya que, entre otras cosas, apenas contaba con grandes urbes. La mayor excepción era Cartago, en la orilla del Mediterráneo opuesta a Italia, en la costa africana. Después de haber sido destruida por los romanos en el año 146 a. C., durante la tercera guerra púnica, Augusto había reconstruido la ciudad. De ese modo, el primer emperador consiguió convertir la capital fenicia en una colonia romana y atenerse al plan ideado en su día por Julio César. En tiempos de Adriano, Cartago era la segunda ciudad del Mediterráneo occidental. Sin embargo, el centro urbano del Imperio se encontraba en Oriente, y para algunos era en esa región donde Roma debía buscar su futuro. Adriano al menos no abrigaba la menor duda a este respecto.

Tanto Julio César como Marco Antonio tuvieron la tentación de trasladar la capital del Imperio al este, a Alejandría, o a Troya incluso. Adriano, por su parte, puso sus miras en Atenas. Le fascinaban todas las ciudades griegas, pero su predilecta era Atenas, y en ella habría de pasar más tiempo que en cualquiera de las demás urbes del mundo helénico. Se trataba de un emperador iniciado en los misterios eleusinos,[65] en cuya celebración se realizaban los rituales religiosos más solemnes y exclusivos de la región, durante una ceremonia de carácter secreto en la que se ofrecía a los asistentes la esperanza de una vida posterior a la muerte.

En Atenas, Adriano puso en marcha un programa arquitectónico que hacía quinientos años que no se veía en Grecia; en realidad, desde el Siglo de Oro de Pericles. Promovió un crecimiento explosivo de la construcción y convirtió a Atenas en el centro de la

recién creada Liga Helénica de poblaciones griegas. Quienes visitan hoy Atenas todavía pueden contemplar algunas de las iniciativas urbanísticas de Adriano: por ejemplo, en los restos de una biblioteca; en una cisterna, que hoy se ha transformado en una plaza pública pero que en su día fue uno de los elementos integrantes de un nuevo sistema de abastecimiento de aguas; en las inmensas columnas del templo de Zeus Olímpico, que era el mayor de toda Grecia; y en un complejo constituido por un conjunto de arcadas de mármol y una gran puerta monumental por la que se accedía a un nuevo barrio de la ciudad al que se dio el nombre de «Ciudad de Adriano». No obstante, Atenas no era más que una pequeña parte del programa arquitectónico de Adriano.

UN TEMPLO Y UNA VILLA

Puede que, en la actualidad, la fama de Adriano se deba más a la circunstancia de hallarse incluido en la designación de ciertos lugares que a su realidad de nombre propio de persona. Es probable que la asociación de ideas más popular es la que lo vincula al Muro de Adriano en el norte de Inglaterra, o a la Villa Adriana de Italia, pero ambos ejemplos son solo dos de los que nos resultan más familiares. La ciudad de Roma exhibe con orgullo el Mausoleo de Adriano, al que también se conoce con el nombre de Castillo de Sant'Angelo. No obstante, si ahora pasamos a fijarnos en los proyectos urbanísticos que no llevan el nombre de Adriano, a pesar de haber sido impulsados por él, observaremos que en la capital imperial también se levantó un día el enorme Templo de Venus y Roma, diseñado con mano de aficionado por el mismísimo Adriano, para gran disgusto de Apolodoro de Damasco, el principal arquitecto de Trajano, que en uno de sus escritos criticaría las hechuras del santuario. Adriano se enfadó tanto al conocer la censura de Apolodoro que, al fallecer este poco tiempo después, corrió el rumor de que el emperador había ordenado ejecutarlo. Ahora bien, ni la tumba ni el templo pueden considerarse los edificios más importantes que hayan visto la luz a raíz de la pasión constructora de Adriano.

Augusto también dejó su impronta en el Campo de Marte, un terreno situado entre el casco viejo de la ciudad y un amplio meandro del río Tíber. Para resaltar todavía más su reivindicación de ser un nuevo Augusto, Adriano decidió dar un nuevo nombre a la zona. Ordenó reconstruir en ese espacio una importante estructura anterior que se había deteriorado: el Panteón, o templo dedicado a todos los dioses, originalmente levantado por Agripa, el hombre en quien más confiaba Augusto. Lo que entonces obtuvo no solo es hoy el edificio mejor conservado de cuantos nos ha transmitido la antigüedad clásica, sino también uno de los inmuebles más bellos del mundo. Si el viajero se coloca en el centro del Panteón y eleva la vista al techo comprenderá que la cúpula es uno de los mejores legados que Roma haya podido dejar a la civilización.

La concepción del monumento es un destello de genialidad coronado por una ejecución perfecta. También demuestra la opulenta situación económica de la que disfrutaba el emperador, dado que una estructura tan espléndida y duradera como esta no sale barata. Debe reconocerse por tanto a Adriano el mérito de la concepción del edificio, pese a que, como arquitecto, no pasara de ser un simple aficionado, lo que explica que no pudiera establecer por sí solo los detalles del diseño. No conocemos el nombre del auténtico artífice de la obra, pero, fuera quien fuese, está claro que consiguió simbolizar la unidad del Imperio por medio del ladrillo, el mármol y el hormigón. La gran rotonda que se abre tras la entrada es un guiño al mundo, o «círculo de tierras», como lo llamaban los romanos. La cuadrícula que forman las taraceas de mármol del suelo y los techos artesonados evocan la regularidad de los perfiles de un campamento militar romano, de una ciudad o de un paisaje. La cúpula simboliza el cielo, en el que reina soberanamente Júpiter, tal y como el emperador gobierna la tierra. Esta bóveda era una maravilla tecnológica de la época, ya que sus muros, que en su base exhiben un titánico grosor de más de siete metros, se adelgazan hasta alcanzar en la cima una anchura de solo sesenta centímetros. Con sus fantásticos cuarenta y tres metros de diámetro, la cúpula del Panteón fue la mayor del mundo durante nada más y nada menos que mil trescientos años, exactamente hasta 1436, la fecha en la que se construyó el Duomo (es decir, la catedral) de Florencia. Y, a su vez, estas últimas dimensiones no lograrían superarse hasta

finales del siglo XIX.

Adriano no marcó su nombre en el Panteón, sino que se contentó con colocar simplemente una inscripción en la que se leía: «Agripa, hijo de Lucio, lo levantó en su tercer consulado». Se trataba de pura falsa modestia, dado que al etiquetarlo de ese modo el monumento quedaba imbuido del prestigio de uno de los padres fundadores del Imperio.

Lo que sí hizo en cambio Adriano fue dar su nombre a una ciudad, Adrianópolis, cuyas calles afloraron en un solar previamente ocupado por una aldea (que hoy se ha convertido en Edirne, en Turquía). Fue uno de los ocho puntos del Imperio que recibieron el nombre de «Adrianópolis», y actualmente es el único en el que todavía reverberan los ecos del emperador; de hecho, Edirne es una deformación derivada de Adrianópolis.[66] Situada en la Turquía europea, próxima a las fronteras de Bulgaria y Grecia, la población se eleva en una encrucijada histórica. Entre los inicios de la era de Constantino y el arranque del siglo XX, Edirne habría de ser escenario de dieciséis grandes batallas, nada menos, y de entre ellas destaca de forma muy especial la que libraron los visigodos contra Roma en el año 378, infligiendo al Imperio la más devastadora derrota de su historia. El difunto historiador militar John Keegan decía que este punto geográfico en particular era «el espacio del globo que más frecuentes disputas había provocado». Debido a su doble condición de soldado y estadista, es más que probable que a Adriano le hubiera complacido que se distinguiera con ese honor a una ciudad en la que aún campea su nombre.

Una de las «construcciones» de Adriano guarda relación con el mundo de las leyes, ya que fue él quien concedió a un brillante y joven jurista los poderes necesarios para codificar el edicto pretorio, es decir, la declaración anual en la que se especificaban los principios del cuerpo jurídico romano. Pese a que, en teoría, cada nuevo pretor estaba facultado para hacer tabla rasa de las leyes anteriores y empezar de cero cada año, lo cierto es que, en la práctica, la mayoría de los pretores apenas introducían cambios en la tradición recibida. Sin embargo, las incoherencias y la falta de sistematicidad se habían ido acumulado con el tiempo. Ahora, gracias a Adriano, todo el acervo legal iba a verse consolidado y

regulado hasta constituir un todo diáfano y racional. En lo sucesivo se conocería con el nombre de «edicto perpetuo», reconociéndose que su compilación había supuesto una de las mayores reformas jurisprudenciales de Roma (y en realidad uno de los hitos de la historia del Derecho).

No obstante, rara vez alcanzarían las leyes a provocar en Adriano el mismo entusiasmo que la construcción. Tiberio y Nerón también tuvieron sus vastos palacios de recreo, pero Adriano los superó a ambos. Lo que hoy conocemos con el nombre de Villa de Adriano era en realidad un recinto regio, similar a Versalles. En la «villa» había nada menos que treinta grandes edificios, repartidos por una finca de más de ciento veinte hectáreas, el doble de la superficie que ocupaba la ciudad de Pompeya. Dado que el terreno estaba situado en un exuberante valle fluvial próximo a la población de Tibur (la actual Tívoli), a unos treinta kilómetros de Roma, Adriano podía montar en su caballo y plantarse en tres horas en su espléndida mansión.

Es probable que la construcción de la villa de Tibur comenzara a principios del reinado de Adriano y que se prosiguiera sin interrupción durante largo tiempo. Para levantarla se trajeron materiales de todos los rincones del Imperio, a fin de reflejar la diversidad del mismo y el poder de Roma. La propiedad atesoraba un gran número de obras de arte, entre ellas numerosas esculturas, y contaba con amenos jardines, estanques, canales y fuentes. El propio Adriano diseñó algunas de las estructuras de la quinta. No solo ordenó colocar sus amadas «calabazas» –pues así denominaba a las cúpulas–, también fue el primero en utilizar (hasta donde nos es dado saber) los muros mixtilíneos de doble curvatura inversa, es decir, aquellos en que las secciones cóncavas suceden a las convexas. El plano general del complejo es un ejemplo de sutileza arquitectónica que deja traslucir la alambicada e insólita personalidad del mismo Adriano. Ningún otro emperador ha contribuido tanto como él a crear un espacio en el que el arte y la naturaleza se hayan entrelazado hasta tal punto, convirtiéndolo en una magnífica fuente de inspiración. La villa es también un símbolo que honra a las élites del Imperio que Adriano juzgaba particularmente relevantes. El estilo arquitectónico es fundamentalmente romano, pero la finca rebosaba de obras de arte

griegas. También abundan los temas egipcios, ya que Egipto desempeñó siempre un papel fundamental en la biografía de Adriano. Una multitud de esclavos se encargaba del buen funcionamiento de la villa. En toda la extensión de la finca había funcionarios y soldados de Roma.

La heredad disponía de todos los lujos imaginables. Además del palacio había cenadores, bibliotecas, termas, templos, un teatro e incluso un coso para los espectáculos. Había edificios con calefacción que permitían pasar agradablemente el invierno, y frescas plantas de orientación norte para el verano. Para Adriano, la villa no solo constituía un retiro y un lugar en el que impresionar y agasajar a sus visitantes, también era un refugio en el que aislarse de la realidad en caso necesario.

Tibur fue para Adriano lo que el rancho de Neverland para Michael Jackson: su particular País de Nunca Jamás. Era asimismo una especie de sucedáneo de Roma; una capital imperial sin Senado ni pueblo; una ensoñación a caballo entre los campamentos militares que tanto complacían a su dueño y las polis griegas. Desde ese fabuloso enclave podía gobernar Roma sin tener que permanecer en la ciudad, y recorrer el orbe sin necesidad de abandonar sus aposentos. No obstante, pese a reposar y guarecerse en su villa, Adriano siguió siendo un trotamundos.

LOS VIAJES DE ADRIANO

Desde los tiempos de Augusto, no había habido un emperador tan decidido como Adriano a explorar a fondo las provincias. De hecho, acabaría por cubrir más territorio que su predecesor. Si exceptuamos a Augusto y a Tiberio, con 41 y 33 años de reinado respectivamente, Adriano fue el emperador que más tiempo se mantuvo en activo, ya que ocupó el poder durante 21 años. Pasó aproximadamente la mitad de ese período en las calzadas. Mientras estuvo en la flor de la edad, entre los cuarenta y cuatro y los cincuenta y cinco, del 120 al 131, rara vez paró en Roma. Entre los años 121 y 125 realizó una gran gira por las provincias

noroccidentales de Roma, y después torció al este para dirigirse a Grecia y al Asia Menor. Poco tiempo más tarde, a partir del 128, inició una serie de vistas a Sicilia, el norte de África, Egipto y otros países del Mediterráneo oriental, centrándose particularmente en Grecia. Después vendría el viaje a Judea, aunque en este caso reclamado por un asunto urgente.

Lo que animaba a Adriano a recorrer el mundo conocido no era ni la ansiedad ni el apetito de emociones, sino el deseo de reconstruir el Imperio de arriba abajo. Se trataba también de una forma de huir de Roma, ya que, a su juicio, tanto el Senado como el pueblo eran insaciables en sus constantes demandas.

El séquito que acompañaba a Adriano en sus periplos constituía una suerte de segunda Roma, un verdadero gobierno ambulante. Sus integrantes lo ayudaban a satisfacer cualquier necesidad, ya que viajaba con un grupo de secretarios, burócratas, criados y parásitos aduladores, además de su esposa, que también contaba con el respaldo de personal propio. La comitiva venía a ser como el Air Force One del mundo antiguo. Aunque debía de ser todo un espectáculo contemplar el avance del emperador y su cortejo, había quien no se dejaba intimidar. En una ocasión, una anciana salió al paso de Adriano con la intención de detenerlo y exponer una petición. Al decirle el interpelado que no tenía tiempo para atenderla, ella le respondió que, en ese caso, debería abandonar el trono. El emperador le concedió audiencia.

Fuera adonde fuera, Adriano visitaba alguna de las bases militares romanas. Su política de no expansión exigía que el ejército estuviera en permanente estado de disponibilidad absoluta. Uno de los autores antiguos nos ha dejado el siguiente comentario: «Pese a que deseara más la paz que la guerra, tuvo siempre bien entrenadas a sus tropas, como si fuera a estallar una contienda de forma inminente». Sin embargo, además de ser un elemento de precaución, hay que tener en cuenta que a Adriano le encantaba la vida militar.

El emperador era un hombre perfectamente varonil que adoraba los campamentos militares. En una ocasión en la que visitó una guarnición de las legiones destinadas en el norte de África, por ejemplo, se entretuvo contemplando una serie de maniobras, y tras

el ejercicio declaró ante la soldadesca congregada frente a él: «La excepcional hombría de un soldado de tan noble estirpe como mi representante, Catulino [es decir, Quinto Fabio Catulino, el comandante de ese contingente africano], se deja ver en vosotros, los hombres que servís a sus órdenes». En otro caso, los miembros de la guardia montada de Adriano cruzaron a nado el Danubio cargados con la armadura completa mientras el emperador los contemplaba, admirado.

En el año 121, tras visitar Roma, Adriano se encaminó al norte de Germania, y una vez allí plantó cara al duro invierno, haciendo gala de un gran aplomo. Lo acompañaban la emperatriz Sabina y algunos personajes destacados, como el comandante de la guardia pretoriana y su secretario principal. Si hoy en día recordamos a ese secretario se debe fundamentalmente a su condición de escritor, ya que se trataba de Suetonio, el autor de las Vidas de los Césares, en el que aparecen reunidas las biografías de doce grandes emperadores. El hecho de que Suetonio pudiera consultar los archivos imperiales implica que tenía acceso a un tesoro documental sin precedentes. Suetonio inicia su obra con el período de Julio César, en el año 100 a. C., y la remata con la muerte de Domiciano, en el 98 d. C. Aventurarse a referir consideraciones o datos relativos a tiempos más próximos a su propia época resultaba demasiado peligroso.

Lo que había llevado a Adriano a tierras de Germania era el proyecto de erigir una nueva frontera en el Imperio. La idea era construir una empalizada de madera que se extendiera ininterrumpidamente a lo largo de ese límite y pudiera sustituir a la red de fuertes y atalayas creada por sus predecesores. La barrera debía de elevarse a unos tres metros de altura y tener una longitud aproximada de 560 kilómetros, recorriendo parte de las regiones que hoy corresponden al suroeste de Alemania, Alsacia y Suiza.

Esto supuso el primer eslabón del célebre limes romano. En el siglo II, momento en el que esa estructura alcanzó su apogeo, la línea divisoria así trazada alcanzó una extensión de más de 4800 kilómetros, desde el norte de Britania hasta el mar Rojo. Constaba de una sucesión de murallas, torres, fortines, fosos y calzadas, pero sería difícil considerarla una obra sistemática. Si, por un lado, el

limes venía a fijar la última línea defensiva de Roma, por otro era una clara señal de los límites de su poder.

Tanto en la Germania como en otras regiones, el limes hizo las veces de punto de control, pero no llegó a convertirse en un obstáculo serio para un eventual esfuerzo de invasión concertado. Su propósito principal consistía en operar como afirmación simbólica. El limes mostraba con exactitud el principio y el fin del Imperio. Y también constituía una declaración de que Roma había dado por terminado su proceso de expansión.

Un ejemplo que resulta especialmente pertinente en este sentido es el que animará a Adriano a efectuar el alto inmediatamente posterior al de Germania, en el que además habrá de construir la más famosa porción del limes surgida durante su reinado: el conocido Muro de Adriano, en Britania.

EL MURO DE ADRIANO

El Muro de Adriano serpentea arriba y abajo por los ondulantes paisajes del norte de Inglaterra. Con una longitud total de 117 kilómetros, la construcción arranca en el río Tyne, cerca ya del mar del Norte, y termina en el fiordo de Solway, en el mar de Irlanda. Es uno de los grandes iconos que el imperialismo romano ha dado al mundo, y es lógico que atraiga a millones de visitantes. Sin embargo, la realidad de la barrera antigua era muy distinta a su imagen moderna.

Adriano y su corte ambulante viajaron hasta Britania, probablemente para asistir al movimiento de tierras de la muralla y la colocación de sus cimientos. La obra contribuyó a la glorificación del emperador, y en términos de ingeniería vino a constituir además un eficaz contrapunto al puente que Trajano había ordenado tender sobre el Danubio. De hecho, en el extremo oriental del muro se construyó otro puente, al que se dio el nombre de Adriano. Partiendo de ese punto, se levantó asimismo una larga línea de torres y fuertes que cruzaban la isla de Gran Bretaña de este a oeste.

Bañados por el sol, los sillares recién colocados de la barrera debían de destacar notablemente sobre el paisaje. El muro era un símbolo del poder de Roma, pero, tal y como había sucedido en Germania, sus objetivos militares solo se cumplieron en parte. El más importante de todos era probablemente el de mantener separados a los diversos pueblos británicos que en otras épocas se habían coaligado para alzarse contra Roma. En el año 117, justo en el momento en el que Adriano accedía al trono, se había producido una rebelión en el norte de Britania. Los detalles de ese levantamiento permanecen sumidos en la oscuridad, pero sabemos que se trató de una insurrección importante, y hasta es posible que los rebeldes consiguieran aniquilar a una de las legiones romanas.

El muro ofrecía un triple juego de elementos defensivos, de entre los cuales destaca la existencia de un doble foso en la sección norte y la presencia de una calzada al sur. Evidentemente, estos factores de protección venían a sumarse al que aportaba la muralla en sí, ya que gracias a ella se impedía la penetración de un gran número de enemigos en territorio romano. No obstante, la barrera era demasiado estrecha para servir como baluarte durante una contienda.

Pese a que, desde lejos, el muro tuviera un aspecto imponente, lo cierto es que, visto de cerca, se apreciaba que su construcción era bastante chapucera, y hecha muchas veces con materiales de mala calidad; y con ello se demuestra que quienes lo habían levantado apenas habían sido formados para la tarea. Lo que había motivado su materialización había sido más el deseo de provocar un efecto disuasorio que la esperanza de que se revelara efectivamente útil, lo que explica que un emperador posterior se viera obligado a realizar un vasto trabajo de reconstrucción. El poco impresionante muro de turba y hierba que el sucesor de Adriano levantó más al norte resultó ser mucho más práctico. En vista de todo esto, cabe preguntarse si una parte de los fondos destinados a la construcción del Muro de Adriano no habrán terminado en manos privadas, desviados por uno o varios funcionarios romanos o aun por los contratistas locales.

No obstante, todavía hoy nos admira el coraje de las personas que levantaron la muralla y la dotaron de su correspondiente

guarnición. Todas ellas vivían en la serie de campamentos fortificados que recorría la longitud del muro. No hace mucho, los arqueólogos encontraron un conjunto de tablillas de madera intactas, preservadas en el barro. Estos hallazgos nos permiten vislumbrar cómo era la vida en esos espacios castrenses, ya que arrojan luz tanto sobre las maniobras militares como sobre los tratos que se establecían con los contratistas encargados de las obras, pasando por la invitación a una fiesta de cumpleaños; este último objeto es probablemente el documento más antiguo que jamás haya llegado hasta nosotros escrito en latín y por mano de una mujer. La carta dice lo siguiente:

Te envío una cordial invitación para asegurarme de que vendrás a vernos. De este modo, tu llegada me permitirá disfrutar aun más de este día [...]. Te espero, hermana».

Los soldados que integraban la dotación del muro procedían de todos los puntos del Imperio: de Batavia (los actuales Países Bajos), de Panonia, de Siria, de Arabia..., y muchas veces se casaban y formaban una familia con mujeres de la región. Adoraban a deidades híbridas y sin duda hablaban el latín vulgar. Estas familias mixtas iban a constituir las comunidades de carácter más multiétnico que habría de conocer Gran Bretaña en mucho tiempo, nada menos que hasta finales del siglo XX.

Antes de abandonar Britania, Adriano tuvo que hacer frente a un escándalo. Destituyó tanto a Suetonio, el prefecto del pretorio, como a otros oficiales militares, debido a que se habían tomado con Sabina más confianzas de lo que permitía el protocolo de la corte. Como de costumbre, la mujer del César debía hallarse por encima de toda sospecha. Suponiendo que debamos darles crédito, las fuentes dicen que Adriano había empezado sopesar la posibilidad de divorciarse de Sabina. ¡Si al menos dispusiéramos de la versión de los hechos que ella podría haber dado...!

Ese era el comportamiento que Adriano exigía a la emperatriz. Sin embargo, si la persona a la que debía aplicarse ese rasero era él

mismo, el emperador toleraba en cambio un mayor descaro y una cierta laxitud. El poeta e historiador Publio Annio Floro, por ejemplo, envió a Adriano una cancioncilla, y tenemos la suerte de que gran parte de su letra haya llegado hasta nosotros. En ella, el escritor se burla de los viajes del emperador:

No quiero ser César

para tener que pasearme entre los britones,

merodear cerca de los...,

y soportar el riguroso invierno escita.

Adriano le responderá haciendo gala de su buen humor:

No quiero ser Floro

para recorrer las tabernas,

rondar los figones...,

y sufrir el asedio de grasos insectos rechonchos.

LA POLÍTICA FUNERARIA DE ADRIANO

La suegra de Adriano, Matidia la Mayor, falleció en el año 119, apenas dos años después de que Adriano hubiera ascendido al trono. Para honrarla, Adriano se encargó personalmente de pronunciar la oración fúnebre en su funeral. Organizó asimismo una serie de espectáculos de gladiadores en su memoria, ordenó que se la deificara –tal y como había mandado hacer en el caso de la propia madre de Matidia, Ulpia Marciana (hermana de Trajano)–, y construyó un templo para ambas en Roma: el primero que se

consagraba en el casco urbano de la capital imperial al culto de dos mujeres divinizadas. Puede que Adriano haya sido el primer hombre de la historia en deificar a su suegra. Pero lo que lo animó a hacerlo no fue un simple sentimiento de lealtad familiar. Al convertirse a sí mismo en yerno de una diosa, Adriano conseguía consolidar al mismo tiempo la legitimidad de su condición de emperador, y la sola circunstancia de pasar junto al templo de Matidia hacía que cualquier romano recordara ese hecho. Además, parece indudable que la concesión de tales honores a su madre debía de complacer también a Sabina, pese a saber que Adriano tenía los ojos puestos en otra mujer.

La madre de sustitución de Adriano, Plotina, permaneció estrechamente unida al hombre que había contribuido a elevar al trono. Nunca le pidió demasiadas cosas, fundamentalmente porque no tenía necesidad de hacerlo. Era una mujer pudiente que llevaba una vida sumamente holgada. Adriano la respetaba, y prueba de ello es que las monedas que acuñaba nos la muestran junto a la siguiente leyenda: «Plotina, Augusta del divino Trajano». Y si alguna cualidad adornaba a su benefactora era sin duda la de la perspicacia. En las raras ocasiones en que se decidió a solicitar un favor de Adriano, su objetivo se centró siempre en algo que resultara grato al emperador mismo, como, por ejemplo, la designación de un nuevo responsable para la escuela de filosofía epicúrea de Atenas, una resolución en la que Plotina requirió y obtuvo la ayuda de Adriano. El emperador valoraba mucho la discreción de Plotina, motivo por el que no dudaría en cubrirla de elogios tras su fallecimiento.

Al morir Plotina en el año 123, Adriano llevó luto por espacio de nueve días. Mandó también que se la deificara, tal y como había hecho con Matidia, y ordenó igualmente modificar la consagración del templo que él mismo había construido para Trajano, a fin de que quedara dedicado al divino Trajano y la divina Plotina. (Cabe preguntarse si Trajano había incluido el nombre de Plotina en la estructura original del edificio.) Adriano dispuso que las cenizas de Plotina fueran enterradas junto a las de su predecesor, en la base de la Columna de Trajano. También hizo erigir en Nemauso, la ciudad natal de Plotina, un vasto inmueble público en su memoria. La gente empezó a decir que la difunta Plotina era la diva mater de

Adriano, es decir, su «madre divina».

No hay razón para poner en duda la fuerte vinculación de Adriano con Matidia y Plotina, pero no debemos olvidar que se hallaba al frente de una dinastía, no de un fanzine. Su lema bien podría haber sido «¡Viva la familia!», solo que en este caso la parentela en cuestión era la de Trajano, lo que despejaba cualquier duda que pudiera haber persistido respecto del derecho de Adriano al trono. Además, el solo hecho de hacer frecuentes referencias a Augusto y a Agripa también permitía a Adriano sugerir a todos que él era el heredero legítimo del linaje del primer emperador.

La política funeraria de Adriano iba a dar un giro muy particular en 122, el año anterior a la muerte de Plotina. Fue en esa fecha cuando el emperador perdió a su caballo de caza favorito. Es probable que el corcel hubiera llegado a sus manos como regalo de un rey bárbaro, de un hombre con el que había negociado un acuerdo de paz en 117. Puede que en el momento de sellar ese pacto recibiera también al magnífico animal al que dio el nombre de Borístenes (una de las formas de designar al río Dniéper), debido a que se había criado en los pastos de las estepas. Al morir el alazán en el sur de la Galia, Adriano mandó sepultarlo en una tumba en toda regla, bajo una lápida en la que se inscribieron unos versos que muy probablemente se debieran a su ingenio. Aunque aquello fuera pasarse de la raya, el sepulcro de Borístenes contribuyó a fortalecer los objetivos políticos del emperador, ya que recordaba a todos sus súbditos que las tribus bárbaras de los más remotos confines ofrecían soberbios y varoniles obsequios al dueño del Imperio.

En cualquier caso, lo cierto es que Adriano no iba a mostrarse siempre tan generoso en la concesión de honores póstumos. Ejemplo de ello es el hecho de que al fallecer su hermana Paulina en el 130 el emperador se mostrara llamativamente cicatero. Sin embargo, ese mismo año, otra muerte iba a ejercer un profundo efecto en Adriano.

EL JOVEN GRIEGO

A finales de octubre del 130 perecía ahogado en el río Nilo un joven de veinte años, a poco más de trescientos kilómetros aguas arriba de El Cairo. No sabemos a ciencia cierta si se trató de un accidente o de un suicidio, y también desconocemos, caso de que fuera efectivamente esto último, si fue consecuencia de un gesto de amor o de un acto desesperado. Lo que se produjo a continuación, en cambio, es meridianamente claro. De la manera más súbita e insospechada, el joven fue declarado dios. Se convirtió así en el centro de una nueva religión, y sus adeptos levantaron en el desierto una ciudad llamada a convertirse en un lugar para los devotos. La urbe, repleta de templos, contaba además con festivales, juegos y un gran número de obras maestras del arte grecorromano traídas de Italia y del Mediterráneo oriental. Dicho culto iba a perdurar durante siglos, eclipsado únicamente por la posterior pujanza del cristianismo. Fue una de las últimas eclosiones del arte clásico y del paganismo estatal grecorromano. De hecho, de una forma tan inquietante como involuntaria, ese culto se transformaría en una señal de lo que el futuro reservaba a la región.

El joven en cuestión se llamaba Antínoo. Había nacido en la ciudad de Claudiópolis (la actual Bolu, en Turquía, a unos doscientos cuarenta kilómetros al este de Estambul), una población de provincias en la misma Bitinia desde la que Plinio enviaba cartas a Trajano para explicarle los aprietos en que estaban poniéndole los cristianos. Antínoo era un joven muy atractivo y compartía con Adriano la pasión de la caza. Aparte de esto nada sabemos de su vida. Ignoramos dónde se conocieron el emperador y él, aunque la suposición con mayores probabilidades de acierto nos lleva a pensar que debió de ser en Claudiópolis, en el 123, teniendo Antínoo trece años, ya que en esa fecha Adriano pasó por la ciudad natal del muchacho. También desconocemos si Adriano y Antínoo mantuvieron relaciones físicas. Ahora bien, de lo que no hay duda alguna es de que el emperador amaba al joven.

Tal y como le había sucedido a Marco Antonio, también Adriano había quedado prendado de una persona nacida en Grecia. Marco Antonio se había enamorado de Cleopatra, y Adriano, de Antínoo. En ambos casos, su encaprichamiento los conducirían hasta Egipto. Adriano llegó al país del Nilo en torno al mes de agosto del 130. Solo dos emperadores habían visitado esa región antes que él:

Augusto y Vespasiano. Adriano planeaba inspeccionar la provincia, que era la más próspera de Roma, y reforzar la presencia griega mediante la fundación de una nueva ciudad helénica en la porción media del valle del Nilo. Es posible que la salud fuera otro de los motivos de ese viaje. Pese a que sepamos que era hostil al emperador, una fuente posterior sostiene que Adriano se dirigió a Egipto para sanar de una enfermedad. Adriano podría haber padecido algún tipo de dolencia respiratoria, y quizás estuviera enfrentándose a las primeras fases de la afección crónica que acabaría matándolo. Egipto tenía fama de disfrutar de un clima propicio para las curas del aparato pulmonar. No obstante, todo esto es una especulación, y, de ser efectivamente cierto que el emperador tenía problemas de salud, parece claro que no eran lo suficientemente graves como para mantenerlo desocupado en Egipto.

Al llegar a esa provincia africana, Adriano visitó las tumbas de Pompeyo y Alejandro Magno. En Alejandría, el emperador participó en varios de los debates celebrados en el Museo de la ciudad, que era al mismo tiempo su mayor institución erudita. A Adriano le encantaba «discutir» con los intelectuales itinerantes y maestros de la oratoria de la época, a los que conocemos con el nombre de «sofistas» (y por «discutir» ha de entenderse aquí «darles una paliza conceptual»). Uno de ellos, Favorino de Arelate (hoy Arlés, en el sureste de Francia), expondrá con toda nitidez las razones que lo impulsaron a dejar que Adriano se llevara la palma tras su tira y afloja argumental: «¿Quién puede contradecir al señor de treinta legiones?».

Parece que Adriano y Antínoo hicieron juntos una escapada de placer a un hermoso emplazamiento situado a las afueras de Alejandría. Sea como fuere, sabemos con certeza que ambos participaron en una cacería de leones en el desierto occidental de Egipto. Antínoo formaba parte del grupo de Adriano y, según se dice, este le salvó la vida al atacarlo uno de los felinos, al que dio muerte, o eso es al menos lo que se desprende de las obras de arte oficiales y de los poemas de alabanza al emperador.

Adriano viajaba en compañía de un vasto séquito, y entre sus miembros había diferentes funcionarios, además de eruditos, poetas

y aduladores. En total, la comitiva debía de estar integrada por unas quinientas personas, nada menos. Han llegado hasta nosotros documentos en los que se consignan las tensiones que vivían las ciudades egipcias obligadas a preparar comida, y en cantidad suficiente, para tan regios visitantes. Con Adriano no solo se encontraba Antínoo, sino también Sabina. Al menos dos años antes, Adriano le había otorgado el título honorífico de Augusta. Esto no solo reforzaba la legitimidad de su propia condición de emperador, también constituía un gesto de respeto hacia su esposa, y hasta es posible que fuese incluso un acto de amor. El cortejo imperial embarcó a orillas del Nilo para efectuar un crucero. Por el camino, además de visitar las pirámides y otras atracciones turísticas, Adriano se dedicó a consultar a los sacerdotes y a los magos de la zona, ya que le interesaba todo cuanto guardara relación con la vida y la muerte.

El 22 de octubre, Egipto celebraba el festival anual del Nilo. El 24 de ese mismo mes se conmemoraba el aniversario de la muerte del dios Osiris, que se había ahogado en el Nilo. Según las creencias egipcias, Osiris había triunfado sobre la muerte y dado fecundidad e inmortalidad a la tierra. Fue aproximadamente en esa fecha, tal vez incluso ese mismo día exacto, cuando se produjo la muerte de Antínoo; y, por si fuera poco, el fallecimiento tuvo lugar precisamente en el tramo del valle del Nilo en el que Adriano planeaba levantar su nueva ciudad. Menos de una semana después, el 30 de octubre, Adriano declaró que la urbe se construiría en el punto mismo en el que el río había devuelto el cuerpo de Antínoo. No cabe duda de que en un principio tenía previsto dar a la población el nombre de Adrianópolis, pero ahora la designación tenía que ser distinta, así que pasó a llamarse Antinoópolis, o «Ciudad de Antínoo».

Adriano dejó constancia escrita, quizás en su autobiografía perdida, de que Antínoo había caído al Nilo, sin más; es decir, que se trató de un accidente. Sin embargo, es posible que al emperador no le quedara más remedio que negar el suicidio, dado que la tradición egipcia no permitía conceder la inmortalidad a quienes se quitaran la vida, y está claro que Adriano y sus asesores políticos deseaban justamente que el muchacho muerto accediera a esa condición. No obstante, hay algunos autores antiguos que discrepan de esta

versión de los hechos. Hay quien dice que Antínoo se inmoló, en un gesto tan noble como desinteresado, para garantizar a Adriano una larga vida; y también hay eruditos que sostienen que el joven se suicidó movido por la desesperación, ya que Adriano insistía en dar continuidad a sus amoríos más allá de la adolescencia, lo que ofendía al decoro. Se trata no obstante de puras conjeturas, cuando no de rumores maliciosos. Ni los griegos ni los romanos tenían costumbre de quitarse la vida como forma de prolongar mágicamente la existencia de otra persona, pero también es posible que Antínoo fuese simplemente un muchacho sumido en la confusión. Nunca alcanzaremos a saber las razones de su ahogamiento.

Adriano siguió navegando por el Nilo, escoltado por la columna imperial, como si no hubiera pasado nada. El emperador y los miembros de la corte visitaron la célebre y colosal estatua de uno de los faraones egipcios, al que los griegos identificaban con el legendario rey etíope Memnón. La fama de la imagen se debía al hecho de que emitía un insólito sonido agudo, sobre todo al amanecer, cuya causa hay que buscarla con toda probabilidad en la evaporación del rocío acumulado durante la noche en la piedra del monumento. Al pie de esa gigantesca efigie recitó cuatro poemas la compañera de viaje de Sabina, Julia Balbilla, una aristócrata y poetisa que contaba con antepasados griegos y romanos. Los versos, que conmemoraban la visita que Adriano y Sabina habían hecho a la estatua, serían inscritos más tarde en el pie y el tobillo izquierdos del coloso, ya que esa era la mejor posición para poder leerlos. La propia Sabina dejaría también cuatro líneas en prosa griega en ese mismo sitio. Esto es lo que escribió:

Sabina Augusta,

esposa del emperador César Adriano,

escuchó por dos veces a Memnón

en el plazo de una hora...

Por breve y formal que sea, la inscripción tiene un valor inestimable, y supone además un caso rarísimo. Por una vez tenemos ocasión de conocer los pensamientos de la mujer del emperador. La vemos proclamar su rango y sus logros. Si alguna emoción sentía como consecuencia de la muerte de Antínoo, es obvio que prefería guardársela para sí.

No hay duda de que Adriano lloró la muerte de Antínoo, pero también es verdad que ningún emperador hubiera dejado que se echara a perder una situación trágica como esa. Si Augusto había creado un culto religioso para honrar la memoria de Julio César, también Adriano inició una adoración piadosa en recuerdo de Antínoo. Y, tal y como Augusto había dado en afirmar que la irrupción de un cometa en el firmamento era la prueba de la inmortalidad de Julio César, así dio Adriano en pregonar que la aparición de una nueva estrella en el cielo era la muestra de la divinidad de Antínoo.

Se dotó rápidamente al nuevo dios de todo un conjunto de templos y sacerdotes. Empezaron a celebrarse juegos en su honor tanto en Grecia como en el Asia Menor, Egipto e Italia. Su tumba, situada en Antinoópolis, se convirtió en un santuario, y también se le dedicó un templo en Tibur. Han llegado hasta nosotros más de un centenar de estatuas de Antínoo, además de monedas y bajorrelieves con su efigie, y seguramente hubo más en épocas pasadas. Se dice que el número de imágenes de Antínoo que han logrado identificarse supera el de las representaciones de cualquier otro personaje de la antigüedad clásica, con la única excepción de Augusto y del propio Adriano. Pese a que en un principio la gente rindiera culto a Antínoo con el solo objetivo de complacer a Adriano, lo cierto es que en poco tiempo la recién descubierta deidad comenzó a gozar de una verdadera popularidad.

Paulina, la hermana de Adriano, falleció aproximadamente en la misma época que Antínoo, pero apenas consiguió que se le dedicaran honores. Para conmemorarla, el emperador asignó su nombre a una de las diez tribus (una denominación que equivalía, poco más o menos, a nuestros actuales distritos) de Antinoópolis.

Algunos romanos, sin embargo, no dudarían en ridiculizar el nuevo culto religioso. El hecho de que Adriano hubiera deificado a un

griego después de su muerte los ofendía más que la circunstancia de que lo hubiera amado en vida. Hubo incluso quien se quejó de que Adriano «llorase como una mujer» la desaparición de Antínoo.

Sin embargo, el nuevo culto no respondía a un simple arrebato de sentimentalismo por parte de Adriano, ya que en realidad el emperador había comprendido que el mundo estaba cambiando y que el Oriente griego se estaba convirtiendo en el modelo cultural del futuro.

Al hombre de aplomo y desenvoltura que era Adriano no le habría sorprendido que el orbe romano acabara creyendo, como él mismo, en un nuevo dios salvador capaz de ofrecer a sus seguidores la promesa de la resurrección. No obstante, le habría supuesto una gran conmoción enterarse de que sus compatriotas fueran a elegir para tal fin a una oscura secta cristiana de inspiración judía y no a la rediviva gloria griega. Jesús había expirado prácticamente un siglo exacto antes que Antínoo, pero, en el improbable caso de que Adriano o sus teólogos tuvieran en mente la figura de Jesucristo al promover la idea del poder salvador de Antínoo, parece poco verosímil que se hubieran atrevido a confesárselo. Adriano no persiguió a los cristianos más que Trajano, pero se mostró siempre tan dispuesto como él a ejecutar a todos aquellos que se negaran abiertamente a rendir culto al emperador.

Las cosas no salieron según lo planeado. Adriano ofreció a sus súbditos Atenas como eje religioso, pero el Imperio terminaría optando por Jerusalén. Sin embargo, por lo que hacía a Adriano, Jerusalén era ya una quimera que había dejado de existir. De hecho, se proponía concederle simplemente un entierro digno.

LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

El comportamiento de Adriano provocó una nueva y extendida revuelta contra Roma. Y, en esta ocasión, el levantamiento iba a prolongarse por espacio de tres años, del 132 al 135. La causa inmediata de la rebelión hay que atribuirla probablemente al hecho

de que el emperador hubiera decidido refundar Jerusalén y transformarla en una ciudad romana. Adriano prohibió asimismo la circuncisión, una práctica fundamental en la tradición judía, pero es posible que se tratara únicamente de una medida de carácter punitivo, adoptada para desactivar la insurrección; no está claro en qué orden se produjeron los hechos. Quizá pensemos que Jerusalén era por entonces una especie de tierra baldía, teniendo en cuenta que Tito la había destruido en el 70, pero lo cierto es que la ciudad seguía habitada. En la edad antigua era frecuente que un pequeño número de personas continuara residiendo en las urbes «arrasadas». Por consiguiente, no debe creerse que lo único que existía en Jerusalén fuera un cuartel de la legión, ya que además de ese campamento algunos judíos permanecían en sus edificios. Pese a que el templo hubiera sido derribado, todavía se mantenían en pie siete sinagogas.

En un primer momento, tanto Trajano como Adriano dieron vagas muestras de querer valerse de una política más amistosa con los judíos, y hasta es posible que barajaran la posibilidad de permitir la reconstrucción del templo. No obstante, los planes para la fundación de la ciudad de Aelia Capitolina, anunciados en el año 130, pusieron fin a esos guiños contemporizadores. La nueva plaza iba a ser totalmente romana, sus calles adoptarían una estructura en forma de cuadrícula, y hasta su mismo nombre debería proclamar su vinculación al Imperio, ya que había sido elegido en honor de Adriano (que respondía por Publio Elio –o Aelius–, como ya hemos visto) y de Júpiter (dado que el adjetivo de «capitolina» apunta a Júpiter Capitolino).

Tras su estallido, la revuelta se desarrolló con tanta violencia como dramatismo. Para prepararse a conciencia, los rebeldes habían forjado armas y utilizado las cuevas a modo de fortines y refugios. Se declararon independientes y consiguieron que su proclama cuajara entre la población. Lograron apartar de la dominación romana una gran porción del territorio de Judea, y lo gobernaron durante tres años. No solo promulgaron leyes y acuñaron moneda, sino que se entregaron, por encima de todo, a librar una guerra contra el Imperio.

En esta ocasión, los judíos acertaron a permanecer unidos, a

diferencia de lo que había pasado en los levantamientos ocurridos entre el 66 y el 70. Su líder era un hombre carismático, implacable y eficaz, que adoptó como pseudónimo de guerra el apodo de Simón bar Kojba, es decir, Simón, descendiente de una estrella. Este apelativo podía haber surgido con la intención de aludir a una profecía bíblica,[67] de señalar la nueva luminaria que los astrólogos de Adriano habían descubierto tras la muerte de Antínoo, o como abierta referencia a ambas cosas. Bar Kojba asumió el título de «príncipe de Israel», y en sus monedas difundirá un mensaje de libertad y redención. Los judíos tenían la esperanza de que se tratara del Mesías. Los romanos, en cambio, vieron en él un desafío capaz de amenazar su seguridad, un reto que exigía una respuesta decisiva, sobre todo tras constatar que los ataques de los rebeldes provocaban la pérdida de vidas romanas y que la situación había dado pie a la desbandada de una legión, y quizás incluso de dos.

Es posible que Adriano juzgara que los alzados eran unos ingratos que, apoyándose en creencias retrógradas, pretendían rechazar la liberación que él les había ofrecido. Existe asimismo la posibilidad de que, antes de tomar la decisión de fundar la ciudad de Aelia Capitolina, el emperador hubiera hablado con algunos judíos helenizados y que estos le certificaran que los judíos estaban perfectamente dispuestos, en su inmensa mayoría, a recibir el helenismo con los brazos abiertos. Por desgracia, la realidad que le aguardaba sobre el terreno era muy distinta. Adriano no fue el primer estadista occidental –ni el último, desde luego– en subestimar la resistencia que los habitantes del Oriente Próximo acostumbran a oponer a las reformas que pretenden imponérseles desde fuera.

No hay furia que pueda compararse a la de un emperador burlado. Adriano tomó inmediatamente medidas de emergencia. Envió a toda prisa tropas a Judea, aunque para ello se viera obligado a sacarlas de otras provincias y a reclutar soldados en la península, una medida que los ocupantes del trono trataban de evitar, ya que resultaba sumamente impopular. Mandó también a la zona a su mejor general, Sexto Julio Severo, gobernador de la lejana Britania. Es probable que Adriano se tomara incluso la molestia de presentarse en persona en el frente, lo que da idea de la gravedad de la situación. La base de la estrategia de los romanos consistía en

librar una larga campaña contra los insurrectos y en desmontar los refugios que habían organizado en las cavernas de la zona. Llegado el momento propicio, las legiones pusieron cerco al baluarte de Bar Kojba, situado en el pueblo de Betar, justo al suroeste de Jerusalén. A finales del año 135, la caída de este reducto señaló el fin de la resistencia organizada, pero su conquista había exigido tres años de lucha desde la declaración del levantamiento. Bar Kojba murió en los enfrentamientos, y según se dice su cabeza fue enviada a Adriano. Judea continuó asistiendo a una larga serie operaciones de limpieza y barrido de conspiradores.

A diferencia de Adolf Hitler, Adriano no se proponía aniquilar a los judíos. Sin embargo, el que pasa por ser el más civilizado de los emperadores romanos acabaría por perpetrar la peor masacre de toda la historia judía anterior al Holocausto, ya que las fuentes señalan que la represalia costó la vida a quinientos ochenta mil judíos. Como suele ser habitual, es preciso contemplar esa cifra con una cierta suspicacia, pero no hay duda de que el volumen de víctimas debió de ser abultadísimo, máxime teniendo en cuenta que otros muchos hebreos fueron convertidos en esclavos.

Tras la revuelta, los judíos pasaron a constituir una minoría en Judea, y la provincia recibió el nuevo nombre de Siria Palestina. Se prohibió a los vencidos acceder a Jerusalén y a sus alrededores, salvo en una fecha concreta del año: la correspondiente al aniversario de la destrucción del templo, en la cual se aceptaba que acudieran a la ciudad para efectuar su duelo.

Con todo, no debe pensarse en modo alguno que Adriano laminara el modo de vida de los judíos en esas tierras. Fortalecidas sus filas por la afluencia de refugiados venidos de Judea, la población judía continuó siendo abundante en Galilea y otras regiones septentrionales y, de hecho, incluso la propia Judea siguió contando con una pequeña comunidad hebrea. La persecución que emprendió Adriano se centró fundamentalmente en los principales rabinos, pero también provocó la aparición de algunos mártires. Según el Talmud, ese martirio supuso la «santificación del nombre de Dios», y por eso razón reforzó al pueblo de Israel.

Por otra parte, el judaísmo logró prosperar como religión gracias a las sinagogas y a los maestros espirituales. Los romanos concedieron

a los judíos el derecho de reunión y, con el tiempo, el sucesor de Adriano terminaría por relajar los términos del veto a la circuncisión. No obstante, el desarrollo de la nueva ciudad de Aelia Capitolina hacía que resultara difícil pensar en una pronta reconstrucción del templo. No es de extrañar que la tradición rabínica maldijera a Adriano con esta imprecación: «¡Así se pudran sus huesos!».

LA MUERTE RONDA AL EMPERADOR

Adriano regresó a Roma en el año 134 o, para ser más exactos, volvió a instalarse en su villa de Tibur. Para entonces era ya un hombre enfermo. Además de consultar a médicos, astrólogos y magos, siguió sacando adelante los asuntos del Imperio, aunque en muchas ocasiones tuviera que hacerlo recostado en su lecho. En el 136, la más urgente cuestión de su orden del día pasó a ser la sucesoria. Adriano no tenía intención de soltar las riendas del poder en tanto no se viera a las puertas de la muerte y, de hecho, tampoco tenía en mente dejar el trono a alguien cuando falleciese, lo que asimila su conducta a la de Trajano.

Ese año 136, tras sufrir una fatal hemorragia, Adriano nombró sucesor a Lucio Ceyonio Cómodo, y procedió a adoptarlo como hijo. Las élites del todo el Imperio se manifestaron unánimemente opuestas a esta decisión, ya que Ceyonio, que por entonces tenía treinta y cinco años, apenas contaba con cualidades o logros que lo recomendaran para semejante empeño, al menos no al margen de ser simplemente uno de los atractivos y jóvenes aristócratas de que gustaba rodearse a Adriano.

Nadie esgrimiría mayores y más abundantes objeciones que el sobrino-nieto de Adriano, Cneo Pedanio Fusco, nieto a su vez de su hermana Paulina, que había abrigado hasta entonces la esperanza de ser el designado. Adriano consideró que la desazón de Pedanio constituía una amenaza; tanto es así que ordenó que lo ejecutaran. Una vez más, Adriano daba rienda suelta a sus tendencias tiránicas. No contento con la muerte de Pedanio, Adriano volcó sus iras sobre

su abuelo, que había apoyado al ambicioso joven. El anciano no era otro que Serviano, su antiguo rival. Serviano poseía algunas influencias, las suficientes para conseguir el cargo de cónsul en el 134, pero su poder no le permitía ni por asomo desafiar impunemente al emperador. Pese a que ya hubiera cumplido los noventa años, Serviano se vio obligado a quitarse la vida. Antes de morir, lanzó su propia maldición sobre su verdugo, asegurando que Adriano acabaría enfermando a tal punto que llegaría a anhelar la muerte como una liberación inalcanzable.

Sin embargo, la siguiente en morir fue Sabina, a finales del 137. Tenía alrededor de cincuenta y dos años. Como era de esperar, corrieron rumores de que Adriano la había envenenado o empujado al suicidio. No obstante, la reacción que tuvo el emperador al enterarse de su fallecimiento no sugiere en modo alguno que deseara su desaparición. La ascensión de Sabina a los cielos –Adriano decretó su deificación– se ha conservado en un exquisito altorrelieve en mármol en el que vemos al emperador contemplando la apoteosis de Sabina, a la que una mujer alada conduce a la eternidad. La emotiva escena es de una gran delicadeza. También en las monedas y en otra talla ha quedado constancia de la divinización de Sabina y de su celestial exaltación.

Por si fuera poco, las cosas no le iban bien a Ceyonio, el sucesor de Adriano. De hecho, estaba muriéndose de tuberculosis, y finalmente falleció el día de Año Nuevo del 138. En vista de la situación, Adriano eligió como nuevo sucesor a Aurelio Antonino, un hombre ya maduro que acababa de rebasar la cincuentena y que poco después se convertiría en el emperador Antonino Pío, reinando entre el 138 y el 161. Sin embargo, Adriano no quería dejar el Imperio en manos de una persona que le igualaba prácticamente la edad. Por ese motivo insistió en que Antonino adoptara a dos jóvenes. Uno de ellos fue Lucio Vero, hijo del difunto Lucio Ceyonio Cómodo. El otro, que respondía por Marco Annio Vero, era sobrino político de Antonino y pariente lejano de Adriano. Este último, de dieciséis años, no solo tenía talento y se estaba revelando muy prometedor, también compartía los intereses intelectuales de Adriano. Parecía un plan bastante rebuscado, pero había mucha gente que pensaba que el emperador había puesto sus miras en Marco Aurelio desde el principio, que Ceyonio y Antonino eran

simples nombramientos temporales, y que Lucio Vero hacía las veces de eventual repuesto en caso de que a Marco Aurelio le ocurriera algo.

Si, en un arranque de modestia, Adriano había omitido enarbolar su nombre en el nuevo Panteón, la verdad es que su tumba le permitió resarcirse. El mausoleo de Augusto no admitía nuevos inquilinos, así que, tal y como habían hecho los miembros de la dinastía Flavia y el propio Trajano, Adriano se procuró un nuevo lugar para su descanso eterno, y lo hizo además con gran estilo. Mandó construir un grandioso sepulcro al otro lado del río Tíber, en los terrenos Vaticanos,[68] no lejos del punto en el que un día acabaría alzándose la basílica de San Pedro. Se tendió asimismo un puente para acceder a la sepultura, y con ello se creó al mismo tiempo una nueva maravilla para cualquier viajero que visitara Roma. La cripta era una estructura tan vasta como compleja formada por dos grandes cilindros recubiertos del mármol más fino e inscritos en una base cuadrada. El perfil general de la obra recuerda los escarpados contornos de las piras funerarias consagradas a los emperadores. Es posible que esta semejanza trajera a la mente de los romanos la memoria de los ceremoniales fúnebres que preparaban el ascenso del alma imperial a la morada de los dioses. Con toda su magnificencia, el mausoleo de Adriano rivalizaba incluso con el de Augusto, que de hecho puede contemplarse directamente desde allí, ya que se encuentra a ochocientos metros en línea recta, en la margen opuesta del Tíber. La tumba de Adriano sigue en pie en nuestros días, aunque ahora recibe el nombre de Castillo de Sant'Angelo, y los papas cristianos y los aristócratas de Roma lo utilizarían durante siglos. Todavía puede apreciarse su núcleo original.

En el año 138, el mausoleo estaba listo para acoger los restos del emperador, que se hallaba ya en la fase final de su larga enfermedad. Pese a todas las comodidades de su espléndida finca campestre, le costaba grandes esfuerzos respirar. Adriano sufría hemorragias que le hacían perder sangre por la nariz, y acumulaba líquidos en los pies y las piernas como consecuencia del endurecimiento de las arterias y de una dolencia cardíaca. Al ver que su salud empeoraba, intentó sanar por medio de la magia y los encantamientos. Tras comprobar que esos remedios no servían para

nada, Adriano llegó a la conclusión de que solo la muerte conseguiría librarlo del tormento. Por consiguiente, habiendo dicho en una ocasión que tenía por «huésped y compañero» al alma y al cuerpo con los que alentaba, Adriano se mostró dispuesto a abandonar el mundo. Suplicó a sus sirvientes que le quitaran la vida, pero, a pesar de prometerles riqueza e inmunidad, todos se negaron a atender su ruego. A fin de cuentas era el emperador de Roma, ¿y quién iba a atreverse a matar a un emperador?.

Al final accedió a sus peticiones su asistente de caza, un prisionero de guerra bárbaro reducido a la esclavitud y famoso por su vigor y valentía. Adriano trazó una raya roja bajo uno de sus pezones para señalar el punto en el que había que asestar el golpe, según el consejo de su médico. Sin embargo, llegado el momento de la verdad, hasta el bárbaro se negó a alzar la mano contra su amo. Sabedor de que Adriano iba a seguir buscando la forma de suicidarse, su heredero, Antonino, mandó que le quitaran la daga. En vista de las circunstancias, Adriano pidió a su doctor que le administrara un veneno, pero el galeno también rehusó intervenir. A sus sesenta y dos años, Adriano era un hombre mayor, pero no senil. «En su ancianidad sigue lozano y fuerte», comenta un autor antiguo. En cualquier caso, el emperador se estaba consumiendo poco a poco.

Adriano deseaba morir, pero todos los esfuerzos que hizo en su desesperado intento de conseguir que alguien le quitase de en medio fracasaron. Parece claro, por tanto, que acabó siendo efectivamente víctima de la maldición de Serviano. No obstante, al final, Adriano se percató de que el fin estaba ya próximo, aunque para entonces ya había alcanzado el estadio de la serenidad filosófica.

Se asegura que el debilitado emperador compuso en ese trance un breve poema:

Mínima alma mía, tierna y flotante,

huésped y compañera de mi cuerpo,

descenderás a esos parajes pálidos, rígidos y desnudos,

donde habrás de renunciar a los juegos de antaño...

Ese «Mínima alma mía»[69] (Animula vagula blandula) con la que arranca el original latino muestra el tono gozoso, poco menos que de canción infantil, que emana de los versos, como si el gran estadista estuviese regresando a la niñez, aunque minuciosamente templada por los años. El emperador desfalleciente deja entrever una punta de realismo irónico, una suerte de distanciamiento filosófico al contemplar lo que se avecina. ¿O será tal vez que estaba tratando simplemente de mantener el tipo y de aparentar coraje ante el inminente fin?

Adriano falleció el 10 de julio de 138.

Se dice que una vez hubo dejado el mundo de los vivos, la gente dio rienda suelta al odio que sentía hacia él y que muchos le dedicaron duras palabras, al recordar, sin duda, la ejecución sin juicio de los cuatro excónsules y la eliminación de Pedanio y Serviano. No fue enterrado en su mausoleo de Roma, sino en un rincón de la bahía de Nápoles próximo a la población en la que había expirado.[70] Antonino, el nuevo emperador, tuvo que enfrentarse al Senado para conseguir que sus integrantes aceptaran la deificación de Adriano. A los senadores no les quedaban ya demasiadas atribuciones, pero la aprobación de una divinización era justamente una de ellas. En el 139, un año después del fallecimiento de Adriano, sus cenizas fueron finalmente depositadas en el mausoleo de Roma que él mismo había erigido. La procesión fúnebre ascendió solemnemente por la rampa en espiral que circunda el centro de la tumba. A la luz de las antorchas, los participantes completaron su majestuosa marcha y colocaron sus restos en una urna situada en el corazón del complejo funerario, reuniéndose allí con los de su esposa Sabina.

EL LEGADO DE ADRIANO

En cierto modo, Adriano es un ejemplo de lo que no debería hacer un emperador. En primer lugar, se empeñó en efectuar un excesivo número de viajes, hasta quedar literalmente extenuado, cuando lo propio habría sido delegar parte de esas responsabilidades. Es posible que él mismo acabara provocando su enfermedad, bien por los constantes desplazamientos, bien por el abuso del alcohol, aunque, en su caso, la raíz de la dolencia podría haber estado fundamentalmente vinculada con ciertos factores genéticos o derivar incluso de la simple mala fortuna. Interfirió asimismo de manera innecesaria en los asuntos provinciales y agitó las aguas de una guerra en Judea, con consecuencias desastrosas.

Adriano había llegado al trono en circunstancias no totalmente legítimas e inaugurado su dominación con el asesinato de cuatro hombres de notable peso político, con lo que había conseguido inmediatamente que el Senado lo odiase y lo temiese. Con el pueblo llano, Adriano se mostraría más clemente que sus predecesores, aunque tampoco puede decirse que fuera un hombre dispuesto a soportar con paciencia a los necios. Tenía tendencia a caer en la melancolía, y su carácter tornadizo convivía con una naturaleza propensa a la competitividad.

Sus críticos decían que era un sabihondo y un presumido que se entregaba a la práctica de todas las actividades imaginables, desde la filosofía a la pintura, y que no soportaba que nadie lo superase en nada. El historiador Dion Casio, que procedía de una familia de provincias que había logrado auparse socialmente hasta ocupar posiciones en el Senado, se opuso con vehemencia a los enemigos de esa institución (y desde luego Adriano lo era). Esto es lo que nos ha dejado dicho acerca del emperador: «En la medida en que deseaba sobrepasar a todos en todo, llegaba a odiar a los que sobresalían en cualquier dirección». No obstante, lo que unos consideraban una forma de prestar atención a los detalles, otros lo juzgaban en cambio una intromisión; donde algunos de sus contemporáneos veían a un emperador disciplinado, otros apreciaban rigidez de carácter; y quienes aplaudían su generosidad encontraban frente a sí a los que denunciaban la oficiosidad de esa actitud. Sin embargo, si hacemos balance de todos sus comportamientos, hay que concluir que hizo grandes cosas.

Adriano se tenía por un nuevo Augusto, por un segundo fundador del Imperio, y en cierto sentido no iba descaminado. Al igual que Augusto, también él agrandó arquitectónicamente la ciudad de Roma. Y tanto uno como otro emperador racionalizaron, organizaron y codificaron las leyes y las costumbres romanas.

Ambos recorrieron las provincias e impulsaron la materialización de cambios fundamentales. Los dos ofrecieron nuevas oportunidades a las élites regionales, pero Adriano aún les abrió más las puertas que Augusto. Sin embargo, Adriano fomentó el helenismo, mientras que Augusto se atuvo básicamente a las tradiciones romanas. Uno y otro fundaron ciudades, y ambos hicieron circular su imagen hasta hacerla llegar a los últimos confines del Imperio, alcanzando en esto un grado de promoción personal que no lograría igualar ninguno de sus colegas.

No obstante, hay algunos extremos en los que Adriano revelaría ser la cara opuesta de Augusto, circunstancia que además le honra, hemos de añadir. Pese a que los dos promovieran la paz, Augusto abogó siempre por un «imperio sin fin» (imperium sine fine), y sus constantes guerras de conquista muestran que no lo defendía en balde. Al igual que Tiberio, Adriano consideraba que Roma era una potencia saciada, y por esta razón abandonó la senda expansionista que Trajano había emprendido en el Oriente Próximo y el este de la Dacia. Más aun, ya que se dedicó a levantar muros y fosos como signo de que se disponía a aplicar una política de paz y a permanecer inmóvil en el marco de unas fronteras fijas. Lo irónico del caso es que Augusto carecía de las cualidades de un buen soldado, mientras que Adriano adoraba la vida militar.

En política, ambos se manifestarían muy distintos. Adriano era un genio en cuestiones de orden práctico, cosa que lo asemejaba mucho a Augusto. Sin embargo, no poseía la paciencia necesaria para saber conciliar sus posiciones con las del Senado. Es fácil percibir que en el fuero interno de Adriano el espíritu de un Calígula o un Nerón pugna por abrirse paso. Puede que Trajano también se percatara de este extremo y viera en ello un motivo más para dudar de que Adriano fuera el sucesor que debía elegir.

Adriano no contó con ningún alter ego ni dispuso de lugarteniente alguno. No había nadie en quien confiara tanto como lo hizo

Augusto de Agripa, Vespasiano de Tito o Trajano de Sura. Sin embargo, Adriano tuvo el buen juicio de promover el talento. Designó gobernador de Egipto a un filósofo, tuvo como secretario principal a un erudito, basó sus reformas legales en un jurista y nombró gobernador de la Capadocia, en el Asia Menor (la actual Turquía), a un historiador y teórico militar. En todos estos casos encomendó la labor a intelectuales, pero, como jefe de la guardia pretoriana, Adriano optó por un matón que había ido ascendiendo posiciones partiendo del simple puesto de centurión. Era un hombre de mentalidad abierta, pero eso no significa que resultara sencillo trabajar a sus órdenes, y prueba de ello son las destituciones de su secretario jefe y del prefecto del pretorio.

Adriano fue un emperador que se envanecía de sus múltiples talentos y se jactaba de sus conocimientos tanto culturales como técnicos (en arquitectura, poesía, canto, dominio de la lira, matemáticas, ciencias militares, filosofía, sofística...). Augusto, por el contrario, se mostró siempre más discreto. Una de las escasas excepciones a esta tendencia de Adriano al constante ensalzamiento de su persona es el hecho de que ordenara inscribir el nombre de Agripa al reconstruir el Panteón, dejando en la penumbra el suyo propio. Sin embargo, lo que consiguió en realidad fue acrecentar su prestigio, ya que de ese modo su memoria quedó vinculada a la era de Augusto.

Este último había centrado la vertiente personal de su existencia en su matrimonio, sus hijos y sus nietos. Adriano, en cambio, tenía preferencias homosexuales y vivió un idilio con un joven griego (algo que habría escandalizado a Augusto tanto como a algunos romanos contemporáneos de Adriano). Ninguno de los dos fundó una nueva religión, pero Augusto hizo pasar los ejes de esa creencia por su padre adoptivo, su familia y él mismo, mientras que Adriano quiso que girara en torno a un joven griego fallecido en circunstancias trágicas.

Son muchos los observadores que consideran que el reinado de Adriano marca el punto culminante del Imperio romano. Consiguió en gran medida concretar su objetivo de pacificar el territorio y transformarlo en un espacio próspero y culturalmente más abierto. En su época, Roma y el Oriente griego vivieron tiempos de gran

producción cultural y asistieron al florecimiento de las artes. Algunos de los más célebres monumentos de la antigüedad que todavía se conservan surgieron bajo su mando. Todo el período aparece presidido por el semblante de Adriano. No se trata solo de que estemos ante el emperador que más veces haya reproducido el arte antiguo, se trata también de que su figura es asimismo la más cautivadora. Era un hombre atractivo, inteligente, alternativamente amable y aterrador, cuyo perspicaz y filosófico rostro barbado reforzaba su porte marcial y volvía aún más enigmática su expresión.

Adriano dejó un rico legado a su sucesor. Si algo distingue al Imperio sujeto a la gobernación de Antonino Pío es la circunstancia de que se revelara todavía más pacífico y próspero que el que dirigió Adriano. Al iniciar su propia andadura pública, Marco Aurelio dio continuidad a la política fronteriza de Adriano, aunque después los acontecimientos se precipitarían.

Es posible que esto último no deba extrañarnos en exceso, dado que, pese a todos sus éxitos, la conducta Adriano parece augurar en cierto modo un vuelco. Había ofrecido a sus súbditos un mundo basado en el elitismo grecorromano; unas fortificaciones del limes que contribuían más a la exhibición del poderío de Roma que a una verdadera mejora de la disuasión; una política de supresión de las rebeliones que no aniquilaba la pujanza espiritual de quienes alcanzaban a sobrevivir a ella; y una religión inédita cuyo poder de convicción quedaba por probar. La reactivación del paganismo acabaría revelándose efímera. El sistema defensivo de las fronteras no conseguiría frenar los ímpetus de los enemigos que vivían al otro lado de los muros y los ríos. Y los romanos tampoco iban a exhibir durante mucho tiempo el dominio de sí que habrían necesitado para no ceder a la tentación de satisfacer la vieja comezón de la expansión sin fin.

Capítulo7

Marco Aurelio

el filósofo

Estatua ecuestre de Marco Aurelio, detalle. © Anticiclo/Shutterstock

Lo que me dispongo a contar es la historia de una estatua y un libro, ya que ambos objetos explican a la perfección los rasgos que determinan que Marco Aurelio se diferencie del resto de los emperadores romanos.

La estatua es una vieja conocida de los millones de turistas que acuden anualmente a Roma y se dirigen al Campidoglio, es decir, a la antigua colina del Capitolio que domina el Foro romano. Allí

pueden contemplar una célebre figura de bronce dorado que representa al joven Marco Aurelio a caballo. La efigie, de tamaño superior al natural, nos lo muestra erguido, en actitud de gran dignidad, tranquilamente sentado a lomos del animal. Con el brazo derecho extendido por encima de la plaza –que en sí misma es una armoniosa obra maestra del Renacimiento–, el emperador proyecta perceptiblemente un aura de serenidad excepcional. Pese a que aparezca vestido como un civil, su imagen es un símbolo de victoria. En su origen, la estatua ecuestre se erigió para campear, como representación del triunfo militar, sobre una tribu bárbara de la que actualmente apenas sabemos nada. Hoy, su silueta parece representar otro tipo de victoria: la que doblega las fuerzas que perturban y oscurecen el alma de todos los seres humanos.

Si observamos de cerca el rostro del jinete –preferiblemente dentro del museo que se abre a un lado de la estatua original, ya que la que se encuentra en la plaza es una réplica–, nos daremos cuenta de que el semblante de Marco Aurelio, presidido por unos grandes ojos y un cutis sorprendentemente terso, y enmarcado por una espesa cabellera rizada y una larga barba, refleja en su expresión la calma y la espiritualidad de un icono bizantino. Nada en él manifiesta el hastío que deja traslucir otro antiguo retrato suyo: no hay aquí flacidez alguna en las mejillas ni surcos ni bolsas bajo los ojos. El hombre que se yergue sobre la cabalgadura de la Piazza del Campidoglio se encuentra en la plenitud de la vida y exhibe un absoluto dominio de sí mismo, aunque es posible que la palabra «dominio» nos transmita en este caso una idea equivocada. Parece hallarse en armonía con su montura, como si esta formara parte de su esencia señorial. Tal es precisamente el porte más apropiado para alguien que nos ha dejado escritas máximas como esta: «Concibe sin cesar el mundo como un ser viviente único, que contiene una sola sustancia y un alma única». Con su serena expresividad, la estatua de Marco Aurelio nos permite entrever los mimbres que conformaban la Roma que un día tuvo ante sí: una ciudad eterna que había acertado a basar su poder más en el espíritu que en la espada. Provistos de este primer esbozo, ya podemos abrir el libro al que aludía en el encabezamiento del capítulo.

Marco Aurelio no fue el único gobernante imperial romano que dio en publicar una obra literaria, ya que también lo hicieron otros

colegas suyos, empezando por Augusto, e incluyendo quizás hasta al propio Julio César, si optamos por contarle como emperador. Sin embargo, ninguno de esos textos ha llegado hasta nosotros, salvo por los comentarios de César y los discursos, cartas y ensayos de Juliano, el emperador del siglo IV. Se trata de obras de gran interés, pero no hay una sola que se revele tan capaz de llegarnos al corazón como las reflexiones de Marco Aurelio. Jamás ha habido en toda la antigüedad un gobernante que haya alcanzado a desnudar su alma tanto como Marco Aurelio. De hecho, a través de la historia han sido muy pocos los gobernantes que se han atrevido a materializar un empeño semejante; si acaso no hasta nuestro propio tiempo, tan dado a contarlo todo, y hasta es posible que ni siquiera en nuestra época puedan encontrarse ejemplos comparables. Marco Aurelio pervive en nuestra memoria en su más íntima condición personal.

De todos los emperadores, Marco Aurelio es el único que concibió la idea de elaborar un libro de autoayuda, aunque no lo redactó con ese específico objetivo en mente; en realidad, ni siquiera tenía intención de publicarlo. No se proponía que saliera de la esfera privada (una cuestión sobre la que habré de volver más tarde). Sin embargo, sus Meditaciones siguen siendo hoy una de las obras más vendidas del mundo, un libro que millones de personas aprecian y uno de los escritos favoritos de los presidentes, los generales y las estrellas de Hollywood. De todos los textos compuestos en tiempos del Imperio romano, el de las Meditaciones es actualmente el más leído, solo superado por el Nuevo Testamento.

En los anales de la historia occidental, nadie como Marco Aurelio se acerca tanto al ideal del rey filósofo. Si Adriano se interesó superficialmente en la filosofía griega, Marco Aurelio vivía y respiraba por y para ella, totalmente abrazado al estoicismo. Sin embargo, como ya sucediera en el caso de otros estoicos de Roma, Marco Aurelio contemplaba este credo griego a través de la particular lente romana. Lo entendía como una fórmula para la recta hombría, la adecuación de la conducta a los mejores principios y una existencia responsable.

Marco Aurelio recogió lo que Adriano había sembrado. Logró que la cultura romana se volviera más griega que nunca, pero su acción

supuso también un trascendental punto de inflexión. En el siglo I d. C., los filósofos estoicos constituyeron uno de los principales viveros de oposición a los emperadores, ya que de ellos surgirían élites capaces de enmendarles la plana. Y así es como, setenta años después de que Domiciano expulsara de Roma a los pensadores, un filósofo tomaba las riendas del Imperio.

En realidad, ese reinado filosófico iba a revelarse efímero. Dejando a un lado la única una excepción que habría de registrarse más tarde, Marco Aurelio estaba llamado a ser el primer y último filósofo en gobernar Roma.[71] Por otro lado, Marco Aurelio tampoco era un simple filósofo, sino un pensador aupado al trono de un imperio. Puede que en unas ocasiones se revelara severo y en otras caprichoso, que reforzara las diferencias de clase o que durante su reinado aumentara localmente la intensidad de la persecución de los cristianos, cuestión en la que, sin duda, tuvo alguna responsabilidad. Como general del ejército, tendió a actuar siempre de forma más meticulosa que espectacular. Pese a todo, Marco Aurelio destaca por su grandeza, dado que basó su gobernación –más que ningún otro emperador– en la justicia y la bondad. Se propuso comportarse siempre con humanidad, evitó la crueldad y muchas veces trató de llegar a soluciones de compromiso. Su norte era el cumplimiento del deber. No obstante, pese a que su deseo consistiera en dedicar su reinado a la administración de justicia y a la realización de reformas internas, Marco Aurelio iba a pasarse la mayor parte del tiempo enzarzado en guerras exteriores. Le dolía hacerlo y confinó sus quejas en un diario. En público aparentaría invariablemente la solidez de una roca.

No le quedaba otro remedio. En tiempos de Marco Aurelio Roma se vio abocada a una serie de desastres sin precedente alguno. Además de tener que combatir simultáneamente en dos remotos frentes y de sufrir la invasión del norte de la península itálica y de Grecia, Roma fue testigo de una devastadora epidemia que después la llevó a padecer una notable escasez de mano de obra, todo ello coronado por un conjunto de desastres naturales y varios episodios de máxima tensión financiera. Solo un hombre con la fuerza de carácter de Marco Aurelio podía hacer frente a tales peligros, lo que no significa que bregara a la perfección con ellos.

Marco Aurelio gobernó Roma por espacio de diecinueve años, pero su figura es eterna.

LA ELECCIÓN

Marco Aurelio vino al mundo en Roma el 26 de abril de 121. Su familia pertenecía a la «mafia hispana», igual que Trajano y Adriano, primo lejano de Marco Aurelio. Sus antepasados se habían trasladado a Roma, y en ella creció el futuro emperador. Al nacer se le impusieron los nombres de Marco Annio Vero. Más tarde se haría llamar Marco Aurelio, al adoptarlo la familia imperial.

Al igual que otros muchos romanos, Marco Aurelio también perdió a su padre a una edad muy temprana, con apenas tres años. En principio, la responsabilidad de su educación debería haber recaído en su abuelo paterno, ayudado por su padrastro materno. En la práctica, sería su madre, Domicia Lucila, quien desempeñara el papel más relevante, ya que Marco Aurelio vivió bajo su techo hasta el final de su adolescencia.

Domicia Lucila era una mujer rica perteneciente a la aristocracia. Contaba, entre otras propiedades, con una gran fábrica de ladrillos a las afueras de Roma. Había recibido una buena educación, y sabía leer tanto el griego como el latín. Domicia prolongaría hasta la primera juventud de Marco Aurelio la costumbre de sentarse a su lado, en la cama, para mantener largas conversaciones con él antes de la cena. Marco Aurelio le agradece en sus Meditaciones que le inculcara «el respeto a los dioses, la generosidad y la abstención no sólo de obrar mal, sino incluso de incurrir en semejante pensamiento; más todavía, la frugalidad en el régimen de vida y el alejamiento del modo de vivir propio de los ricos». A pesar de que su primer cuidado consista en mostrar la gratitud que debe a su abuelo, por haberle enseñado a ser de buen natural y a controlar su temperamento, y de que en segundo lugar cite a su padre por haberle legado una buena reputación y un carácter discreto y viril, lo cierto es que Marco Aurelio solo se explaya al hablar de su madre. Al igual que otros muchos varones romanos, Marco Aurelio

se presenta a sí mismo como un individuo trascendentalmente formado y moldeado por su madre.

En el 138, la vida de Marco Aurelio experimentó un cambio sustancial al adoptar Adriano a Antonino como hijo y sucesor suyo y solicitar a Antonino que apadrinara a su vez a Lucio Vero y a Marco Aurelio. Poco después, ese mismo año, tras acceder Antonino al trono, Marco Aurelio se trasladó a vivir al palacio del Palatino.

Marco Aurelio tuvo una serie de tutores y maestros, muchos de ellos hombres eminentes y eruditos. El más conocido es el mejor orador latino de la época, Marco Cornelio Frontón. Frontón, que nació en África,[72] era un ciudadano romano de origen bereber que había amasado una fortuna en Roma ejerciendo la abogacía. Antonino Pío lo nombró profesor de sus dos hijos adoptivos, Marco Aurelio y Vero. Las cartas de Frontón han conseguido superar los siglos, y entre ellas figura buena parte de la correspondencia que intercambió con Marco Aurelio. Estos textos nos muestran que el futuro emperador era un joven serio y de mucho talento, que en ocasiones actuaba con despreocupación e incluso inconsciencia, y que adoraba la vida campestre. Lo vemos participar en la vendimia y burlar, en un momento dado, a horcajadas de su caballo, el rebaño de un pobre pastor, cuyas ovejas dispersará por simple diversión. Las misivas tienden a exagerar la importancia que Marco Aurelio concedía a Frontón. Otros mentores también habrían de ejercer una notable influencia en el joven Marco Aurelio, pero ni sus cartas ni sus respectivas respuestas han llegado hasta nosotros.

En sus conversaciones epistolares, Marco Aurelio y Frontón utilizan el estilizado lenguaje de la pederastia, entendida en su sentido antiguo de amor entre un adulto y un muchacho joven. Aparecen reiteradas y constantes manifestaciones de su mutua adoración, expresada en ocasiones con excesiva efusividad. Esas afirmaciones responden en parte a una recíproca voluntad de adulación, y también vienen a mostrar la habilidad del uno y el otro en la imitación del lenguaje homoerótico de los griegos clásicos. Es poco probable que Marco Aurelio y Frontón se hallaran realmente enamorados, y menos verosímil resulta aún que mantuvieran efectivamente algún tipo de relación física. De haber sido así, se hace muy cuesta arriba creer que se hubieran atrevido a exponerlo

de forma explícita en un conjunto de cartas que muy bien podrían haber leído la madre de Marco Aurelio o los esclavos cultos que integraban el servicio doméstico de las familias ricas romanas. Las élites romanas veían con muy malos ojos las relaciones homosexuales, y de hecho podían llevar incluso a los tribunales a cuantos mantuvieran lazos físicos con ciudadanos romanos menores de edad. Incluso en las Meditaciones, Marco Aurelio elogia la idea de poner punto final a los amoríos con los adolescentes.

Frontón quería que Marco Aurelio se especializara en el conocimiento de la retórica. Se trata de una materia que no tiene un equivalente exacto en la cultura contemporánea de Estados Unidos u Occidente en general. Para hacernos una idea deberemos imaginarnos a un abogado licenciado por alguna de las universidades de la Ivy League,[73] educado en Europa hasta el momento de iniciar su licenciatura, y capaz de combinar en sus discursos la oratoria más elaborada con la erudición literaria, para aderezarla después con una insufrible catarata de referencias cultas y términos arcanos. Sin embargo, tras dedicar largos años al estudio de esa disciplina, Marco Aurelio declinaría el honor de convertirse en un especialista. Decidió profundizar en cambio en la filosofía. Igual que en nuestros días, en la antigua Roma, los filósofos eran intelectuales entregados al examen y la elaboración de argumentos de notable hondura conceptual, pero tenían también otro cometido. Para los antiguos, la filosofía poseía la virtud de ser una brújula con la que orientarse en la existencia. Los filósofos eran profesionales a medio camino entre el clérigo y el gurú.

Podría parecer paradójico que el heredero al trono fuese un filósofo. En Roma, la filosofía era famosa por oponerse a los emperadores, no por apoyarlos. De hecho, el principal maestro filosófico de Marco Aurelio era un erudito que descendía de un pensador al que Domiciano había ejecutado. Sin embargo, al terminar los reinados de Nerón, Vespasiano y Domiciano, los emperadores habían dejado de perseguir a los filósofos. Tras ellos, los romanos comenzaron a disfrutar, en palabras de Tácito, de una «rara época de libertad en la que se podía pensar lo que querías y decir lo que sentías».

Pese a que la filosofía de Marco Aurelio fuese de carácter ecléctico, la escuela que más iba a influir en su ánimo sería la del estoicismo,

ya que no en vano se trataba de la escuela más difundida entre las élites romanas. El estoicismo sostenía que el mundo estaba regido por un principio racional –el logos–, que marcaba el rumbo de todo lo natural. Si procura alcanzar la virtud, el hombre bueno vive según la naturaleza. Tres elementos venían a suavizar las asperezas de esta austera doctrina: la creencia en la bondad del universo, la convicción de que su gobierno se hallaba en manos de la divina providencia y la afirmación de la hermandad de todos los seres humanos.

El estoicismo se había originado en Grecia, pero su severidad resultó inmediatamente atractiva para el temperamento de los romanos, y su carácter universal sedujo sus tendencias imperialistas. Los hombres y las mujeres sujetos por la férrea mano de los emperadores no solo encontraron en el estoicismo el valor preciso para resistir, sino también motivos para hacerlo, dado que esa doctrina filosófica demostraba que el sometimiento a un poder superior al de la razón era causa de una íntima corrupción moral. No obstante, el estoicismo no rechazaba la monarquía per se, sino solo la de índole autoritaria y sobornable. Un filósofo podía ser un buen emperador si mostraba una conducta liberal y moderada, estaba dispuesto a cumplir la ley, se guiaba por una voluntad de servicio público y se revelaba decidido a respetar a sus súbditos.

Por consiguiente, el hecho de que Marco Aurelio fuera un filósofo tenía más de consumación que de excentricidad. Ilustrado por la filosofía, Marco Aurelio sería el encargado de satisfacer los prometedores augurios de los cuatro emperadores buenos que lo habían precedido.

Al igual que Adriano, también Marco Aurelio admiraba la filosofía de Epicteto, el estoico griego que argumentaba fundadamente que el espíritu debía prevalecer sobre la materia, dado que conocía por experiencia propia, tanto corporal como social, los límites que la carne impone a los humanos, pues, además de padecer una cojera, había vivido largo tiempo en la esclavitud. Procedía del Asia Menor y había pertenecido a uno de los libertos de Nerón antes de obtener finalmente la manumisión.[74] Tras convertirse en filósofo, Domiciano lo había enviado al exilio. Y más tarde él preferiría permanecer lejos de la capital, aun después de muerto su perseguidor, pese a

que para entonces ya era seguro regresar a Roma. Evidentemente, Epicteto prefería la tranquilidad de la vida de provincias. Su filosofía resaltaba la importancia de alcanzar la libertad interior, y sus enseñanzas influyeron mucho en Marco Aurelio.

Cuando recuerde a Frontón en años posteriores, Marco Aurelio no solo lo juzgará menos relevante que a sus maestros de filosofía, sino que tampoco dirá una palabra sobre las lecciones de retórica que había recibido de él. De hecho, Marco Aurelio criticaba la retórica y la tenía por inferior a la filosofía. No obstante, agradece a Frontón que lo ayudara a pensar sobre la tiranía y le advirtiera de que sus mimbres respondían a la envidia, la duplicidad y la hipocresía. También reconoce que le previno sobre la escasa capacidad de afecto que alcanzan a manifestar quienes se dan a sí mismos el nombre de «eupátridas». Tal vez se tratara de un gesto amable destinado a compensar a Frontón por haber hecho de Marco Aurelio un orador honesto en lugar de un embaucador.

ANTONINO PÍO

Antonino Pío apenas tenía experiencia en la administración provincial o el servicio militar, pero a fin de cuentas Adriano no esperaba que ese sucesor –que ya había cumplido los cincuenta y un años– fuera a permanecer demasiado tiempo en el poder. A quien realmente quería Adriano en el trono era a Marco Aurelio, no solo porque se tratara de un pariente, sino también a causa de su excepcional fuerza de carácter. De ahí que Adriano le pusiera el apodo de Verissimus, algo así como «el Honradísimo», un mote derivado de un juego de palabras con Vero, el apellido que Marco Aurelio llevaba antes de su adopción. Como es obvio, Marco Aurelio no le devolvió el cumplido, ya que Adriano no figura en la larga lista de amigos y familiares a quienes se confiesa agradecido en las Meditaciones.

Por su parte, Antonino Pío sorprendió a todo el mundo con un reinado de veintitrés años, más largo que el del mismo Adriano. De hecho, el período de gobernación de Antonino supera al de

cualquiera de los emperadores posteriores a Augusto. Después de ver rezar a la madre de Marco Aurelio, un chistoso le dirá en una ocasión a Antonino que debía de estar suplicándole a los dioses la muerte del emperador a fin de que su hijo pudiera reemplazarlo. Desconocemos qué respuesta dio el aludido. Sea como fuere, Marco Aurelio tendría que esperar a cumplir los cuarenta para acceder al poder.

Antonino procedía de una acaudalada familia de Roma con raíces en el sur de la Galia. La relevancia política de sus parientes se debía al hecho de que Vespasiano los hubiera apoyado desde el principio. Antonino consiguió aumentar aún más sus riquezas al contraer matrimonio con la acomodada Annia Galeria Faustina, más conocida como Faustina la Mayor. Pese al montante de sus dos fortunas, nada más ser adoptado por Adriano, Antonino empezaría a preocuparse por los gastos derivados de su nueva posición. Poco después, al quejarse Faustina la Mayor de la tacañería que mostraba en el mantenimiento de la casa, se dice que Antonino le contestó: «Necia, después de que he alcanzado el Imperio, he perdido incluso lo que antes poseía».

Antonino tomó el apodo de Pío, que en significa latín «fiel» o «leal». Por un lado, el nombre hace referencia al empeño que puso en vencer las reticencias del Senado, poco dispuesto a conceder honores divinos a Adriano, su padre adoptivo. Pero, por otro, es una afirmación de carácter global que proclama su compromiso con el bienestar de sus parientes más cercanos y con los valores familiares. No solo dio el insólito paso de nombrar Augusta a su esposa en el momento de subir al trono, sino que también incrementó de forma muy notable la circulación de monedas con la efigie de la emperatriz.

No obstante, en términos generales, Antonino era de talante conservador. Aunque no dedicó excesiva atención a la arquitectura, sí que ordenó erigir un edificio en el que se la elogiaba por estar a la altura del glorioso pasado nacional. Construyó un templo dedicado al divino Adriano en Roma, junto al santuario de Matidia y Marciana, flanqueado a su vez por el Panteón. Cualquier persona que recorriera las calles de la antigua Roma tendría ocasión de contemplar en un rápido paseo los nombres de Agripa (en el

Panteón), Matidia, Marciana y Adriano. La idea que se pretendía trasladar a la mente de sus contemporáneos era que Antonino, leal hijo adoptivo de Adriano, podía reivindicar su derecho a la gobernación con tanta legitimidad como el propio Augusto.

Antonino valoraba mucho la función del Senado y, a diferencia de Adriano, que muchas veces había tratado despiadadamente a sus magistrados, mantuvo unas relaciones excelentes con la institución. Tampoco imitó la pasión viajera de Adriano. De hecho, Antonino no volvería a abandonar Italia tras ser nombrado emperador. Pese a que su frugalidad contribuyera a restringir sus proyectos arquitectónicos, a diferencia de lo sucedido en tiempos de Adriano, lo cierto es que el nuevo gobernante no carecía de realismo, así que distribuyó frecuentemente dinero en efectivo entre la plebe y el ejército. En el 148, organizó unos maravillosos juegos en conmemoración del novecientos aniversario de la fundación de Roma. En esa época se daba por bueno, en general, que la fundación había tenido lugar el 21 de abril de 753 a. C., aunque lo cierto es que no conocemos la verdadera fecha de su constitución. Debido a estos costosísimos desembolsos, Antonino tuvo que reducir temporalmente la cantidad de plata presente en las monedas romanas.

La élite provincial no se sintió desatendida por el hecho de que el emperador no efectuara rondas por sus dominios, al menos a juzgar por un célebre discurso de la época. Elio Aristides, un acaudalado griego que vivía en la parte noroccidental del Asia Menor y gozaba de la ciudadanía romana, viajó a Roma y pronunció un discurso en presencia de Antonino. Centró su alegato en la grandeza de la paz romana, y dedicó grandes alabanzas a la ecuánime magnanimidad que hacía que Roma compartiera con millones de personas las ventajas de la ciudadanía. «Vos encauzáis los asuntos públicos en todo el orbe civilizado, y lo hacéis como si fuera exactamente igual a una ciudad-estado», afirmó. También glorificó a los romanos por haber conseguido relegar al pasado las guerras intestinas del Imperio, y elogió que supieran impulsar la agricultura, el comercio y las obras públicas. Destacó igualmente que protegieran al mismo tiempo las fronteras con elementos más eficaces que una muralla, es decir, con el ejército romano. «La Tierra entera ha sido hermoseada y convertida en un jardín», proclamó.

Es probable que a Antonino le encantara escuchar tales lisonjas, dado que le interesaban muy poco los asuntos militares. Sus generales habían resuelto los problemas fronterizos de la Dacia y Mauritania. Sin embargo, en Britania se vieron obligados a redoblar sus esfuerzos, dado que en esa provincia tuvieron que sofocar una insurrección y proseguir su avance hasta llegar al sur de Escocia, donde levantaron el Muro de Antonino, un largo montículo de turba erigido a modo de barrera con el que se venía a reforzar la pared de ladrillos que Adriano había ordenado construir más al sur. Sin embargo, diez años después de haber concluido la obra, Roma se desentendió de este muro septentrional, lo que indica a las claras que sus dirigentes habían llegado a la conclusión de que el intento de ampliar su territorio era excesivamente ambicioso.

Marco Aurelio ensalza a Antonino en las Meditaciones, en las que asegura que no solo «veló constantemente por las necesidades del Imperio», sino que se mostró siempre diligente y perseverante en el trabajo. Añade asimismo que se rigió invariablemente por la razón y supo inspirar confianza, conservando la modestia y la capacidad de permanecer indiferente a los honores e inmune a los halagos. Fue tolerante y permisivo, prosigue, y supo revelarse simultáneamente disciplinado y resolutivo. En una palabra, era un hombre indomable. Sin embargo, Marco Aurelio no hace mención alguna de las cuestiones militares, lo que no deja de ser un silencio extraordinario en alguien que enumera las virtudes de un emperador romano (y es posible que no se tratara de ningún cumplido). En la época de su predecesor se había venido fraguando una tormenta al otro lado de la frontera y, con la perspectiva del tiempo, Marco Aurelio se manifiesta claramente consciente de que Antonino no había hecho nada para preparar a Roma ante lo que se avecinaba.

JUSTICIA INTERNA

Antonino falleció el 7 de marzo del año 161, en su villa campestre. Según parece, lo último que dijo fue «ecuanimidad», es decir mantener la mente en calma, incluso en situaciones de tensión. Era

un buen consejo para su sucesor.

En muchos aspectos, Marco Aurelio estaba espléndidamente preparado para subir al trono. Su educación le había proporcionado una formación de primera categoría en retórica y filosofía, y su carácter no tenía nada que envidiar a ninguno de los anteriores gobernantes romanos. Antes de convertirse en emperador había desempeñado todos los cargos públicos importantes de Roma. No obstante, también padecía varias carencias manifiestas. Antonino había atado en corto a Marco Aurelio, al que siempre había tenido junto a él en la península. Se dice que, en los veintitrés años de reinado de Antonino, Marco Aurelio solo se separó de él dos noches. Cuando le llegó el turno de tomar las riendas, Marco Aurelio jamás se había puesto al frente de un ejército ni gobernado una provincia. Por sorprendente que pueda parecer, nunca había salido de la península itálica. Augusto se encontraba en este sentido en el polo opuesto, ya que a la edad de veintiún años contaba ya con una considerable experiencia, tanto en el terreno militar como en el diplomático.

Pese a que Adriano hubiera pedido a Antonino que adoptara a Marco Aurelio y a Lucio Vero, era evidente que Antonino se proponía confiar el mando a Marco Aurelio. Sin embargo, Marco Aurelio provocó una sorpresa general al tomar la decisión de que Vero gobernara junto a él. Marco Aurelio se reservó el puesto de emperador titular. No solo era mayor y más respetado, sino también el único que estaba investido de la dignidad de sumo sacerdote. Vero tenía una merecida reputación de hombre superficial y amante de los lujos, aunque no se tratara de una persona mezquina como Nerón o Domiciano. En cualquier caso, la idea de situar al frente del Imperio a dos coemperadores constituía una auténtica novedad.

Las razones que pudieron haber llevado a Marco Aurelio a optar por una gobernación a cuatro manos han hecho correr ríos de tinta. Quizá quisiera respetar los deseos de Adriano, o tal vez se propusiera disponer de tiempo suficiente para perseverar en el estudio de la filosofía. De hecho, siendo ya emperador, seguiría asistiendo a conferencias y charlas filosóficas. También es posible que Marco Aurelio temiera a la poderosa familia de Vero y prefiriese tenerla feliz bajo su mismo techo a dejarla fuera y

exponerse a que batallara para asaltar el trono. No obstante, la verdadera razón pudo radicar acaso en su condición de filósofo, dado que eso habría podido permitirle comprender claramente que las responsabilidades de un emperador superaban con mucho las capacidades de un solo hombre. De haber sido así, es obvio que Marco Aurelio se adelantó a su época. Sus inmediatos sucesores abandonarían esa práctica, pero, transcurrido poco más de un siglo, la bicefalia pasaría a ser la norma de la gobernación romana.

Otro factor pudo haber sido su salud, ya que esta había ido empeorando con la edad. Entre otros síntomas, Marco Aurelio padecía dolores en el pecho y el estómago, escupía sangre y sufría mareos. Sin embargo, lo asesoraba uno de los doctores más famosos de la historia: Galeno, un médico de origen griego que vivía en Roma. En una ocasión, después de que Galeno hubiera restablecido al emperador, ya envejecido, Marco Aurelio proclamó a los cuatro vientos que su sanador ocupaba «el primer rango entre los médicos y era único entre los filósofos».

Como tratamiento crónico a largo plazo, Galeno recetó al emperador triaca, una droga compuesta por varios ingredientes naturales que se administraba en forma de píldora y se tomaba con un vaso de vino. Como toque final, Galeno tomó la decisión de añadir opio a la píldora. No sabemos si la cantidad de opio que agregaba el médico a sus grageas era suficiente para convertir en adicto a Marco Aurelio, pero no podemos determinarlo con seguridad.

Marco Aurelio demostró ser muy popular en sus primeros años de reinado. A diferencia de Adriano, no se entregó a las intrigas cortesanas. Era un hombre abierto capaz de hablar con franqueza, al menos para un político. De carácter pensativo, Marco Aurelio nos ha dejado escrito que adolecía de «torpeza de comprensión» y carecía de ingenio. Toleraba la discrepancia e incluso el insulto, y trabajaba con gran ahínco. Al comienzo de su reinado, Marco Aurelio escribirá a Frontón una carta en la que confiesa que le está resultando muy difícil relajarse; y es fácil entender por qué, dada su tendencia a abordar los asuntos de la manera más concienzuda.

Marco Aurelio demostró un excepcional cuidado y buen juicio en materia de leyes. Se interesó muy especialmente en la manumisión

de los esclavos, en el nombramiento de tutores para los menores de edad y los huérfanos, y en la selección de los concejales municipales llamados a regir las poblaciones de las provincias. Se ganó la reputación de ser un emperador firme pero razonable. Tal y como había hecho su predecesor, también se pronunció siempre que le fue posible en favor de la concesión de la libertad a los esclavos.

Marco Aurelio se deshacía en muestras de respeto al Senado. Amplió las facultades judiciales de ese organismo y se remitió casi siempre a sus dictámenes, aun en los casos en que le correspondía jurídicamente decidir a él. Tenía también el prurito de asistir invariablemente a todas las reuniones del Senado si se encontraba en Roma. Y, si algún senador se veía acusado de un delito capital, Marco Aurelio ponía buen cuidado en examinar secretamente las pruebas disponibles antes de darlas a conocer en público.

Pero Marco Aurelio también supo ganarse el cariño de la gente por otras vías. Hacía caso omiso de los informadores profesionales. Mejoró las medidas destinadas a incrementar el bienestar de los niños pobres y prestó especial atención al suministro de trigo. Se aseguró de que las calles de Roma permanecieran limpias y en buen estado. Se ocupó de que los gobiernos de la península trabajaran con las plantillas de personal al completo y de que operaran con eficacia. Sin embargo, es muy posible que una de las medidas que tomó no fuese excesivamente bien recibida: le desagradaba tanto el derramamiento de sangre que, en las ocasiones en que tenía que asistir personalmente a los juegos, obligaba a los gladiadores a utilizar espadas desprovistas de filo. Pero el público prefería los combates cruentos...

Al igual que su predecesor, Marco Aurelio predicaba con el ejemplo de la frugalidad. Y no tardaría en descubrir, en tal sentido, que los gastos militares empantanaban otras prioridades. No es de extrañar, por tanto, que al igual que Antonino Pío y a diferencia de Adriano, dedicara pocos esfuerzos al engrandecimiento arquitectónico del Imperio. En Roma, Marco Aurelio levantó una monumental columna para conmemorar la deificación de Antonino, así como un arco de triunfo (o quizá más). No sabemos si fue el mismo Marco Aurelio o su sucesor quien ordenó iniciar la colocación de la columna que aún sigue en pie en Roma en recuerdo de uno de los

éxitos militares de Marco Aurelio; en cualquier caso, habrían de transcurrir más de diez años desde la muerte del emperador filósofo para que el monolito quedara terminado. La famosa estatua ecuestre de Marco Aurelio, tan conocida y destacada en nuestros días, era una obra modesta en comparación con las que mandaron erigir otros emperadores. La estatua exalta la obtención de una victoria sobre las tribus germánicas y es probable que se levantara en los últimos tiempos del reinado de Marco Aurelio o poco después de su fallecimiento.

CRÓNICA DE UNA BODA

Al igual que Adriano, también Marco Aurelio contraería matrimonio con un miembro de la familia imperial, aunque en su caso en enlace le haría saltar a una órbita de nobleza superior, por así decirlo. Adriano se había casado con la sobrina-nieta del emperador, pero Marco Aurelio consiguió la mano de la hija de Antonino. Pese a que Adriano hubiera nombrado como eventual sucesor a Marco Aurelio, Antonino podría haber revocado esa proclamación tras el fallecimiento de su padre adoptivo. Lo que hizo, sin embargo, fue confirmarlo, pues tal es el sentido de la concertación de esos esponsales. En este caso, el novio era sobrino de la novia.

A la esposa de Marco Aurelio, Annia Galeria Faustina (o Faustina la Menor), le habría costado mucho trabajo recordar un solo instante de su vida no directamente vinculado a la vida de palacio y al disfrute de sus privilegios, ya que tenía ocho años cuando su padre accedió al trono. Su madre, Faustina la Mayor, era una mujer extremadamente rica que había sido nombrada Augusta al tomar Antonino las riendas del Imperio. Dos años más tarde, teniendo su hija diez, fallecía esta, y fue rápidamente proclamada diosa. Antonino creó entonces una institución benéfica para las hijas de los pobres, a las que se conocería en la época como «Niñas de Faustina», en memoria de la emperatriz. No tardaría en levantarse un templo en honor de Faustina la Mayor en uno de los costados del Foro romano.

Transcurridos cinco años, Faustina se casaba con Marco Aurelio. Él tenía veinticuatro años y ella quince. Veinticuatro meses más tarde, inmediatamente después del nacimiento de su primer hijo, una niña, Antonino concedía a Faustina el título de Augusta. En ese momento Marco Aurelio solo era César, así que Faustina lo superó en rango. Está claro que Antonino sentía devoción por su hija. En una ocasión declaró que preferiría vivir en el exilio en una isla desolada con Faustina a residir en su palacio de Roma sin su compañía. En su lecho de muerte, Antonino confió el Estado y la felicidad de su hija a Marco Aurelio. Como sabemos, la muerte lo reclamó el 7 de marzo de 161.

Al convertirse Marco Aurelio en emperador, Faustina pasó a ser la primera mujer romana en suceder a su madre como emperatriz. Seis meses después de que Marco Aurelio se hiciera con el poder, Faustina traía al mundo a dos gemelos varones,[75] transformándose así en la primera consorte imperial en dar a luz durante el reinado de su esposo desde que Popea, la esposa de Nerón, tuviera a Claudia. Catorce años después de su primer alumbramiento, Faustina seguía teniendo hijos.[76] Al final, Faustina sería madre de catorce niños. Era una cifra muy notable, y de hecho la maquinaria propagandística palaciega lo destacaría al máximo en las monedas. Más de la mitad de los bebés sucumbiría durante la infancia, un siniestro recordatorio de la realidad de un mundo que padecía unas tasas de mortalidad infantil sumamente elevadas.

La joven Faustina no solo era noble, rica y fértil, también destacaba por su gran belleza, como muestran los bustos que han llegado hasta nosotros. Las efigies numismáticas la asociaban con Venus, la diosa del amor, el sexo y la victoria. Es probable que el austero Marco Aurelio circunscribiera su interés en las artes amatorias a la mera procreación. Consideraba un orgullo no haber perdido la virginidad antes de tiempo. Pero los recién casados no solo diferían en cuestiones del corazón: tampoco coincidían en el plano intelectual. Faustina no era mujer que dejase la política en manos de su esposo, y desde luego conspiraba y presionaba habitualmente a algunos de los hombres que estaban situados en los más altos puestos y contaban con el apoyo de Marco Aurelio. Faustina quería pasarlo bien y hacer las cosas a su manera. Marco Aurelio siempre estaba ocupado. Hay motivos para dudar de que la pareja

mantuviera una relación fácil.

La fábrica de rumores romana difundió una vez más sus habladurías. Se decía que Faustina, sintiéndose desdichada, se entregaba a una serie de aventuras, y no solo con aristócratas sino también con individuos de baja estofa. Los amigos de Marco Aurelio le aseguraron que Faustina aprovechaba las temporadas que pasaba en la villa que poseía junto al mar para acostarse con gladiadores y marineros. Esos mismos amigos le recomendaron que se divorciara, o que ordenara incluso ejecutar a Faustina. Según cuentan, él les respondió: «Si repudio a mi esposa, tendré que devolver también su dote». Con esto quería señalar que se vería obligado a renunciar al Imperio, dado que lo había heredado de su suegro.

Resulta verosímil pensar que, a diferencia de otros, Marco Aurelio había entendido que el Imperio era una empresa familiar. Las personas poderosas, por el hecho de serlo, suscitaban el surgimiento de rumores malintencionados y, dada la extendida misoginia romana, esa tendencia redoblaba sus ímpetus en el caso de las mujeres encumbradas. Además, de ser ciertos, esos rumores estarían poniendo en duda la legitimidad de su propia descendencia. Por consiguiente, Marco Aurelio tenía fundadas razones para negar credibilidad a los cotilleos que hablaban de las infidelidades de su esposa. Sea como fuere, la verdad es que el emperador sentía verdadero afecto por Faustina. En sus Meditaciones comenta que era obediente, cariñosa y sencilla.

Si algo caracterizaba a Marco Aurelio era sin duda el amor que mostraba a sus hijos. Por ejemplo, de su hija pequeña, que también se llamaba Faustina, nos dice: «Es un cielo, una fiesta, una esperanza próxima, un deseo hecho realidad, una alegría plena, un excelente e intachable motivo de orgullo». En las Meditaciones alude en varias ocasiones al dolor derivado de la pérdida de un hijo.

UN CÍRCULO VICIOSO

Sin embargo, la política exterior no tardaría en obligar a Marco

Aurelio a prestar menos atención a la familia. De hecho, el ciclo de la guerra acabaría por eclipsar todos los demás elementos de su reinado. Los choques bélicos lo transformarían por completo, hasta el punto de que el reformador ilustrado de la soleada Roma quedó convertido en un curtido combatiente engullido por la luz crepuscular de las fronteras. De este modo, las campañas determinarían que este hombre, prácticamente desprovisto de todo antecedente militar, se viera forzado a adquirir las competencias de un mariscal de campo. Y, como es lógico, cometió más de un error.

Uno de los problemas de seguridad que acuciaron regularmente al Imperio fue la necesidad de guerrear en dos frentes, y la primera vez que Roma hubo de enfrentarse a una situación de ese tipo tuvo lugar precisamente en tiempos de Marco Aurelio. La primera crisis estalló en Oriente, ya que en esa zona los partos acababan de detectar signos de debilidad en los romanos. Eran indudablemente conscientes de que hacía décadas que ningún militar ocupaba el trono. Se abalanzaron sobre Armenia y expulsaron a su gobernante, leal a Roma, para colocar a otro favorable a los partos. Al contraatacar el general romano encargado de resolver el conflicto, los partos laminaron su legión, y el comandante se suicidó. Con su siguiente paso, los partos invadieron Siria y derrotaron a su gobernador.

La situación era grave y requería la presencia del emperador en la zona en disputa. Tanto Marco Aurelio como Lucio Vero carecían de experiencia militar, pero Vero era más joven y fornido, así que Marco Aurelio lo envió a la región. Nadie echaría de menos a Vero en Roma, y tampoco era probable que pudiera convertirse en una amenaza para Marco Aurelio cuando regresara. Vero iba a ser simplemente el mascarón de proa del Imperio en Oriente, pero los verdaderos comandantes serían sus experimentados generales.

Para plantar cara a los partos, Marco Aurelio retiró tres legiones, junto con otras tropas, del frente occidental de Roma. Se trataba de una medida ineludible pero no exenta de peligros, ya que tentaba al inquieto enemigo que dormitaba al norte del Danubio. Sin embargo, Roma no contaba con tropas de reserva, un crucial punto débil que no dejaba al emperador más opción que la de trasladar las legiones en función de las necesidades.

Las legiones desplazadas se revelaron sumamente eficaces. La guerra contra los partos se prolongó por espacio de cuatro años, pero se saldó con una victoria aplastante. Roma reconquistó Armenia y la confió a un nuevo monarca, que en este caso resultaría ser el hombre idóneo: un senador romano por cuyas venas corría también algo de sangre real parta. Hecho esto, los romanos se adentraron en Mesopotamia, y después de quemar un palacio parto perpetraron el deplorable atropello de saquear una ciudad amiga.

En el 164, Marco Aurelio ofreció a Vero la mano de su hija Galeria Lucila. Esta tenía por entonces catorce años, mientras que su esposo ya había cumplido los treinta y tres. Para efectuar el enlace, la chiquilla tuvo que abandonar Roma y hacer el largo viaje que la separaba de Oriente. Sin embargo, corrían tiempos de guerra, y todo el mundo tenía que hacer sacrificios. Con la posible intención de consolarla, Marco Aurelio le concedió inmediatamente el título de Augusta, antes incluso de que tuviese descendencia. Esto a diferencia de lo que había ocurrido en el caso de su madre, que no se había visto elevada a esa dignidad sino después de traer a su primera hija al mundo.

Partia no volvería a desafiar a Roma en treinta años. Sin embargo, no todo permanecía en calma en el frente occidental. En los años 166 y 167, los germanos atacaron las provincias romanas situadas a lo largo del Danubio. Este choque iba a marcar un hito en la historia del Imperio. Hacía ya muchas décadas que Roma no se había visto obligada a hacer frente a una amenaza germana real, pero parecía que ahora sus tribus habían decidido entrar súbitamente en acción. Continuarían cerniéndose amenazadoramente sobre el Imperio durante siglos, y finalmente lograrían derribar su gobierno occidental. Para empeorar aún más las cosas, el movimiento de los invasores del bienio 166-167 se debía a que otros pueblos procedentes de regiones más septentrionales se habían puesto en marcha y los estaban empujando. Fue el comienzo de una migración de proporciones históricas.

La escasez de efectivos militares romanos en Occidente proporcionó una neta ventaja a los invasores germanos en su embestida. Para intentar compensar la ausencia de las tres legiones que se habían

unido a las fuerzas de Vero en Oriente, Marco Aurelio reclutó dos nuevas legiones. Sin embargo, estas tropas no solo carecían de experiencia, sino que tampoco contaban con el suficiente número de hombres.

En el 167, antes de que Marco Aurelio pudiera reaccionar y responder al desafío germano, el Imperio se vio asaltado por un nuevo enemigo: la peste. Ese es el nombre que le dan las fuentes antiguas, pero lo más probable es que se tratase de una epidemia de viruela. Los historiadores modernos la denominan «peste de Antonino» o «Gran Pestilencia». La antigüedad asistió a un gran número de atroces pandemias. No sabemos con seguridad si este episodio fue uno de los peores o solo uno de los mejor documentados. No disponemos de unas cifras de mortandad precisas, pero está claro que cerca de medio millón de personas perdieron la vida, aunque quizá hubiera varios millones de víctimas.

Hay razones que inducen a pensar que la enfermedad se inició en el Asia Central y que en un primer momento se propagó hacia el este, en dirección a China. No obstante, después se desplazó a lo largo de la ruta de la Seda, y a través de esa vía comercial llegó a Oriente Próximo. El primer contacto de los soldados romanos con el mal se produjo en Mesopotamia, y con ellos alcanzaría hasta el último rincón del Imperio, aunque los mercaderes también contribuyeron a su dispersión. Las mismas calzadas bien pavimentadas que tan gloriosamente habían ensalzado la paz romana y los mismos mares seguros que habían dado celebridad a su gobernación se transformaron ahora en letales vectores de la infección. El Imperio universal se vio sometido a los efectos de una epidemia de ámbito igualmente global. De todos los que sacudieron el mundo antiguo, este es de hecho el azote que mejor conocemos. Han llegado hasta nosotros informes que nos hablan de los padecimientos de los enfermos y del número de muertos que se registraron en diferentes zonas, como Egipto, el Asia Menor, la Galia, Germania y la península itálica. No obstante, el punto que más crónicas nos ha dejado es la propia Roma; a fin de cuentas todos los caminos llevaban a ella...

La situación empeoró a tal punto en la capital que el famoso médico

Galeno se vio obligado a abandonar su hogar del Asia Menor para evitar el riesgo de contagio. Por otra parte, en las ciudades griegas de Oriente, la gente recurrió al expediente de grabar sobre el dintel de las puertas de las casas un verso de súplicas a Apolo en el que se solicitaba su protección. Sin embargo, esta medida tendía a provocar el efecto contrario, tal vez porque, al creerse seguros, los habitantes de la zona se confiaban y dejaban de tomar precauciones. Una de las personas que lograron sobrevivir a la calamidad recuerda el fondo sonoro de lamentos y gemidos, la imagen de los muertos tendidos frente al zaguán de su vivienda y el ajetreo de los médicos, obligados a oficiar también como enfermeros porque la dolencia había acabado con sus esclavos.

En el 167, tras producirse los acontecimientos del Danubio, Marco Aurelio tenía intención de viajar al norte, pero prefirió permanecer en Roma para luchar contra la epidemia. En el año 168 partió al fin en dirección al frente, acompañado por Vero. Era la primera vez que Marco Aurelio abandonaba la península y, aunque consiguió restaurar el orden, la solución fue solo temporal. A su regreso, los dos emperadores se detuvieron en el noreste de la península. Galeno se unió a ellos y descubrió que en esa zona la epidemia estaba fuera de control. Marco Aurelio y Vero retornaron a Roma junto con un pequeño grupo de soldados. El grueso del ejército se quedó en el norte, y la mayoría de sus integrantes murieron, ya que el invierno hizo que resultara aun más difícil vencer a la virulenta afección. Galeno se libró por los pelos del contagio. Vero en cambio no tuvo tanta suerte. Falleció en el camino de vuelta a Roma, a principios del 169, posiblemente a causa de la viruela. Marco Aurelio escoltó su cadáver hasta la capital, donde le dio sepultura en el mausoleo de Adriano y dispuso que fuera declarado dios.

Mientras tanto, la crisis de la frontera septentrional seguía enconándose.

Si Roma ya se había visto falta de efectivos antes de la pandemia, ahora estaba claro que la viruela solo podía haber contribuido a menguar todavía más el número de hombres disponibles. El gobierno tenía que reclutar nuevas tropas, pero, considerada en conjunto, su soldada resultaba onerosa. Puesta en ese brete, Roma recurrió a una serie de soluciones, todas ellas insatisfactorias. Una

vez más, como ya había sucedido en tiempos de Antonino Pío, Marco Aurelio redujo el porcentaje de plata de las monedas. En segundo lugar, el Estado echó mano de los esclavos, los gladiadores, los distintos grupos de presuntos bandidos (matones, en cualquier caso) y las fuerzas policiales de las ciudades griegas, y enroló a esa masa de individuos en las unidades auxiliares del ejército.

La hija de Marco Aurelio, Lucila, tenía apenas veinte años al quedar viuda. Tras el fallecimiento de su esposo Vero, Marco Aurelio quiso concertarle un nuevo matrimonio con Tiberio Claudio Pompeyano, un importante senador y antiguo cónsul. Pompeyano, que ya había cumplido los cincuenta, era originario de Siria. El enlace parecía un grave retroceso social para Lucila, que había sido la mujer del coemperador, así que tanto ella como su madre, Faustina, se opusieron a la boda. Sin embargo, Marco Aurelio impuso su voluntad. Lucila dio a su nuevo marido un hijo que haría carrera en la esfera pública y que, muchos años más tarde, sería ejecutado por orden de un emperador posterior.

En el otoño del 169, Marco Aurelio regresó a las regiones septentrionales. Durante la primavera siguiente puso en marcha una gran ofensiva al otro lado del Danubio. La operación se inició con tintes de farsa, ya que el emperador accedió a lanzar dos leones al río a fin de obtener el respaldo de los dioses. Sin embargo, los animales se limitaron a cruzar a nado la corriente y, una vez en la orilla, fueron abatidos a golpe de maza por el enemigo. Si alguien había visto algún motivo de burla en una batalla iniciada de ese modo, desde luego encontraría su contrapunto en el final, ya que el choque acabó envuelto en lágrimas. Los romanos sufrieron una derrota aplastante y es posible que tuvieran que encajar nada menos que veinte mil bajas. Las tropas del adversario se las ingeniaron para superar por uno de sus flancos al resto del ejército romano e irrumpieron con fuerza devastadora en el norte de la península. Entregaron a las llamas una de las ciudades de la zona y pusieron cerco a otra. Otros grupos de invasores se dirigieron a Grecia y llegaron hasta las inmediaciones de la mismísima Atenas, donde destruyeron el santuario de los misterios eleusinos.

Era la primera vez en casi trescientos años que unas fuerzas extranjeras atacaban la península. Las defensas de la frontera

romana habían fallado. Si recapacitamos un poco, la verdad es que el episodio no tiene nada de sorprendente. El frente del Danubio había asistido a una importante reducción de sus efectivos armados. La Gran Pestilencia había debilitado a Roma en todas partes. El propio Marco Aurelio era un emperador sin experiencia como jefe militar. Muchas de sus tropas acababan de incorporarse a filas y seguían siendo bisoñas, y por otra parte hasta los soldados veteranos que servían en el limes estaban desentrenados, dado que el largo período de paz apenas los había obligado a guerrear.

Al año siguiente, corriendo ya el 171, la situación empezó a mejorar. Uno de los ejércitos de Roma, comandado por Pompeyano, el flamante yerno de Marco Aurelio, expulsó de la península a los invasores y los aniquiló en una batalla librada a orillas del Danubio. Al mismo tiempo, Marco Aurelio, que permanecía en la frontera, se dedicaba a negociar con los embajadores germanos y a tratar de enfrentar entre sí a las distintas tribus enemigas. En el 172, el emperador volvió a organizar una incursión romana más allá del Danubio y prosiguió la campaña al otro lado del río hasta el año 175.

A lo largo de ese período, los romanos tendrían ocasión de asistir a dos portentos, que no dejarían de vocear a los cuatro vientos valiéndose de la propaganda. En primer lugar, un rayo destruyó una de las máquinas de asedio del enemigo. Más tarde, durante un caluroso verano, una legión, exhausta por las continuas luchas, quedó rodeada por el enemigo y estuvo a punto de rendirse, dado que no le quedaban reservas de agua. De repente, cuando la claudicación parecía ya inminente, el firmamento se resquebrajó y la lluvia salvó a los legionarios. Inmediatamente después, paganos y cristianos se enzarzaron en una polémica, ya que ambos grupos se consideraban autores exclusivos de las plegarias que habían obtenido el favor del cielo.

Es probable que el objetivo de Marco Aurelio consistiera en crear dos nuevas provincias en la vertiente septentrional del Danubio, en las tierras que hoy forman Hungría, la República Checa y Eslovaquia. Su meta era doble, ya que, si por un lado pretendía contener a sus adversarios, por otro se proponía reducir la extensión de las líneas defensivas romanas. Como medida complementaria, la

operación buscaba sustituir la frontera fluvial, que podía franquearse con toda facilidad por un límite terrestre situado más al norte, en los Cárpatos, ya que su defensa resultaba más sencilla. Sin embargo, la fundación de esas nuevas provincias habría mermado en demasía los recursos de Roma, ya sometidos a un importante sobreesfuerzo. El plan de Marco Aurelio pereció con él.

No obstante, el emperador tuvo mucho más éxito con el segundo proyecto ideado para frenar a los bárbaros, consistente en asentarlos en tierras previamente dominadas por Roma. Para materializar la empresa, Marco Aurelio los dispersó por las distintas provincias que mediaban entre la Germania romana (lo que hoy es el suroeste de Alemania y Alsacia) y la Dacia (es decir, Rumanía), incluyendo la propia Italia. Pese a que en Roma muchos lo criticaran tanto por su política de apaciguamiento como por introducir a un gran número de bárbaros en el seno del Imperio, Marco Aurelio perseveró en su visión de las cosas, totalmente indiferente. Estaba convencido de que ese expediente le permitía convertir a los soldados enemigos en granjeros romanos, por no mencionar el hecho de que también proporcionaban al Imperio la fuerza de trabajo que tan urgentemente necesitaba.

En el 175, Marco Aurelio llegó a un acuerdo con las tribus germanas asentadas al otro lado del Danubio. El pacto tenía más de tregua que de tratado de paz, ya que Roma no había logrado en modo alguno aplastar a sus oponentes. Con todo, los bárbaros devolvieron a los prisioneros romanos que retenían y también enviaron ocho mil soldados de caballería al emperador a fin de que prestaran servicio en su ejército. La mayoría de esas unidades a caballo partirían a Britania para realizar labores fronterizas. Y, a juzgar por un notable y reciente hallazgo, parte de esa tropa de caballería estaba formada por mujeres. Los arqueólogos han descubierto, cerca del Muro de Adriano, un par de esqueletos femeninos que según parece corresponden a dos miembros de esa compañía montada. Pese a que los romanos no aceptaran mujeres en el ejército, algunos de los grupos que acostumbramos a llamar «bárbaros» sí las admitían. Tanto griegos como romanos les daban el nombre de «amazonas».

Aunque Marco Aurelio no llevara la vida militar en la sangre,

cumplió con su cometido. Era su deber, y desde luego era un hombre entregado que no rehuía sus responsabilidades. Así lo señala explícitamente en las Meditaciones: «A todas horas, preocúpate resueltamente, como romano y varón, de hacer lo que tienes entre manos con puntual y no fingida gravedad, con amor, libertad y justicia, y procúrate tiempo libre para liberarte de todas las demás distracciones».

Marco Aurelio atiende a sus obligaciones, en efecto, pero no disfruta con ello. Tenía una pobre opinión de la guerra y la conquista, como establecerá claramente en privado. De hecho, llega incluso a comparar a los vencedores de una batalla con simples bandidos. «Una pequeña araña se enorgullece de haber cazado una mosca; otro, un lebrato; otro, una sardina en la red; otro, cochinillos; otro, osos; y el otro, Sármatas. ¿No son todos ellos unos bandidos, si examinas atentamente sus principios?».

Tanto Marco Aurelio como Faustina se verían obligados a hacer sacrificios a causa de las guerras. Ella tuvo que vender parte de su ajuar de seda y sus joyas para aportar efectivo a las arcas del tesoro. Peor sería aún conformarse a vivir sin su marido, ya que este pasó largos años retenido en la frontera. Las ciudades de Carnunto (en la actual Austria) y Sirmio (en lo que hoy es Serbia) les sirvieron de base estratégica para sus encuentros, y es posible que fuesen por entonces capitales de provincia. En cualquier caso, y a pesar de que ambas poblaciones estuvieran llamadas a vivir días de gloria en años posteriores, lo cierto es que en esa época no pasaban de ser simples plazas de guarnición arrumbadas en las gélidas y oscuras lindes del Imperio. Desde luego estaban muy lejos de su palacio de Roma. Ninguna mujer de dignidad imperial había vivido en el cuartel de un ejército acantonado en un frente en activo desde los tiempos en que Agripina la Mayor acompañara a su esposo Germánico a las regiones de Germania y Siria, ciento cincuenta años antes. En el 174, Marco Aurelio nombró a Faustina «Madre del Campamento» (Mater Castrorum), convirtiéndola así en la primera emperatriz en ostentar ese título. El gesto contribuyó a subir la moral de la tropa en un período de crisis, pero es probable que resultara una pobre recompensa para Faustina, que había aceptado renunciar a la comodidad de la vida palaciega.

Sea como fuere, Faustina no iba a ser la última emperatriz en recibir ese nombramiento, ya que, en el futuro, los períodos de emergencia y la irrupción de los invasores que desbordaban las fronteras habrían de ser moneda corriente.

LA REBELIÓN

Cayo Avidio Casio era el general que mayores éxitos había obtenido en la campaña parta de Lucio Vero. Era un hombre de prometedor futuro, ya que, siendo hijo de un miembro de la clase ecuestre, había logrado superar con creces a su padre al elevarse a la dignidad de senador. En tiempos de Vero, Avidio había conquistado las dos grandes ciudades partas de Mesopotamia. Más tarde, había ejercido los cargos de cónsul sufecto y de gobernador de Egipto, provincia de la que era originario. Por último, había logrado hacerse acreedor de la muy especial responsabilidad de dirigir todas las provincias del Oriente romano. Un éxito de tal calibre se le habría subido a la cabeza a cualquiera, pero con mayor motivo aun a una persona como Avidio, que se consideraba descendiente de los reyes de Siria posteriores a Alejandro Magno.

En el 175, Avidio concibió la idea de reivindicar el trono. Organizó una grave rebelión, respaldado por la mayor parte de los territorios de Oriente, incluidas algunas provincias de suma relevancia, como Egipto y Siria. Esto nos recuerda el dilema al que ha de enfrentarse todo emperador: si se confía una gloriosa tarea militar a un subalterno, en lugar de asumirla personalmente, es muy posible que ese delegado acabe por intentar hacerse con el poder. Sin embargo, no hay emperador capaz de hacerlo todo en todas partes, y son muy pocos los hombres que, dominando un imperio, muestran el talento militar necesario para actuar de manera competente como mariscales de campo. Solo en muy raras ocasiones, como le ocurrió a Augusto, alcanzan a contar con un amigo fiel y competente que pueda encabezar el ejército y permitir al mismo tiempo que sea el emperador quien reciba los honores en caso de victoria.

No obstante, la revuelta de Avidio fue única por otros motivos. Las

fuentes sostienen que Faustina le escribió y lo animó a proseguir con el levantamiento. Esta afirmación tiene toda la pinta de ser un nuevo y escandaloso ejemplo de acusación misógina, ya que sabemos que este tipo de falsedades abundan entre los cronistas de la época. Sin embargo, en esta ocasión, los académicos consideran que la información es verosímil ,aunque desde luego no ha podido probarse. A fin de cuentas, Marco Aurelio padecía graves problemas de salud. Faustina tenía razones para inquietarse por su futuro y el de sus hijos. Cómodo, el único hijo varón que aún seguía con vida, apenas tenía trece años y corría el riesgo de verse eclipsado por el marido de su hermana Lucila. Es posible que Faustina enviara una carta a Avidio para señalarle que estaba dispuesta a ofrecerle su apoyo en caso de que Marco Aurelio muriese y que él malinterpretase la nota, creyendo que aquellas líneas significaban que el emperador ya había fallecido.

Como es obvio, el levantamiento continuó su curso. El anciano tutor de Marco Aurelio, que por esa época era ya el hombre más acaudalado de Atenas, mandó a Avidio una nota con una única palabra: emanes, una voz griega que viene a ser equivalente a nuestro «¡Estás loco!». Entretanto, en la lejana Sirmio, Marco Aurelio se afanaba en reunir partidarios y en preparar su partida al este para sofocar la rebelión. Sin embargo, antes de poder iniciar la marcha, un centurión puso fin a la sublevación al liquidar a Avidio, probablemente tras enterarse de que Marco Aurelio continuaba con vida. El levantamiento había durado muy poco: tan solo tres meses y seis días.

La fortuna había sonreído a Marco Aurelio, y él, por su parte, no buscó venganza. Se negó a contemplar la cabeza cercenada de Avidio que le enviaron. Parece indudable que aprobó la iniciativa de quemar la correspondencia de Avidio –y tal vez fuera fue él mismo quien ordenara la medida–, ya que seguramente había alguna carta (o quizá muchas) en la que Faustina se viera incriminada.

La rebelión había terminado, pero a pesar de todo Marco Aurelio decidió partir al este. Parecía prudente mostrar a sus súbditos de Oriente que el emperador no solo gozaba de buena salud, sino que continuaba llevando las riendas de su matrimonio y contaba con un

hijo vigoroso perfectamente capaz de sucederlo.

UNA DIOSA EN UNA ALDEA

A finales del 175, la comitiva imperial de Marco Aurelio se detuvo en una pequeña población situada en el límite meridional de la meseta central de Anatolia, al pie de las montañas (en lo que hoy es la porción central del sur de Turquía). Habían dejado atrás, a unos veinticinco kilómetros aproximadamente, la próspera e importante ciudad de Tiana, recientemente embellecida con los espléndidos acueductos que habían ordenado construir Trajano y Adriano. Frente a ellos aguardaban las denominadas Puertas Cilicias, un paso de montaña que conducía al Mediterráneo. Varios siglos antes, el ejército de Alejandro Magno había seguido esa misma ruta en su camino hacia el Imperio persa que se proponía conquistar.

No se trataba de una pequeña caravana de viajeros. Además de su mujer, su hijo y al menos una de sus hijas, el emperador llevaba consigo a un grupo de personas a las que él mismo llamaba sus «compañeros» (es decir, sus más íntimos asesores), por no mencionar que también lo respaldaba un gran contingente de tropa en el que servía incluso un batallón de bárbaros. La expedición no solo tenía como objetivo la consolidación de la paz en Oriente, también se proponía mostrar a los súbditos de las regiones que visitaba –leales o no– la buena forma física del emperador y administrar un castigo ejemplar a los rebeldes.

Nadie sabe realmente cómo marchan las cosas dentro de un matrimonio salvo las dos personas que lo forman. Con todo, parece claro que Marco Aurelio había perdonado a Faustina el papel que quizá hubiera desempeñado en la promoción de la revuelta. Y, sin embargo, el destino iba a reclamar sus derechos en aquel polvoriento pueblecito que dormitaba junto a la calzada romana. Fue allí, y no en una espléndida villa, donde Faustina, Augusta, Madre del Campamento, hija de Antonino Pío, esposa de Marco Aurelio y madre de Cómodo, falleció.

Las fuentes sugieren que Faustina pudo haberse suicidado, pero parece bastante improbable. Tenía cuarenta y cinco años, había traído catorce hijos al mundo, y tal vez se encontraba nuevamente embarazada. También padecía de gota. El desenlace de la rebelión de Avidio le había provocado un gran estrés. Por consiguiente, parece plausible que la muerte se debiera a causas naturales.

En público, Marco Aurelio dejó patente que se encontraba roto de dolor, y el elogio que dedica privadamente a Faustina en las Meditaciones confirma que el sentimiento era real. El viudo solicitó al Senado que deificara a su difunta esposa y ordenó acuñar monedas en las que se afirmaba que su sitio se encontraba ahora entre las estrellas. Además, para dejar zanjada la cuestión de la conjura en la que Faustina se había visto implicada, Marco Aurelio pidió al Senado que perdonara a los sospechosos, aunque hubiera motivos que los señalaran. «Ojalá no se dé nunca la circunstancia», reza la carta que escribe a los senadores, «de que alguno de vosotros resulte muerto durante mi reinado, ni por mi voto ni por el vuestro». El emperador había decidido perdonar y mandar al olvido la afrenta.

No hay duda de que la cremación de Faustina tuvo lugar en el pueblo mismo en el que había expirado, pese a lo humilde que era la comarca. ¡Pero no iba a seguir siéndolo! Se otorgó a la aldea la más alta distinción que podía concederse: la de acceder al rango de colonia de ciudadanos romanos. Se le impuso un nuevo nombre –Faustinópolis–, y se construyó un templo en honor de la nueva diosa.

A Faustina le hubiera agradado ese boato, pero es probable que hubiera preferido que las conmemoraciones rituales que el Senado había votado para honrarla se hubiesen celebrado en Roma. Entre esos gestos de homenaje destacaba la erección de un altar al que tendrían que acudir en lo sucesivo todas las parejas de novios de la población a fin de realizar sacrificios en recuerdo de la deificada emperatriz. Como ya había sucedido en el caso de su madre, también se fundó en su nombre una institución de caridad destinada a aliviar la necesidad de las muchachas pobres, y a sus beneficiarias se les dio el nombre de «Nuevas Niñas de Faustina». El Senado decretó que se elaboraran dos imágenes en plata, una de

Faustina y otra de Marco Aurelio, y que se colocaran en el Templo de Venus y Roma, el gran santuario que Adriano había mandado levantar. Lo mejor de todo fue que se dispusiera transportar al Coliseo una estatua de oro de Faustina cada vez que Marco Aurelio asistiera a los juegos. La efigie debía situarse además en una tribuna especial, la misma en la que la emperatriz acostumbraba a presenciar los espectáculos, y contar como colofón con un cortejo formado por las más encumbradas damas de Roma.

Entretanto, las autoridades continuaron adoptando las medidas de saneamiento político que exigía la recién sofocada rebelión de Avidio Casio. Y así se promulgó una ley destinada a prohibir a todos los ciudadanos romanos el ejercicio del cargo de gobernador de la provincia natal del insurrecto.

En su marcha hacia Egipto, Marco Aurelio hizo un alto en la provincia romana de Palestina, que había apoyado al rebelde Avidio. Una de las fuentes romanas de que disponemos asegura que el emperador juzgó tan pendencieros a los judíos de la zona que no dudó en proclamarlos peores que los bárbaros de la frontera danubiana. Por otra parte, el Talmud sugiere que Marco Aurelio recibió en audiencia al rabino Yehudah Hanasí. Este religioso no limitaba sus funciones a las de patriarca, ya que también era uno de los redactores y correctores de la Mishná, es decir, la compilación de leyes orales que todavía en nuestros días sigue siendo uno de los documentos más prestigiosos e influyentes de la tradición judía. No es difícil imaginar a Marco Aurelio, tan amante de la filosofía, enfrascado en sustanciosa conversación con el erudito rabino.

Antes de abandonar las regiones orientales, el emperador visitó Atenas,donde tanto él como Cómodo fueron iniciados en los misterios eleusinos (siguiendo así los pasos de Adriano). Marco Aurelio había ordenado la reconstrucción del santuario, destruido en el 170, de modo que su presencia en la zona constituía de facto una forma de celebrar la vuelta a la normalidad. Durante su estancia en Atenas, Marco Aurelio encontraría tiempo para entrevistarse con cuatro profesores de filosofía.

Y DE NUEVO COEMPERADOR

Marco Aurelio regresó a Roma en el 176. Decidió nombrar coemperador a Cómodo, de modo que este ocupó el puesto que ya había desempeñado antes Vero. Cómodo solo tenía quince años, pero la época, marcada por guerras y epidemias, no permitía que nadie se demorase en la adolescencia. De hecho, ya había acompañado a su padre tanto al frente septentrional como a Oriente, así que el joven contaba con cierta experiencia de gobierno. Además, Marco Aurelio tenía muy presente que una de sus responsabilidades consistía en preparar adecuadamente la sucesión. Sin embargo, no parece que se hubiera planteado en serio la posibilidad de que Cómodo no estuviese a la altura de las circunstancias.

Una vez reinstalado en Roma, Marco Aurelio promulgó varias directrices importantes sobre los esclavos, a los que dio con una mano lo que les quitaba con la otra. Protegió a los esclavos que habían recibido la manumisión en el testamento de sus amos, impidiendo que terceras personas intentaran retenerlos como sirvientes sometidos. Al mismo tiempo, ordenó que los gobernadores, funcionarios públicos y fuerzas de seguridad ayudaran a los amos a perseguir a los esclavos que se dieran a la fuga. Es muy posible que el desorden reinante en ese período hubiera dado lugar a un aumento del número de esclavos fugitivos.

Sobre los cristianos se cernió el peligro de convertirse en chivos expiatorios de los problemas que estaba padeciendo Roma y de acabar pagando el pato de la escasez de gladiadores, de cuyas filas se estaba nutriendo el ejército. Como los coliseos y demás escenarios de contiendas y espectáculos estaban teniendo muchas dificultades para encontrar luchadores, el Senado permitió que las autoridades locales compraran a los delincuentes condenados y los obligaran a ejercer de gladiadores. ¿Y cómo se las ingeniaron los romanos para incrementar el suministro de criminales convictos? Parece que procediendo a aumentar en idéntica medida la cantidad de acusaciones a cristianos.

Por todo ello, la realidad de Roma se transformó en un lúgubre mosaico salpicado de enfermedades, actos de invasión y persecuciones. En el frente del Danubio, el enemigo reanudó sus

ataques, agravando el sombrío estado de ánimo que abrumaba al Imperio. Sin embargo, en agosto del 178, al abandonar nuevamente Roma para participar en otra guerra, Marco Aurelio partió envuelto en la deslumbrante luz de una imagen que diríase sacada de la mismísima Academia de Platón. Una enorme delegación se agolpaba en torno al emperador, como nos referirá más tarde una fuente posterior:

Marco Aurelio poseía tanta sabiduría, benignidad, integridad y cultura que, al dirigirse con su hijo Cómodo, a quien había nombrado César, a luchar contra los marcómanos, iba rodeado de una multitud de filósofos que le suplicaban que no emprendiese una expedición ni entablase una batalla sin haberles explicado antes los puntos difíciles y muy oscuros de las doctrinas filosóficas.

Antes de dejar Roma, Marco Aurelio también demostró su respeto al Senado y a la religión tradicional. En la colina Capitolina juró solemnemente no haber sido responsable de la muerte de ningún senador. También participó en el antiguo ritual de arrojar una lanza ensangrentada como símbolo del derecho de Roma de atacar a los territorios enemigos.

Y, sin embargo, por honorable que fuese el combate que estaba teniendo que librar Marco Aurelio, la lucha iba a revelarse tan complicada como frustrante. Pasó otro año y medio más en el frente, forcejeando con sus adversarios sin lograr una victoria definitiva.

>LAS MEDITACIONES

Ha llegado hasta nosotros la consignación personal de esos años difíciles. Marco Aurelio escribió sus Meditaciones en la soledad de su tienda de la frontera septentrional, entre otros lugares. Esa parte

de su obra iría viendo la luz entre los años 172 y 180. El último apunte del libro I, con el que presenta el II, indica: «Entre los Cuados, a orillas del Gran»;[77] y al final de ese mismo libro, como antesala del III, anota: «En Carnunto». Otros libros carecen en cambio de localización explícita.

Marco Aurelio redacta las Meditaciones como una suerte de diario, ya que son observaciones que se hace a sí mismo y que no tiene intención de destinar al público. Se trataba de un conjunto de notas privadas. Un antiguo editor titulará el texto en consecuencia: A sí mismo. De hecho, el rótulo de Meditaciones es moderno. Nadie sabe con seguridad cómo llegaron a publicarse en último término esas confesiones íntimas. Es posible que los amigos de Marco Aurelio (o quizás uno de sus libertos), preservaran el manuscrito y lo dieran a conocer. Los más sentimentales consideran que la candidata favorita de esa difusión literaria es su hija Cornificia. Esta era la última hija de Marco Aurelio y Faustina que permanecía con vida, aunque, muchos años después, uno de los emperadores que sucedieron a Marco Aurelio la obligaría a suicidarse.[78] Las últimas palabras de Cornificia fueron dignas de su padre: «Pobre e infeliz alma mía, aprisionada en un cuerpo vil, paga el peaje y queda libre, demuéstrales que eres la hija de Marco, quieran ellos o no».

Marco Aurelio no escribió las Meditaciones en latín, sino en griego. Esta era la lengua de la filosofía, aunque muchos pensadores romanos de épocas anteriores se las habían arreglado perfectamente bien con el latín. Este uso del griego es una indicación más del creciente prestigio de que gozaba la porción oriental del Imperio.

Las Meditaciones son la última gran obra que habrá de producir la filosofía estoica en la antigüedad, y también la que más se aprecia en nuestros días. Y si se la valora no es desde luego porque sea animada y optimista. El texto centra frecuentemente la atención en la vanidad de la vida humana y en la muerte. Nuestra existencia, explica Marco Aurelio, es tan efímera como el vuelo de un gorrión. Incluso los más grandes individuos del pasado han acabado por desvanecerse: Augusto y toda su corte se han esfumado, Alejandro Magno y los hombres que almohazaban su caballo han retornado por igual al polvo del que salieron.

El consejo que ofrece Marco Aurelio para hacer frente a los retos

que nos plantea la vida no es apto para los débiles de corazón. Esto es lo que escribe: «Sé igual que el promontorio contra el que sin interrupción se estrellan las olas. Este se mantiene firme, y en torno a él se adormece la espuma del oleaje».

Con todo, Marco Aurelio sugiere una fórmula para mantener la dignidad y alcanzar las metas que nos propongamos. También muestra un profundo respeto por el mundo natural y una gran fe en la divina providencia:

Si ejecutas la tarea presente siguiendo la recta razón, diligentemente, con firmeza, con benevolencia y sin ninguna preocupación accesoria, antes bien, velas por la pureza de tu parte divina, como si fuera ya preciso restituirla; si agregas esta condición de no esperar ni tampoco evitar nada, sino que te conformas con la actividad presente de acuerdo con la naturaleza y con la verdad heroica en todo lo que digas y comentes, vivirás feliz. Y nadie será capaz de impedírtelo.

Marco Aurelio también se manifiesta notablemente respetuoso con cuanto sucede en el ancho mundo y llega a preocuparse incluso por las circunstancias que operan más allá de los límites del Imperio que gobierna. El estoicismo antiguo contiene un pujante elemento de cosmopolitismo, y Marco Aurelio lo explicita a las mil maravillas: «Mi naturaleza es racional y sociable. Mi ciudad y mi patria, en tanto que Antonino,[79] es Roma, pero en tanto que hombre es el mundo».

Es posible que el factor que más contribuya al contemporáneo atractivo de Marco Aurelio sea el de su honda humanidad. Aunque nos habla muy a menudo de la necesidad de comportarse con valentía y temple viril, también admite sus propias debilidades. Le cuesta levantarse de la cama por las mañanas. Sabe que su posición es fuente de tentaciones, como la pompa, la falsedad y las adulaciones de la vida cortesana, y se esfuerza constantemente en combatirlas.

No obstante, su mayor defecto es la ira. Marco Aurelio confiesa sin tapujos y en repetidas ocasiones que le cuesta mucho controlar su fuerte temperamento. Juzga que las personas con las que tiene que trabajar son una inacabable fuente de desilusiones a causa de su carácter superficial y de sus vicios. Sin embargo, sabe que debe sobreponerse a la decepción y atajar su cólera.

En resumen, Marco Aurelio no parece tener nada en común con esas estatuas inertes y distantes en que tal vez se hayan convertido algunos de los personajes que conocemos y admiramos. No nos habla desde el pedestal de una obra de arte recluida en un museo, sino como consejero, e incluso como amigo.

CÓMODO

Marco Aurelio expiró en el mismo sitio en el que había pasado buena parte de sus últimos años: en la frontera danubiana de Roma, probablemente en la ciudad de Sirmio o sus alrededores. Falleció el 17 de marzo del 180, a poco más de un mes de su cincuenta y nueve aniversario. Marco Aurelio padecía una enfermedad, posiblemente la viruela, aunque quizá se tratara de un cáncer. Una de nuestras fuentes sostiene que, si bien son ciertas las dolencias de Marco Aurelio, lo que sucedió fue que sus propios médicos acabaron con su vida a fin de ganarse el favor de Cómodo, que también se encontraba en el frente. El historiador antiguo que así lo asegura afirma haber obtenido esa información de una autoridad de confianza, pero no podemos tener la seguridad de que sea efectivamente así. Tras procederse a la cremación del cadáver del emperador, sus cenizas fueron llevadas de nuevo a Roma para ser enterradas en el mausoleo de Adriano.

Si Marco Aurelio había abrigado la esperanza de que la creación de dos nuevas provincias fuera la obra política de su vida, hemos de concluir que su empeño fracasó. Su hijo y sucesor prefirió hacer las paces con los germanos y retirarse a Roma. Con todo, Marco Aurelio había infligido al enemigo los daños suficientes para conseguir que Roma disfrutara de más de cincuenta años de paz en

la frontera norte. Como también se ha dicho de varios de quienes precedieron a Marco Aurelio en tan alto puesto de mando, la comunidad romana quedó «abatida por la muerte de su buen líder», según la expresión de uno de sus antiguos admiradores.

Con el tiempo, las fuentes de la antigüedad, que nos transmiten en realidad el punto de vista del Senado y las élites romanas, recordarán a Marco Aurelio con un afecto más que notable. Estas son las palabras de uno de esos autores: «Mostró poseer todas las virtudes y un carácter guiado por los dioses. Salió siempre al paso de las calamidades públicas como el buen defensor de una ciudadela. Y lo cierto es que, de no haber nacido en esta época, lo más probable es que el Estado romano en pleno se hubiera desplomado como cae un solo hombre».

Indiscutiblemente, Marco Aurelio fue a un tiempo el más humanitario de los emperadores romanos, y, gracias a sus propios escritos, también el más humano. Sin embargo, no puede decirse que fuera el de mayor éxito. Aunque fuese un filósofo, nosotros hemos de juzgarlo como emperador.

A Marco Aurelio no le acompañó la buena fortuna, ni por el período en el que le tocó vivir ni por la preparación con la que hubo de afrontarlos. Tuvo muy mala suerte en todas las crisis que se vio obligado a encarar. De hecho, en toda la historia de Roma fueron muy pocos los emperadores que toparon con problemas tan graves como los que él hubo de lidiar. Marco Aurelio carecía tanto de los conocimientos técnicos como de la experiencia que precisa todo emperador.

Pese a todo, nuestro protagonista es un brillante ejemplo de que una persona de principios, que se atenga con rigor a la disciplina intelectual y posea un marcado sentido del deber, puede crecerse ante las dificultades. La época de Marco Aurelio iba a constituir un punto de inflexión en el curso de la historia romana. Uno de sus contemporáneos lo explicaría de forma meridiana al señalar que la muerte del emperador filósofo había determinado que a «un reinado de oro le siguiera otro de hierro y óxido». Puede parecer extraño concebir como áurea una era dominada por las guerras y las enfermedades, pero es claro que en ella se aprecia el doble resplandor del benevolente carácter de Marco Aurelio y del respeto

que mostró al Senado (algo que siempre ha resultado de suma importancia para las fuentes educadas en la élite); un brillo que destaca aún más cuando se compara su época con la que se abrió tras él.

Marco Aurelio fue el primer emperador en ochenta y dos años cuya sucesión no quedó encomendada a un hijo adoptivo. Quien lo sustituyó en el poder fue, por el contrario, un descendiente biológico, lo que convierte a Cómodo en el primer emperador de la historia de Roma nacido para ocupar el trono. Ninguno de sus predecesores había sabido antes de la adolescencia que estaba destinado a gobernar. Cómodo, en cambio, dio siempre por supuesto que le esperaba el más elevado cometido. Y eso podría explicar que abusara más tarde de su autoridad.

Al transformarse en emperador, Cómodo tenía apenas dieciocho años, y obviamente se comportó como un muchacho al que se libera súbitamente de la carga de un padre que había establecido un precedente de austeridad y responsabilidad de una altura realmente imponente. Desistió de continuar la guerra que habían estado librando en el norte y se avino a una paz negociada. Regresó a Roma y, una vez allí, dejó las riendas de la gobernación en manos de terceros y se lanzó de lleno a actividades opuestas a las filosóficas: los deportes de sangre. Siendo un joven de buena forma física, atractivo y vanidoso, Cómodo se identificó inmediatamente con el semidiós Hércules. Le enorgullecían sus dotes de gladiador, y lo cierto es que llegó a luchar en el coso.

Cómodo conservó la popularidad de que gozaba en el ejército pagando generosas primas a sus integrantes, y se granjeó igualmente las simpatías del pueblo mediante la frecuente organización de juegos (aunque para pagarlos tuviera que gravar a los senadores y devaluar la moneda). Sin embargo, las élites romanas no estaban dispuestas a aguantar a un bruto decadente que además de amenazarlos con la muerte y con arrebatarles sus propiedades constituía un insulto para su sentido de la dignidad. Varias conspiraciones se propusieron asesinarlo, pero, tras su fracaso, todas tuvieron que enfrentarse a una atroz represión. Al final surgió una conjura, capitaneada por su amante y los oficiales más próximos a él, que logró su objetivo. A requerimiento de los

juramentados, el compañero que se entrenaba con él en la lucha, que era gladiador, lo estranguló mientras tomaba un baño, la víspera de Año Nuevo del 192.

La gobernación de la familia de Marco Aurelio llegaba de este modo a su fin. Esta circunstancia, unida al hecho de que hubieran transcurrido ya doce años desde que la muerte de Marco Aurelio pusiera término a la edad de los cinco emperadores buenos, vendría a recordar a todos la gran fragilidad del sistema imperial. Como bien había descubierto Marco Aurelio por experiencia propia, existían fuerzas ajenas a la capacidad de control de Roma que constituían un constante peligro; fuerzas como la derivada de la presión migratoria de los diferentes pueblos bárbaros asentados al otro lado de la frontera, a cientos de kilómetros de los límites septentrionales del imperio; como las que brotaban en forma de epidemia en remotos parajes para irrumpir después en los dominios de los césares; o aun como las debidas al recurrente desafío de las ambiciones dinásticas partas.

El reinado de Marco Aurelio también consiguió que los romanos volvieran a tener presente que, en esencia, su imperio era una monarquía militar. Con independencia de que un emperador pudiera promulgar un gran número de prudentes edictos y leyes ilustradas, y al margen de que el gobernante de turno acertara a mantener buenas relaciones con el Senado, lo cierto era que, en último término, la cabeza del Imperio se hallaba en manos del ejército. Jamás hubo emperador alguno que se hallara libre del peligro de una rebelión o un golpe de Estado. Y nunca hubo una sola frontera que se revelara capaz de conservar su solidez sin un jefe competente en primera línea y un ejército fuerte y bien pertrechado para defenderla.

Sentar a un filósofo en el trono había sido una bendición, sobre todo teniendo en cuenta que el pensador en cuestión había revelado ser un hombre lo suficientemente versátil como para transformarse en un buen general. Sin embargo, los tiempos exigían haber dispuesto de un gobernante capaz de analizar de forma implacable el carácter de los miembros de su familia. Un individuo de temple más duro quizás hubiese apartado del poder a un hijo como Cómodo y elegido sucesor a una persona con mejores dotes (a su

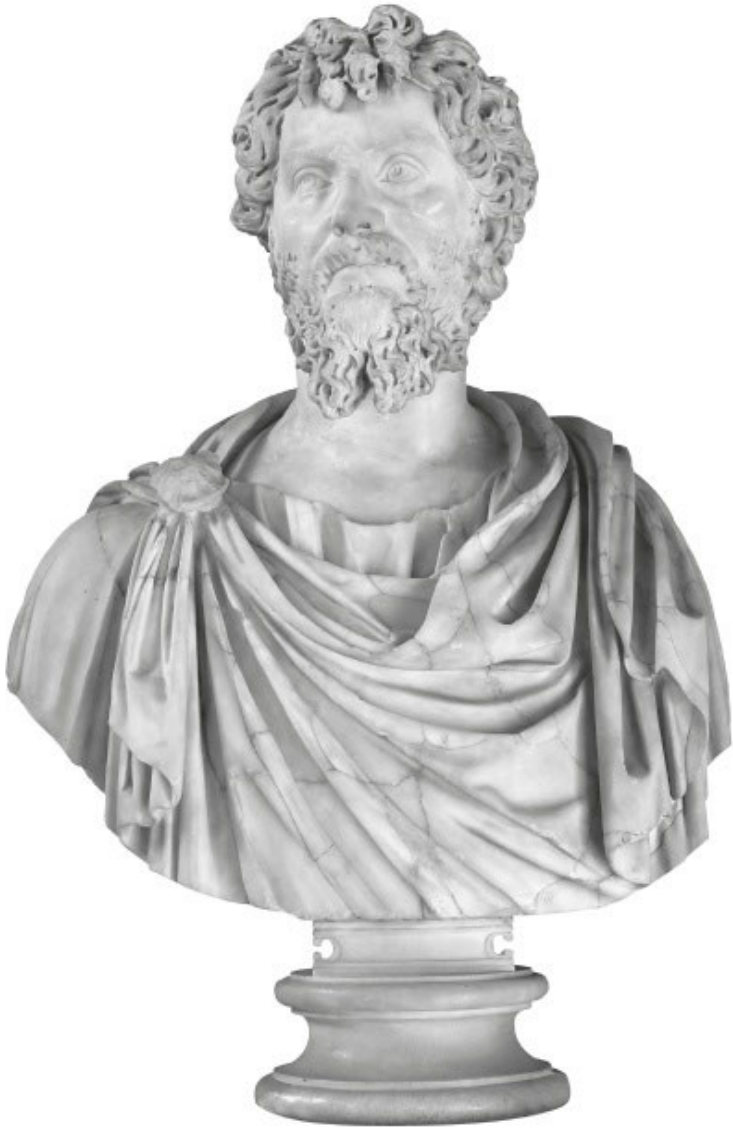
yerno Pompeyano, pongo por caso). Sin embargo, una decisión de ese calado podría haber encendido fácilmente la chispa de una guerra civil. La flexibilidad del sistema dinástico romano tenía sus límites.

De hecho, la contienda fratricida acabaría estallando de todos modos tras la farsa de Cómodo. El choque, largo y sangriento, acabó aupando al trono a un hombre de talla, aunque no tuviese la amplitud de miras de Marco Aurelio. Sería necesario aguardar más de un siglo para asistir a la reaparición de una figura de tanta altura. Y en ese dilatado período de tiempo iba a encadenarse tal serie de desastres que los buenos años disfrutados entre el ascenso de Nerva y la muerte de Marco Aurelio acabarían difuminados como un lejano recuerdo, por no decir un mito.

Capítulo 8

Septimio Severo

el africano



Busto de Septimio Severo. © Kamira/Shutterstock

A veces se da al 193, es decir, al año inmediatamente posterior al asesinato de Cómodo, el nombre de «año de los cinco emperadores». Dicho período aparece marcado por la primera guerra civil que Roma se veía obligada a padecer en más de un siglo. Durante casi

ciento veinticinco años, la sucesión al trono se había revelado relativamente pacífica, aunque no siempre fuese la más adecuada. Sin embargo, desde el llamado «año de los cuatro emperadores», en el 69, nadie había tomado las riendas del poder marchando sobre Roma. Con todo, si la comparamos con la vivida en el 193, la conmoción del 69 presenta perfiles bastante menos virulentos. Si, tras el fallecimiento de Nerón, el cambio de dinastía se había zanjado en dieciocho meses, la restauración de la paz, una vez desaparecido Cómodo, iba a necesitar nada menos que cuatro años, lo que significa que los combates se prolongaron hasta el 197.

Al final, Roma se encontró con un nuevo gobernante: Septimio Severo. Su reinado contiene elementos paradójicos. Se trataba de una persona egocéntrica, de carácter grosero y tosco, que sin embargo sabía conducirse con astucia y desenvoltura. Pese a no ser ningún soldado profesional, Severo militarizaría el gobierno hasta extremos que ninguno de sus predecesores se había atrevido a alcanzar. Unió las reformas jurídicas de índole progresista con una política interior basada en el comportamiento autocrático y en la realización de purgas, mientras que su acción exterior se caracterizó por la declaración de una larga serie de guerras extremadamente onerosas para las arcas del Estado. Su ascenso al poder también supuso el inicio de una nueva fase en la historia étnica de Roma, y posiblemente también en su evolución racial. Severo fue el primer gobernante africano del Imperio, y fundó una dinastía que también habría de poner en el trono a los primeros emperadores oriundos del Oriente Próximo.

VENIDO DE ÁFRICA

Lucio Septimio Severo nació el 11 de abril del 145, en la ciudad de Lepcis Magna,[80] en la costa mediterránea de lo que hoy es el oeste de Libia, a unos 130 kilómetros de la actual Trípoli. Era una de las mayores ciudades del África romana. Se vivía en ese momento el punto culminante de la paz establecida en tiempos de Antonino Pío, y África participaba plenamente de esa prosperidad.

Lepcis era una urbe antigua, un rico eje comercial fundado por emigrantes venidos de Fenicia (el presente Líbano), aunque también habían intervenido algunos grupos de bereberes libios autóctonos. Cartago se había hecho con el control de la población hasta su destrucción a manos de Roma. Y, en la fecha en que nació Severo, Lepcis llevaba ya trescientos años en manos romanas.

Una élite latinizada gobernaba la ciudad, pero muchos de sus integrantes, como el propio Severo, tenían antepasados que hablaban púnico, una lengua semítica estrechamente emparentada con el hebreo y el arameo que no solo se utilizaba en Cartago sino también en Fenicia. Severo dominaba el púnico, además del griego y el latín. En Roma se burlarían de su acento provinciano. La familia de su padre era rica y contaba con magníficas relaciones en Roma, dado que entre sus contactos figuraban dos senadores. Aunque es probable que la rama paterna de sus ascendientes tuviera sus raíces en la aristocracia local, la posición de sus miembros mejoró al convertirse Lepcis en colonia por decreto de Trajano, ya que ese título confería a todos sus habitantes libres los derechos asociados con la ciudadanía romana.

El padre de Severo, Publio Septimio Geta, no se dedicó a la carrera política. Por desgracia, de su madre, Fulvia Pía, apenas sabemos nada. Además de Severo, había tenido otros dos hijos con su marido, un chico y una chica, y los dos lograrían elevarse a las más altas esferas del firmamento imperial, como el mismo Severo. No sabemos si fue Fulvia Pía o no la que formó y espoleó a sus hijos con el fin de que alcanzaran más tarde esos rutilantes éxitos, aunque desde luego esa era la actitud de muchas madres romanas (en ese aspecto solo podemos hacer conjeturas). Es probable que sus antepasados fuesen colonos italianos que acabaron concertando matrimonios con personas distinguidas de la localidad. También es posible que estuviese emparentada con Cayo Fulvio Plauciano, un amigo de la infancia de Severo. Severo y Plauciano mantuvieron siempre una relación basada en la confianza mutua. Hay rumores que sostienen que hubo un tiempo en que fueron amantes, pero eso es justamente lo que se espera que digan las habladurías romanas. Como ya sucediera con Augusto y Agripa, ambos colaboraron toda la vida, aunque, a diferencia del dúo que los había precedido, su amistad no tuvo un final feliz.

Severo fue el primer emperador romano venido de África. Por este motivo cabe preguntarse: ¿acaso fue también el primer emperador negro de Roma? No lo sabemos, pese a la gran cantidad de pruebas de la época que han llegado hasta nosotros. Una fuente escrita asegura que tenía la piel oscura, pero el texto es varios siglos posterior al período en el que vivió Severo y además puede demostrarse que se equivoca en otras cuestiones. Una imagen coetánea del emperador muestra que su tez era efectivamente atezada, pero se trata de un caso aislado, y además pertenece a una tradición egipcia que tendía a representar a los hombres con la piel muy morena y a las mujeres con el cutis extremadamente claro. Es posible que los antepasados de Severo hubieran contraído matrimonios mixtos –con uniones entre personas procedentes de Italia, el Oriente Próximo y tal vez la propia Berbería libia–, pero se trata de una simple especulación. Como acostumbra a suceder, las fuentes antiguas no nos aportan el dato que nos gustaría conocer.

En vida de Severo, el África romana vivía sus mejores tiempos, ya que había comenzado a destacar por su importancia un siglo antes, igual que Hispania. En torno al año 200, cerca del 15 % de los caballeros y senadores conocidos procedían de África. En esta época, los italianos ya habían dejado de ser el grupo dominante del Senado, dado que la institución contaba con representantes del conjunto del Imperio.

Nadie simboliza mejor este cambio que el historiador Dion Casio, que vivió entre los años 155 y 235. Dion, que era senador e hijo de otro senador, poseía una villa en la península itálica, pero había nacido y crecido en la ciudad de Nicea (en las inmediaciones de lo que hoy es Estambul), en la que se hablaba griego. Sin embargo, el griego Dion se sentía totalmente romano, cosa que es en sí misma una indicación del notable éxito con el que Roma lograba integrar a sus élites provinciales. La historia romana fascinaba a Dion, que terminaría dedicando veintidós años de su vida a la elaboración, en lengua griega, de un vasto retablo histórico del Imperio en ochenta tomos. Las partes de la obra que refieren lo sucedido a finales de la República y principios del Imperio han llegado sin lagunas hasta nuestros días, pero del período que va desde el año 41 al 229 apenas tenemos otra cosa que un versión posterior y muy abreviada. Dion conoció personalmente a Severo, y tenía opiniones

encontradas sobre su persona. Admiraba la inteligencia del emperador, así como su laboriosa dedicación al trabajo, su buen juicio y su frugalidad, pero deploraba el trato que dispensaba al Senado. No obstante, dado que Dion creía que Roma había entrado en una fase de declive, es posible que ponderara todos los factores y se mostrara finalmente dispuesto a pasar por alto los defectos de Severo.

El futuro emperador se había educado en Lepcis, tanto en griego como en latín. Su formación de colegial llegaría a su fin con un discurso público pronunciado a los diecisiete años. A diferencia de Marco Aurelio, Severo no prolongaría su educación más allá de esa instrucción fundamental, y fue una omisión que siempre lamentó. Dion sostiene que se trataba de un hombre de pocas palabras que sin embargo concebía un gran número de ideas. Severo era una persona meditabunda, astuta y bien capacitada para la estrategia. Y, pese a lucir una espesa y larga barba, tenía mucho más de hombre de acción que de filósofo.

No obstante, Dion también afirma que, de vez en cuando, Severo trataba de encontrar tiempo para estudiar, primero durante una pausa en su carrera política en la que pasó una temporada en Atenas, antes de acceder al trono, y más tarde, siendo ya emperador, al asistir periódicamente por las tardes a diferentes debates en latín y griego. En último término, su erudición le permitiría al menos publicar su autobiografía. Según parece, esas memorias iban dirigidas a todo tipo de personas y no solamente a los lectores cultos. Pese a que no haya llegado hasta nosotros una sola palabra de ese escrito, las indicaciones que se han conservado en otras fuentes sugieren que el libro incluía sueños y augurios, así como varias crónicas bélicas. No debemos subestimar la importancia que tenían los presagios a juicio de quienes ejercían cargos públicos de relevancia, ya que, entre otras cosas, contribuían a legitimar la posición de cualquiera que hubiera usurpado el trono.

Severo sentía una especial pasión por las leyes. Se dice que, siendo todavía un muchacho, se entretenía con juegos en los que simulaba ser juez. Una vez elevado a la dignidad imperial dedicaría periódicamente las mañanas de las épocas de paz a la celebración de vistas judiciales. Sus juristas iban a desempeñar un papel crucial

en la codificación del Derecho romano. A pesar de que, por regla general, Severo tendiera a favorecer a los militares, también auparía al cargo de prefecto del pretorio a uno de sus mejores hombres de leyes.

Desde el punto de vista físico, Severo era un individuo fuerte, aunque de corta estatura. Tenía el cabello rizado y la nariz pequeña. Se asegura que era perfectamente capaz de realizar las tareas más duras.

Sabemos con certeza que Severo era un hombre ambicioso. Y con el tiempo se observarían en él otras cualidades. Fue un emperador dinámico y curioso que desde luego no se mordía la lengua. Tenía el ingenio muy despierto y un carácter decidido. Era persona de fuerte temperamento, y en ocasiones podía resultar violento. Sus críticos lo consideraban falso y despiadado, pero Severo no tenía mala opinión de sí mismo.

Se instaló en Roma a los dieciocho años. Uno de sus primos, que era senador, se las arregló para que él y su hermano también pasaran a formar parte de la institución. Marco Aurelio se hallaba entonces en el trono, y dejó una huella imborrable en el joven Severo.

En muchos aspectos, la carrera política de Severo fue la que acostumbraban a seguir característicamente todos los jovencitos de las élites romanas que ansiaban ascender en la escala social. Ejerció en Roma y en las provincias varios cargos importantes, tanto políticos como administrativos, y llegó incluso a pasar dos breves temporadas como comandante de la legión de Siria y gobernador de la Galia noroccidental. En el 190, habiendo cumplido ya los cuarenta y cinco, consiguió que se le nombrara cónsul. Un año después se convirtió en gobernador de la Panonia Superior, una estratégica provincia fronteriza situada a orillas del Danubio. Marco Aurelio había instalado en ella su cuartel general durante algunos de los períodos de las guerras que hubo de librar en la zona, y parte de las Meditaciones vieron la luz en esa misma región. En el tiempo en que ejerció el cargo de gobernador en Panonia, Severo tuvo tres legiones bajo su mando, lo que significa que estuvo al frente de unos ocho mil hombres, aproximadamente. Eso lo convertiría en un personaje sumamente importante al derrumbarse el gobierno central, aunque también dispuso de la ayuda de una compañera

inteligente, capaz y bien relacionada.

LA MUJER DE SIRIA

Es probable que, en su juventud, Severo fuera muy aficionado a las grandes juergas. Compareció incluso en un juicio, acusado de adulterio, pero logró defenderse y salir del paso. Tras aquel episodio contraería matrimonio con una mujer del África romana que pertenecía a una estirpe de ciudadanos del Imperio y ascendencia púnica. Sin embargo, esta esposa falleció poco después, evidentemente sin hijos, con lo que Severo quedó viudo. Pero en esta ocasión iba a buscar en Oriente la novia adecuada para su siguiente enlace.

En el 185, Severo se casaba con Julia Domna. La joven había nacido en el seno de una familia rica y poderosa de Emesa (la actual Homs), una próspera ciudad siria cuya población tenía raíces árabes. Julia Domna contaba entre sus antepasados a varios de los hombres que habían gobernado la urbe antes de que Roma se la anexionara. Su padre era un sacerdote de la deidad local, Elagábalo, que significa literalmente «dios de la montaña». Este culto representaba a la divinidad en forma de una piedra cónica negra y la custodiaba en uno de los templos de la ciudad. La lengua materna de los miembros del linaje de Julia Domna era el arameo, aunque manejaban el griego como segundo idioma, y desde luego gozaban de la ciudadanía romana.

Si en épocas pasadas los varones ambiciosos de Roma deseaban entroncar matrimonialmente con la vieja nobleza republicana, ahora anhelaban casarse con las familias destacadas de Oriente. No solo provenían de ellas los administradores del Imperio y los senadores romanos, también se trataba de clanes capaces de ofrecer ricas dotes a sus hijas, cosa que sin duda debió de hacer el padre de Julia Domna.

Julia era una mujer bellísima. Según una teoría no exenta de componentes especulativos, pudo haber sido incluso la modelo que

posó para la Venus de Milo, la célebre estatua de mármol que hoy puede contemplarse en el Museo del Louvre de París. Sea como fuere, lo cierto es que existe un gran número de efigies e imágenes numismáticas de su persona. Todas ellas nos muestran que tenía un rostro ancho y una frondosa cabellera ondulada que ella dividía en dos para echarla hacia atrás. En algunos casos, los retratos muestran que a veces se recogía el pelo en la nuca con una trenza. Es probable que también utilizara postizos de diferentes tipos para completar su peinado.

Julia Domna conocía los entresijos del poder y le gustaba ejercerlo. Y, como habría de comprobarse de inmediato, también era una mujer sumamente fértil. Al dar dos hijos a Severo, es muy probable que su prestigio y su influencia aumentaran a los ojos de su esposo. Gracias a ella, la familia de los Severos tendría la oportunidad de fundar una dinastía: la de la primera casa reinante de origen libio-siríaco.

Era, además, una mujer culta. Hablaba latín además de arameo y griego, aunque probablemente con menor fluidez. Al convertirse en emperatriz, se rodeó de un amplio círculo de intelectuales, entre los cuales es muy probable que hubiera filósofos, matemáticos y juristas. Uno de ellos, un hombre de letras griego[81] que se había afincado en Roma, dio a Julia Domna el título de «la Prudente» o la «Filósofa». A instancias de la propia Julia Domna, ese pensador escribiría un libro sobre un colega suyo del siglo I que había realizado milagros y que era griego igual que él. La obra, que expone ideas de carácter conservador, viene a ser una especie de guía para los príncipes (o, en este caso, para las princesas).

En resumen, Julia Domna era un espléndido partido, y no sería de extrañar que Severo estuviera enamorado de ella. No hay duda de que sus talentos iban a ayudarle mucho en las pugnas que se avecinaban.

EL AÑO DE LOS CINCO EMPERADORES

En el 193, el año de los cinco emperadores, Roma vivía la primera guerra civil en ciento veinticuatro años, llamada a ser la más larga y violenta que hubiera padecido en más de doscientos veinticinco años. Sin embargo, pese a las tragedias de que vinieron acompañados, los difíciles meses del 193 no lograron zanjar las disputas. Iban a necesitarse cuatro años para asistir a la gobernación indiscutida de un emperador.

Todo comenzó el 31 de diciembre del 192, fecha del asesinato de Cómodo. Avisado de la conjura, Publio Helvio Pertinax quedó a disposición del Senado, listo para ser nombrado emperador la misma noche del magnicidio. Era un hombre de impecables credenciales profesionales y genealogía característicamente ajena al mundo aristocrático. Si nos propusiéramos ilustrar el hecho de que el Imperio constituía en ocasiones un modelo de sociedad repleta de oportunidades, resultaría extremadamente difícil encontrar un ejemplo mejor que el de Pertinax. Y tal como les sucede a muchos arribistas, también Pertinax se adaptó impecablemente a los modos y maneras de la clase social dominante, que en su caso era el Senado.

Pertinax era hijo de un liberto del noroeste de la península itálica. Inició su andadura como maestro de escuela, y más tarde, tras un primer intento fallido de acceder al puesto de capitán del ejército, obtuvo un cargo de oficial, poco antes de que Marco Aurelio iniciara su larga serie de guerras. Se distinguió por sus acciones en las fronteras del Rin y el Danubio, y también destacó después, siendo ya gobernador de Britania. La circunstancia de que se ganara los elogios de Marco Aurelio y la enemistad de uno de los secuaces de Cómodo es el mejor testimonio de su buen hacer.

Pertinax accedió al poder en plena madurez, dado que en el momento de ser nombrado emperador rondaba ya los setenta años. Lucía una larga barba, y en la efigie que lo representa en las monedas se observa que tenía el rostro marcado por las arrugas propias de la edad y las mejillas hundidas.

Una vez instalado Pertinax en el trono, muchos senadores quedaron convencidos de que el buen gobierno había regresado a Roma. Sin embargo, el nuevo dirigente reveló pronto su exceso de ambición, así que se enemistó inmediatamente con la guardia pretoriana.

Cómodo había dado vía libre a ese organismo, pero Pertinax se propuso restaurar la disciplina. Al encontrarse corto de efectivo, la cuantía de la prima que Pertinax ofreció a los pretorianos al acceder al trono fue inferior a la que habían solido conceder sus predecesores. La respuesta de la guardia consistió simplemente en asesinarlo. Apenas había ocupado tres meses el cargo.

Las violentas penalidades vividas poco antes se transformaron entonces en una simple farsa. Cediendo a un impulso de muy escaso decoro, dos senadores comenzaron a competir por los favores de la guardia, en ambos casos mediante la oferta de una jugosa bonificación. El mejor postor fue quien obtuvo el visto bueno para hacerse con el trono. Su nombre era Didio Juliano, el primer emperador impuesto por la guardia pretoriana desde que sus predecesores elevaran a Claudio al poder, hacía ya ciento cincuenta años. Didio Juliano era un gobernador provincial con amplia experiencia política, pero las circunstancias de su «nombramiento» le negaban toda credibilidad, incluso entre los propios pretorianos.

Acto seguido, las intrigas se trasladaron a las provincias, cuyas élites comprendieron súbitamente que el poder imperial se hallaba a su alcance. Tres gobernadores provinciales pusieron simultáneamente sus miras en el trono. Pescenio Níger, gobernador de Siria, se había apuntado un modesto éxito militar en la frontera del Danubio. De origen italiano, Níger contaba con el sólido apoyo del pueblo de Roma, pero por lo demás sus respaldos se encontraban en Oriente. Una vez proclamado emperador y con diez legiones dispuestas a marchar en su defensa, Níger buscó también la protección de los partos.

Clodio Albino era gobernador de Britania. Disponía únicamente de tres legiones en su provincia, pero se trataba de veteranos curtidos en mil batallas, y disponía asimismo de seguidores en la Galia. Al igual que Severo, también él era de origen africano (de la actual Túnez); y, a semejanza de Níger, había conseguido asimismo algunos éxitos militares en la región del Danubio. Sin embargo, al final decidiría favorecer a Severo. Este, que era un hombre muy astuto, confirió a Albino el título de César, convirtiéndolo de ese modo en su sucesor y enemistándole directamente con Níger.

Tiempo atrás, Severo había servido a las órdenes de Pertinax en

Siria, así que se consideraba obligado a vengar su asesinato. Doce días después de la eliminación de Pertinax, las tropas de Severo, acantonadas en el Danubio, lo proclamaban emperador. Al unirse a ese apoyo el de los soldados del Rin, Severo comprendió que contaba con la lealtad de dieciséis legiones. Marchó en dirección a Roma y, al aproximarse a la capital, el Senado emitió un voto favorable a su persona. Como era de esperar, Didio Juliano pereció víctima de un nuevo magnicidio. El nuevo gobernante entraba en Roma el 9 de junio, exactamente dos meses después de haber sido proclamado emperador y tras haber cubierto los casi dos mil kilómetros que separaban su provincia del centro neurálgico del Imperio. Uno de los puntos fuertes de Severo fue siempre su capacidad de responder con gran rapidez a los desafíos.

Severo se elevó así a la condición de Augusto, y es muy probable que por esas mismas fechas también proclamara Augusta a Julia Domna. Juró ante el Senado que jamás habría de ejecutar a uno solo de sus miembros. No obstante, también se presentó en Roma en compañía de su ejército, con lo que dejó meridianamente claro que su gobernación se basaba en la fuerza militar. Dion Casio nos describe en un pasaje memorable el momento en el que Severo hace su entrada en la capital:

El espectáculo resultó ser el más brillante que yo haya contemplado nunca, pues toda la ciudad se había engalanado con guirnaldas de flores y laurel. Habiéndose adornado asimismo con telas de ricos colores, la gente se iluminaba con antorchas y quemaba incienso; los ciudadanos, vestidos con ropas blancas y con el rostro radiante, proferían numerosos gritos deseándole toda clase de buenos augurios. También los soldados, con el porte marcial realzado por sus armaduras, transitaban por allí como si participasen en alguna procesión festiva; y, finalmente, nosotros, los senadores, caminábamos entre la multitud con los ornamentos de nuestra dignidad. La muchedumbre se apretaba en su ansia por verlo, por oírle decir algo, como si de alguna manera lo hubiese cambiado su buena fortuna; y algunos mantenían sobre sí a otros, para que desde aquella posición más elevada pudieran captar algún vislumbre de su persona.

¿Qué era lo que había hecho posible que alguien con tan pocos vínculos con la península como Severo se hubiera elevado a la más alta magistratura del Estado? La respuesta es muy sencilla: el hecho de que contara con dieciséis legiones, cuyos efectivos, por cierto, poseían todavía menos lazos con la península itálica que su propio comandante. La mayoría de ellos venían del norte de Europa. Los italianos habían acabado por emperezarse, acomodados como estaban al largo período de paz. Un autor de la época lo explica con toda nitidez: «Los hombres de la península, libres de armas y de guerras desde hacía tiempo, se dedicaban a las pacíficas labores de la agricultura».

Severo no permaneció demasiado tiempo en Roma, puesto que tenía que librar una guerra contra Pescenio Níger. También él era un hombre que sabía jugar sucio, así que se apuntó un tanto al apresar a los hijos de Níger para tenerlos de rehén mientras ponía a los suyos a buen recaudo. Se iniciaron así dos largos años de combates contra Níger en Oriente y, al final, Severo obtuvo la más absoluta de las victorias y Níger fue decapitado. A continuación, Severo atacó el territorio parto y creó una nueva provincia mediante la anexión de un estado fronterizo que todavía hoy permanece a caballo entre Siria y Turquía. De este modo consiguió vengarse de los partidarios de Níger, repartidos por la región, añadir un rico territorio al Imperio y contrarrestar las críticas de quienes le afeaban el hecho de que hubiera segado la vida de muchos de sus compatriotas durante la guerra civil. Sin embargo, no dudó en ejecutar a los hijos de Níger, a los que tanto tiempo llevaba reteniendo.

Era inevitable que un hombre tan despiadado como Severo terminara enemistándose con Clodio Albino, pese a que hasta la derrota de Níger lo hubiera estado respaldando. Los dos rivales se declararon la guerra, y las hostilidades llegaron a su punto culminante en la Galia, en un choque que a punto estuvo de costar la vida a Severo. Sin embargo, en última instancia sus tropas lograron imponerse y liquidar a Clodio. Severo envió su cabeza a Roma con la orden de que fuera exhibida en lo alto de una pica. El vencedor ejecutó asimismo a la esposa y los hijos de Clodio. A

principios de 197, la guerra civil llegaba a su fin.

Severo pudo así regresar a Roma, consciente tanto del precio que había tenido que pagar para hacerse con el trono y del apoyo que un buen número de senadores habían prestado a sus adversarios. Aunque perdonó la vida a treinta y cinco miembros del Senado, también mandó ejecutar a otros veintinueve, pese a que apenas unos años antes hubiera jurado no eliminar a ninguno. Sabemos además que en otras ocasiones también se desharía de otros diez senadores, cuando menos. Uno de sus contemporáneos compararía su reinado con el del sanguinario Tiberio, pero el propio Severo se equiparaba abiertamente con Cayo Mario, el brutal militar que acabaría oficiando de estadista en los últimos tiempos de la República, y con el dictador Sila (Lucio Cornelio Sila Félix). Con todo, es probable que guardara mayor parecido aun con Augusto, al que Severo también citará al hablar de sí mismo, ya que el primer emperador ordenó la muerte de más de un centenar de senadores antes de sentar la cabeza y ganarse una reputación de hombre respetable. Y, al igual que su ensalzado predecesor, también Severo había tenido que librar una larga y sangrienta guerra civil.

Para castigar a la guardia pretoriana por el papel que había desempeñado en el asesinato de Pertinax y en la subasta del trono al mejor postor, Severo ordenó ejecutar a unos cuantos centenares de miembros de ese cuerpo y despidió al resto. La tradición mandaba que el reclutamiento de los integrantes de la guardia se realizara en la península, pero Severo los sustituyó por legionarios de origen extranjero, igual que él, y es probable que muchos de ellos procedieran de la región del Danubio. A los ojos de los romanos, y especialmente de los nobles, los nuevos guardias eran simples salvajes.

Para colmo, Severo dobló las dimensiones de la guardia pretoriana, multiplicó por dos la dotación de las brigadas contra incendios de Roma y por tres los efectivos policiales; además, en el refuerzo de esos dos últimos cuerpos utilizó un conjunto de fuerzas paramilitares. Es posible que también incrementara el número de tropas especializadas –como las unidades de arqueros y espías, entre otras–, acantonadas en una guarnición situada en la parte suroriental de la ciudad. Además, Severo construyó al sur de Roma,

en los montes Albanos, en una población surgida junto a la Vía Apia, unas instalaciones destinadas a convertirse en el cuartel permanente de una de sus legiones. Edificado para durar, las ruinas de ese campamento todavía pueden verse, dispersas por el pueblecito de Albano Latino, justo a un lado de la carretera que lleva a la residencia veraniega de los papas.

Severo aumentó de forma muy notable el número de soldados acuartelados en Roma y sus alrededores, ya que, en total, hizo pasar su número de los 11 500 previos a su acceso al poder a unos 30 000. Su objetivo era de carácter militar, al menos en parte, ya que las nuevas fuerzas constituían el núcleo de la reserva móvil que Roma necesitaba con urgencia para poder responder con rapidez a los retos que estaban surgiendo en diferentes puntos de sus fronteras. Los emperadores de épocas posteriores insistirían mucho más en ese sentido. Sin embargo, los cambios promovidos Severo también tuvieron efectos políticos, ya que consiguieron que la capital tuviera la sensación de hallarse bajo una férula militar.

A juicio de Severo, todo Estado fuerte necesitaba un ejército igualmente vigoroso. Reclutó tropas y creó tres nuevas legiones, rebasando las treinta anteriores y elevando su total a treinta y tres, lo que implicaba disponer de medio millón de hombres, aproximadamente. En sus filas, la importancia de los soldados procedentes de la región danubiana y los Balcanes aumentó de forma muy considerable.

En términos generales, Severo favoreció al ejército. Concedió a las legiones su primer aumento de salario en más de un siglo. Permitió que los soldados contrajeran matrimonio, sabiendo que, de todas formas, era algo que la tropa ya venía haciendo desde hacía muchos años, contraviniendo las ordenanzas. El nuevo y recrecido ejército, dotado además de una mejor paga, suponía una onerosa carga para el Estado, así que, para atenderla, el emperador rebajó el contenido de plata de las monedas. Era algo que ya habían hecho Marco Aurelio y Cómodo, pero Severo devaluó todavía más el valor del dinero. A corto plazo, Roma tenía energías suficientes para encajar las tensiones económicas que esa iniciativa llevaba aparejada, pero las generaciones posteriores acabarían pagando esa inflación desbocada.

Severo se convirtió muy pronto en el más destacado defensor del expansionismo militar desde la época de Trajano. También en esto seguía en realidad los pasos de Marco Aurelio, aunque el emperador-filósofo no solo no había conseguido crear provincias nuevas, sino que únicamente había tratado de ampliar los límites del Imperio como respuesta a las agresiones que estaba sufriendo Roma. Severo carecía de esa excusa. Logró constituir dos nuevas provincias en Oriente, al otro lado del Éufrates. Y en África ensanchó los territorios de las provincias romanas haciendo descender sus límites meridionales. En Britania intentó conquistar la totalidad de la isla. Fue efectivamente un emperador capaz, y desde luego agrandó el Imperio, como proclama la inscripción que figura en el arco de triunfo que mandó erigir en la capital.

Lo irónico del caso es que Severo no tenía a sus espaldas una sólida carrera militar. Hasta el año 193, su biografía había transitado de forma casi exclusiva por la senda civil. Había estado al frente de varios ejércitos, pero solo en tiempo de paz, y no había combatido en ninguna guerra. Tenía más de burócrata que de soldado. Sin embargo, como ya le ocurriera a Marco Aurelio, las circunstancias lo obligarían a asumir el papel de combatiente, y desde luego puede decirse que lo hizo con entusiasmo. No obstante, a diferencia de Marco Aurelio, el bautizo bélico de Severo se produjo en una guerra civil y no en una contienda contra un enemigo extranjero. En consecuencia, Severo se convirtió en una suerte de caudillo romano, en ese tipo de militar de mano dura que tanta desolación ha causado en la moderna Latinoamérica. Aunque quizá la mejor analogía sea la que lo equipara con los gerentes generales de las empresas actuales, ya que lo que llevó a cabo fue en realidad una reestructuración, como hacen los ejecutivos que reorganizan implacablemente una compañía con el fin de mantenerla a flote.

Por violentas que resulten, las guerras civiles permiten que la gente traspase las barreras sociales. En torno al año 195, por ejemplo, el director de un colegio de la Galia consiguió hacerse pasar por senador romano, reunir un pequeño ejército de apoyo para Severo, obtener una gran victoria y vivir el resto de su vida con una pensión imperial. Se trata de un comportamiento estridente, por decirlo con suavidad, pero a Severo le gustaba esa clase de descaro.

En abril del 195, Severo hizo algo que ni siquiera sus más estrambóticos predecesores se habían atrevido a hacer: ¡se adoptó a sí mismo! No solo se declaró hijo de Marco Aurelio, sino que tomó la decisión sin respetar ni al Senado ni a nadie (y mucho menos a Marco Aurelio, que llevaba ya tiempo en el otro mundo). Severo modificó el nombre de su primogénito, Caracalla, y lo transformó en Marco Aurelio Antonino. También lo designó César, convirtiendo así a Caracalla –aquí nos limitaremos a identificarlo de ese modo– en su sucesor. Al mismo tiempo, Severo anunció la deificación de Cómodo, el hijo de Marco Aurelio, cosa que supuso un verdadero ultraje para los últimos enemigos de aquel granuja elevado a la dignidad imperial, cuya muerte no había lamentado ningún senador. Sin embargo, la soldadesca había idolatrado a Cómodo, ya que les pagaba muy bien, así que sin duda las tropas debieron de sentirse encantadas con la medida.

Un romano de humor mordaz tuvo la ocurrencia de felicitar a Severo por haber encontrado un padre en Marco Aurelio, un comentario que constituía a un tiempo un equívoco elogio y un claro ejemplo de afectación social, dado que la rechifla venía a subrayar la oscuridad del padre biológico de Severo. Pese a todo, el propósito de Severo era extremadamente serio, no un simple engañabobos. Los romanos querían confiar en la sucesión hereditaria, anhelaban la continuidad de la familia imperial. Preferían que el linaje se atuviera a los vínculos de consanguinidad, pero esos lazos tampoco constituían un requisito imprescindible. Si algo caracterizaba a los romanos era su carácter pragmático, así que aceptaron sin rechistar el gesto de Severo. La «adopción» que este había escenificado era una pura patraña, y a más de uno le costaría digerirla, pero la mayoría de la gente pensó que valía la pena pagar ese peaje a cambio de que la paz sustituyera a la guerra civil.

Por otra parte, Severo se encargaría de recordar constantemente a la población que el fundamento de su poder era de naturaleza militar. Por no señalar sino uno de los muchos signos que así lo atestiguan, valga mencionar el hecho de que confiriera a su mujer Julia Domna el título de Madre del Campamento, en memoria de Faustina la Menor, esposa de Marco Aurelio y madre de Cómodo, la única persona que lo había ostentado hasta entonces. Y lo que ese honor proclamaba era que Severo basaba su casa en el ejército y

que este era el verdadero hogar del emperador. De hecho, algunos legionarios llegarían a conocer personalmente a Julia Domna, dado que muchas veces acompañaría a Severo, tanto en las guerras que libró como en los viajes que hubo de efectuar, de Britania a Irak.

La influencia de Severo tuvo una notable repercusión en el gobierno de Roma. Ascendió a varios compatriotas africanos al rango senatorial, y a otros les otorgó la gobernación de algunas provincias o el mando de distintas legiones. También se ocupó de que el número de cargos administrativos de nueva creación dejara de recaer en los senadores y pasara, en cambio, a manos de los caballeros.

GUERRA, POLÍTICA Y ASESINATO

Julia Domna era una valiosa colaboradora de Severo en Roma, ya que actuaba como enlace con las élites del Mediterráneo oriental. Y en el 197 también iban a resultarle extremadamente útiles las buenas relaciones con que contaba su esposa en Oriente, ya que en esa fecha Severo tuvo que abandonar nuevamente la capital para reanudar la guerra contra los partos. Y también en esta ocasión Julia Domna habría de formar parte de la expedición.

Tres eran las razones que impulsaban a Severo a lanzar un ataque contra Partia. En primer lugar, debía tomar represalias por la invasión de los territorios romanos que habían protagonizado los partos aprovechando que él había tenido que marchar a Occidente para combatir a Clodio. En segundo lugar, quería cubrirse de gloria. Y, por último, es prácticamente seguro que el hecho de vérselas con el ejército le daba menos quebraderos de cabeza que lidiar con el Senado. Era la primera gran guerra de conquista en el extranjero que Roma libraba desde los tiempos de Trajano, y Severo no dejó nunca de recordar al pueblo que él seguía los pasos de tan distinguido predecesor.

Severo invadió Partia (Irak), saqueó su capital (en las inmediaciones de la actual Bagdad) y se anexionó la parte septentrional del país, a

la que dio el nombre de provincia de Mesopotamia. Volvió a crear con ello la provincia perdida de Trajano. Al igual que a este, también a Severo le resultó imposible apoderarse de una sola ciudad fortificada, ni siquiera tras dos asedios. Sin embargo, se declaró victorioso y adoptó el título de Pártico Máximo, lo que poco más o menos viene a significar: «gran vencedor de Partia».

Severo convirtió la captura de la capital parta en una oportunidad para la propaganda. Hizo coincidir la fecha de la hazaña –que él mismo fijó en el 28 de enero de 198– con el centenario del acceso de Trajano al trono. Severo decretó asimismo que ese día fuera oficialmente el del nombramiento de Caracalla como Augusto, o coemperador. En resumen, se dedicó a exprimir todo lo posible sus éxitos militares, a fin de no perder ni un ápice del provecho político que pudieran proporcionarle.

No obstante, debería haber elegido con mayor prudencia sus deseos. La nueva provincia de Mesopotamia desbordaba los límites del Imperio, y no precisamente para contribuir a los intereses de Roma. Un crítico de la época lamentará los gastos que había supuesto la empresa y el hecho de que esa reciente posesión tendiera a embarcar al Imperio en nuevos y peligrosos conflictos. Con todo, al regresar Severo a Roma en el 202, tras haber efectuado varios viajes más a Siria y una larga expedición a Egipto, el Senado le concedió en votación un triunfo. Sin embargo, él declinó su celebración, dado que padecía terribles dolores de gota y no podía mantenerse en pie en el carro triunfal.

La mala salud de Severo no le impediría recorrer el norte de África en compañía de su familia en 202 y 203; la gira incluiría por cierto un orgulloso acto de presencia en Lepcis, su ciudad natal. Severo patrocinó en ella un magnífico programa de renovación urbana, y mandó edificar una serie de monumentos de mármol que todavía hoy siguen en pie. En el 203, Severo y su familia regresaron a Roma, y una vez allí se entregaron a la materialización de un vasto proyecto de embellecimiento arquitectónico de la capital, amenizado con una profusión de actos festivos. Ese mismo año consagraron asimismo el recién levantado Arco de Severo y Caracalla, construido para conmemorar sus victorias en Partia.

Los arcos triunfales formaban parte de la mejor tradición romana,

pero Severo erigió el suyo en un punto muy poco convencional: cerca de los monumentos que honraban a Augusto, a fin de que la gloria de su predecesor aureolara también su propia imagen. Además, los bajorrelieves labrados en esa gran puerta de mármol blanco representan escenas de victorias militares obtenidas por medios insólitamente explícitos y brutales, lo que diferenciaba al monumento de todos los arcos triunfales anteriores. Como tantas otras veces, Severo vuelve a demostrar aquí que vivía a caballo entre el elegante y refinado pasado de Roma y su violento presente. De ese modo daba en manifestar que, si por un lado la victoria en la guerra civil le había permitido hacerse con las riendas del Imperio, el triunfo que acababa de lograr en una contienda extranjera justificaba por otro la continuación de su dinastía. Le enorgullecía saber que había expandido el Imperio.

Otro de los planes arquitectónicos de Roma se centraría en la reconstrucción de los templos que habían sido arrasados por las llamas en un incendio. Con ello no solo se embelleció tremendamente el palacio imperial, también se levantó una fachada independiente en las inmediaciones de la residencia. En esa obra podía verse a los miembros de la familia imperial rodeados de los siete planetas entonces conocidos, como queriendo indicar que el propio cielo veía con aprobación el ascenso de la nueva dinastía.

Hubo también otras celebraciones, aunque de entre ellas destacan los juegos seculares del 204, con los que se señaló el hecho de que Roma hubiera venido a cumplir, aproximadamente, un siglo más de historia. Estamos aquí ante un gesto en el que de nuevo resuenan los ecos de Augusto, ya que él fue el primer emperador en organizar actos de ese tipo. No obstante, Severo añadió un toque inédito a los festejos, al asociar con Roma la expresión de «Ciudad Santa», cuyo empleo comienza justamente en esta época. El título de «Ciudad Eterna» se remontaba a los tiempos de Augusto, y por otra parte ya se había dado anteriormente a varios emperadores la calificación de «sagrados». Por consiguiente, la vinculación de la capital con esa doble idea de santidad y sacralidad surgió con toda naturalidad, como una simple consecuencia lógica. Pese a que, en nuestros días, la designación de Roma como tal Ciudad Santa guarde relación con el cristianismo, lo cierto es que fue originariamente un término pagano.

Con todo, a quien realmente se parecía Severo era a Tiberio, más que a Augusto, ya que no en vano se mostró dispuesto a delegar buena parte de su poder en Cayo Fulvio Plauciano, el prefecto del pretorio. Como ya hemos visto, Plauciano era íntimo amigo del emperador, al que conocía desde la infancia, y su mano derecha. Lo había acompañado en todos sus viajes, pero el tiempo revelaría que no era un hombre en el que se pudiera confiar.

A semejanza de Sejano, el prefecto del pretorio carente de escrúpulos al que conocimos en tiempos de Tiberio, también Plauciano se afanaría en cimentar y acrecentar su propio poder con el fin de elevarse en último término al más alto peldaño de la nación. Además de dedicarse sin descanso a establecer una densa red de relaciones, tanto en las filas del ejército como entre la población civil, Plauciano consiguió amasar una fortuna, lo que a su vez le permitiría granjearse nuevas amistades y obtener la influencia necesaria para ejecutar a sus enemigos. Y, como colofón, no paraba de hablar pestes de Julia Domna. Plauciano alcanzó la cima de su poder en el 202, al casar a su hija, Fulvia Plautila, con Caracalla, que por entonces contaba apenas catorce años. Plauciano abrigaba la esperanza, como mínimo, de que su nieto lograra acceder un día al trono, pero, si acertaba a jugar bien sus cartas, podría deshacerse de Caracalla y suceder él mismo a Severo. Tanto Caracalla como su madre temían a Plauciano y a su familia, a los que odiaban, así que el matrimonio no fue en modo alguno feliz.

Sin embargo, Plauciano tentó demasiado a la suerte. En las carreras de carros que se celebraban en Roma, las masas se desgañitaban en protesta de su desmedida ambición. Entre otras cosas, estaba permitiendo que las estatuas de bronce de su persona superaran en número de las de Severo. El emperador acabó por darse cuenta del detalle y ordenó arrojar unas cuantas a los hornos de fundición. En el 205, hallándose a punto de expirar en su lecho de muerte, el hermano de Severo advirtió severamente al emperador de que se cuidara de los manejos de Plauciano. Por último, ese mismo año, Caracalla, cumplidos ya los dieciséis, logró atacar a Plauciano, al que acusó de conspirar contra la vida del emperador.

El 22 de enero del 205, Caracalla ordenaba ejecutar en el palacio imperial de Roma al arrogante prefecto del pretorio. Después

mandó llevar un mechón de la barba de Plauciano al aposento de la residencia en la que aguardaban noticias su esposa –hija del ajusticiado– y su madre, Julia Domna. «¡Aquí tenéis a vuestro Plauciano!», aulló el enviado, provocando el horror de una mujer y el regocijo de otra. Acto seguido, Caracalla se divorció de Plautila y la envió exiliada a una lejana isla.

Esta sórdida venganza ha dejado rastro en un monumento, frecuentemente pasado por alto, de una tranquila calle de Roma.[82] En ella se yergue el arco de mármol que los tratantes de ganado y los banqueros que los atendían consagraron en el 204 en señal de tributo a Severo por el décimo aniversario de su ascenso al trono. Venía a ser un gesto equivalente al de las donaciones de campaña que los empresarios acostumbran a efectuar en algunos países, como Estados Unidos, ya que se trataba en realidad de un obsequio sufragado por un grupo comercial y destinado a honrar a la familia imperial (indudablemente con la esperanza de obtener a cambio algún favor, como por ejemplo una reducción de impuestos).

La piedra del monumento aparece minuciosamente labrada, y en su decoración, un tanto recargada, aunque muy correcta, se entremezclan varios temas. Vemos en los relieves diversos emblemas de la legión, águilas imperiales, prisioneros de guerra, la figura de Hércules –el héroe protector del mercado ganadero–, apoyado en su maza y revestido de la piel del león de Nemea cobrada en su primer trabajo, rebaños de animales conducidos por pastores y una profusión de hachas y cuchillos destinados al sacrificio de las reses. Las imágenes de mayor tamaño son las que muestran a la familia imperial: desde su elevada posición y en tosca pose frontal, Severo y Julia Domna contemplan al espectador desde uno de los relieves del montante interior del arco. El emperador, revestido de la toga, se dispone a consumar un sacrificio, y Julia Domna sostiene un símbolo que acredita su papel de Madre del Campamento. Frente a la pareja se encuentra su hijo mayor, Caracalla, igualmente enfrascado en realizar sacrificios a los dioses.

Si observamos con atención la escena percibiremos los indicios del violento borrado de algunas tallas. En origen, el trabajo del escultor incluía las efigies de la esposa y el suegro de Caracalla, Plauciano, además de la de Geta, el benjamín de Severo. Sin embargo, al cabo

de un tiempo las figuras fueron eliminadas, lo que indica que los representados habían caído en desgracia, aceptado un exilio forzoso o perecido a manos de sus asesinos.

CARACALLA

En el año 208, Severo, Julia Domna, sus hijos y buena parte de su entorno partieron en dirección a Britania con la doble esperanza de librar una última campaña de conquista y de hallar ocasión de reconciliar a los dos herederos al trono, enzarzados en una sorda enemistad. Los dos hijos de Severo competían a tal punto entre sí que, en una carrera de carros con su hermano pequeño, Caracalla cayó al suelo y se rompió una pierna. Tras el incidente amenazó con matar a Geta.

Al parecer, Severo juzgó que el aviso de Caracalla iba en serio. Hay autores que piensan que, si el emperador consideró oportuno llevar a cabo una empresa militar en una remota provincia, haciendo caso omiso de su estado de salud –tan delicado que tenían que llevarlo al frente en una litera cubierta–, fue con la idea de distraer de sus disputas a los dos muchachos. Pero su optimismo resultó ser vano, ya que Caracalla no solo continuó amenazando a Geta, sino que, en un momento dado, durante un trayecto en el que iba cabalgando junto a Severo para parlamentar con el enemigo en Caledonia (la actual Escocia), Caracalla se atrevió a levantar la espada contra el mismísimo emperador. Los hombres que defendían a su padre se apercibieron a tiempo del mal gesto y lanzaron un grito tremendo con el que consiguieron detener a Caracalla. Más tarde, al regresar al cuartel general, el emperador abroncó a su hijo, pero no dictó ningún castigo. Severo había culpado muchas veces a Marco Aurelio, al que afeaba el hecho de no haberse deshecho de Cómodo. Sin embargo, pese a que muchas veces, movido por la ira, aseguraría estar dispuesto a matar a Caracalla, el amor o el pragmatismo acabarían por enfriar invariablemente su cólera.

El emperador también había organizado la campaña de Britania animado por la perspectiva de obtener nuevos laureles. Permaneció

dos estaciones guerreando en Escocia con la esperanza de conquistar la totalidad de la isla, aunque todo cuanto logró fue ver a sus soldados entrampados en una sucesión de choques con un enemigo esquivo que se movía mucho mejor que ellos en el inhóspito terreno. Más tarde, sus dolencias lo obligarían a retirarse a sus cuarteles de invierno durante meses. Hacía ya una década que las enfermedades y la dureza de la vida castrense venían desgastándolo, y a sus sesenta y seis años comprendió que estaba perdiendo la guerra. Atrás habían quedado los días en que a Severo le importaba un ardite caracolear en su montura para animar a sus hombres, desafiando sin casco la lluvia y la nieve durante las campañas de las regiones montañosas en las que había tenido que batallar. Pese a todo, aquel hombre de corta estura y fuerte complexión seguía animado por una intensa voluntad de trabajo. Tanto es así que aun en sus últimos momentos lograría ordenar con voz ahogada a sus ayudantes: «¡Venga, a ver si encontramos algo que hacer!».

Caracalla y Geta lo atendían. Julia Domna se mantuvo junto a él. Pese a que la familia se encontrara en la frontera, a cientos de kilómetros de casa, la emperatriz seguía mostrando empuje. No en vano esgrimía el título de Madre del Campamento. No menos decidida que su esposo, Julia Domna fue siempre su constante compañera en las campañas.

Abrumado por los dolores de la gota y sumido en la depresión, el emperador yacía agonizante. Entonces, con el fin claramente a la vista, Severo se dirigió a sus hijos. Se dice que sus últimas palabras fueron: «Vivid en armonía, enriqueced a los soldados y despreciad a todos los demás». En este caso, la reflexión define al hombre: la afirmación, que es diáfana, frontal y prudente, muestra a un tiempo visos de cinismo y confianza.

El 4 de febrero del 211 fallecía Severo. El caudillo nacido entre las columnas de mármol de una próspera ciudad de la soleada costa mediterránea del norte de África terminaba su vida en el remoto puesto de Eboraco (la actual York), un espartano emplazamiento militar del norte de Britania. Los rituales del funeral imperial –la procesión a paso ligero en torno a la pira adornada con obsequios traídos por los soldados, el cadáver revestido de su armadura, los

dos muchachos encargados de prender la hoguera– disiparon las melancólicas tinieblas invernales. Y lo mismo cabe decir de su toque final: una urna de color púrpura en la que se colocaron los huesos no calcinados de Severo y que más tarde sería llevada a Roma y depositada en la tumba de Adriano. Según cuentan las crónicas, el propio Severo había mandado que le trajeran la urna antes de morir. Tras palparla ansiosamente con las manos, se supone que exclamó: «Habrás de contener a un hombre que la tierra entera no alcanzó a contener».

Pese a que Severo no hubiera conseguido conquistar Escocia, logró al menos fundar una dinastía. Caracalla lo sucedió en el trono, y al principio compartió el poder con Geta.

«Caracalla» es en realidad un apodo. Deriva de la pesada capa militar de lana, o caracallus, que usaban los soldados romanos destacados en el norte de Europa. Al descubrir esa prenda, el emperador decidió adoptarla y distribuirla entre los ejércitos de Oriente. El verdadero nombre de Caracalla era Julio Basiano y, como ya hemos visto, se convertiría en Marco Aurelio Antonino después de que su padre se «adoptara» a sí mismo y pasara a formar parte de la familia del filósofo Marco Aurelio.

Tanto las monedas como las esculturas nos muestran que Caracalla era un hombre de aspecto fornido y expresión dura. Tenía el pelo rizado, la nariz prominente y el cuello corto y grueso. Aunque lucía barba, solía llevarla muy recortada. Su fisonomía no lleva a pensar precisamente en la palabra «amable».

Julia Domna se convirtió en asesora de los dos coemperadores. El papel que desempeñaba como factor de continuidad y fuente de buenos consejos era sumamente relevante. Al final, Caracalla la puso a cargo de su correspondencia y le pidió que se ocupara de responder a las demandas de sus súbditos. Ninguna mujer de la familia imperial había asumido ese cargo con anterioridad, y el hecho de que Julia Domna lo hiciera atestigua con claridad que poseía una gran cultura, y posiblemente algo más, ya que eran muy escasas las personas a quien Caracalla iba a confiar puestos de importancia.

Sin embargo, el hijo mayor de Severo no escuchaba las

recomendaciones de su madre. Antes de que transcurriera un año desde la muerte de su padre, Caracalla ordenó que un grupo de soldados liquidara a su hermano. Geta, que se encontraba en palacio, corrió a resguardarse en brazos de su madre, pero fue muerto en su regazo. Julia Domna sufrió una herida en la mano. Como es obvio, quedó desconsolada, pero siguió asesorando a Caracalla, impulsada por su sentido del deber, el amor de madre y la pasión por el poder, cuando no por las tres razones a la vez. Entretanto, Caracalla se ganaba con una mano las simpatías de la guardia pretoriana, a base de grandes primas económicas, y se dedicaba a la purga de sus enemigos con la otra. Desde una perspectiva más general, cabe decir que puso efectivamente en práctica la advertencia que le había dejado su padre al decirle que aumentara el gasto destinado a las tropas.

Caracalla era astuto, elocuente y ambicioso, aunque también arrebatado, impulsivo y violento. Le encantaba la actividad física. Además, lo acechaban muchos enemigos, lo que no tiene nada de sorprendente. ¿Quién podría confiar en un hombre que había ordenado la muerte de su hermano?

Caracalla se pasaría casi todo su reinado en campaña, primero peleando en el norte de Europa y más tarde combatiendo en la región oriental del Imperio. Se tenía por un nuevo Alejandro Magno, así que negoció con el rey de Partia para casarse con su hija y, al no conseguir su propósito, se lanzó a una guerra de conquista. Pese a todo, por lo que más se le recuerda es por dos acciones desvinculadas de la vida militar.

Desde el punto de vista actual, el mayor logro de Caracalla fue sin duda el hecho de que promulgara en el 212 una ley para hacer extensiva la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del Imperio. La norma se conocería con el nombre de Constitutio Antoniana (en referencia a la denominación oficial de Caracalla). Tiempo antes, Roma ya había ampliado el alcance de la ciudadanía a fin de utilizarla como recompensa y aplicarla tanto a las comunidades que habían hecho méritos para obtener el favor imperial como a los funcionarios locales que se hubieran destacado en el cumplimiento de sus deberes. Sin embargo, lo más probable es que solo una minoría de personas libres gozara de los privilegios

reservados a los ciudadanos. Con Caracalla, todos los romanos no sometidos a la esclavitud obtuvieron la ciudadanía. Era la primera vez en la historia que los beneficios de la ciudadanía cubrían a tanta gente.

Pese a todo, las élites romanas centraron fundamentalmente su atención en las grandes subidas fiscales que Caracalla había decretado para financiar sus crecientes gastos militares. Según un historiador de la época, el objetivo de esa generalización de la ciudadanía consistía en obtener más ingresos, ya que de ese modo todas las personas libres debían abonar el impuesto de sucesiones, que únicamente obligaba a los ciudadanos. Además, con el paso del tiempo, la línea divisoria que separaba a los ciudadanos de quienes no lo eran había ido perdiendo importancia. En el orbe romano, la separación de más peso era la que mediaba entre los ricos y privilegiados, a los que oficialmente se daba el nombre de honestiores, y los pobres y desvalidos, a los que se conocía como humiliores. Quienes pertenecían al primer grupo, fueran ciudadanos o no, disfrutaban de varios privilegios, tanto jurídicos como consuetudinarios, mientras que los demás padecían toda suerte de discriminaciones. En resumen, Roma solo amplió la ciudadanía cuando dicha condición empezó a carecer de verdadera trascendencia.

Entretanto, Caracalla se embarcó en un gigantesco proyecto de construcción destinado a obtener el apoyo de los pobres de la capital. Las termas de Caracalla, cuyas ciclópeas ruinas todavía hacen hoy las delicias de los turistas, fueron el resultado de uno de los proyectos urbanísticos más ambiciosos de la Roma imperial. Severo había concebido el plan de la obra, y Caracalla lograría culminarla. El enorme complejo contaba con varios gimnasios, una piscina y dos bibliotecas (una en latín y otra en griego). El conjunto estaba decorado con obras de arte de gran calidad. El acceso al recinto era gratuito, y estaba abierto al público en general, sin distinción de clase. Sus artífices tuvieron que enfrentarse a una tremenda serie de retos arquitectónicos. Para empezar, se vieron obligados a desplazar más de medio millón de metros cúbicos de tierra arcillosa para echar los cimientos, y después sufrirían para levantar las columnas del centro, de doce metros de altura y cerca de cien toneladas de peso. Pese a todo, el proyecto quedó finalizado

en menos de seis años, y se estima que en él intervinieron entre doce mil y veinte mil trabajadores.

Julia Domna acompañó a Caracalla a Oriente y se instaló en Siria mientras él continuaba su avance hacia el este. Sin embargo, en abril del 217, Caracalla cayó asesinado. El prefecto de la guardia pretoriana, Marco Opelio Macrino, descubrió que su nombre encabezaba la lista de los individuos que el emperador se proponía eliminar, así que decidió ser el primero en dar el golpe. Por orden suya, un soldado al que Caracalla había insultado asestó al emperador una puñalada mortal. Macrino se las arregló para eliminar al asesino y después negó haber tenido conocimiento de los hechos.

Destrozada por la noticia, y posiblemente enferma, Julia Domna se suicidó. Las tropas de Macrino lo proclamaron emperador, pero solo permaneció un año en el poder.

Julia Maesa, la hermana mayor de Domna, resolvió volver a situar a la familia en el trono. Las efigies numismáticas nos indican que se trataba de una mujer digna y atractiva. Tenía el cabello ondulado, como su hermana, pero se lo recogía en la nuca con un pequeño moño. En algunos retratos la vemos lucir una diadema, símbolo de la realeza.

El candidato al que Julia Maesa quería devolver las riendas del imperio era su nieto, Vario Avito Basiano, de tan solo catorce años e hijo de su hija, Julia Soemias Basiana. Pese a haberse educado en Roma, Basiano vivía en ese momento en Emesa, en Siria, y era sacerdote de Elagábalo, la deidad local. (De hecho, Basiano pasará a la historia con ese mismo nombre, aunque para diferenciarlo del dios se suele adoptar la ortografía «Heliogábalo».) A primera vista no parecía un currículo excesivamente prometedor para alguien teóricamente destinado al trono, pero Julia Maesa era una mujer muy decidida, así que recurrió a su propia fortuna para ganarse el respaldo de las tropas. En el 218, una vez logrado ese apoyo, y después de asegurar a los soldados que Heliogábalo era hijo natural de Caracalla, Julia Maesa consiguió que las legiones lo proclamaran emperador. Estalló entonces una breve guerra civil, en la que la derrota se inclinó del lado de Macrino, que fue ejecutado. Heliogábalo tenía vía libre para reinar en Roma.

Por más epopeyas televisivas que centren su tensión narrativa en el poder en la sombra de las mujeres, ninguna podrá igualar el que alcanzaron las que estaban a punto de irrumpir en el escenario romano. Julia Maesa y su hija, Julia Soemias, madre de Heliogábalo, acompañaron al flamante emperador a la capital. Fue una decisión muy acertada, ya que ambas se ocuparon de dirigir los asuntos de gobierno mientras Heliogábalo consagraba todas sus energías al afianzamiento de su culto religioso en Roma. En las efigies que aparecen en las monedas, Heliogábalo figura representado con los rasgos de un joven sano y robusto, de cuello grueso, que luce una corona de laurel o una diadema además de la coraza guerrera. La imagen nos lo muestra en actitud vigorosa, con la mirada al frente, como un comandante del ejército. ¡Puras ilusiones! Hay un busto de mármol en el que vemos a un muchachito delgaducho, de pelo rizado, bigote y aspecto un tanto etéreo. Heliogábalo convirtió a la exótica divinidad a la que servía en un dios solar, un tipo de ídolo muy familiar en el panteón romano, y cambió el nombre de Elagábalo por el de dios Sol Invicto (Deus Sol Invictus). Aquello despertó algunas suspicacias, pero, más tarde, al pretender el joven emperador que su dios sustituyera a Júpiter, la suprema deidad romana, lo que provocó fue ya un movimiento de cólera. Por si fuera poco, Heliogábalo no se molestó en proceder con cautela. Erigió un templo al nuevo dios en el monte Palatino, desfiló por toda la ciudad con la negra piedra cónica con la que se representaba a la divinidad y se exhibió públicamente bailando en torno a su altar. La opinión pública veía con muy malos ojos todos esos gestos. Esto nos induce a mantener el escepticismo frente a las demás circunstancias que le atribuyen las fuentes antiguas, fundamentalmente hostiles a su persona, como por ejemplo su presunto matrimonio con una virgen vestal y sus supuestas aventuras homosexuales, en las que su rol pasivo agravará aún más la transgresión de las convenciones.

Sea como fuere, está claro que Heliogábalo carecía de popularidad. Como no era una persona que permitiera que los sentimientos le nublaran el juicio, Julia Maesa decidió que debía sustituirlo si quería salvar la dinastía. Recurrió entonces a su otra hija, Julia Avita Mamea, y al hijo de esta, Severo Alejandro, que por entonces tenía trece años. Tras acceder a adoptarlo como heredero, Heliogábalo empezó a comprender que tal vez se estaba preparando

una maniobra contra él, pero ya era demasiado tarde. En 222, la guardia pretoriana asesinaba a Heliogábalo y a Julia Soemias, cercenaba la cabeza de ambos cadáveres y completaba el crimen arrojando el cuerpo del joven al río Tíber. Su gobernación había durado cuatro años.

Los estamentos oficiales de Roma se sintieron aliviados al saber que la persona que iba a ocupar el trono era más acorde con las consabidas costumbres, a pesar de que se tratara solo de un adolescente de trece años y de que lo más probable era que su madre ejerciera sobre él una influencia superior a la que la misma Agripina la Menor había desplegado en tiempos de su hijo Nerón, que apenas pasaba de los diecisiete en el momento de acceder al poder. Una moneda fechada a principios del reinado de Severo Alejandro nos muestra al jovencísimo emperador ataviado con la indumentaria militar, tal y como ya ocurriera en el caso de Heliogábalo, aunque con la importante diferencia de que Severo Alejandro representa perfectamente en ella la edad que tiene. En otras monedas posteriores lo veremos con barba. Hay también un busto de mármol en el que está envuelto en la toga y con un semblante que parece titubear entre la expresión juvenil y la mirada adulta. Por su parte, Julia Mamea luce en algunas de sus efigies numismáticas la característica cabellera ondulada de la familia, con un complejo peinado dispuesto en hileras. De cuando en cuando se toca con una diadema. Su aspecto es sumamente digno y regio.

Julia Mamea ostentaba los títulos oficiales de Augusta, además de los de Madre del Augusto, del campamento, del Senado y de la patria. Extraoficialmente, sin embargo, era la que gobernaba el Imperio. Difícilmente podría considerarse que se tratara de una situación al uso, pero, a pesar de todo, tanto la madre como el hijo gozaron de una notable popularidad, al menos hasta que Roma empezó a perder las guerras en las que intervenía. Severo Alejandro, de muy escaso espíritu militar, apenas logró internarse en Oriente en su campaña contra la nueva dinastía sasánida de Persia. A diferencia de sus predecesores, los sasánidas estaban bien organizados y constituían una amenaza mucho mayor para el Imperio romano, ya que conocían mejor la tecnología bélica y eran notablemente más correosos. En Occidente, Severo Alejandro consideró más oportuno comprar a los agresivos germanos del Rin y

renunció a combatirlos. Humillados, los soldados de esa frontera proclamaron emperador a uno de sus generales, y en el 235 liquidaron a Julia Mamea y a Severo Alejandro.

CONCLUSIÓN

La dinastía fundada por Septimio Severo duró cuarenta y dos años, hasta el asesinato de Severo Alejandro, aunque hay que tener en cuenta que es preciso restar un año a ese lapso de tiempo: el correspondiente a la interrupción derivada del efímero acceso al poder de Macrino, que también procedía del norte de África, igual que Severo. Fue por tanto un período notablemente inferior a los noventa y nueve años de la casa de los Julio-Claudios, y quedó asimismo por debajo de los cincuenta y cuatro del linaje de los Antoninos (formado por Antonino Pío, Marco Aurelio, Lucio Vero y Cómodo). Con todo, los Severos lograron prácticamente duplicar los veintisiete años de la dinastía Flavia. Vencido el año 235, ningún emperador lograría ya instaurar una dinastía romana de más dilatada duración. Por consiguiente, el logro de Severo no es nada desdeñable.

El propio Septimio Severo reinó cerca de dieciocho años, lo que significa que, en el siglo inmediatamente posterior a la muerte de Marco Aurelio, fue precisamente él quien ejerció el poder durante más tiempo. Consiguió restaurar la estabilidad del Imperio tras la tiranía de Cómodo y la guerra civil surgida después de que este falleciera asesinado. Severo optó por basar su reinado en las mismas pautas que Marco Aurelio, así que respaldó el estudio de la filosofía y dio inicio a la edad de oro del Derecho romano. Sin embargo, desde el punto de vista de la reputación histórica, lo cierto es que su faceta militar terminaría eclipsando sus dotes reformistas. Severo fue realmente el primer emperador-soldado, aunque dicha condición debiera tanto a las circunstancias como a su propia voluntad. Accedió al poder blandiendo la espada, dedicó gran parte de su reinado a librar campañas militares, trató sin miramientos al Senado y se desvivió para enaltecer al ejército. Además, su gobernación también fue el anuncio de los cambios que estaban a

punto de producirse.

A juicio de Edward Gibbon, la falta de respeto que Severo mostró hacia el Senado lo convertiría en «el principal responsable de la decadencia y ruina» del Imperio. Sin embargo, hay que tener en cuenta que Gibbon era un intelectual y un presumido, que escribía en el Siglo de las Luces y que simpatizaba muy poco con los arribistas y los cabecillas independientes. Otros estudiosos, los que redactaron sus obras en los buenos tiempos del imperialismo de la Europa occidental, es decir, a lo largo de los siglos XIX y XX, se mostrarán aún más cáusticos con ese bárbaro presunto elevado al trono por la simple fuerza de su brazo; el análisis que sin duda trasluce una cierta actitud intolerante respecto de un emperador venido de África.

El Imperio romano de Occidente aun habría de perdurar otros doscientos cincuenta años tras la desaparición de Severo. Muchos de sus actos, pese a chocar con la tradición, fueron claramente necesarios. Es verdad que Roma perdió parte de su condición civil, pero la sucesión de crisis militares había convertido en un puro lujo la gobernación cívica. Además, Severo prestó a las relaciones públicas tanta atención como al ejército, razón por la que insistió en conferir a su familia un halo de legitimidad y apoyo popular. Por último, al abrir las puertas de la élite a nuevos grupos de personas, lo que logró fue fortalecer al Imperio, no debilitarlo.

No olvidemos que Severo no se limitó a apoderarse del trono, sino que fundó una dinastía. De este modo, los Severos pasaron a convertirse en la primera familia gobernante en fomentar una suerte de caos militarista, compensado no obstante por el progresismo multicultural que también aportaron al Imperio.

Severo no solo fue el primer emperador africano de Roma; tampoco su esposa Julia Domna había nacido en la península itálica, ya que procedía de Siria, y desde luego su linaje estaba totalmente desvinculado de los árboles genealógicos romanos. Severo ofreció los más altos cargos de Roma y de sus legiones a un puñado de hombres de ascendencia inédita y origen provincial. Con ello escribió un capítulo totalmente nuevo en la historia étnica y racial de Roma, cuya diversidad acrecentó.

Es cierto que, en la Roma de los Severos, la espiral de la violencia comenzó a crecer hasta quedar fuera de control. Severo sumó a las guerras civiles de Augusto o Vespasiano la política expansionista de Trajano y el aparato policial de Tiberio. Sin embargo, también fue una época propicia para los hombres y las mujeres ambiciosos capaces de encontrar vías para el medro personal.

Severo no se mostró en modo alguno amistoso con el Senado, cosa que por otra parte lo asemeja a muchos de sus predecesores. Efectuó purgas en esa institución y superó el número de ejecuciones de senadores dictadas en su día por Cómodo y Domiciano. Para cubrir los puestos administrativos y militares de mayor relevancia, Severo recurrió a la clase de los équites, es decir, a las acaudaladas filas de las élites que se encontraban inmediatamente por debajo de los senadores en términos de rango y prestigio. Con todo, este factor podría no constituir tanto una indicación directa de su aversión a los miembros del ejecutivo senatorial como un signo de la escasez de senadores cualificados, o aun de la negativa de algunos de los magistrados a prestar servicio a un hombre como Severo. Hay que tener en cuenta que, al doblar el tamaño de la guardia pretoriana y dejar una legión permanentemente acantonada a las afueras de Roma, Severo había enfriado notabilísimamente el ejercicio de la libertad de expresión.

Sin embargo, este mismo político de corte tan militarista tuvo la particularidad de interesarse enormemente en la jurisprudencia romana; de hecho, en los inicios de su vida pública había ejercido la abogacía. Nombró a excelentes letrados y, gracias al trabajo de estos, el derecho romano quedaría codificado y establecido durante siglos. Uno de los principios legales que se enunciaron en tiempos de Severo fue el siguiente: «El emperador no se halla sujeto a la legislación». Se trataba en cualquier caso de una afirmación más honesta que novedosa, ya que esa norma había venido presidiendo tácitamente todos los reinados, empezando por el de Augusto. En cualquier caso, y sabiendo que podemos darle un crédito más o menos relativo, lo cierto es que tanto Severo como Caracalla prometerían atenerse a las leyes, pese a hallarse exentos de su cumplimiento.

Con la llegada al poder de los Severos, las magnificencias del

multiculturalismo y el despotismo ilustrado acabarían confluyendo con la moral de una familia de hampones. Quizás hubiera sido siempre así, de modo que es posible que el único error de esta dinastía consistiera simplemente en no haberse esforzado más en enmascarar la cruda verdad. Por más que algunos se rasgaran las vestiduras al enterarse de que se comparaba con Augusto, lo cierto es que Severo no demostró más ambición ni más crueldad que el primer emperador. Era simplemente un hombre menos refinado.

Los mayores logros de Severo, los que le permitieron dejar una huella indeleble, fueron los que obtuvo en el ámbito de la vida militar o, para ser más exactos, los que imprimió en el punto de encuentro entre el ímpetu castrense y la astucia política. Durante el reinado de Severo vendrían a entrecruzarse y cuajar los mimbres de una serie de tendencias que llevaban ya largo tiempo gestándose, mimbres que determinarían que la gobernación de Roma comenzara a discurrir más por cauces militares que civiles. El ejército consiguió más poder y empezó a resultar más oneroso. Esta situación dislocaría la economía romana y sentaría las bases de nuevas e importantes situaciones de inestabilidad. Al incrementar el salario de las tropas, lanzarse a la guerra en distintos frentes y poner en marcha un vasto programa público de reformas urbanísticas, Severo tensó de forma muy marcada el presupuesto del Estado romano. En lugar de recaudar impuestos para atender a todos esos gastos, tanto él como sus sucesores optarían por la inflación monetaria, lo que en último término se revelaría desastroso para la situación financiera de Roma. Del mismo modo, Severo también aumentó la diversidad de los efectivos del ejército y de los más altos peldaños de la administración imperial. En consecuencia, al incluirse en los aparatos centrales de la gobernación a una masa de gentes sencillas procedentes de la periferia del Imperio, la situación de Roma se volvió más dura, desigual y tosca, aunque también más democrática.

Pese a que las mujeres del círculo imperial siempre hubieran ejercido una gran influencia, y esto en todos los períodos de la historia romana, lo cierto es que en ninguna otra de las dinastías posteriores al período de los Julio-Claudios se las vería esgrimir un poder tan grande como el de las pertenecientes al linaje de los Severos. Julia Domna fue probablemente la emperatriz más

poderosa que se hubiera visto en Roma desde los tiempos de Livia. Su hermana, Julia Maesa, poseyó un ascendiente capaz de rivalizar con el de la propia guardia pretoriana; su hija, y sobrina de Julia Domna, Julia Soemias, fue el poder en la sombra que dictó las medidas del trono; y la otra hija de Maesa, Julia Mamea, desempeñó un papel realmente próximo al de una regente, al menos tanto como alcanzaba a permitirlo entonces el sistema romano.

Los Severos tendieron invariablemente a pensar en grandes proyectos, ya se tratara de la construcción de un nuevo complejo termal, de la renovación urbanística de la capital, del completo remozamiento de Lepcis Magna, la ciudad natal de Septimio, de la organización de una campaña contra los partos, de la aplicación de una purga política al Senado, de la introducción de un nuevo dios en Roma o de la extensión de la ciudadanía a todas las personas libres del Imperio (por muy doble que fuera la intención que les llevase a tomar dicha medida).

Los cambios que introdujo Septimio Severo anunciaron en realidad el signo de los que estaban por venir. Su gobernación fue tan solo la primera de una serie de dominaciones militares, encarnadas todas ellas en hombres procedentes de lejanos puntos del Imperio. Por otra parte, Severo tampoco habría de ser el último emperador que se casara con una mujer caracterizada por rendir culto a un dios no asociado con la tradición romana. Lo que sí lo distinguiría de sus predecesores sería el hecho de que basara bastante más que ellos el ejercicio del poder en una constante obtención de éxitos militares, pero también esto era de facto una premonición, dado que los emperadores-soldado estaban llamados a convertirse en ocupantes habituales del trono romano. Fue un hombre violento inserto en una familia conflictiva, que exhibió una incongruente afición a la primacía del Derecho. Sin embargo, teniendo en cuenta que los romanos eran propensos a operar sobre la base de unos esquemas mentales sumamente legalistas, y que eso los llevaba a resaltar los aspectos jurídicos de toda acción política o social –aun en el caso de la guerra–, es posible que ese gusto de Severo por la norma jurídica no les pareciese ninguna contradicción insuperable. Si Severo unió el recurso a un ejército fuerte con las disposiciones de un estado igualmente sólido, Diocleciano y Constantino revelarían estar cortados por el mismo patrón.

Estos dos últimos emperadores demostrarían ser también individuos capaces de comportarse brutalmente, hombres que no dudaban en forzar la mano de cualquier opositor si con ello lograban que el sistema perdurara, y aun a sabiendas de que sus medidas de conservación en realidad lo estaban transformando enormemente.

Capítulo 9

Diocleciano

el gran disgregador

Antoniniano* de la época diocleciana. © Eduardo Estellez/Shutterstock

* Nombre de una moneda romana cuyo verdadero nombre se ignora. Acuñada originalmente en plata, fue devaluada poco a poco hasta llegar a ser bronce con un contenido mínimo del anterior metal. *(N. del t.)*

El emperador Diocleciano era militar profesional. Desde luego no se trataba de ningún aristócrata, sino todo lo contrario, ya que se había criado en la pobreza en los Balcanes y sus burdos modales

daban buena fe de ello. En una ocasión ensartó con la espada a un rival ante las mismas narices de las tropas, agrupadas frente a ellos. Y en otro arrebato amenazó con ahogar a una ciudad rebelde haciendo correr un río de sangre que su caballo tendría que cruzar hundiéndose hasta los corvejones.

Sin embargo, la frase más célebre que llegaría a pronunciar jamás sería la que lo llevara a homenajear a las verduras: «Si hubierais visto en Salona las coles que cultivábamos con nuestras propias manos», había exclamado Diocleciano, «jamás consideraríais que eso resulta tentador». Con «eso» se refería a la petición que acababan de hacerle para que volviera a asumir las riendas del Imperio tras haber pasado tres años retirado a las afueras de la población provincial de Salona, en la espléndida costa de la actual Croacia. Se trataba sin duda de una solicitud insólita, pero hay que tener en cuenta que ese alejamiento voluntario del poder también carecía de todo precedente. Diocleciano fue el primer y único emperador en abdicar por decisión propia. Renunció al trono frente al ejército en pleno y después se dedicó a vivir como un ciudadano común y corriente.

Pese a que Diocleciano hubiera dejado a un lado la espada, la referencia a las coles da la impresión de ser un caso de protesta fingida, con un toque de sobreactuación. En una suerte de remedo adelantado del envejecido don Corleone metido a cultivador de tomates en El padrino, uno se pregunta si Diocleciano no se habría empezado a dedicar ya a aconsejar astuta y perspicazmente al sucesor que él mismo había elegido –su yerno y padre de su único nieto–, que por esa época se enfrentaba a una dura oposición política. Resulta difícil pensar que el emperador jubilado fuese efectivamente indiferente al curso de los acontecimientos. Al igual que la morsa del célebre poema de Lewis Carroll,[83] es más que probable que Diocleciano no estuviera hablando únicamente de coles, sino también de reyes.

Diocleciano fue uno de los emperadores romanos que más tiempo reinó, y uno de los más decisivos. Gobernó Roma por espacio de veintiún años. Secundado por su famoso sucesor, Constantino, Diocleciano logró poner fin a la crisis que padecía el Imperio y que a punto había estado de acabar con él. Echó los cimientos de un

nuevo orden de cosas que permitió la supervivencia del Imperio, aunque transformó radicalmente su fisonomía. Sin embargo, disponemos de muy pocas fuentes fiables para conocer con certeza la biografía de este gran hombre.

Diocleciano era un hombre alto, audaz, brutal y metódico. Desde luego, las sutilezas no eran su punto fuerte, pero no se vivía en una época que exigiera refinamientos. Lo que los tiempos requerían era poderío militar, una mente tan fría e implacable como una trampa de acero, una voluntad inconmovible y una absoluta confianza en uno mismo. Y Diocleciano era precisamente así.

Las estatuas que nos brindan su imagen muestran a un individuo fornido y barbado, con profundos surcos en la frente y una expresión vigilante. Uno de los bustos de mármol que han llegado hasta nosotros pinta a un tipo tosco con aires de matón que sin embargo eleva modosamente las pupilas al cielo como quien busca inspiración divina. Otro retrato, no menos sorprendente y labrado en un trozo de basalto negro –que según se cree es una representación de Diocleciano–, nos transmite el semblante de un hombre entrado en años que sin embargo conserva todo su vigor. La boca tensa es testigo de su carácter resuelto, y sus ojos, que parecen echar chispas, observan al espectador con una intensidad a la que nadie querría enfrentarse cara a cara.

Diocleciano reorganizó el Imperio romano, y puede decirse sin faltar a la verdad que lo salvó. Sin embargo, para conseguirlo fraccionó los problemas y destruyó las estructuras, sabedor de que así acertaría a recomponerlas mejor. Separó Oriente de Occidente y colocó a dos gobernantes independientes en cada uno de esos polos, uno con rango de emperador y el otro de coemperador. No obstante, puso buen cuidado en disponer que todos respondieran ante un solo hombre: él mismo, evidentemente. Disoció a los romanos de los bárbaros, a los militares de los civiles, a los compradores de los vendedores y, sobre todo, a los paganos de los cristianos. Logró un auténtico éxito, aunque no la perfecta armonía ni los resultados que más ansiaba. En cualquier caso, dejó tras de sí un reino más sólido y con mayores probabilidades de perdurar que el que había heredado, ya que el Imperio llevaba varias generaciones en la cuerda floja.

DE DIOCLES A DIOCLECIANO

Diocleciano nació el 22 de diciembre del año 245, aproximadamente. Había venido al mundo en Dalmacia, es decir, en lo que hoy es Croacia, posiblemente en la ciudad de Salona, cerca de Spalatum (la actual población croata de Split). Se le impuso el nombre de Diocles, un término griego que significa «Gloria de Zeus», al que los romanos llamaban Júpiter, como sabemos. Su familia vivía en la pobreza. Su padre era un escriba, o tal vez el liberto de algún senador. Se cree que su madre respondía por Dioclea.

Diocles eligió la carrera militar, pues tenía grandes dotes de mando. Ascendió rápidamente en el escalafón y consiguió ponerse el mando en el Danubio, en calidad de general. Más tarde, en el 283, serviría a las órdenes del emperador Marco Aurelio Caro, que libraba en ese momento una campaña en Oriente. Pese a que todavía no hubiera cumplido los cuarenta, Diocles se encontró al frente de la guardia de corps del emperador, una fuerza de élite que había sido creada en la generación anterior y que operaba con independencia de las unidades pretorianas.

Caro falleció en el 283, tras una gobernación brevísima, de tan solo un año. Sin embargo, fue para él un año jalonado de enormes éxitos, ya que consiguió conquistar la capital de los sasánidas, en lo que hoy es Irak. Refugiado en su tienda, y tras una terrible tormenta, el emperador expiró, bien por causas naturales bien como consecuencia de una herida recibida en batalla, o aun por haber sufrido el impacto de un rayo. Tiempo antes, Caro había tomado la sabia decisión de nombrar coemperadores a sus dos hijos. Aunque era poco habitual que el Imperio quedara regido simultáneamente por dos gobernantes, no podía decirse que se tratara de un caso sin precedentes. Tanto Marco Aurelio como Septimio Severo habían nombrado césares, y también Augusto y Vespasiano habían delegado parte de su poder en sus hijos y sucesores. Lo que no había ocurrido nunca era que el Imperio se viera sometido a una división formal entre su porción oriental y su parte occidental. Al

fallecer Caro, uno de sus hijos –Numeriano (cuyo nombre completo era Marco Aurelio Numeriano)– se encontraba en Mesopotamia en compañía del ejército, y allí mismo fue proclamado emperador. Su hermano Carino (Marco Aurelio Carino) ya había sido aceptado como emperador en Occidente, dado que había ganado una batalla contra una de las tribus germánicas.

Pese a haber salido victorioso de su enfrentamiento con los sasánidas, el ejército romano decidió no seguir tentando a la suerte y prefirió no correr el riesgo de combatir a las órdenes de un nuevo gobernante que todavía no había superado la prueba del tiempo. Por consiguiente, las tropas dieron media vuelta y pusieron rumbo a Occidente. Numeriano seguía a sus hombres en un carruaje cerrado, debido a que padecía una infección ocular, según decía su Estado Mayor. Los miembros de ese alto estamento militar aseguraron a todos que debía protegerse los ojos del viento y el sol, ya que le molestaban bastante. Sin embargo, al cabo de unos cuantos días, los soldados comenzaron a percibir un olor nauseabundo. Abrieron el coche y descubrieron a Numeriano muerto. Los máximos dignatarios del ejército atribuyeron el deceso a causas naturales, pero mucha gente sospechó que había juego sucio de por medio.

¿Quién iba a ocupar su lugar? La opción más evidente era hacer recaer esa responsabilidad sobre los hombros del prefecto de la guardia pretoriana, un individuo llamado Arrio Aper, que además era el suegro de Numeriano. Sin embargo, fue entonces cuando irrumpió en escena otro candidato que dejó impresionado a todos: un correoso, despiadado y curtido comandante que sabía muy bien cómo ejercer férreamente el poder. El 20 de noviembre del 284, el consejo formado por los oficiales de mayor rango de Numeriano desestimaba la opción de Aper y elegía en su lugar a Diocles. De este modo, un hombre nacido como simple Diocles se vio aclamado por las tropas con el más altisonante y latino nombre de Diocletianus, evidentemente el Diocleciano de nuestra historia.

El nuevo emperador se dejó mecer por los vítores del ejército en lo alto de una colina situada a las afueras de la próspera ciudad de Nicomedia, que se alza al fondo de uno de los golfos que se abren frente a la Propóntide (al que hoy damos el nombre de mar de Mármara), no lejos de la moderna Estambul. Por otro lado, en la

actualidad, Nicomedia ha pasado a llamarse Izmit. Tras prestar juramento y asegurar que no había traicionado a Numeriano ni le había dado muerte, Diocleciano proclamó que el culpable del fallecimiento del emperador había sido Aper, así que desenvainó la espada y allí mismo ejecutó al aludido, en presencia del ejército en pleno. Como es obvio, hay especulaciones que sostienen que Diocleciano mentía, ya que había formado efectivamente parte de una conjura concebida para asesinar a Numeriano. En tal caso, está claro que quitó la vida a Aper con el fin de silenciarlo para siempre.

De ser cierto que Diocleciano estaba ocultando la realidad, no hay duda de que eso lo animó todavía más a darse pompa y buscar la mejor manera de legitimarse, aunque fuera a base de cargar realmente las tintas. Una de nuestras fuentes, que afirma citar a un testigo presencial, mantiene que, en el momento de traspasar a Aper con el gladio, Diocleciano citó un verso de la Eneida, el clásico poema épico de Virgilio, lo que no deja de ser un raro gesto literario para un soldado. Esa misma fuente indica que Diocleciano había escuchado anteriormente una profecía que le había prometido el trono si mataba a un jabalí. Y justamente, Aper significa «jabalí» en latín, cosa de la que Diocleciano debió de tomar buena nota tras deshacerse de su adversario, según cabe suponer.

Roma acababa de ponerse a las órdenes de un nuevo y extraordinario líder. Diocleciano no era simplemente un tipo violento y duro de pelar, sino un hombre lleno de energía, ambición y visión de futuro. Pese a que es muy posible que ni siquiera conociese la capital, el nuevo hombre fuerte era totalmente romano, por la doble razón de que en esa época Roma no era tanto una ciudad como un ejército, y de que precisamente las filas de las legiones eran el hogar natural del flamante emperador. Por ello mismo, Diocleciano no habría de comportarse como un mero soldado de miras estrechas, sino como un inteligente estratega político. Es frecuente que la historia subestime la perspicacia de los grandes militares. Incurrir en ese error en el caso de Diocleciano resultaría fatal, dado que fue un político práctico de primer orden.

El rimbombante título completo que comenzó a ostentar a partir de ese momento pasó a ser nada menos que el de emperador César Cayo Aurelio Valerio Diocleciano Augusto. No obstante, un hombre

tan realista como él comprendió inmediatamente que el hecho de haber sido aclamado por sus tropas apenas era otra cosa que una licencia para matar. Tendría que fajarse en corto y entregarse al politiqueo si quería ganarse de verdad los honores que ondeaban en su nuevo nombre. Carino, el hermano de Numeriano, gobernaba la parte occidental del Imperio y afirmaba ser el único emperador legítimo. Diocleciano se apresuró a marchar contra él. En la primavera del 285, los dos rivales libraron una batalla en Serbia de la que Carino salió vencedor. Pero el destino quiso que lo perdiese todo de inmediato. Según una de nuestras fuentes, Carino murió asesinado a manos de un oficial a cuya mujer había seducido. No obstante, también es probable que el oficial fuese un traidor y que trabajase a las órdenes de Diocleciano. En vista de lo sucedido, las tropas de Carino aceptaron como emperador a Diocleciano, y este, una vez asegurado el control de la región, puso en marcha la segunda fase de su campaña de legitimación, ahora ya de carácter político. Cruzó los Alpes, penetró en la península itálica, y visitó Roma, probablemente por primera vez en su vida.

En esa época, el Senado ejercía muy poco poder político o militar, al menos de forma directa, aunque con la notable salvedad de que todavía se precisaba el apoyo de esa institución para promulgar las leyes mediante las que se confería reconocimiento oficial a la proclamación de un emperador por parte de la soldadesca. Además, el Senado seguía teniendo en sus manos un enorme poder indirecto. Los senadores podían tramar conjuras entre bambalinas o promover ocultamente el ascenso de quien eligieran. Y lo que es aún más importante: era la representación misma de la riqueza, la materialización del poder político del dinero, dado que sus integrantes poseían fortunas inmensas. El Senado de entonces era algo así como los actuales Wall Street o Silicon Valley, aunque con la ventaja añadida de ser una entidad a la que se eximía del pago de impuestos, como hoy ocurre en Estados Unidos con las fundaciones sin ánimo de lucro o las universidades. Con el abrir y cerrar de sus bolsas, los senadores podían encumbrar o derribar a cualquier político ambicioso.

Diocleciano era consciente de todo eso, y fue justamente lo que le animó a presentarse en Roma. Durante la breve estancia que pasó en la ciudad, intercambió algunos favores e hizo bastantes amigos,

dedicándose, por ejemplo, a poner el cargo de cónsul en manos de senadores clave, modificando así la tendencia de los años anteriores, en los que se había confiado esa responsabilidad al estamento militar. En cualquier caso, la cuestión era que, de momento, ya tenía al Senado de su parte.

Diocleciano no se demoró en exceso en Roma. El Imperio debía hacer frente a enormes desafíos y, como los más urgentes iban a suponer una gran prueba para el ejército, Diocleciano pasó a ocuparse del asunto, lo que lo llevaría a pasarse prácticamente toda la década siguiente guerreando en distintas campañas, tanto en el Danubio como en Oriente.

LA CRISIS DEL SIGLO III

El primer logro de Diocleciano, que iba a ser también el mayor de su carrera, lo llevó a restaurar la estabilidad del Imperio, atrapado en un interminable ciclo de violencia. Sin embargo, para que podamos hacernos una idea cabal de su hazaña hemos de echar un vistazo al medio siglo inmediatamente anterior a su ascenso al poder.

Los cincuenta años transcurridos entre el asesinato de Severo Alejandro y la proclamación de Diocleciano habían estado presididos por un largo período de crisis seguido de una lenta recuperación. Roma ya había hecho frente a graves emergencias en otras ocasiones, pero nunca de esa magnitud.

Los enemigos de Roma llevaban hostigando ininterrumpidamente las fronteras del Imperio, tanto en Oriente como en Occidente, desde el año 240, aproximadamente. Tanto la Galia como la actual Jordania se declararon independientes. Decio (cuyo nombre completo era Gayo Mesio Quinto Trajano Decio), un ambicioso emperador de mediados del siglo III, cayó en el campo de batalla mientras luchaba contra los invasores germanos en lo que hoy es Bulgaria. Poco antes había fallecido también el hijo de Decio, que regía con él los destinos de Roma en calidad de coemperador,

circunstancia que, según cuentan, habría hecho declarar bravamente a su padre que la pérdida de un soldado apenas tenía importancia. La mayor conmoción se produciría unos años después, con la captura del emperador Valeriano (Publio Licinio Valeriano), caído en manos del rey sasánida en el 260. Dicho soberano hizo labrar un altorrelieve en una pared de piedra situada en Irán en la que aparece a caballo, en actitud triunfal frente al rendido Valeriano. Una inscripción tallada en una estructura pétrea de las inmediaciones sostiene jactanciosamente que el rey había apresado con sus propias manos a Valeriano y a sus oficiales, y que después dispuso que se los deportara a Irán, donde fallecieron tiempo después. El episodio había supuesto una enorme humillación para los romanos.

La necesidad de atender a una invasión y a una revuelta en dos frentes distintos y muy alejados uno de otro tensó la musculatura militar de Roma hasta extremos próximos a la ruptura. El Imperio no solo tuvo que encajar un gran número de derrotas, sino que se vio obligado a abandonar definitivamente buena parte de la provincia de la Dacia. Para sufragar los gastos de la defensa, los emperadores devaluaron una vez más la moneda, pero todo lo que consiguieron fue una inflación generalizada. Por si fuera poco, a mediados de siglo estalló otra terrible epidemia, que se propagaría con furia por todo el Imperio durante quince años, complicando todavía más la escasez de efectivos del ejército romano. Y para colmo, en la década de 240, la fuerte sequía declarada había puesto fin al clima favorable que hasta entonces había venido procurando magníficos beneficios a la agricultura.

La población disminuyó, sobre todo en las ciudades. Por otra parte, el peligro de una invasión empujó a muchas plazas a levantar nuevas fortificaciones o a ampliar las antiguas. La propia Roma es en este caso el ejemplo más acabado de la preocupación reinante. Las gruesas murallas que actualmente contemplan los visitantes fueron originalmente construidas por el emperador Aureliano (Lucio Domicio Aureliano), que gobernó entre los años 270 y 275, aunque serían renovadas más tarde, tanto en la Edad Media como en la época moderna.

La inestabilidad política era el problema más recurrente de cuantos

acuciaban al Imperio. Los asesinatos y las guerras civiles habían hecho retemblar los cimientos del gobierno. Entre el 235, fecha del asesinato de Severo Alejandro, y el 284, hubo veinte emperadores, aunque en algunos casos su reinado fuese extremadamente breve. De hecho, en ese período, el promedio de estancia en el trono se situó por debajo de los tres años.

Pese a todo, el Imperio se rehízo, lo que da fe tanto de la resistencia de los romanos como de la desunión y debilidad de los enemigos que se proponían derribarlo. La recuperación se inició durante el reinado de Galieno (Publio Licinio Egnacio Galieno), hijo de Valeriano y coemperador con él. En el transcurso de su estancia en el poder –insólitamente larga, ya que duró quince años, del 253 al 268–, Galieno promovió una serie de importantes reformas. Entre otras cosas, excluyó a los senadores de los más altos puestos militares y los sustituyó por profesionales. Además, puso en marcha una nueva política defensiva, más modesta, en las fronteras. A partir de ese momento, los romanos pasaron a conceder una buena parte de las franjas fronterizas al enemigo y adoptaron una postura de naturaleza defensiva. Para ello las ciudades fortificadas próximas al limes actuaron como bases tácticas a fin de que sus guarniciones lograran prevenir una penetración más profunda de sus adversarios en territorio romano. Al mismo tiempo, Roma concentró un conjunto de ejércitos móviles en puntos estratégicos de la retaguardia, desplazándolos solo en caso necesario.

Gracias a estas medidas novedosas, Galieno consiguió infligir una buena cantidad de derrotas a los germanos, propensos a desencadenar invasiones. Sus sucesores lograrían una ventaja decisiva al mantener a raya a los pueblos que los presionaban en las fronteras, llegando incluso a reconquistar la Galia y el Oriente. En el caso del imperio sasánida, disfrutarían asimismo de una dulce venganza, ya que tomaron la capital persa y reinstauraron la provincia romana de Mesopotamia (que, en este caso, no abarcaba lo que hoy es Irak, sino una región relativamente pequeña situada en lo que actualmente es el sureste de Turquía).

Galieno pertenecía a la nobleza senatorial, pero los emperadores que vinieron tras él fueron en todos los casos hombres procedentes del ejército que habían alcanzado el poder por sus propios méritos,

es decir, soldados que se habían hecho a sí mismos gracias a las oportunidades que les había brindado el ejército profesional creado por Galieno. Sin embargo, ninguno de esos emperadores se revelaría capaz de recuperar la estabilidad política. De hecho, los de mayor éxito murieron del más súbito de los modos, y muchas veces de forma violenta.

Solo Diocleciano conseguiría restablecer el orden.

UNA CUADRILLA MILITAR AL FRENTE DE ROMA

Lo que Diocleciano comprendió con gran acierto fue que, para conservar el poder, tenía que compartirlo. Y desde luego él lo hizo a una escala sin precedentes. Menos de un año después de haber sido proclamado emperador, elegía como colaborador a un compañero de armas y militar profesional de los Balcanes. El soldado en cuestión se llamaba Maximiano (Marco Aurelio Valerio Maximiano), y era algo más joven que el emperador. Su padre había regido una tienda de comestibles en lo que hoy es Serbia, pero Maximiano se las había arreglado para ascender en el escalafón militar, tal y como había hecho Diocleciano. Los dos hombres habían servido juntos en el ejército, aunque es probable que Maximiano no se encontrara en Nicomedia el día en que Diocleciano recibió los vítores que lo auparon al trono. La primera medida que tomó Diocleciano consistió el nombrarlo César, es decir, su mano derecha y sucesor. Una vez hecho esto lo envió a la Galia. Más tarde lo elevó a la categoría de Augusto, es decir, de coemperador, y lo puso a cargo de la porción occidental del Imperio. Diocleciano se reservó para sí casi toda la parte oriental del mismo, que era la más populosa y rica de las dos.

Ha llegado hasta nosotros un retrato esculpido en mármol que podría ser de Maximiano y que nos indica que se trataba de un hombre de rasgos marcados, barba corta, ojos hundidos, mejillas cóncavas y expresión sagaz, escéptica incluso. Los autores que escribieron desde una óptica crítica sobre su persona, estando todavía vivo el propio Maximiano, aseguran que era un individuo

temible, en el que la ferocidad se unía a la barbarie.

Diocleciano no era el primer gobernante que designaba a un coemperador, pero lo extraordinario vino después, al tomar la decisión de añadir a la jefatura del Estado los nombres de otros dos hombres, esta vez en calidad de césares. La medida se hizo efectiva el 1 de marzo del 293, transcurridos poco más de ocho años desde su ascenso al poder.

En ese período, los tambores de guerra no dejaron de sonar en ningún momento. Diocleciano mantuvo un implacable plan punitivo consistente en luchar, negociar y seguir viaje. Para hacernos una idea de la tónica general de ese planteamiento, basta fijarnos en lo que hizo en uno de esos años –digamos el de 290–, ya que se estima que en esos doce meses recorrió una media de dieciséis kilómetros diarios. Con el paso del tiempo, Diocleciano encabezaría las distintas campañas militares que se estaban librando tanto en el Danubio como en Egipto y la frontera oriental, atareado en ir y venir de un teatro de operaciones a otro. Supervisó personalmente la construcción de una nueva serie de fuertes en el frente oriental, desde el río Éufrates hasta el desierto árabe. Negoció una tregua con los sasánidas. Se reunió con Maximiano a fin de coordinar las medidas que adoptar para sofocar una revuelta dirigida por el comandante de la Galia noroccidental –que se había declarado en rebeldía–, y detener los movimientos rupturistas que ese levantamiento galo había despertado por contagio en Britania. Y, no contento con eso, también encontró tiempo para ocuparse de las reformas domésticas que quería llevar a la práctica.

Con tantas cosas que atender, no tiene nada de extraño que Diocleciano buscara ayuda. Además, el hecho de compartir el poder con hombres de talento era una manera de arrebatarles el incentivo de la rebelión como fórmula para obtenerlo. Estamos aquí ante un buen ejemplo del principio político que dicta que todo gobernante ha de tener cerca a sus amigos, y más aún a sus enemigos.

Los dos césares trabajaban a las órdenes de los dos augustos, y su papel era de carácter fundamentalmente militar. En Occidente, el César del Augusto Maximiano fue Flavio Valerio Constancio. Constancio había sido gobernador provincial y prefecto de la guardia de Maximiano. En Oriente, sería Galerio (Cayo Galerio

Valerio Maximiano) –que posiblemente había desempeñado de manera similar las funciones de prefecto de la guardia de Diocleciano– quien asumiera el cargo Los cuatro hombres procedían de los Balcanes y habían pasado la infancia sumidos en la pobreza, y todos ellos habían logrado ascender en el ejército de Roma. Ninguno de los cuatro optaría por vivir en la capital. En lugar de afincarse en ella, eligieron residencia en puntos más próximos al frente: en el noroeste de Turquía, en Germania, en la Italia septentrional, en Siria y en el norte de Grecia. Los cuatro estaban en constante movimiento, atendiendo a las exigencias de la guerra y los levantamientos. Rara vez se encontraron, salvo en las escasas ocasiones en que tuvieron que celebrar cumbres de jefes de Estado. Se comunicaban básicamente por carta o a través de mensajeros.

A veces se da a estos dirigentes el nombre de tetrarcas (que literalmente significa «cuatro gobernantes»), y también se denomina tetrarquía, o «cuatro poderes», a este sistema de jefatura compartida. No obstante, se trata de un término moderno, ya que los antiguos nunca lo emplearon. Por otra parte, la autoridad que ejercían los cuatro líderes no se repartía por igual. Diocleciano era el que llevaba las riendas. Para mostrar a las claras esa posición, inventó dos nuevos títulos, ya que se concedió a sí mismo la denominación de Iovius, es decir, de Júpiter, el rey de los dioses. Otorgó a Maximiano el título de Herculius, o Hércules, hijo de Júpiter. Pese a que las monedas imperiales de este período resalten el tema de la armonía y el acuerdo, resulta evidente que la primera y más importante lealtad era la que se debía a Diocleciano. Como habrá de señalar un orador de la antigüedad, el Imperio continuó siendo «una heredad indivisa».

Tanto en la práctica como en los asuntos del día a día, Maximiano y Constancio se ocupaban de dirigir la parte occidental del Imperio, mientras Diocleciano y Galerio gestionaban la oriental, pero no hubo en ningún momento una división formal del territorio. Diocleciano era quien controlaba la estrategia general y el que tomaba las decisiones últimas. Sin embargo, la partición del Imperio tenía un sentido muy real. Diocleciano había comprendido que los problemas que aquejaban a Roma constituían una carga excesivamente grande para un solo hombre. Durante el resto de su historia, lo habitual sería ya que el Imperio contase con dos

emperadores.

UNA MADRE CORAJE Y UNA COMPAÑERA DE MARTE. LAS MUJERES DEL CÍRCULO IMPERIAL DE LA TETRARQUÍA

Siguiendo el procedimiento estándar que venía empleándose en Roma desde los tiempos de Augusto, Diocleciano utilizó el matrimonio para consolidar las relaciones políticas que le interesaban. Hizo que Maximiano casara a su hija con el césar Constancio, quien para ello tuvo que divorciarse de su esposa. Más tarde, Diocleciano ordenaría a Maximiano que nombrara hijo adoptivo a Constancio. En su doble condición de militar y estadista, Constancio pasó buena parte de su carrera en campaña y al ir cumpliendo años apenas daría muestras de que deseara abandonar el frente.

Por su parte, Diocleciano casó a su hija única, Valeria, con el césar Galerio, al que también él nombraría hijo adoptivo suyo. Las imágenes numismáticas nos muestran que Valeria era una hermosa joven de rostro un tanto masculino, con la cabellera esmeradamente trenzada y sujeta en un complejo tocado sobre la frente. Vemos también que luce una pequeña diadema. Galerio y ella tuvieron una niña a la que poco después prometieron en matrimonio con el hijo de Maximiano.

Galerio, que de niño había sido pastor, se alistó en ejército al cumplir la edad reglamentaria y fue ascendiendo poco a poco de rango. Era un hombre de notable estatura y fuerte complexión. Una fuente antigua, que sabemos que no simpatizaba con él, sostiene que intimidaba a cuantos se relacionaban con él y era de modales más que bárbaros. Se entretenía supuestamente criando osos y entregándoles grupos de criminales como pitanza mientras él mismo tomaba alegremente la cena.

Pese a la gran importancia que tenían los matrimonios imperiales en la política de Diocleciano, resulta frustrante comprobar que sabemos muy poco acerca de las esposas de los cuatro gobernantes.

Diocleciano estaba casado con Aurelia Prisca. Como bien se encargarían de demostrar los acontecimientos posteriores, fue una mujer leal y una madre de notable valentía, pero apenas han llegado hasta nosotros documentos que nos informen acerca de su papel de esposa. Tenía el título de «Mujer Nobilísima», y Diocleciano hizo erigir una estatua suya en el templo de Júpiter de Salona, pero no le concedió honores de Augusta. No sabemos con seguridad qué razones pudieron haber impedido que se la distinguiera de ese modo, pero quizá se debiera a que no quería ofender a las esposas de los otros tres coemperadores.

La madre de Galerio, en cambio, destaca por ser un personaje un tanto enigmático. Rómula, que así se llamaba, era una de esas madres romanas del temple de Acia o Agripina, y como tal veremos cernirse la alargada sombra de su figura sobre la biografía y la imagen pública de su hijo. Galerio daría incluso el nombre de «Rómula» a la villa en la que se retiró, una enorme finca levantada en mismo lugar en el que un día estuviera la casita de la infancia del César, en la actual Serbia.

Según se dice, Rómula era una mujer pagana sumamente religiosa. Galerio sostenía que se había emparejado con Marte, el dios de la guerra, tras aparecérsele este en forma de serpiente, y que él era el resultado de aquella unión. Esta afirmación nos retrotrae a los tiempos de la propaganda de Augusto, ya que este también mantenía que su madre había sido amante del dios Apolo, igualmente materializado en ofidio. Es indudable que Galerio deseaba honrar a su progenitora, puesto que ordenó construir templos a la diosa-madre y a Júpiter en el recinto de la villa en la que pasó sus últimos años.

Si antes de acceder al poder Diocleciano y sus tres coemperadores habían sido compañeros de armas en el ejército, ahora habían pasado a formar parte de una misma familia (o al menos de dos), unidas por lazos matrimoniales. Un célebre grupo escultórico en el que aparecen representados todos los tetrarcas –originalmente situado en la porción oriental del Imperio, pero que hoy puede verse en el exterior de la basílica de San Marcos de Venecia– nos muestra la imagen que proyectaba el cuarteto gobernante. La talla los presenta en pie, formando dos grupos. En cada uno de ellos, el

Augusto lleva una cuidada barba mientras que el César lleva la cara afeitada. Todos visten una pesada armadura y lucen el redondo bonete de lana típico de la región del Danubio. La empuñadura de sus espadas tiene el pomo adornado con una cabeza de águila, según una tradición propia de los bárbaros. En cada pareja de coemperadores, el Augusto y el César se enlazan con el brazo recíprocamente echado sobre los hombros de su homólogo, mientras la otra mano permanece apoyada en la guarda del gladio, diáfana expresión de que ambos se hallan dispuestos a combatir a cualquier intruso y a protegerse mutuamente.

Las estatuas fueron talladas en pórfido, una piedra muy apreciada que solía traerse de Egipto y se empleaba en las representaciones de los emperadores. El estilo artístico es cualquier cosa menos clásico. Rechonchas y pesadas, las figuras dan la impresión de haber sido labradas en la alta Edad Media. Sin embargo, son características de los grandes cambios que de experimentó el trabajo de la piedra en Roma a lo largo del siglo III, ya que en ese período las imágenes artísticas se simplificaron.

«UNA PAZ GANADA CON MUCHOS SUDORES»

En la primavera del 293, una vez entronizados sus tres colegas, Diocleciano decidió que había llegado el momento de avanzar en todos los frentes. Hasta ese momento había dedicado el tiempo a incrementar el despliegue de tropas en la frontera y a reforzar los baluartes del limes. Los fortines que Diocleciano había ordenado levantar eran más pequeños que los de los primeros romanos, pero su número era mayor y no solo formaban una barrera defensiva más densa, sino que se hallaban colocados en emplazamientos de más difícil acceso. Se han encontrado redes de este tipo de construcciones militares en distintas fronteras y regiones costeras, tanto en Oriente como en Occidente.

El número de legiones creció muchísimo, ya que Diocleciano dejó atrás las treinta y tres de los tiempos de Septimio Severo y las convirtió en cincuenta, aunque ahora el volumen de efectivos de

cada una de esas unidades fuera menor. No está claro si las dimensiones totales del ejército aumentaron o no con Diocleciano, pero desde luego es indudable que facilitó la consecución de los objetivos del sistema de reclutamiento, dado que recuperó la práctica de la llamada anual a filas, método que se aplicaba por primera vez desde la época de la República. También exigió que se alistaran en el ejército tanto los hijos de los legionarios en activo como los de los veteranos.

Si Diocleciano era un soldado, Galerio fue su montura de guerra. Tras defender la frontera del Danubio y sofocar una rebelión en Egipto, Galerio fue enviado a Oriente para hacer frente a la invasión sasánida de Armenia. Sin embargo, en el 297, Diocleciano tuvo que presentarse en el país del Nilo para atajar otra rebelión surgida en esa provincia africana. Tras un largo asedio en el que cortó el suministro de agua potable de Alejandría, el emperador consiguió tomar la ciudad.

Ese mismo año, Galerio sufrió una terrible derrota a manos del Imperio sasánida. Diocleciano montó en cólera y decidió darle una lección de humildad, así que, tras abandonar Egipto y partir en dirección a Siria, el Augusto obligó a su César, todavía revestido de la púrpura, a correr a un lado del carruaje imperial por espacio de más de un kilómetro, haciendo que todos lo vieran entrar así en la plaza de Antioquía.

No obstante, el bochorno de Galerio fue de corta duración. En el 298, tras reunir un nuevo contingente con tropas venidas de los Balcanes, trabó batalla contra los sasánidas y los venció. Hasta se apoderó del harén del rey sasánida, en el que se encontraban nada menos que todas las esposas del monarca, junto con sus hermanas e hijos. Mientras Galerio marchaba hacia el sur, para internarse en lo que hoy es Irak, Diocleciano procedió a reocupar las antiguas posesiones romanas del sur de Turquía. Valiéndose del harén como moneda de cambio, Diocleciano negoció con el rey sasánida y consiguió que este reconociera la soberanía de Roma sobre todos los territorios reconquistados. Esta gran victoria romana desembocó en un tratado de paz llamado a perdurar cerca de cuarenta años. Lograda esa hazaña, Diocleciano volvió a recibir a Galerio con los brazos abiertos. Más tarde lo enviaría a la frontera del Danubio,

donde tendría que librar duros combates. De hecho, Galerio se vería obligado a dedicar buena parte de la década inmediatamente posterior a rematar la campaña desatada en la zona.

Al mismo tiempo, en Occidente, también Maximiano se afanaba en la tarea. Venció a los rebeldes de la Galia, Hispania y África, forzó la retirada de varios invasores germanos en tierra y atajó la penetración marítima de diferentes grupos de piratas. Sin embargo, fracasó en el empeño de reconquistar la levantisca Britania. Ese cometido quedó a cargo de Constancio. En el 296, el César occidental cruzó el Oceanus Britannicus (es decir, el canal de la Mancha) y acabó aplastando la prolongada rebelión de la isla. Ha llegado hasta nosotros un medallón de oro en el que se conmemora la entrada de Constancio en Londres montado en su caballo. La leyenda de esta magnífica joya ensalza al César como REDDITOR LVCIS AETERNA o «Restaurador de la luz eterna».

En el 298, tras catorce años de guerra ininterrumpida, Diocleciano y sus coemperadores consiguieron asentar al fin la situación de las fronteras. Recibieron grandes elogios por haber derrotado y liquidado a los bárbaros, como se conocía entonces a los pueblos enemigos de Roma, y por haber establecido «una paz ganada con muchos sudores». Había llegado la hora de emprender reformas internas y de pulir y ampliar un programa de renovación que ya llevaba tiempo en marcha.

LAS GRANDES DISPOSICIONES DE GOBIERNO

Los planes que había concebido Diocleciano eran caros. El ejército, tras la interminable serie de choques, era la partida más onerosa del presupuesto, pero también había que atender la inmensa campaña arquitectónica que se había iniciado. Además de tener que sufragar los gastos asociados con la construcción y el mantenimiento de los baluartes fronterizos y las calzadas, cada uno de los tetrarcas necesitaba al menos un palacio (y muchas veces más de uno). Por otra parte, Diocleciano tampoco estaba dispuesto a descuidar el adecentamiento de la ciudad de Roma. Ordenó reconstruir la sede

del Senado, derruida tras un devastador incendio (y, de hecho, ese nuevo edificio es el que todavía hoy permanece en pie en el Foro romano); erigió un arco triunfal (actualmente perdido) y edificó las inmensas Termas de Diocleciano, la mayor casa de baños que jamás haya visto la luz en Roma. Andando el tiempo, los diferentes componentes de las ruinas de ese centro termal, dispersos por una superficie de más de cuarenta mil metros cuadrados, se irían transformando en dos iglesias del Renacimiento (una de ellas diseñada por Miguel Ángel), un enorme museo arqueológico, un palacio de exposiciones que durante un tiempo albergó un planetario y, finalmente, aunque no por ello menos importante, una de las plazas principales de la Roma moderna.

Otro de los desembolsos fue el empleado en costear la nueva y más amplia estructura administrativa que Diocleciano había impuesto al Imperio, con la que se duplicaba el número de provincias, que de ese modo pasaron de ser unas cincuenta a sumar prácticamente el centenar. También agrupó las provincias en doce regiones inéditas, a las que dio el nombre de diócesis (término que todavía se utiliza en la Iglesia cristiana para designar las diferentes unidades en que se dividen administrativamente los territorios en los que tiene implantación), cada una de ellas dotada de su correspondiente administrador. Los senadores quedaron virtualmente apartados de la gobernación provincial, ya que casi todos los puestos se confiaban a los caballeros. El objetivo del nuevo sistema consistía en facilitar la recaudación de impuestos y en mejorar el cumplimiento de las leyes y las normativas.

La península itálica, que siempre había estado históricamente exenta de cualquier gravamen fiscal, dejó de disfrutar de ese privilegio. Diocleciano dio a la región el mismo trato que a cualquier otra provincia. Hasta la ciudad de Roma tuvo que pagar impuestos, y también los senadores, en un gesto que se entendió como el colmo del rigorismo. Esto comenzaría a llenar el vaso de un resentimiento llamado a desbordarse en el futuro.

Con el fin de poder atender las necesidades derivadas de la ampliación del ejército, el gobierno creó fábricas de armas en varios puntos del Imperio. A su vez, esta medida obligó a la población local de esas plazas a pagar un determinado número de tasas. El

brazo de la administración reveló ser sumamente largo. Buen ejemplo de ello es el hecho de que los documentos que se han conservado señalen que en septiembre del 298 un herrero egipcio se ausentó de su trabajo en el arsenal de su pueblo. Al conocer el dato, el gobernador ordenó a la policía que saliera en su busca, lo arrestara y lo llevara a su presencia, junto con todo su utillaje laboral.

Sin embargo, todas estas disposiciones se adoptaron en un contexto general dominado por una moneda básicamente desprovista de valor. Ya en tiempos de Septimio Severo se había reducido al cincuenta por ciento la cantidad de plata presente en las piezas romanas de ese metal. En la década del 260 había ciertas monedas cuyo contenido de plata equivalía apenas a un dos o un tres por ciento de su valor nominal. No es de extrañar que esta situación acabara provocando una grave crisis financiera. Como de costumbre, Diocleciano no tardó en idear la forma de responder al problema; de hecho, fueron varias las vías que concibió para hacerle frente.

Para comprender adecuadamente el marco en el que se inscriben los acontecimientos, debemos recordar que, en los inciertos años de la crisis, los granjeros y ganaderos de varias regiones del Imperio habían renunciado a su independencia a cambio de la protección de un terrateniente local. De ese modo pasaron de ser propietarios libres, como antes, a convertirse en simples arrendatarios. En los años que nos ocupan, Diocleciano decidió formalizar ese estado de cosas y trató de atarlos de forma permanente a la tierra, ya que si los labriegos se hallaban anclados al terruño resultaba más fácil cobrarles impuestos que si gozaban de movilidad. Se estableció así un nuevo sistema fiscal fundado en el pago en especie en lugar de en el abono de cantidades en metálico.

Sin embargo, seguía siendo imperativo pagar en efectivo el salario de los soldados, así que no había más remedio que plantar cara al aprieto que suponía la inflación. En torno al año 294, Diocleciano aumentó el peso de la moneda de oro, puso en circulación una nueva pieza de plata, más honesta, y reformó la emisión de la calderilla de bronce. Pese a ese noble esfuerzo, las monedas de bronce continuaron sobrevaloradas y la inflación alcanzó extremos

galopantes. Por consiguiente, en el 301, el gobierno intervino mediante la promulgación de un decreto que, de facto, vino a reducir a la mitad el valor de las monedas de bronce.

Pocos meses después, Diocleciano y sus colegas tomaron una disposición de enorme calado para tratar de forzar el control de los sueldos y los precios. Ese fue el objetivo con el que elaboraron el célebre edicto sobre precios máximos. El preámbulo que precede a la norma resulta muy elocuente. Tras dedicar unos comentarios a la denuncia de la codicia y la especulación, los tetrarcas establecieron el límite superior de los salarios y los precios. Y el castigo previsto para todo aquel que violara ese techo de coste fue nada menos que la pena de muerte.

Los cuatro coemperadores se mostraban particularmente preocupados por la situación del ejército, y citaban varios casos en que los soldados habían visto evaporarse la totalidad de su paga, junto con sus bonificaciones, en una sola transacción. Los malvados usureros, aseguraban, no solo estaban engañando a la gente, sino defraudando al conjunto de la sociedad, ya que el dinero de los impuestos servía para saldar las cuentas del ejército.

El edicto establece los precios de más de un millar de artículos y los honorarios asociados con la prestación de un gran número de servicios. Se entra a estipular en detalle el importe de cosas tan variadas como los guisantes, la mostaza o la carne de cabra y de faisán, y se añade asimismo la cuantía de las compensaciones económicas debidas a los trabajadores del mármol, los pastores de camellos, los veterinarios y los maestros. El objetivo que se perseguía era realmente ambicioso, pero estaba condenado al fracaso. Al final, lo que se produjo fue un enorme acaparamiento que dejó a la población desabastecida y fomentó el desarrollo de un floreciente mercado negro.

LA REPRESENTACIÓN CEREMONIAL

Como sugiere el grupo escultórico en el que figuran Diocleciano y

sus tres colegas, parece que el emperador prestaba muchísima atención a la representación de su persona y su rango. De hecho, en época de Diocleciano la corte imperial abandonaría toda pretensión de republicanismo y se convertiría en una esfera de poder capaz de promover que hasta el más encumbrado de los monarcas se sintiera a sus anchas. De hecho, varios de sus predecesores ya se habían dedicado a aumentar el boato de los protocolos cortesanos, pero Diocleciano llevó la pompa a extremos mucho más notables.

Diocleciano solía vestir una túnica de púrpura entretejida de hilos de oro y realzada con joyas y un calzado de seda. Para los antiguos, el púrpura era el color de la realeza. Los primeros emperadores evitaron esa tonalidad y, pese a que Adriano y sus sucesores comenzaran a emplearla cada vez más, lo cierto era que, hasta entonces, nadie había puesto tanto entusiasmo en el uso de ese símbolo distintivo como Diocleciano. El emperador insistiría asimismo en que se le llamara «señor» (dominus) en público. Todos los palacios imperiales que se construyeron durante su reinado cuentan con grandes salas de audiencia y muestran una organización interna pensada para que el gobernante pudiera causar una impresión de pasmo en sus visitantes. Además, se presentaba muy a menudo rodeado de eunucos, una camarilla de personajes a los que los autores clásicos desdeñaban por considerarlos un signo de despotismo.

Los eunucos llevaban desempeñado un cierto papel en la gobernación imperial desde sus mismos inicios, pero, en general, su rol siempre había sido modesto. Los romanos asociaban su presencia con las prácticas de las autocracias extranjeras, pero en tiempos de Diocleciano su empleo en la gobernación romana llegó a su punto culminante. Se trataba de esclavos manumisos, frecuentemente procedentes de Armenia o Persia, y en estos años comenzaron a ostentar cargos clave en la casa imperial; tanto es así que, en muchas ocasiones, tenían en sus manos la llave que daba o negaba el acceso al purpurado.

Uno de los puntos en los que era posible abordar al emperador eran las puertas de las ciudades, sobre todo si se celebraba un gran acto ceremonial. Esos acontecimientos, unidos a las recepciones de la corte, podían ser el momento perfecto para un panegírico, un

discurso o una loa. Si ya en los reinados anteriores esas declamaciones se habían revelado invariablemente obsequiosas, en época de Diocleciano los pretextos oratorios empezaron a alcanzar niveles de adulación desconocidos hasta entonces. En el 301, por ejemplo, Diocleciano y Maximiano se reunieron en el palacio de Mediolanum (la actual Milán). Al verlos, un hombre que había escrito un discurso exclamó: «¡Qué visión otorga vuestra clemencia a quienes alcanzan a divisaros tras haber sido admitidos en el palacio de Milán para adorar vuestros sagrados rostros! ¡Qué dicha nos causa comprobar que vuestra divina bicefalia sume súbitamente en el desconcierto a cuantos se habían habituado ya a la consuetudinaria práctica de una veneración única!».

Ese mismo autor sostiene que, al abandonar ambos gobernantes la residencia y comenzar a recorrer en litera la ciudad, hasta los propios edificios parecían conmoverse a causa de la enorme muchedumbre que se había echado a la calle o aparecía asomada a las ventanas de los pisos altos para intentar entreverlos. Y, al comentar que la gente gritaba de júbilo, sin el más mínimo temor, el escritor se detiene en detallar sus palabras: «¿Veis a Diocleciano? ¿Veis a Maximiano? ¡Ahí los tenéis, a los dos! ¡Están juntos! ¡Cuán apretadamente viajan en mutua compañía! ¡Cuán afablemente conversan! ¡Y qué rápido pasan!».

Mucho había llovido desde los días en que Livia se dedicara a la llamativa actividad de tejer en su propio telar la toga de lana de su esposo Augusto, o aun desde que el Senado de los tiempos de Tiberio declarara ilegal que los hombres vistiesen ropas de seda. Sin embargo, los encallecidos militares de los Balcanes que ahora regían el Imperio venían de un mundo muy distinto. Y ahora que disfrutaban de un gran poder y se habían hecho con inmensas riquezas hallaban sumamente placentero exhibirlas a los ojos de todos.

LA GRAN PERSECUCIÓN

Podría parecer extraño que Diocleciano dedicara tanto tiempo y

esfuerzos a las persecuciones religiosas. En realidad, lo lógico habría sido esperar que un militar como él hubiera preferido mostrar una displicencia parecida a la que más tarde daría en apuntar el dictador soviético Iósif Stalin al preguntar sarcásticamente: «¿Cuántas divisiones tiene el Papa?».

Sin embargo, a diferencia de las poblaciones modernas, los romanos no se habían educado bajo la alargada sombra de la creencia de que Dios ha muerto. Al contrario, la mayor parte de los romanos veía en los infortunios del Imperio una clara señal de desaprobación divina. Las diferentes deidades estaban furiosas con Roma. Era preciso apaciguar su cólera, así que el Estado debía restaurar lo que en esa época se denominaba «la paz de los dioses». Pero ¿cómo lograrlo?

La cuestión era que había quien respondía a esa pregunta diciendo: «Con nuevos dioses». Con sus numerosas miserias y padecimientos, la crisis del siglo III actuó como un poderoso acicate de la conversión, así que mucha gente abandonó a las antiguas deidades para abrazar a otras más recientes.

En el transcurso de los primeros siglos del Imperio habían ido llegando a la capital, procedentes de Oriente, diversas religiones extranjeras, algunas de las cuales eran además desconocidas para los ciudadanos. El mercado religioso de la Roma del siglo III era verdaderamente un mosaico multicolor. Las personas de fe podían elegir entre los cultos mistéricos griegos, que proponían revelar a sus adeptos el secreto de la vida eterna; la adoración a la diosa egipcia Isis, cuyos sacerdotes desfilaban por las calles cubiertos de vistosas túnicas, de manera similar a los actuales miembros del movimiento Hare Krishna, aunque con el importante añadido de la autoflagelación; la veneración a Mitra, un dios que se hallaba a medio camino entre la figura solar y el símbolo machista, dado que únicamente admitía seguidores varones y les exigía participar en el sacrificio de toros sagrados en una especie de catacumbas similares a las salas capitulares de algunas fraternidades universitarias estadounidenses; o la religión, traída de Persia y particularmente atractiva para los intelectuales, del maniqueísmo, cuyas doctrinas veían el mundo en términos dualistas, como una lucha entre la luz y las tinieblas. El judaísmo consiguió en esa época un gran número de conversos, y probablemente se rodeó de una masa de simpatizantes

aun mayor, ya que sus fundamentos teológicos y su libro sagrado, de probada antigüedad, gustaban más que sus estrictos principios.

Por último, también podía optarse por el cristianismo, que prometía la salvación a sus fieles, además de un conjunto de ritos, una vida fraterna en comunidad y las mismas ventajas del judaísmo, aunque despojadas de la necesidad de atenerse a sus preceptos restrictivos. La hostilidad oficial de las autoridades romanas no había impedido la propagación del mensaje de la Iglesia. De hecho, los gobernantes romanos preferían ignorar por regla general a los cristianos. Los casos de persecución fueron de carácter esporádico, local y relativamente raro, a excepción de los ocurridos en la década del 250, ya que en esa época los emperadores, que habían visto vacilar su posición a consecuencia de una serie de desastres, como sabemos, se dedicaron durante un breve período de tiempo a hostigar a los cristianos que se negaran a ofrecer sacrificios a los dioses. Sin embargo, no tardaría en volverse a la anterior situación, presidida por la práctica por la tolerancia.

Si el cristianismo consiguió tantos seguidores fue por su insistencia en la caridad y la vida fraterna y en común. La Iglesia estaba abierta a las mujeres y los esclavos. Pese a sus componentes apocalípticos y revolucionarios, el cristianismo acabaría por convertirse en gran medida en la religión dominante. Los ricos, los intelectuales..., hasta los soldados empezaron a convertirse.

Con todo, los cristianos seguían siendo una minoría y se concentraban fundamentalmente en el este y el norte de África. En cualquier caso, es posible que constituyeran ya el diez por ciento de la población global del Imperio, lo que no era una cifra desdeñable, sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de los cristianos vivían en las ciudades, que eran los centros neurálgicos de la civilización romana. Por otro lado, el aspecto y el comportamiento de los cristianos era, por regla general, perfectamente anodino. No vestían ropas especiales y tampoco vivían en ningún gueto ni enterraban a sus muertos en lugares independientes ni hablaban una lengua diferente. Eran el vecino de la casa de al lado, la mujer que se dedicaba a su familia o se dedicaba a los negocios, el maestro, el abogado o el militar que dormía en la tienda contigua. Lo único que los diferenciaba de los demás romanos era que no

estaban presentes en los templos ni en las ceremonias festivas, que celebraran su culto en iglesias (que en la mayoría de los casos eran domicilios privados), y que tendieran a no realizar sacrificios para que los dioses se mostraran propicios al emperador.

A Diocleciano no le agradaba nada ese desapego, y llegó a la conclusión de que constituía un delito de negligencia en el cumplimiento del deber. No era precisamente una persona propensa a abrazar una nueva religión para procurar la paz de los dioses. Al contrario, se trataba de un hombre al que su original condición humilde lo empujaba ahora a adorar a las viejas deidades romanas con las redobladas dosis de fervor de quien pretende hacer méritos para integrarse. Además de ofrecer personalmente sacrificios a los antiguos dioses, decidió perseguir a quienes no los hicieran. Es posible que ya llevara algún tiempo dándole vueltas a esa idea en la cabeza, pero, de ser así, tuvo que esperar hasta el año 298, es decir, a que terminara la guerra con Persia, para poder actuar. Además, también es posible que su intervención viniera motivada por la edad, dado que, al ir cumpliendo años, pudo haber empezado a reflexionar en el legado que iba a dejar tras de sí y quisiera ganarse el favor de los dioses antes de poner fin a su estancia en el trono. Sea como fuere, lo cierto es que no tomó ninguna iniciativa hasta el año 303.

Las primeras medidas persecutorias que tomó fueron dirigidas contra los maniqueos, que no solo resultaban sospechosos por el simple hecho de ser una novedad que introducía diferencias en el panorama cultual de Roma, sino también por defender unas doctrinas que se habían originado en Persia. Según afirmaba el propio emperador, los maniqueos eran como serpientes venenosas y perjudiciales. Sin embargo, una vez yugulados los grupos de maniqueos, Diocleciano comenzó a centrar su celo en los cristianos.

El emperador temía el creciente poder de la Iglesia y se sentía sumamente incómodo con sus posibles consecuencias, sobre todo por el incremento de su influencia en el ejército. Todos sus instintos lo impulsaban a aplastarla, y en ese terreno contaba con el firme apoyo de su colega Galerio. De hecho, hay fuentes que sostienen que la persecución había sido idea de Galerio. Una de las posibilidades más interesantes es la de que detrás de las inquinas de

Galerio estuviese su madre, Rómula, espoleada por su intensa fe en los dioses paganos. Como mínimo, hay que plantearse la hipótesis de que tras la peor persecución sufrida por la Iglesia cristiana en la antigüedad se encontrara una mujer criada en las ondulantes colinas de la Serbia rural.

Entre los años 303 y 304, la emisión de una serie de órdenes terminaría por concretar lo que los cristianos han dado en llamar la Gran Persecución. Los primeros decretos concentraron el ataque en el clero y en los cristianos que ocupaban cargos relevantes. Después el régimen pasó a ocuparse también de los cristianos comunes y corrientes, a los que exigió que efectuaran sacrificios a los dioses paganos. Se derribaron las iglesias y se confiscaron los libros sagrados. En cualquier caso, el principal interés de Diocleciano radicaba en expulsar del ejército a los miembros de la nueva confesión.

De acuerdo con una fuente cristiana, la persecución se inició en el invierno del 303, con la destrucción de una iglesia cristiana en Nicomedia, cerca del palacio de Diocleciano. Este autor acusa a Galerio de haber ordenado después que se prendiera fuego a la mansión del emperador para echar la culpa del siniestro a los partidarios de esa religión y conseguir así que Diocleciano se encendiera de rabia y prosiguiera el ataque con virulencia. Al parecer, Diocleciano mordió el anzuelo y mandó torturar a sus criados con la esperanza de arrancarles una confesión que, sin embargo, no consiguió.

Según se dice, Diocleciano llegó incluso a sospechar de su esposa y de su hija. Sea como fuere, lo más probable es que esa fuese la razón de que las conminara a efectuar sacrificios a los dioses tradicionales. Podemos tener prácticamente la seguridad de que no habían abrazado la nueva fe, pero es posible que hubieran expresado alguna simpatía hacia los cristianos.

La reacción de los agredidos fue bastante diversa. Unos optaron por pasar a la clandestinidad, otros prefirieron sobornar a los funcionarios encargados de vigilarles, un tercer grupo aceptó honrar con sacrificios a las deidades romanas, y finalmente hubo también quien se negó a traicionar sus convicciones y pereció ejecutado por defenderlas. Hubo mártires, claro está, como refiere la literatura

cristiana. Un veterano llamado Julio que había prestado servicios en el ejército durante nada menos que veintisiete años y tenía siete campañas a sus espaldas prefirió ser ajusticiado a ofrecer incienso a los dioses. Crispina, una mujer acaudalada y madre de varios hijos que vivía en lo que hoy es Argelia, también juzgó mejor la ejecución que el sacrificio. En la actual Túnez, el obispo Félix se negó a entregar sus libros sagrados y también fue ajusticiado. Tenía cincuenta y seis años.

Fue una época terrible para los cristianos. Aunque con intermitencias, las persecuciones se prolongaron por espacio de diez años y provocaron grandes sufrimientos. Sin embargo, al final resultaron inútiles. Una de las razones de ese fracaso hay que buscarla en la firmeza y tenacidad de los supliciados, aunque también influyó el hecho de que algunas autoridades no cristianas se negaran a participar en el acoso. ¿Cuántos romanos estaban dispuestos a condenar a muerte a sus conciudadanos pese a que en realidad no hubieran cometido delito alguno? En Britania y la Galia, Constancio se limitó a demoler las iglesias, ya que en todos los demás aspectos dejó en paz a los cristianos. Y seguramente no fue el único oficial que decidió moderar en su aplicación las órdenes de Diocleciano.

El número de mártires no fue excesivamente elevado, pero el martirio ejerció una enorme influencia en la conciencia de los cristianos, y es probable que suscitase además la admiración de quienes no profesaban esa fe. Esto significa que el cristianismo salió reforzado de las agresiones.

Tras su fallecimiento, Rómula fue enterrada en un mausoleo especialmente levantado para contener sus restos y situado en la propiedad rústica a la que Galerio había dado el nombre de su madre. Poco después era declarada diosa. Dada su biografía, nadie habría adivinado entonces que la religión pagana que ella había promovido y ensalzado no tardaría en ser a su vez objeto de persecuciones ideológicas.

COLES Y REYES

Diocleciano fue el primer emperador romano en retirarse de la vida pública (y también el último). Y lo que es aún más notable: tras abandonar el poder, consiguió vivir sin que nadie lo molestara durante cerca de una década.

¿Qué fue lo que lo impulsó a abandonar el trono? Las fuentes sostienen que había empezado a perder facultades y que le flaqueaba la salud, pero sabemos que otros muchos emperadores se habían aferrado al poder pese a sufrir apoplejías, dolencias cardíacas o ataques de gota. Desde los tiempos del dictador Sila, hacía ya casi cuatrocientos años, no había habido en Roma un solo hombre fuerte que hubiera renunciado voluntariamente al poder. De hecho, Julio César había calificado el gesto de Sila como que se trataba de puro analfabetismo político, ya que sostenía que los dictadores no pueden jubilarse. Pero Diocleciano no era ningún iletrado. Sabía que sus leales colegas y coemperadores dejarían de mostrarle fidelidad en el mismo instante en el que percibieran los primeros signos de debilidad. Todos ellos codiciaban la púrpura y estaban dispuestos a luchar por ella, pero Diocleciano deseaba elegir a su sucesor, y obviamente no podría hacerlo desde la tumba. Lo más probable es que llegase a la conclusión de que era mejor renunciar al poder, pasar a un segundo plano y conservar de ese modo la vida para manejar los hilos entre bastidores y disponer las cosas a su conveniencia.

Maximiano y Constancio eran hombres capaces y ambiciosos, pero Diocleciano prefería a Galerio. Éste llevaba más de una década sirviendo fielmente a Diocleciano, siguiendo sus órdenes con todo esmero y manteniendo la disciplina con mano de hierro en el ejército. Era, además, el marido de su hija Valeria, y padre de su nieto. Tras sopesar bien el asunto, el emperador tomó una decisión y se preparó para el gran día.

En torno al año 300, Diocleciano comenzó a construir en la localidad dálmata de Spalatum, cerca de Salona, su ciudad natal, la residencia en la que pensaba retirarse. A las actuales ruinas, que todavía conservan un considerable esplendor, suele dárseles el nombre de Palacio de Diocleciano, pero lo cierto es que se trataba de algo más que un simple palacio, ya que la mansión era al hogar

del jubilado lo que Fort Knox a una sucursal bancaria de barrio.

La planta del edificio tenía aproximadamente 214 metros de largo por 180 de ancho, y podía alojar a miles de personas. Era una mansión amurallada, fortificada y dividida en cuatro sectores, igual que los campamentos militares romanos. Entre sus dependencias figuraba incluso una pequeña fábrica de armas. Había asimismo un templo y un mausoleo, aunque a diferencia de los emperadores anteriores, Diocleciano prefirió no erigir su tumba en Roma.

El palacio era en buena medida un pronunciamiento ideológico en piedra. Las cuatro partes en que se dividía el recinto eran una representación del poder de los tetrarcas, que venían a ser prácticamente la encarnación misma de los dioses. Y el más importante de los cuatro era evidentemente Diocleciano, hijo de Júpiter.

Maximiano no participaba de las ansias de Diocleciano y no tenía la menor gana de jubilarse. Quería permanecer en el poder, y también deseaba asegurar el porvenir de su hijo, Majencio, al que planeaba nombrar sucesor. Sin embargo, Diocleciano se negó a secundar los planes de su coemperador, más bien todo lo contrario. Obligó a Maximiano a apartarse del trono y a excluir a Majencio de la línea sucesoria. En lo sucesivo, los dos nuevos augustos habrían de ser Galerio en Oriente y Constancio en Occidente, mientras que la designación de la renovada pareja de césares recaería sobre Maximino Daya y Flavio Valerio Severo, respectivamente. Ambos eran soldados de los Balcanes y los dos habían trabajado en estrecha colaboración con Galerio. De hecho, Maximino Daya era su sobrino.

En una serie de ceremonias formales cuidadosamente coordinadas, Diocleciano y Maximiano dejaron simultáneamente el poder en la misma fecha: el primero de mayo del 305. Diocleciano lo hizo en Nicomedia y Maximiano en Mediolanum. Como parte del ritual, se despojaron de la toga púrpura y se vistieron con la ropa de los ciudadanos particulares.

No obstante, ambos hombres se adornaron con el nuevo título de Augusto Emérito. Era un intento de conservar cierta autoridad aun después de la abdicación, pero la estratagema no funcionó.

Poco después, al comenzar a batallar entre sí los cuatro nuevos protagonistas del espectáculo imperial, la emotiva lealtad de Hermanos de sangre se transformó rápidamente en una cascada de intrigas más propia de Juego de tronos. Se tardaron veinte años en conseguir despejar finalmente la incógnita, pero una vez cuajados los cambios se abrieron las puertas de una de las mayores y más aparatosas metamorfosis que jamás haya conocido la civilización occidental.

El 25 de julio del 306, transcurrido poco más de un año desde que Diocleciano abandonara el poder, fallecía Constancio, el Augusto de Occidente. Casualmente, también él vivió sus últimos momentos en la localidad de Eboraco, en Britania, igual que Septimio Severo. Las tropas del coemperador muerto organizaron inmediatamente un golpe de mano; no hay duda de que el movimiento llevaba largo tiempo gestándose. En lugar de aceptar como nuevo gobernante al César que Diocleciano había elegido, la soldadesca aclamó al hijo de Constancio, Constantino, y lo designó Augusto. Constantino se valió entonces de la aclamación para entablar una serie de negociaciones. Tras llegar a un acuerdo con Galerio, aceptó el título de César, que pese a ser de rango inferior al de Augusto no dejaba de constituir un salto de gigante para él.

Pocos meses después estallaba un nuevo problema en los planes sucesorios diseñados por Diocleciano. El 28 de octubre, la ciudad de Roma se rebelaba, debido en gran medida a la cólera que había suscitado el intento de gravar con impuestos al pueblo llano. Con un gesto que recordaba a épocas pretéritas, la guardia pretoriana volvió a mostrar sus garras y eligió a un nuevo emperador: Majencio, hijo del retirado Augusto Maximiano. Le otorgaron el para entonces anticuado título de princeps, es decir, «primer ciudadano». Majencio solicitó a su padre que abandonara las bambalinas de la política y lo declaró nuevamente Augusto.

Con el fin de ampliar el círculo de partidarios de su hijo, Maximiano concertó un matrimonio de conveniencia. Concedió la mano de su hija a Constantino y le ofreció reconocerlo como Augusto. A cambio, Constantino aceptó como Augusto de Occidente a Maximiano y a Majencio en la posición de César.

Los acontecimientos que se produjeron a continuación

desconcertarían hasta al más minucioso de los observadores. Majencio estaba casado con la hija de Galerio, pero este se opuso violentamente a las intrigas de poder de su joven yerno. Bien instalado en su cuartel general de Oriente, Galerio envió a Severo a Italia y le confió la misión de combatir a Majencio. Sin embargo, Severo salió derrotado, fue hecho prisionero y terminó ejecutado. Galerio se encargó entonces de dirigir un nuevo ataque, pero también fracasó, aunque al menos consiguió escapar a su oponente. Para complicar todavía más las cosas, mientras todo esto sucedía, Maximiano se enemistaba con Majencio. La fea inquina que surgió entre ambos llegaría a su punto de mayor encono en el 308, al intentar Maximiano apartar a su hijo del poder.

Fue entonces, llegadas las cosas a ese punto, cuando Maximiano lanzó a Diocleciano el llamamiento con el que abríamos el presente capítulo. En noviembre del 308, los dos hombres celebraron una conferencia en Carnunto, en la provincia de Panonia (la actual región centroeuropea que incluye los países de Serbia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Austria y Eslovaquia). En ella, Maximiano intentó convencer a Diocleciano de que volviera a asumir el mando global del Imperio. El antiguo emperador optó sabiamente por declinar la oferta. Esgrimió el pretexto de las coles que cultivaba para explicar los motivos que lo impulsaban a regresar a la seguridad de los muros de su palacio fortificado, sabedor de que desde allí podía influir en los acontecimientos sin ser visto. Maximiano se vio obligado a abdicar por segunda vez de su posición de Augusto, pero seguía ansiando el trono. Esto lo empujaría a pelearse con su yerno Constantino, llegando incluso al extremo de tratar de asesinarlo. Y entonces Constantino perdió la paciencia, de modo que en el 310 forzó el suicidio de Maximiano.

Nadie debe pensar, no obstante, que a todo esto Galerio permanecía inactivo. Se esforzó en mejorar su posición recurriendo tanto a la propaganda como al politiqueo dinástico. Pese a que Diocleciano nunca hubiera otorgado a su esposa Aurelia Prisca el título de Augusta, Galerio decidió que él podía concedérselo ahora a Valeria, su mujer (e hija de Diocleciano). También dio el nombre de Valeria a una de las provincias. Galerio quería pavonearse y dar la impresión de encontrarse por encima de sus colegas gobernantes, pero, como es obvio, los aludidos no lo aceptaron.

Corriendo todavía el año 308, Galerio nombró Augusto de Occidente a otro militar de los Balcanes, con la esperanza de arrebatar finalmente las riendas del poder a Majencio, que se encontraba en Roma. El elegido no solo había sido toda la vida compañero de armas de Galerio, también había servido a sus órdenes como general en la guerra contra Persia: respondía por Valerio Liciniano Licinio. Era, como ya venía siendo habitual, un muchacho de extracción humilde y criado en los Balcanes que había conseguido ascender por méritos propios en las filas del ejército. Sin embargo, ni siquiera un comandante de su experiencia habría podido abrir brecha en las imponentes murallas de Roma, de modo que no consiguió desalojar del trono a Majencio.

En cualquier caso, Galerio estaba condenado, y falleció de un cáncer a finales del 311. Antes de morir anuló las órdenes que había estado dando para perseguir a los cristianos, aunque otros se encargarían de continuarlas tras su desaparición. No está claro qué fue lo que pudo animar a Galerio a desdecirse en este aspecto, pero hay quien asegura que la enfermedad le había hecho replantearse algunas de sus anteriores certezas, y en este caso quizá dudara de la que le había llevado a pensar que el dios de los cristianos carecía de poder.

Cuatro hombres proclamaban ahora gobernar una parte del Imperio romano: Constantino, Majencio, Licinio y Daya. Las luchas que los enfrentaron llegarán a su conclusión y desenlace en el próximo capítulo. Pero, antes de llegar a eso, examinemos un instante el destino de Diocleciano y su familia.

No conocemos con exactitud la fecha en que falleció Diocleciano ni las causas de su muerte. Desapareció en algún momento entre los años 311 y 313, bien por causa de alguna enfermedad bien por haberse quitado él mismo la vida. Una vez fuera del escenario, su viuda y su hija –que también había enviudado recientemente, al perder a Galerio– fueron asesinadas. Diocleciano, que se había revelado en último término incapaz de garantizar la seguridad de su familia, lograría en cambio salvar el Imperio y reorganizar el gobierno.

Desde los tiempos de Augusto, nadie había alcanzado a modificar tan sustancialmente la gobernación de Roma. Diocleciano sentó un

precedente inédito en la división gubernamental del Imperio. Es verdad que la tetrarquía no sobrevivió demasiado a su abdicación. Pero, por otra parte, hay que reconocer que durante casi todo el siglo IV el timón imperial de Roma habría de quedar en manos de dos hombres, no de uno solo, y esto habla en favor del argumento que Diocleciano había utilizado al tomar la decisión de fraccionar el Imperio: los problemas de Roma constituían una carga excesivamente pesada para las espaldas de una única persona.

Diocleciano también puso fin al poder de la ciudad de Roma. No volvería a actuar como capital del Imperio. Al igual que Diocleciano, la mayoría de los emperadores provendrían en lo sucesivo de los Balcanes y saldrían de las filas del ejército, con lo que los vínculos entre las legiones y la Ciudad Eterna se debilitaron todavía más.

Gracias a Diocleciano, los contingentes militares del Imperio pudieron disponer de una mejor financiación e incrementaron su despliegue en las fronteras, debido a la creación de una nueva red de fuertes y calzadas. En Oriente, consiguió también que la paz con Persia se prolongara por espacio de dos generaciones. Diocleciano aumentó asimismo el tamaño de la administración y se ocupó de que su capacidad de injerencia en la vida de los particulares fuese mayor que nunca. Para financiar todo esto, incrementó las cargas fiscales. Además, reforzó y codificó un proceso por el que los campesinos quedaron sujetos a la tierra que trabajaban.

Esto es al menos lo que cabe señalar en el capítulo de éxitos, pero lo cierto es que también hubo fracasos. Pese a sus violentos esfuerzos, Diocleciano no logro frenar la expansión del cristianismo. Tampoco le sonrió la fortuna en el empeño de poner el Imperio en manos de su yerno y su familia. El número de enemigos que cavilaban su ruina estaba creciendo, y ni siquiera los sólidos muros de su palacio alcanzarían a mantener a su familia a salvo.

Constantino, el hombre que acabaría alzándose con el triunfo en la pugna por la sucesión de Diocleciano, no se reveló tan rupturista como pudiera parecer. Es verdad que, siendo el primer emperador cristiano, Constantino introdujo una drástica transformación en el Imperio. Sin embargo, en cuestiones tales como la gobernación, el ejército y la economía, sus políticas siguieron en buena medida la

senda que había marcado Diocleciano. Constantino fundó una dinastía partiendo de dos de los más estrechos colaboradores de Diocleciano: Constancio y Maximiano. Si observamos las cosas con la perspectiva que nos permite el tiempo, llegaremos a la conclusión de que los reinados de Diocleciano y Constantino vinieron a constituir en último término una misma empresa, ya que ambos orientaron sus acciones a la reforma de las estructuras estatales que exigía la salvación del Imperio.

Capítulo 10

Constantino

el cristiano

Busto de Constantino. © Lefteris Papaulakis/Shutterstock

En la entrada de los Museos Capitolinos de Roma –ubicados, no sin ironía, casi exactamente en el emplazamiento mismo en el que un día se levantara el más sagrado recinto pagano de la capital–,[84] se encuentra un colosal busto de mármol de Constantino, el primer emperador cristiano del Imperio. Sería difícil exagerar la importancia del significado de la conversión de Constantino a la nueva religión. Fue un gesto que cambió el mundo, desde las pequeñas cosas del día a día hasta las más trascendentales. Su decisión convirtió a Cristo en señor de Roma, determinó que el domingo pasara a ser una jornada festiva y transformó a Estambul en la ciudad más poblada de Europa; y, de hecho, la urbe terminaría por eclipsar a la mismísima Roma. A decir verdad, la conversión de Constantino supuso un momento de tanta trascendencia para los siguientes 1700 años de historia que casi resulta más sencillo ver a Constantino en el papel de gobernante de la Edad Media –una era histórica marcada por la influencia de la fe– que en el de un emperador romano, sucesor de Julio César y de Augusto. Sin embargo, el busto al que acabo de referirme recuerda a todos de quién se trataba realmente.

La efigie es un monumento impresionante, propio de un dirigente de su talla y perfectamente conocido para todo estudioso de la historia antigua. En su momento, el busto era la coronación de una estatua de tamaño superior al natural. Solo la cabeza tiene una altura de tres metros. También han llegado hasta nosotros otras partes de la escultura original y, aunque no son muchas, sí cabe destacar las que representan el brazo derecho, musculoso y cubierto de gruesas venas, la mano de ese mismo lado, con el dedo en actitud provocativa, y uno de los pies. En cualquier caso, lo que más llama la atención es evidentemente el busto. Por su aspecto, Constantino se diferencia tanto de sus predecesores como en su día se distinguiera de los suyos Adriano, el primer emperador barbado.

Se nos presenta como un hombre atractivo, en plena juventud y totalmente rasurado, lo que no solo nos permite observar su mentón hendido sino también su maciza cabeza y su complexión fornida. Lo adorna una espesa cabellera. El cuello es grueso y musculoso. La mirada se dirige al cielo, como la de quien busca inspiración divina. Sin embargo, por novedosas que se nos antojen todas estas características, lo cierto es que nos retrotraen a épocas pasadas, a

los modelos masculinos de siglos anteriores.

Constantino era romano por los cuatro costados. Además de militar, fue también un gran estadista y un notable renovador de la arquitectura urbana de la capital. Se mostró siempre despiadado y resuelto, pero esos son rasgos comunes a todos los emperadores de éxito. Era ambicioso, tenía hambre de poder y poseía cualidades brillantes que le permitían actuar con sutileza e ingenio, aunque no sin violencia. Destacó como soldado y administrador, pero fue sobre todo un genio de las relaciones públicas y un inteligente visionario. Por otra parte, es indudable que se trataba de una persona de ego rozagante, pero tampoco esto puede considerarse una verdadera novedad.

Le gustaba equipararse a Augusto, pero también este se juzgaba igual a Rómulo. Además, ambos emperadores proclamaban que Alejandro Magno había sido su más insigne precursor. Tal y como ya hiciera Augusto, Constantino aceptó que la transformación era el ineludible precio que debía satisfacer si se proponía conservar lo mejor de las eras pasadas. Y, emulando asimismo a Augusto, también Constantino iniciaría su andadura valiéndose de la violencia para pasar después gradualmente a otros métodos de índole más pacífica. Atendió con buenas pagas a las tropas, pero también prestó atención a las mujeres (y no debemos olvidar que se atuvo a la familiar pauta imperial consistente en mantener una estrecha relación con su madre). Una de sus mayores aspiraciones fue la de encabezar una nueva dinastía, y en este sentido debe reconocerse que el éxito lo acompañó más que a la mayoría de sus antecesores.

Constantino se hizo cristiano sin dejar de representar la quintaesencia del espíritu romano. Podemos apreciarlo en la forma en la que él mismo explica sus logros, ya que al hacerlo recurre a fórmulas en las que el único Dios de los cristianos y su promesa de salvación se fusionan con el imperialismo tradicional de la Roma pagana: «Con el poder de este Dios como aliado, he elevado paso a paso al mundo entero, desde los confines del océano, infundiéndole para ello la esperanza cierta de la salvación».

Constantino no dudaba en recurrir a la violencia en caso necesario, pero eso no le impediría tenerse por un hombre de Dios. No

obstante, tampoco en este aspecto estaba introduciendo nada inédito en la política romana, ya que, al establecer como prioridad el reajuste de la relación que Roma mantenía con la esfera de los dioses, Constantino se estaba limitando a seguir los precedentes conocidos. Serían, sin embargo, las consecuencias de esa medida las que se revelaran verdaderamente revolucionarias.

La biografía de Constantino es la de una de las personas de más éxito de la historia. Y, de hecho, es posible que ese fuera el rasgo más auténticamente romano de cuantos definen a nuestro personaje.

EL ASCENSO AL PODER

Constantino nació en Naisso (la actual Nis, en Serbia) el 27 de febrero del 273. En la época en que vino al mundo, nadie habría alcanzado a adivinar que el chiquillo de aquella capital de provincia acabaría siendo algún día el fundador de una ciudad llamada a convertirse en la más importante del mundo, pues mucho tiempo lo fue efectivamente la de Constantinopla, situada a unos 725 kilómetros al sureste de su localidad natal. Y nadie habría acertado a vaticinar tampoco que fuera a desencadenar una transformación tan trascendental de la religión y la cultura del Imperio.

Al nacer Constantino, su padre, Constancio, originario de lo que hoy es Bulgaria, era un oficial subalterno del ejército romano. La madre de Constantino, Helena, era hija –respetable pero muy humilde– del propietario de un hotelito ubicado en la principal calzada militar del noroeste de Turquía. Constancio la había conocido en ese establecimiento en el 272, mientras realizaba una campaña bajo las órdenes del emperador Aureliano. Los dos jóvenes se enamoraron y decidieron casarse. Y nueve meses después nacía Constantino.

Constancio ascendió rápidamente en el escalafón, de modo que, al cumplir Constantino los diez años, su padre había ascendido ya a la categoría de gobernador provincial. Constancio disponía por tanto de los medios necesarios para dar al muchacho la más espléndida

de las educaciones, y él se centró sobre todo en la literatura latina, aunque también estudió griego y aprendió filosofía. Al mismo tiempo, Constantino recibió instrucción castrense, a fin de ser soldado, como su padre.

Constantino debía de hallarse aproximadamente en las primeras fases de la pubertad cuando su padre se divorció de Helena para contraer matrimonio con una princesa, hija del dirigente de la zona occidental del Imperio, el Augusto Maximiano. Constancio se mantuvo en estrecho contacto con Constantino y lo preparó para un insigne y brillantísimo futuro. No obstante, es indudable que el la separación de sus padres supuso un duro golpe para Constantino. Solo podemos imaginar los terribles esfuerzos que debió de hacer Helena para proteger y animar o a su hijo.

Constantino tuvo en Helena a una de las figuras más importantes de su vida, y desde luego habría de ser su mayor apoyo en las tres décadas siguientes. Al igual que otras muchas madres romanas de épocas anteriores, como Livia, Agripina o Julia Domna, por ejemplo, Helena estaba llamada a desempeñar un importantísimo papel en la vida adulta de su hijo una vez convertido en emperador.

Constantino fue enviado a Oriente aproximadamente en la misma época en que Constancio fue nombrado César, es decir, en el 293. Acababa de cumplir los veinte años, así que su cometido consistió en prestar servicio en los ejércitos que invadieron Persia y pusieron fin a la revuelta de Egipto. Más tarde, Constantino se uniría a la corte de Diocleciano en Nicomedia. Al ser el hijo mayor de su padre, el César Constancio, todo el mundo esperaba que lo sucediera a su debido tiempo.

Como es lógico, contrajo un matrimonio sumamente ventajoso. Poco antes del 300, se casó con una mujer llamada Minervina. Hay autores que señalan, no sin importantes visos de verosimilitud, que se trataba de la sobrina de Diocleciano. La joven pareja tuvo un hijo al que dio el nombre de Crispo.

Al iniciarse la Gran Persecución, en el 303, Constantino seguía en la corte imperial de Nicomedia. Al igual que su padre, también él se oponía a la intolerancia con los cristianos, pero prefirió no significarse, sin duda para no provocar el descarrilamiento de su

carrera.

La corte de Diocleciano era la mejor escuela para quien quisiera empaparse de la esencia de la política al más alto nivel. Una de las más importantes lecciones que enseñó al joven Constantino fue la de que un hombre dotado de talento y ambición suficientes podía aspirar a lo que se le antojase. A fin de cuentas, el propio Diocleciano había alcanzado el poder supremo partiendo de la más absoluta oscuridad. Y tanto por nacimiento como por formación Constantino contaba con ventajas muy superiores a las del máximo Augusto del momento. Sin embargo, había una dificultad de peso: todo era posible para alguien decidido, «siempre y cuando» contara con el favor del cielo. Había que tener muy presente la necesidad de ese auxilio. Hay historiadores que piensan que Constantino contó en este sentido con la ayuda de su madre, que posiblemente no se había alejado de él y que, al respaldar a su perspicaz hijo, pudo haber moldeado su forma de enfocar el asunto de los dioses.

EL HOMBRE Y SU DESTINO

En el 305, al convencer a Diocleciano de que alterara sus planes, Galerio trastocó por completo los cálculos que proyectaba materializar el joven Constantino. Tras abdicar Diocleciano y Maximiano de su posición de Augustos, Galerio ascendió al trono de Oriente y Constancio al de Occidente, tal y como se venía planeando desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, en lugar de nombrar césares a Constantino, en tanto que hijo de Constancio, y a Majencio, como hijo de Maximiano, Diocleciano confió esos puestos, respectivamente, a Maximino Daya (el sobrino de Galerio) y a Severo (viejo compañero de armas de Galerio). Esto imprimía un vuelco absoluto a lo previsto, y se había producido a instancias de Galerio. Ninguno de los dos hombres postergados aceptó sumisamente el desaire, ya que ambos desbordaban de ambición.

Constantino dejó Nicomedia y marchó al oeste para unirse a su padre en Britania. Como ya hemos señalado en el capítulo anterior, al fallecer Constancio en esa provincia, al año siguiente,

Constantino aceptó la aclamación de las tropas y estas lo designaron sucesor de su padre y nuevo Augusto de Occidente a base de vítores. Los soldados tendían a ver con buenos ojos el principio hereditario, así que Constantino era la opción más natural. Además, antes de morir Constancio había dejado claro que apoyaba a su hijo. Y, por si fuera poco, durante el último año de vida de su padre Constantino se había ganado el respeto de sus hombres al luchar con ellos en las campañas libradas al norte de Britania, al otro lado del Muro de Adriano. Es indudable que en esos combates Constantino dio pruebas de la experiencia previamente adquirida en Europa Oriental y el Oriente Próximo. No obstante, también contó con una ventaja añadida: la que le procuraba el apoyo de un rey germano que había actuado como leal lugarteniente de Constancio en Britania.

Pocos meses después, Majencio, que se encontraba en Roma, se autoproclamaba sucesor de su padre. Galerio intentó detenerlo, pero, tras dos campañas fallidas en Italia, se vio obligado a aceptar como colegas tanto a Constantino como a Majencio, aunque en calidad de césares, no de augustos. Conseguido esto, Galerio nombró Augusto y gobernante de Occidente a Licinio, otro de sus viejos camaradas del ejército.

Entretanto, Constantino se dedicó a consolidar su poder. Al igual que su padre, también él estableció su capital en Augusta Treverorum (la actual Tréveris), en lo que hoy es el suroeste de Alemania. Tréveris era una próspera ciudad del Alto Imperio que había sido destruida por las tribus germánicas en el 275. Sin embargo, Constancio y Constantino conseguirían que la urbe recuperara su antiguo esplendor. Constantino construyó en ella un palacio, y de hecho su salón de audiencias todavía se mantiene en pie, dado que andando el tiempo sería utilizado como iglesia. Es un edificio de buena longitud y anchura, techos muy altos y un ábside en uno de sus extremos en el que en su día se encontraba el trono del emperador. La luz entra a raudales por una doble hilera de grandes ventanales rematados por un arco de medio punto. En su estado original estaba decorado con mármoles de colores, así que el interior del recinto no era tan austero como puede parecer en nuestros días. Sin embargo, se trataba de una construcción más sencilla que las anteriores salas de recepción imperiales, puesto que

carecía de columnas. En su sobria dignidad, la obra sentará un precedente que servirá de inspiración a la arquitectura de la iglesia primitiva.

Desde esa base de Augusta Treverorum, Constantino no se limitaría a gobernar las provincias que había heredado de su padre –es decir, Britania, la Galia e Hispania–, sino que lograría también salir victorioso de la serie de campañas que afrontó contra los invasores germanos que pretendían perforar la frontera del Rin. Pese a que la vida de Constantino estuviera presidida por un imperio en permanente actitud defensiva, tanto él como sus colegas habrían de internarse frecuentemente en territorio extranjero para efectuar incursiones de castigo, entregarse al pillaje y hacer ver a las gentes de la zona quién era en verdad el amo del mundo. Siendo ya emperador, Constantino se pondría siempre personalmente al frente de sus ejércitos, como todos los líderes romanos a los que sonreía el éxito. Se enorgullecía de los títulos ganados en campaña, ya que indicaban gestas de armas relevantes, como sucedía por ejemplo con el de «Germánico Máximo IIII», que lo reconocía como cuádruple vencedor de los germanos.

Por otro lado, en el plano de la política interna del imperio, Constantino consiguió reforzar su posición mediante el establecimiento de un pacto con sus rivales. Dado que se había quedado viudo al fallecer Minervina, lo dispuso todo para contraer matrimonio con Fausta (Flavia Máxima Fausta), hermana de Majencio. Fausta era muy joven, más de veinte años que de Constantino, y, a juzgar por las monedas, su belleza era tal que se la podía considerar una mujer de bandera, pero contribuyó a los intereses del proyecto dinástico dando muchos hijos a Constantino.

Maximiano y Majencio aceptaron a Constantino como Augusto, y este, por su parte, otorgó a su nuevo cuñado la responsabilidad de César y a su suegro la categoría de Augusto Emérito. Tanto Constantino como Majencio proclamaron que, en las tierras sujetas a su control, que se extendían desde Britania hasta el norte de África, se practicaría la tolerancia religiosa. También señalaron que el Estado devolvería a los cristianos todas las propiedades que se les habían confiscado durante la Gran Persecución.

Sin embargo, Maximiano se enemistó con Constantino y trató de

asesinarlo. En el 310, Constantino, frustrado, obligó a Maximiano a quitarse la vida. Es difícil imaginar siquiera lo incómoda que esta situación debió de resultar para Fausta.

Sea como fuere, al año siguiente se produjo otra muerte imperial llamada a imprimir un vuelco en los equilibrios de poder: me refiero al fallecimiento de Galerio, víctima de un cáncer. Las riendas del Imperio se hallaban ahora en manos de cuatro hombres, aunque ninguno de ellos confiaba en exceso en los demás. En Oriente, Licinio y Daya estaban enzarzados en una lucha por la supremacía; y en Occidente, Constantino y Majencio se observaban con recelo. En el 312, surgió finalmente un nuevo conjunto de alianzas: Constantino unió sus fuerzas a las de Licinio para combatir a Majencio y a Daya, y más tarde tomó la iniciativa e invadió Italia. Constantino era un militar sumamente aguerrido y tenía bajo su mando un contingente de tropas experimentado. Majencio, por su parte, pese a encontrarse en una posición mucho más débil, se preparó para resistir un asedio, parapetado tras las sólidas murallas de Roma. Todo lo que quedaba por disputar era el trofeo último: la capital misma del Imperio.

LA BATALLA DEL PUENTE MILVIO

El puente Milvio cruza el río Tíber, al norte de Roma. Levantado originalmente en el 206 a. C., y reconstruido desde entonces un gran número de veces, el que actualmente puede contemplarse todavía se sostiene sobre unas cuantas piedras antiguas. Ya en los remotos tiempos de la juventud de Nerón el lugar era propicio para las escapadas nocturnas, y en nuestros días continúa siendo un imán para los enamorados. Sin embargo, el episodio que mayor celebridad le ha dado es el de la batalla que se libró en sus inmediaciones el 28 de octubre del 312, en la que Constantino derrotó a Majencio y conquistó Roma. Era el encontronazo militar más decisivo de la historia del Imperio desde que la victoria naval de Accio entregara el poder a Augusto el 2 de septiembre del 31 a. C.

En realidad, la batalla no se dirimió en el puente mismo, sino al norte de su emplazamiento, en los terrenos que conducen a él. Por una de esas coincidencias de la vida, el ejército de Constantino se agrupó justo al pie de la colina en cuya cima se había levantado antiguamente la villa que Livia poseía en la zona, por entonces bucólica y residencial. En ese preciso momento, Constantino venía de obtener una larga serie de victorias, y Majencio estaba tan preocupado que enterró sus regalia, es decir, los valiosos símbolos de su poder, en el monte Palatino, y allí los descubrirían los arqueólogos en el 2006. El tesoro más preciado de todos cuantos se hallaron fue el cetro de Majencio, el único de esos emblemas imperiales romanos que se ha hallado. A menudo, los cetros imperiales eran un bastón de marfil de unos sesenta o noventa centímetros de longitud rematados por un globo o un águila. El de Majencio cuenta con un orbe azul que representa a la Tierra, sostenido sobre un engaste de bronce dorado.

Para impedir que Constantino se acercara a la ciudad, Majencio demolió una parte del puente Milvio, de forma que resultara imposible cruzarlo. Después cambió de opinión y decidió salir para trabar combate con Constantino, así que ordenó tender un puente de pontones para rehabilitar el paso destruido. Majencio llevó a sus tropas a la batalla, pero sufrió una aplastante derrota. Al comprobar que la situación era desesperada, intentó regresar a la seguridad de las murallas, pero, en la desbocada avalancha de soldados que trataban de salvar la vida, Majencio cayó del puente y se ahogó, siendo arrastrado al fondo por el peso de su armadura. Poco después, las aguas del Tíber devolvían a la orilla el cadáver del adversario de Constantino.

Majencio y el ahora emperador indiscutido eran cuñados, pero no los impidió enfrentarse a muerte. De hecho, Constantino no expresó una sola queja al observar que el gentío paseaba por las calles de Roma la cabeza cercenada de Majencio, clavada en lo alto de una pica. Más tarde, el macabro trofeo sería llevado al norte de África a fin de probar a los partidarios del vencido que Majencio había sido efectivamente eliminado. Aquello supuso un nuevo golpe para Fausta, ya que, si su marido había ordenado la muerte de su padre, ahora era el causante de la de su hermano.

Lo más importante de esta conquista de Roma fue en realidad lo que Constantino acertó a hacer después. Anunció al mundo que había hecho buenas migas con la Iglesia cristiana y confesó que, de hecho, él mismo profesaba esa religión.

Los vericuetos biográficos que habían llevado a Constantino a adoptar esa postura, junto con la detallada explicación del concreto significado que él daba a la fe cristiana, forman parte de una investigación apasionante que todavía hoy suscita grandes debates entre los académicos.

LA CONVERSIÓN DE CONSTANTINO

Varios años antes del episodio militar del 312, Constantino había desistido ya de promover la emisión de decretos de persecución contra los cristianos. Al proceder de ese modo estaba siguiendo en realidad los pasos de su padre, que sin embargo no era cristiano. No obstante, es muy posible que Helena sí hubiera abrazado la doctrina de Cristo. En cualquier caso, la fuente más importante de cuantas nos refieren la vida de Constantino asegura lo contrario, pues sostiene que fue el emperador quien propició la conversión de su madre. Con todo, los historiadores de la Iglesia de épocas posteriores mantienen que Helena lo había educado cristianamente. Aun así, es preciso tener en cuenta que todos estos autores tenían prioridades propias, así que en este caso resulta difícil discernir la verdad.

Lo que sí está claro, como mínimo, es que, de ser cierto que deseaba que su madre hiciera suyas las ideas cristianas, estas debían de significar muchísimo para Constantino, o que, si realmente se interesó en la afiliación religiosa de Helena, fue sin duda por ver en ella a una persona extremadamente importante para él (tanto desde el punto de vista emocional como político). Andando el tiempo, avanzado ya el reinado de su hijo, Helena terminaría por desempeñar un papel clave en la cristianización del universo romano.

Un atardecer de 310, es decir, dos años antes de la batalla del puente Milvio, Constantino y su ejército observaron un portentoso fenómeno en el firmamento: vieron aparecer un halo, o una suerte de anillo, alrededor del sol. El prodigio tuvo lugar en la Galia, en las inmediaciones de un templo dedicado a Apolo, que, como sabemos, es el dios del sol. Sin embargo, se entendía que en aquel santuario en concreto se adoraba a otra deidad romana: el Sol Invicto (Sol Invictus, en latín). Casualmente, esa era la divinidad predilecta de Constancio, el padre de Constantino, pese a que la introducción de dicho dios en el panteón romano fuese entonces relativamente reciente; su culto había sido importado tras una campaña militar en Oriente, en la que uno de los dioses solares locales había prometido al emperador Aureliano la obtención de una victoria en la batalla que se aprestaba a librar en Siria.

El joven Constantino creía mantener una relación especial con el dios sol. Sin embargo, no estaba seguro de cuál podía ser la interpretación correcta de la asombrosa visión que había presenciado en los cielos de la Galia. Consultó a varios sabios, entre los cuales figuraban algunos obispos cristianos. Estos últimos le aseguraron que la visión no era una señal del dios sol, sino un mensaje de Cristo. Los seguidores del mesías asociaban a Cristo con el sol. De hecho, en los Evangelios, el propio Jesús dice ser «la luz del mundo», y el apóstol Mateo sostiene que el rostro de Jesucristo brillaba como el sol. Los cristianos primitivos veían en Cristo una fuente de iluminación espiritual.

El elemento que terminó de convencer a Constantino de que estaba sucediendo algo milagroso fue un sueño. En él, el emperador vio que Cristo le mostraba un signo capaz de protegerlo en sus choques con el enemigo. Tras esa última señal, Constantino decidió colocar uno de los más famosos símbolos de los cristianos primitivos en su estandarte personal (o quizás optara incluso por encaramarlo sobre él, a la manera de un pendón): las letras griegas «X» (chi) y «PRHO», equivalentes al grupo consonántico latino CHR, con el que se apuntaba al nombre de Cristo. Lo más probable es que ese gesto tuviera lugar mientras Constantino se encontraba aún en la Galia, antes de que cruzara los Alpes para penetrar en Italia. Fue entonces cuando se proclamó cristiano. Tiempo después, antes de la batalla del puente Milvio, daría a sus hombres orden de adornar también

sus escudos con el crismón o lábaro, que así se llamaba ese monograma de Cristo. Y, como hemos visto, tras tomar la ciudad de Roma, Constantino reiterará una vez más su fe.

¿Fue sincera la conversión de Constantino? Pese a que las palabras «sinceridad» y «político» no suelan encajar demasiado bien, hay motivos que nos inducen a pensar que en este caso el emperador era franco. Los antiguos se tomaban muy en serio los sueños y los augurios. Desde luego, los emperadores de épocas anteriores los habían tenido en gran estima, y también consultaban periódicamente a los astrólogos. Por regla general, los occidentales contemporáneos siempre tratamos de averiguar las «verdaderas razones» de las cosas, pero es frecuente que pasemos por alto, incapaces de apreciarla, la realidad del acicate religioso.

No obstante, también es posible que Constantino actuara cínicamente de principio a fin y que manipulara las convicciones religiosas del momento a fin de aumentar su poder. Ahora bien, si nos planteamos la cuestión bajo esa perspectiva, deberemos hacernos la siguiente pregunta: ¿era una iniciativa inteligente convertirse al cristianismo en el 312? Solo la ventajosa perspectiva que nos proporciona el tiempo nos induce a creer que sí. En aquella época no había ningún elemento que garantizara que las mayorías paganas del Imperio estuviesen dispuestas a tolerar la dominación de un emperador cristiano. Únicamente un hombre que poseyera la audacia suficiente para asumir grandes riesgos, o un individuo que creyera efectivamente que Dios lo había elegido para llevar a cabo una determinada misión, se habría comportado como Constantino. Este afirmaría muy pronto, nada menos que en el 314, que Dios mismo le había confiado la dirección de los asuntos humanos, con la única condición de que los gestionara correctamente. Y en años posteriores él mismo habría de volver a insistir en el tema de la encomienda divina.

No obstante, mucho tiempo después de su conversión, Constantino seguiría adoptando distintas conductas paganas. Ejemplo de ello es el hecho de que continuara tratando de averiguar qué tipo de relación existía entre su nuevo dios, Cristo, y el antiguo, el Sol Invicto. En un principio, Constantino no vio ningún inconveniente en adorar a ambos. Por esta razón, sus monedas llevarían durante

años la imagen del dios sol, muchas veces resaltada con la siguiente leyenda: AL SOL INVICTO, COMPAÑERO DEL INVICTO EMPERADOR CONSTANTINO.

Sin embargo, se hallaba al frente de un imperio cuya población era pagana en su inmensa mayoría, sobre todo en las filas del ejército, donde los cristianos constituían claramente una minoría muy conspicua. En los tiempos de la Gran Persecución, los cristianos habían muerto martirizados a causa de sus doctrinas. Sin embargo, si lo que pretendía era que un determinado mensaje llegara al público pagano en general, podía resultar útil desdibujar las diferencias entre los viejos dioses y el nuevo.

Tras la batalla del puente Milvio, Constantino aún debería hacer frente, y nada menos que durante doce años, a Licinio, el gobernante del Oriente, un peligroso rival que toleraba el cristianismo, aunque sin abrazarlo él mismo. El pagano Licinio podía valerse de los sentimientos religiosos mayoritarios para desestabilizar a Constantino. En el año 324, convertido ya en único emperador tras derrotar a Licinio, Constantino comenzó a disponer de un mayor y más flexible margen de maniobra, pero seguía teniendo en su contra un formidable conjunto de tendencias anticristianas. Los gobernantes que no hacen los deberes no salen adelante, y desde luego Constantino fue siempre un buen alumno.

Constantino hizo cosas que habrían logrado sonrojar a cualquiera, incluso a un pagano, como por ejemplo ordenar la perpetración de asesinatos y el derramamiento de mucha sangre, y esto aun después de haberse alzado con la victoria en el 312. La conversión no garantiza que una persona se vuelva perfecta. No obstante, de lo que no hay duda es de que Constantino difundió los Evangelios, logró que la Iglesia se rodeara de esplendor y dio más seguridad a sus miembros. Es probable que eso hiciera de él un cristiano.

LA CRISTIANIZACIÓN DE LA CIUDAD DE ROMA

A finales de octubre del 312, Constantino no solo entraba en Roma

como vencedor, también lo estaba haciendo por primera vez. Aunque tenía cerca de cuarenta años, el curtido hombre de armas que gobernaba gran parte del Imperio de Occidente jamás había pensado en visitar la Ciudad Eterna. El hecho de que Constantino hubiera podido elevarse a semejantes alturas políticas sin haber pisado siquiera las calles de la capital nos indica con bastante elocuencia lo mucho que había menguado la relevancia de Roma.

Constantino solo permanecería dos meses en la ciudad, lo suficiente para ganarse el favor de las élites paganas y colmar de favores a la comunidad cristiana local. Majencio había sido un prolífico promotor de la transformación arquitectónica, así que Constantino dio continuación a sus proyectos y los remató, ocupándose de terminar, entre otras cosas, una inmensa basílica destinada a albergar las dependencias de la administración del Estado y un conjunto de comercios. En nuestros días la palabra «basílica» es sinónimo de un «templo» venerable, pero en su origen las basílicas eran simplemente edificios públicos.

Constantino desmanteló los fundamentos del poder militar del régimen al que acababa de vencer. Para ello abolió las unidades de élite de la caballería del ejército, y para culminar los cambios disolvió la guardia pretoriana (o mejor dicho, lo que quedaba de ella, dado que el cuerpo había sufrido un terrible número de bajas en el puente Milvio). Ese organismo armado había iniciado su andadura en tiempos de Augusto. Sin embargo, Diocleciano ya había comenzado a reducir su papel, y Constantino puso fin a su larga trayectoria. Detengámonos a considerar un instante la influencia de los pretorianos en la historia de Roma: pensemos por ejemplo en la época en que el prefecto del pretorio Sejano acumulara un enorme poder, en el rol determinante que había tenido la guardia en la elección de los emperadores Claudio y Nerón, en el asesinato de Pertinax a manos de la guardia, encolerizada por la escasez de la prima que el efímero gobernante les había ofrecido o aún en la subasta del trono y su entrega al mejor postor.

Constantino sustituyó a los pretorianos por otras unidades de élite, a las que encargó la tarea de protegerlo. Creó también una serie de regimientos de caballería selectos, hasta constituir una fuerza de

dos mil quinientos hombres al final de su reinado. El cometido de esas brigadas montadas consistía en acompañarlo y en mantenerlo a salvo ante cualquier eventualidad. De ellos, cuarenta hombres particularmente bien escogidos formaron la guardia personal del emperador. Se les conocía con el nombre de candidati, a causa de las túnicas blancas que vestían, una costumbre con la que se recuperaba la antigua tradición de cuantos buscaban hacerse con un cargo público en tiempos de la República romana, que también se enfundaban en togas de ese mismo color; y como es obvio, de esa denominación procede la moderna palabra «candidato».

Constantino puso inmediatamente en marcha todo lo necesario para transformar a Roma en una ciudad más devota del cristianismo, pero tuvo la precaución de proceder con todo cuidado y de manera invariablemente diplomática. Salvo por la decisión de coronar con una cruz la nueva basílica –una medida claramente impopular entre los paganos más conservadores de Roma–, el emperador se aseguró de que la totalidad de los proyectos de tan cristiano se materializaran lejos del centro urbano. Lo que sí hizo en cambio fue erigir un rosario de iglesias de nueva construcción a las afueras de Roma y en los terrenos de propiedad imperial. El mayor de esos edificios, San Juan de Letrán, todavía permanece en pie; de hecho, fue la primera gran iglesia cristiana. Antes de Constantino, los cristianos tenían la costumbre de reunirse en estructuras sencillas, muchas veces situadas en domicilios privados. Aunque las fuentes señalan la existencia de algunos templos independientes, lo cierto es que no tenemos ni idea del aspecto que tenían. Fueran como fuesen, es indudable que Constantino se encargó de levantar monumentos más grandes e imponentes.

Con sus noventa metros de largo desde la entrada hasta el extremo original del ábside, el palacio de Letrán era un inmueble enorme. Como sucede con todas las iglesias que Constantino hizo construir en Roma, también en este caso la magnificencia del edificio estaría exclusivamente reservada a su interior, ya que la parte externa era de apariencia sencilla y modesta, casi como si el objetivo consistiese en no ofender a nadie. Pese a que en época posterior se efectuaran numerosas renovaciones, el visitante actual todavía puede contemplar las cinco naves de su maciza estructura, específica de la arquitectura oficial tardorromana. Las hechuras de esta basílica

dedicada al culto cristiano se parecen mucho a las del edificio administrativo ocupado por los departamentos gubernamentales. Al observar las semejanzas estructurales, un viajero que visitó Roma en tiempos de Constantino sacó la clara conclusión de que la Iglesia y el Estado acababan de establecer una sólida alianza. Y también hay otro detalle sobresaliente: Constantino ordenó levantar ese templo en el solar resultante de la demolición del cuartel general de las tropas de élite de Majencio. El mensaje era inequívoco: se había inaugurado una nueva era.

Junto a la basílica de Letrán se elevaba asimismo el domicilio de una familia acaudalada, convertida ahora en patrimonio personal de Constantino. El emperador decidió donársela al papa Melquíades, y de ese modo pasó a convertirse en la residencia oficial de los pontífices, carácter que habría de conservar durante muchos siglos. El Papa, como obispo de Roma, ya había reivindicado tiempo atrás que se le reconociera la condición de sucesor de Pedro y Pablo. Constantino mostró así respeto a Melquíades y a su continuador, el papa Silvestre I. Con todo, el emperador no dudaría en ejercer personalmente la autoridad suprema en el seno de la Iglesia. Los papas de los tiempos de Constantino eran figuras importantes, pero su poder no tenía ni punto de comparación con el que habrían de esgrimir los pontífices de épocas posteriores.

Constantino también dedicó sus energías a la construcción, a las afueras de la ciudad, de santuarios consagrados a los santos y los mártires cristianos. El más célebre de todos era el de la antigua basílica de San Pedro, erigida sobre el emplazamiento tradicionalmente asociado con la tumba de ese santo, en las tierras vaticanas situadas al oeste del río Tíber. El edificio se mantuvo en pie durante más de mil años, pero acabó cayendo poco a poco un estado ruinoso. La magnífica basílica de San Pedro de Roma que hoy vemos en ese mismo lugar se construyó entre los años 1506 y 1626, en sustitución del viejo templo constantiniano.

Al principio, el comportamiento de Constantino fue más el de un amigo de la Iglesia que el de su máximo gobernante. En esencia, sus proyectos de construcción siguieron fundamentalmente las pautas propias de un acto de caridad privado, no las de una política estatal.

En este sentido, las disposiciones oficiales que tomó Constantino en Roma se revelaron, por así decirlo, inofensivas para los paganos.

El mejor ejemplo de ello es también el más famoso monumento surgido en tiempos de Constantino, al menos a juzgar por el predicamento de que goza entre los actuales turistas: me refiero al arco triunfal que lleva su nombre y se alza junto al Coliseo. Fue construido por orden del Senado para conmemorar la victoria que se había logrado tres años antes junto al puente Milvio. El arco no tenía reminiscencias cristianas de ninguna clase, al menos no abiertamente. De hecho, un visitante de esa época se fijaría en el significativo hecho de que a través del ojo central del monumento pudiera verse un amenazador símbolo pagano en la lejanía: una colosal estatua del dios Sol, el patrón original de Constantino.

El arco aparece decorado por una larga serie de altorrelieves. Algunos de ellos, encargados específicamente para embellecer la obra, muestran las victorias militares que Constantino había obtenido en Italia, así como su entrada en Roma y la distribución de cantidades en efectivo al pueblo romano. Las demás imágenes esculpidas se arrancaron de otros monumentos imperiales anteriores. En los trabajos efectuados para Trajano, Adriano y Marco Aurelio se distinguen escenas de guerra, lances cinegéticos y sacrificios paganos; incluso Antínoo se permite una discreta aparición. La presencia de esas antiguas obras de arte inscribe a Constantino en la tradición imperial romana, aunque también podrían constituir una indicación de que el arco tuvo que levantarse a toda prisa y que fue la urgencia lo que lo obligó a reutilizar otras obras previas.

Únicamente la inscripción en la que se recoge la dedicatoria del monumento se presta a una interpretación cristiana, aunque también admite una lectura pagana. El epígrafe sostiene que el Senado y el pueblo de Roma consagraron el arco al emperador Constantino y a sus triunfos, sabedores de que lo que había motivado la actuación del emperador había sido la grandeza de espíritu y la «inspiración divina». Esta última alusión podría referirse tanto a Júpiter o al Sol Invicto como a Cristo. Por otra parte, esta inscripción y otras dos más breves aseguran que Constantino liberó a Roma de la tiranía y lo califican de fundador

de la paz, afirmaciones ambas que responden al tradicional vocabulario laudatorio del Imperio.

LA CONQUISTA DE ORIENTE

En el 313, Constantino celebró una cumbre con Licinio en Mediolanum. Ambos acordaron dividir el Imperio. Para sellar el pacto con Licinio, Constantino recurrió al método habitual de los romanos: le concedió la mano de su hermanastra Constancia (Flavia Julia Constantia).[85] Sin embargo, el elemento que mayor fama dio al acontecimiento fue el célebre Edicto de Milán. Dicho nombre es en realidad muy poco apropiado e induce claramente a error, ya que ni fue un edicto ni se redactó en Milán. Se trató más bien de una carta escrita posteriormente por Licinio, cuando se encontraba ya en su cuartel general de Oriente.

Conocido como punto final de las persecuciones del cristianismo, el texto era sin duda importante, pero no tanto como en ocasiones han querido hacer ver los historiadores. Cuando se hizo público, el Imperio de Occidente no solo disfrutaba ya de libertad religiosa, sino que el Estado también había devuelto a los cristianos las propiedades que les habían sido confiscadas durante la Gran Persecución, como ya hemos visto. Antes de su fallecimiento, ocurrido en el 311, Galerio, que sin duda había acosado a los seguidores de Jesucristo, terminó por ceder y restauró la anterior situación de tolerancia. Solo Maximino Daya había seguido hostigando a los cristianos en Oriente, territorio que lograría controlar hasta el año 313. Y ahora Licinio, tras su conferencia en Milán con Constantino, se comprometía hacer extensivas las medidas de libertad de Galerio al reino de Daya.

Licinio no tardaría en poder cumplir dicha promesa, dado que poco después de la cumbre italiana derrotaba a Daya en el campo de batalla y se hacía con las riendas de Oriente,[86] mientras que el vencido se quitaba la vida. El Imperio quedó a partir de ese momento en manos de dos hombres, en lugar de cuatro, como antes, pero, a pesar de todo, el orbe romano dio rápidamente

muestras de no ser lo suficientemente grande para un par de individuos con las características de Constantino y Licinio. Ambos eran demasiado ambiciosos, y tanto el uno como el otro recelaban sin tapujos de su respectivo contrincante. De este modo, entre los años 316 y 324, los dos emperadores se enzarzaron en una serie de guerras civiles. Constantino, que seguía siendo un militar decidido a liderar a sus tropas en el frente, saldría herido en una de las batallas.

Pese a haber tenido que lidiar al mismo tiempo con los combates surgidos en las fronteras del Rin y del Danubio y haber sufrido un importante tropiezo táctico, Constantino derrotó a Licinio en Adrianópolis. Más tarde, el hijo de Constantino, Crispo, vencería a la flota de Licinio en el Helesponto, el estrecho brazo de mar que separa Europa de Asia, en los umbrales del mar Egeo. El enfrentamiento final tuvo lugar el 18 de septiembre del 324 en Crisópolis (la actual Üsküdar, en Turquía), en lo que hoy es la parte asiática de Estambul. El contraste religioso fue realmente muy agudo. En el bando de Licinio, el líder exhibía imágenes de los dioses paganos, mientras que, en el contrario, Constantino apareció blandiendo un estandarte militar con las letras chi y rho del crismón cristiano. La confianza de Constantino en sus propias fuerzas lo animó a lanzar un ataque frontal, con el que obtuvo un éxito completo. Al ver que masacraban a una buena parte de sus soldados, Licinio reagrupó al resto de su ejército y huyó.

Constancia hubo de actuar entonces como mediadora entre su derrotado esposo y su hermanastro. Ambos acordaron que Licinio y su hijo, el joven Valerio Liciniano, debían perder el poder, pero no la vida, de modo que fueron enviados al exilio dentro del Imperio. Constancia regresó al palacio de Constantino, donde fue recibida con los brazos abiertos, y acabó convirtiéndose en una autoridad relevante de la corte.

Constancia no fue la única mujer formidable de la familia de Constantino. Fausta, la esposa del emperador, recibió el título de Augusta en el 324. Y simultáneamente se concedió el mismo honor a Helena. El hecho de que Constantino tuviera a dos mujeres poderosas en su círculo más íntimo determinaría inevitablemente el surgimiento de rivalidades, hasta el punto de que los conflictos

terminaron por constituir una permanente fuente de peligros.

Los retratos numismáticos indican que Helena debía de ser una mujer atractiva y de porte sumamente digno. La vemos lucir su modesto manto y una diadema, que, como sabemos, era un signo de que su portadora pertenecía a la realeza. También las efigies de las monedas de Fausta resaltan su compostura y noble continente. Hay veces en que se nos presenta con el armónico perfil de una estatua griega clásica. Lleva los cabellos recogidos en un complejo tocado, y en ocasiones también ella se corona con una diadema. En las monedas dedicadas a su persona ambas figuran en el reverso. En las de Helena se aprecian las formas femeninas de una mujer que, envuelta en una toga, sostiene con la mano bajada una rama de olivo, acompañada de una leyenda que dice: SECURITAS. Las de fausta contienen la silueta de una mujer que sostiene a dos chiquillos junto a la inscripción SPES (es decir, «ESPERANZA»), en referencia a la condición de madre de Fausta.

LOS PROLEGÓMENOS DE UN IMPERIO CRISTIANO

Tras la derrota de Licinio, Constantino comenzó a mostrar de forma más abierta su fe cristiana. La primera vez que se negó a ofrecer sacrificios a Júpiter –suscitando con ello una ola de protestas– fue en el 326, al visitar Roma para celebrar el vigésimo aniversario de su ascenso al trono.

El emperador estaba convencido de haber sido elegido con la concreta finalidad de culminar una particular misión. Creía que Dios lo había designado con el propósito específico de convertir al Imperio al cristianismo. Así se expresa Constantino en un discurso pronunciado ante un público cristiano:

Nos esforzamos al máximo y llevamos nuestras capacidades al límite con el fin de llenar de las mejores esperanzas a quienes no han sido iniciados en estas enseñanzas, aunque no sin haber

implorado antes a Dios que nos ayude en el empeño. Pues no es para nosotros tarea fácil lograr que el espíritu de nuestros súbditos ponga sus miras en la piedad, caso de que se trate de almas buenas, ni conducirlas a inclinaciones contrarias a fin de que se vuelvan valiosas en lugar de inútiles si resultan ser malvadas e insensibles.

La religión de Roma dependió siempre del respaldo que quisiera prestarle el gobierno. Consciente de esta realidad, Constantino eliminó los subsidios que se entregaban habitualmente a los paganos y se los concedió en cambio a la Iglesia cristiana. El gesto abrió a los partidarios de esa religión las puertas de una enorme bonanza.

Constantino ya había prometido tolerancia en Occidente antes del año 324, pero ahora también tenía las manos libres en Oriente. Permitió que los templos paganos de la porción este del Imperio continuaran operando, pero decidió confiscarles todos sus bienes, desde los objetos de bronce a los de oro. También prohibió la realización de sacrificios, con lo que esos santuarios quedaron transformados en una simple cáscara vacía.

Uno de los objetivos de los nuevos fondos entregado a los cristianos era la construcción de iglesias, y desde luego fueron muchas las que vieron la luz gracias a la generosidad de Constantino. Un autor pagano criticará esta política del emperador, asegurando que equivalía a despilfarrar el tesoro público, pero no hay duda de que los cristianos veían las cosas de manera muy distinta. Otra de las metas de las ayudas económicas consistía en el reparto de limosnas a los pobres. Los emperadores romanos ya habían auxiliado antes a los indigentes, pero no a la escala que instituyó Constantino. Este cambio en la forma de gobernar el Imperio estaba llamado a adquirir la fijeza de lo permanente.

Constantino también mejoró la posición de los obispos. Al igual que al resto del cuerpo clerical cristiano, se les eximió de la gravosa realización del conjunto de tareas que los gobiernos locales exigían a los romanos prósperos, unas labores que no solo obligaban a esos otros conciudadanos a efectuar elevados desembolsos, sino a dedicarles también un elevado número de horas al día. Los obispos

comenzaron a disfrutar asimismo de otra serie de privilegios, de entre los que destaca el vinculado con el derecho a no ser juzgados sino por sus iguales, cosa que no estaba al alcance de los demás romanos. La jerarquía eclesiástica pasó a ocuparse de la distribución de los fondos que las arcas del Imperio concedían a las iglesias y a los necesitados. También poseían la facultad de velar por los esclavos, ya que en sus iglesias tenían la potestad de supervisar las fórmulas de manumisión de sus amos. Al final, los obispos acabarían por convertirse en personajes de notable importancia.

En tiempos de Constantino también se introducirían en el Derecho romano otras modificaciones llamadas a incidir directamente en la vida cotidiana de los cristianos. Las normas que penalizaban económicamente a cuantos permanecieran célibes, instituidas con rango de ley varios siglos antes, en la época de Augusto, quedaron abolidas, dado que los cristianos, a diferencia de los paganos, juzgaban virtuoso el celibato. La crucifixión, que había sido la pena de muerte impuesta a Jesús (y a muchos otros), también desapareció de la lista de penas capitales. Por último, debido probablemente a la influencia del Nuevo Testamento y de los textos que en él se oponían a la disolución del matrimonio, se pusieron trabas y dificultades al divorcio, aunque no se impidió.

Igual que los judíos, también los cristianos observaban un día de descanso semanal, el sabbat. Los hebreos celebraban esa fiesta el sábado (en realidad desde el viernes al ponerse el sol, aproximadamente, hasta la noche del sábado). Los primeros cristianos abrazaron dos tipos de costumbre: unos respetaban el sabbat judío, mientras que otros cumplían esa jornada de recogimiento el domingo, es decir, el día en el que Jesús se había levantado de entre los muertos. No obstante, los paganos consideraban sagrado el domingo, que dedicaban al dios Sol, aunque no al descanso. Constantino decretó el que el domingo, «la venerable jornada del Sol», se convirtiese en un día de fiesta marcado por el cese de toda actividad urbana. (A los granjeros se les permitía cuidar de sus cosechas a pesar de ser domingo). Habría que esperar una o dos generaciones más para que la regla de Constantino adquiriera extensión universal entre los cristianos.

El mecenazgo de Constantino elevó a la Iglesia tanto como la

transformó. El más extremo e inconformista de los movimientos religiosos había pasado a ser la norma convencional. Jesús había dicho: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». Aunque Constantino era un hombre de fe, y también emperador, insistió en la parte final y se ocupó en detalle tanto de lo que le era debido a Dios como de las vías destinadas a mitigar esa deuda. Quizás actuara animado por la más altruista de las motivaciones, convencido de que un monarca divino tiene sobre sus hombros la responsabilidad de promover la religión verdadera. En cualquier caso, lo que resulta innegable es que tomó un buen número de medidas en este particular apartado, con lo que ahora eran los cristianos los que debían decidir cuál era el mejor modo de responder a ellas.

Constantino se había convertido en el líder de la Iglesia cristiana o, para ser más exactos, de las «iglesias cristianas». El cristianismo de la época de Constantino era una religión presidida por la diversidad, una suerte de hiperónimo o término paraguas bajo el que se cobijaban un gran número de diferentes tipos de variantes regionales y opciones doctrinales. Tras dedicar cerca de veinte años a combatir con fiereza en distintas guerras y a regir los destinos políticos del Imperio, Constantino había logrado unificar finalmente a todos los romanos y conseguido que obedecieran a un solo hombre. También se esforzó con idéntico ahínco en la unidad de todos los cristianos, pero la tarea no era fácil.

En los tiempos en que todavía era solo el gobernante de Occidente, Constantino intervino cuando se produjo una importante división en la Iglesia del norte de África, cuyos integrantes discrepaban respecto al grado de perdón que debía acordarse a los cristianos que hubieran alcanzado acuerdos con los paganos para sobrevivir a la Gran Persecución. Al haber enfocado su carrera por la vía de la sintonía con la Iglesia, Constantino se sintió con la fuerza moral necesaria para insistir en que los cristianos debían actuar como un frente unido ante sus oponentes. En el 314 enviará una carta al funcionario romano encargado del África septentrional, al que llama «adorador del Altísimo, como yo mismo», y le confiesa que su objetivo pasa por la materialización de la unidad de los cristianos. Sin embargo, tras años de negociaciones, sobornos, condenas al exilio e incluso ejecuciones, quedó claro que no había forma de

suturar las heridas y fusionar a las dos facciones de la Iglesia africana.

En 325, Constantino se vio envuelto en la controversia, mayor aun, que estaba enfureciendo los ánimos de la Iglesia de Oriente. El punto fundamental de la discordia pasaba por la determinación de si Jesús era o no Dios, y en caso afirmativo en qué medida podía decirse que lo fuera. La mayoría de los cristianos creían que Jesús era Dios y hombre al mismo tiempo, un misterio que solo la fe permitía conciliar. Los arrianos, que debían su nombre al de su cabecilla, un cristiano de Egipto llamado Arrio, creían que Dios padre había creado a su hijo Jesús, quien, por consiguiente, era superior a los demás seres humanos, pero no igual a Dios mismo. Constantino trató de que uno y otro bando llegaran a un acuerdo, y para ello auspició la convocatoria de un gran concilio de obispos en la ciudad de Nicea. Fue el primer sínodo ecuménico –palabra de origen griego que significa «universal»[87]– de la Iglesia. Asistieron a la reunión doscientos cincuenta obispos, bajo la presidencia del mismísimo emperador. Uno de esos obispos, Eusebio de Cesarea (una ciudad de la Siria Palestina), era uno de los mejores autores y pensadores cristianos de la época. Sus escritos son la fuente más relevante de cuantas nos permiten conocer los acontecimientos ocurridos en tiempos de Constantino.

Lo que se dirimía en Nicea era de una trascendencia capital, ya que, de hecho, el desacuerdo había llegado a los más altos peldaños de la corte imperial. En el concilio, Constancia actuó como asesora de la facción favorable a Arrio. Más tarde, estando ya en su lecho de muerte, la hermanastra del emperador seguiría presionando a Constantino para que inclinara su juicio en favor de los arrianos. Sin embargo, sus esfuerzos fueron vanos.

El cónclave acordó emitir un dictamen en el que se reafirmaba la creencia tradicional de que Jesús era Dios y hombre. Aunque con algunos cambios introducidos con posterioridad, los cristianos actuales todavía siguen abrazando la esencia de ese arbitraje al recitar el credo niceno. Pese a que la resolución enfrentara oficialmente a la Iglesia respaldada por el Estado con los seguidores de Arrio, el arrianismo conseguiría perdurar durante siglos.[88]

Constantino quería imponer un cristianismo de carácter oficial u

ortodoxo y oponerse desde sus creencias a otras doctrinas, a las que se calificó de herejías. Sin embargo, la palabra «herejía» procede del griego hairesis, que significa «decidir o discernir» en el pensamiento o la acción, y lo cierto es que el cristianismo tenía tras de sí una larga tradición de libertad y descentralización. Se había revelado reacio a un control centralizado,

Fuera como fuese, al haberse transformado el cristianismo en la fe del Imperio, la imagen con la que el arte religioso representaba a Jesús comenzó a cambiar. En épocas anteriores, los artistas habían retratado a Jesús con los rasgos de una persona normal que se dedicara, por ejemplo, a sanar a los enfermos. También era habitual que lo pintaran o tallaran como un simple apacentador de ovejas, en memoria de lo que el propio Jesús había dicho de sí mismo al equipararse a un buen pastor. Después de la conversión de Constantino, Jesús empezó a aparecer sentado en un trono, vestido con una espléndida toga, como el emperador mismo, y rodeado de un conjunto de discípulos varones con apariencia de senadores y de grupos de mujeres de aspecto similar al de las aristócratas romanas. Había nacido el Cristo imperial destinado a satisfacer una religión de idéntico rango. Aún así, el cristianismo no se había convertido todavía en la religión oficial del Estado, posición que no lograría hasta el año 395, y el paganismo continuaba practicándose. Con todo, al arroparlo con la entrega de abundantes fondos y fortalecerlo con su mecenazgo, Constantino había colocado a la Iglesia en la senda de un éxito sin precedentes.

EL DOLOR Y LA GLORIA

Si para conquistar Roma Constantino había tenido que liquidar a uno de sus cuñados, la anexión del Oriente romano a su cartera de propiedades lo obligaría a matar a otro. Aunque le había prometido a Constancia que estaba dispuesto a respetar la vida de Licinio y su hijo, al cabo de un tiempo cambió de parecer. Acusó a los dos hombres de tramar una conjura contra él y ordenó su ejecución. Licinio fue el primero en morir, en el 325, y un año después su hijo lo seguía al otro mundo.

Sin embargo, las desdichas de los familiares de Constantino no habían hecho más que empezar. En el 326, el emperador sometió a juicio a su hijo mayor, Crispo. El joven fue hallado culpable, y la pena que se le impuso fue la de morir mediante la administración de un veneno. La sentencia supuso una auténtica conmoción, entre otras cosas por la alta posición de Crispo, que además tenía en su haber la consecución de una serie de grandes éxitos como general al frente de las tropas encargadas de combatir a los germanos en Occidente y de luchar contra Licinio en Oriente. Elevado al rango de César, todo parecía indicar que Crispo estaba siendo preparado para ocupar algún día el trono imperial. Sin embargo, ahora desaparecía súbitamente, a la temprana edad de veintiséis años. Su nombre fue borrado de todas las inscripciones y documentos públicos.

Mucho se ha debatido acerca de las razones que pudieron haber determinado la condena de Crispo, pero la explicación más probable es la de que Fausta lo acusara de haber mantenido relaciones sexuales con ella. Con solo diez o doce años más que su hijastro, Fausta era todavía joven, mientras que Constantino mediaba ya la cincuentena. ¿Realmente se acostaron juntos o fue Fausta la que, a semejanza de los personajes de la mitología griega, trató de seducir a Crispo y después, al rechazarla este, se lanzó contra él esgrimiendo una falsa acusación? ¿Intervino quizás otro factor? Es decir, ¿guardaba Fausta rencor a su marido por haber matado a su padre y a su hermano? Todo cuanto podamos decir se reduce a simples conjeturas.

Andando el tiempo, Constantino llegó a la conclusión de que Crispo era inocente y de que Fausta había mentido. Fue su madre, Helena, la que lo convenció de ambos extremos y la que lo persuadió de que su nieto había sido ajusticiado injustamente. Temerosa de la venganza que sin duda se habría abatido sobre ella, Fausta se suicidó sofocándose en un baño llevado a temperaturas extremas.

Fausta había pasado toda su vida en un entorno palaciego. No en vano era hija de un emperador (Maximiano), hermana de otro (Majencio) y esposa de un tercero (Constantino); sin olvidar que poseía además el excelso título de Augusta. Jamás habría imaginado perecer en tan sórdidas condiciones. Dejó tras de sí cinco chiquillos

y una reputación desastrosa. Al igual que Crispo, el nombre de Fausta fue eliminado de todas las consignaciones oficiales. Con todo ello, la familia imperial continuó sumida en un calvario.

TIERRA SANTA

En el 327, Constantino envió a Helena en peregrinación a la provincia de Siria Palestina. El viaje obedecía en parte a motivaciones de carácter piadoso y en parte a objetivos asociados con la política de relaciones públicas del Imperio, ya que era preciso reparar los perjuicios de opinión que la casa gobernante había sufrido como consecuencia de los acontecimientos del año anterior.

Durante su estancia en esa región de Oriente, Helena visitaría los lugares más importantes de la biografía de Jesús, demorándose de manera muy particular en Jerusalén. Había acudido a la zona en misión oficial y disponía de un acceso ilimitado a los fondos del gobierno. La madre de Constantino empleó esas sumas tanto en la construcción de nuevas iglesias como en el remozado y embellecimiento de las existentes. También dedicó dineros a proporcionar ayuda a los pobres. Helena fundó varias iglesias de hermosa factura en Belén y en el Monte de los Olivos, en Jerusalén.

En esa misma ciudad, Constantino patrocinaría la edificación de la iglesia del Santo Sepulcro, ubicada en el lugar mismo de la resurrección de Cristo. Parte de ese templo, que sin embargo ha conocido una gran cantidad de renovaciones, todavía se mantiene en pie. En su origen se alzaba junto a él una magnífica basílica, hoy desaparecida.

Tras destruir Jerusalén para castigar a los judíos por su revuelta, los romanos habían reconstruido la ciudad, ya en tiempos de Adriano, aunque poniendo buen cuidado de transformarla en un centro pagano en lugar de un lugar de culto para los hebreos. Hasta cambiaron el nombre de Jerusalén por el de Aelia Capitolina. Durante el reinado de Constantino volverían a levantarla y, pese a

aceptar ahora su denominación original, volvieron a segregarla de la religión judía y la convirtieron en una ciudad cristiana.

Constantino renovó la imagen de Siria Palestina y comenzó a referirse a ella diciendo que se trataba de la Tierra Santa cristiana. La provincia dejó de ser una región atrasada y semiolvidada para convertirse en el eje de las peregrinaciones cristianas. Esta situación iba a tener consecuencias históricas extremadamente persistentes. Por un lado, el impulso constantiniano terminaría sentando las bases de la larga sucesión de choques entre cristianos y musulmanes al que damos el nombre de «cruzadas». Por otro, la actitud del emperador tendió a socavar el derecho de los judíos a residir en la tierra que los había acogido históricamente. Todavía hoy se lucha por dirimir a quien pertenece el territorio.

Constantino no sentía ninguna simpatía por los judíos. Sin embargo, si consideramos las cosas desde el punto de vista de los romanos de la época, tampoco podría decirse que se contaran entre sus peores enemigos. No destruyó su templo, como habían hecho Vespasiano y Tito, y tampoco sumió a la región de Judea en un baño de sangre, como Adriano. Respetó la vida comunitaria de los judíos, así que su población continuó prosperando, tanto en las tierras de Israel como en los asentamientos de la diáspora. Sin embargo, de lo que sí se ocupó Constantino fue de colocar al judaísmo en una posición de inferioridad respecto del cristianismo. No era el primer emperador que insultaba a los judíos, pero el hecho de que los calificara de «asesinos del Señor» acabaría convirtiéndose en una execración particularmente dañina. Declaró ilegal que los judíos aceptaran en sus colectividades a cristianos que se hubieran convertido a su fe y proscribió asimismo que se impidiera a los judíos abrazar el cristianismo. Sin embargo, también les hizo sin pretenderlo un favor, ya que les ordenó que liberaran a sus esclavos si estos últimos decidían convertirse al cristianismo, apartando con ello a la comunidad judía, siquiera parcialmente, de una práctica como la esclavitud, a la que hoy consideramos una infamia moral.

En otra ocasión, al convertirse al cristianismo un destacado rabino y erudito judío, Constantino lo elevó a un cargo de suma importancia y le concedió los fondos necesarios para construir las primeras iglesias de Galilea, una comarca repleta de ciudades de intensa fe

talmúdica. Varias décadas después, una de esas poblaciones se convertiría en el foco de un nuevo alzamiento judío contra el poder de Roma.

CONSTANTINOPLA

Como ya hiciera Diocleciano antes que él, también Constantino comprendió que la realidad del Imperio había adquirido unas dimensiones y una complejidad tan grandes que resultaba imposible gobernarlo correctamente desde una única capital, y que se precisaba un centro de gobierno en Oriente y otro en Occidente. Constantino no ejerció el poder desde las instituciones de Roma, ya que durante la mayor parte de su reinado dirigió sus dominios bien desde Augusta Treverorum, a poniente, bien desde Sirmio o Serdica (la actual Sofía, en Bulgaria) en el levante. Tras derrotar a Licinio, Constantino decidió fundar una nueva capital en las tierras que un día gobernara su vencido adversario. La ciudad de Nicomedia, desde la que Diocleciano y Galerio habían regido los destinos de la porción oriental del Imperio, no parecía ser ya la ubicación más adecuada, dado que la Gran Persecución había pivotado justamente en torno a ella. Constantino quería contar con una nueva capital cristiana en el este para dar consistencia a un imperio que avanzaba hacia la plena conversión. Además, le había echado el ojo a un emplazamiento que presentaba notables ventajas, tanto estratégicas como propagandísticas.

Pocas ciudades se hallan mejor situadas que Estambul, pero Constantino fue el primero en explotar a fondo todo el potencial de su enclave. No resulta exagerado decir que, al refundar Bizancio, como se conocía entonces a la población, y transformarla en Constantinopla, el emperador dio al mundo una de las urbes más importantes de la historia, sin olvidar que siempre ha sido una de las más vivas y dinámicas.

El punto en el que se alzaba Bizancio había llamado la atención de Constantino durante sus luchas por la hegemonía en Oriente, ya que en esa época Licinio había utilizado el lugar a manera de plaza

fortificada. Bizancio era una ciudad griega cuya fundación se remontaba al siglo VII a. C. En los años transcurridos desde entonces, la suerte de sus habitantes había pasado por diversos altibajos, el último de los cuales había sido el del castigo de Septimio Severo, que la había destruido para escarmentarlos por el apoyo prestado a su rival. No obstante, tiempo después se había procedido a su reconstrucción, probablemente a instancias de Licinio. Constantino añadió nuevas remodelaciones a la antigua Bizancio y le dio el nombre de Constantinopla, o de Constantinopolis para ser más exactos, en un claro homenaje a su persona. Es posible que también la llamara Nueva Roma, pero hay quien asegura que esa denominación no cuajó hasta medio siglo después de Constantino. La verdad es que no lo sabemos a ciencia cierta.

Constantinopla se encuentra en una península situada en el extremo meridional del Bósforo, un angosto brazo de mar que comunica el Ponto Euxino (el actual mar Negro, como ya hemos visto) con la Propóntide (o mar de Mármara), y que también permite pasar desde ahí, a través del Helesponto (o estrecho de los Dardanelos), a los mares Egeo y Mediterráneo. A un lado del Bósforo se encuentra Europa, y al otro se extienden las inmensidades de Asia. El Bósforo ha sido siempre, tanto en la antigüedad como en nuestros días, uno de los pasos marítimos de mayor importancia estratégica del planeta.

Constantinopla se alza en el lado europeo del Bósforo. El hecho de que se encuentre sobre una península a la que el mar rodea por tres de sus costados implica que, por tierra, solo hay un punto que permite acceder a la ciudad, de modo que resulta fácil defenderla. Constantino dotó a la urbe de un nuevo cinturón amurallado y amplió su superficie, que expandió más de tres kilómetros hacia el oeste. De este modo consiguió disponer de una fortaleza situada en la encrucijada de dos continentes. La ciudad se halla asimismo próxima al río Danubio, y a una distancia muy similar de otras dos fronteras romanas: la del Rin en Occidente y la del Éufrates en Oriente.

Para el emperador, Constantinopla fue también una especie de monumento a la victoria, ya que se levanta en la orilla del Bósforo,

frente al escenario de la batalla final contra Licinio, que tuvo lugar en la costa asiática de ese estrecho. Al construir una capital cerca del punto en el que había vencido a otro romano, Constantino seguía en realidad los pasos de Augusto. También este primer emperador había erigido una población al otro lado de la masa de agua en la que había obtenido el triunfo decisivo sobre Marco Antonio, en la batalla de Accio. Augusto dio a esa nueva plaza el nombre de Nicópolis, que en griego significa literalmente «ciudad de la victoria». Sin embargo, aquí se agota toda analogía, ya que ni a Augusto ni a ningún otro emperador le fue dado construir jamás una metrópoli tan grandiosa como Constantinopla.

La nueva capital quedó inaugurada el 11 de marzo del 330. El emperador la dotó de una magnífica panoplia de obras arquitectónicas, y a una escala abrumadora. Había ahora en su perímetro un nuevo palacio, un circo (es decir, un hipódromo), un foro rodeado de pórticos, un edificio senatorial y una larga serie de iglesias. En el centro del foro podía verse una majestuosa columna de pórfido, parte de la cual todavía se mantiene en pie. En lo alto de ese monumento se alzaba una enorme estatua de Constantino, desnudo y con la cabeza ceñida por una corona que despedía rayos. La imagen admitía ser interpretada como un símbolo cristiano, como una representación del dios Sol o como ambas cosas a la vez. Pese a profesar la religión cristiana, un político de la talla de Constantino era perfectamente capaz de exhibir una calculada ambigüedad si con ello lograba ampliar el número de sus seguidores.

LA REORGANIZACIÓN DEL GOBIERNO

Constantino remodeló las instituciones de la gobernación romana. Incrementó su grado de especialización y flexibilidad, pero se ocupó al mismo tiempo de que se mostraran estructuralmente más proclives a plegarse a su voluntad. Como militar, el primero de los organismos que se propuso transformar fue el ejército. Constantino no necesitaba que nadie le recordara aquella advertencia que Severo había dirigido a sus hijos al aconsejarles que enriquecieran a

los soldados. Tal y como habían hecho previamente otros emperadores, ya desde los tiempos de Galieno, Constantino separó la carrera militar de las profesiones civiles. De este modo, al liberarse de la traba que suponía la obligación de promover a los senadores al rango de comandantes del ejército, Constantino consiguió aumentar el número de oficiales de origen no romano, con lo que reforzó las legiones con un contingente de hombres tenidos por bárbaros entre sus mismos compatriotas. En la británica Eboraco, por ejemplo, la persona que se hallaba a cargo de las tropas al fallecer el padre de Constantino era nada menos que un rey germano. Pese a que la mayoría de los soldados fueran romanos, la cantidad de extranjeros que cruzaban la frontera para unirse al ejército imperial no era nada desdeñable, ya que muchas de las tribus del otro lado del limes juzgaban que el servicio militar era una buena forma de ganarse la vida. Se trataba en general de moros, armenios y persas, pero quienes más adoptaban la vía de las armas eran los germanos.

Constantino agudizó la distinción, iniciada en época de Diocleciano, entre los soldados de los ejércitos de campaña y las tropas fronterizas. Los integrantes del primer contingente eran combatientes mejor preparados; y no solo disfrutaban de una paga más alta, sino que servían también durante un período de tiempo más corto que el de sus colegas de las guarniciones. Otra de las mejoras que se introdujeron en este ejército de tierra fue la de operar directamente a las órdenes de Constantino. Gracias a ello, el ariete militar de Roma ganó en movilidad, ya que el emperador podía desplazar con rapidez a sus legionarios y enviarlos a cualquier punto en el que se requiriera su presencia.

Constantino también reforzó la burocracia palaciega. Creó un poderoso cuerpo de funcionarios que debían rendirle cuentas sin intermediación alguna. Se trataba de un renovado conjunto de administradores, más especializados, pero que también se hallaban al frente de una serie de departamentos de nueva creación. Se instituyó incluso una sección inédita, integrada por legionarios, con la misión de llevar los mensajes confidenciales del gobierno a las provincias y traer después a palacio la respuesta. Todo este proceso de consolidación y centralización añadió eficiencia a los estamentos gubernamentales, pero no los volvió menos corruptos, pues, a

cambio de sus servicios, todos esos gestores esperaban recibir alguna clase de «propina», por decirlo suavemente. De hecho, cuanto más fuera creciendo el sistema de gobierno burocrático, tanto más aumentarían los problemas derivados de este tipo de sobornos.

Constantino comprendió rápidamente que el intercambio de obsequios y favores como contrapartida de una determinada gestión era uno de los elementos comunes de la actividad gubernativa. Por consiguiente, y con el fin de forjar lazos con los personajes poderosos de las provincias, creó también una larga serie de títulos y distinciones de nuevo cuño, llegando incluso a instituir, como ya hemos visto, un Senado alternativo en Constantinopla. También hizo gala de una espléndida generosidad, tanto con los individuos que le servían adecuadamente como con las ciudades que cooperaban con sus planes. Dicha actitud, que era buena para sus medidas políticas, no lo era en absoluto para las arcas del Estado. El resultado fue una nueva subida de los impuestos.

Lo que sí se reveló efectivamente beneficioso para la tesorería imperial fue la moneda de oro que Constantino ordenó acuñar: el sólido. Con ella se sustituyó la circulación de otra pieza más antigua de ese mismo metal, ya que su valor había quedado muy menguado a causa de la inflación. Los sucesores de Constantino mantuvieron la buena calidad de los sólidos. De hecho, con el tiempo, la moneda acabaría revelándose tan fiable y gozaría de tan buena reputación que hay incluso algunos autores modernos que han dado en llamarla «el dólar de la Edad Media». Sin embargo, las piezas de bronce y de plata continuaron perdiendo valor.

IGLESIAS Y MEZQUITAS

Helena falleció en Constantinopla en torno al año 328, poco después de regresar de Tierra Santa. Su hijo la acompañó hasta el final. Tras su muerte, Constantino envió sus restos mortales a Roma, ya que su madre se había establecido en esa ciudad en el 312. Una vez allí el cadáver fue colocado en un sarcófago de pórfido

magníficamente ornamentado que después fue depositado a su vez en un mausoleo que se alzaba, provisto de una sección circular cubierta con una cúpula, junto a un templo dedicado a los mártires cristianos de las afueras de la ciudad. Los millones de visitantes que acuden todos los años a los Museos Vaticanos todavía pueden contemplar hoy ese sarcófago en sus dependencias. Las ruinas del mausoleo también se han conservado, y se encuentran actualmente en un parque del extrarradio romano. Sin embargo, apenas se airea su existencia, así que son pocos los viajeros que se toman la molestia de ir a verlo.

Los años que aún le quedaban de vida a Constantino estuvieron presididos por una relativa tranquilidad. No obstante, al estar gestándose un nuevo movimiento de oposición armada en la frontera oriental, el emperador comenzó a planear la organización de una campaña militar contra Persia. Había decidido encabezarla personalmente. Sin embargo, poco después de abandonar Constantinopla, cayó enfermo y tuvo que detenerse en las inmediaciones de Nicomedia. Al ver que se aproximaba el final, pidió ser bautizado. En esa época, era corriente posponer la ceremonia del bautismo hasta el último momento, ya que de ese modo se minimizaba el riesgo de pecar tras el sacramento. El 22 de mayo del 337 fallecía el emperador.

Los tres hijos varones que Constantino había tenido con Fausta permanecían con vida. En sus últimos años, el padre había ido nombrándolos César a todos, así como a su sobrino, y les había confiado igualmente la responsabilidad de dirigir una parte del Imperio. Vigilaba muy de cerca a los cuatro, pero abrigaba la esperanza de que pudiesen acceder un día al trono y gobernar juntos en cordial actitud de cooperación. Sin embargo, el proyecto no prosperó. Tanto el sobrino como su padre, el hermanastro de Constantino, perecieron asesinados inmediatamente después de la muerte del Augusto.

Los tres hermanos se repartieron el Imperio, pero la concordia duró poco. Uno de ellos quería disponer de nuevos territorios, así que atacó los dominios del otro, aunque con resultados desastrosos, ya que perdió a un tiempo la batalla y la vida. El segundo hermano fue objeto de un golpe de Estado y sucumbió a manos de un asesino.

Quedó únicamente el tercero de los hijos de Constantino, Constancio II, cuyo reinado iba a durar veinticuatro años, desde la muerte de su padre, en el 337, hasta el 361. Pese a todo, para hacerse con el poder tuvo que librar una guerra civil terriblemente sangrienta contra el hombre que había usurpado el cetro de su hermano. Por si fuera poco, Constancio II tampoco tuvo suerte al nombrar césares a dos de sus primos. Ordenó ejecutar a uno por haberlo desobedecido y se dispuso a marchar contra el otro, que había provocado una rebelión. Sin embargo, cuando ya estaba a punto de emprender la campaña, el plan se esfumó bruscamente, ya que Constancio II falleció por causas naturales antes de poder llevarlo a la práctica, de modo que el levantisco primo se hizo con las riendas del Imperio.[89]

Siguiendo la costumbre de muchos emperadores, Constantino había preparado con mucha antelación el emplazamiento y las características de su futura tumba. Como ya hicieran en su momento Diocleciano y Galerio, también él dio la espalda a la ciudad de Roma. En lugar de optar por la capital, Constantino prefirió un punto situado en lo alto de una colina que se alza en la vertiente oeste de Constantinopla y desde la cual se contempla el mar. Sus restos descansarían allí, en un edificio con la doble función de mausoleo y templo. La construcción, que recibió el nombre de iglesia de los Santos Apóstoles, contenía el sarcófago de Constantino, depositado cerca del monumento conmemorativo de los doce apóstoles. El santuario albergaba los restos de los discípulos de Cristo y de otros padres de la Iglesia, así como una serie de reliquias traídas de Tierra Santa. Había también un altar, lo que significa que el alma de Constantino podía beneficiarse del culto que la gente rendía a los apóstoles.

Era una edificación magnífica: alta, rematada por hermosas cúpulas y decorada con mármol, bronce y oro. Pese a que no se haya conservado, todo cuanto sabemos de ella indica que era digna de un rey. En el año 1453, transcurridos más de mil años desde la muerte de Constantino, los turcos otomanos conquistaban Constantinopla. Por esa época, la iglesia de los Santos Apóstoles se encontraba ya en un estado ruinoso. El nuevo gobernante otomano de la capital, el sultán Mehmed II el Conquistador, ordenó demoler los restos del templo a fin de sustituirlo por una mezquita. Se erigió así una

espléndida estructura, conocida con el nombre de Mezquita del Conquistador (o Fatih Camii, en turco). Su diseñador era el arquitecto más destacado de la época.[90] El edificio se vería dañado posteriormente por una serie de terremotos y tuvo que ser reconstruido varios siglos después, aunque sobre una planta totalmente diferente. Su última versión todavía puede contemplarse. Junto a la mezquita se encuentra la tumba de Mehmed, el sultán que hizo de la metrópoli una ciudad musulmana. Al asociar su propia memoria con el lugar en el que reposaban los restos de Constantino, Mehmed consiguió reforzar la reivindicación que lo había llevado a proclamarse Kayser-i-Rum, es decir, César de Roma. Esto nos da una idea de la formidable reputación de Constantino, el hombre que once siglos atrás había remodelado el Imperio, confiriéndole una nueva imagen.

EL LEGADO DE CONSTANTINO

Si cualquier otro hombre se hubiera elevado a la cima partiendo de una posición secundaria, derrotando a varios adversarios de notable poder antes de conquistar el Imperio y ponerse a reformar el ejército, reorganizar la administración y fundar una dinastía, haciendo gala al mismo tiempo de una energía inaudita, capaz de permitirle combatir en un gran número de batallas, en escenarios que van del norte de Britania a Renania y del Helesponto al Éufrates, pasando por Roma y el Danubio, lo consideraríamos sin dificultad una figura política de primer orden. Sin embargo, Constantino es un gigante histórico de tal calibre que todas esas hazañas, que sin duda constituyen logros innegablemente suyos, parecen de poca importancia. Lo que realmente lo define fue la difusión del cristianismo y la fundación de Constantinopla. Al igual que otros emperadores, Constantino dejó tras de sí un gran número de monumentos, pero todos palidecen en comparación con la ciudad que lleva su nombre. Tampoco puede decirse que fuera el único gran gobernante en intervenir directamente en cuestiones religiosas, pero ni siquiera Augusto fue autor de un cambio tan trascendental como el que él auspició en Occidente.

Los cristianos ortodoxos consideran que Constantino fue un santo. Helena también ha sido elevada a la santidad, y no solo por la Iglesia ortodoxa, sino también por la católica y la anglicana. Si Constantino vino a ser una suerte de figura paterna para el cristianismo en tanto que religión romana, el rol de Helena fue en ese sentido equiparablemente maternal.

El triunfo del cristianismo ha sido uno de los más notables puntos de inflexión que haya conocido la historia. Las enseñanzas de un santo varón destinado a morir ejecutado en un pequeño rincón del Imperio acabaron convirtiéndose en la religión predilecta del Estado romano, hasta llegar a transformarse, de hecho, a finales del siglo IV, en su credo oficial.

En la época en que Diocleciano desató la furia del gobierno contra ella, la Iglesia era ya una fuerza de considerable poder en la sociedad romana, y lo cierto es que su capacidad para sobrevivir a la Gran Persecución terminaría por reforzarla todavía más. Había surgido con ello la necesidad de encontrar una fórmula para conciliar el Estado romano con una realidad que había pasado a ser, en cierto sentido, un estado dentro del estado. Y Constantino fue precisamente el medio que permitió lograrlo.

Desde los tiempos de Augusto no se había visto a ningún otro emperador que poseyera a un tiempo –antes de su ascenso al trono– la asombrosa y doble condición de miembro de los círculos del poder y de individuo aparentemente situado en un segundo plano. Tanto Augusto como Constantino establecieron alianzas decisivas con hombres tallados a su imagen y semejanza, personas de enorme poder e influencia pero no plenamente integradas en el núcleo duro de la gobernación del Estado. En el caso de Augusto, los apoyos provinieron de la clase ecuestre italiana y de las élites senatoriales que habían logrado sobrevivir a las conmociones políticas anteriores, mientras que Constantino, por su parte, obtuvo el respaldo de los obispos y los burócratas, sin olvidar que consiguió incluso el de algunos reyes bárbaros. Ambos gobernantes cortejaron a la flor y nata de las provincias y, por supuesto, al ejército.

Si nos fijamos en la historia constataremos que muy pocos individuos han sabido entender mejor que Constantino la mecánica del poder. Su pasmosa ambición solo puede equipararse a su genial

capacidad de presentarse a una luz favorable. No tiene demasiado sentido dudar de que lo motivara una sincera hebra de espiritualidad, pero ese fondo religioso convivía en él con un apasionado ejercicio de la violencia y unas devoradoras ansias de poder.

Constantino fue uno de los estadistas más creativos y originales de la historia. Transformó el cristianismo y logró que sus doctrinas pasaran de constituir las bases de una religión minoritaria a convertirse en la fuerza cultural dominante del mundo occidental. Fundó asimismo una de las mayores ciudades que hayan visto las crónicas y modificó los equilibrios estratégicos de Roma.

El hecho de que el cristianismo dejara de ser víctima de la Gran Persecución y acabara elevándose a la condición de religión imperial produce un cierto vértigo, por no considerarlo milagroso. Sin embargo, esa particular trayectoria sigue una pauta característicamente romana. Si algo definía a los emperadores era precisamente su vocación pragmática. Desde la época del propio Augusto, todos ellos fueron conscientes de que, para sobrevivir, tenían que aceptar los cambios y conservar al mismo tiempo cuanto pudiera rescatarse de épocas pasadas. Unas veces, el calado de las transformaciones revelaría ser de una importancia relativamente secundaria, como ocurriría por ejemplo con la elevación y estímulo del Oriente griego que se vivió durante el reinado de Adriano. Otras, por el contrario, las metamorfosis resultarían verdaderamente radicales, como sucedería, pongo por caso, al emprender el tándem formado por Julio César y Augusto la demolición de las instituciones libres y republicanas para sustituirlas por una gobernación de corte monárquico. Y, en muchas ocasiones, la mutación discurrió por cauces violentos y se vio acompañada de guerras civiles, decretos de confiscación de propiedades y ejecuciones.

Si echamos la vista atrás, cabría comparar la Gran Persecución y las guerras intestinas que tuvo que librar Constantino con los decretos de proscripción con los que Augusto purgó de oponentes sus dominios y las contiendas fratricidas a las que también se entregó. En ambos casos, el resultado fue un nuevo régimen, aunque firmemente anclado en el antiguo. Tanto en una como en otra

situación, los miembros más conservadores del Estado expresaron quejas y ofrecieron resistencia, a veces recurriendo incluso a la violencia. No obstante, tras los dos apuros, el Imperio consiguió reajustarse y perdurar. Sin embargo, una de las grandes diferencias que median entre el par de circunstancias que acabamos de evocar es la de su dimensión geográfica.

Al igual que muchos de sus predecesores, Constantino puso sus miras en Oriente. La porción levantina del Imperio concedió a Augusto su más rica conquista, Egipto, pero el primer emperador conservó siempre sus raíces en Occidente. El este elevó a Vespasiano al trono, pero también él gobernó en Roma. En Oriente cifró Adriano su ideal, de él extrajo Marco Aurelio su filosofía y de allí traería Septimio Severo a su esposa, pero todos ellos centraron sus esfuerzos en la Ciudad Eterna. Diocleciano, por el contrario, estableció su cuartel general en esa región. Y al trasladar el eje del Imperio a Oriente, dotándolo de una nueva capital de carácter simultáneamente administrativo y espiritual, al menos para los cristianos (cuya religión también había surgido allí), Constantino llevaría esa tendencia a sus últimas consecuencias.

En la época en que falleció Constantino, nadie podía prever que el emperador acababa de abrir la puerta al futuro eclipse de Roma. Aunque sin pretenderlo, Constantino creó unas condiciones propicias para el surgimiento de un imperio romano sin la ciudad de las siete colinas y sin la península itálica, despojado incluso de buena parte de Europa. Constantino sentó las bases de tres grandes imperios orientales: el califato musulmán, Rusia, y el Imperio romano de Oriente, o Imperio bizantino por emplear el nombre con el que se conoce en la actualidad.

Con ello debilitó mismo tiempo, también sin proponérselo, los puntales que mantenían en pie al Imperio romano de Occidente. En las tres generaciones inmediatamente posteriores a su reinado, nadie conseguiría gobernar la totalidad del Imperio por espacio de más de quince años. Al final, en el 395, es decir, cuando todavía no habían transcurrido ni sesenta años desde el fallecimiento de Constantino, el Imperio quedó oficialmente dividido en dos mitades, Oriente y Occidente. Ningún emperador volvería ya a ejercer su dominación desde Britania hasta el norte de Irak.

Si la porción occidental del Imperio romano había destacado siempre por ser más pobre que su parte oriental, ahora iba a tener que habituarse a tener también un menor poder. En el siglo V, Roma sería saqueada en dos ocasiones. Constantinopla, por el contrario, contaba con unas fortificaciones tan sólidas que, una vez fundada por Constantino, no habría un solo adversario que se revelara capaz de tomar la ciudad.

No obstante, de haber dispuesto de unos líderes mejor preparados y de haber utilizado con mayor prudencia sus recursos, el Imperio de Occidente quizá hubiera logrado salvarse. Sin embargo, 139 años después de la muerte de Constantino, el Imperio romano de Occidente llegó a su fin. Los invasores encargados de darle la puntilla, que ya habían conquistado casi todas sus provincias, forzaron la abdicación del emperador. El 4 de septiembre del 476, el joven Rómulo Augústulo abandonaba el poder en la población italiana de Rávena, que llevaba ya tres generaciones haciendo los oficios de capital del Occidente.

Pese a que fuera sin duda un triste final para Occidente, el Imperio romano continuó vivo. Sus pragmáticos gobernantes se habían limitado a trasladarse al este. Los sucesores de Augusto continuaron gobernando el mundo, pero no desde Roma. De hecho, en el 476, la grandeza de Constantinopla apenas había dado sus primeros pasos.

Epílogo

Los espectros de Rávena

Rávena se encuentra en el norte de Italia, a escasos kilómetros del litoral adriático. Fue durante siglos un importante puerto de mar. Sin embargo, con el tiempo, el ancladero quedaría colmatado, hasta el punto de que, en la actualidad, el mar se encuentra a varios kilómetros de distancia, unido a Rávena por un canal. En nuestros días, la población es un lugar sosegado, soñoliento incluso, y es frecuente que el viajero pase de largo sin hacerle caso, deslumbrado por sus célebres ciudades vecinas: la espectacular Venecia y la coqueta y playera Rímini. Sin embargo, hace mucho tiempo Rávena disponía de un exquisito conjunto de atractivos, entre los que destaca en particular un seductor grupo de mosaicos. Estas obras de arte rememoraban en silencio los olvidados tiempos del desplome del Imperio romano en Occidente y su simultáneo despertar en Oriente. Ninguna ciudad evoca mejor que Rávena las penumbras del ocaso imperial de Roma.

El visitante que recorra hoy sus calles encontrará en su camino una nube de espectros. La primera de esas apariciones es el palacio imperial que un día dominara la urbe. En los años inmediatamente posteriores al fallecimiento de Constantino, la población que más habitualmente hizo las veces de capital del Imperio romano de Occidente no fue Roma ni Augusta Treverorum, sino Mediolanum. Sin embargo, en el transcurso del siglo IV, el Imperio iría perdiendo gradualmente toda capacidad de defender la península itálica de los ataques exteriores. Mediolanum se encontraba en medio de la llanura septentrional de la península, así que, tras sufrir el asedio de una tribu germánica, quedó claro que la ciudad se hallaba demasiado expuesta para poder seguir desempeñando el papel de capital. Rávena ofrecía mayor seguridad. Contaba con la protección de un cinturón de marismas, un terreno sumamente propicio para la

propagación de la malaria hasta época relativamente reciente. En esa época, Rávena disponía además de un buen puerto de mar, lo que permitió reforzar sus defensas en ese flanco (o propiciar por él la huida en caso necesario). El propio Augusto, que ya había comprendido en su momento las ventajas estratégicas de Rávena, convertiría su fondeadero en la base naval de la flota imperial romana destinada a operar en la parte oriental de Italia.

Con tan interesantes credenciales, no es de extrañar que en el siglo V Rávena se erigiera en capital del Imperio romano de Occidente. Una docena de hombres habrían de ejercer su autoridad de emperadores desde su palacio gubernamental, verdaderamente grandioso. O al menos todo parece indicar que lo fue, porque la verdad es que no lo sabemos a ciencia cierta, dado que no ha quedado absolutamente nada de él.

Sería en ese palacio donde sostuviera las riendas de sus maltrechos dominios el último de los emperadores romanos afincados en la ciudad. Se llamaba Rómulo Augústulo, y había accedido al poder en el 475. Lo adornaban dos nombres auténticamente famosos: el del legendario fundador de Roma, que también había sido su primer rey –Rómulo–, y el del emperador que había inaugurado su más brillante serie de gobernantes (Augusto). Sin embargo, por encumbrados que pudieran parecer, lo que ambos pabellones ocultaban era la gran debilidad del nuevo dirigente. No obstante, su apodo de «Augústulo», diminutivo de «Augusto», constituye una pista que nos aproxima mejor a la realidad. En el momento de subir al trono apenas tenía quince años. Su padre era quien ejercía verdaderamente el poder, pues no en vano se trataba de un general del ejército. De hecho, él había sido quien había conquistado Rávena y depuesto al emperador anterior. Por alguna razón, prefirió colocar a su hijo al frente del Imperio a ejercer personalmente el mando. Rómulo Augústulo se encontró con un imperio menguado, cuya extensión abarcaba únicamente la península itálica y el sur de la Galia. Y además carecía de legitimidad, dado que el emperador romano de Oriente no había reconocido su derecho a empuñar el cetro.

Quien ostentaba en verdad el poder era Flavio Odoacro. Se trataba de un jefe tribal extranjero que mandaba a los mercenarios

germánicos de la península itálica, y es posible que él mismo fuese también germano, pero no lo sabemos con seguridad. Siguiendo la arraigada costumbre de las tropas del ejército romano, los soldados de fortuna como Odoacro también deseaban hacerse con tierras propias. Sin embargo, como el padre de Rómulo Augústulo se las había negado, optaron por rebelarse. Poco después, los combatientes a sueldo de Odoacro mataban al padre y al tío de Augústulo y se apoderaban de Rávena.

Perdonaron la vida al jovencísimo emperador, pero lo obligaron a abandonar el palacio. Otorgaron a Rómulo Augústulo una generosa pensión y lo enviaron al exilio, a una villa costera asomada a la bahía de Nápoles. Sus parientes más cercanos lo acompañaron a su nueva residencia, y es muy posible que entre ellos se encontrara su madre. Odoacro fue proclamado rey de Italia.

Entretanto, el Senado de Roma, pues la institución seguía existiendo, tomó los símbolos del poder, incluidos el manto de púrpura y la diadema, y se los envió al emperador, que se encontraba en Constantinopla, en un significativo gesto que venía a reconocer que el puesto de emperador de Occidente había quedado vacante.

En la fecha de la abdicación de Rómulo Augústulo –el 4 de septiembre del 476, como hemos visto– no solo habían transcurrido poco más de 500 años desde que Octaviano fuese proclamado Augusto de Roma, también hacía 139 que Constantino había pasado a mejor vida. El Imperio romano de romano de Occidente había llegado a su fin, pese a que Odoacro y otros gobernantes germánicos posteriores se consideraran dignos sucesores del trono. Todos ellos apoyaron las expresiones artísticas y literarias típicas, tal y como habían hecho los emperadores anteriores. Buen ejemplo de ello es el hecho de que siguieran patrocinando la elaboración de fantásticos mosaicos y distintos tipos de monumentos en Rávena.

Sin embargo, los gobernantes del Imperio de Occidente ya no eran romanos, sino germanos. Los ciudadanos italianos de esta porción occidental estarían llamados a colaborar en las funciones gubernamentales, lo que significa que tendrían ocasión de desempeñar los más altos cargos del Estado, pero lo cierto es que ninguno de ellos volvería a ya a sentarse en el trono.

Un siglo más tarde, un autor calificará a Rómulo Augústulo como el último gobernante «del Imperio occidental de la raza romana», señalando a continuación que, «a partir de ese momento, los reyes de los godos, un pueblo germánico, se adueñaron de Roma y de Italia». Flavio Julio Nepote, un emperador rival de Odoacro, reivindicaría la gobernación del Imperio de Occidente hasta el año 480, aunque no desde Italia. Tuvo que vivir exilado en Dalmacia, ya que en el 475 el padre de Rómulo Augústulo lo había obligado a refugiarse en dicha región. Murió asesinado.

¿Qué había salido mal? ¿Qué fue lo que determinó que los hombres «de la raza romana» dejaran de gobernar en Occidente? Para entenderlo, basta decir que las provincias del Imperio de Occidente habían ido cayendo, una por una, en manos de distintos invasores no romanos. Estas son algunas de las fechas que merecen consideración: en el 410, los romanos se habían tenido que retirar de Britania; en el 418 dejaron que los godos, un pueblo germánico, se asentara en el suroeste de la Galia; en el 435 cedieron buena parte del norte de África a los vándalos, otra tribu germánica invasora.

Más tarde se produjeron varios ataques que sembraron el terror entre los romanos, aunque no los obligaron a perder ningún territorio. En las décadas de 440 y 450, Atila y los hunos, un pueblo nómada de Mongolia formado por feroces jinetes, invadió los Balcanes, la Galia e Italia. Pese a que saquearon varias ciudades y obtuvieron buenas cantidades de oro valiéndose de la fuerza, no lograron conquistar un solo palmo de terreno romano. Aproximadamente por esa misma época, una oleada de bárbaros saqueó la mismísima metrópoli de Roma en el 410, y repitió su hazaña en el 455.

Al hacerse con el control de las provincias del norte de África, que resultaban vitales para el Imperio por su abundancia de trigo, los vándalos cortaron la principal vía de aprovisionamiento de la península itálica. Solo el Imperio romano de Oriente, centrado en Constantinopla, contaba con los recursos precisos para organizar una expedición militar e intentar recuperar el acceso al granero norteafricano. Sin embargo, cuando la flota del Oriente romano intentó tomar tierra en las costas de lo que hoy es Túnez, los

vándalos la destruyeron lanzando contra sus embarcaciones una avalancha de brulotes.[91] En el 468, la batalla de cabo Bon sellaba la definitiva ruina del Imperio romano de Occidente.

Gibbon sugirió en su día, nada menos que a finales del siglo XVIII, que el cristianismo había desempeñado un papel sumamente importante en la caída del Imperio romano. El autor argumenta que esa doctrina religiosa socavó el espíritu combativo de sus habitantes. Esa teoría carece de sentido.

En la mitad oriental del Imperio romano la vehemencia de la fe cristiana era mucho más intensa que en su porción occidental, y no puede decirse precisamente que se desmoronara en el 476. De hecho, conservaría su condición de imperio durante otros ciento cincuenta años más, hasta que las fuerzas del islam se adueñaran de casi todo su territorio. Una vez consumado ese cambio, la parte oriental perduró como potencia regional por espacio de ochocientos años, y solo llegó a su fin en 1453, prácticamente mil años después del desplome de su contrapartida occidental. Por otra parte, el cristianismo tampoco supuso ningún freno para los estados europeos, que no tendrían inconveniente en combatir unos contra otros y sojuzgar buena parte del globo durante casi dos milenios.

Si el Imperio romano de Occidente se desmoronó fue, por un lado, a causa de un encadenamiento de malos gobernantes, y como consecuencia, por otro, de una secuencia de desaciertos; de entre los que cabe destacar, entre otros, los siguientes: el chapucero despliegue de sus medios militares, las persistentes divisiones internas, la existencia de enemigos poderosos, los inconvenientes de una situación geográfica desfavorable y el declive de sus recursos. En el futuro, el Imperio estaba llamado a contar con otros grandes líderes antes de asistir a la caída de Occidente, pero la mayor parte de esos dirigentes habrían de gobernar desde Oriente.

Todo huyó a Oriente: el dinero, el talento y el poder. La gran capital de Constantinopla no encontraba equivalente en Occidente. Y en el oeste tampoco se contaba con ninguna fortaleza que pudiera compararse al fortín bizantino.

Constantino fortificó muy bien la ciudad que acababa de fundar, tanto en previsión de un ataque por tierra como para defenderla de

una agresión marítima. En menos de un siglo, la urbe se expandió y rebasó ampliamente sus muros terrestres. Por consiguiente, a principios del siglo V, los romanos construyeron un nuevo conjunto de murallas, aún más sólido, en una zona situada aproximadamente un kilómetro y medio más al oeste que las anteriores, con lo que la superficie de la metrópoli se duplicó. El imponente amurallamiento de los flancos terrestres –formado por una muralla interior reforzada por otra exterior, protegida a su vez mediante un foso– tenía una extensión de cinco kilómetros y medio. Este baluarte se hallaba unido además a una muralla marítima que protegía a la ciudad de todo intento de invasión naval.

Mientras Roma se tambaleaba, conmocionada por los pillajes a los que estaba siendo sometida, Constantinopla crecía y veía elevarse su prestigio. Y esto nos conduce, por cierto, si bien de manera indirecta, al segundo grupo de fantasmagóricas presencias a las que aludía anteriormente al referirme a Rávena. Las primeras sombras espectrales de estos aparecidos se sitúan, al menos inicialmente, en Constantinopla, que alcanzó uno de sus mayores períodos de apogeo en tiempos del emperador Justiniano (cuyo reinado se sitúa entre los años 527 y 565) y su esposa Teodora (emperatriz de 527 a 548). Estas dos figuras dominan la primitiva historia del Imperio bizantino, pues ese es el nombre con el que hoy se lo conoceo. (Resulta irónico que el término «bizantino» no empezara a utilizarse sino después de la caída del propio Imperio romano de Oriente.)

Ateniéndose a las pautas de la tradición que iniciaron en su día Augusto y Constantino, Justiniano revelaría ser, además de un hombre de grandes conquistas políticas y territoriales, un buen legislador, un magnífico gestor y un notable urbanista (razones que explican claramente que la suya fuera una época marcada por obras artísticas y literarias del más alto nivel). En Oriente, acertó a conservar el poder de Bizancio frente a la intensa ofensiva persa, mientras que, en Occidente, supo rodearse de generales de talento, con los que recuperó la península itálica parte del norte de África para el Imperio. Lo que no consiguió, en cambio, fue detener los ataques de los Balcanes, y tampoco alcanzó a impedir que los eslavos y los búlgaros se asentaran en territorio bizantino.

En su faceta de jurista, es preciso recordar que Justiniano fue uno

de los más influyentes de la historia, dado que promovió una iniciativa destinada a codificar el Derecho romano; iniciativa que culminaría en el Código de Justiniano, una obra maestra de consulta y referencia que acabaría ejerciendo una enorme influencia en la tradición jurídica occidental. Como administrador, fomentó siempre una gobernación juiciosa, combatió la corrupción y estimuló el comercio.

En su vertiente urbanista, Justiniano patrocinó un vasto programa de obras públicas, de entre las que cabe destacar un buen número de puentes, fuertes, acueductos y orfanatos, por no mencionar que también construyó ciudades enteras. Su más célebre proyecto fue el de la iglesia de la Divina Sabiduría, también conocido como Santa Sofía, en Constantinopla, que todavía se mantiene en pie, aunque ahora con función de museo. Como ya hicieran antes que él Nerón y Adriano, también la estructura en forma de cúpula que levantó Justiniano terminó siendo su obra arquitectónica más relevante. Esta bóveda, suntuosamente decorada con espléndidos mosaicos en su parte interior, vino a coronar una catedral de tan vastas dimensiones que, por espacio de mil años, no hubo en todo el mundo ninguna que la igualara. Justiniano quedó tan asombrado al contemplar por primera vez las extraordinarias hechuras del edificio, una vez terminado, que no pudo reprimir la dicha. «¡Salomón, te he superado!», exclamó en referencia al rey de los judíos que había levantado el primer templo de Jerusalén.

Justiniano era además la más alta autoridad de la Iglesia ortodoxa cristiana, cargo que lo llevaría a apretar las clavijas a los herejes, los paganos, los judíos y los samaritanos (que seguían una versión del judaísmo distinta a la de la tradición rabínica a la que se atenían la mayoría de los hebreos). Expulsó además a los maestros paganos que enseñaban en la academia platónica de Atenas y se distanció de los numerosos cristianos de Egipto y Siria, que abrazaban una teología diferente a la ortodoxa. Prohibió por añadidura una de las partes fundamentales del judaísmo: las interpretaciones rabínicas de la Biblia hebrea. Pese a que, en la práctica, suscitaran más el incumplimiento que la observancia, lo cierto es que muchas de las interdicciones de Justiniano provocaron algaradas y revueltas.

Teodora, por su parte, era de un origen muy humilde, y había trabajado como actriz, una profesión que en aquella época marcaba con una pésima reputación a las mujeres. Sin embargo, además de muy hermosa, Teodora era tan astuta como brillante. Supo ganarse el afecto de Justiniano, que se casó con ella y la distinguió con el título de Augusta. Teodora influyó mucho en el régimen de Justiniano, y se la recuerda, entre otras cosas, por haber levantado la moral de su marido en una ocasión en la que este tuvo que hacer frente a una serie de desórdenes surgidos en Constantinopla, tan graves que a punto estuvieron de costarle del trono. «La púrpura regia es el más noble de los sudarios», le dijo en el momento en que más duros se presentaban los enfrentamientos, convenciendo así al emperador, al que empezaban a flaquearle las piernas, que se mantuviera a pie firme y luchara. Poco después, uno de los generales de Justiniano aplastaba a los agitadores. También se evoca a Teodora por haber auspiciado la redacción de textos legales destinados a ayudar a las mujeres, impidiendo por ejemplo la prostitución forzada o reconociendo mejor su derecho al divorcio y al disfrute de propiedades.

No hay duda de que, tras la desaparición de Justiniano y Teodora, Bizancio habría de conocer a un gran número de emperadores y emperatrices. No obstante, en cierto sentido, esta pareja representa el último brote del árbol romano, ya que, después de ellos, no habría ya ningún gran gobernante del Imperio de Oriente que supiera hablar latín. Más tarde, el griego se convertiría en la lengua de los líderes imperiales y de sus acólitos, ya que ese era el idioma que predominaba en el Mediterráneo oriental. Sin embargo, todos ellos seguirían considerándose romanos.

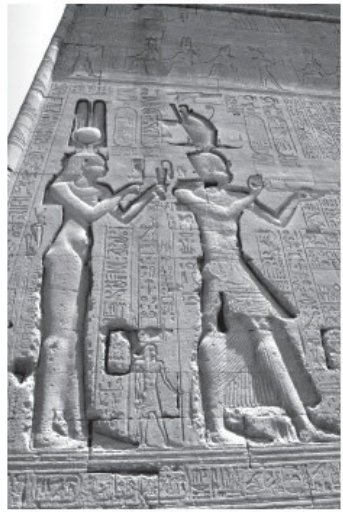
Y lo mismo puede decirse de la gente de Rávena. También ellos formaban parte del Imperio de Justiniano. Su general más descollante había conseguido arrebatar dicha plaza a la tribu germánica que previamente se había apoderado de ella. Acto seguido, el militar había «reclamado» la península itálica y asegurado que se trataba de una legítima posesión del Imperio romano, pese a que a partir del año 395 no hubiera habido un solo emperador que hubiera tenido ocasión de gobernarla desde Constantinopla. Sin embargo, ahora los bizantinos se encontraban finalmente en la península, y en ella habrían de permanecer por

espacio de doscientos años, tiempo en el que situarían la sede de su poder en Rávena. La ciudad vivió así un dilatado período de renacimiento cultural, aunque su momento más icónico se produjo justo al principio. Poco después de la conquista bizantina, la iglesia de San Vital de Rávena se vio decorada con una fabulosa serie de mosaicos de nueva factura. A ambos lados del ábside de ese templo hay, de hecho, dos paneles de teselas polícromas en los que pueden verse las imágenes de Justiniano y Teodora. La cabeza de ambos gobernantes aparece envuelta en una brillante aureola recortada sobre un reluciente fondo dorado. Los dos se encuentran rodeados por un espléndido cortejo de damas aristocráticas, grandes señores, clérigos y soldados armados; y todo ello en una actitud general que parece querer indicarnos que tanto ellos como sus respectivas comitivas se dejaban ver exactamente de esa guisa en el santuario. Estos magníficos retratos nos muestran el semblante más representativo de los dos dirigentes, y como tales ocupan un lugar de honor en la historia del arte medieval.

Ahora bien, ¿qué hacían en Rávena los monarcas del Oriente romano? Ni Justiniano ni Teodora llegaron a hollar jamás las calles de esa ciudad con la que sus nombres han quedado indisolublemente ligados. Tanto el uno como el otro ejercieron siempre la gobernación desde Constantinopla. Por consiguiente, podemos considerarlos meras sombras, tal y como nos ocurría con el desaparecido palacio imperial de esa misma población.

Sea como fuere, todavía nos queda por citar otro elemento que sugiere una presencia del emperador romano en Rávena. Me estoy refiriendo al nombre mismo de la región en la que se alza la ciudad: la Romaña, esto es, «la tierra de los romanos», pues tal es la denominación que todavía hoy se usa para mencionarla. La voz se empleó por primera vez en el siglo V, y también tenemos constancia de que seguía usándose en la época en que la zona quedó sometida a la dominación bizantina. Resulta perfectamente comprensible que la gente se sintiera orgullosa de su vínculo con ese Imperio. En tiempos de Justiniano, el Imperio romano era una de las mayores potencias del mundo, y Constantinopla una de sus ciudades más relevantes. Sin embargo, en el momento en el que fundó la gobernación imperial, Augusto jamás habría podido imaginar que la pequeña ciudad portuaria de Rávena, tan alejada de Roma,

estuviera destinada a recoger y atesorar durante un tiempo los últimos rescoldos del Imperio.



Relieve de Cleopatra y Cesarión. Templo de Hathor, Dendera, Egipto. Cleopatra y su hijo, cuyo padre era presuntamente Julio César, aparecen representados aquí a la manera egipcia, ya que su apariencia se propone complacer al pueblo. En las imágenes destinadas a las poblaciones griegas y romanas la costumbre era dar a Cleopatra el aspecto de una griega.
© Bill McKelvie/Shutterstock.com.

Calígula. Este camafeo en el que vemos el perfil del emperador Calígula (que reinó entre los años 37 y 41 d.C.), conocido también como Cayo César, fue labrado en el siglo XVIII sobre una pieza de nácar, posiblemente confeccionada en los Países Bajos. No conocemos el nombre del tallista.
© Rijksmuseum, Ámsterdam.

Livia, esposa de Augusto y madre de Tiberio. Busto de tamaño natural de una de las mujeres más poderosas de la antigüedad. Está trabajado en basalto, una piedra de color oscuro que quizá se utilizara porque su tonalidad recuerda a la del bronce. Se encuentra actualmente en el Museo del Louvre de París.
© RMN-Grand Palais/Art Resource, Nueva York.

Claudio. En este grabado del emperador a caballo (que reinó del 41 al 54) pueden verse en segundo plano algunas escenas de su biografía: la construcción de un nuevo puerto fluvial a orillas del Tíber (a la izquierda) y el desarrollo de una naumaquia en Roma, es decir, la representación de un combate naval a modo de espectáculo (a la derecha). La ilustración, realizada por Adriaen Collaert, se publicó en Amberes entre los años 1587 y 1589, y forma parte de una serie de imágenes dedicadas a los emperadores romanos.
© Rijksmuseum, Ámsterdam.

Coliseo, Roma. Estas emblemáticas ruinas pertenecen a un edificio al que originalmente se conoció con el nombre de Anfiteatro Flavio. © Barry Strauss.

Nerón y su madre, Agripina la Menor. En esta moneda de oro, acuñada en Roma y actualmente exhibida en el Museo Británico, podemos distinguir, junto a los bustos, el nombre y los títulos de Agripina. Nerón, por el contrario, figura en el reverso de la pieza, lo que significa que ocupa en ella un lugar de menor prestigio que el de su madre.
© Werner Forman/Art Resource, Nueva York.

Pompeya Plotina. Esposa del emperador Trajano (que reinó entre los años 98 y 117), Plotina fue asimismo amiga y defensora de Adriano (que ocupó el poder entre el 117 y el 138). La inscripción, redactada en francés, elogia su buen juicio. La ilustración es de un dibujante y grabador italiano llamado Stefano della Bella (1610-1664).
© Rijksmuseum, Ámsterdam.

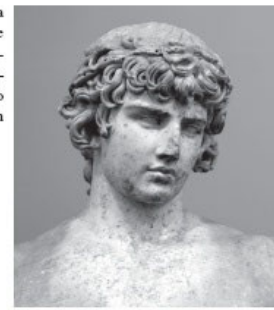
Columna de Trajano, Roma. El monumento muestra diversas escenas de las guerras dacias. En su origen, la columna aparecía coronada por una estatua de Trajano, pero en la actualidad el remate es una representación de san Pedro.
© Barry Strauss.

Vibia Sabina. Este busto de mármol se encuentra en los Museos Vaticanos y nos permite entrever la belleza de la aristocrática esposa del emperador Adriano.
© Vanni Archive/Art Resource, Nueva York.

Muro de Adriano, Inglaterra. En este punto, la fortificación asciende por las espectaculares aristas del escarpado paisaje de Northumbria. © Barry Strauss.

Panteón, Roma. Vista del interior, con sus regulares paneles artesonados y su altísima bóveda. La luz penetra por la abertura circular que se aprecia en el vértice de la cúpula. © Barry Strauss.

Mausoleo de Adriano, Roma. Con el tiempo pasarían a utilizarlo los papas, siendo objeto de un gran número de remodelaciones. Se conoce también con el nombre de Castillo de Sant'Angelo.
© Barry Strauss.



Antínoo, amante de Adriano. Detalle de una estatua labrada en mármol polícromo de la isla de Paros. Hoy se encuentra en el Museo Arqueológico de Delfos, en Grecia. Antínoo fue deificado después de su muerte, ocurrida en el año 130, y en la actualidad aparece representado en un gran número de estatuas de la época, ya que son muchas las que han llegado hasta nosotros.
© stamkar/Shutterstock.com.

Faustina la Menor. Esta moneda de oro de la esposa del emperador Marco Aurelio proclama su condición de Augusta, un honor que se le concedió en el 147, tras el nacimiento de su primer hijo.
© HIP/Art Resource, Nueva York.

Septimio Severo, su esposa Julia Domna y sus hijos, Caracalla y Geta (borrado). Esta notable obra de arte, una pintura al temple sobre plancha de madera realizada en Egipto en torno al año 200, muestra a la familia imperial flanqueada por la figura de Geta, que aparece eliminada al haber sido asesinado por orden de su hermano. Colección de antigüedades, Museos Estatales de Berlín, Alemania. © bpk Bildagentur/Art Resource, Nueva York.

Arco de Septimio Severo, Roma. Detalle del arco de triunfo en el que se conmemoran las victorias del emperador sobre los ejércitos partos. © Marco Rubino/Shutterstock.com.

Palacio de Diocleciano. Vista del peristilo o patio central –parcialmente restaurado– de la residencia y fortaleza de Split (la antigua Spalatum, en Croacia), que, defendida por una guarnición, sirvió de marco al voluntario retiro de Diocleciano. © carol.anne/Shutterstock.com.

Puente Milvio, Roma. Debido a las numerosas restauraciones que ha sufrido desde la antigüedad, sólo el centro de la estructura conserva en buena medida sus hechuras romanas. En el año 312, la victoria que obtuvo Constantino en este escenario dio a Roma su primer emperador cristiano.
© Barry Strauss.

Arco de Constantino, Roma. Arco triunfal erigido para celebrar el triunfo logrado por el emperador en la mencionada batalla del Puente Milvio del año 312.
© Barry Strauss.

Justiniano. Detalle de un mosaico en el que puede verse al emperador del imperio romano de Oriente, o bizantino. En este mosaico del ábside de la iglesia de San Vital de Rávena, Justiniano (que reinó entre los años 527 y 565) aparece flanqueado por el obispo de esa localidad italiana, Maximiano. © mountainpix/Shutterstock.com.

Teodora. Detalle de un mosaico del ábside de esta misma iglesia, donde se aprecia el retrato de la emperatriz bizantina (que reinó entre los años 527 y 548), arropada por los miembros de su séquito. © mountainpix/Shutterstock.com.

Palacio de Domiciano. Este gran jardín hundido del palacio imperial del monte Palatino de Roma era conocido en su época con el nombre de «Hipódromo» debido a que su forma ovalada recordaba a la de una pista de carreras. Al fondo se observa el círculo dejado por los cimientos de un anfiteatro privado, añadido varios siglos más tarde. © Barry Strauss.

Agradecimientos

Tal y como dice Cicerón, la gratitud «implica el recuerdo de la amistad y de los servicios que nos han sido prestados, así como el deseo de corresponder con ellos» (Cicerón, La invención retórica, II, 161). Si está en lo cierto, he de decir que mis recuerdos son realmente hermosos y que me mueve una ardiente voluntad de responder a las atenciones recibidas, aunque mi capacidad de compensar los desvelos de mis benefactores sea escasa. Lo que sigue es perfectamente insuficiente como expresión de la gratitud que siento por la amistad y la generosidad de que he disfrutado a lo largo de todo el período que ha requerido la redacción de este libro.

Quiero expresar por tanto la profunda gratitud que me une a mis colegas, amigos y alumnos, así como a todos cuantos han tenido la amabilidad de leer el borrador del manuscrito, ya fuera en su totalidad o solo en parte. Gracias a ellos he podido mejorarlo de manera muy notable. Los defectos, como es obvio, son obra exclusivamente mía. En este sentido, deseo agradecer la ayuda que me han brindado Maia Aron, Kathleen Breitman, Serhan Güngör, Adam Mogelonsky, Jacob Nabel y Tim Sorg.

El doctor Francesco M. Galassi, de la Universidad de Zúrich, me ha hecho partícipe de sus conocimientos sobre las prácticas médicas de la antigüedad. Mary McHugh tuvo la bondad de compartir conmigo sus trabajos y sus ideas sobre las dos Agripinas. Waller Newell me ha ofrecido la posibilidad de intervenir en un gran número de conversaciones estimulantes sobre las modalidades de la tiranía antigua. Walter Scheidel me ha dado a conocer algunas de las ideas que planea desarrollar en su inminente proyecto sobre los emperadores romanos. Barry Weingast me ha ofrecido una mejor comprensión de las instituciones y los paradigmas antiguos (y también de los modernos). Kevin Bloomfield y Jonathan Warner me han ayudado durante la investigación con sus específicos conocimientos académicos. El teniente coronel retirado Timothy Wilson, del Regimiento Real de Artillería del ejército británico, reveló ser un guía tan eficaz como generoso para el conocimiento

de la región en la que se encuentra el Muro de Adriano.

Son cuatro las instituciones que también han ofrecido un respaldo desinteresado a este proyecto: la Academia Estadounidense de Roma, en cuyas instalaciones fui acogido en calidad de profesor visitante; la Fundación Bogliasco, de la que soy miembro; el Instituto Hoover, donde también fui profesor visitante, y la Universidad Cornell, que tuvo la amabilidad de concederme una excedencia para investigar y redactar este libro. El número de personas de la Academia Estadounidense de Roma con las que tengo contraída una deuda de gratitud es excesivamente amplio como para poder enumerarlas aquí a todas, pero quisiera mencionar especialmente tanto al actual director de dicho centro, John Ochsendorfer, como a Kim Bowes, que fue quien lo precedió en el cargo. De la Fundación Bogliasco, quiero resaltar y agradecer la labor de Laura Harrison y de otros muchos compañeros. En el Instituto Hoover, mi agradecimiento va dirigida a Victor Davis Hanson, tanto por su amistad y hospitalidad como por su condición de historiador ejemplar. Quiero dar asimismo las gracias a David Berkey y a Eric Wakin. De la Universidad Cornell deseo resaltar la gratitud que me une tanto a mis colegas como al personal de los departamentos de Historia y de Lengua y Literatura Clásicas. Y no quisiera dejar de expresar igualmente mi agradecimiento a los curadores de la maravillosa Biblioteca John M. Olin de dicha universidad.

Hay también una larga lista de personas que han compartido conmigo sus competencias profesionales, me han ofrecido su hospitalidad, me han guiado por los antiguos enclaves arqueológicos, han contribuido a difundir mis puntos de vista, me han dado ánimos y me han proporcionado en suma el servicio más importante de todos: el de hallarse presentes en el momento en que más los he necesitado. Quiero agradecer todos estos extremos a Benjamin Anderson, Darius Arya, Jed Atkins, Ernst Baltrusch, Elizabeth Bartman, Colin Behrens, Leo Belli, Sandra Bernstein, Lisa Blaydes, Nikki Bonanni, Philippe Bohström, Dorian Borbonus, Elizabeth Bradley, Mary Brown, Judith Byfield, Holly Case, Christopher Celenza, Giordano Conti, Bill Crawley, Craig Davis, Angelo De Gennaro, Megan Drinkwater, Ertürk Durmus, Radcliffe Edmonds, Gary Evans, Michael Fontaine, Bernard Frischer, Adam

Friedman, Lorenzo Gasperoni, Rick Geddes, Genevieve Gessert, Giovanni Giorgini, Stephen Greenblatt, Meyer Gross, Stephen Haber, John Hyland, Isabel Hull, Brian Jay Jones, Eleanor Leach, Susann Lusnia, Craig Lyons, Sturt Manning, Harvey Mansfield, Brook Manville, Adrienne Mayor, Kelly McClinton, J. Kimball McKnight, Alison McQueen, Ian Morris, Thomas J. Morton, Josiah Ober, Grant Parker, Piergiorgio Pellicioni, Verity Platt, Danielle Pletka, Sergio Poeta, David Pollio, Eric Rebillard, Claudia Rosett, Lukasz Rzycki, Aaron Sachs, Daniel Szpiro, Ramie Targoff, Robert Travers, Christian Wendt, Greg Woolf y M. Theodora Zemek.

En la editorial Simon & Schuster, el director de la casa, Bob Bender, se ha superado a sí mismo, tanto por el hecho de haber dedicado la máxima atención y cuidado a este manuscrito, como por la prudencia y buen juicio con los que siempre ha tenido la amabilidad de aconsejarme. Su ayudante, Johanna Li, se ha mostrado siempre servicial y paciente. Y también quisiera dejar aquí constancia de mi gratitud al jefe de mercadotecnia de la editorial, Stephen Bedford. Mi agente literaria, Cathy Hemming, es desde luego la mejor amiga que pueda tener un autor.

Por muchos adjetivos que pudiera reunir no alcanzaría siquiera a dar una idea aproximada de lo agradecido que estoy tanto a mi esposa Marcia como a mis hijos Sylvie y Michael, ya que siempre me han proporcionado un constante apoyo y afecto.

Dedico este libro a mis alumnos, pasados y presentes. No se me ocurre mejor manera de expresar lo mucho que aprecio su energía, sus intuiciones y su amistad, que esa afirmación del Talmud que dice: «Aunque mucho he aprendido de mis maestros, y más aun de mis colegas, quienes más me han enseñado han sido mis alumnos».

Dramatis personae

AUGUSTO

Octaviano, más tarde Augusto: primer emperador romano, 27 a. C. - 14 d. C.

Acia: madre de Augusto.

Octavia: hermana de Augusto.

Julio César: dictador, tío abuelo y padre adoptivo de Augusto.

Marco Agripa: lugarteniente de Augusto, acabaría convirtiéndose en su yerno.

Cicerón: el mayor orador de Roma.

Marco Antonio: el máximo rival de Octaviano.

Cleopatra: reina de Egipto.

Livia: esposa de Augusto.

Julia: hija de Augusto.

Tiberio: hijo de Livia, terminaría siendo hijo adoptivo y sucesor de Augusto.

TIBERIO

Tiberio: sucesor de Augusto, emperador entre los años 14 y 37.

Livia: madre de Tiberio y viuda de Augusto, honrada con el título de Julia Augusta.

Vipsania: esposa de Tiberio, del que acabaría divorciándose.

Julia: esposa de Tiberio, del que acabaría divorciándose.

Germánico: sobrino de Tiberio, Augusto lo designó sucesor al trono tras el fallecimiento de Tiberio.

Agripina la Mayor: nieta de Augusto, casada con Germánico.

Sejano: prefecto del pretorio y lugarteniente de Tiberio, acabó convirtiéndose en una amenaza para él.

Antonia: sobrina de Augusto.

Cayo César, alias Calígula: hijo de Germánico y Agripina la Mayor, sucesor de Tiberio tras el fallecimiento de Germánico.

NERÓN

Cayo César, alias Calígula: emperador entre los años 37 y 41.

Claudio: emperador entre los años 41 y 54.

Nerón: emperador entre los años 54 y 68.

Mesalina: esposa de Claudio, finalmente ejecutada.

Agripina la Menor: madre de Nerón y esposa de Claudio.

Séneca tutor y consejero de Nerón, además de filósofo y hombre de letras.

Popea Sabina: el gran amor de Nerón. Con el tiempo la convertiría en su esposa.

VESPASIANO

Galba: emperador entre los años 68 y 69.

Otón: emperador en el año 69.

Vitelio: emperador en el año 69.

Vespasiano: emperador entre los años 69 y 79.

Cénide: amante de Vespasiano.

Tito: hijo mayor de Vespasiano y emperador entre los años 79 y 81.

Muciano: gobernador de Siria y aliado de Vespasiano.

Berenice: princesa judía y amante de Tito.

Antonio Primo: general, político y aliado de Vespasiano.

TRAJANO

Domiciano: emperador entre los años 81 y 96.

Nerva: emperador entre los años 96 y 98.

Trajano: emperador entre los años 98 y 117.

Plotina: esposa de Trajano. Más tarde se le otorgó el título de Augusta.

Marciana: hermana de Trajano. Más tarde se le otorgó el título de Augusta.

Sura: lugarteniente de Trajano.

Plinio el Joven: intelectual, propagandista del Imperio y gobernador provincial.

ADRIANO

Adriano: emperador entre los años 117 y 138.

Sabina: esposa de Adriano. Más tarde se le otorgó el título de Augusta.

Plotina: Tenía el título de Augusta. Fue protectora de Adriano, y promocionaría su carrera.

Suetonio: secretario principal de Adriano y biógrafo de los emperadores.

Antínoo: amante de Adriano. Fue divinizado tras su fallecimiento.

MARCO AURELIO

Antonino Pío: emperador entre los años 138 y 161.

Marco Aurelio: emperador entre los años 161 y 180.

Domicia Lucila: madre de Marco Aurelio.

Marco Cornelio Frontón: tutor de Marco Aurelio.

Lucio Vero: coemperador con Marco Aurelio entre los años 161 y 169.

Faustina la Menor: hija de Antonino Pío, esposa de Marco Aurelio, Augusta y Mater Castrorum (Madre del campamento).

Galeno: médico de Marco Aurelio.

Cómodo: hijo de Marco Aurelio y emperador entre los años 180 y 192.

SEPTIMIO SEVERO

Pertinax: emperador entre los años 192 y 193.

Juliano: emperador en el año 193.

Pescenio Níger: emperador entre los años 193 y 195.

Clodio Albino: emperador entre los años 193 y 197.

Septimio Severo: emperador entre los años 193 y 211.

Julia Domna: esposa de Severo.

Caracalla: hijo mayor de Severo y emperador entre los años 211 y 217.

Geta: hermano pequeño de Caracalla y coemperador en el año 211.

Heliogábalo: emperador entre los años 218 y 222.

Julia Mamea: madre de Severo Alejandro y regente virtual del Imperio.

Severo Alejandro: emperador entre los años 222 y 235.

DIOCLECIANO

Aureliano: emperador entre los años 270 y 275.

Numeriano: emperador entre los años 283 y 284.

Diocleciano: emperador entre los años 284 y 305.

Aurelia Prisca: esposa de Diocleciano.

Valeria: hija de Diocleciano y esposa de Galerio.

Maximiano: Augusto del Imperio de Occidente.

Majencio: Hijo de Maximiano.

Galerio: César de Oriente.

Rómula: madre de Galerio.

Constancio: César de Occidente.

Constantino: hijo de Constancio.

CONSTANTINO

Constancio: padre de Constantino, César y Augusto.

Helena: madre de Constantino, elevada posteriormente a la categoría de santa.

Constantino: emperador entre los años 306 y 337.

Fausta: segunda esposa de Constantino.

Crispo: hijo mayor de Constantino.

Maximino Daya: emperador entre los años 305 y 314.

Majencio: emperador entre los años 306 y 312.

Licinio: emperador entre los años 308 y 324.

Eusebio: obispo de Cesarea.

LOS ESPECTROS DE RÁVENA

Rómulo Augústulo: emperador entre los años 475 y 476.

Justiniano: emperador entre los años 527 y 565.

Teodora: emperatriz entre los años 527 y 548.

Bibliografía

La bibliografía relacionada con los emperadores romanos es inmensa. En lo que sigue haré particular hincapié en aquellos libros que además de resultar accesibles puedan constituir la base para ulteriores lecturas.

OBRAS DE REFERENCIA Y CARÁCTER GENERAL

Cancik, Hubert; Helmuth Schneider, Christine F. Salazar y David E. Orton (comps.), Brill 's New Pauly: Encyclopaedia of the Ancient World, edición inglesa, Brill, Leiden, Países Bajos, 2002.

Hornblower, Simon; Anthony Spawforth y Esther Eidinow, The Oxford Classical Dictionary, cuarta edición, Oxford University Press, Oxford, 2012.

OCRE, «Online Coins of the Roman Empire», disponible en Internet: http://numismatics.org/ocre/.

«Orbis, The Stanford Geospatial Network of the Ancient World», disponible en Internet: http://orbis.stanford.edu.

Talbert, Richard J. A. (comp.), The Barrington Atlas of the Ancient Greco-Roman World, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2000.

FUENTES ANTIGUAS

Son muchas las fuentes de la antigüedad que hoy pueden consultarse en la red, ya sea en su traducción a diversos idiomas o en la lengua en que fueron publicadas en origen. A continuación, enumero unos cuantos sitios web de buena calidad:

Lacus Curtius: Into the Roman World:

http://penelope.uchicago.edu/Thayer/E/Roman/home.html; Perseus Digital Library:

www.perseus.tufts.edu; y

Livius.org, Articles on Ancient History:

www.livius.org, página en la que pueden obtenerse tanto textos clásicos como artículos enciclopédicos.

En su mayor parte, las fuentes a las que se hace alusión en el presente libro pueden consultarse en ediciones bilingües (es decir, en su idioma original y en inglés) en la Loeb Classical Library, Harvard University Press. A continuación citaré, además, algunas de las traducciones inglesas que son más fáciles de obtener y que ofrecen un acceso rápido a las fuentes más relevantes:

Birley, Anthony, Lives of the Later Caesars: The First Part of the Augustan History, with Newly Compiled Lives of Nerva and Trajan, Penguin Books, Harmondsworth, Reino Unido, 1976.

Coceyano, Dion Casio, The Roman History: the Reign of Augustus, traducción inglesa de Ian Scott-Kilvert, Penguin Books, Harmondsworth, Reino Unido, 1987. (Hay traducción castellana: Historia Romana, Gredos, Madrid, 2004-2011).

Josefo, Flavio, The Jewish War, edición de Martin Goodman, traducción de Martin Hammond, Oxford University Press, Oxford, 2017. (Hay traducción castellana: La guerra de los judíos, Gredos, Madrid, 1997-1999).

Marco Aurelio, Meditations, traducción y prólogo de Gregory Hays, Editorial Modern Library, Nueva York, 2002. (Hay traducción castellana: Meditaciones, Gredos, Madrid, 1994).

Plinio el Joven, Complete Letters, traducción de P. G. Walsh, Oxford University Press, Oxford, 2009. (Hay traducción castellana: Cartas, Gredos, Madrid, 2005).

Suetonio, Lives of the Caesars, traducción de Catherine Edwards, Oxford University Press, Oxford, 2000. (Hay traducción castellana: Vidas de los Césares, Cátedra, Madrid, 1998).

Tácito, Cornelio, The Annals, traducción inglesa de A. J. Woodman, Hackett, Indianápolis, 2004. (Hay traducción castellana: Anales, Alianza, Madrid, 1993).

———, The Histories, edición revisada de Rhiannon Ash, traducción de Kenneth Wellesley, Penguin Classics, Londres, 2009. (Hay traducción castellana: Historias, Gredos, Madrid, 1986-1991).

SOBRE EL IMPERIO ROMANO

Beard, Mary, SPQR: A History of Ancient Rome, Liveright, Nueva York, 2015. (Hay traducción castellana: SPQR. Una historia de la Antigua Roma, Crítica, Barcelona, 2016).

Bowman, Alan K. et al., The Cambridge Ancient History, segunda edición, vol. 10: The Augustan Empire, 43 B. C.-A. D. 69; vol. 11: The High Empire, A. D. 70-192; vol. 12: The Crisis of Empire, A. D. 193-337, Cambridge University Press, Cambridge, 1996-2005.

Gibbon, Edward, The History of the Decline and Fall of the Roman Empire, 3 vols., edición de David Womersley, Penguin, Harmondsworth, Reino Unido, 1994. (Hay traducción castellana: Historia de la decadencia y caída del imperio romano, Turner Publicaciones, Madrid, 2002).

———, The History of the Decline and Fall of the Roman Empire, edición abreviada de David Womersley, Penguin, Harmondsworth, Reino Unido, 2001.

Harris, William V., Roman Power: A Thousand Years of Empire, Cambridge University Press, Cambridge, 2016.

Potter, D. S., Ancient Rome: A New History, with 200 Illustrations, 149 in Color, segunda edición, Thames & Hudson, Nueva York, 2014.

Scheidel, Walter (comp.), State Power in Ancient China and Rome, Oxford University Press, Oxford, 2015.

Woolf, Greg, Rome: An Empire's Story, Oxford University Press, Oxford, 2012.

SOBRE LOS EMPERADORES ROMANOS

Obras introductorias y de referencia

Barrett, Anthony (comp.), Lives of the Caesars, Blackwell, Malden, Massachusetts, 2008.

«De Imperatoribus Romanis: An Online Encyclopedia of Roman Rulers and their Families», disponible en internet: www.roman-emperors.org/impindex.htm.

Grant, Michael, The Roman Emperors: A Biographical Guide to the Rulers of Imperial Rome, 31 BC-AD 476, Scribner, Nueva York, 1985.

Meijer, Fik, Emperors Don't Die in Bed, traducción inglesa de S. J. Leinbach, Routledge, Londres, 2004.

Potter, David, The Emperors of Rome: The Story of Imperial Rome from Julius Caesar to the Last Emperor, Quercus Publishing, Londres, 2016.

Scarre, Chris, Chronicle of the Roman Emperors: The Reign-by-Reign Record of the Rulers of Imperial Rome, Thames & Hudson, Nueva York, 1995.

Sommer, Michael, The Complete Roman Emperor: Imperial Life at Court and on Campaign, Thames & Hudson, Nueva York, 2010.

Sobre las diferentes dinastías y períodos

Ando, Clifford, Imperial Rome AD 193 to 284: The Critical Century, Edinburgh University Press, Edimburgo, 2012.

Brown, Peter, The World of Late Antiquity: From Marcus Aurelius to Muhammad, Thames & Hudson, Londres, 1971. (Hay traducción castellana: El mundo de la antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma, Taurus, Barcelona, 1991).

Holland, Tom, Dynasty: The Rise and Fall of the House of Caesar, primera edición estadounidense, Doubleday, Nueva York, 2015. (Hay traducción castellana: Dinastía. la historia de los primeros emperadores de Roma, Ático de los libros, Barcelona, 2017).

Mitchell, Stephen, A History of the Later Roman Empire, AD 284-641, segunda edición, Wiley-Blackwell, Chichester, Reino Unido, 2015.

Potter, David, The Roman Empire at Bay, AD 180-395, segunda edición, Routledge, Abingdon, Reino Unido, 2014.

Sobre los hechos de los emperadores

Ando, Clifford, Imperial Ideology and Provincial Loyalty in the Roman Empire, University of California Press, Berkeley, 2000.

Campbell, Brian, The Emperor and the Roman Army, 31 BC-AD 235, Clarendon Press, Oxford, 1984.

Hekster, Oliver, Emperors and Ancestors: Roman Rulers and the Constraints of Tradition, Oxford Studies in Ancient Culture & Representation, Oxford University Press, Oxford, 2015.

Lendon, J. E., Empire of Honour: The Art of Government in the Roman World, Clarendon Press, Oxford, 1997.

Millar, Fergus, The Emperor in the Roman World, 31 BC-AD 337, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 1977.

Noreña, Carlos, Imperial Ideals in the Roman West: Representation, Circulation, Power, Cambridge University Press, Cambridge, 2011.

Saller, Richard, Personal Patronage Under the Early Empire, Cambridge University Press, Cambridge, 1982.

Sobre las mujeres del Imperio

D'Ambra, Eve, Roman Women, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

De la Bédoyère, Guy, Domina: The Women Who Made Imperial Rome, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2018.

Freisenbruch, Annelise, Caesars' Wives: Sex, Power, and Politics in the Roman Empire, Free Press, Nueva York, 2010.

Hemelrijk, Emily Ann, y Greg Woolf, Women and the Roman City in the Latin West, Editorial Brill, Leiden, Países Bajos, 2013.

Kleiner, Diana E., y Susan B. Matheson (comps.), I Claudia: Women in Ancient Rome, Yale University Art Gallery, New Haven, Connecticut, 1996.

———, I, Claudia II: Women in Roman Art and Society, University of Texas Press, Austin, 2000.

ASPECTOS SOCIALES, ECONÓMICOS,CULTURALES Y MILITARES

DE LA ROMA IMPERIAL

Beard, Mary; North, John y S. R. F Price, Religions of Rome, Cambridge University Press, Cambridge, 1998.

Campbell, J. B., The Roman Army, 31 BC-AD 337: A Sourcebook, Routledge, Londres, 1994.

Claridge, Amanda; Judith Toms y Tony Cubberley, Rome: An Oxford Archaeological Guide, segunda edición, corregida y ampliada, Oxford University Press, Oxford, 2010.

Dench, Emma, Romulus's Asylum: Roman Identities from the Age of Alexander to the Age of Hadrian, Oxford University Press, Oxford, 2005.

Flower, Harriet, The Art of Forgetting: Disgrace & Oblivion in Roman Political Culture, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2006.

Goldsworthy, Adrian, The Complete Roman Army, Thames & Hudson, Nueva York, 2003. (Hay traducción castellana: El ejército romano, Akal, Madrid, 2005).

Harl, Kenneth W., Coinage in the Roman Economy, 300 B. C. to A. D. 700, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1996.

Luttwak, Edward, The Grand Strategy of the Roman Empire: From the First Century CE to the Third, edición corregida y actualizada, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2016.

MacDonald, William L., The Architecture of the Roman Empire, edición revisada, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1982.

Mattern, Susan, Rome and the Enemy: Imperial Strategy in the Principate, University of California Press, Berkeley, 1999.

Peachin, Michael (comp.), The Oxford Handbook of Social Relations in the Roman World, Oxford University Press, Oxford, 2011.

Ramage, Nancy H., y Andrew Ramage, Roman Art, sexta edición, Pearson, Upper Saddle River, Nueva Jersey, 2014.

Rebillard, Éric, Christians and Their Many Identities in Late Antiquity, North Africa, 200-450 CE, Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2012.

Rüpke, Jörg, Pantheon: A New History of Roman Religion, traducción de David Richardson, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2018.

Scheidel, Walter; Ian Morris y Richard P. Saller (comps.), The Cambridge Economic History of the Greco-Roman World, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

Sherwin-White, A. N., The Roman Citizenship, segunda edición, Clarendon Press, Oxford, 1973.

Temin, Peter, The Roman Market Economy, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2013.

OBRAS SOBRE AUGUSTO

Fuentes antiguas

Cooley, Alison, Res Gestae Divi Augusti: Text, Translation, and Commentary, Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

Nicolás Damasceno, The Life of Augustus and the Autobiography, edición de Mark Toher, Cambridge University Press, Cambridge, 2016. (Hay traducción castellana: Vida de Augusto, edición, traducción y notas de Eduardo Sánchez Liendo, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 2015).

Wardle, D., Suetonius: Life of Augustus = Vita Divi Augusti, primera edición, Oxford University Press, Oxford, 2014. (Hay traducción castellana: Vidas de los Césares, Augusto, Cátedra, Madrid, 2006).

Biografías

Everitt, Anthony, Augustus: The Life of Rome's First Emperor,

Random House, Nueva York, 2006. (Hay traducción castellana: Augusto. El primer emperador, Ariel, Barcelona, 2008).

Galinsky, Karl, Augustus: Introduction to the Life of an Emperor, Cambridge University Press, Nueva York, 2012.

Goldsworthy, Adrian, Augustus, First Emperor of Rome, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2014. (Hay traducción castellana: Augusto. De revolucionario a emperador, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014).

Southern, Patricia, Augustus, segunda edición, Routledge, Londres, 2014.

Estudios especializados

Angelova, Diliana, Sacred Founders: Women, Men, and Gods in the Discourse of Imperial Founding, Rome Through Early Byzantium, University of California Press, Oakland, 2015.

Barrett, Anthony, Livia: First Lady of Imperial Rome, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2002.

Bartman, Elizabeth, Portraits of Livia: Imaging the Imperial Woman in Augustan Rome, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

Everitt, Anthony. Cicero: the Life and Times of Rome's Greatest

Politician, primera edición estadounidense, Random House, Nueva York, 2002. (Hay traducción castellana: Cicerón, Edhasa, Barcelona, 2007).

Fantham, Elaine, Julia Augusti: The Emperor's Daughter, Routledge, Londres, 2006.

Galinsky, Karl, Augustan Culture: An Interpretive Introduction, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1996.

Goldsworthy, Adrian, Antony and Cleopatra, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2010. (Hay traducción castellana: Antonio y Cleopatra, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011).

Milnor, Kristina, Gender, Domesticity, and the Age of Augustus: Inventing Private Life, Oxford University Press, Oxford, 2005.

Osgood, Josiah, Caesar's Legacy: Civil War and the Emergence of the Roman Empire, Cambridge University Press, Cambridge, 2006. (Hay traducción castellana: El legado de César, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2020).

Powell, Lindsay, Marcus Agrippa: Right-Hand Man of Caesar Augustus, Pen & Sword Books, Barnsley, Reino Unido, 2015.

Severy, Beth, Augustus and the Family at the Birth of the Roman Empire, Routledge, Nueva York, 2003.

Strauss, Barry, The Death of Caesar: The Story of History's Most Famous Assassination, Simon & Schuster, Nueva York, 2015. (Hay traducción castellana: La muerte de César. El asesinato más célebre de la historia, Ediciones Palabra, Madrid, 2016).

Syme, sir Ronald, The Roman Revolution, Oxford University Press, Oxford, 1939.

Welch, Kathryn, Magnus Pompeius: Sextus Pompeius and the Transformation of the Roman Republic, Classical Press of Wales, Swansea, Reino Unido, 2012.

Zanker, Paul, The Power of Images in the Age of Augustus, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1988. (Hay traducción castellana: Augusto y el poder de las imágenes, Alianza, Madrid, 1992).

OBRAS SOBRE TIBERIO

Fuentes antiguas

London Association of Classical Teachers, Tiberius to Nero, Edición de M. G. L. Cooley y Alison Cooley, LACTORs, Londres, 2011.

Biografías

Levick, Barbara, Tiberius the Politician, edición revisada,

Routledge, Londres, 1999.

Seager, Robin, Tiberius, segunda edición, Blackwell, Malden, Massachusetts, 2005.

Winterling, Aloys, Caligula, traducción inglesa del original alemán, University of California Press, Berkeley, 2011. (Hay traducción castellana: Calígula, Herder, Barcelona, 2006).

Estudios especializados

De la Bédoyère, Guy, Praetorian: The Rise and Fall of Rome's Imperial Bodyguard, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2017.

Kokkinos, Nikos, Antonia Augusta: Portrait of a Great Roman lady, Routledge, Londres y Nueva York, 1992.

MacMullen, Ramsay, Enemies of the Roman Order: Treason, Unrest and Alienation in the Empire, Routledge, Londres, 1992.

Wilkinson, Sam, Republicanism During the Early Roman Empire, Continuum, Londres, 2012.

OBRAS SOBRE NERÓN

Fuentes antiguas

Barrett, Anthony A.; Elaine Fantham y John C. Yardley (comps.), The Emperor Nero: A Guide to the Ancient Sources, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2016.

Smallwood, E. Mary, Documents Illustrating the Principates of Gaius, Claudius and Nero, Cambridge University Press, Londres, 1967.

Biografías

Champlin, Edward, Nero, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2003. (Hay traducción castellana: Nerón, Turner Publicaciones, Madrid, 2006).

Griffin, Miriam T., Nero: The End of a Dynasty, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1985.

Malitz, Jürgen, Nero, traducción inglesa de Allison Brown, Blackwell, Malden, Massachusetts, 2005. (Hay traducción castellana: Nerón, Acento Editorial, Madrid, 2001).

Estudios especializados

Ball, Larry F., The Domus Aurea and the Roman Architectural Revolution, Cambridge University Press, Cambridge, 2003.

Barrett, Anthony, Agrippina: Sex, Power, and Politics in the Early Empire, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1996.

Bartsch, Shadi; Kirk Freudenburg y C. A. J. Littlewood (comps.), The Cambridge Companion to the Age of Nero, Cambridge: Cambridge University Press, 2017.

Donovan Ginsberg, Lauren, Staging Memory, Staging Strife: Empire and Civil War in the Octavia, Oxford University Press, Nueva York, 2017.

Ginsburg, Judith, Representing Agrippina: Constructions of Female Power in the Early Roman Empire, Oxford University Press, Oxford, 2006.

Lancaster, Lynne C., Concrete Vaulted Construction in Imperial Rome, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

Romm, James, Dying Every Day: Seneca at the Court of Nero, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2014.

Rudich, Vasily, Political Dissidence Under Nero: The Price of Dissimulation, Routledge, Londres, 1993.

Wallace-Hadrill, Andrew, «Civilis Princeps: Between Citizen and King», Journal of Roman Studies, n.º 72, 1982, pp. 32-48.

Wilson, Emily, The Greatest Empire: A Life of Seneca, Oxford University Press, Nueva York, 2014. (Hay traducción castellana: Séneca, Ediciones Rialp, Madrid, 2016).

OBRAS SOBRE VESPASIANO

Fuentes antiguas

Suetonio, Vespasian, edición de Brian W. Jones, Bristol Classical Press, Londres, 2000. (Hay traducción castellana: Vidas de los Césares, Vespasiano, Cátedra, Madrid, 2006).

Biografías

Levick, Barbara, Vespasian, segunda edición, Routledge, Londres, 2017.

Estudios especializados

Goodman, Martin, Rome and Jerusalem: The Clash of Ancient Civilizations, Allen Lane, Londres, 2007.

Hopkins, Keith y Mary Beard, The Colosseum, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2005.

Morgan, Gwyn, 69 A. D.: The Year of the Four Emperors, Oxford University Press, Oxford, 2007.

OBRAS SOBRE TRAJANO

Fuentes antiguas

Smallwood, Mary E., Documents Illustrating the Principates of Nerva, Trajan and Hadrian, Cambridge University Press, Cambridge, 1966.

Biografías

Bennett, Julian, Trajan, Optimus Princeps: A Life and Times, Indiana University Press, Bloomington, 1997.

Everitt, Anthony, Hadrian and the Triumph of Rome, Random House, Nueva York, 2009.

Grainger, John D., Nerva and the Succession Crisis of AD 96-99, Routledge, Londres, 2003.

Southern, Pat, Domitian, Tragic Tyrant, Indiana University Press, Bloomington, 1997.

Estudios especializados

Keltanen, M., «The Public Image of the Four Empresses: Ideal

Wives, Mothers and Regents?», en Päivi Setälä, Women, Wealth and Power in the Roman Empire, Institutum Romanum Finlandiae, Roma, 2002, pp. 105-146.

Lepper, Frank A., Trajan's Parthian War, Oxford University Press, Londres, 1948.

Packer, James E., The Forum of Trajan in Rome: A Study of the Monuments in Brief, University of California Press, Berkeley, 2001.

Setälä, Päivi, «Women and Brick Production – Some New Aspects», en Women, Wealth and Power in the Roman Empire, op. cit., pp. 181-202.

OBRAS SOBRE ADRIANO

Fuentes antiguas

Benario, Herbert W., A Commentary on the Vita Hadriani in the Historia Augusta, Scholars Press, Chico, California, 1980.

Smallwood, Mary E., Documents Illustrating the Principates of Nerva, Trajan and Hadrian, Cambridge University Press, Cambridge, 1966.

Speidel, Michael, Emperor Hadrian's Speeches to the African Army: A New Text, Editorial del Museo Central Romano-Germánico, Maguncia, Alemania, 2006.

Biografías

Birley, Anthony, Hadrian: The Restless Emperor, Routledge, Londres y Nueva York, 1997. (Hay traducción castellana: Adriano. La biografía de un emperador que cambió el curso de la historia, Península, Barcelona, 2003).

Everitt, Anthony, Hadrian and the Triumph of Rome, Random House, Nueva York, 2009.

Estudios especializados

Boatwright, Mary Taliaferro, Hadrian and the Cities of the Roman Empire, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2002.

Goldsworthy, Adrian, Hadrian's Wall, Basic Books, Nueva York, 2018.

Horbury, William, Jewish War Under Trajan and Hadrian, Nueva York, Cambridge University Press, 2014.

Keltanen, M., «The Public Image of the Four Empresses: Ideal Wives, Mothers and Regents?», en Päivi Setälä, Women, Wealth and Power in the Roman Empire, op. cit., 2002, pp. 117-125.

Lambert, Royston, Beloved and God: The Story of Hadrian and Antinous, primera edición estadounidense, Viking, Nueva York, 1984.

MacDonald, William L., The Architecture of the Roman Empire, edición revisada, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1982.

———, Hadrian's Villa and Its Legacy, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1995.

Speller, Elizabeth, Following Hadrian: A Second Century Journey Through the Roman Empire, Oxford University Press, Oxford, 2003.

OBRAS SOBRE MARCO AURELIO

Fuentes antiguas

Marco Aurelio y Marco Cornelio Frontón, Marcus Aurelius in Love, edición de Amy Richlin, University of Chicago Press, Chicago, 2006.

Biografías

Birley, Anthony, Marcus Aurelius: A Biography, B. T. Batsford, Londres, 1993. (Hay traducción castellana: Marco Aurelio. El retrato de un emperador humano y justo, Gredos, Madrid, 2009).

Hekster, Oliver, Commodus: An Emperor at the Crossroads, J. C. Gieben, Ámsterdam, 2002.

McLynn, Frank, Marcus Aurelius: A Life, primera edición en Da Capo Press, Cambridge, Massachusetts, 2009. (Hay traducción castellana: Marco Aurelio. Guerrero, filósofo, emperador, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011).

Estudios especializados

Harper, Kyle, The Fate of Rome: Climate, Disease and the End of an Empire, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 2017, pp. 64-118. (Hay traducción castellana: El fatal destino de Roma. Cambio climático y enfermedad en el fin de un imperio, Crítica, Barcelona, 2019).

Keltanen, M., «The Public Image of the Four Empresses: Ideal Wives, Mothers and Regents?», en Päivi Setälä, op. cit., pp. 125-141.

Levick, Barbara, Faustina I and II: Imperial Women of the Golden Age. Oxford University Press, Nueva York, 2014.

OBRAS SOBRE SEPTIMIO SEVERO

Fuentes antiguas

Sidebottom, Harry, «Severan Historiography: Evidence, Patterns,

and Arguments», en Swain, Simon; S. J. Harrison y Jaś (John Richard) Elsner (comps.), Severan Culture, Cambridge University Press, Cambridge, 2007, pp. 52-82.

Biografías

Arrizabalaga Prado, Leonardo de, The Emperor Elagabalus: Fact or Fiction?, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.

Birley, Anthony, Septimius Severus, the African Emperor, edición revisada, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1989.

Estudios especializados

Levick, Barbara, Julia Domna, Syrian Empress, Routledge, Londres, 2007.

Swain, Simon; S. J. Harrison y Jasś (John Richard) Elsner (comps.), Severan Culture, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

OBRAS SOBRE DIOCLECIANO

Fuentes antiguas

Sexto Aurelio Víctor, Aurelius Victor: De Caesaribus, traducción inglesa de H. W. Bird, Liverpool University Press, Liverpool, 1994. (Hay traducción castellana: Libro de los Césares, Gredos, Madrid,

1999).

Lactancio, Lactantius: Divine Institutes, edición y traducción inglesa de Anthony Bowen, Translated Texts for Historians, Liverpool University Press, Liverpool, 2003. (Hay traducción castellana: Instituciones Divinas, Gredos, 2 vols., Madrid, 1990).

Corcoran, Simon, The Empire of the Tetrarchs: Imperial Pronouncements and Government, AD 284-324, edición revisada, Clarendon Press, Oxford, 2000.

Eutropio, Eutropius: Breviarium, traducción inglesa de H. W. Bird, Liverpool University Press, Liverpool, 1993. (Hay traducción castellana: Breviario de historia de Roma, Gredos, Madrid, 1999).

Nixon, C. E. V., y Barbara Saylor Rodgers, In Praise of Later Roman Emperors: The Panegyrici Latini: Introduction, Translation, and Historical Commentary, with the Latin Text of R. A. B. Mynors, University of California Press, Berkeley, 1994.

Rees, Roger, Diocletian and the Tetrarchy, Edinburgh University Press, Edimburgo, 2004.

Biografías

Leadbetter, Bill, Galerius and the Will of Diocletian, Routledge, Londres, 2009.

Rees, Roger, Diocletian and the Tetrarchy, Edinburgh University Press, Edimburgo, 2004.

Williams, Stephen, Diocletian and the Roman Recovery, Routledge, Nueva York, 1997.

Estudios especializados

Barnes, Timothy David, The New Empire of Diocletian and Constantine, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1982.

Jeličić-Radonić, Jasna, «Aurelia Prisca», Contributions to Art History in Dalmatia, vol. 41, nº. 1, agosto de 2008, pp. 5-25 (el resumen en inglés se encuentra en las páginas 23 a 25).

Wilkes, J. J., Diocletian's Palace of Split: Residence of a Retired Roman Emperor, Oxbow Books, Oxford, 1993.

OBRAS SOBRE CONSTANTINO

Fuentes antiguas

Bleckmann, Bruno, «Sources for the History of Constantine», en Noel Emmanuel Lenski (comp.), The Cambridge Companion to the Age of Constantine, Cambridge University Press, Cambridge, 2006, pp. 14-32.

Eusebius, Averil Cameron, y Stuart George Hall, Life of Constantine, Clarendon Press, Oxford, 1999.

Nixon, C. E. V., y Barbara Saylor Rodgers, In Praise of Later Roman Emperors: The Panegyrici Latini: Introduction, Translation, and Historical Commentary, with the Latin Text of R. A. B. Mynors, University of California Press, Berkeley, 1994.

Biografías

Barnes, Timothy David, Constantine: Dynasty, Religion and Power in the Later Roman Empire, Wiley-Blackwell, Chichester, Reino Unido, 2011.

Potter, D. S., Constantine the Emperor, Oxford University Press, Nueva York, 2013. (Hay traducción castellana: Constantino el Grande, crítica, Barcelona, 2013).

Van Dam, Raymond, The Roman Revolution of Constantine, Cambridge University Press, Nueva York, 2007.

Estudios especializados

Barnes, Timothy David, The New Empire of Diocletian and Constantine, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1982.

Hughes, Bettany, Istanbul: A Tale of Three Cities, Boston, Da Capo Press, 2017. (Hay traducción castellana: Estambul. La ciudad de los tres nombres, Crítica, Barcelona, 2018).

Lenski, Noel Emmanuel (comp.), The Cambridge Companion to the Age of Constantine, Cambridge University Press, Cambridge, 2006.

Nixey, Catherine, The Darkening Age: The Christian Destruction of the Classical World, Houghton Mifflin Harcourt, Nueva York, 2018. (Hay traducción castellana: La edad de la penumbra. Cómo el cristianismo destruyó el mundo clásico, Taurus, Barcelona, 2018).

OBRAS SOBRE EL EPÍLOGO: LOS ESPECTROS DE RÁVENA

Fuentes antiguas

Mathisen, Ralph W., «Romulus Augustulus (475-476 A. D.) – Two Views», «De Imperatoribus Romanis». Disponible en Internet: www.roman-emperors-org/auggiero.htm.

Biografías

Kos, Marjeta ŠaŠel, «The Family of Romulus Augustulus», en Ingomar Weiler y Peter Mauritsch, Antike Lebenswelten: Konstanz, Wandel, Wirkungsmacht: Festschrift Für Ingomar Weiler Zum 70. Geburtstag, Editorial Harrassowitz, Wiesbaden, Alemania, 2008, pp. 446-449.

Moorhead, John, Justinian, Longman, Londres, 1994.

Potter, David, Theodora: Actress, Empress, Saint, Oxford University Press, Nueva York, 2015.

Estudios especializados

Bowersock, Glen W., «The Vanishing Paradigm of the Fall of Rome», Bulletin of the American Academy of Arts and Sciences, vol. 49, n.º 8, mayo de 1996, pp. 29-43.

Goldsworthy, Adrian, How Rome Fell: Death of a Superpower, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 2009. (Hay traducción castellana: La caída del Imperio romano. El ocaso de Occidente, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009).

Heather, Peter, The Fall of the Roman Empire: A New History of Rome and the Barbarians, Oxford University Press, Nueva York, 2007. (Hay traducción castellana: La caída del imperio romano, Crítica, Barcelona, 2008).

Traina, Giusto, 428 AD: an Ordinary Year at the End of the Roman Empire, Princeton University Press, Princeton, 2009. (Hay traducción castellana: 428 después de Cristo. Historia de un año, Akal, Madrid, 2011).

Ward-Perkins, Bryan, The Fall of Rome and the End of Civilization, Oxford University Press, Oxford, 2005. (Hay traducción castellana: La caída de Roma y el fin de la civilización, Espasa Libros, Barcelona, 2007).

Notas

[1] Se trataba de Lucio Marcio Filipo, que había sido cónsul en el año 56 a. C.

[2] Los generales romanos tenían prohibido rebasar ese límite si iban acompañados de un ejército en armas.

[3] Es decir, a mediados de ese mes, en lo que se consideraban jornadas de buen augurio.

[4] La Casa de las Vestales, que se levantaba detrás del templo de Vesta, la diosa del hogar.

[5] Un chico y una chica: Cleopatra Selene II y Alejandro Helios.

[6] Zona agrícola conocida por su Festival Gastronómico, consagrado a ese cultivo, en el que se especializa la zona.

[7] Que no equivalía sin más a nuestro concepto de «emperador», como se verá a renglón seguido, ya que se trataba en realidad del magistrado que ostentaba el imperium, o lo que es lo mismo: el mando militar.

[8] O Gens Julia: grupo familiar constituido por los parientes de Julio

César. Más tarde, entroncaría con la Gens Claudia (descendientes de Apio Claudio Sabino, cónsul en el 495 a. C.), dando a Roma cónsules y pretores, además de la dinastía Julio-Claudia.

[9] Marco Claudio Marcelo (42-23 a. C.).

[10] Se trata de la isla conocida en la antigüedad con el nombre de Pandataria, cuyo nombre actual es Ventotene.

[11] De este modo pasó de llamarse Marcus Vipsanius Agrippa Postumus a ser reconocido como Marcus Julius Caesar Agrippa Postumus.

[12] oga virilis: la que indicaba que un joven había adquirido ya los derechos y responsabilidades del ciudadano romano.

[13] Tenía entonces 28 años, ya que la ceremonia se celebró el 11 a. C.

[14] Se trata de Trasilo de Mendes, o de Alejandría, fallecido en el 36 d. C. Aparece mencionado en Tácito, Suetonio y Plinio el Viejo.

[15] La actual Regio de Calabria.

[16] Agripina la Mayor, como se verá enseguida, hija de Julia y de Marco Vipsanio Agripa.

[17] El término, que procede del griego «diploûs», «doble», alude justamente al hecho de que el certificado constaba de dos placas de metal unidas y dobladas.

[18] Se trata de Cómodo, que reinó entre los años 180 y 193.

[19] [La palabra que utiliza este autor es en realidad «capríneo», con la que utiliza burlonamente el nombre de la isla. (N. del t.)]

[20] Se trata de Claudia Pulcra (14 a.C.-26 d.C.), sobrina-nieta de Augusto y prima segunda de Agripina.

[21] Id. loc., 54. Según lo que refiere Tácito, la ofensa de Agripina se debió a una trampa urdida por Sejano, que había introducido en casa de la desdichada a unos individuos que simularon ser amigos suyos y le advirtieron de que su suegro Tiberio (ya que el César había adptado a su hijo Germánico) tenía decidido envenenarla y debía por tanto evitar todas las comidas que se le ofrecieran en presencia del emperador.

[22] El autor se refiere a Tiberio Gemelo, hijo de Druso el Joven y Livila y primo de Calígula (que es a quien proyectaba asesinar Sejano, dado que en el 31 tenía ya diecinueve años, mientras que Tiberio Gemelo no pasaba de los 12, al haber nacido en el 19).

[23] El atuendo, que debía de darle un aire muy chistoso, incluía unas cáligas en miniatura, es decir, las sandalias de cuero de suela claveteada del soldado profesional, y de ahí el nombre, diminutivo

latino de caligae.

[24] La palabra «principado» tiene aquí un significado específico, ya que es la denominación histórica del Alto Imperio, es decir, del período que va desde los tiempos de Augusto hasta la muerte de Severo Alejandro, en el 235 d. C.

[25] Es decir, «el Ungido» o, si se quiere, «el Elegido» para reinar.

[26] Para ser exactos, se trataba de una cítara, ya que esa era la denominación técnica del instrumento de dos cuerdas que acostumbraban a tañer los músicos profesionales.

[27] Ibid., Cal., 22.

[28] Resulta interesante indicar, como anécdota, que el cognomen Burrus es la forma latina de «Pirro», el antiguo rey de Épiro.

[29] O más exactamente de «la divinización de una calabaza». La broma suena mejor en griego, ya que en esa lengua la deificación es apoteosis, y la «calabacificación» sería apocolocyntosis (aunque hay que admitir que ni siquiera en griego se entiende claramente la intención de la guasa).

[30] Se trata de la popea o popeana, hecha con miga de pan o harina cocida y «leche de asnillas», según cuenta Juvenal. Esta masa espesa se aplicaba a la cara y se mantenía el ungüento durante toda la noche a modo de mascarilla.

[31] El autor no aclara si se refiere a Claudia Octavia o a Popea Sabina. Dion Casio explica que se trataba de esta última, «para que, de ese modo, ella aún pudiera formar parte del espectáculo»: Historia Romana, op. cit., LXIII, 9, 5. Los juegos se celebraron en el 67 y Popea murió en el 65. Claudia había fallecido en el 62, por orden del emperador y de forma extremadamente cruel (Tácito, Anales, op. cit., XIV, 64), tras haber sido enviada al exilio a la isla de Pandataria para dejar vía libre a la relación entre el César y Popea, como se verá más adelante. Claudia era hija del emperador Claudio y hermanastra de Nerón.

[32] Suetonio, Vidas de los Césares, op. cit., Ner., 24. Para la corona que se entregaba a los heraldos, véase Cicerón, Diu., V, 12.

[33] Se trata de Vespasiano (9-79), que acabaría ordenando su marcha, pese a que en un primer momento le hubiera permitido permanecer en la capital al decretar la expulsión de los demás filósofos.

[34] La versión más famosa del mito, en su formulación romana, es quizá la de Ovidio, Metamorfosis, III, 138-252.

[35] Estatilia Mesalina (35-68), que ya había sido amante del César en vida de Popea.

[36] Hoy conocido como lago de Paterno.

[37] Anteambulo significa propiamente «el que camina delante».

[38] La toga pretexta era la vestimenta propia de quien desempeñaba el cargo de edil, como era el caso de Vespasiano en ese momento. Suetonio, op. cit., Ves., 5, 3.

[39] Dado que sucedió a su padre en el trono en el año 79.

[40] Liturgia judía, oración semanal de la Amidá, duodécima bendición.

[41] Es decir, José, hijo de Matías.

[42] En sentido estricto, los términos «homosexual» y «gay» no pueden aplicarse a este período histórico, dado que los antiguos no concebían la sexualidad en función de las categorías actuales. Sin embargo, ambas voces permiten que el lector moderno entienda que Muciano prefería mantener relaciones con personas de su mismo sexo que unirse a las del sexo opuesto.

[43] En realidad, una década, dado que Vespasiano reinó entre los años 69 y 79.

[44] Como ya ocurriera con el término «gay», la voz «romanizado» es otra palabra cuya aplicación a la historia antigua resulta problemática, pero tendrá que valernos, ya que sirve para indicar la idea de que el conquistador puede asimilar a una sociedad y adaptarla a sus usos y costumbres.

[45] Valga decir: Simón, hijo de Giora.

[46] Era de origen hispanorromano, ya que había nacido en Calagurris Nassica Iulia, la actual Calahorra, perteneciente entonces a la provincia del Tarraconense.

[47] Murió en el transcurso de su noveno consulado: Suetonio, Vidas de los Césares, op. cit., Ves., 24.

[48] Véase la nota 8.

[49] La propiedad se encontraba en la vía Nomentana.

[50] Se denominaba así a la estrella de una compañía teatral. Véase Porfirión, ad Hor. Sat., II, 6, 72.

[51] Denominación tradicional de una zona geográfica de extensión indefinida situada al sur de la Cuenca oriental mediterránea y relativamente similar a la que en la Biblia se denomina Tierra de Canaán o Tierra Prometida.

[52] Es incorrecto hablar de terremotos de valor superior a 6,9 en la escala de Richter, ya que ese es el valor máximo que mide dicho sistema. La escala sismológica de magnitud de momento, ideada en 1979 como sucesora de la de Richter, mide la energía total de un seísmo y tiene la ventaja de no saturarse al aproximarse a valores máximos, como ocurre en el caso de la que ha venido a sustituir.

[53] Emperador César Nerva Trajano, Augusto hijo del Divino Nerva.

[54] Ya que se vio obligado a suicidarse por orden de Nerón, al sospechar este que Corbulón estaba implicado en una conjura contra él (en la que no había participado).

[55] Oriundo de la población de Itálica, en la Bética romana, la zona era conocida por rendir culto al Hércules de Gades (la actual Cádiz, ciudad que se encontraba justo enfrente de la isla de Eritea, en el archipiélago que los griegos antiguos llamaban de las Gadeiras, en la que se supone que Hércules había realizado uno de sus trabajos).

[56] Se trata del monumento que se encuentra en el actual Benevento, el antiguo Beneventum.

[57] Se trata de un panel en el que puede verse al dueño del Imperio combatiendo sobre su montura. La imagen se encuentra en el llamado «Gran Friso de Trajano», que pertenecía originariamente a un monumento antiguo. La talla fue después trasladada con fines ornamentales a la bóveda central del Arco de Constantino, en Roma, donde puede contemplarse en la actualidad.

[58] Según una de las versiones del mito de los Doce Trabajos de Hércules, en su camino al Jardín de las Hespérides, el héroe prefirió esta demolición a tener que escalar el monte. Al hacerlo unió el océano Atlántico con el mar Mediterráneo. Los dos extremos montañosos que hoy vemos a ambos lados del paso que separa a Europa de África (Calpe o el Peñón en un lado y el monte Musa al otro) recibieron en su momento el nombre de Columnas de Hércules.

[59] Fue Domiciano quien inició el movimiento de tierras, pero Trajano se encargaría de concebir y llevar a cabo el resto del proyecto.

[60] La actual Selinunte.

[61] Adriano era nieto de una hermana del padre de Trajano, es decir, hijo de un primo carnal del emperador.

[62] La actual Adria, situada en el delta del río Po, entre Rávena y Venecia.

[63] Si una antigua polémica discute si el lugar de nacimiento de Adriano fue Roma o Itálica (la actual Santiponce, en la provincia de Sevilla), el caso de Domicia es más claro, ya que la población a la que se alude es Gades, la moderna Cádiz. Su marido, padre del emperador, era de Itálica.

[64] Región que abarcaba parte de los territorios que actualmente ocupan Eslovenia, Serbia, Hungría, Bosnia-Herzegovina y Croacia.

[65] El adjetivo de «eleusinos» hace referencia al hecho de que, en la población de Eleusis, a dieciocho kilómetros de Atenas, se verificara ese culto a las diosas Deméter y Perséfone.

[66] Fueron muchos los topónimos que optaron por adherir a su

denominación la fama de Adriano y, de hecho, la fiebre de asociar al emperador con un espacio concreto llegaría al extremo de señalar como «coto de caza de Adriano» uno de los terrenos en los que este había dado rienda suelta a sus aficiones cinegéticas.

[67] En Números, 24, 17, puede leerse, efectivamente: «... de Jacob avanza una estrella, y un cetro surge de Israel».

[68] La zona pantanosa de la orilla occidental del Tíber ya recibía el nombre de «Vaticano» en tiempos de la República romana, ya que deriva de un antiguo asentamiento etrusco llamado Vatica (jardín).

[69] Según una traducción que se atribuye a Julio Cortázar (en las Memorias de Adriano de Marguerite Yourcenar, cuya versión castellana es obra del autor argentino).

[70] La localidad de Bayas, en la Campania.

[71] Me refiero al emperador Juliano, que reinaría entre los años 361 y 363.

[72] En Cirta (la actual Constantina), en lo que entonces se llamaba Numidia y hoy es Argelia.

[73] Voz genérica, como se sabe, con la que se designa a las ocho universidades más antiguas y prestigiosas de Estados Unidos (cuya solera y antigüedad simboliza la hiedra que recubre sus venerables edificios).

[74] «Epicteto» significa en griego «ganado» o «adquirido». Respecto a su cojera, Orígenes asegura que su amo le había quebrado deliberadamente la pierna, pero Simplicio sostiene que la arrastraba desde la infancia.

[75] Tito Aurelio Fulvo Antonino y Lucio Aurelio Cómodo Antonino, que más tarde sería emperador.

[76] Había tenido su primera hija, Annia Galeria Aurelia Faustina, en el 147, a sus diecisiete años.

[77] Un afluente del Danubio.

[78] Se trata de Caracalla. Cornificia murió en el 212.

[79] Es decir, en tanto que hijo adoptivo y sucesor del emperador.

[80] También conocida con el nombre de Leptis Magna.

[81] Se trata de Filóstrato de Atenas.

[82] Me refiero al Arco de los Argentarios, en la Vía del Velabro.

[83] Alusión a «La morsa y el carpintero», incluido en Alicia a través del espejo.

[84] En la antigüedad, la estatua no se encontraba en ese punto, sino en la basílica de Majencio, en uno de los extremos del Foro romano.

[85] Recordemos que Constancia era hija de Flavia, la segunda esposa de Constancio, mientras que Constantino lo era de su primera compañera, Helena.

[86] La cumbre de Milán tuvo lugar en febrero del 313, y el choque de Tzirallum (en la actual Turquía), en el que Daya resultó aplastado, se produjo el 30 de abril de ese mismo año.

[87] O «perteneciente a toda la tierra habitada», según su etimología exacta.

[88] Puede decirse incluso que todavía sigue en activo, como ocurre, por ejemplo, con los socinianos de Polonia, que no creen en el aspecto divino de Jesucristo.

[89] Su nombre era Juliano, llamado «el Apóstata» porque renegó del cristianismo tan pronto como obtuvo el poder. Reinó entre el 355 y el 363, primero como César y más tarde, ya en solitario, como Augusto.

[90] La obra se atribuye a Atik Sinan, es decir, Sinan el Liberto.

[91] Naves cargadas de materias inflamables que se lanzan contra los barcos enemigos con el fin de incendiarlos. (N. del t.)